



Prismas

Revista de historia intelectual

23₂₀₁₉ Artículos y reseñas. Argumentos: El republicanismo atlántico y su laberinto, por Clément Thibaud, Hilda Sabato y Marcela Ternavasio. Dossier: Guerra fría cultural en América Latina. Lecturas: Carlo Ginzburg sobre Marcel Mauss

Prismas

Revista de historia intelectual

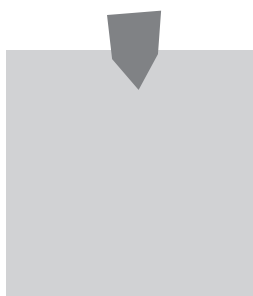
23



2019



Anuario del grupo Prismas
Centro de Historia Intelectual
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Nacional de Quilmes



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 23 / 2019

Universidad Nacional de Quilmes

Rector: Alejandro Villar

Vicerrector: Alfredo Alfonso

Departamento de Ciencias Sociales

Directora: Nancy Calvo

Vicedirector: Néstor Daniel González

Centro de Historia Intelectual

Director: Elías Palti

Prismas

Revista de historia intelectual

Buenos Aires, año 23, número 23, 2019

Consejo de dirección

Carlos Altamirano, UNQ / CONICET

Anahi Ballent, UNQ / CONICET

Martín Bergel, UNQ / CONICET

Alejandro Blanco, UNQ / CONICET

Laura Ehrlich, UNQ / CONICET

Gabriel Entin, UNQ / CONICET

Flavia Fiorucci, UNQ / CONICET

Adrián Gorelik, UNQ / CONICET

Ricardo Martínez Mazzola, UNSAM / UNQ / CONICET

Jorge Myers, UNQ / CONICET

Elías Palti, UNQ / UBA / CONICET

Oscar Terán (1938-2008)

Editora: Flavia Fiorucci

Secretaría de redacción: Anahi Ballent y Laura Ehrlich

Editores de Reseñas y Fichas: Gabriel Entin, Ximena Espeche y Ricardo Martínez Mazzola

Comité Asesor

Peter Burke, University of Cambridge

José Emilio Burucúa, Universidad Nacional
de San Martín

Lila Caimari, Conicet / Universidad de San Andrés

Roger Chartier, Collège de France

Stefan Collini, University of Cambridge

Fernando Devoto, Universidad Nacional de San Martín

François-Xavier Guerra (1942-2002)

Charles Hale (1930-2008)

Iván Jaksic, Stanford University

Tulio Halperin Donghi (1926-2014)

Martin Jay, University of California at Berkeley

Claudio Lomnitz, University of Columbia

Sergio Miceli, Universidade de São Paulo

José Murilo de Carvalho, Universidade Federal
do Rio de Janeiro

Adolfo Prieto (1928-2016)

Maria Alice Rezende de Carvalho, Pontificia

Universidade Católica de Río de Janeiro

Pierre Rosanvallon, Collège de France

José Sazbón (1937-2008)

Lilia Moritz Schwarcz, Universidade de São Paulo /

Princeton University

Gregorio Weinberg (1919-2006)

Incluida en el Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas desde agosto de 2010, fecha desde la cual es publicada en versión electrónica en el portal Scielo: www.scielo.org. Además, está indexada en Latíndex, en Redalyc, en el Hispanic American Periodical Index (HAPI) y en el Directorio de Revistas en Acceso Abierto (DOAJ). En 2004 Prismas obtuvo una Mención en el Concurso “Revistas de investigación en Historia y Ciencias Sociales”, Ford Foundation y Fundación Compromiso.

Maqueta original: Pablo Barragán

Diseño de interiores y tapa: Silvana Ferraro

Corrección de originales: María Inés Silberberg

La revista *Prismas* recibe la correspondencia, las propuestas de artículos y los pedidos de suscripción en:

Roque Sáenz Peña 352 (B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires. Tel.: (01) 4365 7100 int. 5737.

Correo electrónico: revistaprimas@gmail.com / página web: www.historiaintelectual.com.ar

Sobre las características que deben reunir los artículos, véase la última página y las “Instrucciones a los autores” en la página editorial de Prismas en el portal Scielo.

Índice

Artículos

- 11 Las Flores del Mal de Charles Baudelaire, una historia material, Magdalena Cámpora
33 Efervescencia y desencanto. El joven Félix Frías como demócrata –cristiano– radical, Diego Castelfranco
53 Izquierda y clases populares en la Argentina, 1880-1945, Roy Hora
77 La “economía dirigida”: itinerario de un concepto y balance de una experiencia, Ana Virginia Persello
99 Thomas Merton en Latinoamérica: su presencia en la revista Sur, Marcela Raggio
119 Reflexiones sobre la obra de Tulio Halperin, José Carlos Chiaramonte

Argumentos

El republicanismo atlántico y su laberinto

- 143 Presentación, Gabriel Entín
145 Para una historia policéntrica de los republicanismos atlánticos (1770-1880), Clément Thibaud
163 Republicanismo: el laboratorio americano. Comentario al artículo de Clément Thibaud, Hilda Sabato
167 El republicanismo atlántico en perspectiva antimperial. Comentario al artículo de Clément Thibaud, Marcela Ternavasio

Dossier

Guerra fría cultural en América Latina

- 173 Presentación. Guerra fría cultural en América Latina: prácticas del saber en conflicto, Laura Ehrlich y Ximena Espeche
181 En busca de la “guerra fría”. Culturas políticas, procesos locales y circulaciones de largo plazo, Marina Franco
189 El concepto de Revolución en Cuba, Rafael Rojas
197 “Otra película de negros”. Cultura de masas y la larga guerra por el excepcionalismo nacional en América, Ernesto Semán
205 Artistas comunistas latinoamericanos: nacionalismo y star system soviético, Marcelo Ridenti

- 211 *Al compás del deshielo: cultura y política entre Buenos Aires y Moscú*, Valeria Manzano
- 219 *Semánticas de la guerra fría cultural. Las izquierdas democráticas latinoamericanas frente a la “cruzada por la libertad”*, Karina Janello
- 227 *Solari y Trías. Dos trayectorias intelectuales en la guerra fría*, Aldo Marchesi y Vania Markarian
- 235 *Conexión sensible: política, género y afectos en la disputa por la memoria de Allende a escala global*, Isabella Cosse

Lecturas

- 245 *Lecturas de Mauss*, Carlo Ginzburg

Reseñas

- 261 François Dosse, *Castoriadis. Una vida*, por Martín Plot
- 264 Enzo Traverso, *Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria*, por Gonzalo Aguilar
- 268 Anne Boyd Rioux, *El legado de Mujercitas: construcción de un clásico en disputa*, por Magdalena Cámpora
- 272 Gabriel Entin (editor), *Rousseau en Iberoamérica. Lecturas e interpretaciones entre Monarquía y Revolución*, por Emilio Bernini
- 275 Horacio Tarcus, *La biblia del proletariado. Traductores y editores de El capital en el mundo hispanohablante*, por Lidiane Soares Rodrigues
- 278 Juan Pablo Scarfi, *El imperio de la ley. James Brown Scott y la construcción de un orden jurídico interamericano*, por Marcelo Sanhueza
- 281 Martín Bergel (coord.), *Los viajes latinoamericanos de la Reforma Universitaria*, por Luciana Carreño
- 284 Vanni Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*, por Sebastián Carassai
- 287 Ana Lucía Magrini, *Los nombres de lo indecible. Populismo y Violencia(s) como objetos en disputa. (Un estudio comparado del peronismo en Argentina y el gaitanismo en Colombia)*, por Adriana Rodríguez Franco
- 290 Aldo Marchesi, *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del Muro*, por Eugenia Palieraki
- 293 Lilia Moritz Schwarcz, *El espectáculo de las razas. Científicos, instituciones y cuestión racial en el Brasil, 1870-1930*, por Magdalena Candiotti
- 297 Claudia Roman, *Prensa, política y cultura visual. El Mosquito (Buenos Aires, 1863-1893)*, por Fabio Wasserman
- 300 Martín Servelli, *A través de la República. Corresponsales viajeros en la prensa porteña de entre siglos XIX-XX*, por Hernán Pas
- 303 Paula Bruno, *Martín García Mérou: Vida intelectual y diplomática en las Américas*, por Teresa Davis
- 306 Mónica Szurmuk, *La vocación desmesurada. Una biografía de Alberto Gerchunoff*, por Patricio Fontana
- 310 Juan Pedro Blois, *Medio siglo de sociología en la Argentina. Ciencia, profesión y política*, por Cecilia Carrera
- 313 Mariano Zarowsky, *Los estudios en Comunicación en la Argentina. Ideas, intelectuales, tradiciones político-culturales (1956-1985)*, por Luciana Lopardo

- 315 Samuel Amaral, *El movimiento nacional popular. Gino Germani y el peronismo*, por José María Casco
- 318 Alejandrina Falcón, *Traductores del exilio. Argentinos en editoriales españolas: traducciones, escrituras por encargo y conflicto lingüístico (1974-1983)*, por Ezequiel Saferstein
- 321 Omar Acha, *Cambiar de ideas. Cuatro tentativas sobre Oscar Terán*, por Diego Giller
- 324 Martina Garategaray, Unidos. *La revista peronista de los ochenta*, por Guillermo Korn
- 327 Sandra Gayol y Gabriel Kessler, *Muertes que importan. Una mirada sociohistórica sobre los casos que marcaron la historia reciente*, por Ana Cecchi

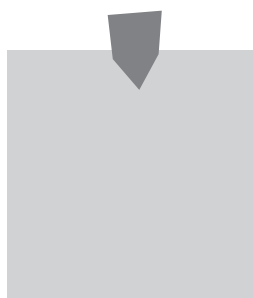
Fichas

- 333 Libros fichados: Alejandra J. Josiowicz, *La cruzada de los niños. Intelectuales, infancia y modernidad literaria en América Latina* / Rafael Rojas, *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría* / Diego Galeano y Marcos Bretas (coord.), *Policías escritores, delitos impresos: revistas policiales en América del Sur* / Marcela Gené y Sandra Szir (comps.), *A vuelta de página. Usos del impreso ilustrado en Buenos Aires siglos (xix-xx)* / Matthew Karush, *Musicians in Transit: Argentina and the Globalization of Popular Music* / Jimena Caravaca, Claudia Daniel y Mariano Ben Plotkin (eds.), *Saberes desbordados. Historias de diálogos entre conocimientos científicos y sentido común (Argentina, siglos xix y xx)* / María Valeria Galván y María Florencia Osuna (comps.), *La "Revolución Libertadora" en el marco de la Guerra Fría. La Argentina y el mundo durante los gobiernos de Lonardi y Aramburu*

Obituarios

- 341 Juan Suriano (1948-2018), Luciana Anapios y Martín Albornoz
- 347 Michel Vovelle (1933-2018), Andrés G. Freijomil
- 353 António Manuel Hespanha (1945-2019), Jean-Frédéric Schaub

Artículos



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 23 / 2019

Las flores del mal, de Charles Baudelaire, una historia material

Magdalena Cámpora

Universidad Católica Argentina / CONICET

J'étais haut comme un in-folio.

Baudelaire¹

*[...] mon infirmité, qui ne me permet de juger de la valeur
d'une phrase ou d'un mot que typographiés.*

Baudelaire²

La hipótesis que está en el inicio de este trabajo³ busca analizar la incidencia de los soportes materiales y sus contextos en la generación del texto que hoy llamamos *Les Fleurs du Mal*. El caso singular (por usar un adjetivo que a él le gustaba) de Baudelaire arranca con las primeras publicaciones en diarios y revistas y ensaya su nombre en contrapapas y diarios: *Les Lesbien* (1846), *Les Limbes* (1848), *Les Fleurs du Mal* (1856). La ansiada edición en libro de 1857, que pretendía ser definitiva, recibe un golpe inesperado con el juicio y la sentencia penal; en los diez años subsiguientes, el poeta opera la reducción, el crecimiento y la refuncionalización del cuerpo textual como efectos indirectos de la censura. Nuestra idea, en este sentido, es que las sucesivas alteraciones en la disposición y en los soportes editoriales del poemario, así como las continuas metáforas autorales de una vida corpórea y clínica del texto son impulsadas por su autor para elaborar fantasmáticamente la “delación”⁴ mediática y la violencia penal a la que es sometida su obra en el

¹ “Era alto como un in-folio” (“La Voix”, *Œuvres Complètes*, Claude Pichois (ed.), París, Gallimard, 1975, vol. I, p. 170).

² “[...] mi incapacidad, que solo me permite juzgar del valor de una frase o de una palabra cuando están tipografiados” (*Correspondance*, Claude Pichois y Jean Ziegler (eds.), París, Gallimard, 1973, vol. I, p. 374).

³ Quisiera agradecer a Loïc Windels por su generosa e inteligente discusión de este artículo. Agradezco también a Mariana De Cabo, Daniela Dorfman y Mariano Sverdlhoff por la agudeza de sus lecturas, así como a Mario Cámpora por la revisión de los términos jurídicos. Versiones preliminares fueron leídas en el encuentro “Delitos de imprenta: los juicios a *Madame Bovary* y *Las Flores del Mal* (1857-2017)”, que organizamos junto con Raúl Gustavo Ferreyra (Facultad de Derecho, Universidad de Buenos Aires, 6 y 7 de junio de 2017) y en el coloquio “Baudelaire 150”, organizado por Cristian Molina y Santiago Venturini en la Universidad Nacional de Rosario (31 de agosto y 1 de septiembre de 2017).

⁴ La expresión que usa Baudelaire es “dénonciation” y se refiere al artículo de Gustave Bourdin publicado en *Le Figaro* el 5 de julio de 1857 (Baudelaire, *Œuvres Complètes*, vol. I, p. 1177).

momento de la publicación, cuando la intervención externa ataca de lleno un conjunto que para 1857 Baudelaire consideraba cerrado, en homeóstasis. La construcción de *Las Flores del Mal* se reabre de este modo en las postrimerías del juicio y persiste hasta el final de la vida del poeta; en este aspecto el lugar común no se equivoca cuando presenta a Baudelaire como el autor de un solo libro.

La quimera filológica

Después del juicio, Baudelaire considera los cambios que recibe su poemario en términos de una vida del texto: en carta a Sainte-Beuve menciona el proyecto de escritura y publicación de una “Biografía de *Las Flores del Mal*”⁵ (y le pone a “Biografía” una mayúscula); en *Mon-cœur mis à nu*, afirma la necesidad de escribir una “historia de *Las Flores del Mal*”,⁶ reconociendo en ese vocablo –*historia*– el decurso temporal de un texto que está sujeto a cambios. De esos cambios, a partir del juicio (y aunque la idea ya estaba en las “flores enfermizas” de la dedicatoria a Gautier), el poeta habla en términos fisiológicos y médicos: su poemario sufre “mutilaciones”⁷ cuando cae en manos de la censura; su editor, Poulet-Malassis, practica una “ridícula operación quirúrgica”⁸ al arrancar las páginas con los poemas censurados y vender el libro a precio de mercado negro; los jueces imponen la “interpretación sifilítica”⁹ de uno de los poemas condenados; el propio poeta se viste de luto “por la muerte de *Las Flores del Mal*”¹⁰ (y no por el occiso) en el entierro del cancionista Béranger en julio de 1857, poco antes de su audiencia. Una historia del texto que es, entonces, una historia clínica. Más adelante, en los años 1860, el imaginario de la vida y del cuerpo, de nuevo vinculado a los cambios de la materia textual, reaparece en uno de los proyectos de prefacio:

Ofrecido sucesivamente a varios editores que lo rechazaron con horror, perseguido y mutilado en 1857 como consecuencia de un malentendido bastante particular, lentamente rejuvenecido, aumentado y fortalecido en estos años de silencio, desaparecido nuevamente en virtud de mi negligencia, este producto discordante de la *Musa de los últimos días*, vivificado ahora por algunos toques violentos, se atreve a enfrentar hoy, por tercera vez, el sol de la estupidez.¹¹

⁵ *Correspondance*, vol. II, p. 445. Carta del 30 de marzo de 1865.

⁶ *Œuvres Complètes*, vol. I, p. 685: “Histoire des *Fleurs du mal*, humiliation par le malentendu, et mon procès” (“Historia de *Las Flores del Mal*, humillación por el malentendido, y mi juicio”).

⁷ El término aparece tanto en la correspondencia como en los proyectos de prefacio.

⁸ “Si vous pouviez comprendre quel tort vous vous êtes fait avec votre *ridicule opération chirurgicale!*”, le escribe Baudelaire en carta del 9 de octubre de 1857 (*ibid.*, p. 429: “¡Si al menos pudiera entender el daño que se inflige con su ridícula operación quirúrgica!”). Los beneficios de la maniobra no fueron compartidos con el poeta, tal como observa Jean-Yves Mollier (“Baudelaire et les frères Lévy: auteur et éditeur”, *Études baudelairiennes*, vol. XII, 1987, p. 151). Claude Pichois reproduce el comentario –¿irónico?– de Poulet-Malassis, escrito al margen de la carta: “*L’opération chirurgicale*, c’est le retranchement des pièces condamnées dans quelques ex. Pour donner satisfaction apparente au tribunal” (*ibid.*, p. 949: “*La operación quirúrgica* es el recorte de las piezas condenadas en algunos ej. para complacer en apariencia al tribunal”).

⁹ *Ibid.*, p. 157.

¹⁰ La anécdota la narra Henri Plassan en “Un homme fatal” (*Gazette de Paris*, 16 de agosto de 1857, en André Guyaux, *Baudelaire. Un demi-siècle de lecture des Fleurs du Mal, 1855-1905*, París, PUF, 2007, p. 188).

¹¹ *Las Flores del Mal*, traducción de Américo Cristófalo, Buenos Aires, Colihue, 2006, pp. 367-368. “Offert plusieurs fois de suite à divers éditeurs qui le repoussaient avec horreur, pour suivi et mutilé, en 1857, par suite d’un

La *Musa de los últimos días*, madre putativa de un libro “mutilado”, “rejuvenecido”, “fortalecido”, “vivificado”, retoma la alegoría del libro como cuerpo, esto es: del libro como organismo que responde a estructuras internas propias y es a la vez modificado por el afuera.

Esos cambios, se sabe, responden a un primer disparador de largo alcance, que es la condena del libro por ultraje a la moral pública el 20 de agosto de 1857, con la prohibición y ulterior censura (que durará hasta 1949)¹² de seis de sus poemas. Este es el segundo juicio al que es sometido el ciudadano Baudelaire, tras el humillante proceso de tutela que a la edad de 23 años lo infantilizó en términos legales hasta su muerte. La unión simbólica entre ambos juicios la teje la figura del tutor Ancelle, que había entrado “*de force*” a la audiencia, según cuenta el poeta en carta del 20 de agosto 1857. No cuesta demasiado imaginar la carga psicológica que debe haber significado, para el poeta, esta presencia del tutor legal de su fortuna en la ceremonia jurídica de desposesión de su soberanía como autor. Nuevamente Baudelaire —un “espíritu atormentado”, una “naturaleza inquieta y sin equilibrio”, describe el abogado imperial Pinard en su acusación—¹³ se ve incapacitado para decidir sobre lo propio: primero la herencia, luego la obra.

Se trata, decíamos, de ligar la intervención legal con las múltiples variaciones del poemario en las sucesivas ediciones, plaquetas, suplementos. Como si el poeta buscara, una y otra vez, recuperar la autoridad final sobre el contenido del libro anegando la inicial coacción jurídica en nuevas formas, nuevas secciones, nuevos soportes. A la primera edición de 1857 le siguen la de 1861; en 1864, la publicación en *Le Parnasse satyrique* con los textos condenados; en 1866, *Les Épaves* y las *Nouvelles Fleurs du Mal*. La tercera edición “definitiva” será soñada por Baudelaire desde 1862,¹⁴ pero nunca supervisada por él. La maquinaria seguirá activa tras la muerte del poeta: la edición póstuma incluida en las *Œuvres Complètes* es de 1868; el *Complément aux Fleurs du Mal*, de 1869.

Varios son los agentes de estos cambios editoriales y textuales, paradójicamente surgidos de un régimen penal que hace del autor Baudelaire el único responsable de su texto. Por un lado, el procurador Pinard, que al censurar el orden inicial promueve las futuras estructuraciones; luego obviamente el propio Baudelaire con su deseo agudo, constante, expresado en escritos privados y públicos, de reparar la llaga abierta por la ablación de los seis textos condenados. Poulet-Malassis participa en la constitución de las *Épaves* y coordina el *Complément*; Catulle Mendès impulsa y revisa la publicación de las *Nouvelles Fleurs du Mal*; Asselineau y Banville cierran póstumamente,¹⁵ en 1868, el anhelado y trunco proyecto de la tercera edición, revisada y aumentada.

malentendu fort bizarre, lentement rajeuni, accru et fortifié pendant quelques années de silence, disparu de nouveau, grâce à mon insouciance, ce produit discordant de la *Muse des derniers jours*, encore avivé par quelques nouvelles touches violentes, o se affronter aujourd’hui, pour la troisième fois, le soleil de la sottise.” (*Œuvres Complètes*, vol. I, p. 184.)

¹² Sobre ese proceso de revisión pueden consultarse Jacques Hamelin, *La réhabilitation judiciaire de Baudelaire*, París, Dalloz, 1952, y Félix Echegoyen, *El proceso Baudelaire*, Buenos Aires, Abeledo Perrot, 1957. Aquí, el texto de la sentencia: <https://fr.wikisource.org/wiki/Arr%C3%AAAt_de_la_Cour_de_Cassation_du_31_mai_1949>.

¹³ *Œuvres Complètes*, vol. I, p. 1209.

¹⁴ Véase la carta a Poulet-Malassis de agosto-septiembre de 1862 (*Correspondance*, vol. II, p. 257).

¹⁵ Sobre la (escasa) pertinencia de las decisiones tomadas por Asselineau y Banville en la edición póstuma, véase Pichois, *Œuvres Complètes*, vol. I, pp. 814-818 y *Les Fleurs du Mal. Édition de 1861*, París, Gallimard, 1996, p. 273.

De este conjunto accidentado de circunstancias y de agentes resulta el texto que hoy denominamos *Les Fleurs du Mal*.

¿Cómo reflejar esa superposición de capas en una edición actual del libro de Baudelaire? ¿Cómo dar cuenta de la intervención externa, ajena al proyecto autoral, en la constitución de la obra? ¿Y cómo evitar aquello que Bertrand Marchal denominaba en sus seminarios una “quimera filológica”, en el sentido lato del monstruo híbrido que anuda, en su composición dispar y anacrónica, las sucesivas capas temporales de una producción poética? Porque si bien hay un consenso crítico favorable respecto del establecimiento del texto que hizo Claude Pichois para la edición Pléiade de 1975, también es lícito preguntarse por las numerosas decisiones de interpretación que implica una edición crítica. La primera de ellas: ¿qué texto elegir? ¿1857, 1861, 1868? ¿Se reinsertan los poemas condenados en su lugar de origen? ¿Se los combina con los que buscaban remplazarlos o se los deja al final, separados? ¿Cómo evaluar la relación entre los poemas ausentes y aquellos que los remplazan? ¿Se editan los *Épaves* y las *Nouvelles Fleurs du Mal* en el cuerpo textual o se respeta el orden cronológico y se los pone en anexo? ¿Se consigna el “Épigraphe pour un libre condamné” en el inicio, como todo epígrafe, o se lo desplaza para marcar su escritura posterior al juicio? Cada decisión filológica implica el reconocimiento tácito de la intervención externa en una obra que lleva, en el cuerpo mismo del texto, la memoria conflictiva de la censura.

En *The Social Life of Things* (1986), Arjun Appadurai e Igor Kopytoff proponen escribir una “biografía cultural” de los objetos que tenga en cuenta sus historias pasadas y que revele los modos anteriores de interpretación, circulación y uso que tienen su presente, atravesándolo “como un fantasma”.¹⁶ Desde esta perspectiva quisiéramos pensar una “Biografía” o historia material de *Las Flores del Mal*: teniendo en cuenta, por un lado, las operaciones autorales de lectura de la obra como un cuerpo en mutación y, por otro lado, la incidencia que los soportes materiales y el contexto jurídico y mediático tuvieron sobre la configuración final del conjunto. Se trata en este sentido, a 160 años de la primera publicación, de exponer la forma en que cada edición de *Las Flores del Mal* –canónica, de bolsillo, ilustrada, en línea, en francés o en traducción– conserva, en sus diversas materializaciones y soportes, la memoria de las ediciones anteriores y sus conflictos, como un cuerpo sus cicatrices.

“El malentendido del juicio”

La aceptación de la intervención externa en la estructura del libro –para él sagrada, solo por él modificable– es algo que adviene en Baudelaire después del juicio de 1857. El juicio marca la imposibilidad del control total sobre la obra y confirma el peso de la instancia material, anónima y pública en la constitución del texto, en consonancia con el nuevo régimen editorial y mediático que organiza la producción literaria en Francia a partir de 1830. Es esa, justamente, la enorme ironía del proceso legal: venir a imponerle a Baudelaire las reglas de un juego cuyas normas y usos conoce perfectamente bien, porque los viene practicando desde las primeras publicaciones en diarios y revistas, allá por la década del cuarenta. Un juego con el barro de la

¹⁶ Igor Kopytoff, “The cultural biography of things: commoditization as process”, en Arjun Appadurai (ed.), *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*, Cambridge, CUP, p. 67.

cultura editorial y mediática del siglo XIX que ha diagnosticado con desprecio en su obra,¹⁷ pero del que también ha sabido sacar partido.

Ilustran ese juego escenas múltiples: las reyertas de Baudelaire con la “lista de canallas”¹⁸ que dirigen la prensa y modifican sus textos; la ironía que supone colocar las futuras “flores enfermizas” en revistas como *Le Magasin des familles*; las tretas para publicar en más de un lugar un mismo inédito; la práctica, muy temprana, de “comerse el dinero”¹⁹ de los avances hechos por sus editores antes de entregar los manuscritos; las maniobras con las que promueve reseñas, o entrega adelantos, o hace llegar ejemplares de prensa con dedicatorias a periodistas y académicos.²⁰ También: la conciencia irónica respecto de la propia situación en el campo, que lo obliga a perseguir el denario invocando a la “musa venal” y a caricaturizarse, en la época del juicio, con autorretratos como este:

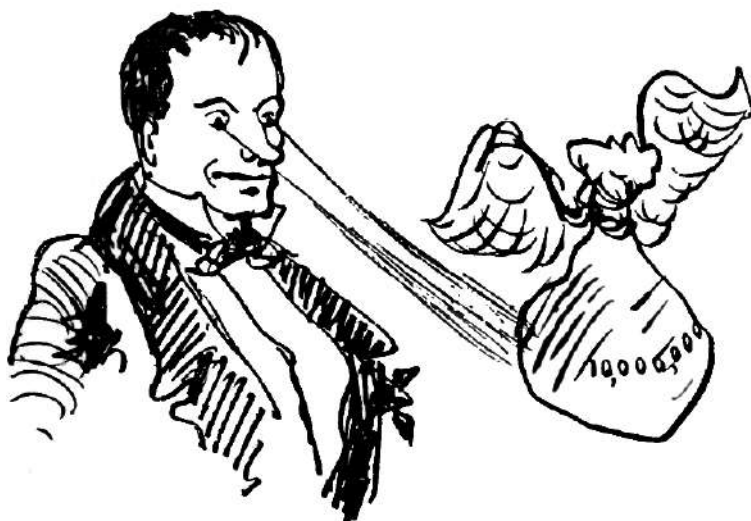


Fig.1. Charles Baudelaire, Autorretrato, c. 1857.

Que Baudelaire conoce las reglas del juego se comprueba, por lo demás, como alegó en las piezas justificativas del juicio, en que casi la mitad de los poemas (aunque no los que serán condenados) ya había aparecido en publicaciones periódicas previas sin causar mayor escándalo ni en la opinión, ni en el ministerio público.²¹ Lo que probablemente explica el profundo

¹⁷ Dos ejemplos, entre otros, donde ese diagnóstico se da como alegoría: el sueño del 13 de marzo de 1856 (*Correspondance*, vol. I, pp. 338-341) y “Perted’auréole” (*Œuvres Complètes*, vol. I, p. 352).

¹⁸ *Ibid.*, p. 694.

¹⁹ *Correspondance*, vol. I, p. 223. Carta del 1 de julio de 1853, a su madre.

²⁰ Véase la carta a De Broise con la lista de envíos de ejemplares con dedicatorias a periodistas y escritores (13 de junio de 1857, *ibid.*, pp. 406-408). Desde este contexto se entiende mejor la ambigua relación de Baudelaire con Sainte-Beuve que tanto desconcertaba a Proust.

²¹ Por eso alega Baudelaire que su responsabilidad por esas publicaciones estaba prescripta (*Œuvres Complètes*, vol. I, p. 194).

estupor, del que sobran testimonios,²² que le causa al poeta la sentencia por ultraje a la moral pública, en la Sexta cámara del Tribunal correccional de París.

Decimos *régimen mediático y editorial* que organiza la producción literaria en Francia a partir de la revolución liberal de 1830; tal vez convenga precisar algunos rasgos de esta nueva cultura del impreso, impulsada por el auge de los periódicos y por el cambio de paradigma editorial, que provocan, a fines de los años treinta, el descenso de los costos de producción y la aparición del libro de bolsillo, a manos de Gervais Charpentier.²³ En los años cincuenta, Michel Lévy (primero y último editor de Baudelaire)²⁴ explota el formato a gran escala vendiéndolo a un franco, en un gesto que marca el ingreso del libro en su “fase histórica de desarrollo industrial”.²⁵ La ampliación de los circuitos de distribución²⁶ así como el influjo de la prensa que convalida el mercado desde la crítica, la publicidad y el folletín, configuran un nuevo público que los escritores perciben como una masa indiferenciada y anónima.

Si los públicos del Antiguo Régimen por poco no llevaban nombre y apellido –miembros de sociedades literarias, de clubes y círculos, mecenas, académicos, escritores pares en busca de legitimación–, esos públicos se presentan ahora, en los hechos pero sobre todo en el discurso de los letrados, como una masa indiferenciada. Podría incluso pensarse, siguiendo los trabajos de Alain Vaillant, que a partir de 1830 la literatura deja de ser un *discurso* dirigido a un destinatario virtualmente identificable, para convertirse en *texto* que depende del sistema de difusión: es la distancia que separa el “dialogismo pulido del Antiguo Régimen o la elocuencia revolucionaria” del texto mediado, en el siglo XIX, por las nuevas estructuras de difusión del impreso público.²⁷

Sin embargo, persisten nichos segmentados que diferencian a grupos de lectores, tal como señala (desde un diario) Balzac en 1833: “para cada porción de público, su literatura especial: literatura para modistas, literatura para antecámaras, literatura burguesa, literatura de mujeres, literatura de dandys, literatura aristocrática”.²⁸ El consumismo de la masa leyente (“*masselissante*”)²⁹ trae aparejada la multiplicación de la oferta y su contracara: el deseo de diferenciación de ciertas zonas de la literatura, al margen de ese consumo. Hay en Baudelaire una notable conciencia de la interacción estructural de estos dos fenómenos: las masas lectoras por un lado, los cenáculos que se les oponen y que se construyen en contra de ellas, por el otro. Tal como veremos luego, la actitud ambigua en el momento de pensar su libro como novedad editorial, más allá de los comentarios públicos en contra de los diarios, sus lectores y editores, muestra que el deseo de Baudelaire oscila paradójicamente, sin definirse, entre ambos mundos.

²² Véase la carta de Baudelaire al ministro Achille Fould del 20 de julio 1857 (*Correspondance*, vol. I, p. 416), así como Charles Asselineau, *Charles Baudelaire, sa vie et son œuvre*, París, Alphonse Lemerre, 1869, pp. 61-62. Véase también Guyaux, *Baudelaire*, pp. 1030-1034.

²³ Jean-Yves Mollier, “Le livre de poche avant le poche”, en Jean-Yves Mollier y Lucile Trunel (dirs.), *Du “poche” aux collections de poche. Histoire et mutations d’un genre*, París, CEFAL, 2010, pp. 45-59.

²⁴ Una documentada descripción de la compleja relación entre Baudelaire y Lévy se encuentra en Mollier, “Baudelaire et les frères Lévy”, pp. 131-225.

²⁵ *Ibid.*, p. 142.

²⁶ Elisabeth Parinet, “Les bibliothèques de gare, un nouveau réseau pour le livre”, *Romantisme*, n° 80, 1993, pp. 95-106.

²⁷ Alain Vaillant, “Modernité, subjectivation littéraire et figure auctoriale”, *Romantisme*, vol. 148, n° 2, 2010, p. 11.

²⁸ “De l’état actuel de la littérature”, *La Quotidienne*, 22 de agosto de 1833, en *Œuvres diverses*, París, Gallimard, 1996, vol. II, pp. 1221-1223 (“à chaque portion de public, sa littérature spéciale: littérature pour les modistes, littérature pour les antichambres, littérature bourgeoise, littérature de femmes, littérature des dandys, littérature aristocratique”).

²⁹ Balzac, “Préface de 1836”, *Le lys dans la vallée*, en *La Comédie humaine*, París, Gallimard, 1996, vol. IX, p. 915.

Ernest Pinard, periodista

Durante el juicio, en su alegato en contra de *Las Flores del Mal*, el abogado imperial Ernest Pinard advierte con claridad esta ambivalencia. Asocia el libro de Baudelaire con las nuevas masas anónimas de lectores, pero también percibe la compartimentación de los públicos:

Esos muchos lectores para los que usted escribe, pues la tirada de su libro es de varios miles de ejemplares y el precio de venta es muy bajo, esos numerosos lectores, de *cualquier* clase, de *cualquier* edad o condición, ¿sabrán acaso tomar el antídoto que con tanta ligereza usted les propone? Incluso entre sus lectores instruidos, entre los hombres íntegros, ¿cree usted que sobran los fríos calculadores que saben pesar el pro y el contra, que evalúan peso y contrapeso, que tienen la cabeza, la imaginación, los sentidos perfectamente equilibrados?³⁰

Las supuestas condiciones materiales “masivas” (tirada alta y bajo precio) de circulación del libro son la verdadera circunstancia agravante. En rigor de verdad, el ángulo de ataque que elige Pinard se aplica mejor al género novela que al libro de poemas, y hubiera sido eficaz en un eventual segundo juicio a *Madame Bovary*, en formato libro. Recuértese que tras la absolución de Flaubert en febrero del 57, Michel Lévy pone en venta en abril, a un franco, con enorme éxito, la escandalosa novela que el juicio por ultraje a la moral ata al adulterio (Flaubert sin embargo buscaba un libro sostenido por la sola “fuerza interna de su estilo”).³¹ Pareciera que el frustrado deseo de Pinard de una segunda vuelta en la confrontación con el autor de *Madame Bovary*, ahora que el libro es un *succès de scandale*, se proyecta sobre el poeta Baudelaire.³² Así, un poco a la manera del pañero de la farsa medieval de Pathelin, que ante el juez mezcla los argumentos de su encono, en “la comedia que tuvo lugar el jueves” (como escribe Baudelaire a Flaubert, el 25 de agosto),³³ Pinard le cobra a las *Flores* los males que le corresponden a la *Bovary*. Primero, porque a diferencia de la novela a un franco, el precio del poemario no es bajo (tres francos, y en la tapa por error se anunciaban cinco); segundo, porque tampoco la tirada es tan grande (compárense los mil ejemplares de las *Flores* con los veinte mil de las *Méditations poétiques* de Lamartine en 1822),³⁴ y tercero y principal, causa de lo anterior, porque ya para esa época se habían hecho realidad la hegemonía de la prensa y el descré-

³⁰ “Tous ces nombreux lecteurs pour les quels vous écrivez, car vous tirez à plusieurs milliers d'exemplaires et vous vendez à bas prix, ces lecteurs multiples, de tout rang, de tout âge, de toute condition, prendront-ils l'antidote dont vous parlez avec tant de complaisance? Même chez vos lecteurs instruits, chez vos hommes faits, croyez-vous qu'il y ait beaucoup de froids calculateurs pesant le pour et le contre, mettant le contrepoids à côté du poids, ayant la tête, l'imagination, les sens parfaitement équilibrés!” (Baudelaire, *Œuvres Complètes* vol. I, p. 1208).

³¹ Para un análisis del desencuentro entre Flaubert, los sucesivos formatos editoriales de su novela y su público, véase Yvan Leclerc, *Madame Bovary au scalpel. Genèse, réception, critique*, París, Classiques Garnier, 2017.

³² El inicio del alegato en contra del poeta delata la inquina en contra del novelista: “Pour suivre un livre pour offense à la morale publique est toujours chose délicate. Si la poursuite n'aboutit pas, on fait à l'auteur un succès, presque un piédestal; il triomphe, et on a assumé, vis-à-vis de lui, l'apparence de la persécution”. (*Œuvres Complètes*, vol. I, p. 1206: “Perseguir un libro por ofensa a la moral pública es siempre delicado. Si el proceso no llega a nada, se cubre al autor de éxito, se le da un pedestal; triunfa y es como si uno hubiera emprendido en su contra una persecución”).

³³ *Correspondance*, vol. I, p. 424.

³⁴ Otro punto de comparación son las cifras de venta de *Madame Bovary*: 25.000 ejemplares a un franco (Michel Lévy, 1857). En 1863, la *Vie de Jésus* de Renan, en sus distintos formatos, llegará a 168.000 ejemplares (Jean-Yves Mollier, “Des *Méditations* de Lamartine à *Girl online*, ou comment fabriquer un succès littéraire”, *Revue de l'Histoire littéraire de France*, 117, 4, 2017, pp. 833-836).

dito cultural de la lírica iniciados con la Monarquía de Julio, con su consecuente depreciación económica y sus bajas ventas.³⁵

La prensa, con sus folletines, sus polémicas tanto estéticas como políticas, su ritmo de publicación, sus promesas de éxito inmediato y sus nuevas propuestas de esparcimiento, es el canto de sirenas que desvitaliza la edición de libros de poesía y la empuja hacia los márgenes, es decir: hacia las mujeres y hacia la provincia. Esa marginación, que a mediados del siglo XIX es un estado de hecho, es resistida: “No es para mis mujeres, mis hijas o mis hermanas que este libro ha sido escrito, ni para las mujeres, las hijas o las hermanas de mi vecino”,³⁶ apunta Baudelaire en el primer proyecto de prefacio para la edición de 1861. A diferencia del novelista, que corrompería a las mujeres y a las masas (feminizadas), el poeta lírico se aferra al antiguo estatuto, aristocratizante y masculino, que le otorgaban las Belles-Lettres. Es por esto que la persecución penal de un libro de poemas le resulta a Flaubert incongruente: “Esto sí que es nuevo: ¡perseguir un libro de versos! Hasta ahora la magistratura había dejado a la poesía bastante tranquila”,³⁷ le escribe a Baudelaire cuando se entera de la causa abierta en su contra. Pero más incongruente aun resulta el cargo de corrupción de las masas, si se consideran los efectos deletéreos que el auge de la prensa ya tiene, en 1857, sobre la edición de poesía: caída de ventas y de producción, cenáculos y circulación menor. El régimen penal no percibe sin embargo plenamente esta mutación y continúa con la política de censura vigente desde la Restauración (la ley en contra de “crímenes o delitos por vía de prensa o de cualquier otro medio de publicación” data de 1819).³⁸

Baudelaire, siempre fino en el diagnóstico, percibe el papel de la prensa en el proceso simbólico de desvitalización de la poesía y en carta de 1862 a Poulet-Malassis hablará del “sistema de fragmentación de los diarios”.³⁹ Un sistema que amalgama en la misma página poesía y noticias banales, cargándola con sus propias prácticas de autoparodia e ironía;⁴⁰ un sistema que recorta, corrige, modifica. Las peleas de Baudelaire con los redactores de diario son, en este sentido, ejemplares. Véase por caso la carta del 20 de junio de 1863 a Gervais Charpentier:

Monsieur, acabo de leer los dos recortes (“Les Tentations” y “Dorothée”) insertos en la *Revue Nationale*. Y me encuentro con cambios extraordinarios hechos después de mi autorización de publicación. Por este motivo, Monsieur, le huyo a los diarios y a las revistas. Yo le había dicho: suprima *todo el conjunto* si *una coma* le disgusta en el conjunto, pero no suprima la coma; ella tiene su razón de ser. He pasado mi vida entera aprendiendo a construir frases y le

³⁵ Véase Guy Rosa, Sophie Trzepizur y Alain Vaillant, “Le peuple des poètes. Étude bibliométrique de la poésie populaire de 1870 à 1880”, *Romantisme*, n° 80, 1993, pp. 21-55.

³⁶ *Œuvres Complètes*, vol. I, p. 181 : “Ce n’est pas pour mes femmes, mes filles ou mes sœurs que ce livre a été écrit; non plus que pour les femmes, les filles ou les sœurs de mon voisin”.

³⁷ *Correspondance*, vol. II, p. 758, carta del 14 de agosto de 1857: “Ceci est du nouveau: poursuivre un livre de vers! Jusqu’à présent la magistrature laissait la poésie fort tranquille”.

³⁸ Para una historización de la responsabilidad penal del escritor en Francia, véase Gisèle Sapiro, *La responsabilité de l’écrivain*, París, Seuil, 2011. Para un análisis del marco legal y jurídico, véase Yvan Leclerc, *Crimes écrits. La Littérature en procès au XIX^e siècle*, París, Plon, 1991, pp. 13-128.

³⁹ *Correspondance*, vol. II, p. 256.

⁴⁰ Los efectos de esa dinámica se perciben en la producción –autoparódica, irónica, prosaica– de los llamados “pequeños románticos”. Para un análisis de la relación entre escritura poética y periodismo, véase Alain Vaillant, “Baudelaire, artiste moderne de la ‘poésie-journal’”, *Études Littéraires*, vol. 40, n° 3, 2009, pp. 43-60.

digo, sin miedo de caer en el ridículo, que lo que yo entrego a la imprenta está terminado *de forma perfecta*.⁴¹

“Charpentier, que corrige a sus autores gracias a la igualdad asignada a todos los hombres por los inmortales principios del 89”:⁴² tal es la descripción que dará Baudelaire del inventor del libro de bolsillo en *Mon cœur mis à nu*. Así como la Revolución buscó homogeneizar a los hombres, homogeneizan los diarios la puntuación: nótese la perfecta coherencia ideológica del antimoderno, que en el mal trabajo de los editores lee una prolongación de 1789 y en el diario, un instrumento para sostener el *status quo* de la igualdad política, que a su vez encubre la desigualdad de clase (otra variante de esta idea: el niño rico y el niño pobre que tienen “dientes de *igual* blancura”, en “Le Joueur du pauvre”). Esta relectura política de una práctica finalmente anodina de la edición de la época –corregir sin consultar al autor– es una de las agudas intuiciones con las que Baudelaire desnuda la connivencia entre lo procedimental y lo ideológico.

En el mismo sentido va Flaubert cuando escribe que los burgueses tienen “fe en su diario”⁴³ o que “la tipografía es una de las invenciones más inmundas de la humanidad”.⁴⁴ Por todas estas razones, ante la aplanadora mediática, el libro de poesía tal como lo piensa Baudelaire –artesanalmente elaborado, únicamente controlado por su autor– se erige como espacio aparte. Y bajo esta luz, las denuncias por inmoralidad en el diario *Le Figaro* del periodista Gustave Bourdin que azuzaron la persecución judicial también podrían ser leídas como un gesto de disciplinamiento para devolver el díscolo texto poético a la arena mediática y a sus reglas, esto es: a la posibilidad de corrección o recorte del texto, al margen de la voluntad autoral. Bien sabemos que esa posibilidad finalmente se cumple, ya que Pinard modificará *Les Fleurs du Mal* del mismo modo en que los redactores de la *Revue de Paris* habían cortado un año antes *Madame Bovary*: “ya bajo su primera forma, ciertos cortes imprudentes habían destruido su armonía”, observaba al respecto Baudelaire en su reseña de la novela de Flaubert, posterior a ambos juicios.⁴⁵

Desde esta perspectiva no puede sino decirse que Pinard, el censor, lee exactamente *como* sus contemporáneos. El alegato en contra de Baudelaire es un condensado de las prácticas de lectura y transmisión de la información vigentes a mediados del XIX, pero aplicadas a la poesía, en un reconocimiento tácito de los nuevos co-textos de publicación del género. Pinard lee entrecortado, saca de contexto, cita glosando, irónicamente; construye paráfrasis que remedan las bajadas de un pasquín sensacionalista y ensaya incluso en su discurso góticas tipologías de folletín: “la mujer desnuda”, “la virgen loca”, “la mujer vampiro”. Describe:

⁴¹ *Correspondance*, vol. II, p. 307: “Monsieur, je viens de lire les deux extraits (“Les Tentations” et “Dorothée”) insérés dans la *Revue Nationale*. J’y trouve d’extraordinaires changements introduits après mon bon à tirer. Cela, Monsieur, est la raison pour laquelle j’ai fui tant de journaux et de revues. Je vous avais dit: supprimez tout un morceau, si une virgule vous déplaît dans ce morceau, mais ne supprimez pas la virgule; elle a sa raison d’être. J’ai passé ma vie entière à apprendre à construire des phrases, et je dis, sans craindre de faire rire, que ce que je livre à une imprimerie est parfaitement fini”.

⁴² *Œuvres Complètes*, vol. I, p. 685: “Charpentier –qui corrige ses auteurs, en vertu de l’égalité donnée à tous les hommes par les immortels principes de 89”.

⁴³ *Correspondance*, vol. V, p. 802: “foi en leur journal”.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 270: “la typographie [est] une des plus sales inventions de l’humanité”.

⁴⁵ *Œuvres Complètes*, vol. II, p. 77: “sous sa première forme, des coupures imprudentes en avaient détruit l’harmonie”.

[los lectores] buscarán en las páginas de este libro: *La Mujer desnuda, ensayando poses frente al amante fascinado* (pieza 20) [...]; *La Virgen loca*, en cuyas polleras y escote profundo con puntas encantadoras fluye el Leteo (pièce 30); *La mujer demasiado alegre*, cuyo carne contenta castiga su amante abriendo en ella labios nuevos (pieza 39); *El Bello Navío*, donde se describe el escote triunfante, provocador de la mujer, escudo armado de puntas rosas, mientras que las piernas se deslizan entre volados y atormentan los deseos y los agujonean (pieza 48); *Las Metamorfosis o la Mujer Vampiro*, que sofoca un hombre entre sus brazos aterciopelados, que abandona su busto a las mordidas, sobre los colchones que se pasman de emoción (pieza 87) [...], etc.⁴⁶

Lo notable es que Baudelaire mostraba cierta consideración por el magistrado, que tenía veleidades literarias. Pinard creció escuchando los sermones encendidos del dominico Lacordaire; fue formado por el escritor socialista Jules Simon; recibió una educación retórica y humanista; escribió y publicó, en 1892, en tres volúmenes, un *Journal* —como los Goncourt—. ⁴⁷ La historia de la conservación de los alegatos de Pinard en ambos juicios es elocuente, pues deja traslucir en el magistrado una clara preocupación por su imagen ante la posteridad. Una imagen que podía, a sus ojos, ser salvada mediante escritos que funcionan paradójicamente como cita explícita de la textualidad que pretenden prohibir.

¿Cuál es esa historia? El alegato en contra de *Madame Bovary* se conserva porque Flaubert pagó un estenógrafo para registrar todas las instancias de su juicio y porque luego integró esos documentos, con inteligente perversidad, en la edición definitiva de la novela publicada por Charpentier, en 1874.⁴⁸ Pinard cuestionará en *Mon Journal* la autenticidad de esos documentos⁴⁹ y, quizá escaldado por la incineración pública, intentará manejar el archivo del otro juicio. La operación parecía más factible: Baudelaire —o porque no tenía dinero para pagar un estenógrafo, o porque erróneamente creía (como lo dejan entender las cartas)⁵⁰ que iba a ser absuelto— no previó el registro de su juicio. Y como el expediente del proceso judicial se perdió en el incendio del Palacio de Justicia durante la Comuna, en mayo de 1871, tenemos un único registro del alegato, publicado en 1885, en la *Revue des grands procès contemporains*, en una versión probablemente digitada por el propio Pinard. Ese mismo año, el antiguo Procurador Imperial, sin duda inquieto ante el juicio de la Historia, promueve una edición de sus *Œuvres judiciaires*.⁵¹ Estos gestos apologeticos indican que aún estaban dadas las condiciones para hacer un descargo y que Pinard tenía algún margen institucional para defender su imagen pública. Por lo demás, es interesante pensar cómo el alegato de acusación del juicio (o más bien su reconstrucción en 1885), que incluye largas citas de los poemas condenados, configura la

⁴⁶ *Œuvres Complètes*, vol. I, p. 1208 (su énfasis).

⁴⁷ Véase al respecto Emmanuel Pierrat, *Accusés Baudelaire, Flaubert, levez-vous!*, París, André Versaille éditeur, 2010, pp. 1-37.

⁴⁸ “Édition définitive” “suivie des réquisitoires, plaidoirie et jugement du procès intenté à l’auteur devant le tribunal correctionnel de Paris, audiences des 31 janvier et 7 février 1857”.

⁴⁹ Leclerc, *Crimes écrits*, p. 221; Guyaux, *Baudelaire*, p. 1034.

⁵⁰ Carta del 11 de julio de 1857 (*Correspondance*, vol. I, p. 412) : “nous n’aurions plus que la gloire d’un procès, duquel d’ailleurs il est facile de se tirer”.

⁵¹ El volumen, a cargo de Charles Boullay, se titula *Œuvres judiciaires. Réquisitoires – Conclusions – Discours juridiques – Plaidoyers*, “par M. Ernest Pinard, commandeur de la Légion d’honneur, ancien procureur général, ancien Ministre de l’Intérieur, avocat à la Cour d’Appel de Paris” (París, Durand y Pedone-Lauriel, 1885, 2 vols.) y contiene la “Affaire Gustave Flaubert (février 1857) – Roman de *Madame Bovary*”. El juicio a Baudelaire no está consignado, según su editor, porque no fue registrado en el momento.

única reproducción legal de una textualidad prohibida hasta 1949: en este sentido, el alegato de Pinard funciona irónicamente en tándem con los *Épaves* y es una plataforma más de edición de los poemas censurados.

Digamos, por último, que el alegato-descargo de 1885 desencadena un diálogo particular con la posteridad. Philippe Sollers, por ejemplo, en su introducción a *Baudelaire érotique* (una edición ilustrada de los poemas condenados, de 2005) inventa, a partir del alegato, una grotesca escena donde Pinard, en fase con las implicaciones sonoras de su nombre,⁵² le recita a su señora esposa, la noche antes del juicio, los poemas que hará prohibir el día siguiente:

A Ernest Pinard, es evidente, le encantó hacer ese alegato. Quizá la noche anterior le haya leído los poemas escabrosos a Mme Pinard. Escuchémosla: “¡Basta de chanchadas, Ernest!” Al día siguiente, excitado por la cálida velada, llega el abogado a la audiencia. Ahí se desata, reescribe los poemas [...] “Las metamorfosis del vampiro” lo inspiran especialmente. Ve una “mujer vampiro que ahoga a un hombre con sus brazos *veloutés*” [‘aterciopelados’] [...] Obviamente cada una de estas palabras se encuentran en el poema, pero una vez transcritos por Pinard, se convierten en patéticos clichés. ¿Brazos *veloutés*? No, Baudelaire había escrito *redoutés* [‘temidos’]. Mme Pinard quizá tenía los brazos suaves, pero escondía con pudor su naturaleza de vampiro.

Ridiculizar al abogado imperial es tarea comprensible, pero subestimarlos puede inducir al error: lo cierto es que Pinard cita correctamente *veloutés* porque sigue la edición de 1857, que lógicamente tuvo entre sus manos antes del juicio y a todas luces conservó. “Je suis, mon cher savant, si docte aux voluptés, / Lorsque j’étouffe un homme en mes bras veloutés”,⁵³ publica el poeta en la primera edición; *redoutés* es una corrección de 1866, en *Les Épaves*.⁵⁴ No es entonces el magistrado el que recurre al lugar común –a los “patéticos clichés” que desprecia Sollers– sino el poeta.⁵⁵ Toda materia es útil para la *vis* satírica y el juicio al censor es esperable, pero para que ese juicio sea justo, hay que resituar al lector e interlocutor Pinard en un horizonte histórico de expectativa común, que reconozca su competencia lectora.⁵⁶

Bajo esta luz pueden interpretarse mejor ciertas actitudes del poeta, de otra manera incomprensibles, o solamente explicables por el ejercicio baudelaireano del demonio de la per-

⁵² En *Pinard* se escucha *pine* [argot ‘falo’]. Habrá que esperar a 1877 para que el genio satírico de Flaubert aproveche el significante. En la *Correspondance*, Flaubert hará circular la especie (no atestiguada) de un intercambio epistolar erótico entre Pinard y una tal Madame Gras, a quien el abogado imperial habría mandado poemas obscenos. El significado de *pinard* como ‘vinacho’ es posterior al siglo XIX, aunque Sollers también acuda anacrónicamente a esa acepción en su texto.

⁵³ “Soy, querido sabio, muy docta en placeres; / cuando sofoco a un hombre en mis temidos brazos” (*Las Flores del Mal*, trad. Cristóbal, p. 321).

⁵⁴ Sorprendentemente, el detalle también se le escapa a André Guyaux: “La reconstitution est-elle du seul Pinard? A-t-il relu des épreuves? Que penser des ‘bras veloutés’ – pour ‘bras redoutés’ – des *Métamorphoses du vampire*, cités à deux reprises?” (Guyaux, *Baudelaire*, p. 1035).

⁵⁵ Para un análisis de la productivización del lugar común en Baudelaire, véase Graham Robb, “The Poetics of the Common place in *Les Fleurs du Mal*”, *The Modern Language Review*, vol. 86, n° 1, 1991.

⁵⁶ Por ejemplo, al percibir el peso disolvente del indirecto libre en Flaubert, o al marcar el espacio sugerente de la elipsis entre la descripción del mal y su condena en Baudelaire. No nos detenemos en estas cuestiones que ya han sido estudiadas, en particular por Yvan Leclerc (*Crimes écrits*).

versidad. Por ejemplo: la sorpresa de Baudelaire, al final de juicio, cuando entiende que Pinard no va a invitarlo a cenar esa noche; o el nombre Pinard en la lista de distribución de sus libros en 1861;⁵⁷ o el gesto, cinco años más tarde, de añadir al Procurador en la lista del servicio de prensa de los *Épaves* publicados por Poulet-Malassis en Amsterdam, donde aparecen los poemas condenados.⁵⁸ Varios factores inciden en el vínculo que el poeta mantiene, a lo largo de los años, con el censor: cierto ambiguo reconocimiento de sus capacidades (“Pinard: temible”, le escribe a Mme Sabatier dos días antes del juicio);⁵⁹ el acatamiento forzado de la intrusión externa en la *dispositio* del texto; la aceptación del nuevo cariz del libro, en el que ahora entra el afuera bajo la peor de sus formas.

El imposible control

La extrema ironía de la situación reside en el esfuerzo previo de Baudelaire por evitar, a la hora de publicar sus poemas, el régimen literario y mediático vigente en 1857. Cuando a mediados de 1856, tras la resonante publicación de dieciocho poemas en *La Revue des Deux Mondes*, Baudelaire finalmente decide armar su primer libro de poemas, lo hace aparentemente al margen de los usos contemporáneos. En contra del “sistema de fragmentación de los diarios”, construye una estructura formal premeditada y significativa que asegura la indivisibilidad del cuerpo textual. Alain Vaillant⁶⁰ ha identificado procedimientos formales de cohesión del conjunto tales como la duplicación de motivos, el desplazamiento irónico del mismo motivo en un nuevo escenario, el anuncio de una imagen que se amplía en el poema subsiguiente, encadenamientos narrativos entre poemas, reinterpretaciones antifrásticas del mismo tema entre dos poemas, efectos de anadiplosis, etc. Esto explicaría la insistencia de Baudelaire, en el momento del juicio, sobre la necesidad de evaluar el libro como un todo: “el libro debe ser juzgado en su conjunto, y de ello surge una terrible moralidad”.⁶¹ Si el argumento de la moralidad parece más bien fraguado *ad hoc* por el tipo de delito imputado (ultraje a la moral pública), el del conjunto indivisible sin duda responde a un propósito claro de composición: “varios poemas no incriminados refutan los poemas incriminados. Un libro de poesía debe ser apreciado en su conjunto y *por su conclusión*”,⁶² apunta el poeta en las notas que provee a su abogado Chaix d’Est-Ange. En el mismo sentido va el argumento de Barbey d’Aurévilly sobre la “arquitectura secreta” del poemario.⁶³

Pinard se ocupará luego, cortando acá y allá, de desguazar la estructura elaborada por el poeta. Mientras tanto, Baudelaire elabora el plan de un libro que ha de ser *crafted* por un editor

⁵⁷ *Correspondance*, vol. II, p. 275. Pichois (*ibid.*, p. 797, nota c) señala que el nombre del procurador está añadido en lápiz.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 624.

⁵⁹ *Correspondance*, vol. I, p. 422.

⁶⁰ *Baudelaire poète comique*, Rennes, PUR, 2007, pp. 255-290.

⁶¹ *Œuvres Complètes*, vol. I, p. 193: “le livre doit être jugé dans son ensemble, et alors il en ressort une terrible moralité”.

⁶² *Ibid.*: “plusieurs morceaux non incriminés réfutent les poèmes incriminés. Un livre de poésie doit être apprécié dans son ensemble et *par sa conclusion*”.

⁶³ La expresión aparece en el artículo que Barbey publica en *Le Pays* el 24 de julio 1857, una semana antes de la audiencia, para evitar el ensañamiento con algunos poemas considerados particularmente culpables (Guyaux, *Baudelaire*, p. 197).

que comulgue con la estética del proyecto. El elegido es Auguste Poulet-Malassis, “Coco mal perché”⁶⁴ de la ciudad de Alençon, editor de poetas cuyo prestigio en los cenáculos lo exime de toda complicidad con la literatura industrial que anatemizó Sainte-Beuve.⁶⁵ Atrás queda Michel Lévy, editor de sus traducciones de Poe, cuyas propuestas de reedición con tiradas de 6000 ejemplares, formatos de bolsillo y precio a un franco, le producen a Baudelaire la mayor de las repugnancias.⁶⁶ Siguiendo el diagnóstico de Sainte-Beuve sobre “el desamparo y el desastre de la librería en Francia”,⁶⁷ se trata ahora de elegir entre el “horrible carnaval de la librería de cuatro centavos, de dos centavos, de un franco” (cuyo mayor representante sería justamente Lévy) y el “despertar del arte tipográfico que se organizaba en las provincias”, del que habla Asselineau refiriéndose, justamente, a Poulet-Malassis.⁶⁸ Años más tarde, en *Mon cœur mis à nu*, ratifica Baudelaire el ideograma: “Sobre la infamia de la imprenta, gran obstáculo para el desarrollo de lo Bello”.⁶⁹

Refinamiento y margen son los valores presentes en el metadiscurso sobre el proceso de edición. En los hechos, sin embargo, la actitud es más compleja, en la medida en que Baudelaire moviliza estrategias de mercado para lanzar el libro. El malentendido del juicio resulta en parte de esta confusión de planos: Pinard alega que el libro se dirige a las masas; Baudelaire argumenta que el precio alto del libro excluye justamente ese lectorado: “En relación a la baja general de precios en las librerías, el volumen tiene un precio alto. Eso solo ya es una garantía importante. No me dirijo, pues, a las multitudes”.⁷⁰ Sin embargo, todo el esquema de anuncios que Baudelaire pergeña para el libro, en sus distintos títulos⁷¹ y etapas, busca generar impacto y está marcado por una dinámica publicitaria. Las instrucciones en la correspondencia con Poulet-

⁶⁴ “Coco mal perché” o “Gallito mal colgado”: tal es el sobrenombre que Baudelaire inventa, jugando con la homonimia entre el apellido del editor y el sintagma “poulet mal assis”. Para los detalles del contrato de edición firmado el 30 de diciembre de 1856, véase Mollier, “Baudelaire et les frères Levy”, pp. 148-152.

⁶⁵ Sainte-Beuve, “La Littérature industrielle”, *Revue des Deux Mondes*, vol. 19, 1839.

⁶⁶ Señala Mollier (*ibid.*, p. 150) el horror de Baudelaire ante el deseo de Poulet-Malassis de probar los métodos de venta a bajo precio de los hermanos Lévy.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 675: “la détresse et le désastre de la librairie en France”.

⁶⁸ Asselineau, *Charles Baudelaire*, p. 59: “le hideux carnaval de la librairie à quatre sous, à deux sous, à un franc”, “le réveil de l’art typographique [qui] s’organisait dans les provinces”. Véase también la descripción de Poulet-Malassis que hace Bourdin en la reseña asesina del *Figaro*: “un nouveau venu qui semble prendre à tâche de prouver une fois de plus que tout métier est doublé d’un art” (Guyaux, *Baudelaire*, p. 159: “un recién llegado que busca probar, una vez más, que todo oficio conlleva un arte”).

⁶⁹ *Œuvres Complètes*, vol. 1, p. 706: “De l’infamie de l’imprimerie, grand obstacle au développement du Beau”.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 194: “Le volume est, relativement à l’abaissement général des prix en librairie, d’un prix élevé. C’est déjà une garantie importante. Je ne m’adresse donc pas à la foule”.

⁷¹ En la contratapa de *Salon de 1846* se anuncia la próxima aparición de *Les lesbiennes*, “poésies par Baudelaire Dufays”. En noviembre de 1848, en *L’écho des marchands de vin*, diario de breve duración y tendencias republicanas, se anuncia en cambio la publicación de *Les limbes*: “Ce livre paraîtra à Paris (chez Michel Lévy) et à Leipzig le 24 février 1849”. En 1850, en el *Magasin des Familles*, junto a “Châtiment de l’orgueil” y “Vin des honnêtes gens”, inserta este anuncio: “Ces deux morceaux inédits sont tirés d’un livre intitulé les *Limbes*, qui paraîtra très-prochainement, & qui est destiné à représenter les agitations & les mélancolies de la jeunesse moderne” (“Estos dos inéditos pertenecen a un libro llamado los *Limbos*, que será próximamente publicado y que busca representar las agitaciones & las melancolías de la juventud moderna”). En 1851, en *Le Messager de l’assemblée* también se publica “*Les Limbes* [...] qui est destiné à retracer l’histoire des agitations spirituelles de la jeunesse moderne”. Para una contextualización política y estética del término ‘limbes’, véase F.W. Leakey, “*Les Fleurs du Mal*, a chronological View”, *The Modern Language Review*, vol. 91, n° 3, 1996, pp. 579-580. El título habría sido abandonado ante la aparición de *Les Limbes*, por Théodore Véron, en 1852. Respecto del título *Les Fleurs du Mal*, corre la doble anécdota de la creación colectiva y de la autoría bufona por Hippolyte Babou (Patty, “Baudelaire et Hippolyte Babou”, *Revue d’Histoire littéraire de la France*, vol. 67, n° 2, 1967, p. 263).

Malassis son claras: las pruebas de galera (“placards” donde el poema, impreso de un solo lado, se vuelve potencial afiche) servirán para envíos a la prensa;⁷² el “lanzamiento” del libro será cuidadosamente preparado por su editor;⁷³ el título elegido es un “titre-pétard⁷⁴” (un “título petardo”, como lo era también *Les Lesbiennes*) que deberá escucharse más allá de los cenáculos. Y para que el libro tenga peso, el volumen será denso en páginas, lo que explica el “horror” o el “terror de la plaqueta”.⁷⁵ Digamos simplemente que el afán de control es total, porque, tal como señaló Butor, para Baudelaire la perfección de la puesta en página equivale a la perfección de la puesta en escena del dandy. Las exigencias con que agobia a su editor entre el 6 de febrero de 1857 (entrega su manuscrito) y junio de 1857 (el libro ingresa a la imprenta) son de todo tipo: controla la calidad del papel, calcula en cuantas páginas entrarán sus versos, prohíbe el rojo para el título de tapa.⁷⁶ Pelea la tipografía, discute la puntuación y prevé incluso la futura lectura en voz alta de sus versos: “En cuanto a mi puntuación, no se olvide de que no solo sirve para marcar el sentido, sino también la declamación”.⁷⁷ Llegando ya a grados inhóspitos de mala fe, Baudelaire se toma incluso el trabajo de señalarle a Poulet-Malassis erratas acaecidas en otras obras de su catálogo, por ejemplo en las *Odes funambulesques* de Banville.⁷⁸

En esta tesitura, fácilmente puede adivinarse su desesperación al descubrir, con el libro ya en mano, un error de francés en la dedicatoria a Gautier. “Au parfait magicienès langue française”, reza la primera edición, haciendo caso omiso del obligatorio plural (*ès langues*) que sigue a la partícula contraída *ès* (por *en les*). El error que, como bien analiza Loïc Windels⁷⁹ a partir de borradores, no es una errata sino un fabuloso lapsus, se potencia al encontrarse en el elogio a Gautier, “mago perfecto” de la lengua, caución simbólica en contra del desborde formal de cierto romanticismo. Al día de hoy se conservan ejemplares donde Baudelaire añade letras *s* a mano.⁸⁰ Habrá que esperar la edición de 1861 para corregir en silencio “Au parfait magicienès lettres françaises”: las *letras* remplazan la *lengua* en pos del mantenimiento del plural.

El episodio, minúsculo Aleph filológico que Windels supo ver, condensa a su vez algunas cuestiones principales de la relación entre Baudelaire y el libro: la magnificación tipográfica del error, los riesgos de la edición comercial, la conciencia de su carácter autónomo, inmanejable una vez lanzada al mercado. *Lapsus linguae* o errata, cuando aparece en letras de molde el texto de la dedicatoria niega gramaticalmente el proyecto estético, y ese suceso insalvable afecta el ideal romántico de omnipotencia sobre la creación y confirma la imposibilidad de control sobre el libro editado. En su microscópica densidad, el episodio prefigura la futura impotencia del poeta ante la censura legal: ¿qué hacer con los caracteres impresos, cómo controlar sus efectos? El absurdo intento de corregir a mano la dedicatoria se repetirá, días después

⁷² *Correspondance*, vol. I, p. 382.

⁷³ *Ibid.*, p. 412.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 378.

⁷⁵ *Ibid.*

⁷⁶ *Ibid.*, pp. 377-406.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 390.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 394.

⁷⁹ Loïc Windels, “La lettre volée par le diable. Lecture d’une faute de langue dans la dédicace des *Fleurs du mal*”, *Les chantiers de la création*, 2, 2009.

⁸⁰ *Œuvres Complètes*, vol. I, p. 829.

y en otra escala, en los inútiles pedidos a Poulet-Malassis de esconder los ejemplares impresos de *Las Flores* al “cerbero Justicia”, que quiere incautarlos.⁸¹

Persiste, en ambos episodios, la aguda conciencia en Baudelaire de un valor unido a la publicación. Cuatro días después de haber entregado su manuscrito, a principios de 1857, le escribía a su editor alegando —¿bufona o seriamente?— una incapacidad de base: la de “no poder juzgar del valor de una palabra o de una frase si no están tipografiadas”.⁸² En este, como en tantos otros sucesos de su actualidad, Baudelaire mantiene una posición ambivalente donde, por un lado, defiende la inexpugnable singularidad de la obra de arte (la dedicatoria a Gautier), pero por otro lado reconoce indirectamente en la tipografía —es decir, en la posibilidad de la lectura anónima— el lugar donde se determina el “valor de una palabra”. Más hondamente, la publicación, en su incontrolable devenir, permite eso que Baudelaire llama en carta a Flaubert “la intervención de una fuerza malvada, ajena [al hombre]”.⁸³

El verdugo de sí mismo

Después del juicio, las sucesivas ediciones del texto consuman el sueño del libro como cuerpo monstruoso. Con la condena el poemario se vuelve organismo que se ensancha, se divide y se vuelve a ampliar en ediciones, plaquetas, suplementos: cien poemas en la edición de 1857, ciento veintiséis en la de 1861, veintitrés en *Les Épaves*, dieciséis en las *Nouvelles Fleurs du Mal*, ciento cincuenta y uno en las póstumas *Œuvres Complètes*, de 1868, once en el *Complément aux Fleurs du Mal* del 69. La dinámica que va de los cien poemas iniciales a los ciento cincuenta y uno de la edición póstuma se dispara en las inmediaciones del juicio. De inmediato quiere Baudelaire reparar la falta de los seis poemas prohibidos: las menciones al respecto en la correspondencia de los años 1857, 58, 59 son monocordes, reiteradas, desafiantes. Zanelli⁸⁴ y Leclerc⁸⁵ las compendian: “juzgaron la obra tan oscura que me condenaron a rehacer el libro y a quitarle algunos textos (seis de cien)”;⁸⁶ “y esas malditas *Flores del Mal* que hay que volver a empezar [...] tratar de nuevo un tema que creíamos agotado, y todo para obedecer a la voluntad de tres magistrados tontos”;⁸⁷ “el Tribunal solo exige el reemplazo de seis piezas. ¡Quizá haga veinte!”,⁸⁸ “cuando *Las Flores del Mal* vuelvan a aparecen ensanchadas, triplicando aquello que suprimió la Justicia”.⁸⁹ Leclerc señala acertadamente cómo Baudelaire transforma la coacción legal en obligación autoimpuesta de reescritura, ya que en ninguna parte de los considerandos de la sentencia se exige el reemplazo de los poemas censurados.

⁸¹ *Correspondance*, vol. I, p. 412, carta del 11 de julio de 1857.

⁸² *Ibid.*, p. 374.

⁸³ *Ibid.*, p. 53, carta del 26 de junio de 1860 : “l’intervention d’une force méchante, extérieure à lui”.

⁸⁴ “Et ces maudites *Fleurs du mal* qu’il faut recommencer!”, *Francofonía*, n° 54, 2008, pp. 181-182.

⁸⁵ *Crimes écrits*, pp. 264-266.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 432: “[l’œuvre] a été jugée assez obscure pour que je sois condamné à refaire le livre et à retrancher quelques morceaux (six sur cent)”.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 451: “et ces maudites *Fleurs du mal* qu’il faut recommencer [...] traiter de nouveau un sujet qu’on croyait épuisé, et cela pour obéir à la volonté de trois magistrats niais”.

⁸⁸ *Correspondance*, vol. I, p. 522: “Le Tribunal n’exige que le remplacement de six morceaux. J’en ferai peut-être vingt!”.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 598: “Quand les *Fleurs du mal* reparaitront, gonflées de trois fois plus de matière que n’en a supprimé la Justice”.

En junio de 1858, el catálogo de la “Librairie Poulet-Malassis et de Broise, imprimeurs-libraires-éditeurs” anuncia la aparición próxima de una edición subsanada:

Les Fleurs du Mal, por CHARLES BAUDELAIRE, 1 vol. (agotado). Una segunda edición de este libro, que ya puede ser considerado como uno de los monumentos de la Lengua y de la Poesía francesas, se encuentra en preparación. Contendrá seis nuevos textos que remplazarán aquellos que el Tribunal de la Seine condenó.⁹⁰

Este anuncio prepara otros, que dan muestra de la nueva dinámica que rige la elaboración del conjunto. “*Les Fleurs du Mal* par Charles Baudelaire. Segunda edición aumentada con treinta y cinco poemas nuevos”, reza la portada de la edición de 1861. En septiembre de 1862, acaricia el proyecto de la “tercera edición, que llamaré *Edición definitiva*”,⁹¹ a la cual piensa añadir “diez o quince textos, además de un gran prefacio”.⁹² Este crecimiento, del que Baudelaire se jacta, se compensa con el gesto opuesto de miniaturización del conjunto en *Les Épaves* y las *Nouvelles Fleurs du Mal*. Si en la edición de 1857 el anhelo de control sobre la estructura era absoluto, ajustado a los cien poemas que demandaba la premeditada *dispositio*, a partir del juicio parece instalarse, en cambio, un juego que marca el carácter variable y diferido de la producción (aun cuando esos nuevos textos apuntaran a la edición definitiva). *Bribes, épaves, Nouvelles Fleurs du mal*: los títulos elegidos insisten sobre la fragmentación y el recorte y sugieren una resistencia a cerrar la composición del libro.⁹³

¿Hasta qué punto esta fragmentación y multiplicación por esquejes del conjunto inicial no fue de algún modo buscada por el poeta? ¿Podría tratarse, acaso, de intentos de recuperar fantasmáticamente el control haciendo propia el arma de la coerción judicial, que es el recorte? El registro imaginario de la escisión violenta, omnipresente como vimos en los primeros momentos del juicio con la analogía quirúrgica, embiste, tras la condena, el epistolario. A su vez surge en la apariencia del poeta: sección y mutilación aparecen en ese otro código semiótico que el dandy arroja al mundo –su aspecto–. Dos testimonios de la época recolectados por Claude Pichois y Jean-Paul Avicé⁹⁴ revelan en la apariencia de Baudelaire un despojamiento voluntario que quisiéramos unir con el imaginario de la escisión y la amputación. Se trata de un autorretrato de Baudelaire de 1857 y de una descripción de los Goncourt del poeta, ese mismo año, que podría funcionar como écfrasis del primero. Escriben los Goncourt en octubre de 1857, dos meses después del juicio:

Hoy, Baudelaire cena cerca nuestro. No lleva corbata, tiene el cuello a la vista, la cabeza rapada, un verdadero atuendo de guillotinado. En el fondo, un rebuscamiento voluntario, con las manitos lavadas, lustradas, cuidadas como manos de mujer – pero también la cara de un

⁹⁰ “*Les Fleurs du mal*, par Charles Baudelaire, 1 vol. (épuisé). Une seconde édition de ce livre, qu’on peut considérer dès aujourd’hui comme un des monuments de la Langue et de la Poésie françaises, est en préparation. Elle contiendra six pièces nouvelles qui remplaceront celles que le tribunal de la Seine a condamnées”.

⁹¹ *Œuvres Complètes*, vol. I, p. 815.

⁹² *Correspondance*, vol. II, p. 257.

⁹³ Pichois fijó el texto a partir de la segunda edición, aunque también su propuesta refleja el carácter atomizado del conjunto: al núcleo de 1861, añade los “poèmes apportés par la 3ème éd, 1868”, “Les épaves”, las “bribes” e incluso un “reliquat” des *Fleurs du mal* (*Œuvres Complètes*, vol. I, pp.1598-1599).

⁹⁴ Claude Pichois y Jean-Paul Avicé, *Les dessins de Baudelaire*, París, Textuel, 2003, p. 68.

maníaco, la voz cortante como el acero y una dicción que apunta a la precisión con ornatos de un Saint-Just y la consigue.

Obstinadamente, con furia áspera, se defiende de haber ultrajado a la moral en sus versos.⁹⁵

La metáfora del guillotinado “de voz cortante” dialoga sutilmente con el autorretrato de 1857, que a su vez recuerda el dibujo, atribuido a David, de María Antonieta yendo al cadalso (1793).



Fig. 2. Autorretrato, c. 1857.



Fig. 3. Jacques-Louis David, “Marie-Antoinette, reina de Francia llevada al suplicio”, 16 de octubre de 1793.

Ciertas reproducciones de ese dibujo circulan en el París de Baudelaire: una entrada en el *Journal* de los Goncourt del 18 de abril 1859 evoca una “fotografía del dibujo de David”, criticando su “crueldad”.⁹⁶ El boceto aparece mencionado ese mismo año en el texto apologético y monarquista de Horace de Viel-Castel, *Marie-Antoinette et la Révolution française*.⁹⁷ Conociera o no Baudelaire el dibujo de David, las correspondencias son perceptibles y dialogan con representaciones tópicas grabadas en el imaginario colectivo. La “toilette” de los condenados a la

⁹⁵ Edmond y Jules de Goncourt, *Journal des Goncourt: 1858-1860*, París, Honoré Champion, 2008, p. 211: “Baudelaire soupe aujourd’hui à côté de nous. Il est sans cravate, le col nu, la tête rasée, en vraie toilette de guillotiné. Au fond, une recherche voulue, de petites mains lavées, écurées, soignées comme des mains de femme — et avec cela une tête de maniaque, une voix coupante comme une voix d’acier, et une élocution visant à la précision ornée d’un Saint-Just et l’attrapant. Il se défend obstinément, avec une certaine colère sèche, d’avoir outragé les mœurs dans ses vers”.

⁹⁶ *Journal*, p. 222, entrada del 18 de abril 1859.

⁹⁷ Horace de Viel-Castel, *Marie-Antoinette et la Révolution française*, París, J. Techener, 1859, pp. 82-83.

guillotina lleva cuello desnudo, rictus amargo, mentón voluntarioso, comisura descendente de los labios, pelo cortado al ras: “un rebuscamiento intencional”, escribían los Goncourt, aludiendo a las prácticas del dandismo.

Para el dandy la apariencia es el signo distante de un estado de ánimo. Algo en la actitud de Baudelaire, en los tiempos posteriores al juicio, quiere representar la condena por ultraje a la moral pública con imágenes de la Revolución. Decapitación metafórica, aire de condenado, precisión retórica de un Saint-Just: como si se tratara de mostrar que al cortar los poemas se lo corta a él, pero también de invertir la carga trasformando a la víctima en juez revolucionario, a la sazón jacobino. El ejercicio juvenil del dandismo adquiere ahora su gravedad real, su verdadero alcance, en la medida en que la condena legal, transfigurada en condena revolucionaria por virtud del trabajo sobre el propio cuerpo, confirma a un tiempo la aristocracia del dandy (que sufre, como el noble de Ancien Régime, la violencia de Estado) y la capacidad fantasmada de estar más allá de la ley, y de hacer la ley, como el juez revolucionario. O por decirlo en términos de Baudelaire, unos pocos años más tarde, en *Le peintre de la vie moderne* (1863):

El dandismo, que es una institución al margen de las leyes, tiene leyes rigurosas a las que están estrictamente sometidos todos sus súbditos [...] En la confusión de esas épocas algunos hombres desclasados, hastiados, desocupados, pero todos ricos en fuerza natural, pueden concebir el proyecto de fundar una especie nueva de aristocracia.⁹⁸

Él es entonces quien va a recortar, rearmar, suturar el texto a partir de ahora, que la furia estatal ha mutilado su obra. Autolegislar la propia condena, modificar soberanamente el propio castigo, recuperar (de modo ilusorio) el control, ser el juez y el reo, “la herida y el cuchillo”,⁹⁹ dando cumplimiento a de Maistre, tercera velada de San Petersburgo: “todo malvado es un Heautontimorumenos” [*un verdugo de sí mismo*]: estas son, a nuestro entender, las implicaciones de las sucesivas modificaciones editoriales y textuales de *Las Flores del Mal*.

En este punto, si no en otros, la tesis sartreana de la mala fe, expuesta en su *Baudelaire*,¹⁰⁰ se revela exacta. Para Sartre, el sujeto que es objeto de la mirada del prójimo ejerce paradójicamente su libertad reafirmando esa mirada. La obsesión baudelaيرية con la reorganización, el recorte y la amplificación de la materia poética en los sucesivos soportes editoriales ratificaría la coacción penal; la censura de los jueces ejercería una determinación continua, una especie de obligación traslaticia y perversa sobre la disposición ulterior de la obra. Los imaginarios de la escisión y del recorte —esta vez controlado— seguirán trabajando, casi diez años más tarde, la estructuración y la poética del *Spleen de Paris*, que atraviesa la inquietante figura de Mlle Bistouri.¹⁰¹

⁹⁸ *Œuvres Complètes*, vol. II, p. 711: “Le dandysme, qui est une institution en dehors des lois, a des lois rigoureuses auxquelles sont strictement soumis tous ses sujets [...] Dans le trouble de ces époques quelques hommes déclassés, dégoûtés, désœuvrés, mais tous riches de force native, peuvent concevoir le projet de fonder une espèce nouvelle d’aristocratie”.

⁹⁹ *Œuvres Complètes*, vol. I, p. 79.

¹⁰⁰ Jean-Paul Sartre, *Baudelaire*, París, Gallimard, 1963.

¹⁰¹ Véase al respecto Magdalena Cámpora, “La curación al filo de una navaja. Proyecciones del juicio en *Le Spleen de Paris*”, *Saga. Revista de Letras*, Dossier Baudelaire 150, Cristian Molina (coord.), n° 8, 2018, pp. 350-396.

El texto que hoy recibimos como lectores, lentamente elaborado desde la desazón y la contingencia, diseminado en soportes varios a lo largo de los años, sigue implícitamente marcado por la mano de Pinard. ¿La permanencia de esa marca fue buscada por Baudelaire? En tal caso, el gesto corre en paralelo con el de Flaubert, que también quiso dejar un registro de las imposiciones de la censura. Primero al reproducir a mano, en un ejemplar de la edición Lévy, los comentarios y los recortes que los editores de la *Revue de Paris*, Laurent-Pichat y Du Camp, le habían impuesto meses antes, a fines de 1856, cuando la novela sale en folletín.¹⁰² Luego, de forma pública, cuando dedica la novela a su abogado Sénard y le pide al editor Charpentier que anexe el alegato, la defensa y la sentencia, en la llamada edición definitiva de *Madame Bovary*, de 1874. *Madame Bovary* termina con Homais recibiendo la legión de honor y el libro –tal como se lo edita tradicionalmente desde entonces– se cierra con la hermanada voz del abogado Ernest Pinard. Pero aquello que en Flaubert es un paratexto se vuelve en Baudelaire parte constitutiva del texto. Las cicatrices de la censura persisten en la estructura misma del poemario: las suturas se vuelven visibles, para quien busque verlas, en la materialidad de la publicación, en su historia, en sus formas, siempre y cuando se piense, siguiendo a Anthony Grafton, que “la interpretación hoy día va de la mano de la reconstrucción de comunidades intelectuales y editoriales”.¹⁰³ Esas suturas, que marcan el carácter discontinuo de la estructura última de *Las Flores del Mal*, rememoran ritualmente los eventos en torno a la publicación inicial: tal vez haya sido ese un modo baudelaireano de hacer propio, absorbiéndolo, el veneno de la intervención externa, un antídoto que vuelve inocuos a los Pinards del mundo. □

Bibliografía

Catalogue de la Librairie Poulet-Malassis et de Broise, imprimeurs-libraires-éditeurs, junio de 1858 [consulta en línea: <<http://www.bmlisieux.com/litterature/bibliogr/poulet03.htm>>; 27/6/2017].

Appadurai, Arjun, *The Social Life of Things: commodities in cultural perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.

Asselineau, Charles, *Charles Baudelaire, sa vie et son œuvre*, París, Alphonse Lemerre, 1869.

Avice, Jean-Paul y Claude Pichois, *Les dessins de Baudelaire*, París, Textuel, 2003.

Butor, Michel, *Histoire extraordinaire. Essai sur un rêve de Baudelaire*, París, Gallimard, 1961.

Echegoyen, Felix, *El proceso Baudelaire*, Buenos Aires, Abeledo Perrot, 1957.

Grafton, Anthony, *Worlds Made by Words: Scholarship and Community in the Modern West*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2009.

Guyaux, André, *Baudelaire. Un demi-siècle de lecture des Fleurs du mal, 1855-1905*, París, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 2007.

¹⁰² Los dos tomos con las anotaciones están conservados en la Bibliothèque historique de la Ville de Paris y han sido reeditados por Yvan Leclerc (2007). En la portadilla puede leerse lo siguiente, escrito y firmado por Flaubert: “Cet exemplaire représente mon manuscrit tel qu’il est sorti des mains du Sieur Laurent Pichat, poète & rédacteur propriétaire de la *Revue de Paris*. 20 avril 1857, Gve Flaubert”. Véase al respecto Leclerc (*Crimes écrits*, pp. 129-188) y W. Olmsted, “Emma versus the Proprieties: Censorship, Self-censorship, and Revision in *Madame Bovary*”, *Romanic Review*, vol. 101, n° 4, 2010, pp. 766-779.

¹⁰³ Anthony Grafton, *Worlds Made by Words: Scholarship and Community in the Modern West*, Cambridge [MA], Harvard University Press, 2009, p. 211.

Hamelin, Jacques, *La réhabilitation judiciaire de Baudelaire*, París, Dalloz, 1952.

Kopytoff, Igor, "The cultural biography of things: commoditization as process", en Arjun Appadurai (ed.), *The Social Life of Things: commodities in cultural perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, pp. 64-94.

Leakey, F. W., "Les Fleurs du Mal, a chronological view", *The Modern Language Review*, vol. 91, n° 3, 1996, pp. 78-581.

Leclerc, Ivan, *Crimes écrits. La Littérature en procès au XIX^e siècle*, París, Plon, 1991.

——, *Gustave Flaubert: Madame Bovary. La censure et l'œuvre*, Rouen, Alinéa, 2007.

Mollier, Jean-Yves, "Baudelaire et les frères Lévy: auteur et éditeur", *Études baudelairiennes*, 1987, vol. XII, pp. 131-225.

——, "Le livre de poche avant le poch", en Jean-Yves Mollier y Lucile Trunel (dirs.), *Du "poche" aux collections de poche. Histoire et mutations d'un genre*, París, CEFAL, 2010, pp. 45-59.

——, "Des Méditations de Lamartine à *Girl online*, ou comment fabriquer un succès littéraire", *Revue de l'Histoire littéraire de France*, vol. 117, n° 4, 2017, pp. 833-846.

Olmsted, William, "Emma versus the proprieties: censorship, self-censorship, and revision in *Madame Bovary*", *Romantic Review*, vol. 101, n° 4, 2010, pp. 766-779.

Parinet, Elisabeth, "Les bibliothèques de gare, un nouveau réseau pour le livre", *Romantisme*, n° 80, 1993, pp. 95-106.

Patty, James S., "Baudelaire et Hippolyte Babou", *Revue d'Histoire littéraire de la France*, vol. 67, n° 2, 1967, pp. 260-272.

Pichois, Claude, "Le dossier Baudelaire", *Romantisme*, vol. 4, n° 8, 1974, pp. 92-102.

Pierrat, Emmanuel, *Accusés Baudelaire, Flaubert, levez-vous!*, París, André Versaille éditeur, 2010.

Pinard, Ernest, *Œuvres judiciaires. Réquisitoires – Conclusions – Discours juridiques – Plaidoyers*, París, A. Durand y G. Pedone-Lauriel, 1885, 2 vols. [consulta en línea: <<https://archive.org/details/oeuvresjudiciair01pina>>; 29/9/2017].

——, *Mon Journal*, París, E. Dentu, 1892-1893.

Robb, Graham, "The Poetics of the Commonplace in *Les Fleurs du Mal*", *The Modern Language Review*, vol. 86, n° 1, 1991, pp. 57-65.

Rosa, Guy, Sophie Trzepizur y Alain Vaillant, "Le peuple des poètes. Étude bibliométrique de la poésie populaire de 1870 à 1880", *Romantisme*, n° 80, 1993, pp. 21-55.

Sainte-Beuve, Charles-Augustin, "La Littérature industrielle", *Revue des Deux Mondes*, vol. 19, 1839 [consulta en línea: <http://fr.wikisource.org/wiki/La_Littérature_industrielle>; 13/10/2017].

Sapiro, Gisèle, *La responsabilité de l'écrivain*, París, Seuil, 2011.

Séché, Alphonse, *Les Fleurs du Mal de Baudelaire*, París, SFELT, 1928.

Sollers, Philippe, "Baudelaire érotique", en "*Poèmes interdits*" par Charles Baudelaire, París, Complexe, 2005 [consulta en línea: <<http://www.pileface.com/sollers/spip.php?article364>>; 13/5/2017].

Tabarovsky, Damián (ed.), *El origen del narrador. Actas completas de los juicios a Flaubert y Baudelaire*, Buenos Aires, Mardulce, 2011.

Tilby, Michael J., "Les Fleurs du Mal in limbo: the non-appearance of *Les Limbes* revisited", *French Studies Bulletin*, vol. 36, n° 135, 2015, pp. 20-24.

Vaillant, Alain, *Baudelaire, poète comique*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2007.

——, "Baudelaire, artiste moderne de la 'poésie-journal'", *Études Littéraires*, vol. 40, n° 3, 2009, pp. 43-60.

——, "Modernité, subjectivation littéraire et figure auctoriale", *Romantisme*, 148, 2, 2010, pp. 11-25.

Windels, Loïc, "La lettre volée par le diable. Lecture d'une faute de langue dans la dédicace des *Fleurs du mal*". *Les chantiers de la création*, 2, 2009 [consulta en línea: <<http://journals.openedition.org/lcc/182?lang=fr>>; 20/5/2017].

Resumen / Abstract

***Las flores del mal*, de Charles Baudelaire, una historia material**

¿Qué significaron para Baudelaire la puesta en libro y la publicación de sus poemas? ¿En qué medida los sucesivos soportes materiales (periódicos, revistas, libros, documentos legales) y sus contextos sociales, políticos y jurídicos intervinieron en la lógica aparentemente autónoma de la obra que llamamos *Les Fleurs du Mal*? A 160 años de su primera publicación, este trabajo busca reflexionar sobre la incidencia del régimen editorial y mediático posterior a la revolución de 1830 en la configuración del texto. Para ello se buscará recuperar el conjunto de agentes –censores, periodistas, editores, albaceas– que en diversos grados alteraron el plan inicial del poeta, y se analizará la incidencia de los soportes materiales, del marco legal y de las dinámicas de mercado sobre la configuración formal del conjunto. Siguiendo la propia lectura que Baudelaire hizo de su obra como un cuerpo en mutación, quisiéramos así plantear una “Biografía” o historia material de *Las Flores del Mal* que considere las evoluciones del texto a la luz de las intervenciones externas, así como las estrategias legitimadoras que el poeta elaboró para lidiar con los efectos inesperados que la publicación tuvo sobre su obra.

Palabras clave: Materialidad del libro - Edición - Ley y literatura - Estructura de *Les Fleurs du Mal*

Fecha de recepción del original: 24/08/18

Fecha de aceptación del original: 08/02/19

***Les Fleurs du Mal* by Charles Baudelaire, a Material History**

What did the *mise en livre* and the publishing of his poems mean to Baudelaire? How did the different formats in which the poems circulated (newspapers, letters, books, legal documents) and their social, political and legal contexts affect the autonomous logic at work in the text we call *Les Fleurs du Mal*? One hundred and sixty years after the book's first publication, this article analyses the impact that the media and editorial regime post 1830 had in the configuration of the text. In order to do this, I will study how different agents –censors, journalists, editors, literary executors– indirectly altered Baudelaire's initial plan, as well as the effects that market policies, editorial conditions and legal frameworks had in the formal structure of the text. Following Baudelaire's own comparison of his book with a mutating body, my work seeks to configure a “Biography” or material history of *Les Fleurs du Mal* that examines how the text responded to external intervention, as well as the legitimating strategies the poet chose, to deal with the unexpected effects that publishing had on his writing.

Keywords: Book materiality - Publishing - Law and Literature - Structure of *Les Fleurs du Mal*

Efervescencia y desencanto

El joven Félix Frías como demócrata –cristiano– radical

Diego Castelfranco

Universidad de San Andrés / Universidad Católica Argentina / CONICET

El presente artículo indaga sobre el pensamiento temprano de Félix Frías, vertido durante 1838 en el periódico *El Iniciador* de Montevideo. Analiza, a su vez, las diferentes inflexiones manifestadas por su discurso tras la derrota de la “Campaña Libertadora” encabezada por Lavalle, cuyas filas integró, y en el contexto de su inicial exilio boliviano. Aunque Frías puede ser considerado el primer proto-intelectual católico rioplatense, esta categoría solo puede aplicarse a él tras su estadía en Francia, iniciada en 1848: antes de ese período mantuvo una relación ambigua con respecto a dicha fe –y muy en particular con respecto al ultramontanismo– al igual que los restantes miembros de la Generación del 37.¹

En sus primeros textos Frías compartió el mismo lenguaje político de sus compañeros generacionales, estructurado en torno a un historicismo matizado, de cuño francés, y a una visión “espiritualista” del hombre. Se encontró atravesado, a su vez, por la misma estructura de sentimiento religiosa que agrupaba a los restantes miembros de la Joven Generación: esta contemplaba al cristianismo como vector de progreso y democracia mientras recusaba, tácitamente, a un catolicismo percibido como portador de costumbres coloniales y aliado a la “tiranía” de Rosas. La peculiaridad del pensamiento temprano de Frías, por otro lado, residió en su reversión de la ecuación transformativa planteada por Alberdi y Echeverría. Dichos personajes contemplaban la “filosofía” como el agente central para la “regeneración” de las sociedades americanas, y también la religión ocupaba un lugar prominente pero, en cierta forma, subordinado al plano de tales ideas. Frías, en cambio, enfatizó la importancia del componente religioso, cristiano, como agente de progreso hacia un futuro de libertad y democracia. En esta línea, llegó a otorgar una particular primacía a la acción popular en su propio proyecto palingenésico, pues consideraba, siguiendo a Lamennais, que el pueblo encarnaba la palabra de Dios.

Tras la general derrota del movimiento antirrosista a comienzos de la década de 1840, y mientras iniciaba sus años de exilio en Bolivia, Frías tendió a modificar su discurso. En un conjunto de artículos publicados en dicha república abandonó su adoración lamennasiana del pueblo. No para entronizar en su lugar a la Iglesia católica, sin embargo. Durante los primeros

¹ Sobre este tema puede verse Diego Castelfranco, “¿Dios y libertad? Félix Frías y el surgimiento de una intelectualidad y un laicado católicos en la Argentina del siglo XIX”, tesis doctoral, Universidad Nacional de General Sarmiento e Instituto de Desarrollo Económico y Social, 2018.

años del destierro se apropió del lenguaje político elaborado por Alberdi y Echeverría de un modo aun más consistente que en el pasado. Si el pueblo no estaba listo todavía para emprender la lucha por su propia libertad, consideró, se tornaba necesaria la acción de una élite intelectual —encarnada por él mismo y por sus compañeros de generación— que pudiera educarlo y elevarlo a la altura de sus responsabilidades. El cristianismo no dejaba de ocupar un lugar central en dicho planteo, pero sus manifestaciones también se veían atravesadas por las inflexibles leyes de la historia. Solo cuando los habitantes del Río de la Plata hubieran perfeccionado sus costumbres por medio de la ilustración podrían ser verdaderamente cristianos, y avanzar así hacia un futuro de igualdad, libertad y democracia.

Analizar el pensamiento de Félix Frías en este período permite, en primer lugar, dar cuenta de las distintas inflexiones habilitadas por el lenguaje político de la Joven Generación, más allá de que sus integrantes compartieran distintos núcleos conceptuales e interrogantes comunes. Aporta también a la problematización de un personaje cuya trayectoria pública ha sido interpretada bajo la luz de dos prismas opuestos e irreductibles entre sí: el de la historiografía confesional, que delineó a un Frías fiel durante toda su vida a los principios del catolicismo, a la vez que siempre aliado a la causa de la libertad y la democracia,² y el de un Frías netamente reaccionario, que habría simplemente extrapolado un conjunto de ideas propias de ciertos autores católicos y conservadores franceses a un escenario bonaerense que nada tenía que ver con su contexto de producción.³

La Generación del 37 y su proyecto transformativo⁴

Emprender el análisis del lenguaje político y las intervenciones públicas tempranas de Félix Frías requiere situarlo en el espacio demarcado por los proyectos y las sociabilidades de la Joven Generación Argentina. Frías participó, junto a diferentes personajes tales como Juan Bautista Alberdi, Manuel Quiroga Rosas, Vicente Fidel López y, en parte, Esteban Echeverría, de un conjunto diverso de experiencias asociativas; estuvo presente al fundarse la Asociación de Estudios Históricos y Sociales, el Salón Literario y la Asociación de la Joven Argentina. Escri-

² Véanse por ejemplo Américo Tonda, *Don Félix Frías. El secretario del general Lavalle. Su etapa boliviana, 1841-1843*, Buenos Aires, Ediciones Argentina Cristiana, 1956; Ambrosio Romero Carranza y Juan Isidro Quesada, *Vida y testimonio de Félix Frías*, Buenos Aires, Biblioteca de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, 1995; Horacio M. Sánchez de Loria Parodi, *Félix Frías. Acción y pensamiento jurídico-político*, Buenos Aires, Quorum, 2004.

³ Aunque, es pertinente remarcarlo, dicha perspectiva es aplicada a Frías luego de su regreso a Buenos Aires en la década de 1850. Véase Tulio Halperin Donghi, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Prometeo, 2005. Son muy escasos los trabajos que, por fuera de la historiografía confesional, analizaron la trayectoria de Frías antes de ese período. Los estudios que abordan su acción, por ese motivo, suelen referirse a él como un defensor ya consolidado de una perspectiva ultramontana en el Río de la Plata; por ejemplo, Ignacio Martínez, *Una Nación para la Iglesia Argentina. Construcción del Estado y jurisdicciones eclesiásticas en el siglo XIX*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2013, pp. 472-477. Una excepción puede observarse en el trabajo de Alejandro Herrero, que sin embargo se focaliza en el exilio chileno de Frías y no en sus escritos iniciales. Alejandro Herrero, *Ideas para una República. Una mirada sobre la Nueva Generación Argentina y las doctrinas políticas francesas*, Lanús, Ediciones de la UNLA, 2009, pp. 150-154.

⁴ Las siguientes páginas, destinadas a ofrecer un panorama general sobre el lenguaje político y la “estructura de sentimiento” de la Nueva Generación, proveen solo un esbozo de dichas nociones, destinadas a contextualizar el pensamiento de Frías. Para un abordaje más extenso de este tema puede consultarse Castelfranco, “¿Dios y Libertad?”

bió también en *El Iniciador* de Montevideo, editado por Andrés Lamas y Miguel Cané (padre), y se formó intelectualmente en la Universidad de Buenos Aires creada por Rivadavia. Su vida y las de sus compañeros, por otro lado, se vieron profundamente atravesadas por la consolidación del régimen rosista y la conflictividad que desde un comienzo la acompañó. En palabras de François Dosse, ello constituyó “un acontecimiento de cristalización del recuerdo colectivo”,⁵ que afianzó sus lazos generacionales y los ubicó frente a un conjunto de interrogantes contruidos en común. A partir de dicha sociabilización intelectual y de sus intercambios con los restantes integrantes de la Generación del 37, Frías compartió con ellos un mismo lenguaje político y se encontró atravesado por una misma “estructura de sentimientos” en lo relativo a sus apreciaciones sobre la esfera religiosa.

Como señala Jorge Myers, al sustentar su legitimidad en los saberes recibidos a través de su formación, de manera autónoma con respecto al Estado, la Iglesia y las corporaciones y las clases tradicionales, los jóvenes románticos argentinos dieron un paso fundamental hacia la conformación de la figura del “intelectual” moderno.⁶ Si, durante los tiempos coloniales, los letrados se habían abocado a la defensa del orden y de sus prerrogativas corporativas, y en las dos primeras décadas posrevolucionarias los nuevos publicistas habían sido capturados, en muchos casos, dentro de un entramado de inescapables lazos políticos, esto comenzaría a cambiar en la década de 1830.⁷ Y no solo por los nuevos saberes que los jóvenes estudiantes incorporaron, sino también por la apertura de novedosos espacios de circulación e intercambio cultural. Como refiere Pilar González Bernaldo, las instituciones de enseñanza creadas por Rivadavia dieron vida a una “sociabilidad estudiantil” que les estuvo íntimamente asociada. Según esta autora, la universidad prolongó y completó la esfera pública literaria –en proceso de expansión en la primera mitad de la década de 1830–, a partir de la cual surgiría –aunque mayormente en el exilio– una esfera pública política. La sociabilidad estudiantil, así, llegó a alcanzar un rol central en el mundo de los intercambios culturales urbanos, apuntando a estimular una “sociabilidad culta” en la que la “Sociedad” se convirtió en un tema de interés público.⁸

En dicho contexto, los jóvenes románticos rioplatenses consideraron que para materializar las promesas de la Revolución era preciso encontrar una “civilización propia”, americana, rompiendo los moldes universalistas centrados en el sensualismo de los *philosophes* o en la utilidad benthamiana –conceptos que asociaban al fallido experimento rivadaviano–. El historicismo romántico, llegado a Alberdi por medio de Lerminier y de su peculiar reelaboración de las nociones jurídico-filosóficas de Savigny, ocuparía así el centro de la escena. En esta línea, como señala Elías Palti, sostuvieron que no se podía imponer a los sistemas institucionales “un

⁵ François Dosse, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, Universidad de Valencia, 2006.

⁶ Jorge Myers, “La revolución en las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas”, en Noemí Goldman (coord.), *Nueva Historia Argentina*, vol. 3: *Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, p. 389.

⁷ Sobre estos temas puede consultarse Tulio Halperin Donghi, “Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica”, Tulio Halperin Donghi, *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987; Jorge Myers, “El letrado patriota: los hombres de letras hispanoamericanos en la encrucijada del colapso del imperio español en América”, en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, vol. 1: *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz, 2008.

⁸ Pilar González Bernaldo, *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*, Buenos Aires, FCE, 2008, p. 117.

determinado curso evolutivo si este no formara ya parte de ellas como una de sus alternativas potenciales de desarrollo. La acción política solo podría, pues, alentar o desalentar aquellas tendencias evolutivas inherentes suyas, pero no crearlas *ex nihilo*.⁹

Dichos personajes vislumbraron en el pensamiento de la generación precedente, y particularmente en las difundidas ideas de Jeremy Bentham, la entronización de un sujeto individual deshistorizado, cuya acción podía reducirse a ciertos criterios fundamentales –regidos por el principio de utilidad– y por lo tanto universalizarse. Esto solo podía dar lugar, a su entender, a la formación de instituciones “artificiales”, que no se condecían con las características propias del territorio rioplatense –y era el sufragio universal la más clara de entre ellas–.

La conformación de una novedosa “estructura de sentimiento” en torno a la cuestión religiosa

En un plano muy diferente, las principales discusiones religiosas de la década de 1830 continuaron girando, de manera similar a las décadas anteriores, en torno al patronato y al tipo de relación que debían sostener un Estado y una Iglesia aún en proceso de formación. Las posiciones en disputa durante el período, de acuerdo con Roberto Di Stefano, pueden reducirse en su mayor parte a una perspectiva galicana y una perspectiva “intransigente”; esto es, la opción entre una Iglesia a imagen y semejanza –o, más aun, al servicio de– el Estado, frente a la visión que veía en Roma a la cabeza de esa “sociedad perfecta” que era la Iglesia católica, y sobre la cual el Estado no tenía ningún derecho a intervenir –cuando menos sin su consentimiento–.¹⁰ Una tercera mirada “liberal” sobre la cuestión, que apuntaba a diferenciar la política de la religión y propiciaba una amplia tolerancia en ese plano, también había sido planteada en la década anterior por algunas voces aisladas, pero no dejaría de resultar fragmentaria hasta mediados del siglo.¹¹

La fe católica, a su vez, entró de lleno en el discurso de orden, sustentado en un lenguaje republicano, por medio del cual los publicistas rosistas pretendieron legitimar al régimen. De acuerdo con Jorge Myers, Rosas identificaría a su gobierno con la causa de la ortodoxia católica, y una parte importante de su prédica se enfocó en destacar la impiedad de sus opositores y en remarcar su voluntad de restaurar la religión nacional.¹² Las consecuencias de este proceso de ningún modo se circunscribieron al plano discursivo: como señala María Elena Barral, du-

⁹ Elías Palti, *El momento romántico. Nación, historia y lenguajes políticos en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Eudeba, 2009, p. 34.

¹⁰ Roberto Di Stefano, *El púlpito y la plaza. Clero, sociedad y política de la monarquía católica a la república rosista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, pp. 155-192.

¹¹ Pueden contarse entre los defensores de esta postura, durante la década de 1820, personajes como Julián Segundo de Agüero, Juan José Paso y José Francisco Ugarteche. Durante las décadas de 1830 y 1840, sin embargo, el espacio para opiniones de este tipo parece haber sido, en el ámbito gubernativo al menos, más acotado. En el Memorial Ajustado, que según Ignacio Martínez es “Una de las piezas documentales donde se trata con mayor exhaustividad y complejidad el dilema del gobierno de las iglesias argentinas para el período 1820-1852”, dichas nociones no emergieron. Para un análisis del Memorial Ajustado puede consultarse Ignacio Martínez, *Una nación para la Iglesia Argentina*, pp. 289-313. Sobre las posturas “liberales” con respecto al papel social y político de la religión véase Di Stefano, *El púlpito y la plaza*, pp. 155-192.

¹² Jorge Myers, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, UNQ, 1995, pp. 286-288.

rante estos años los curas bonaerenses devinieron en “intermediarios banderizos”, obligados a defender “unas banderas políticas que excluían y demonizaban a los otros, a los enemigos”.¹³

Las perspectivas galicana e intransigente compartían, sin embargo, un fundamento que las acercaba: incluso en sus enunciaciones menos enfáticas, ninguna de ellas esbozaba siquiera una ruptura con la idea de que la sociedad era católica, y que por la tanto esa fe debía ser adoptada oficialmente por el Estado. Los jóvenes de la Nueva Generación, en cambio, comenzaron a expresar opiniones que manifestaban una clara disonancia con ese *status quo* religioso. No se trataba ya de subordinar la Iglesia al Estado y convertirla en una parte funcional de este, como habían anhelado los rivadavianos, ni de situarla bajo el poder de un papado que era contemplado como la cabeza de una Iglesia universal. El cristianismo sería ahora entronizado como un motor y elemento constitutivo del progreso humano, que llevaba la cimiente de un orden igualitario y democrático. La religión, aliada a la filosofía, permitiría avanzar hacia una fe nueva en la que todos los hombres –o todas las naciones, y todos los hombres en cuanto integrantes de ellas– comulgarían, y que abriría una etapa de regeneración moral y social. Así, como señala Di Stefano, esta nueva camada de publicistas encontró en la religión “una dimensión más profunda de la conciencia del hombre que los rígidos marcos de las religiones positivas y de las formas institucionalizadas de la vida religiosa no podían contener”.¹⁴ Para alcanzar esta anhelada fe común de la humanidad, según esta perspectiva, el papel de la Iglesia católica podía convertirse más en un escollo que en un apoyo efectivo.

Los miembros de la Generación del 37 no encontraron su modelo de religión ni en el catolicismo galicano o ultramontano ni en el deísmo de los *philosophes*, sino en las variantes del espiritualismo que se extendieron ampliamente en la Francia de la Restauración y de la Monarquía de Julio. Paul Bénichou, en esta línea, resalta la omnipresencia del tema religioso en las doctrinas políticas y sociales de la Francia de la Restauración y de la Monarquía de Julio que los integrantes de la Nueva Generación leyeron ávidamente. Un elemento compartido por filósofos y pensadores tan disímiles como Jouffroy, Lamennais, Leroux y Quinet era la necesidad de dar forma a una “creencia pública” que permitiera reconstituir los lazos de una sociedad que la filosofía del siglo XVIII, según la opinión dominante en la época, había tendido a disolver a través de la generalización de la crítica y el libre examen. El nuevo dogma unificador que se perseguía se situaba en una zona ambivalente entre la confianza en una providencia trascendente, que ataba el destino de la humanidad a la ley general del progreso, y una suerte de religión humanitaria, que apuntaba, en cierta forma, a la apoteosis del colectivo humano.¹⁵

Si bien los elementos antes mencionados pueden encontrarse en buena parte de los escritos de la Joven Generación, de manera más o menos explícita, no puede sin embargo afirmarse que sus autores hayan llegado a sistematizarlos y a otorgarles una forma por completo consistente. Parecen ser atisbos de un pensamiento en formación, más que productos de un entramado conceptual cuyos límites fueran ya estables. Es por este motivo que, considero, es pertinente referir a sus ideas religiosas como formando una *estructura de sentimiento*, de acuerdo

¹³ María Elena Barral, “De mediadores componedores a intermediarios banderizos: el clero rural de Buenos Aires y la paz común en las primeras décadas del siglo XIX”, *Anuario IEHS*, n° 23, 2008, p. 171.

¹⁴ Roberto Di Stefano, *Ovejas Negras. Historia de los anticlericales argentinos*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010, p. 181.

¹⁵ Paul Bénichou, *El tiempo de los profetas. Doctrinas de la época romántica*, México, FCE, 2004.

con el concepto acuñado por Raymond Williams. Este autor, crítico de que en muchas ocasiones se presente el movimiento vivo de los sujetos y de las relaciones sociales en las que están insertos como productos acabados, considera que:

Suele haber una tensión entre la interpretación recibida y la experiencia práctica. [...] la tensión es a menudo una inquietud, una presión, una latencia [...] Es un tipo de sentimiento y pensamiento efectivamente social y material, aunque cada uno de ellos en una fase embrionaria antes de convertirse en un intercambio plenamente articulado y definido.¹⁶

Los integrantes de la Generación del 37 no plasmaron sus ideas religiosas de manera sistemática, oponiendo una concepción completamente consistente de la esfera religiosa a aquellas que circularon en el Río de la Plata durante la década de 1830. Como antes se señaló, evitaron una ruptura explícita con el catolicismo, aunque sí expusieron un conjunto de ideas que en gran medida vaciaban de sentido a dicha fe. Sin rechazarla claramente, pero sin tampoco adoptarla, se ubicaron en una suerte de “zona gris” habitada por esas inquietudes, presiones, desplazamientos y latencias descriptas por Williams.¹⁷

Cristianismo y libertad: Félix Frías y la exaltación de la democracia

Félix Frías nació en Buenos Aires en 1816, lo que lo convierte en uno de los integrantes más jóvenes de la Nueva Generación. Su padre, el santiagueño Félix Ignacio Frías Araujo (1787-1831), que había realizado estudios doctorales en la Academia Carolina de Charcas, se trasladó a la excapital virreinal en ocasión de la Asamblea del Año XIII como representante de Santiago del Estero. Su carrera política desplegó luego una curva ascendente, acompañando las vicisitudes del escenario posrevolucionario: entre 1826 y 1828 integró la Convención Constituyente nacional y en 1828 fue designado miembro del directorio del Banco de Descuentos de la Provincia.¹⁸

La prominente posición social de la familia Frías sufrió un importante traspie con la muerte de Félix Ignacio en 1831, como consecuencia de un accidente en el carruaje que lo trasladaba.¹⁹ A su hijo Félix, que tenía entonces 15 años, el fallecimiento de su progenitor le depararía una vida de relativas penurias económicas, que solo lograría superar décadas más tarde, ya asentado en la vida política nacional. Dicha situación no menoscabó sus estudios, sin embargo: asistió al colegio dirigido por Rafael Miniville, luego al Ateneo de Pedro de Angelis y finalmente a la Universidad de Buenos Aires, donde se inscribió como estudiante de Derecho. Estos espacios le serían fundamentales para forjar lazos con los restantes miembros de su generación. Como indica Santiago Estrada, allí conoció y trabó amistad con personajes tales

¹⁶ Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2009, pp. 172-173.

¹⁷ De acuerdo con Tulio Halperin Donghi, aunque fuera ajeno al modelo conceptual propuesto por Williams, “en las fugaces consideraciones que sobre religión formula Echeverría no advertimos el trasunto de un pensamiento sistemático que permanece oculto, y sí el de una íntima vacilación que se resuelve en un haz de contradicciones”. Tulio Halperin Donghi, *El Pensamiento de Echeverría*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951, p. 46.

¹⁸ Vicente Osvaldo Cutolo, *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino*, Buenos Aires, Elche, 1971, vol. 3, p. 153.

¹⁹ Ambrosio Romero Carranza, *La juventud de Félix Frías, 1816-1841*, Buenos Aires, Publicaciones del Seminario de Historia Argentina, 1960, pp. 37-39.

como Carlos Tejedor, Juan Bautista Alberdi, Vicente Fidel López, Rufino Varela y José Rivera Indarte, entre otros.²⁰

Junto a López y Miguel Cané, Frías participó en 1832 de esa breve experiencia, producto del asociacionismo estudiantil, que fue la Asociación de estudios históricos y sociales. También estuvo presente en la inauguración del Salón Literario en 1837 y adhirió a la Asociación de la Joven Argentina un año más tarde. Se exilió en Montevideo en enero de 1839, dos meses después que Alberdi. Se unió así a la oleada general que desembarcó a sus compañeros en la orilla opuesta del Río de la Plata, donde elevaron ya de un modo explícito la bandera del antirrosismo.

En 1837, dos años antes de que se produjera esta diáspora, Alberdi había solicitado a Frías que enviara sus textos a *La Moda*, de pronta aparición. Se abstuvo, sin embargo, de colaborar con la revista. No se mostraba convencido de la “religión filosófica” que pregonaba su amigo Alberdi; a su modo de ver, se trataba de un conjunto de “teorías anti-cristianas”, ateas incluso.²¹ En ese momento Frías trabajaba bajo la égida de Felipe Arana, ministro de Relaciones Exteriores de Rosas. Dada la precaria situación económica de su familia se había visto obligado a desempeñar un cargo burocrático –si bien menor– en una dependencia del aparato estatal. Quizás este hecho, aunque solo pueda especularse al respecto, pesara también en sus vacilaciones; podía albergar un velado temor a embarcarse en un proyecto que fuera contemplado negativamente por el gobierno.

En cualquier caso, cuando un año más tarde se le presentó la oportunidad de remitir sus textos a *El Iniciador* de Montevideo –aun más marcadamente sansimoniano que *La Moda*– no tuvo mayores pruritos en aceptar. Había renunciado a su cargo público el año anterior, alegando motivos de salud, y se había enrolado posteriormente en la Asociación de la Joven Argentina. Progresivamente su compromiso con la lucha antirrosista se consolidaba.

Frías inició su carrera de escritor público enviando un conjunto de textos a *El Iniciador*, que editó siete artículos de su autoría entre julio y octubre de 1838. Alrededor de mayo de ese año le escribió a Miguel Cané –redactor de la revista junto a Andrés Bello– que deseaba colaborar con el periódico, a lo que este respondió que

Los redactores de *El Iniciador*, a cuya cabeza tengo el honor de estar, admiten la fraternidad de Ud.; y si mi amistad particular vale algo, yo le exijo no deje Ud. pasar una sola oportunidad de reunir colaboradores, porque la cruzada no desfallezca, antes de haber llenado su objeto.²²

A partir de ese momento Frías comenzó a enviar sus colaboraciones a dicho periódico, firmadas con las siglas D. y L., esto es, Dios y Libertad, el lema de *L'Avenir* de Lamennais. Entre los jóvenes románticos, fue Frías quien levantó más alto la bandera de la religión y del cristianismo, aunque sin romper el esquema general de pensamiento que lo unía con sus

²⁰ Santiago Estrada, *Estudios biográficos*, Barcelona, Imprenta de Henrich y Cia., 1889, p. 76.

²¹ Archivo Frías, Documentos de la Biblioteca Nacional, legajo 679, n° 9.888, AGN.

Los escritos de Alberdi nunca recusaron explícitamente la preeminencia del cristianismo. Es posible que en sus conversaciones privadas, sin embargo, se tomara mayores licencias para reflexionar sobre las nuevas perspectivas religiosas de Leroux, Saint-Simon y Jouffroy.

²² Carta de M. Cané a F. Frías, Montevideo, 7 de junio de 1838, citado en Tonda, *Don Félix Frías*, p. 219.

compañeros. Quizá José Ingenieros desconociera sus escritos iniciales en *El Iniciador* cuando escribió que “todo autoriza a inferir que Frías no se preocupó de esas cuestiones [religiosas] hasta después de actuar como secretario de Lavalle en la campaña libertadora [...]”.²³ Más fundado, podría argumentarse, es lo que afirma sobre el vínculo de este Frías juvenil con el catolicismo:

Al fundarse la *Joven Argentina* no era “católico” Félix Frías; no podía serlo, desde que en el partido de Rosas militaban decididamente todos los elementos clericales, a la vez que era anticatólica la sociedad secreta. De su primera educación conservaría, tal vez, algún apego al espíritu “cristiano”, tan contiguo, como se ha visto, de la herejía misma [...].²⁴

Como antes se expuso, no es posible afirmar que la Joven Generación se presentara como explícitamente anticatólica, pero estuvo lejos de constituirse en defensora de dicha fe –puede hablarse, incluso, de una velada hostilidad hacia ella–. En sus primeros escritos Frías no ofrece mayores indicios que lo ubiquen en el marco de un pensamiento católico, y mucho menos que indiquen su adherencia a alguna forma de catolicismo “ortodoxo”. Sin embargo, algunas alusiones siempre vacilantes, tangenciales, permiten sospechar que su vínculo con la fe católica no era tan frío como el de muchos de sus correligionarios. Particularmente al expresar, por ejemplo, que: “El cristianismo es más que la Iglesia, como Dios es más que el Papa. Una religión importa algo más que la oración, la misa y la confesión. Respetamos como nadie estas prácticas religiosas, pero queremos hombres que no sean solo cristianos de rodillas”.²⁵ Frías decía respetar sacramentos básicos de la Iglesia, tales como la confesión –particularmente denostada por los anticlericales decimonónicos–; era esto mucho más de lo que tenían para decir muchos de sus compañeros al respecto.

No obstante, afirmó también que la religión excedía ampliamente esas cuestiones. En el mismo pasaje sostuvo que “La religión cristiana es religión de acción, de vida y de progreso. Es preciso pues sacar al cristiano de la Iglesia, y su actividad democrática es la que solo constituirá el bien de estos pueblos”.²⁶ Al igual que Alberdi y Echeverría, Frías veía en el cristianismo un vector de emancipación y regeneración de los pueblos antes que una religión sacramental atada a una Iglesia institucional tal como la católica. De hecho, en lo que puede leerse como una crítica velada a la Iglesia, en línea con las ideas que llevarían a la ruptura de Lamennais con ella, diría que “Si hay un crimen que no debía perdonar el Papa, ni perdona Dios es la tiranía”.²⁷ Si la tiranía es un crimen que el Papa no *debía* perdonar, puede inferirse, esto es porque efectivamente lo había perdonado.

En tanto el régimen de Rosas era percibido como despótico, y la Iglesia católica se presentaba como su aliada y ayudaba a sostenerlo, era difícil apelar a ella en la lucha emancipadora emprendida por Frías y los restantes miembros de su generación. Para todos ellos, y con particular énfasis en estos escritos iniciales de Frías, la voz del cristianismo no se expresaba por medio de la institución eclesiástica sino que, directamente, era encarnada por el pueblo:

²³ José Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*, Buenos Aires, Editorial Futuro, 1961, vol. 2, p. 308.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ Félix Frías, “La fe del cristiano”, *El Iniciador*, 1 de octubre de 1838.

²⁶ *Ibid.*

²⁷ Félix Frías, “El egoísmo”, *El Iniciador*, n° 6, 1 de julio de 1838.

Un pueblo unido siempre expresa la voluntad divina. Dios ha delegado su soberanía en los pueblos. Cada pueblo es un hombre, representante de Dios. Los pueblos reunidos hacen la representación humanitaria. La Humanidad es Dios. Para cumplir la voluntad de Dios es necesario batir la anarquía humanitaria, los egoísmos nacionales. La Libertad como el Sol alumbrará el mundo entero.²⁸

El pueblo ocupaba el centro del pensamiento de Frías porque “la voz del pueblo es la voz de Dios”.²⁹ Su prédica era muy cercana a la de Lamennais luego de su ruptura con Roma; como el ex abate, Frías consideraba que este actor era el órgano privilegiado de la expresión divina, lo que tornaba a una Iglesia institucional, si no superflua, como mínimo secundaria. Afirmó, en esta línea, que

El culto ó la manifestación visible de las creencias religiosas es necesaria; esta es verdad inconcusa. Cual deba ser este culto es cuestión de forma. A la democracia lo que importa es cristianos en el fondo. Una forma apropiada á la grandeza del cristianismo. Erradamente piensa el que cree que el cristianismo cabe en la Iglesia.³⁰

Si el cristianismo residía en el pueblo, más que en la Iglesia, este era el verdadero depositario de la palabra divina. Y por ese motivo, al igual que los restantes miembros de la Joven Generación, Frías abogó entusiastamente por un arte y una filosofía “socialistas”.³¹ “Todo escritor que es un eco de su nación es escritor nacional, esto es escritor popular. [...] En el día los pueblos son génius: improvisan una epopeya en tres días, componen odas sublimes en pocas horas. La poesía del pueblo es la de la acción”.³² En esta línea, apelando a un registro virtualmente opuesto al que desplegaría años más adelante, realizó incluso un elogio de la revolución en cuanto gesta épica desplegada por un pueblo en busca de su libertad: “Una revolución es el golpe más poético y el más racional. Una revolución es una conclusión filosófica y un desenlace dramático; una idealización racional. Una revolución es también la moral en acción”.³³ La revolución, de algún modo, podía devenir en la *obra magna* de una nación, tal como lo había sido la revolución de Mayo y como debería ser el movimiento de lucha contra el régimen de Rosas. Para Frías estas no eran meras palabras; fue el único integrante de la Generación de 1837 que se unió a las fuerzas de Lavalle y que tomó las armas para defender lo que consideraba la causa sagrada del pueblo, que conduciría a un futuro dorado de democracia y libertad sostenidas sobre el espíritu cristiano.

La idea de entrega y sacrificio, común a todos los escritos de la Joven Generación, presentó en Frías un acento particular. Su discurso manifestó fuertes tonos románticos, enalteciendo la *melancolía* entre el conjunto de los sentimientos humanos. Según este personaje, que

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Ibid.*

³⁰ Frías, “La fe del cristiano”.

³¹ Socialista en el sentido que le otorgaban los jóvenes románticos al término: en tanto encarnación del espíritu de la sociedad en que se enunciaban, y diferenciado del individualismo que, por ejemplo, denunciaban en la obra de Bentham.

³² Félix Frías, “La poesía nacional”, *El Iniciador*, nº 10, 1 de septiembre de 1838.

³³ *Ibid.*

seguía los planteos trazados por Victor Hugo en el prólogo de su *Cromwell*,³⁴ “la melancolía es el más sublime sentimiento del corazón. La melancolía es el corazón del cristiano”.³⁵ El mundo era un “valle de lágrimas”, y la melancolía constituía “el matrimonio del infortunio y la libertad”. Dicho sentimiento atravesaba a la religión y a la filosofía, insuflándoles sentimientos de paz, de amor, de caridad, de unión y libertad.³⁶ En este mundo sufrido pero cargado de infinitas esperanzas, Frías cantó loas a la revolución y ensalzó el martirio como el ideal al que sus lectores debían ponderar:

Imitad al Salvador. El martirio es el pedestal de la gloria. Jamás sacrificuéis un sentimiento ni una idea á un interés. El oro es el móvil de los esclavos, de los facciosos liberticidas. Pobres fueron Jesús, Rousseau, Saint-Simon, pobres los apóstoles todos de la religión democrática. Tiempo es ya de explorar el porvenir. [...] Hijos de la libertad! Una generación entera os deberá su vida y su bien-estar. Un pueblo todo llorará sobre la losa de vuestra tumba.³⁷

Los artículos publicados por Frías en *El Iniciador* procuraban actuar como un llamado a la acción dirigido a la juventud rioplatense. Y, en esta línea de exaltación popular y democrática, fue quizá quien siguió más cercanamente al Lamennais de las *Palabras de un creyente*. No planteó siquiera la necesidad de contener la voz y la acción del pueblo a través de un sistema “capacitario”,³⁸ como lo hicieran Alberdi y Echeverría; las masas populares encarnaban la palabra de Dios y el movimiento de la providencia divina, lo que tornaba innecesario cualquier dique a su movimiento progresivo. Caída la “tiranía” de Rosas, ese porvenir anhelado de libertad y democracia prometido por el cristianismo finalmente quedaría abierto.

Frías, al igual que Alberdi y Echeverría, consideraba que serían la filosofía y la religión las fuerzas que permitirían avanzar hacia ese futuro regenerado. Afirmó también que los pueblos transitaban una línea de progreso indefinido que se anclaba en las especificidades propias de cada tiempo y lugar, compartiendo así su lenguaje historicista. Pero, a diferencia de ellos, sostuvo que el elemento fundamental de dicha ecuación debía ser la religión o, más específicamente, el cristianismo. ¿Cómo justificó esta sutil modulación propia, pese a que la sustentara en un lenguaje que era común a todos ellos? En primer lugar, sosteniendo que –al menos hasta ese momento– la filosofía solo había logrado postular una imagen limitada del hombre:

³⁴ Según Victor Hugo la melancolía había nacido de las fuertes vicisitudes que habían acompañado el surgimiento del cristianismo. Dicha religión había democratizado las miras de la humanidad, y había generado un nuevo despertar en el corazón de los hombres. Mientras los hombres veían al viejo mundo desmoronarse en torno a ellos, se replegaron sobre sí mismos, comprendieron las “irrisiones de la vida” y su espíritu se tornó melancólico. Victor Hugo, *Prefacio de Cromwell* [1827], en <<https://www.ucm.es/data/cont/docs/119-2014-02-19-VictorHugo.Cromwell.Prefacio.pdf>>, consultado el 25/08/2017.

³⁵ Félix Frías, “Infortunio y libertad”, *El Iniciador*, 1 de agosto de 1838.

³⁶ *Ibid.*

³⁷ Félix Frías “A la juventud”, *El Iniciador*, 15 de septiembre de 1838.

³⁸ Siguiendo en este punto a los doctrinarios franceses, Alberdi y Echeverría consideraban que solo quienes pudieran adecuar sus acciones a los dictámenes de la razón –si bien históricamente encarnada– podían participar plenamente de la ciudadanía. Así, para que los derechos políticos pudieran extenderse al pueblo, una élite intelectual –los propios integrantes de la Joven Generación– debía “educarlo” para elevarlo a la altura de dicha responsabilidad. Sobre el desarrollo del ideal “capacitario” en Francia puede consultarse Pierre Rosanvallon, *El momento Guizot. El liberalismo doctrinario entre la Restauración y la Revolución de 1848*, Buenos Aires, Biblos, 2015.

Cogito ergo sum; he aquí la base de la Filosofía – Los sistemas filosóficos [...] han sido siempre la espresion de ojeadas mas ó menos incompletas sobre el hombre. Los genios creadores de estos sistemas han fraccionado siempre al hombre, le han visto solo por una de sus faces, y han confundido la parte con el todo. El instrumento de la filosofía ha sido la razón; pero la razón no es el hombre.³⁹

El hombre, a su modo de ver, era “alma y cuerpo, corazón é inteligencia, racional y sensual”. Y si bien el eclecticismo de Cousin había avanzado en la dirección correcta, reconociendo la “síntesis humana”, aún no había sido capaz de emprender su análisis. El objetivo de la filosofía del siglo XIX debía ser, entonces, encontrar “El mecanismo de esta coexistencia, la armonía de esta multiplicidad”.⁴⁰

Pero había un segundo elemento, mucho más importante, que otorgaba la primacía al cristianismo:

Amo ergo sum, dice el Cristianismo, y echa los cimientos de la verdadera Filosofía social, de la Filosofía popular. Desde luego una Filosofía que se sostiene en una base inmutable, ha debido ser mas duradera y estar al alcance de la capacidad mas vulgar. El corazón es una verdad, la razon una duda. –El corazón es el móvil del hombre. [...] El Cristianismo es la filosofía del corazón, es un sistema filosófico, es la vida democrática. ¿Porqué todo esto? Porque el Cristianismo predica el amor, la esperanza, la fé, ha predicado mas que principios, dogmas eternos que conducen á la unión, la confraternidad, la igualdad; dogmas cuya realización es la vía democrática. El Cristianismo no es una invención, es la imagen, la espresion del hombre. El Cristianismo pues, es innato en el hombre, no es otra cosa que el código de las leyes gravadas por el dedo de Dios en el corazón humano. [...] La razón del Cristianismo, es la razón del corazón, el buen sentido. Y como el buen sentido es la Filosofía del pueblo, el Cristianismo es por su esencia popular y democrático.⁴¹

Si, aunque esto se encontrara en proceso de cambio, la filosofía había realizado una equivalencia entre hombre y razón, el cristianismo manifestaba una verdad mucho más profunda: el corazón, y no la razón que introducía la duda, era el verdadero móvil del hombre. Esta visión profundamente romántica del cristianismo tornaba a la filosofía casi redundante, dado que era este el que “echa los cimientos de la verdadera Filosofía social”. No solo porque predicaba “dogmas eternos” en vez de “principios” –uno podría agregar, disputables–. Sino también porque el cristianismo era, de algún modo, la filosofía del pueblo, se confundía con la propia vida tanto de este como del hombre.⁴² Si en Alberdi y en Echeverría la religión parecía servir más como una suerte de sustrato general de unión humanitaria sobre la cual la filosofía podría actuar como fuerza activa –o, directamente, la religión era pensada como suerte de “gendarme”

³⁹ Frías, “La fe del cristiano”.

⁴⁰ *Ibid.*

⁴¹ *Ibid.*

⁴² Frías probablemente siguiera a Lamennais al formular estas ideas; específicamente su noción de la existencia de una “razón general de la humanidad”, que ubicó primero en la Iglesia y luego en el pueblo. Tanto las *Palabras de un Creyente* como el *Ensayo sobre la indiferencia religiosa* de este autor circularon en la Buenos Aires de la década de 1830, y en torno a este segundo libro se celebró una de las reuniones del Salón Literario. Véase Félix Weinberg, *El Salón Literario de 1837*, Buenos Aires, Hachette, 1977, p. 82.

del orden social—,⁴³ para Frías ese principio de acción no era otro que el cristianismo, el pueblo divinizado en acción. La filosofía solo era capaz de parcializar al hombre y contemplarlo de forma extrañada.

Durante este período inicial Frías puso el acento casi por completo en la idea de un cristianismo cuyas ramificaciones eran terrenales y que actuaba como una fuerza progresiva estrictamente en este mundo. Sus opiniones sobre el carácter revelado, o no, de esta religión, y sobre sus pormenores teológicos, fueron dejadas en un segundo plano frente a la potencia de su *praxis* social: “Diré que no creo tanto en la inmortalidad del Cristianismo, que lo crea la religión del cielo. El Cristianismo es religión terrena y acompañará al hombre hasta el fin de la tierra. Será el báculo del hombre en su peregrinación en este valle de lágrimas”.⁴⁴

De acuerdo con esa *estructura de sentimientos* según la cual, como se ha visto, los miembros de la Generación del 37 veían en la religión una fuerza mundana más que un sistema dogmático con miras escatológicas, Frías relegó a un lugar secundario toda cuestión de carácter teológico:

¿Cristo fue hijo de Dios? ¿La religión cristiana fue revelada? Esta es cuestión individual, no social; accesoria, no primordial. La sociedad debe responder á Dios de sus acciones, el individuo de su conciencia. Por nuestra parte creemos en la divinidad de Cristo, en la revelación del Cristianismo.⁴⁵

Aparecían, de este modo, los tintes liberales que pueden también apreciarse en Alberdi y Echeverría: las creencias religiosas eran una cuestión individual, atañían exclusivamente a la propia conciencia. Dado que la pregunta sobre la “revelación” del cristianismo se mostraba irrelevante, solo era importante que se compartieran sus dogmas fundamentales, que eran finalmente los mismos que constituían el móvil más profundo del hombre y de los pueblos. El cristianismo casi quedaba circunscrito a un fundamento moral de la fraternidad universal: “Acorrer al desvalido, perdonar al enemigo, llorar con valor y resignación, ser humilde y caritativo, amar á Dios y al prójimo; he aquí la religión del Crucifijo”.⁴⁶

Es por este motivo que *El Iniciador* podía publicar los artículos de Frías, que declaraba su creencia en el carácter revelado del cristianismo, junto a, por ejemplo, una “Sección sansimoniana” según la cual “La religión San Simoniana está destinada á reunir á todos los hombres bajo una misma fé religiosa y política, á fundar un orden social en el cual, la humanidad despojada de los privilegios, gozará de la libertad que *asocia* por la obediencia voluntaria á un poder reconocido capaz”.⁴⁷ En esta futura religión sansimoniana el lugar de la Iglesia católica se convertía en un elemento por completo redundante, y el dogma de mayor peso no sería teológico, sino humanitario: era una religión que auguraba la unión y la fraternidad general de los pueblos y de la humanidad no en el otro mundo, sino en este.

⁴³ Como señala Tulio Halperin Donghi, en el pensamiento de Echeverría sobre la religión una mirada de corte utilitario, de credo otorgado a la “masa ignara”, coincidía con otra que anhelaba otorgar a lo religioso una renovada centralidad en el pensamiento de su generación. Halperin Donghi, *El Pensamiento de Echeverría*, pp. 45-46.

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ *Ibid.*

⁴⁶ *Ibid.*

⁴⁷ “Sección Sansimoniana. Prolegómenos generales”, *El Iniciador*, nº 8, 1 de agosto de 1838.

En este mejunje de nociones sobre una religión devenida en religión terrenal, podía haber incluso el elogio de una figura que no solo se hallaba fuera del cristianismo, sino que históricamente había representado uno de los mayores exponentes del *infiel*. En uno de sus artículos, Miguel Cané –amigo de Frías y editor de *El Iniciador*– escribía que “Considerado por el lado religioso, no se le puede negar á Mahoma la gloria de un gran reformador, q’ sacando ‘a la nación de una idolatría absurda y degradante, de una esclavitud al sacerdocio que dañaba a la moral, la alzó hasta la concepción de Dios’”.⁴⁸ Mahoma se mostraba así como un profeta liberador, que había destronado a la casta sacerdotal y llevado al pueblo a una cercanía más pura con Dios. No es imposible que, al señalar los abusos perpetrados por los sacerdotes árabes, Cané pensara en los curas rioplatenses, a los que podía interpretar como servidores del régimen de Rosas.

Cané culminaba su artículo afirmando que “Con todo, el islamismo se disuelve, amenaza ruina y caerá. Caerá, porque nada puede resistir al tiempo, que todo lo destruye; por que tanto en las ciencias, como en la política, y aún en la religión misma, la única ley constante de la naturaleza es el PROGRESO”.⁴⁹ Si una religión ancestral como el islam estaba condenada a desaparecer, y todo elemento humano estaba sometido a la ley del progreso, cabe preguntarse si el propio cristianismo no podía sufrir el mismo destino. Si bien Cané no llegó a explicitarlo, la “buena nueva” de la religión sansimoniana, pregonada por *El Iniciador*, posiblemente significara que muchos lo creían posible, quizá incluso deseable.

Los primeros años del exilio: Félix Frías en Bolivia

Luego de interpelar a la juventud para que se uniera a la lucha contra Rosas desde las páginas del periódico montevideano, Frías abandonó la pluma y se unió a las tropas de Lavalle, desempeñándose como su secretario personal. Al naufragar la campaña, se mantuvo junto al general durante la larga retirada hacia el norte. Se contó entre la partida final de quienes condujeron sus restos a Bolivia, a fines de 1841, para evitar que cayeran en manos del ejército de Oribe. Permanecería en ese país durante dos años, para luego continuar su exilio en Chile y finalmente en Francia. Durante este período, desilusionado por la derrota y por la persistencia de Rosas en el poder, comenzó a manifestar un viraje ideológico que no trastocó, sin embargo, su lenguaje político:⁵⁰ si en un comienzo había depositado toda su confianza en la capacidad revolucionaria del pueblo, por medio del cual –había creído– se expresaba la voz de Dios y se abría la puerta del progreso a las naciones, cada vez con mayor determinación comenzaría a desconfiar de ese actor y se lanzaría a la búsqueda de un nuevo engranaje social que pudiera garantizar el reino de la igualdad y la libertad. En la primera fase de su exilio, cuando se encontraba en Bolivia y todavía soñaba con la victoria de su causa en el campo de batalla, comenzó a aban-

⁴⁸ Miguel Cané, “Mahoma”, *El Iniciador*, n° 3, 15 de mayo de 1838.

⁴⁹ *Ibid.*

⁵⁰ Según Elías Palti, “un mismo lenguaje permite siempre innumerables formas de articulación en el nivel de sus contenidos, es decir, da lugar a infinidad de ideologías diversas y aún contradictorias entre sí, lo que significa que no hay una correspondencia unívoca entre lenguajes políticos e ideologías”. Palti, *El momento romántico*, p. 20. De este modo, si bien la carga valorativa sobre el papel del pueblo se vio modificada en el pensamiento de Frías, los términos propios del “historicismo progresista” –por designarlo de algún modo– que compartía con sus compañeros de generación no se fracturó.

donar sus referencias lamennaisianas para adoptar una visión mucho más cercana a la expuesta por Alberdi y Echeverría: las masas populares no estaban todavía capacitadas para hacerse cargo de su propio destino, y resultaba necesaria la acción de un sector ilustrado que pudiera educarlas en los principios de la democracia y la libertad.

Luego de entrar al territorio boliviano junto a los pocos soldados remanentes de la fallida “campana libertadora”, en cualquier caso, Frías se vio apremiado por dos cuestiones que se le presentaban con un carácter urgente. La primera de ellas, continuar la lucha contra el régimen de Rosas. Para ello intentó convencer al general José Ballivián, presidente de Bolivia con quien cimentaría una relación de relativa cercanía,⁵¹ de unirse a la lucha contra la Confederación Argentina. La segunda cuestión que Frías debió resolver era más mundana, pero no por eso menos importante: cómo garantizarse un sustento en aquellas tierras que le eran extrañas.

Las redes familiares, tanto como aquellas articuladas por los emigrados argentinos que habitaban allí, jugaron en esto último un rol fundamental. Llegado a Bolivia, el otrora secretario de Lavalle pudo contar con que su tío, José Frías, le abriera las puertas de su casa y lo presentara ante la sociedad de Sucre. Su pariente había sido gobernador de Tucumán en 1831, cuando el general Paz dominaba el interior del país. Había partido al exilio luego de que Facundo Quiroga invadiera la provincia, ese mismo año.

Félix Frías desarrollaría también una fluida relación epistolar con otros dos desterrados en Bolivia: Benjamín Villafañe, tucumano que había adherido al programa de la Joven Generación Argentina en San Juan y se había unido a las fuerzas de Gregorio de Lamadrid en calidad de secretario, y Guillermo Billinghurst, porteño que había realizado junto a Frías la campaña de Lavalle. Se relacionó asimismo con Facundo de Zuviría, uno de los emigrados “viejos”⁵² de mayor llegada al presidente de Bolivia, y quien pondría a su disposición las páginas de *El Restaurador* durante el tiempo en que lo dirigió. Frías también intercambió numerosas cartas con sus antiguos camaradas porteños. Entre ellos puede contarse a Vicente Fidel López —a través de quien conocería, epistolarmente, a Sarmiento—, Luis L. Domínguez, Miguel Piñero y Juan María Gutiérrez —con quien no podría, en realidad, entablar una efectiva relación epistolar como consecuencia de su partida a Europa—. A través de estos contactos recibió noticias sobre la situación de la “provincia argentina flotante” en Chile y Montevideo, a la vez que hizo circular sus propios textos en dichas regiones.

Las redes tejidas por Frías le permitieron obtener una designación, decretada por el presidente Ballivián, como Oficial 1° del Ministerio de Instrucción Pública e intérprete de Relaciones Exteriores. También le abrieron las páginas de distintos periódicos bolivianos, muy particularmente *El Restaurador* —durante el período en que fue dirigido por De Zuviría en 1842— donde comenzó nuevamente a volcar sus escritos.

Ya desde su primer artículo, firmado todavía con las siglas D y L (Dios y Libertad) de *L'Avenir*, comenzó a manifestar un conjunto de novedosas inflexiones discursivas. El avance de la democracia y de la libertad continuaba siendo el tema que en mayor medida lo movilizaba, aunque comenzaba a desdibujarse el papel prometeico que previamente había otorgado

⁵¹ Como señala Américo Tonda, por ejemplo, en 1842 Ballivián confiaría a Frías la instrucción de uno de sus hijos. Tonda, *Don Félix Frías*, pp. 58-59.

⁵² Zuviría se había exiliado en Bolivia a comienzos de la década de 1830, luego de presidir la legislatura salteña y de actuar como representante de la Liga del Interior, encabezada por el general Paz, frente a la Confederación Perú-Boliviana.

al pueblo. De hecho, sosegando el infinito optimismo que había depositado algunos años antes en la acción popular, escribió: “Desarraiguemos la idea de llegar de un salto a la cima de la civilización, de precipitarnos desacordadamente en la vía de las reformas. La libertad constitucional no se improvisa; ella es el pan que los pueblos ganan con el sudor de su rostro”.⁵³ Ante la derrota de la “campana libertadora”, y enfrentado con la inesperada pervivencia de un rosismo que atentaba contra las leyes providenciales de la historia y el cristianismo, Frías tendió a moderar su antiguo entusiasmo.

Alejado de la turbamulta juvenil que había vivido en la Buenos Aires de 1838, derrotadas las campañas del general Lavalle y de José María Paz, Frías se mostraba más reacio a levantar las banderas de un providencialismo que encarnaba en la acción de las masas populares como vector del progreso humano. Igual que sus viejos compañeros, se vio obligado a encontrar nuevas respuestas para una pregunta que parecía no tener solución: ¿cómo era posible que Rosas hubiera detenido la marcha progresiva de la historia? Sin poder aún responderlo, y actuando bajo el mecenazgo de un presidente autoritario pero “civilizador”,⁵⁴ Frías comenzó a atisbar al orden como elemento fundamental para el desarrollo de las naciones sudamericanas.

La visión de Frías sobre el lugar de la religión y del pueblo comenzó también a transformarse. Si durante 1838 las ideas lamennaisianas habían ocupado un lugar central en sus escritos, en Bolivia comenzó a incorporar nociones provenientes de *La Democracia en América*, de Tocqueville.⁵⁵ El cristianismo y el pueblo, paulatinamente, dejaron de componer una amalgama perfecta, y la acción popular dejó de expresar la inmediata voluntad de Dios. Frías comenzó a ver en el cristianismo, en cambio, una herramienta privilegiada para cambiar las costumbres de un pueblo que, purgado de su antigua carga providencial, ya no actuaba como guía del movimiento democrático, sino que debía ser guiado por alguna fuerza que se situara por fuera de él. En una carta a su amigo Benjamín Villafañe, a comienzos de 1842, decía:

Al estudiar las necesidades actuales de estos países y el modo de prepararlos a la democracia, he sido involuntariamente arrastrado a considerar en el Cristianismo el elemento más eficaz de reforma y de progreso social. Observe Ud. en la Historia la marcha del espíritu humano y en las sociedades civilizadas del día los resortes de su bienestar y conocerá que las creencias religiosas han ejercido y ejercen una influencia muy poderosa, si no la principal. Si examina

⁵³ Félix Frías, “El Demócrata”, *El Restaurador*, Sucre, 23 de diciembre de 1841, citado en Tonda, *Don Félix Frías*, p. 247.

⁵⁴ Luego de atravesar numerosos años de conflictos internos, conjugados con los conflictos con Perú en torno a la configuración de la Confederación Perú-Boliviana, Ballivián había ascendido a la presidencia con una bandera de “unanidad, armonía o unidad civil”. Con ese objetivo procuró fortalecer el poder ejecutivo en detrimento del legislativo, que perdió atribuciones con la jura de la constitución de 1843. Pero Ballivián procuró a su vez poner en marcha un plan de “modernización” de Bolivia, para lo cual “contrató profesores y maestros extranjeros, organizó expediciones colonizadoras y abrió escuelas y caminos”. Los emigrados argentinos, en esa línea, podían servir a Ballivián como factor de civilización, y fue en ese marco que Frías trabó relación con el presidente de Bolivia. Véase Marta Iruozqui, “‘A resistir la conquista’. Ciudadanos armados en la disputa partidaria por la revolución en Bolivia, 1839-1842”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n° 42, junio de 2015.

⁵⁵ Es difícil saber si Frías, durante estos años, pudo acceder directamente a *La Democracia en América*, o solo indirectamente, a través de textos que comentaran dicha obra. Por lo que respecta a los restantes integrantes de la Generación del 37, ya a fines de 1840, el mismo año de su publicación, Gutiérrez tradujo y publicó en *El Talismán*, de Montevideo, algunos capítulos de la segunda parte de *La Democracia en América*. Véase Bárbara Rodríguez Martín, “Juan María Gutiérrez y su contribución periodística (1833-1852) a la crítica cultural hispanoamericana”, tesis doctoral, Universidad de La Laguna, 2005/2006, en <ftp://tesis.bbt.ull.es/ccsyh/ull/cs215.pdf>, p. 236.

Ud. la sociedad norteamericana, conocerá que la libertad democrática está allí identificada con las costumbres, cuya fuerza ha sido siempre mantenida por el elemento religioso [...] ¿Cómo reformar por otra parte, las costumbres del pueblo, sin reformar antes sus creencias? Desde que el pueblo no profesa otras creencias que las religiosas, hacer comprender la importancia de éstas, purificarlas, enseñar su intimidad, es educar al pueblo, es prepararlo a la soberanía, a la verdadera libertad.⁵⁶

Si, bajo el influjo de Lamennais, Frías había expresado un espíritu democrático particularmente radical, su postura era ahora mucho más cercana a la de Alberdi y Echeverría: si bien el objetivo final era la democracia, el pueblo no estaba preparado para ella. Era preciso que atravesara, previamente, un proceso educativo que lo moralizara y lo elevara a la edad de la razón –y era quizá más importante el primer elemento que el segundo–.

Sus artículos, mientras tanto, comenzaron a publicarse en *El Mercurio* de Valparaíso gracias a su más fluida relación con el también exiliado redactor del periódico, Miguel Piñeiro. Los escritos de Frías llegaban así a Chile, mientras él mismo recibía *La Revista de Valparaíso* y *La Gaceta de Comercio*, dirigidas ambas por López.⁵⁷ Influido, quizá, por su vínculo con el régimen de Ballivián y por los textos chilenos que llegaban a sus manos, las inflexiones democráticas de Frías comenzaron a ceder su lugar a una mayor preocupación por el orden –aunque esta distara aún de poseer la centralidad que manifestaría más adelante–.

Si bien Frías, a diferencia de Alberdi y Echeverría, no había llegado a exponer claramente la idea de que la religión, o el cristianismo, se encontraban tan sometidos a la “ley del progreso” como todas las otras áreas de la vida humana, ahora enfatizaba muy especialmente la *perfección* del cristianismo. Se alejaba así explícitamente del pensamiento de Leroux y de las ideas que, incluso con mayor intensidad, Echeverría –pero no así Alberdi– seguiría sosteniendo a lo largo de la década de 1840. Existía algo que estaba afuera de la ley del movimiento general del universo, una piedra de toque dotada de una solidez absoluta: los dogmas expresados en los evangelios. Pero, conservando su perspectiva historicista, Frías no dejó de considerar que las verdades religiosas solo podían manifestarse de acuerdo con las condiciones históricas propias de cada pueblo.⁵⁸

Al mismo tiempo que el cristianismo, en la mirada de Frías, adquiriría un carácter inmutable, se deshacía esa suerte de comunión inmanente entre este y el pueblo. La fe cristiana conduciría a la libertad y a la democracia. Pero, dado que las masas populares ya no encarnaban de forma inmediata el espíritu del cristianismo, era preciso “educarlo”, insuflarle nociones morales y religiosas.

¿Quiénes serían los actores encargados de esta tarea tan ambiciosa? Frías no era completamente claro en ello, pero destacó la importancia de una élite intelectual en la que descollaban los “periodistas” –esto es, los escritores públicos como él mismo y sus compañeros–, encargados de representar la voz del pueblo a la vez que de ilustrarlo. Y para ello el ejemplo y la influencia de las naciones “más avanzadas”, como Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, ten-

⁵⁶ Carta de Frías a Villafañe, Sucre, 26 de enero de 1842, citada en Tonda, *Don Félix Frías*, p. 247.

⁵⁷ Américo Tonda, “Félix Frías en ‘El Mercurio’”, *Res Gesta*, 2ª época, n° 9, enero-junio de 1981, p. 2.

⁵⁸ En cierta forma el cristianismo ocupaba para Frías el mismo lugar que la razón en el *Fragmento preliminar* de Alberdi: si bien era universal solo podía encarnar en las condiciones históricas propias de cada pueblo. El cristianismo, así como la razón, no podían más que ser cristianismo y razón encarnados en un tiempo y lugar determinados.

dría un papel de primer orden. El proyecto de Frías se acercaba, así, mucho más al que habían sostenido Alberdi y Echeverría, depurado ahora de su radicalismo profético-democrático: la élite intelectual debía conciliar los elementos “universales” llegados de Europa y los Estados Unidos con la realidad local y el elemento nacional. Solo que existía ahora, a su modo de ver, un elemento que escapaba a la ley del progreso y que, manteniéndose siempre igual a sí mismo dada su perfección, permitiría impulsar desde ese núcleo inconmovible la transformación de la sociedad: el cristianismo.

Durante estos años Frías no contempló a la Iglesia Católica como un actor central –o incluso secundario– de este proceso. No aludió en ningún momento a la potencial relevancia de la fe católica. La Iglesia rioplatense que él había conocido se hallaba demasiado ligada al “despotismo” de Rosas como para ser identificada con ese vector de cambio democrático que Frías anhelaba encontrar. Si el “verdadero” cristianismo solo podía encarnar en un pueblo que estuviera a su altura, las costumbres retrógradas de la Confederación Argentina tornaban esto todavía imposible. Frías creería encontrar, finalmente, la respuesta a estas aporías en el ultramontanismo y la entronización del pontífice romano como encarnación de los dogmas evangélicos en la Tierra. Pero eso ocurriría muchos años más tarde; sería un punto de llegada, y de ningún modo un punto de partida.

Reflexiones finales

La perspectiva posiblemente más extendida sobre el pensamiento de Félix Frías en la historiografía local es aquella que, describiendo su discurso en la Buenos Aires de 1850, lo categoriza como un exponente “fuera de lugar” de una postura reaccionaria. Más allá de que dicha hipótesis pueda ser en general puesta en cuestión,⁵⁹ en particular deja de lado la producción intelectual temprana de dicho personaje y lo escinde, así, de la fuerte marca que imprimió a su trayectoria intelectual su identificación inicial con los proyectos de la Joven Generación. Este no es el caso con la historiografía de corte confesional, que sin embargo cae en las aporías de lo que Pierre Bourdieu ha denominado la “ilusión biográfica”: esto es, la noción de que puede encontrarse una línea singular que hilvana la entera existencia de un sujeto.⁶⁰ Para autores tan diferentes como Pedro Goyena, Santiago Estrada, Américo Tonda y Ambrosio Romero Carranza, dichos elementos, inmutables, estuvieron siempre vinculados con su lucha por la libertad, sus ideas democráticas y, sobre todo, su inflexible apego a la causa del catolicismo.

El análisis del período juvenil de Frías permite articular elementos que agregan numerosos matices a su trayectoria. Su vínculo con la religión católica, durante aquellos años, se mostró tan ambiguo –aunque quizá menos notoriamente hostil– que el de sus compañeros de generación. Si el clero parecía actuar como un defensor del “tiránico” régimen rosista, a la vez que como portador de las añejas costumbres coloniales, era difícil encontrar en él un vector transformador útil para los proyectos palingenésicos de la Generación del 37. La perspectiva religiosa de Frías, así, no era demasiado diferente a aquella manifestada por Alberdi y Echeverría: el cristianismo, pensado como un agente cuyo impacto era estrictamente terrenal, se ha-

⁵⁹ Diego Castelfranco, “¿Dios y Libertad?”.

⁶⁰ Pierre Bourdieu, “La ilusión biográfica”, *Acta sociológica*, n° 58, diciembre de 2011.

llaba encarnado en el corazón de los pueblos y de los hombres y, actuando como código moral, permitiría avanzar hacia un futuro de libertad, democracia e igualdad.

Este joven romántico, por otro lado, adoptó el lenguaje político historicista –matizado– de sus compañeros: los pueblos se hallaban insertos en una senda de progreso indefinido, pero sus manifestaciones específicas no podían más que encarnar en las características propias de cada pueblo. La razón, aunque universal, no podía más que existir en el tiempo histórico.

Pero Frías otorgó una modulación particular a dicho lenguaje. Para él no era tanto la razón el elemento constitutivo del progreso humano –aunque sin duda tuviera un papel central– sino los dogmas religiosos, vinculados a los principios del evangelio. El único sistema de creencias al que el pueblo podía acceder, consideró, era el religioso, que además era inmanente a los hombres y a las naciones. Su uso del lenguaje historicista lo ubicaba en un lugar quizá excéntrico del espectro que este habilitaba, pero de ningún modo lo conducía a una ruptura con él. Dicho lenguaje otorgaba espacios tanto para los sansimonianos más convencidos como para quienes, como Frías, propugnaron una visión lamennésiana y democrática del cristianismo.

Incluso tras su exilio en Bolivia, donde comenzó a manifestar un giro ideológico que lo alejó del cristianismo democrático radical, se mantuvo dentro de los confines del lenguaje historicista. Los principios cristianos eran para él tan universales como inmutables, pero solo podían expresarse de acuerdo a las costumbres propias de cada pueblo. Era necesario, por lo tanto, “educar” a la población para que en un futuro pudiera ser verdaderamente religiosa. El clero católico se encontraba tan atravesado por dichas costumbres como el resto de los sujetos, lo cual imposibilitaba pensar en él como un agente “civilizador” efectivo. Entonces, era preciso encontrar a un actor que pudiera sustraerse a los imperativos de su tiempo y espacio particular, para que pudiera actuar *desde adentro* de esa propia nación, pero al mismo tiempo *desde afuera* de ella. Al igual que Alberdi y Echeverría algunos años antes, lo encontró en una élite intelectual que fuera capaz de actuar como enlace entre las más “avanzadas” naciones europeas y las más “atrasadas” de Sudamérica. El pensamiento de Frías, así, distó de representar una excepción a las nociones compartidas por sus compañeros de generación. Solo rompería sus lazos con el lenguaje historicista mucho tiempo después, cuando se insertara en una nueva red de contactos católicos y conservadores al trasladarse a Francia y observara las –a su modo de ver entonces– nefastas consecuencias de la revolución de 1848 y de la difusión de nuevos tipos de socialismos.⁶¹ Al igual que sus antiguos correligionarios, debió encontrar nuevas respuestas para un problema que su peculiar historicismo no parecía capaz de resolver: ¿cómo era posible que Rosas hubiera detenido el avance del “progreso indefinido”, garantizado por el propio flujo del tiempo histórico? Los caminos de los jóvenes románticos, frente a la pervivencia de ese interrogante inexpugnable, comenzaron así a diverger. □

Bibliografía

Barral, María Elena, “De mediadores componedores a intermediarios banderizos: el clero rural de Buenos Aires y la paz común en las primeras décadas del siglo XIX”, *Anuario IEHS*, n° 23, 2008.

Bénichou, Paul, *El tiempo de los profetas. Doctrinas de la época romántica*, México, FCE, 2004.

⁶¹ Sobre los nuevos rumbos intelectuales de Frías, desarrollados tras su viaje a Francia en 1848, puede consultarse Diego Castelfranco, “Félix Frías en Francia (1848-1855): el nacimiento de un “escritor católico”, *Revista de Historia* (Santiago), 2018 (en prensa).

Bourdieu, Pierre, “La ilusión biográfica”, *Acta sociológica*, n° 58, diciembre de 2011.

Castelfranco, Diego, “¿Dios y libertad? Félix Frías y el surgimiento de una intelectualidad y un laicado católicos en la Argentina del siglo XIX”, tesis doctoral, Universidad Nacional de General Sarmiento e Instituto de Desarrollo Económico y Social, 2018.

——, “Félix Frías en Francia (1848-1855): el nacimiento de un ‘escritor católico’”, *Revista de Historia* (Santiago), 2018 (en prensa).

Di Stefano, Roberto, *El púlpito y la plaza. Clero, sociedad y política de la monarquía católica a la república rosista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

——, *Ovejas Negras. Historia de los anticlericales argentinos*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010.

Dosse, François, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, Universidad de Valencia, 2006.

Estrada, Santiago, *Estudios biográficos*, Barcelona, Imprenta de Henrich y Cia., 1889.

González Bernaldo, Pilar, *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*, Buenos Aires, FCE, 2008.

Halperin Donghi, Tulio, *El Pensamiento de Echeverría*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951.

——, “Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica”, T. Halperin Donghi, *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

——, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

Herrero, Alejandro, *Ideas para una República. Una mirada sobre la Nueva Generación Argentina y las doctrinas políticas francesas*, Lanús, Ediciones de la UNLA, 2009.

Ingenieros, José, *La evolución de las ideas argentinas*, Buenos Aires, Editorial Futuro, vol. 2, 1961.

Iruozqui, Marta, “‘A resistir la conquista’. Ciudadanos armados en la disputa partidaria por la revolución en Bolivia, 1839-1842”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n° 42, junio de 2015.

Lettieri, Alberto, “De la ‘República de la Opinión’ a la ‘República de las Instituciones’”, en Marta Bonaudo (coord.), *Nueva Historia Argentina*, vol. 4: *Liberalismo, Estado y Orden Burgués (1852-1880)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

López, Vicente Fidel, “Autobiografía”, *La Biblioteca*, vol. 1, n° 1, 1896.

Martínez, Ignacio, *Una Nación para la Iglesia Argentina. Construcción del Estado y jurisdicciones eclesiásticas en el siglo XIX*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2013.

Myers, Jorge, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, UNQ, 1995.

——, “La revolución en las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas”, en Noemí Goldman (coord.), *Nueva Historia Argentina*, vol. 3: *Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

——, “El letrado patriota: los hombres de letras hispanoamericanos en la encrucijada del colapso del imperio español en América”, Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, vol. 1. *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz, 2008.

Palti, Elías, *El momento romántico. Nación, historia y lenguajes políticos en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Eudeba, 2009.

Rodríguez Martín, Bárbara, “Juan María Gutiérrez y su contribución periodística (1833-1852) a la crítica cultural hispanoamericana”, tesis doctoral, Universidad de La Laguna, 2005/2006, en <ftp://tesis.bbt.ull.es/ccssyhum/cs215.pdf>.

Romero Carranza, Ambrosio, *La juventud de Félix Frías, 1816-1841*, Buenos Aires, Publicaciones del Seminario de Historia Argentina, 1960.

Romero Carranza, Ambrosio y Juan Isidro Quesada, *Vida y testimonio de Félix Frías*, Buenos Aires, Biblioteca de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, 1995.

Rosanvallon, Pierre, *El momento Guizot. El liberalismo doctrinario entre la Restauración y la Revolución de 1848*, Buenos Aires, Biblos, 2015.

Sánchez de Loria Parodi, Horacio M., *Félix Frías. Acción y pensamiento jurídico-político*, Buenos Aires, Quorum, 2004.

Tonda, Américo, *Don Félix Frías. El secretario del general Lavalle. Su etapa boliviana, 1841-1843*, Buenos Aires, Ediciones Argentina Cristiana, 1956.

—, “Félix Frías en ‘El Mercurio’”, *Res Gesta*, 2ª Época, n° 9, enero-junio de 1981.

Vicente Osvaldo Cutolo, *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino*, Buenos Aires, Elche, 1971, vol. 3.

Weinberg, Félix, *El Salón Literario de 1837*, Buenos Aires, Hachette, 1977.

Williams, Raymond, *Marxismo y literatura*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2009.

Resumen / Abstract

Efervescencia y desencanto. El joven Félix Frías como demócrata –cristiano– radical

El presente artículo analiza los escritos y la trayectoria pública temprana de Félix Frías a fines de la década de 1830 y comienzos de la de 1840. Se argumenta que, si bien compartió el mismo lenguaje político de sus compañeros de generación, se diferenció de otros personajes como Alberdi y Echeverría en dos aspectos: enfatizó la preeminencia de la religión –cristiana– sobre la filosofía para transformar la realidad rioplatense y eludió, en un primer momento, la apelación a un sistema tutelar por el cual una élite intelectual debía “educar” al pueblo para que este pudiera ejercer sus derechos políticos. Al exiliarse en Bolivia, por otro lado, conservó su lenguaje político pero comenzó a manifestar un giro ideológico: tras defender una suerte de ideal democrático radical, influido por Lamennais, comenzó a considerar que un Estado fuerte debía garantizar el orden para que las élites intelectuales pudieran “civilizar” a la población y conducirla hacia la democracia.

Palabras clave: Félix Frías - Joven Generación Argentina - Cristianismo - Siglo XIX

Fecha de recepción del original: 10/4/2018

Fecha de aceptación del original: 18/12/2018

Fervor and disillusionment. The young Félix Frías as a –Christian– radical democrat

This article analyzes the writings and early public trajectory of Félix Frías at the end of the 1830s and the beginning of the 1840s. Although he shared the same political language of his generational colleagues, he differed from other individuals such as Alberdi and Echeverría in two respects: he emphasized the pre-eminence of –christian– religion over philosophy and eluded, at first, the appeal to a tutelage system in which an intellectual elite considered that it needed to “educate” the people before they could exercise their political rights. While exiled in Bolivia, on the other hand, he conserved his political language but began to manifest an ideological turn: after having defended a kind of radical democratic ideal, influenced by Lamennais, he instead came to consider that a strong state should guarantee the social order so that an intellectual elite could “civilize” the population and lead it towards democracy.

Keywords: Félix Frías - Joven Generación Argentina - Christianity - 19th century

*Izquierda y clases populares en la Argentina, 1880-1945**

Roy Hora

Centro de Historia Intelectual - Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

El problema

Este ensayo presenta algunas hipótesis sobre el lugar de las clases subalternas en la vida política argentina entre 1880 y 1945. Producto de una investigación en curso que toma distancia en varios puntos de los enfoques historiográficos prevalecientes, me interesa ofrecer respuestas (tentativas y provisionales) a las siguientes preguntas: ¿Cuáles fueron los rasgos más singulares de la experiencia política de los trabajadores entre 1880 y 1945? ¿Cómo concibieron las mayorías su posición en la sociedad antes de que fuesen conquistadas por la interpelación nacional-popular asociada al nombre de Perón? ¿Cuán relevante fue la contribución de las fuerzas de izquierda a la constitución de un horizonte político y a la articulación de las demandas de las clases subalternas? ¿De qué manera debemos periodizar la política popular y cuáles fueron sus hitos principales?

El artículo se concentra en los trabajadores de las grandes ciudades litorales, toda vez que estos constituían la franja de mayor gravitación dentro del vasto y heterogéneo universo de las clases populares de nuestro país. Se enfoca, en particular, en la relación entre este grupo y los actores políticos y sindicales que aspiraron a movilizarlo. Presta más atención a la demanda que a la oferta política dirigida hacia las clases populares. En síntesis, explora cómo las oportunidades y las restricciones que ofrecía el escenario sociopolítico moldearon la experiencia y las preferencias políticas de los trabajadores.

No ha sido este, sin embargo, el camino más transitado por los interesados en comprender el vínculo entre clases populares y política y, sobre todo, por quienes también se interrogaron por el lugar de la izquierda en la vida pública. El techo de cristal que frenó el avance de las organizaciones de izquierda en el país más capitalista y moderno de América Latina (en el período analizado en este trabajo las fuerzas ubicadas en este cuadrante del espectro político-ideológico rara vez superaron el 10 % de los sufragios en elecciones libres y competitivas) estuvo en el origen de una preocupación sobre las razones de la debilidad de este sector de la opinión que desde muy temprano animó el debate político e historiográfico argentino. Dentro

* Este ensayo fue presentado en el VI Taller de Historia Intelectual, Programa de Historia y Antropología de la Cultura (UNC) y Centro de Historia Intelectual (UNQ), Córdoba, 19-21 de septiembre de 2018. Agradezco los comentarios allí recibidos, así como los de Juan Buonuome, Lila Caimari y de los evaluadores anónimos de la revista.

del arco de respuestas posibles a este enigma se destaca un conjunto de estudios que, de manera directa o indirecta, apuntan hacia las falencias de las propuestas de la izquierda. *La hipótesis de Justo*, un justamente célebre ensayo de José Aricó, ofrece un ejemplo típico de esta aproximación. Según Aricó, las limitaciones políticas del socialismo estuvieron determinadas por el carácter elitista de su acercamiento a las masas, que le impidió ganarlas para su proyecto.¹

Otras valiosas intervenciones, en cambio, desplazaron la atención desde el universo de ideas y prácticas de las fuerzas de izquierda hacia las características del sistema político. En esta clave, suele señalarse que las tensiones de clase acumuladas en los años del régimen oligárquico tendieron a disolverse con la instauración de un régimen democrático. Es la opción privilegiada, entre otros, por Juan Carlos Torre. En una importante contribución titulada “¿Por qué no existió un fuerte movimiento obrero socialista en la Argentina?”, Torre sugirió que el principal obstáculo para el avance de la izquierda fue el patrón de democratización del orden oligárquico que, tras la apertura política iniciada en 1912, terminó divorciando los caminos de los reclamos del trabajo y la política de clase.²

Pese a evidentes diferencias, ciertos rasgos comunes caracterizan a estas aproximaciones. Con mayor o menor énfasis, todos los autores que los hacen suyos parten de la premisa de que la configuración socio-política prevaleciente en la Argentina oligárquica resultaba favorable para la constitución de un movimiento político de izquierda. El razonamiento que está detrás de este juicio es que, al igual que en las naciones de la Europa continental donde florecieron el marxismo, el anarquismo y la socialdemocracia, también en nuestro país imperaban un régimen político excluyente y un capitalismo de acentuados rasgos represivos.

La visión que sitúa el ascenso de la izquierda y del movimiento obrero como un proceso encuadrado por parámetros afines a los del desarrollo sociopolítico del Viejo Continente tiene un antiguo linaje, cuyo origen se remonta a los protagonistas de las primeras luchas del trabajo. En esta vigorosa tradición de interpretación –inaugurada por intelectuales socialistas y anarquistas de fines del siglo XIX y que se extiende hasta comprender los aportes de autores contemporáneos tan destacados como Ricardo Falcón o Juan Suriano–,³ la trayectoria de la izquierda y del mundo del trabajo europeos se erige como el norte que imanta los estudios sobre estas temáticas en nuestro país y contra la cual, incluso, suelen postularse supuestas desviaciones o singularidades locales. Como un eco transatlántico de esa experiencia, la alienación de los trabajadores argentinos respecto del orden establecido, resultado tanto del sesgo autoritario y antipopular de la república oligárquica como de la exclusión económica (el producto de un mercado de trabajo signado por hondas fluctuaciones, del incremento de la desigualdad, de una oferta de vivienda deficiente, de la hostilidad de una clase empresaria reacia a toda forma de reformismo) constituyen elementos siempre presentes en los estudios sobre los activistas y la condición obrera entre el Ochenta y la llegada del radicalismo al poder.

¹ José Aricó, *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

² Juan Carlos Torre, “¿Por qué no existió un fuerte movimiento obrero socialista en la Argentina?”, en Claudia Hilb (com.), *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero*, Buenos Aires, Siglo XXI/UBA, 2009, pp. 33-49.

³ Véase Ricardo Falcón, *El mundo del trabajo urbano (1890-1914)*, Buenos Aires, CEAL, 1986, y Juan Suriano, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001, entre otros trabajos de estos autores.

Hacia un enfoque alternativo

Esta visión tiene dos grandes limitaciones. En primer lugar, subestima el enorme potencial integrador que el mercado y la sociedad exhibieron en los años dorados del crecimiento exportador. Sigue tomando por válida la visión pesimista sobre el desarrollo socioeconómico argentino de la era exportadora que la historiografía económica del último tercio de siglo ha desacreditado de manera rotunda.⁴ Aunque los rasgos generales de ese proceso de crecimiento económico y su incidencia en la mejora del bienestar popular han sido bien establecidos en la literatura, vale la pena reseñarlos de manera sintética. La Argentina fue una de las estrellas de la Primera Globalización. Su tasa de crecimiento superó a la de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia o Alemania. Para 1914, se ubicaba entre los quince países de más alto ingreso per cápita del mundo. Atractiva para el capital, también lo fue para el trabajo, y en particular para el trabajo extranjero, al que tentó no solo con salarios más elevados y mayor capacidad de ahorro que la existente en sus lugares de origen sino también con mayores oportunidades de mejora laboral y con la promesa del ascenso social. Fueron estos determinantes y no las redes de relaciones tendidas a ambos lados del Atlántico –simples instrumentos para orientar y canalizar a parte del flujo humano– lo que explica por qué la Argentina fue el destino latinoamericano más elegido por los hombres y las mujeres que dejaban Europa en busca de nuevos horizontes, y el país que más inmigrantes recibió en el mundo en proporción a su población.⁵

La mayor parte de esos extranjeros arribaron a los puertos del Plata movidos por un proyecto de mejora individual o familiar que creían posible realizar en una sociedad que, por su desarrollo relativamente tardío en comparación con otros prósperos destinos de inmigración, no solo ofrecía altos salarios sino también amplias oportunidades de progreso económico y ascenso social. Y aunque los recién llegados fueron mucho más exitosos que los nativos, el movimiento ascendente de esa economía en construcción también alcanzó a estos últimos. Descenso de la mortalidad infantil, incremento de la esperanza de vida, aumento de la alfabetización, alza de las remuneraciones, progreso ocupacional y movilidad social, incorporación a las filas de las clases propietarias: todos estos fenómenos, muy perceptibles en la época, apuntan en el sentido de un incremento del bienestar desigualmente distribuido –tanto geográfica como socialmente– aunque considerable y extendido entre las clases subalternas de la Argentina litoral.

Por supuesto, la experiencia concreta de progreso que vivieron muchos trabajadores o, en su defecto, las expectativas positivas con las que vislumbraban su futuro estuvieron lejos de impedir la protesta o la organización sindical. El hecho de que ya en la década de 1890 varios gremios de trabajadores calificados estuviesen conquistando la jornada de 8 horas ofrece un indicador de la importancia de la agremiación para promover la mejora popular. Pero aun si estimuló la organización en el lugar de trabajo, el horizonte de progreso en el que se desplegó

⁴ Para un análisis de la historiografía económica sobre el período, puede consultarse Roy Hora, “Crecimiento y producción (1870-1913)”, en Roberto Cortés Conde y Gerardo della Paolera (dirs.), *Nueva Historia Económica de la Argentina. Temas, Problemas, Autores. El último medio siglo. Ensayos de Historiografía Económica. Desde 1810 a 2016*, Academia Nacional de la Historia/Editorial Edhasa, Buenos Aires, 2018, pp. 51-72.

⁵ Síntesis recientes en Eduardo Míguez, *Historia económica de la Argentina. De la conquista hasta la crisis de 1930*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008; Roy Hora, *Historia económica de la Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010; y Pablo Gerchunoff y Lucas Llach, *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Políticas económicas argentinas de 1880 a nuestros días*, Buenos Aires, Crítica, 2018.

la experiencia de los trabajadores constituyó un obstáculo formidable para la radicalización de sus demandas, para la construcción de su identidad en tanto clase explotada y, como consecuencia, para la expansión de la prédica antisistema. A estos factores pueden agregarse otros –diversidad de orígenes étnicos, movilidad geográfica y ocupacional de los trabajadores, peso de la cultura católica– que contribuyeron, en mayor o menor medida, a despolitizar los reclamos del trabajo y, en algunos casos, también a desestimular el alcance del esfuerzo organizativo sindical.

Estas dimensiones solo refieren, sin embargo, a un costado del problema que nos interesa explorar. Una respuesta comprensiva al interrogante sobre cuán hospitalaria era la Argentina para las clases subalternas debe, asimismo, considerar aspectos vinculados a la relación entre Estado y trabajo. Para aproximarnos a esta cuestión conviene dejar de lado los argumentos que insisten en que la marginación electoral debe entenderse como un indicador decisivo de exclusión política, toda vez que esa marginación también afectó a otros actores, algunos de ellos muy influyentes (las protestas contra la venalidad electoral de poderosos empresarios agrarios son elocuentes al respecto).⁶ Más en general, es preciso revisar las narrativas tradicionales que parten de la premisa de que el Estado oligárquico les dio la espalda a los trabajadores, ignorando sus demandas y/o reprimiendo sus esfuerzos organizativos.

Los estudios que se hacen eco de estos argumentos suelen mirar el problema del lugar político de las clases laboriosas con los ojos sesgados de los impugnadores del sistema. Enfocados en los momentos de crisis antes que en los más frecuentes y extendidos de normalidad, suelen apoyarse en relatos sobre la organización obrera que sobreestiman la importancia de sus grupos disidentes, entonces minoritarios, y en la prensa militante que promovía sus reclamos. En este sentido, esa literatura ofrece un ejemplo típico de los sesgos de interpretación nacidos de una selección parcial de la evidencia documental, amén de más interesada en la retórica de combate que en las prácticas concretas y el contexto más amplio en que se desplegaba la acción colectiva.

Es importante tener presente que, pese a los aspectos oscuros de su vida política, la Argentina del último tercio del siglo XIX era una república que se pretendía liberal y que aspiraba a ser democrática. Tenía una larga historia de participación popular en la escena cívica, que la llegada de Roca a la presidencia y la consolidación de un sistema de poder más impermeable a las presiones de la sociedad civil acotaron pero no clausuraron. Como muchos otros países de ese tiempo a ambos lados del Atlántico, carecía de instituciones electorales inclusivas y transparentes. Pero ofrecía garantías relativamente sólidas en cuestiones que, para la organización proletaria, eran más relevantes: libertad de opinión, prensa y asociación, inviolabilidad del domicilio, protección contra la detención arbitraria, derecho de huelga. En todos estos puntos, la Argentina fue más generosa que cualquier otro Estado latinoamericano de la época y, por supuesto, que los países del continente europeo, donde el anarquismo o la socialdemocracia mostraron más vitalidad. Por último, poseía una cultura política en la que, opacada por el peso de las corrientes liberales, republicanas y laicistas, la gravitación de la iglesia católica y la derecha confesional era muy acotada. No es casual que esta república austral se haya convertido en un destino elegido por muchos refugiados de la Comuna de París (Aubert, Bergeron), las

⁶ Roy Hora, *Los estancieros contra el Estado. La Liga Agraria y la formación del ruralismo político en la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

víctimas directas o potenciales de las leyes anti-socialistas de Bismark (Kuhn, Winiger), la legislación anti-anarquista italiana (Gori, Malatesta, Mattei) o la española (Ros).

La cultura asociativa surgida al calor de la legalidad liberal fue el suelo sobre el que se arraigaron las iniciativas gremiales, periodísticas o políticas que pretendían movilizar al mundo del trabajo.⁷ Nacido en el marco y no en ruptura con el denso entramado asociativo forjado a partir de Caseros, el gremialismo proletario se benefició de esa conquista liberal, cuya importancia para convertir a la Argentina en el país latinoamericano con el asociacionismo obrero más poderoso y con mayor densidad sindical no siempre se aprecia debidamente. Pero ese contexto de vigor asociativo también incidió, desde muy temprano, sobre el patrón de desarrollo del gremialismo proletario. En la Argentina, los trabajadores no llegaron al sindicato o a la sociedad de resistencia vírgenes de experiencias asociativas previas, ni libres para moldear esas instituciones a su gusto. El gremialismo proletario debió hacerse un lugar en un tejido institucional ya maduro, en el que sobresalían, por ejemplo, las sociedades mutuales, culturales y recreativas establecidas sobre la base de criterios étnicos, que incorporaban a un porcentaje considerable de los asalariados (en particular, de los trabajadores con mayores ingresos y mayor vocación asociativa, esto es, el mismo tipo de figura que entonces convocaba el gremialismo proletario).⁸ Así, pues, en esa sociedad sin rígidas fronteras de clase y cuyas jerarquías se hallaban sometidas al efecto disolvente de la movilidad social y ocupacional, la cultura asociativa trabajó en contra de la aspiración a construir una subcultura obrera autónoma –sindicato, club social y deportivo, biblioteca y centro cultural– como la que forjaron las experiencias socialdemócratas europeas más exitosas. El resultado fue un asociacionismo obrero de orientación más bien estrecha, predominantemente gremialista.

La consagración de un asociacionismo proletario acotado en sus ambiciones de organizar el mundo cotidiano de los trabajadores fue producto, asimismo, de las oportunidades y las constricciones nacidas en la esfera propiamente política. Pese a todo lo que se ha dicho sobre el carácter antipopular del régimen oligárquico, los gobernantes del último cuarto del siglo XIX concibieron el trabajo organizado como un integrante de pleno derecho del universo asociativo y, por ende, como un actor legítimo de la vida pública. En ese período no hubo restricciones a la prensa o a la organización gremial, ni al derecho de manifestación o huelga. Libertarios y socialistas pudieron agitar en favor de sus ideas en la calle, la plaza o en la prensa sin más limitaciones que las que les imponían sus magros recursos o las que nacían del desinterés de la mayor parte de los trabajadores a sus interpelaciones militantes.

La represión estatal fue, por otra parte, poco significativa en términos relativos. Desde el nacimiento de las primeras sociedades obreras en la década de 1850 y hasta el cambio de siglo no se produjo ningún choque de consideración entre trabajadores y autoridades. En ese período, la protesta obrera no produjo víctimas fatales, y fue mucho más pacífica que la disputa entre facciones políticas. La figura del obrero asesinado por un Estado al que la izquierda denunciaba como enemigo del trabajo no tuvo encarnación en nuestro país hasta entrado el siglo XX (en Buenos Aires, 1904). Es más: contra la idea de un Estado hostil o prescindente, la evidencia

⁷ Al respecto, véase Hilda Sabato, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

⁸ Una visión de conjunto en Hilda Sabato, “Estado y sociedad civil, 1860-1920”, en Roberto Di Stefano, Hilda Sabato, Luis Alberto Romero y José Luis Moreno, *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en la Argentina, 1776-1990*, Buenos Aires, Edilab, 2002, pp. 99-167.

histórica indica que, en repetidas ocasiones, las autoridades mediaron en los conflictos entre capital y trabajo, a veces a solicitud de los propios asalariados. En la ciudad de Buenos Aires, este papel lo desempeñó el intendente municipal, y también autoridades portuarias y sobre todo policiales (que, en ocasiones, se ganaron el aplauso de los huelguistas). El reconocimiento de que gozaba el asociacionismo obrero ante los poderes públicos se comprueba al constatar que hubo casos, incluso, en que los ministros del gabinete nacional se involucraron personalmente en las negociaciones entre empresarios y trabajadores (como hizo Norberto Quirno Costa en 1895). La idea de que los dirigentes sindicales fueron recibidos por los amos de la Casa Rosada por primera vez durante el gobierno de Yrigoyen es equivocada.⁹

El trabajo organizado fue reconocido como un factor legítimo de la vida pública por todos los actores de relieve del dominante arco liberal (la Iglesia, por supuesto, tuvo más dudas, y terminó promoviendo sus propios gremios), comenzando por la muy influyente prensa periódica, tanto la política como la comercial. Fueron varios los medios periodísticos que, en busca de ampliar su público y sus ventas, cortejaron a las clases trabajadoras, con notas e incluso con secciones especialmente dirigidas a este público. Desde muy temprano, *La Vanguardia* envidió la capacidad del popular matutino *La Prensa* para captar lectores obreros; para el periódico socialista, ampliar su público equivalía a disputarle lectores a la prensa comercial, a la que veía como un importante vehículo de socialización de los sectores populares.¹⁰

Por su parte, los partidos de la era oligárquica –autonomistas, cívicos, radicales– también reconocieron la legitimidad del asociacionismo obrero, y su prensa fue habitualmente tolerante y en muchas ocasiones favorable a las demandas de los trabajadores. En la medida en que actuaran en el marco de la ley y no alteraran el orden público, ninguno creyó necesario reclamar que se impidieran sus reuniones o protestas o alertar sobre los peligros que suponía el gremialismo proletario. Y el hecho de que sindicalistas, socialistas o anarquistas invocaran repetidamente el respeto a sus derechos constitucionales y que, en ocasiones, incluso recurrieran al servicio de justicia, nos indica bien que, para estos actores, la legalidad liberal era algo más que una cáscara vacía.

En síntesis, la organización obrera no enfrentó impedimentos de relevancia en el último cuarto del siglo XIX. Tolerante antes que represivo, el Estado liberal no constituyó un obstáculo para la organización de la izquierda o el trabajo. Las visiones que enfatizan su carácter restrictivo, o que (a la Botana) enfatizan la escisión entre el orden político y la sociedad, no logran captar hasta qué punto, al margen de la cuestión electoral –en ese momento una arena de escasa significación para las clases subalternas–, el Estado oligárquico fue capaz de tender puentes hacia el trabajo organizado. Aunque estuvo muy lejos de ser democrático y su patrocinio de los derechos de los miembros más débiles de la comunidad tenía claroscuros muy evidentes, las demandas del gremialismo no le fueron completamente extrañas. De allí que muchas asociaciones proletarias, comenzando por los poderosos gremios ferroviarios, permanecieran enfocadas en una agenda de defensa de los derechos laborales que en la práctica reconocía a las

⁹ Estos argumentos se desarrollan con más detalle en Roy Hora, “Trabajo organizado, protesta obrera y orden oligárquico. Argentina: 1880-1900”, *Taller de Discusión: La política en la Argentina (1880-1916)*, Instituto Ravignani y Universidad Nacional de Tres de Febrero, Buenos Aires, 5 y 6 de noviembre de 2018.

¹⁰ Juan Buonuome, “Los socialistas argentinos ante la ‘prensa burguesa’. El semanario *La Vanguardia* y la modernización periodística en la Buenos Aires de entresiglos”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n° 46, 2017, pp. 147-179.

instituciones de la república capitalista y que las mantuvo a distancia de socialistas y libertarios.¹¹ En estas circunstancias, la idea socialista de que gremios y partido debían mantener distintas esferas de acción fue una propuesta razonable no tanto por su elegancia intrínseca sino porque era sensible a los obstáculos que la izquierda enfrentaba para orientar un movimiento obrero que, aunque incipiente, ya caminaba con sus propios pies y tenía un lugar bajo el sol oligárquico.

En efecto, mucho antes de que la reforma electoral de 1912 comenzara a incidir sobre las estrategias obreras, el gremialismo proletario estaba incorporado en el seno de la república capitalista. En la década de 1890, Augusto Kuhn sugirió que el modelo organizativo a seguir debía ser el de las *trade unions* británicas, que suponía una nítida separación entre actividad sindical y participación política. Es importante tener presente que, al margen de la opinión de activistas socialistas como Kuhn, para muchos trabajadores ello no implicaba que esa división de tareas era interna al campo de la izquierda. De hecho, la demostración pública más numerosa del sindicalismo argentino en el siglo XIX, la marcha de las 8 horas del 14 de octubre de 1894, no respetó esa frontera. Esa manifestación –más concurrida que cualquier celebración del 1 de Mayo de ese tiempo– fue promovida por las principales sociedades gremiales de Buenos Aires y La Plata en respuesta a una iniciativa del legislador radical Emilio Pittaluga, y tuvo a este liberal reformista como su principal factor aglutinante. Con frecuencia ignorado o escondido en los estudios que narran la formación del movimiento obrero como una épica clasi-sista, este evento no solo puso de relieve que el gremialismo proletario finisecular era capaz de inscribir sus reclamos dentro de las instituciones de la república capitalista. También mostró que, contrariando los deseos de los activistas socialistas que insistían en la necesidad de construir un partido de clase, tanto la dirigencia sindical como las franjas más activas del proletariado estaban dispuestas a establecer alianzas con políticos burgueses comprometidos con la promoción de los derechos del trabajo. Antes de reactualizarse en 1916 o 1945, esa tentación ya había recorrido un largo camino.¹²

Este panorama revela el alto grado de integración de las clases trabajadoras, tanto en el plano socioeconómico como en el político, en el seno de la república capitalista finisecular. En esa etapa de la travesía del gremialismo proletario, por tanto, las referencias históricas más apropiadas para encuadrar el caso argentino no deben buscarse en la Europa continental –hogar del marxismo y el anarquismo– sino del otro lado del mar: en Gran Bretaña, los Estados Unidos o Australia. Esas primeras experiencias poseen una impronta laborista similar a la que por entonces caracterizaba la marcha ascendente del trabajo en aquellas sociedades abiertas que aseguraban lo que, para la época, era un elevado nivel de remuneraciones y de bienestar y, más allá de la cuestión de la inclusión electoral (relevante en los Estados Unidos y Australia pero no tanto en Gran Bretaña) también un considerable grado de protección política contra la arbitrariedad estatal o patronal. En este escenario, favorecida por la libertad de expresión, prensa y asociación, la izquierda tuvo menos impedimentos para propagar su mensaje que para atraer a los trabajadores por el camino del desafío, reformista o revolucionario, al orden establecido.

A la luz de esta constatación, la pregunta que inspiró trabajos como los de Aricó y Torre, evocada al comienzo de este texto, requiere una reformulación. Para introducirnos en el estu-

¹¹ Hora, “Trabajo organizado”.

¹² *Ibid.*

dio de la relación entre izquierda y clases populares, o en el análisis de la experiencia política de los trabajadores, el enigma a develar no debería ser ¿por qué no hubo un movimiento popular de izquierda más poderoso en nuestro país? Más allá de la discusión sobre la productividad de interrogantes de inspiración contrafáctica, la pertinencia de esta pregunta es discutible por cuanto quienes intentaron responderla supusieron que, en el origen –y, para algunos, siempre–, existieron condiciones propicias para el despliegue de un proyecto inspirado en el deseo de cuestionar el orden sociopolítico. Según este punto de vista, la izquierda tenía abierto el camino para conquistar las mentes, abiertas y políticamente vírgenes (o, en su defecto, presas de concepciones políticas tradicionales) de las clases populares urbanas. Pero si, por el contrario, la evidencia histórica sugiere que los trabajadores ingresaron a la vida pública y forjaron su identidad política primera *en tanto clase trabajadora* animados por el ideario de la integración (lo que por supuesto no excluye la creación de fuertes organizaciones sindicales o político-sindicales dirigidas a promover los derechos de las mayorías), la pregunta relevante para la historia de la relación entre izquierda y trabajadores, y más en general para la historia política de las clases populares, debe formularse de otro modo: ¿qué circunstancias históricas específicas hicieron que el trabajo organizado se apartara de ese sendero de integración y se sintiera, circunstancialmente, más atraído por los impugnadores del orden establecido? O, dicho de otra manera: ¿qué factores hicieron que esas clases populares cuya conciencia y práctica gremial y política se había forjado bajo el influjo de un proyecto de impronta moderada y laborista radicalizaran sus posiciones y se volvieran críticos del orden sociopolítico?

Para responder estas preguntas conviene dirigir la atención hacia los momentos en que importantes franjas del mundo proletario exhibieron un acusado temple combativo y, en consecuencia, avanzaron a contramano del patrón de incorporación en el orden sociopolítico enfatizado en los párrafos anteriores. Dos derivas de esta naturaleza se registraron en el período 1880-1945: el auge anarquista de la primera década del siglo xx y el ascenso del sindicalismo comunista en la década de 1930. En nuestra historiografía, ambas experiencias suelen analizarse desde una perspectiva enfocada en la retórica y las autorrepresentaciones de los actores o en sus repertorios organizativos que, producto del escaso diálogo entre los historiadores del trabajo y los de la sociedad y la política, presta escasa atención a determinaciones externas al mundo obrero. Aquí se sugiere que, vistos a la luz de una perspectiva más atenta a procesos políticos y sociales más amplios y de más largo plazo, ambos giros a la izquierda se vuelven más inteligibles y, amén de permitirnos contrastarlos en sus similitudes y diferencias, nos ofrecen valiosas enseñanzas sobre la trayectoria histórica del trabajo y la experiencia subjetiva de los hombres del común.

¿Qué revelan estas dos etapas de auge de la militancia obrera inspirada en banderas de oposición frontal a la república capitalista? El protagonismo adquirido por los anarquistas en los años que van de la Ley de Residencia al Centenario y el avance comunista tras la Gran Depresión deben ser entendidos, ante todo, como la respuesta de segmentos importantes pero minoritarios del mundo del trabajo urbano a impactos externos que frustraron, de manera parcial y temporaria, las promesas de integración –económica, social y también política– que la Argentina liberal les formuló a sus clases populares. Más que hitos en la formación de una conciencia popular o de clase anti-sistema, esos giros a la izquierda reflejan, ante todo, la reacción de los trabajadores ante un país que de manera abrupta les dio la espalda. De allí que la explicación de la alteración en una trayectoria más larga de incorporación difícilmente se encuentre atendiendo a rasgos intrínsecos de estas propuestas radicales (las características espe-

cíficas de la ideología o la práctica anarquista o comunista) o postulando una supuesta vocación revolucionaria arraigada en la cultura popular sino, más bien, enfocando la atención en factores asociados con la alteración del entorno sociopolítico en el que los hombres y mujeres del común jugaban su destino. A esta tarea se abocan las secciones que siguen.

El momento anarquista

Para entender el avance del anarquismo en el mundo obrero en la primera década del siglo xx conviene prestar especial atención a la dinámica desplegada como resultado del abrupto enduramiento del Estado ante el trabajo tras la crisis política de 1902. Mucho más que el proceso de maduración de una conciencia obrera o popular antisistema, este elemento es el principal factor explicativo del sesgo contestatario adquirido desde entonces y por cerca de una década por el trabajo organizado. El trabajo reaccionó ante una modificación en el entorno en el que debía moverse. El nuevo rigor de la autoridad se desplegó sobre el fondo de un proceso de más largo plazo de fortalecimiento de la musculatura y el cerebro represivos del Estado, visible por ejemplo en las mayores competencias y ambiciones de control de los grupos peligrosos que la policía fue adquiriendo en el curso del decenio anterior.¹³ Pero una reformulación más general de la relación entre Estado y trabajo solo cobró forma tras la crisis política abierta durante la huelga portuaria de 1902. Dada la relevancia de este evento para el argumento que se presenta en estas páginas, conviene referirlo brevemente.

Al igual que otras protestas anteriores, cuando en noviembre de 1902 los estibadores se declararon en huelga en demanda de salarios más elevados y mejores condiciones de trabajo comenzó un fluido proceso de negociación que incluyó encuentros públicos entre voceros de los trabajadores y dos ministros del gabinete nacional, Joaquín V. González (Interior) y Wenceslao Escalante (Agricultura). En esas conversaciones, los portuarios estuvieron representados por Constante Carballo y Francisco Ros, que no creyeron traicionar su credo libertario ingresando a la Casa Rosada para suscribir un acuerdo auspiciado por un ministro de Roca. Sin embargo, poco después, una concurrida asamblea de estibadores se negó a refrendar ese arreglo. La razón del rechazo no fue política ni ideológica: simplemente, la voz conciliadora de los jefes gremiales anarquistas fue ahogada por las exigentes demandas salariales de sus representados.

Este fracaso no solo mantuvo el puerto paralizado sino que, más relevante, importó la desautorización de los ministros que habían promovido el acuerdo. Esa humillación afectó el prestigio de las más altas autoridades nacionales, y expuso a Roca a la crítica de actores políticos de mucho mayor peso que el todavía incipiente gremialismo proletario. Acusado por la prensa y por varios grupos políticos rivales de inseguro e irresoluto en su manejo de la crisis del puerto, esta impugnación golpeó a la administración Roca en un momento de fragilidad. Debilitado por la ruptura con Pellegrini en el invierno anterior, falto de apoyos en el Parlamento, la calle y la prensa, esas críticas parecieron retrotraer a Roca a un escenario de crisis similar al que, con grandes dificultades y recurriendo al estado de sitio, había enfrentado apenas seis meses antes. En ese punto, pues, la relevancia de la disputa portuaria había excedido

¹³ Martín Albornoz y Diego Galeano, “El momento *Beastly*: la policía de Buenos Aires y la expulsión de extranjeros (1896-1904)”, *Astrolabio*, n° 7, 2016, pp. 6-41.

largamente el plano de las relaciones laborales en el que inicialmente se había incubado, y se proyectaba como una crisis política *tout court*, que dejó flotando en el aire interrogantes sobre cuánto poder efectivo poseía el primer mandatario y cuán sólido era su gobierno.

Fue en estas circunstancias que, con el fin de retomar la iniciativa política, Roca instó al Parlamento a refrendar un proyecto de Ley de Residencia que presentó como la única solución posible para doblegar a los anarquistas que ejercían un influjo indebido sobre el común de los trabajadores. Acorazado por esta retórica combativa, el Poder Ejecutivo se dispuso a expulsar del país a los mismos dirigentes obreros que pocos días antes había recibido en la Casa Rosada y reconocido como voceros plenamente legítimos de las demandas obreras. En síntesis, en enero de 1902 el trabajo organizado fue víctima de una crisis que escaló hasta comprometer la reputación del presidente ante los actores centrales de la vida pública —la gran prensa, las facciones disidentes del PAN, los cívicos—, y que Roca resolvió ante todo pensando, más que en la defensa de las prerrogativas del capital o en la protección del orden social, en el fortalecimiento de la autoridad presidencial y la supervivencia de su gobierno.

El costo de esta agresión al trabajo, sin embargo, fue más elevado de lo que Roca en su momento podía prever. La Ley de Residencia fue recibida con sorpresa e irritación entre los trabajadores organizados, que hasta la víspera se creían al abrigo de la ola represiva que venía recorriendo el Hemisferio Norte tras la oleada de magnicidios de monarcas y de jefes de gobierno de los años previos (Sadi Carnot en 1894, Elizabeth en 1898, Humberto I en 1900, Mc Kinley en 1901). El hecho de que su sanción haya contado con una amplia mayoría parlamentaria aumentó su sentimiento de alienación respecto de la élite dirigente. Percibida como una afrenta que violaba los acuerdos existentes entre Estado y trabajo, la ley de extrañamiento suscitó la ira de muchos asalariados, y ello explica el vasto eco alcanzado por la huelga general convocada en protesta contra el gobierno. La sanción del estado de sitio, unas 400 detenciones y más de medio centenar de expulsiones restauraron temporariamente el orden, pero al precio de sumir a amplias franjas del mundo obrero en el recelo y la desconfianza. De un día para otro, dirigentes como Carballo pasaron de ser admitidos en los despachos ministeriales a ser expulsados del país; muchos otros quedaron a merced del capricho de las autoridades. Dada la amplia primacía de extranjeros en la organización obrera, la ley supuso una amenaza directa a la fortaleza del gremialismo. Para todos los protagonistas, pues, 1902 trajo un drástico cambio del escenario.

Afectadas las garantías constitucionales que protegían al asociacionismo proletario, la credibilidad en la imparcialidad del Estado en el terreno de las relaciones laborales por primera vez fue puesta en entredicho de manera explícita. Alimentado por nuevos destierros y mayores dosis de violencia, el clima de sospecha y malestar que marcó las relaciones entre Estado y trabajo organizado no se disipó en el resto de la década. En los años noventa, Carlos Pellegrini no temía atravesar sin escolta una manifestación obrera. Todavía a mediados de 1902, varios dirigentes de la Federación Obrera creían que podían recurrir a este expresidente, respetado en muchos círculos populares, para hacerlo vocero de sus demandas ante el Senado. Tras la sanción de la Ley de Residencia ese terreno de encuentro desapareció y el trato cordial entre una figura central del orden oligárquico y el gremialismo ya no resultó tan sencillo: Manuel Quintana y luego Figueroa Alcorta fueron objeto de atentados, y Ramón Falcón pagó con su vida el rigor y la saña con que ejerció el cargo de jefe de policía. Con picos en 1905, 1909 y 1910, todos los años de ese decenio se produjeron expulsiones. La creciente tensión entre trabajadores y autoridades también se observa en que, por primera vez, la represión de la protesta cubrió

de sangre obrera las calles porteñas (un muerto en 1904, dos en 1905, varios más en la Semana Roja de 1909).

En este y en otros puntos, el contraste con la década previa no podría ser más aleccionador. Para muchos trabajadores, este período supuso un nuevo modo de experimentar la relación con el Estado, en la que la violencia y la arbitrariedad alcanzaron una inédita centralidad. En esos años, pues, las vicisitudes de la organización obrera por primera vez pudieron narrarse como una saga de lucha contra el poder. Atendiendo al problema que nos interesa explorar, la principal consecuencia del giro de 1902 fue tornar más verosímiles los argumentos de la izquierda sobre el carácter eminentemente represivo y antipopular del orden oligárquico. Y todo esto sucedió en un período en el que, pese a la fuerte expansión económica que se extendió hasta el Centenario, los salarios crecieron con mucho menos vigor que en las dos décadas previas, dejando rezagados a los trabajadores en el festín de los progresos argentinos. Una inédita escalada represiva, en un contexto de estancamiento salarial: este horizonte de tormenta creó condiciones propicias para la expansión de la prédica de la izquierda y, en particular, para que el anarquismo avanzara con más suerte en la conquista de voluntades obreras.

Hasta 1902, el anarquismo argentino había sido una cultura antes que una política. Las razones que explican su expansión finisecular son las mismas que dan cuenta de su irrelevancia como alternativa de poder: libertad de prensa, reunión y expresión, tolerancia hacia las ideas disidentes, una población de origen europeo y residencia predominantemente urbana con salarios elevados y altas tasas de alfabetización, gran desarrollo de la prensa, un amplio mercado consumidor de publicaciones. Sin este ambiente acogedor, emprendimientos como el cotidiano *La Protesta* o el asociacionismo ácrata no hubieran logrado sostenerse. Si algo enseñan los estudios con enfoque transnacional es que el fenómeno libertario debe ser colocado en una perspectiva que relativice la importancia de las fronteras entre estados entre otras cosas porque los personajes que mejor lo simbolizaban –Gori, Malatesta, Inglán Lafarga, Gilimón– formaban parte de una élite viajera y cosmopolita, que se movía cómodamente a ambos lados del Atlántico latino. Pero si los propagandistas de la anarquía veían a la Argentina como un medio particularmente atractivo para desplegar su actividad proselitista fue por las favorables circunstancias, a la vez políticas y socioeconómicas, que imperaban en ciudades como Buenos Aires o Rosario. “En nuestra patria, lo propio que en Norteamérica y en Inglaterra, países donde se goza de amplia libertad, se han refugiado numerosos anarquistas”, observaba el semanario *Caras y Caretas* en agosto de 1900, para luego agregar que, respetuosos de las leyes nacionales, “no hay motivo para que sean molestados por la policía, y resultan tan inofensivos como los que creen en la metempsicosis”.¹⁴ Después de 1902 esta subcultura, hasta entonces más espectacular y colorida que amenazante, fue sometida a un conjunto de nuevos incentivos y presiones; al calor de esos estímulos, acentuó su politización, y se desplazó hacia una posición a la vez más combativa y más central en la vida pública.

Vista en perspectiva comparativa, la represión al anarquismo de la primera década de siglo fue relativamente moderada: golpes intensos y espasmódicos seguidos por largos períodos de distensión, en los que los libertarios recuperaban márgenes importantes de tolerancia. Cuando retornaba la calma, la prensa ácrata volvía a circular, y los centros y los sindicatos reanudaban sus actividades. En consecuencia, el escenario de acrecida represión en el que los anarquistas

¹⁴ *Caras y Caretas*, 11/8/1900.

debieron aprender a moverse significó para ellos mayores riesgos y más hostilidad, pero no los suficientes como para acallarlos o doblegarlos, u obligarlos a moverse en la clandestinidad. Incluso podría decirse que, a un costo personal mayor, les ofreció un contexto político-ideológico más favorable para promover sus ideas y, sobre todo, para incidir de maneras más directas entre las clases subalternas que, por su parte, también tenían más motivos para recelar del Estado.

En esos años de ascenso del conflicto y la violencia, la influencia ácrata se expandió entre las clases populares como nunca antes. Sin embargo, la visión que presenta al anarquismo como el principal orientador del mundo del trabajo urbano de comienzos de siglo exagera su importancia. Y ello no solo porque, en parte por razones similares a las que volvieron a muchos asalariados más permeables a la retórica anarquista, también los socialistas profundizaron su inserción popular y fortalecieron su vínculo con el trabajo organizado. Prestar demasiada atención a socialistas y anarquistas, empero, puede hacer perder de vista el panorama más amplio. Hay que tener en cuenta que el Estado, aun si endureció su trato hacia los díscolos y disidentes, también puso en marcha una agenda de reforma de las instituciones laborales cuyo principal fruto fue la creación del Departamento Nacional del Trabajo. Mucho más importante, no cortó del todo sus vínculos con el gremialismo proletario, al que trató con más dureza pero nunca dejó de reconocer e interpelar.

De hecho, los dirigentes obreros más propensos a dialogar con las autoridades y a reclamar la mediación estatal, aunque menos estridentes y por ello menos notables o menos citados, continuaron dominando las principales organizaciones gremiales (comenzando por los poderosos sindicatos del riel analizados hace tiempo por Ruth Thompson o los marítimos, estudiados más recientemente por Laura Caruso). Por supuesto, los trabajadores que no se sentían interpelados por el lenguaje de la impugnación al Estado o al capital también abundaban en las filas proletarias, tal como se desprende de las frecuentes quejas de los dirigentes de izquierda sobre la falta de conciencia política de los asalariados. Varios indicios sugieren que la mente de muchos trabajadores siguió bajo el influjo de las visiones de impronta laborista que, para entonces, ya formaban parte del código genético proletario. Que la derogación de la Ley de Residencia haya sido una bandera más convocante que cualquier consigna referida a la destrucción del Estado, la forja del poder de clase, la socialización de los medios de producción o la democratización del sistema político nos está indicando que las aspiraciones de integración estaban muy lejos de haber muerto en el mundo obrero.

Los festejos del Centenario nos ofrecen un inmejorable punto de observación para constatar hasta qué punto el indudable ascenso de la izquierda en esos primeros años del siglo xx no logró conmover sino parcialmente la adhesión de las mayorías al orden establecido. En 1910, luego de varios años de represión de la disidencia ácrata pero también obrera e incluso la socialista, la élite dirigente se dispuso a festejar los logros civilizatorios alcanzados por el país en las tres décadas previas. La relevancia asignada a la conmemoración fue también una invitación para que los críticos de izquierda del orden sociopolítico oligárquico se dispusieran a convertir la impugnación de esos festejos en un testimonio de su rechazo al proyecto de nación forjado bajo los auspicios de la élite gobernante. Tanto es así que, en vísperas del inicio oficial de la celebración, la Confederación Obrera de inspiración ácrata proclamó una huelga general, e invitó a toda la población a secundarla. De este modo, la apoteosis de la nación oligárquica colocó a los trabajadores ante una original prueba de fuerza. Reclamados tanto por la élite dirigente como por los impugnadores del orden social, cada uno de ellos pudo elegir de qué lado de la raya colocarse.

El Centenario tuvo lugar bajo el imperio del estado de sitio, decretado por quinta vez en ocho años invocando razones vinculadas con la amenaza anarquista. Sin embargo, el aspecto más notable de esas jornadas fue la enorme marea humana que se volcó a las calles para sumarse a la conmemoración, cuyo tamaño y entusiasmo superaron ampliamente las expectativas más optimistas de la élite dirigente y las previsiones de toda la prensa. Más del diez por ciento de la población de Buenos Aires concurrió al puerto para recibir a la Infanta Isabel. A lo largo de los días de fiesta, la afluencia de público en los distritos céntricos fue de tal magnitud que obligó a la policía a establecer novedosos criterios de circulación con los que ordenar el movimiento de la muchedumbre (en la calle Florida, por ejemplo, solo se permitía transitar en dirección a Retiro). Quizás más revelador fue lo que sucedió en los barrios alejados. Ganados por el entusiasmo patriótico, allí también los frentes de las casas fueron engalanados con enseñas nacionales y los pechos se poblaron de escarapelas. Fernando Devoto acierta cuando señala que, ahogado por la ola celeste y blanca, el anarquismo desnudó su carácter minoritario.¹⁵

En rigor, fue la izquierda en su conjunto, y no solo el anarquismo, la gran perdedora de 1910. Los relatos que se detienen en la sanción del estado de sitio o en detalles menores como el incendio del circo de Frank Brown o la violencia de las patotas de niños bien no hacen más que desviar la atención del fenómeno políticamente más relevante del Centenario: el carácter masivo de la identificación con la sociedad forjada bajo la égida del PAN. La multitud en la calle demostró que la pretensión ácrata de presentarse como la voz de un pueblo silencioso porque oprimido carecía de validez. Quienes insisten en que la represión del Centenario (que expulsó a menos libertarios que la de 1902 o 1909) fue la causa de la declinación del anarquismo, o atribuyen este resultado a la fuerza integradora y normalizadora de la política democrática inaugurada por la reforma de 1912, deberían revisar su argumento. Ya en 1910 quedó en evidencia que los críticos de izquierda del orden sociopolítico constituían una minoría. Sin duda, el alto grado de participación popular de las jornadas de mayo de 1910 mostró que las estructuras políticas sobre las que se apoyaba el gobierno oligárquico eran demasiado estrechas como para contener u orientar a una sociedad más densa y movilizada. Pero, a la vez, y porque estaba envuelta en la enseña nacional y se erigió contra las banderas rojas y negras, esa movilización conjuró muchos de los temores que suscitaba una incorporación más plena de las mayorías a la vida cívica. No es casual que la única reforma electoral verdaderamente importante de la era oligárquica —y la única dirigida no solo a purificar el ejercicio del sufragio sino también a ampliar el cuerpo político— tuviese lugar cuando la euforia generada por ese triunfo contundente del orden establecido aún no había terminado de apagarse.

Retorno a las fuentes

La importancia del ciclo democrático abierto en 1912-1916 fue muy considerable para las clases populares. Oculta por la Gran Guerra, sin embargo, la incidencia de la democratización tardó en hacerse plenamente visible. En esos años la trayectoria del trabajo argentino acentuó

¹⁵ Fernando Devoto, “Imágenes del Centenario de 1910: nacionalismo y república”, en José Nun (comp.), *Debates de Mayo. Nación, cultura y política*, Buenos Aires, Gedisa, 2005, p. 188-189. *La Nación*, 23/5/1910.

su divergencia respecto del europeo. Del otro lado del Atlántico, la movilización para la guerra, descontada la cuota de sangre, favoreció a los trabajadores: pleno empleo y fortalecimiento de la organización gremial constituyeron fenómenos comunes en los países beligerantes. Sin concesiones a los asalariados y acuerdos con los sindicatos no hubiera sido posible sostener el esfuerzo bélico (como quedó demostrado en Rusia). En la Argentina, en cambio, el impacto de la Gran Guerra fue en buena medida el inverso. El conflicto bélico trajo consigo una abrupta contracción del comercio exterior y del ingreso de capitales, y en 1913-1917 la economía sufrió una caída aun más profunda que la de la Crisis del Noventa. El país ingresó en la era del sufragio masculino amplio y secreto en medio de un catastrófico derrumbe del salario y el nivel de empleo.

Al PAN le tocó encarar la elección de renovación presidencial de 1916 en un escenario radicalmente distinto al imaginado por Roque Sáez Peña cuando hizo del éxito de la reforma electoral la piedra de toque de su paso por la Casa Rosada. Las dificultades de esos años hicieron que para muchos trabajadores los logros celebrados en el Centenario parecieran de otro tiempo. Con toda razón, Gerchunoff advirtió que este factor resultó decisivo para asegurar una victoria de la oposición que a comienzos de 1912, cuando se discutió y sancionó la reforma electoral, no figuraba en los planes del partido gobernante. El principal beneficiario de la situación fue la UCR, un partido que se sentía parte de la nación que la población había celebrado en el Centenario pero que era, a la vez, el crítico más antiguo y consecuente del oficialismo autonomista. Llegado al gobierno cuando la economía aún no había comenzado a revivir, por un par de años el radicalismo poco pudo hacer para mejorar la situación de las mayorías. De allí que la recién inaugurada democracia supuso un trato más cordial para el trabajo, pero no aportó mucho más que eso.¹⁶

Yrigoyen y los suyos, sin embargo, no se quedaron de brazos cruzados. Deseosos de acrecentar sus apoyos populares, los gobernantes elevados al poder gracias al sufragio amplio y honesto adoptaron una posición más obrerista que la que caracterizó a las administraciones del PAN desde el cambio de siglo. En 1916, los despachos ministeriales se volvieron más hospitalarios para los jefes sindicales, y el gobierno prestó su apoyo a un sinnúmero de reclamos por mejores salarios y jornadas laborales más cortas. A lo largo de la gestión radical, además, y en la medida en que el retorno a una situación de mayor prosperidad lo hizo posible, varias iniciativas gubernamentales beneficiaron a las clases populares: incremento del salario mínimo para los empleados públicos, regulación del trabajo de mujeres y niños, ley de congelamiento de alquileres, expansión del sistema de pensiones. Sin embargo, el fracaso de las iniciativas dirigidas a darle un marco institucional más moderno a las relaciones laborales —el proyecto de Código del Trabajo de 1921 no llegó a tratarse en el Parlamento— hizo que la regulación de las disputas laborales, pese a su creciente complejidad y a la mayor envergadura de muchas organizaciones gremiales, no se apartase demasiado de los usos consagrados en las tres décadas anteriores: la mediación de la policía, el intendente y las autoridades políticas continuó siendo más importante que la acción de agencias como el Departamento Nacional del Trabajo.

Este tipo de mediación informal dio lugar a dos dinámicas distintas, que se perfilaron con claridad cuando la recuperación de la economía abrió el camino para un resurgimiento de la

¹⁶ Pablo Gerchunoff, *El eslabón perdido. La economía política de los gobiernos radicales (1916-1930)*, Buenos Aires, Edhasa, 2016.

militancia obrera. Por una parte, donde la organización sindical era muy endeble o incipiente con frecuencia las disputas vinieron acompañadas de choques e importantes dosis de violencia. El ejemplo más sonado es el de la huelga de enero de 1919 en los Talleres Vasena, que el débil gremio metalúrgico no fue capaz de encauzar; la protesta, desbordada y sin rumbo, fue duramente reprimida, en medio de una crisis que conmovió a toda la ciudad de Buenos Aires. En cambio, las acciones de fuerza protagonizadas por sindicatos más poderosos y de mayor predicamento, y por tanto mejor preparados para encauzar y potenciar la acción de los huelguistas, dieron lugar a una interacción más ordenada y en general más favorable al trabajo.

Esta segunda modalidad se volvió predominante una vez que la economía, recuperada del derrumbe económico de guerra y sus coletazos de 1918 y 1919, entró en una fase expansiva. De allí en adelante no quedaron dudas de que, alentado por el gobierno pero también (y más importante) preferido por los asalariados, el sindicalismo de negociación se había convertido en la fuerza más dinámica del gremialismo obrero. Implantado en los principales sindicatos y más decidido a explotar los vínculos con funcionarios públicos que sus rivales anarquistas, socialistas y los recién nacidos comunistas, este reverdecido proyecto laborista volvió a profundizar el hiato entre demandas en el lugar de trabajo y reclamos políticos que se había atenuado en la década de la violencia.

Con su mayor tolerancia hacia las voces y las demandas populares, el contexto democrático contribuyó a legitimar y empoderar al sindicalismo de negociación. Sin embargo, cuando Yrigoyen dejó el poder en 1930 la organización obrera no había alcanzado conquistas decisivas. Pese a que el gremialismo se había arraigado mejor en el sector de servicios (comercio, por ejemplo) y en la propia administración pública, la presencia sindical todavía era incipiente en la manufactura. Esta carencia no fue obstáculo para que los salarios, y entre ellos los industriales, experimentaran un incremento muy sustantivo. Ello nos confirma que en esa década la importancia del sindicalismo como instrumento de la mejora del bienestar popular fue secundaria, sin duda menor que la del mercado y la política pública.

El alza de las remuneraciones durante el período radical invita a formular un par de precisiones adicionales. De acuerdo a estimaciones recientes, hacia 1920 los salarios recuperaron su nivel de preguerra, y desde entonces crecieron de manera ininterrumpida hasta 1928, ganando cerca de un 50 % en menos de una década. Si tenemos en cuenta que el incremento de las remuneraciones más formidable de todo el siglo xx, el del primer gobierno peronista, aunque más concentrado en el tiempo (el trienio 1946-1948) y por tanto más visible, fue de una magnitud similar, podemos dimensionar la significación de este logro. Por supuesto, la contribución de la administración radical a la mejora popular no fue tan decisiva como la peronista. Pero sus iniciativas estuvieron lejos de ser y de ser vistas como triviales (sobre todo considerando los límites que el saber económico de ese tiempo imponía a la formulación de políticas de bienestar) y, como propone Gerchunoff, nos ayudan a comprender la formidable performance electoral del radicalismo. No hay duda, sin embargo, de que la acción del poder público constituyó un valioso complemento a un incremento salarial cuyos agentes principales fueron las fuerzas impersonales del mercado y el cambio productivo.¹⁷

Destacar el vigor del crecimiento de las remuneraciones en la década de 1920 y los factores que lo impulsaron es importante por cuanto la reafirmación del potencial integrador de la

¹⁷ *Ibid.*

economía, ahora acrecentado por el poder del Estado democrático, no fue políticamente neutro. Gracias a esa mejora del bienestar, la UCR avanzó decididamente en la conquista del voto y la simpatía obrera, en desmedro del conservadurismo y la izquierda. Y ello fue reforzado por un tercer factor que, si contribuyó a desdibujar viejas jerarquías sociales y suscitó alarma tanto en la izquierda como en la derecha, también debilitó a los impugnadores del orden establecido. Me refiero al primer gran auge de las industrias del entretenimiento.

En la década de 1920, el incremento del ingreso popular y el cambio tecnológico permitieron que las clases trabajadoras se integraran más plenamente a la cultura capitalista del consumo. En esos años, las industrias del entretenimiento se expandieron como nunca antes, acentuando a la vez su interpelación plebeya, fascinando y seduciendo a las mayorías. Amén de más y mejor alimento, vestido y vivienda, las clases populares de esa década de prosperidad pudieron disfrutar de los placeres que les ofrecían el cine y la radio, la literatura barata y la prensa comercial, la música y el espectáculo deportivo. Ello tuvo un hondo impacto sobre el estilo de vida de los sectores subalternos pero también sobre sus expectativas y su visión del mundo. Para muchos trabajadores, los nombres más importantes de ese decenio venturoso –nuestra primera gran primavera popular– no fueron Yrigoyen o Alvear, y por supuesto tampoco Justo, Palacios o Barceló. Fueron personajes de otra estirpe, héroes populares como Valentino y Gardel, Firpo y Leguisamo y, poco a poco, también los jugadores de fútbol (todavía sin nombre propio).

Sin duda, este cambio impactó con particular vigor entre las nuevas generaciones, mejor preparadas y más dispuestas a explorar y disfrutar todo lo que ese período de inédita prosperidad tenía para ofrecer. Ya en 1922 un órgano de prensa sindicalista como *Bandera Proletaria* se quejaba de que los jóvenes, fascinados por el deporte, parecían desentenderse de la lucha social y los problemas del trabajo. Este tipo de razonamientos nos indican qué tipo de amenazas pendían sobre el futuro de la izquierda sindical y política.¹⁸ En este nuevo escenario, el problema para la izquierda ya no podía formularse, como para los socialistas del cambio de siglo retratados por Aricó, como un hiato entre dos culturas, una elitista y otra popular. Lo que ahora cobraba verdadero relieve eran las tentaciones de un capitalismo cada vez más inclusivo, capaz de mercantilizar y volver más atractivo el tiempo de ocio, y frente al cual todos los esfuerzos de la subcultura de izquierda para dar batalla en ese territorio –el deporte socialista o comunista, o la promoción de aquellas expresiones del arte popular o para el pueblo tenidas por aceptables– dieron frutos magros. El mundo que las clases populares tenían ante sus ojos se había vuelto más luminoso, incluso seductor. En estas circunstancias, ¿a quién puede sorprender que en los años veinte el anarquismo se desvaneciera o se extraviara en el camino sin retorno de la violencia, que el ejemplo soviético no tuviese mayor impacto sobre la imaginación política de las mayorías, y que hasta el cada vez más moderado socialismo, luego de alcanzar en 1924 la mejor performance electoral de su historia (15% en elecciones legislativas), retrocediera en las preferencias populares en favor de propuestas aun más medidas? En esa era de prosperidad y expansión de los horizontes vitales de las mayorías, la república capitalista, corregida por el Estado democrático y los placeres del consumo popular, estaba ganando la partida.

¹⁸ *Bandera Proletaria*, 10/10/1922.

El momento comunista

Este avance en el proceso de integración de las mayorías se vio interrumpido hacia 1930, cuando la primavera popular llegó a su fin. Dos fenómenos signaron el nuevo escenario que se abrió en los años de la Gran Depresión. El primero fue el retroceso económico. En claro contraste con los años veinte, los salarios no solo se derrumbaron en la crisis mundial (1929-1933) sino que desde entonces se mantuvieron deprimidos por más de un decenio. Tras una década de expansión, que había naturalizado la idea de progreso y mejora, vino un largo invierno de estancamiento. A ello se sumó un importante incremento de la desocupación, que concitó una amplia discusión pública, y que volvió la vida más precaria e insegura, incluso para los que conservaron su empleo. Para muchos trabajadores, la fuerza del ideal de progreso material palideció, y para algunos desapareció.

En segundo lugar, este deterioro de las condiciones de existencia material de los sectores populares coincidió con –y fue potenciado por– un retroceso político. La dictadura de Uriburu trató a las mayorías con un rigor inédito en la era constitucional: las huelgas y los reclamos obreros fueron prohibidos y los activistas se convirtieron en víctimas de una durísima persecución. La represión se ensañó con la izquierda revolucionaria; comunistas y anarquistas sufrieron no solo deportaciones sino también cárcel, tortura y fusilamientos. En comparación con los años radicales, también el gobierno de la Concordancia fue áspero en su política laboral y avaro en su política social. Esta mayor severidad en el trato hacia las clases subalternas encontró apoyos en sectores más acomodados, expresados en demandas de orden y mayor control urbano. Y todo ello se agravó por cuanto la marca distintiva de la Concordancia, el fraude electoral, acentuó el hiato entre las mayorías y las instituciones de la república democrática. La Argentina de esos años tuvo un poco de Estado interventor; pero no tuvo ni keynesianismo ni programas de bienestar y por supuesto tampoco mejoras salariales. Y a diferencia de los Estados Unidos de Roosevelt, careció de un liderazgo político capaz de mostrar empatía hacia las dificultades de las mayorías.

Para vastos sectores, pues, la etapa que se abrió en 1930 volvió a nublar el horizonte de progreso e integración que constituía la gran promesa argentina. Los estudios que, en la línea abierta por las contribuciones de Luis Alberto Romero y Leandro Gutiérrez, conciben al período de entreguerras como una unidad no logran captar la significación de esta inflexión.¹⁹ En claro contraste con la experiencia vivida en la década anterior, aprietos económicos y exclusión política volvieron a dejar su huella en la vida cotidiana de muchos trabajadores. Este escenario de malestar abrió el camino para que las clases populares se volvieran más sensibles a los discursos críticos. Este dato es central para entender la principal novedad de la historia del trabajo en los años treinta: el ascenso comunista.²⁰

Nacido de las conmociones que la Revolución Rusa provocó en el seno de nuestra izquierda, el comunismo tuvo poca suerte en su primera década de vida. Aunque atractivo para algunos militantes disconformes con el quietismo imperante en el Partido Socialista, fuera de

¹⁹ Sobre este problema puede consultarse Lila Caimari, *Mientras la ciudad duerme. Pistoleros, policías y periodistas en Buenos Aires, 1920-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012; Roy Hora, “¿Cómo pensó Tulio Halperin Donghi la política de entreguerras?”, *Estudios Sociales*, n° 54, 2018, pp. 15-41.

²⁰ Roy Hora, “The impact of the Depression on Argentine society”, en P. Drinot y A. Knight (eds.), *The Great Depression in the Americas and its Legacies*, Durham y Londres, Duke University Press, 2014, pp. 22-49.

esos ámbitos no cosechó, tras un momento inicial de entusiasmo o preocupación, más que hostilidad o indiferencia. Desde temprano, el predominio del liberalismo reformista en el campo de la cultura condenó a los seguidores del ideal revolucionario a un lugar marginal en la universidad y en los círculos intelectuales. El proletariado urbano y los trabajadores de la campaña fueron aun más reacios a escuchar las verdades de Lenin y Stalin.²¹

A mediados de la década de 1920, tras haber sobrevivido a la guerra civil, el Estado soviético comenzó a afianzarse y a proyectar su poder fuera de Rusia. En ese momento, sus seguidores locales debieron tomar el camino de la bolchevización: encuadrado en la Internacional roja, el pequeño Partido Comunista Argentino se tornó más autoritario y verticalista, adoptó una organización celular, y privilegió el trabajo político en talleres y fábricas. Pese a la relevancia que estudios recientes como los de Hernán Camarero le asignan a esta mutación organizativa, lo cierto es que la bolchevización no hizo mucho por revertir la marginalidad de los seguidores de Moscú en el ámbito de la empresa.²² Por supuesto, el panorama también les era desfavorable a la hora de ir a las urnas: con cosechas siempre inferiores a los 8000 votos, en ningún llamado electoral de esa década superaron el 1% del padrón (esto es, menos de la décima parte que sus rivales socialistas). Ignorado por las clases trabajadoras, falto de inserción en otros estratos, en vísperas de la caída de Yrigoyen los bolcheviques seguían clamando en el desierto.

El problema principal no estaba en la calidad o en la forma de la oferta comunista, ya sea ideológica, política u organizativa, o en la represión estatal —débil o inexistente en ese período—, sino en la ausencia de demanda para sus servicios. En este punto, conviene retomar el contraste entre la trayectoria europea y la argentina. En el Viejo Continente, los cataclismos provocados por la Gran Guerra abrieron una brecha entre el Estado y sus súbditos que le dio una base de masas a la política antisistema. La Argentina de la década de 1920, en cambio, navegó aguas políticamente calmas y, además, dispensó un trato suave y generoso a sus clases populares. En estas circunstancias, interpelar a los trabajadores en nombre de las virtudes de la revolución proletaria era perder el tiempo. El avance del voto a la UCR en desmedro del socialismo en los distritos obreros no es el único indicador de la creciente moderación de las mayorías en esa década de prosperidad. Si enfocamos la atención en la oferta electoral dentro del propio campo de la izquierda advertimos que la principal novedad no provino de la constitución de un (pequeño) polo de seguidores de la Revolución Rusa. Vino, en cambio, del centrista Partido Socialista Independiente, que amén de proclamarse enemigo de Moscú, se ubicó a la derecha de la ya muy moderada fuerza liderada por Juan B. Justo (a la que incluso llegó a derrotar en las elecciones de marzo de 1930 en su bastión electoral de la capital federal). Encerrado entre la atractiva oferta electoral de la UCR y el tibio reformismo imperante en la población, el desfiladero en el que debía moverse una propuesta socialista era muy estrecho, y ello explica la moderación que dominó a todos los actores de ese espacio en esos años.

El escenario que se abrió tras los cataclismos de 1929-1933 premió otro tipo de oferta política, menos complaciente con el orden establecido. El cambio en el contexto internacional

²¹ Roy Hora, *¿Cómo pensaron el campo los argentinos? Y cómo pensarlo hoy, cuando ese campo ya no existe*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2017.

²² Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2008.

sin duda contribuyó a tornar más atractiva la alternativa representada por el comunismo. En medio de la debacle de las sociedades capitalistas más avanzadas, la Unión Soviética brillaba con luz propia, y se presentaba como un moderno Estado obrero apoyado sobre una dinámica economía planificada. Pero lo decisivo en la Argentina fue la nueva dureza de la condición obrera, que abrió un espacio para el avance comunista, al menos entre algunos estratos del mundo del trabajo urbano. En la década de 1930, por primera vez, los rojos pudieron conectar su prédica antisistema con la experiencia y las demandas de las franjas más descontentas de los trabajadores urbanos.

Los esfuerzos proselitistas de los comunistas comenzaron a fructificar una vez que el retorno del crecimiento delineó un escenario más amigable para la reivindicación obrera. En 1935-1936, los rojos lideraron una serie de grandes huelgas, duras y violentas pero en definitiva exitosas, que los proyectaron al centro de la escena gremial. Concentraron su energía en la formación de sindicatos por industria (esto es, organizaciones que comprendían a todos los trabajadores que se desempeñaban en un sector productivo determinado, con independencia de su género, oficio o calificaciones). Alcanzaron sus mayores éxitos en sectores como alimentación, madera, textil y construcción, cuyos salarios estaban entre los más bajos de la escala de remuneraciones urbana. A diferencia de los gremios de trabajadores calificados o los sindicatos de empresa, que protegían a los segmentos más privilegiados de la fuerza laboral, los grandes sindicatos por rama de actividad promovidos por los rojos fueron cruciales para incrementar el poder de negociación de los sectores más desaventajados del proletariado (mujeres, aprendices, asalariados sin calificación, etc.). Gracias a esta expansión de la frontera de la sindicalización, en apenas un quinquenio la cantidad de trabajadores agremiados en el sector industrial se duplicó. Esta hazaña organizativa elevó a jefes comunistas como Pedro Chiarante y el carismático José Peter –inspirador y figura central de la Federación Obrera de la Alimentación– a la dirección del movimiento sindical. En la central obrera unificada creada en esos años Peter y sus compañeros de causa se ganaron un lugar junto a los socialistas, amos de los grandes sindicatos de servicios.

Un par de elementos adicionales completan el cuadro, y nos ayudan a precisar el alcance tanto como los límites del proyecto comunista. Las características de los sectores de actividad en los que los rojos lograron arraigarse no constituyen un factor relevante para entender sus logros post-Gran Depresión. Con la excepción parcial del sector textil, de gran expansión en los años treinta, ninguno era nuevo. Los comunistas, pues, conquistaron sectores de actividad que por décadas se habían mostrado refractarios a la implantación de la presencia gremial. Su avance, sin embargo, no parece directamente relacionado con el modelo organizativo centrado en la proletarianización y la célula fabril. Estos dispositivos organizativos ya estaban en vigencia casi una década antes de que los rojos alcanzaran sus primeras victorias en 1935-1936. Quienes subrayan la importancia de la célula fabril como factor de politización de las demandas obreras parten de la premisa de que, ya en la década de 1920, la sociedad urbana era plenamente capitalista (lo que es indudable) y que, en consecuencia, estaba recorrida por hondas tensiones de clase (lo que es muy dudoso), por lo que se encontraba madura para una interpretación política radical. Espejo invertido de la visión optimista sobre la sociedad de entreguerras, este punto de vista no advierte la discontinuidad, a la vez económica y política, que 1930 supuso para muchos trabajadores. En rigor, fue en la áspera etapa que comenzó con la Gran Depresión que los oídos de los trabajadores comenzaron a volverse más sensibles para la prédica comunista.

Hay, sin embargo, un aspecto de la dimensión organizativa asociada a la oferta comunista que sí merece enfatizarse, bien subrayada por Camarero.²³ A diferencia de la etapa de politización del conflicto laboral de comienzos de siglo, en la que el Estado enfrentó a una organización gremial incipiente y débilmente articulada, que apenas alcanzaba a cubrir a parte de los trabajadores calificados, la contribución de la pequeña pero aguerrida maquinaria política roja fue decisiva para apuntalar la construcción de los nuevos sindicatos por rama de actividad. Mucho más comprometida con el frente proletario que sus rivales socialistas, su principal aporte no fue catequizar a los trabajadores sobre el valor del internacionalismo o de la sociedad sin clases, o los logros de la Unión Soviética. Dentro o fuera del mundo obrero, estas cuestiones solo eran verdaderamente relevantes para una ínfima minoría. Mucho más importante fue su contribución para vertebrar y sostener en el tiempo el considerable esfuerzo organizativo necesario para erigir sindicatos de gran escala en sectores del mercado de trabajo que no se prestaban fácilmente a sustentar este proyecto. Sin el apoyo de una organización capaz de movilizar a los trabajadores y doblegar la resistencia patronal, una lucha de esa naturaleza se hubiera derrumbado, o hubiera rendido pocos frutos. Y esa experiencia de consolidación sindical dejó una herencia perdurable, sobre la cual el peronismo pudo continuar edificando.

Relevante en el terreno de los progresos de la organización gremial, el momento rojo lo es menos en el referido a la experiencia política de las mayorías. Luego de la Depresión, la visión comunista de la sociedad argentina como injusta y desigual coincidió, quizá más que en cualquier momento del pasado, con las percepciones de importantes sectores del proletariado urbano. Pero antes que una identificación sustantiva con el ideario de una comunidad de trabajadores manuales o una sociedad sin clases, fue el nuevo contexto de privaciones y represión –agigantado en su dramatismo por el recuerdo todavía cercano de los dorados años veinte– el que volvió a los hijos de la Gran Depresión más sensibles a la prédica y la práctica de estos enemigos del orden establecido. En el fondo, pues, antes que un rechazo frontal al ideario de la incorporación y la movilidad social, lo que el avance de los rojos revela es la frustración producida por la percepción de que, en el amargo tiempo de la “Década Infame”, esas aspiraciones se habían vuelto más difíciles de alcanzar.

Sobre esta delgada capa de humus proletario, que encubría un suelo árido para la prédica del clasismo antisistema, se enraizó el esfuerzo militante de estos luchadores de la democracia social. De hecho, el contraste entre sus rutilantes victorias en el terreno gremial y el mucho más moderado impacto de la prédica específicamente política alcanzada por el partido de Ghioldi y Codovilla en la esfera pública e incluso en los ámbitos de sociabilidad proletaria pone de relieve las dificultades de un acercamiento entre comunistas y trabajadores condenado a detenerse y revertirse pronto.

Aun si en el contexto represivo de los años de la Concordancia y la Revolución de Junio es difícil estimar el incremento del influjo político del comunismo, todo indica que sus progresos fueron sensibles pero modestos. Los resultados que alcanzó en la primera elección libre realizada en más de una década, la del 24 de febrero de 1946, son elocuentes. En esa convocatoria, los comunistas integraron la alianza Unidad y Resistencia, donde compartían cartel con

²³ Hernán Camarero, “Apogeo y eclipse de la militancia comunista en el movimiento obrero argentino de entreguerras. Un examen historiográfico y algunas líneas de interpretación”, en O. Ulianova (ed.), *Redes políticas y militancias. La historia política está de vuelta*, Santiago, Universidad de Santiago de Chile/Ariadna, 2009, pp. 145-173.

el Partido Demócrata Progresista. Unidad y Resistencia obtuvo unos 115.000 votos (4 % de los sufragios emitidos). Es probable que al menos la mitad de ese total lo aportase la feligresía demoprogresista. Si esta estimación es válida, podemos concluir que, pese a haber multiplicado sus apoyos por un factor de 8/10 respecto a sus magras cosechas de la década de 1920, el voto comunista continuaba sin despegar. Y ello al punto de que en ese comicio la cantidad de votos que recibió el Partido Comunista fue similar al número de afiliados de la Federación Obrera de la Alimentación, apenas uno, y no el más grande, de los sindicatos que los rojos habían contribuido a crear en la década previa. Ello sirve para constatar que los dirigentes de la UCR no se equivocaban cuando, en la era de los frentes populares, siempre resistieron las invitaciones de la izquierda a constituir una alianza electoral que no iba a agregar nada sustancial al caudal de votos del partido que la mayoría de los obreros seguía eligiendo a la hora de ir a las urnas.

Este panorama nos confirma que el legado de la estación comunista a la historia política popular fue más efímero y en definitiva menos valioso que su contribución al desarrollo de la organización sindical. De hecho, la aproximación entre trabajadores y gremialismo rojo alcanzó un punto muerto cuando, desde el seno mismo del orden establecido, surgió una figura que se hizo eco de los sueños y las demandas de integración que el corazón de las mayorías obreras nunca había dejado de abrigar. La victoria electoral de Perón en las elecciones de 1946 implicó muchas cosas, pero a los fines de este trabajo una de ellas no puede ser ignorada. Febrero de 1946 fue al avance comunista lo que mayo de 1910 al desafío anarquista. Ambos momentos expusieron a la luz del día el carácter superficial del arraigo de la izquierda y en particular de la izquierda radical en las filas obreras, y pusieron de relieve cuán estrecho era el espacio disponible para que el socialismo, aun en sus versiones más moderadas, conquistara un lugar en la política nacional. Pues la propuesta de Perón no triunfó solo ni principalmente porque disponía de enormes recursos de poder sino porque (lo que es quizá más lamentable pero a la vez más relevante desde el punto de vista histórico e incluso político) conectaba mejor con aspiraciones de incorporación forjadas a través de una experiencia de más de medio siglo.

Esta línea de razonamiento nos ayuda a comprender un hecho aparentemente paradójico: el que casi de la noche a la mañana la mismísima ciudad obrera de Berisso, sede de las grandes plantas frigoríficas que proyectaron a José Peter al primer plano de la escena sindical, le volviese la espalda al gran campeón del proletariado comunista para convertirse en “la cuna del peronismo”. La continuidad de fondo que se oculta tras esta mutación aparentemente repentina nos recuerda que, incluso en aquellos tiempos y lugares en los que la antorcha de la izquierda iluminó el mundo proletario con mayor fuerza, esa luz ardiente tuvo pocas chances de conquistarlo. Y ello fue así porque su ascenso no fue otra cosa que el producto de retrocesos temporales del gran proyecto que animó la vida pública nacional desde el arranque de la era constitucional, el momento en el que se forjó el tipo de experiencia que desde entonces sirve de cauce privilegiado para el despliegue de los sueños y las esperanzas de las mayorías argentinas. □

Bibliografía citada

Albornoz, Martín y Diego Galeano, “El momento *Beastly*: la policía de Buenos Aires y la expulsión de extranjeros (1896-1904)”, *Astrolabio*, n° 7, 2016, pp. 6-41.

Aricó, José, *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

Buonuome, Juan, “Los socialistas argentinos ante la ‘prensa burguesa’. El semanario *La Vanguardia* y la modernización periodística en la Buenos Aires de entresiglos”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n° 46, 2017, pp. 147-179.

Caimari, Lila, *Mientras la ciudad duerme. Pistoleros, policías y periodistas en Buenos Aires, 1920-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.

Camarero, Hernán, “Apogeo y eclipse de la militancia comunista en el movimiento obrero argentino de entreguerras. Un examen historiográfico y algunas líneas de interpretación”, en O. Ulianova (ed.), *Redes políticas y militancias. La historia política está de vuelta*, Santiago, Universidad de Santiago de Chile/Ariadna, 2009, pp. 145-173.

———, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

Devoto, Fernando, “Imágenes del Centenario de 1910: nacionalismo y república”, en José Nun (comp.), *Debates de Mayo. Nación, cultura y política*, Buenos Aires, Gedisa, 2005, pp. 169-193.

Falcón, Ricardo, *El mundo del trabajo urbano (1890-1914)*, Buenos Aires, CEAL, 1986.

Gerchunoff, Pablo, *El eslabón perdido. La economía política de los gobiernos radicales (1916-1930)*, Buenos Aires, Edhasa, 2016.

Gerchunoff, Pablo y Lucas Llach, *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Políticas económicas argentinas de 1880 a nuestros días*, Buenos Aires, Crítica, 2018.

Hora, Roy, *¿Cómo pensaron el campo los argentinos? Y cómo pensarlo hoy, cuando ese campo ya no existe*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018.

———, “Crecimiento y producción (1870-1913)”, en Roberto Cortés Conde y Gerardo della Paolera (dirs.), *Nueva Historia Económica de la Argentina. Temas, Problemas, Autores. El último medio siglo. Ensayos de Historiografía Económica. Desde 1810 a 2016*, Academia Nacional de la Historia/Editorial Edhasa, Buenos Aires, 2018, pp. 51-72.

———, “Trabajo organizado, protesta obrera y orden oligárquico. Argentina: 1880-1900”, *Taller de Discusión: La política en la Argentina (1880-1916)*, Instituto Ravignani y Universidad Nacional de Tres de Febrero, Buenos Aires, 5 y 6 de noviembre de 2018.

———, “¿Cómo pensó Tulio Halperin Donghi la política de entreguerras?”, *Estudios Sociales*, n° 54, 2018, pp. 15-41.

———, “The impact of the Depression on Argentine society”, en Paulo Drinot y Alan Knight (eds.), *The Great Depression in the Americas and its Legacies*, Durham y Londres, Duke University Press, 2014, pp. 22-49.

———, *Historia económica de la Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.

———, *Los estancieros contra el Estado. La Liga Agraria y la formación del ruralismo político en la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

Míguez, Eduardo, *Historia económica de la Argentina. De la conquista hasta la crisis de 1930*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.

Sabato, Hilda, “Estado y sociedad civil, 1860-1920”, en Roberto Di Stefano, Hilda Sabato, Luis Alberto Romero y José Luis Moreno, *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en la Argentina, 1776-1990*, Buenos Aires, Edilab, 2002, pp. 99-167.

———, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

Suriano, Juan, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001.

Torre, Juan Carlos, “¿Por qué no existió un fuerte movimiento obrero socialista en la Argentina?”, en Claudia Hilb (comp.), *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero*, Buenos Aires, Siglo XXI/UBA, 2009, pp. 33-49.

Resumen / Abstract

Izquierda y clases populares en la Argentina, 1880-1945

Este ensayo presenta algunas hipótesis a partir de las cuales estudiar el lugar de las clases trabajadoras en la vida política argentina entre 1880 y 1945. Enfatiza, en primer lugar, el alto grado de integración de los trabajadores en el orden sociopolítico oligárquico. En consecuencia, discute las visiones que conciben el avance de la izquierda y de la política antisistema como resultados esperables del patrón de desarrollo del país en la era del crecimiento exportador. A partir de esta constatación, sugiere que las experiencias de radicalización de las clases populares más relevantes del período 1880-1945 (el auge anarquista de 1902-1910 y el ascenso comunista de la década de 1930), reclaman explicaciones específicas, más atentas a la demanda que a la oferta política dirigida a estos sectores. Por último, el ensayo propone algunas ideas generales sobre cómo concebir la naturaleza, la periodización y los principales hitos de la experiencia política de los trabajadores antes del peronismo.

Palabras clave: Argentina - Izquierda - Clases populares - Política

Left and popular classes in Argentina, 1880-1945

This essay discusses the most common approaches to working class politics in Argentina between 1880 and 1945, and proposes an alternative view on this subject. It suggests that the degree of integration of the popular classes into the turn-of-the-century socio-political order was higher than most authors have suggested; *mutatis mutandi*, this pattern also characterized later periods. Therefore, it rejects the view that the growth of the left was a natural consequence of Argentina's pattern of development during the export-led era. On the contrary, I argue that the two most significant experiences of political radicalization of the 1880-1945 period –the emergence of the Anarchist movement in the 1900s and the creation of a strong Communist labor movement in the 1930s–, which deviated from this pattern of integration, demand specific explanations. Finally, the essay advances some ideas on how to conceive the most salient features and the most important turning points in the history of working class politics in the era before the advent of Peronism.

Keywords: Argentina - Left - Popular classes - Politics

*La “economía dirigida”: itinerario de un concepto y balance de una experiencia**

Ana Virginia Persello

Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Rosario

Introducción

Es sorprendente la suerte de las palabras, la difusión de las ideas mucho les debe a ellas. [...] Sería una temeridad de nuestra parte afirmar, desde ya, que la “economía dirigida” no deba a causas mucho más profundas el favor que se le ha dispensado en los ambientes más distintos, pero podemos destacar la feliz asociación de las palabras empleadas para imponerlas a la atención de la opinión pública.¹

La expresión “economía dirigida”, tal como propone el profesor de la Universidad de Bruselas, Georges de Leener, se difundió rápida y exitosamente durante los años '30 y hacia el final de la década comenzó a desaparecer. Una de las constantes de su uso fue asumir que no se tenía claro de qué se trataba. “Sobre el concepto de ‘economía dirigida’ –decía Félix Weil– existe una confusión general, casi inimaginable. Parece que todo el mundo se empeña en llamar ‘economía dirigida’ a cualquier intervención del Estado en el desarrollo de la economía privada.”² La prueba de esto es que la expresión nunca dejó de usarse entre comillas. Y una de las referencias a las que se recurría para afirmar que no existía una definición clara del concepto ni experiencias iguales en los países donde se “dirigía” la economía era el Congreso Internacional de Economía Dirigida que se realizó en Amsterdam en 1931 y reunió a delegados de casi todos los países y representantes de las entidades más importantes de la ciencia, la industria y el comercio mundial, y del cual, según los que aluden a él, no habría resultado nada concluyente. Aunque la mayoría tiende a destacar la intervención del profesor americano Lewis Lorwin, que la definía como “un sistema de comités y de cuerpos constituidos, en parte gubernativos, en

* Una versión preliminar de este texto se discutió en la mesa “Saberes de Estado, burocracias y administración pública”, en las XVI Jornadas Interescuelas realizadas en Mar del Plata en agosto de 2017. Los comentarios y las sugerencias recibidas enriquecieron la propuesta.

¹ Georges De Leener, “Economía liberal y economía dirigida”, *Hechos e Ideas*, año 1, vol. 1, n° 3, agosto de 1935, p. 201.

² Félix Weil, “El problema de la economía dirigida”, *Cursos y Conferencias* (CyC), año 4, vol VIII, n° 9, enero-junio de 1935, p. 943.

parte voluntarios, que ejercieran una dirección sobre la base de un plan”,³ el mismo Lorwin asumía que podía aplicarse a situaciones diversas que iban desde la dirección centralizada de la economía hasta formas que tendían a forzar el consumo sin demoler los principios de la organización económica.

En la Argentina la utilización del término se asoció a las medidas tomadas por Federico Pinedo y Luis Duhau, al frente de los ministerios de Hacienda y Agricultura, respectivamente, a fines de 1933: la reforma del sistema de control de cambios a partir de la implantación del permiso previo para importar y la creación de una Junta Reguladora de Granos atada a su producción. Las medidas supusieron un punto de inflexión en el rumbo de la economía y las finanzas. Sin embargo, el debate sobre las respuestas posibles a la crisis, que enfrentaba a los defensores de las finanzas equilibradas y el librecambio con quienes comenzaban a postular la necesidad de dirigir la economía, ya estaba presente. El reconocimiento de que la magnitud de los cambios exigía respuestas nuevas no necesariamente supuso que estas se encuadraran en una aceptación de teorías que, por otra parte, todavía se movían en un terreno ambiguo. Si a partir de 1933 se asume que en la Argentina se “dirige” la economía, mayoritariamente se considera que se trata de un expediente extraordinario para retornar, una vez superada la coyuntura, a las condiciones del libre mercado, y hacia el final de la década el debate local se centra en la experiencia concreta. Defensores y detractores de la “economía dirigida” coinciden en que no hubo dirección por ausencia de coordinación, de plan racional.

El impacto de la crisis de 1929 en la Argentina y las respuestas que se ensayaron para revertirla han sido tratados por una amplia bibliografía.⁴ No se trata aquí de realizar un análisis de las políticas económicas, ni una reconstrucción abstracta de la teoría, tampoco de poner en relación unas y otra para mostrar desviaciones de las primeras en relación a las segundas, es decir, cuánto de ortodoxia o de heterodoxia supusieron las medidas implementadas para salir de la crisis. La intención es seguir el recorrido de un concepto, tal cual fue formulado, y el modo en que se evaluó la experiencia que se asoció a él; explorar las indeterminaciones, “retomar el hilo histórico de las perplejidades, interrogantes y tanteos”,⁵ mostrar las ambigüedades, la tensión que supuso la experiencia de transitar de una forma de concebir el Estado a otra. “El lenguaje –sostiene Koselleck– toma nota del mundo y al mismo tiempo es un factor activo en la percepción y en el conocimiento de las cosas.” La persistencia de un concepto depende de su potencia para acumular experiencias, si deja de hacerlo pierde su vigor y cae en desuso.⁶

El texto está estructurado en cuatro partes: los primeros tanteos, en la teoría y en la práctica, en los inicios de la crisis; la confrontación entre la teoría y la experiencia a partir de 1933; el juicio a las políticas implementadas, cuando la recuperación se torna visible; y finalmente

³ Citada por De Lenner, “Economía”, p. 209.

⁴ Pablo Gerchunoff y Lucas Llach, *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Buenos Aires, Ariel, 2005, y Jimena Caravaca, *¿Liberalismo o intervencionismo? Debates sobre el rol del estado en la economía argentina. 1870-1935*, Buenos Aires, Sudamericana, 2011. Javier Villanueva, “El origen de la industrialización argentina”, *Desarrollo Económico*, 12, 47, octubre-diciembre de 1972, pp. 451-476. Arturo O’Connell, “La Argentina en la depresión: los problemas de una economía abierta”, *Desarrollo Económico*, 23, 92, marzo de 1984, pp. 479-514. Peter Alhadeff, “Dependencia, historiografía y objeciones al Pacto Roca”, *Desarrollo Económico*, 25, 99, octubre-diciembre de 1985 pp. 447-458.

⁵ Pierre Rosanvallon, *La democracia inconclusa. Historia de la soberanía del pueblo en Francia*, Colombia, Taurus, 2006, p. 35.

⁶ Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos y conceptos de historia”, *Ayer*, 53, 2004 (1).

un balance que vuelve a confrontar teoría y experiencia en los años de la guerra. La reconstrucción del uso de la noción “economía dirigida” y la confrontación con las políticas concretas que se implementaron en los años ’30 resulta del seguimiento de debates parlamentarios, la *Revista de Economía Argentina*, *Cursos y Conferencias*, *Hechos e Ideas*, *La Nación* y *La Prensa* y una serie de libros aparecidos en 1944 escritos por funcionarios y expertos. El conjunto, si bien no agota la cuestión, recupera voces de un campo donde se interceptaban la política, la función pública, la cátedra universitaria y la membrecía en asociaciones de representación de intereses sectoriales.⁷

1. El impacto de la crisis: teoría y experiencia⁸

Frente a la caída del volumen de las exportaciones y de sus precios, el gobierno provisional que encabezó José Félix Uriburu actuó movido por “razones de economía”. El imperativo era mantener el presupuesto equilibrado y la receta reducir gastos y aumentar recursos. Aunque bajo la presión de los acontecimientos para superar “la anarquía dañosa que impera en el mercado” y optar por un método centralizado y “dirigido por los más capacitados”, Uriburu fijó un tipo rígido de cambio y creó un organismo ante el cual debían exhibirse los permisos para remitir fondos al exterior, la Comisión de Control de Cambios. En la perspectiva del presidente del Banco de la Nación, Adolfo Casal, “el elemento patológico” se imponía sobre el económico. Si la fiscalización del cambio no era el remedio permitiría por lo menos restablecer la seguridad, actuar como resorte amortiguador de las perturbaciones. La prensa justificaba la intervención del Estado para producir una “inmunización contra la epidemia del pánico”.⁹

La llegada de Justo a la presidencia no trajo demasiadas novedades. Su primer ministro de hacienda, Alberto Hueyo, seguirá defendiendo la moneda sana, las finanzas equilibradas y sosteniendo su fe en la existencia de un “orden natural” y en leyes que gobernaban los fenómenos económicos. Ernesto, su hermano, compartía esta visión, y en la conferencia con la que ingresó en 1933 a la Academia de Ciencias Económicas reconoció que el desequilibrio era el resultado de la crisis, pero no que fuera el modo de corregirlo. La “economía dirigida” alteraba el libre juego de las leyes económicas y lo hacía en desmedro de las libertades, en tanto debía

⁷ No es nuestra intención analizar las publicaciones como tales, en las cuales, por otra parte, los colaboradores se superponían y aun en *Hechos e Ideas*, que respondía a un sector de un partido, las líneas no eran homogéneas. Para la *Revista de Economía Argentina*, véase Natacha Bacolla, “Debatendo sobre lo incierto. La crisis del treinta en la tinta de sus actores e intérpretes”, *Estudios Sociales*, 35, 2º semestre de 2008, y Jorge Pantaleón, “El surgimiento de la nueva economía argentina: el caso Bunge”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin, *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004; para *Cursos y Conferencias*, Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo. Estudios de antropología social y cultural*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 1998, y Claudio Belini, “La economía argentina en debate. El CLES y los cursos de economía argentina de 1940 y 1950”, mimeo; para *Hechos e Ideas*, véase Ana Virginia Persello, “De la diversidad a la unidad. Hechos e Ideas (1935-1955)”, en Noemí Girbal-Blacha y Diana Quatrocchi-Woisson, *Cuando opinar es actuar. Revistas Argentinas del Siglo xx*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999.

⁸ Las posturas y los debates a que dio lugar la emergencia de la crisis están reconstruidos de manera excepcional por Tulio Halperin Donghi en *La república imposible (1930-1945)*, Buenos Aires, Ariel, 2004. Aquí solo recuperamos parte de ellos en función del objetivo que nos proponemos, que es seguir el derrotero de un concepto.

⁹ Ana Virginia Persello, “La comisión de control de cambios. Burocracia y ‘economía dirigida’”, en María S. Di Liscia y Germán Soprano (eds.), *Burocracias estatales. Problemas, enfoques y estudios de caso en la Argentina (entre fines del siglo xix y xx)*, Rosario, Prohistoria, 2017.

ser reemplazado necesariamente por una voluntad dirigente, “que forzosamente es el Estado nacionalista primero e imperialista después”.¹⁰

Uno de los contendientes de esta perspectiva fue Julio Irazusta a partir de la defensa del reclamo de la “producción en masa”. Por primera vez en la historia del gremio, sostenía, los productores presentaban un frente único y pedían emisionismo, remedio excepcional que solo podía justificarse por razones también excepcionales y no por posición teórica alguna porque su naturaleza misma se oponía a ello. La emisión aumentaría el precio de sus productos y el reajuste que sufrirían los salarios sería transitorio. La crisis había conmovido los cimientos de la ciencia económica en que el ministro basaba su política. Frente a ella, ningún país defendía su moneda antes que su producción. Los “esfuerzos desesperados” de Hueyo para sostener la moneda no evitaban la paralización de las actividades económicas ni el pánico y, por otra parte, Irazusta se preguntaba si había justicia y, sobre todo, conveniencia social en castigar a los propietarios rurales.¹¹ Si la política ministerial era fuerte en teoría, la de los productores lo era en la práctica. La inflación era teóricamente indefendible pero la deflación era impracticable.¹²

Enrique Uriburu, segundo ministro de Hacienda del gobierno provisional, que durante su gestión enfatizó la necesidad de controlar gastos y aumentar recursos en pos de un presupuesto equilibrado, en 1933 presidía el Banco de la Nación y estaba más cerca de Irazusta que de Hueyo. “Los lobos de Hobbes, en la parte económica, de lunes a sábado, son, el domingo de las elecciones, los corderos de Juan Jacobo.”¹³ El individualismo había tropezado con leyes, reglamentos, *trusts* que habían convertido a la libre competencia en un mito y la democracia se había mostrado ineficaz. La armonía tenía que imponerse desde el Estado. La nueva fórmula era la economía dirigida. Podía optarse por la dirección total, o solo de la moneda y el crédito, pero en una u otra hipótesis era evidente la necesidad de una “coordinación consciente”; la producción tenía que forjar y someterse a un plan *—planning—*. Ni *laissez faire* ni sustitución del interés individual por el Estado, pero sí, como proponía Maynard Keynes, el capitalismo iba a subsistir,¹⁴ el Estado debía tomar el lugar de la iniciativa privada cuando esta no actuaba, debía “crear fuerza adquisitiva con obras reproductivas”, debía gastar.

En ese aspecto, la perspectiva de Alejandro Bunge¹⁵ era la misma: había que abandonar la prudencia, dejar de reducir gastos, costos, limitar actividades, postergar iniciativas y promover el aumento del consumo, “un reajuste racional hacia arriba [...]. Crear mercado. Crear trabajo. Gastar más”.¹⁶ A diferencia de Ernesto Hueyo, que concebía la existencia de un “orden natural”, Uriburu y Bunge aceptaban que la premisa del presupuesto equilibrado ya no era concebible en la coyuntura.

¹⁰ El doctor Ernesto Hueyo en la Academia de Ciencias Económicas, *La Nación* (en adelante, LN), 19/10/1933, p. 8.

¹¹ Julio Irazusta, “Las dos políticas financieras – II. Defensa de la producción”, LN, 30/12/1932, p. 8.

¹² Julio Irazusta, “Las dos políticas financieras. III. Conclusión”, LN, 31/12/1932, p. 4.

¹³ “La crisis económica del mundo”, conferencia del Dr. Enrique Uriburu del 12 de mayo de 1933, Instituto Popular de Conferencias, *Revista de Economía Argentina* (REA), vol. xxxi, año 16, n° 181, julio de 1933, p. 25.

¹⁴ *Ibid.*, p. 35.

¹⁵ Sobre Bunge véase Claudia Daniel, “Una escuela científica del Estado. Los estadísticos oficiales en la Argentina de entreguerras”, en Mariano Plotkin y Eduardo Zimmermann (comps.), *Los saberes del Estado*, Buenos Aires, Edhasa, 2012, y Hernán González Bollo, *La teodicea estadística de Alejandro Bunge (1880-1943)*, Buenos Aires, UCA/Imago Mundi, 2012.

¹⁶ Alejandro Bunge, “La crisis actual”, REA, vol. xxxi, año 16, n° 181, julio de 1933, p. 40.

La asociación de la expresión “economía dirigida” con la noción de plan, presente en la definición que Lorwin proponía en 1931 y que defendía E. Uriburu, circulaba, además, entre socialistas y radicales, aunque no como posición asumida por el partido sino como parte del debate interno que atravesaba a ambos sectores políticos. En 1932, Rómulo Bogliolo presentó un proyecto en el parlamento.¹⁷ Su propuesta era crear una Comisión de Planes Económicos (Gosplan) para estudiar la situación del país y preparar un plan que regulara la producción de acuerdo con “normas científicas”, según el sistema que Bertrand de Jouvenel llamaba de “economía dirigida”, presente en Rusia y aun antes en Inglaterra (*planned economy*) y Alemania (*Planwirtschaft*). La desorganización, el empirismo y la improvisación inherentes al régimen capitalista, sostenía Bogliolo, podrían ser corregidos a partir de “armonizar y coordinar la producción, el consumo y el intercambio de modo de aumentar el bienestar y la felicidad colectiva”.¹⁸ En la Argentina, la comisión que estudiara la situación y elaborara un plan vendría a sumarse a las ya existentes que se ocupaban del problema del vino, el azúcar, las carnes y los cereales. En ese sentido, sostenía Bogliolo, no habría novedad, aunque una “real economía dirigida” imperaría solo cuando se suprimiera la propiedad. Y, en la misma coyuntura, los radicales Julio Barcos¹⁹ y Luciano Catalano²⁰ vinculaban la planificación con la justicia social.

2. La “economía dirigida”: confusión conceptual y expediente extraordinario

A fines de 1933, cuando se conocieron las medidas diagramadas por el equipo económico encabezado por Federico Pinedo y Luis Duhau, predominaba el diagnóstico de que si la crisis mundial había quebrantado las antiguas doctrinas que proclamaban como un dogma el libre juego de la oferta y la demanda; si en las principales naciones se había exacerbado el sentimiento nacionalista y la preocupación, motivada por razones de seguridad, de producir dentro del propio territorio los artículos indispensables para la subsistencia; si Europa había aumentado las fronteras aduaneras y limitado la importación de productos extranjeros, era razonable que la Argentina se viera obligada a entrar en la senda que le señalaba el ejemplo extranjero. Desde ese lugar, las “fuerzas vivas”²¹ expresaron, su adhesión a las medidas del Poder Ejecutivo en un acto realizado en la Casa de Gobierno y difundieron un memorial donde abundaban

¹⁷ Cámara de Diputados, Diario de Sesiones (CDDS), 27/7/1932, pp. 436-449. Rómulo Bogliolo era economista, formó parte del comité de redacción de la *Revista de Ciencias Económicas* en los años '20, dirigía la *Revista Socialista* y participaba de la Escuela de Estudios Sociales J. B. Justo, espacios donde se recuperaba el debate europeo que atravesaba a la socialdemocracia y se impulsaba desde la Internacional Obrera Socialista. Para reconstruir el debate véase Juan Carlos Portantiero, “El debate en la socialdemocracia europea y el Partido Socialista en la década del 30”, en Hernán Camarero y Carlos M. Herrera, *El partido socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005, e “Imágenes de la crisis: el socialismo argentino en la década de 1930”, *Anuario Prismas*, n° 6, 2002; María C. Tortti, “Crisis, capitalismo organizado y socialismo”, en Waldo Ansaldi, Alfredo Pucciarelli y José Villarruel, *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria, 1912-1946*, Buenos Aires, Biblos, 1995, y, más recientemente, Osvaldo Graciano, “Los debates y las propuestas políticas del Partido Socialista de Argentina, entre la crisis mundial y el peronismo, 1930-1950”, *Revista Complutense de Historia de América*, 2007, vol. 33.

¹⁸ *Ibid.*, p. 443.

¹⁹ Julio Barcos, *Por el pan del pueblo*, Buenos Aires, Ed. Renacimiento, 1933.

²⁰ Luciano Catalano, *Plan constructivo del radicalismo. El libro de las masas productoras*, Buenos Aires, Producción del Laboratorio Social, 1933.

²¹ “Las fuerzas vivas han expresado su adhesión al P. E.”, LN, 12/6/1934, pp. 1 y 8.

expresiones del tenor de “en la tierra argentina radica la razón de ser de la Nación misma” o “ayudar a los productores es ayudar al país”.

En la Cámara de Diputados, que mientras estaba en receso se hizo cargo de analizar los cambios operados a través de una interpelación a los ministros de Hacienda y Agricultura,²² los socialistas Enrique Dickmann y Nicolás Repetto señalaron el inicio de la economía dirigida y la asociaron con la dictadura económica y financiera, con el sesgo hacia los sectores económicos predominantes y con la perversión del sistema republicano.²³ Bogliolo, que había fundamentado un año antes la necesidad de dirigir la economía, estaba presente en la sesión pero no intervino. Pinedo y Duhau respondieron haciendo profesión de fe liberal. El primero enfatizó la necesidad de que el régimen republicano y el sistema democrático se adaptaran a las necesidades de los tiempos; se manifestó ortodoxo en materia monetaria y económica y negó el sesgo hacia “las clases altas” de la política implementada refiriéndose al ejemplo de gobiernos conducidos por el Partido Socialista (Inglaterra, Australia, Suecia) que tomaban resoluciones semejantes. Duhau incorporó otro argumento que ya formaba parte del debate sobre las medidas tomadas: las dificultades que la capacidad burocrática del Estado imponía para superar la crisis y la necesidad de requerir “la colaboración directa de los representantes de las distintas fuerzas económicas”, no solo para asesorar sino “para entrar en la acción misma, bajo los auspicios de la autoridad gubernativa”, a partir de la creación de todos los organismos que fueran necesarios.²⁴

Si para Dickmann la profundización del control de cambios y la creación de la Junta Reguladora de Granos marcaban el inicio de la dictadura económica y financiera, para quienes estaban implementando las políticas que marcarían un punto de no retorno en cuanto al rol del Estado en la economía, eran medidas defensivas. Hueyo, a caballo entre los nuevos y los viejos tiempos, las había postergado, aun a contrapelo de aquellos que había seleccionado para asesorarlo.²⁵

El diario *La Nación* sostuvo que en las nuevas medidas había un concepto y un plan ausentes hasta ese momento en el gobierno y que la definición científica de la “economía dirigida” no hacía al caso; bastaba con constatar los resultados que la coordinación y la racionalización tenían sobre el proceso productivo y entender que el poder político asumía la defensa de la colectividad frente a las prácticas monopólicas desarrolladas por los grandes intereses.²⁶ Aunque el matutino no tardaría mucho en cuestionar la no correspondencia entre el propósito y su realización y advertir sobre la necesidad de no coartar la iniciativa privada dejándose se-

²² CDDs, vol. I, r. 8, 9/5/1934, pp. 254-262.

²³ Enrique Dickmann inició su presentación denunciando la “clandestinidad” que marcaba el inicio de la “economía dirigida”. Los legisladores habían tomado conocimiento de los decretos-leyes cuando ya eran un hecho consumado, a través de la radio, siendo que la publicidad era la esencia misma del régimen republicano y democrático. Por otra parte, las medidas no habían sido implementadas “por una inminente catástrofe de la campaña, ni en vísperas de una Jacquerie”; la desvalorización del peso era “un azote para el pueblo trabajador”; favorecía a los industriales con vallas impuestas a la importación; privilegiaba en definitiva a las “fuerzas vivas” en detrimento de las “muertas”, los obreros y los empleados.

²⁴ CDDs, vol. I, r. 13, 6/6/1934, pp. 836-880, p. 869.

²⁵ La Junta Honoraria Económica Financiera, que se constituyó durante su ministerio, integrada por individuos que transitaban por la Universidad, los ateneos y las academias, escribían en revistas especializadas, integraban la cúpula de las corporaciones; en algunos casos, tenían trayectorias previas en el aparato estatal y se vinculaban entre sí en la compleja trama que se tejía entre todos esos ámbitos, que, además, era donde se reclutaba a los funcionarios superiores de la administración y los que legitimaban su inclusión, tuvo escaso peso en las decisiones del ministro.

²⁶ “Economía dirigida”, LN, 24/8/1934, p. 6.

ducir por concepciones doctrinarias sin atender a las exigencias del medio al que estaban destinadas.

Hacia fines de 1935, cuando Pinedo y Duhau abandonaron el ministerio, la creación del Banco Central había coronado la transformación del sistema financiero, los organismos que regulaban la producción se habían multiplicado y mayoritariamente se asumía que el experimento correspondía a lo que se denominaba “economía dirigida”. Aunque había excepciones. Desde perspectivas diferentes, Félix Weil y Santiago Graffigna, funcionario el primero y legislador el segundo, negaban que el concepto se ajustara a la experiencia en la medida en que seguía asumiéndose la dirección de la economía como un expediente extraordinario y no como una alternativa al liberalismo.

Félix Weil, que había participado de la diagramación de la ley de impuesto a los réditos y de la comisión creada para asesorar a la Dirección General que lo puso en marcha,²⁷ en una serie de conferencias dictadas en el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES),²⁸ propuso que el concepto asumía diferentes contenidos en cada país, en parte porque se desplegaba de maneras distintas en función de los problemas a resolver, sin embargo solo podía emplearse con razón para referirse al plan que Rathenau había llevado adelante durante la guerra en Alemania o al que se desarrollaba en Rusia –“país de analfabetos, salvaje”, donde los medios de producción estaban en manos del Estado–. La pregunta, para Weil, era si es realizable en el marco del capitalismo, en países industrializados con población educada, pero tenía claro que aplicar el concepto a la economía argentina era un error, en tanto no se trataba de “economía dirigida”, cuyo sentido era satisfacer las necesidades de la población, sino de “economía controlada” para volver al restablecimiento de la situación anterior a la crisis.

Desde un lugar diferente, el legislador concordancista sanjuanino Santiago Graffigna planteaba que en la Argentina había pseudo-regulación. Se intentaba dar respuesta a problemas cíclicos, producto del abuso o la mala aplicación de los principios del liberalismo, sin ocuparse de las fallas del sistema. De allí resultaba que los organismos creados fueran instituciones de asistencia económica cuya acción era un paliativo “pseudo regulador” inorgánicamente aplicado –“mezcla informe de liberalismo y de totalitarismo estatal”– aunque hubiera repercutido favorablemente sobre el poder de compra general del país permitiendo, aun precariamente, el mantenimiento de los salarios, evitando una mayor desocupación y el desánimo total de los productores.

El liberalismo, sostenía Graffigna, debía subsistir como motor del acto económico, para que ningún obstáculo se interpusiera entre el productor y el consumidor, para que la propiedad individual no fuera afectada, para que el Estado no desarrollara hipertrofias, pero era indispensable someter la producción, el consumo y la distribución a reglas jurídicas, sin usurpación ni violencia, sin necesidad de nacionalizarlas. La doctrina social de la iglesia aportaba los argumentos para superar el individualismo. La encíclica *Quadragesimo Anno* planteaba claramente que la ley de la oferta y la demanda, el temor a la vida cara y la división de los hombres en productores y consumidores eran sofismas que había que destruir. El remedio no estaba en

²⁷ “De 1932 a 1934 yo pertenecí al pequeño grupo que podría ser llamado su (el de Pinedo) gabinete no oficial de asesores expertos”. Félix Weil, *El enigma argentino*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2010 p. 239.

²⁸ Félix Weil, “El problema de la economía dirigida”, *Cursos y Conferencias*, vol. VIII, año IV, n° 9, enero-junio de 1935; vol. IX, año V, n° 1, abril-septiembre de 1936; vol. X, año III, n° 3, octubre de 1936-marzo de 1937.

destruir riqueza para valorizar la producción provocando escasez, sino en aumentar la capacidad de compra, “repartir para consumir”.²⁹

En esa coyuntura aparecieron los primeros números de la revista radical *Hechos e Ideas*, que incluyeron una serie de artículos de académicos extranjeros que, en general, postulaban la ambigüedad de los nuevos procedimientos que se implementaban para salir de la crisis y persistían en que el liberalismo no había fracasado. Entre ellos Georges de Leener, profesor de la Universidad de Bruselas, Gustav Cassel,³⁰ profesor de la Universidad de Estocolmo, y Nicolás Murray Butler,³¹ rector de la Universidad de Columbia, colocaban en el proteccionismo y los *trusts* los impedimentos para que ante la crisis hubieran funcionado los mecanismos de reajuste y desconfiaban de las posibilidades de la dirección de la economía para superar los desequilibrios. Georges de Leener señalaba la confusión asociada a la noción de “economía dirigida”. Si como algunos proponían era el equivalente a una especie de racionalización superior confiada a los jefes de empresa, no suponía novedad: el *fayolismo* la aplicaba en todas partes. Si se la concebía como un régimen de libre coordinación de actividades de las empresas privadas, no era más que una práctica ya corriente de economía concertada. Tampoco era posible asimilarla al proteccionismo cuando las medidas de los gobiernos para salvaguardar producciones amenazadas tenían una larga historia. En todo caso, la asociación más directa era con el intervencionismo estatal, con la orientación de la economía hacia un sentido determinado, con la regulación de los cambios, los bancos centrales y la organización de consejos, juntas y comisiones, cuerpos que reclutarían a sus miembros entre aquellos a quienes las medidas estarían destinadas, con lo cual servirían a intereses particulares y no al interés general, y ellos serían designados por los poderes ejecutivos o legislativos, con lo cual no podrían sustraerse a presiones políticas y electorales, y el resultado sería el mismo. Cassel advertía, además, que la experiencia se estaba desarrollando sin plan racional y que corregir la arbitrariedad, los errores y las contradicciones que esto conllevaba conduciría inevitablemente a una mayor coordinación cuyo corolario sería la dictadura.

La línea editorial de la revista era sumamente crítica con el rumbo adoptado por el gobierno más que con la intervención estatal propiamente dicha, justificada en la coyuntura en función de la vastedad y la complejidad de la crisis, que hacía imposible que las leyes naturales de la economía recobraran su juego regular. El país no podía “asistir con pasividad al languidecimiento de sus fuentes de producción por el solo prurito de querer mantenerse fiel a una ortodoxia principista que, a la postre, habría resultado suicida”,³² pero el “ensayo” de una economía dirigida ‘sui generis’ se realizaba “sin plan y sin criterio, un poco a saltos y otro poco a tumbos”.³³ Lo objetable para *Hechos* era el criterio político y social que había presidido las transformaciones. El argumento central era que se habían desarrollado de manera inusitada los aparatos burocráticos, “a través de los cuales, las oligarquías industriales, allegadas a los oficialismos, maniobran impunemente contra los intereses de las demás categorías de productores

²⁹ CDDS, vol. IV, 28/10/1936.

³⁰ Gustav Cassel, “Del proteccionismo a la dictadura a través de la economía dirigida”, *Hechos e Ideas* (en adelante *HeI*), año 1, vol. II, n° 5, noviembre de 1935, pp. 84-96.

³¹ Nicolás Murray Butler, “Los ataques contra el liberalismo”, *HeI*, año 1, vol. II, n° 6, diciembre de 1935, pp. 107-117.

³² Glosas políticas, “Por la democratización de los organismos económicos”, *HeI*, año 2, vol. IV, n° 16, noviembre de 1936, pp. 289-295.

³³ Manuel Goldstraj, “Reflexiones sobre economía y democracia”, *HeI*, año 1, vol. I, n° 1, junio de 1935, p. 47.

y de las masas consumidoras”.³⁴ La consecuencia directa de esa “subversión de los fundamentos tradicionales de nuestra organización económica” era un desequilibrio cada vez más creciente entre los diferentes sectores sociales –pauperización de los productores agropecuarios, ruina del pequeño y mediano productor, descenso del nivel de vida de las masas, explotación de los consumidores– en beneficio de una “plutocracia” que se movía a inspiración de intereses externos. Y, finalmente, los decretos leyes de noviembre de 1933, la proliferación de juntas reguladoras y la creación del Banco Central habían instaurado una “dictadura económica” que para sostenerse necesitaba arrasar con las libertades.³⁵ Las restricciones a la prensa, la desnaturalización de las prerrogativas del Parlamento, el desconocimiento del principio federal, los amagos de reformas electorales eran la manifestación de la “deformación antidemocrática del orden institucional”.³⁶

3. El juicio a la “economía dirigida”

3.1. El “gobierno de los funcionarios”

Las transformaciones en la economía y en las finanzas trajeron aparejada la configuración de una burocracia de nuevo tipo constituida por un equipo técnico que había ingresado a la función pública cuando Rafael Herrera Vegas y Tomás Le Bretón ocuparon las carteras de Hacienda y Agricultura durante la gestión alvearista. Raúl Prebisch lideraba el grupo que pobló la Dirección General Impositiva, la Comisión de Control de Cambios, el Banco Central y los organismos reguladores de la producción. El “trust de los cerebros”, constituido por esos “jóvenes intrépidos”, como los llamó alguna vez Repetto,³⁷ contaba con la colaboración de representantes de intereses sectoriales, cuyo asesoramiento al Estado se consideraba necesario y su incorporación a las nuevas instituciones creadas, legítima.

Avanzada la segunda mitad de la década comenzó a fortalecerse uno de los temores que ya habían manifestado los detractores tempranos de la economía dirigida: se había potenciado el “burocratismo” y el “expedienteo”, producto de la multiplicación de organismos y reglamentaciones. El Estado no dirigía, absorbía; burocracia e intereses se contraponían fuertemente y las promesas de coordinación y de racionalización no se habían cumplido, en parte debido a la imposición de las transformaciones acaecidas como expediente extraordinario. Aun Pinedo, que reivindicaba la “ajustada máquina burocrática” que le permitió imponer los cambios, sostuvo que a partir de su salida del ministerio fue reemplazada por una “administración con los resortes flojos”: “Nunca más hasta el final del período, se ajustó un resorte; se aflojaron en cambio todos los que se creyeron convenientes para congraciarse con alguien, aunque ello fuera a expensas de la colectividad”.³⁸ Hacia fines de la década, un legislador socialista sostuvo

³⁴ Notas económicas, “¿Cuánto cuestan las juntas reguladoras?”, *HeI*, año 1, vol. I, n° 2, julio de 1935, pp. 169-174.

³⁵ Glosas políticas, “El radicalismo frente al derrumbe institucional”, *HeI*, año 1, vol. II, n° 5, noviembre de 1935, pp. 1-6.

³⁶ Glosas políticas, “La realidad económica argentina y los monopolios. Repercusiones políticas y sociales”, *HeI*, año 1, vol. I, n° 3, agosto 1935, pp. 193-197.

³⁷ Nicolás Repetto, *Mi paso por la política (de Uriburu a Perón)*, Buenos Aires, Santiago Rueda editor, 1957, p. 105.

³⁸ Federico Pinedo, *En tiempos de la república*, Buenos Aires, Ed. Mundo Forense, 1946, vol. I, p. 182.

que el *trust* de los cerebros había sido “meramente el trust de los traductores”, porque se limitó a traducir lo que se hacía en Alemania o en los Estados Unidos³⁹ y era común encontrar en las solicitudes y en las manifestaciones de la SRA, la UIA o la Bolsa de Comercio la afirmación de que el país estaba al servicio de la administración, separada de los intereses, y a referirse a ello con el nombre de *funcionarismo*, término que reprodujo la prensa y usaron los legisladores.

Américo Ghioldi, legislador socialista, que se había manifestado en repetidas oportunidades en contra de lo que consideraba exceso de burocracia y advertido sobre la creación de nuevos organismos, distinguió en ese momento una cosa de la otra en un claro enfrentamiento con las corporaciones. La burocracia era un mal criollo, producto de que se hacía política con los puestos; era también la resultante del ascenso de las clases medias; pero lo que las corporaciones llamaban funcionarismo era otra cosa. Ellas

[...] han formado la materia gris oficial, la sabiduría capitalista; y les fastidia que el Estado forme un plantel de funcionarios capaces que recopilen jurisprudencia, que acumulen estadísticas, que hagan estudios para bien público, para la colectividad. Ellos desearían que el gobierno y los diputados, que cada uno de nosotros no nos manejáramos más que con nuestro precario cerebro individual. [...] El odio al funcionarismo es el temor de que el Estado social argentino forme un plantel de funcionarios [...].

Contra esos funcionarios se habla en tono despectivo diciendo que son los niños precoces; pero no es con frases que se desnaturalizará la naturaleza del fenómeno.⁴⁰

El ejemplo externo, que había servido para avalar políticas intervencionistas, ahora se utilizaba para mostrar sus inconvenientes. “Los dos años de monopolio del petróleo en México –comentaba *La Nación*– acaban de ser confesados como un singular fracaso” y enumeraba el aumento de los gastos de explotación, la merma de la producción y la incapacidad del personal gubernamental encargado de la tarea, cuando era evidente que “La burocracia es un sistema que falla en absoluto cuando se extiende fuera de su órbita, y no es de ahora que siempre se la ha temido cuando ha tratado de hacerlo, aun con menos extensión”.⁴¹ De hecho, el caso mexicano era la excusa para referirse al caso argentino, donde también las oficinas públicas coartaban o sustituían la iniciativa individual, retardaban el movimiento del trabajo, inducían a los hombres de negocios a retraerse.

La prensa, los legisladores, los representantes de intereses sectoriales y los “expertos” coincidían en que si los organismos reguladores habían nacido de la incapacidad burocrática del Estado para hacerse cargo de la crisis y se había hecho necesario convocar a los representantes de intereses sectoriales, gradualmente había ido infiltrándose en ellos el carácter burocrático convirtiéndolos en meras oficinas que atentaban contra el presupuesto⁴² y en los que se había profundizado una doble independencia: de las directivas del gobierno y de los intereses. Tenían un carácter híbrido que resultaba de su propia naturaleza, eran mecanismos oficiales, dependientes de la autoridad y sujetos al Poder Ejecutivo, el cual les otorgaba amplísimas fa-

³⁹ CDDS, vol. IV, r. 47, 10 y 11/9/1942, pp. 854-903.

⁴⁰ CDDS, vol. V, r. 54, 22 y 23/9/1942, p. 442.

⁴¹ “El estado absorbente”, LN, 1/8/1940.

⁴² Ana Virginia Persello, “Partidos políticos y corporaciones: las Juntas reguladoras de la producción, 1930-1943”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n° 29, 3ª serie, 2007.

cultades y hacía obligatorio su funcionamiento para todos los particulares dedicados a la industria respectiva, de los cuales no dependían sino muy relativamente, y su relación con el gobierno era de un género tal que escapaba a las normas corrientes y legales de fiscalización a las que estaban sometidas las oficinas de la administración pública. Tampoco escapaban a la crítica las instituciones creadas para reformar el sistema financiero.

En 1940, Pinedo, nuevamente en el Ministerio de Hacienda, presentó el Plan de Reactivación Económica elaborado por el mismo equipo que lo había acompañado en 1933, para prevenir los efectos que se suponía traería la guerra. La perspectiva que orientaba al plan residía en que el problema más apremiante que tenía el país no era el desequilibrio de sus finanzas. La contracción de los gastos tendría efectos negativos sobre la demanda, que era la que movía a la industria y al comercio. Y este retroceso provocaría agitación social. El objetivo era intensificar la velocidad de la circulación de la moneda utilizando las disponibilidades transferibles en poder de los bancos que deberían poner a disposición del Banco Central los fondos procedentes de los depósitos más estables y que este se comprometía a reembolsar para usarlos en préstamos a plazos intermedios y largos. Esos fondos serían sometidos a la dirección de un organismo creado dentro del propio Banco Central, para destinarlos al estímulo industrial, directamente o por el impulso prestado a la construcción de viviendas particulares o colectivas. El papel que el Estado se reservaba, en la perspectiva de Pinedo, era la movilización de los recursos; la intervención, ya muy amplia y exagerada, no podía extenderse allí donde las actividades privadas eran más eficaces.⁴³

Los partidos políticos designaron comisiones *ad hoc* para discutir el plan y las corporaciones se expidieron. Las objeciones más fuertes se concentraron en la centralidad que la propuesta le otorgaba al Banco Central en el manejo de la crisis que se intentaba prevenir Y, paralelamente, las críticas se centraron en la creación del organismo para vehiculizar el plan, que fue caracterizado como un mecanismo de burócratas, abundantemente rentados, abrigados en el seno del Banco Central, que se sumaba a otros tantos entes autárquicos para aumentar la nueva plaga que amenazaba al país, la burocracia.⁴⁴

A mediados de 1941, con la desaparición de la Oficina encargada del control de cambios y el traslado de sus funciones al Banco Central, ambas Cámaras, a través de la propuesta de creación de una comisión parlamentaria para reorganizar el sistema, reivindicaron la facultad del Congreso de fijar el valor de la moneda⁴⁵ y evitar que siguiera haciéndolo el Poder Ejecutivo, a través del Banco Central, “por intermedio de comisiones asesoras y de funcionarios de segunda categoría”, que ejercían una “intervención arbitraria” en la economía general del país.

Y cuando el ministro de Hacienda, Carlos Acevedo, envió al Congreso un paquete de leyes impositivas que, justificadas en la necesidad de una mayor justicia social, gravaban la transmisión de bienes, el aumento de utilidades de las compañías petrolíferas, las ganancias excesivas y modificaban el impuesto a los réditos,⁴⁶ la Bolsa de Comercio, la UIA, la CACIP y

⁴³ Mensaje del Poder Ejecutivo al Congreso, en *HeI*, vol. XI, n° 38-39, 1941, pp. 245-250,

⁴⁴ Intervención del senador Atanasio Eguiguren, CDDs, 17-18/12/1940.

⁴⁵ CDDs, 21/8/1941, pp. 295-299.

⁴⁶ Belén Menéndez y Aníbal Jáuregui, “El ‘paquete’ de Acevedo: un frustrado y original plan de ajuste en la Segunda Guerra Mundial”, XXII Jornadas de Historia Económica, Río Cuarto, septiembre de 2010, y Ana Virginia Persello,

también la SRA se sumaron a otras voces críticas y manifestaron su inquietud y su alarma, amplificada por los grandes diarios, frente al dirigismo estatal en manos de organismos de emergencia que habían crecido, se habían multiplicado y “en su avance, amenazan coartar el crecimiento del país a cuyas expensas viven”, agencias estatales que se estaban tornando un poder autónomo “impermeable a los verdaderos creadores de la riqueza nacional”.⁴⁷ La REA dedicó su número de octubre de 1942 a las mismas cuestiones y con los mismos argumentos; transcribió la solicitada de las “fuerzas vivas” y reprodujo artículos de *La Nación*, *La Prensa*, *El Cronista Comercial* y *El Mundo*, que insistían en enjuiciar a un gobierno de los funcionarios que ignoraba a las fuerzas productivas.

La Nación, que había acompañado las transformaciones y seguido el humor de las corporaciones, ahora enfatizaba que el Estado se había vuelto competidor, árbitro inapelable, juez único y multiplicaba entidades autárquicas que escapaban al control del Poder Ejecutivo,⁴⁸ que obviaba la consulta a los intereses y la reemplazaba por la de los funcionarios; que la libertad económica había sido sustituida por la protección, que se convirtió en regulación forzosa y finalmente terminó en confiscación⁴⁹ y, finalmente, que la fascinación por las doctrinas extranjeras conducía al Estado totalitario.⁵⁰ *La Prensa* que, por el contrario, se había mantenido durante toda la década enfrentada con la intervención estatal,⁵¹ en la coyuntura asociaba crecimiento desmedido de los gastos con aumento alarmante de los empleos públicos y el inevitable agobio impositivo, producto de las iniciativas de funcionarios y legisladores.⁵² Lo que se imponía era “menos intromisión en el campo de la iniciativa privada; menos fiscalización y regulación perturbadoras; menos atribuciones y prerrogativas para disponer del patrimonio de los particulares so pretexto de que así lo demanda el interés común”. *La Capital* de Rosario, en consonancia con sus pares porteños, afirmaba el fracaso de una economía orientada por vías diferentes a las de las doctrinas clásicas que, si bien ya no podían ser interpretadas de manera ortodoxa, tampoco convenía descartarlas para reemplazarlas por un socialismo de Estado que repugnaba a la Constitución.⁵³

3.2. La falta de coordinación y de racionalización

A las críticas a la autonomía de la burocracia frente a los intereses y al poder político y a un exceso de intervención que coartaba la iniciativa individual, se sumaba la demanda por una mayor racionalización y eficiencia: los nuevos organismos superponían funciones con los an-

“Percepciones y debates sobre gastos públicos e impuestos en la Argentina de los años ‘30”, *Estudios Sociales*, n° 151, julio-diciembre de 2016.

⁴⁷ CDDS, vol. IV, r. 38, 26/8/1942, pp. 46-47.

⁴⁸ *Ibid.*, 27/6/1942.

⁴⁹ *Ibid.*, 9/9/1942.

⁵⁰ LN, 26/8/1942.

⁵¹ Prebisch, en sus diálogos con Magariños, recuerda que el diario *La Prensa* había sido “de una obcecación tremenda” en la defensa del libre juego de las fuerzas del mercado. “No era posible, en esa época, tener contacto alguno con el diario *La Prensa*. Nunca se conoció al que escribía, un señor Zabala y Zabala, un peruano que no sé cómo llegó a la Argentina y a quien nadie conocía físicamente. Era el que nos dedicaba unos editoriales tremendos, con una falta total de comprensión [...]”, Mateo Magariños, *Diálogos con Raúl Prebisch*, México, FCE, 1991. pp. 93 y 96.

⁵² *La Prensa*, 28 y 30/8/1942; 6 y 7/9/1942.

⁵³ “Una reacción promisorio”, *La Capital*, 17/9/1942.

tiguos y, además, entre ellos había falta de coordinación y de unidad en la orientación de la política económica. No había plan. Por otra parte, sectores del radicalismo, del socialismo y economistas vinculados a los grupos social-católicos sostenían que la función del plan era asegurar una mejor distribución de la riqueza. De ello dependía la justicia social. Y finalmente comienza a usarse indistintamente la noción de plan y de planificación, a veces distinguiendo la primera, asociada a la “economía dirigida”, de la segunda, y otras indistintamente.⁵⁴

En una conferencia radiotelefónica pronunciada en octubre de 1936, el radical Carlos M. Noel le ofreció a su partido un plan cuya ventaja consistía en no poner en primer término los problemas ideológicos, resguardar la democracia y, sobre todo, “obtener resultados sociales instituyendo una economía planificada”.⁵⁵ Ese plan, aunque Noel no lo menciona, era exactamente el mismo que Henry de Man, líder del partido socialista belga, de orientación socialdemócrata, había presentado en el Congreso de Noel en 1933 y que había inspirado el Gosplan que Rómulo Bogliolo había propuesto al parlamento en 1932 y difundido en la *Revista Socialista*. La propuesta de H. de Man, que recupera Noel, suponía la superación de la crisis del capitalismo a través de la implantación de un régimen de economía mixta, entre el capitalismo y el socialismo. El principio de unidad era la economía dirigida, entendida como el uso del poder político para crear la adaptación del consumo a la producción. El “estatismo burocrático” se evitaría a partir de la organización corporativa autónoma de las empresas nacionalizadas o controladas por el Estado y la desparlamentarización de los procedimientos de control, que estarían a cargo de los representantes de intereses corporativos.⁵⁶ Llevar adelante la transformación suponía la constitución de un frente en el cual el proletariado sumara a las clases medias, dirigido no contra el capitalismo, sino contra su adversario común, el capitalismo monopolista y financiero. El éxito dependía de una serie de medidas que se condicionaran mutuamente, escalonadas y coordinadas en el tiempo, un plan.

En la perspectiva de Noel, en la Argentina no se había desarrollado una economía dirigida o planificada propiamente dicha, sino una economía intervenida, en la cual el Estado manifestaba esporádicamente su poder. Se habían establecido normas, reglamentaciones y vigilancia sobre la producción, el consumo, el trabajo y el intercambio y se habían creado organismos –las juntas– que eran incapaces de operar sobre los problemas económicos generales, habían exagerado sus funciones burocráticas, propuesto soluciones estrechas en función de cada una de las actividades reguladas y que no estaban conectadas entre sí.⁵⁷ La democracia económica, tránsito del liberalismo a la sociedad organizada, requería la organización de un Consejo Económico Social formado por especialistas y representantes de las corporaciones para tutelar, coordinar y encauzar esos intereses. En 1938 la propuesta fue presentada al Parlamento.

Ese mismo año, en el XXIV Congreso, el socialismo propuso un Plan de Defensa Nacional que se sustentaba en la nacionalización de los transportes, las fuentes de energía, el comercio y la banca.

⁵⁴ Sobre las diferencias entre plan y planificación véase Teresita Gómez y Mercedes Lesta, “La planificación en la Argentina en la primera mitad del siglo xx”, XXI Jornadas de Historia Económica, Caseros, Untref, septiembre de 2008.

⁵⁵ “Un plan de acción político-económico para la UCR”. Conferencia radiotelefónica, abril de 1936. Carlos Noel, *Principios y orientaciones*, Buenos Aires, M. Gleizer editor, 1939, p. 110.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 489.

⁵⁷ CDDS, vol. II, 11/7/1940, pp. 261-264.

En 1942, las corporaciones recuperaron el proyecto de constituir un Consejo Económico Nacional, idea resistida en ese momento en el Parlamento por los socialistas Ghioldi y Bogliolo, según los cuales se trataba de una corporación de gremios capitalistas que impondría la sujeción de la colectividad a los intereses de cada “gremio de poseedores”,⁵⁸ y por algunos miembros del oficialismo, como el demócrata cordobés Aguirre Cámara, que en la Cámara de Diputados sostuvo que quienes más habían usufructuado y se habían beneficiado de la intervención estatal eran los que proponían un Consejo en el que ellos mismos se sentarían, pero, sobre todo, que no estaba claro cómo se articularía con el régimen constitucional.⁵⁹ Las resistencias también se manifestaban en el radicalismo. Arturo Frondizi consideraba que el problema residía en “quién dirige (sic) y en beneficio de quiénes”.⁶⁰ No solo en la emergencia sino en el futuro no podía pensarse en la derogación lisa y llana de las medidas de intervención, pero eso no suponía caer en el plano inclinado del corporativismo que, en todo caso, era lo que posibilitaría el Consejo Nacional Económico.⁶¹

El número correspondiente a enero de 1943 de la *REA* se ocupó también del Consejo Económico Nacional, a través de un discurso pronunciado por el rector de la Universidad de Buenos Aires, Carlos Saavedra Lamas, que, a diferencia de Frondizi, preveía la desaparición de la “economía dirigida”, a la que evaluaba como producto de la transición y la emergencia y paralelamente apoyaba la creación del Consejo como “medio de equilibrio, de prudencia, de ponderación”, como aporte de conocimientos y de experiencia.⁶²

En 1941 *Hechos e Ideas* reprodujo el Plan de H. de Man⁶³ en un voluminoso número doble, uno de los últimos —la revista volvería a aparecer en 1947 pero para apoyar el proyecto del peronismo— dedicado a analizar el Plan de Reactivación Económica elaborado por el ministro de Hacienda, en el que se incluían artículos de académicos extranjeros, igual que en 1935, pero ahora con una orientación diferente, entre los que nos interesa destacar uno referido al “planismo”, escrito por Robert Mossé,⁶⁴ profesor de economía política en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Grenoble, “La teoría de la economía planificada”. Allí Mossé destaca que en las controversias entre las tesis liberales y las tesis intervencionistas y sociales las primeras están consolidadas porque pueden adosarse a un cuerpo de doctrina que forma un conjunto coherente, mientras que las segundas carecen de doctrina sobre la cual apoyarse; aunque si bien aún no se ha demostrado que con la economía dirigida total, que para Mossé es la economía planificada, se podía lograr el equilibrio económico, por lo menos tan perfectamente como con el *laissez faire* absoluto, la situación comenzaba a modificarse. La inferioridad de la economía organizada se debía más que a la propia fuerza de las críticas, a la débil defensa de los criticados.

[L]os economistas liberales, de Turgot a Ricardo y de Karl Merger a J. B. Clark, levantaron el edificio majestuoso de la teoría económica. A los economistas socialistas y planistas incumbe

⁵⁸ *Ibid.*, vol. iv, r. 47, 10 y 11/9/1942, p. 881.

⁵⁹ *Ibid.*, vol. iv, r. 49, 14/9/1942, pp. 998-1049.

⁶⁰ Arturo Frondizi, *Régimen jurídico de la economía argentina*, Buenos Aires, Tall. Gráf. Radio Rev, 1942, p. 95.

⁶¹ *Ibid.*, p. 96

⁶² Carlos Saavedra Lamas, “Consejo Económico Nacional”, *REA*, vol. XLII, año XXV, n° 295, enero de 1943, pp. 10-16.

⁶³ Henry De Man, “¿Qué es un plan?”, *HeI*, vol. xi, n° 38-39, enero de 1941, pp. 486-490.

⁶⁴ Robert Mossé, “La teoría de la economía planificada”, *HeI*, vol. xi, n° 38-39, enero de 1941, p. 458.

determinar la estructura anatómica que ha de servir de base en el estudio del funcionamiento fisiológico de la economía planificada.⁶⁵

Dicho esto, Mossé desarrolla las hipótesis sobre las que considera que hay acuerdo entre los teóricos que intentan constituir las líneas básicas de la economía planificada. En primer lugar, se trata de la dirección de la actividad económica por una autoridad central, diferente de la economía corporativa, en la que los productores son los que dirigen, y de la intervención del Estado en una economía libre, que corresponde a lo que en Francia se denomina economía dirigida. Sin embargo, concluye que se parece mucho a la economía liberal individualista, tan es así que los teóricos creen poder aplicar los mismos sistemas de ecuaciones que determinan las condiciones del equilibrio económico general.

La diferencia reside en que el objetivo de la economía planificada es suprimir los beneficios individuales procedentes de rentas, formando con ellos un dividendo social, para atenuar la desigualdad. Un fondo social serviría para financiar a un “sector de consumo socializado”, para distribuir gratuitamente un conjunto de bienes y servicios que compensaría las diferencias en la remuneración percibida mucho más ampliamente que un Estado socialista, porque cuenta con los beneficios del capital.

En la teoría basada en la libre competencia, el reparto de beneficios no es más que un sub-producto del funcionamiento económico; pero en la economía planificada se convierte en un proceso autónomo, que incluso llega a ser preponderante. La preocupación por el orden económico no puede ya excluir los dictados de la justicia social.⁶⁶

En los años '40, la constante era la búsqueda de fórmulas que permitieran, según quien las propusiera, superar el liberalismo o transformarlo y la noción de plan seguía asociándose, como en los primeros años de la década, a la dirección racional de la economía o a una mejor distribución de la riqueza. Sin embargo, la idea de planificación comienza a diferenciarse, en la medida en que se separa de las experiencias dictatoriales, y a ganar terreno.

4. Un balance

En 1944, tal vez porque se creía asistir a un cierre de época, expertos que habían estado en la función pública, como Raúl Prebisch, Félix Weil o Salvador Oría,⁶⁷ y otros que no, tal el caso de Adolfo Dorfman⁶⁸ o de Jesús Prados Arrarte,⁶⁹ hicieron un balance de las políticas implementadas y volvieron sobre el contenido de la expresión “economía dirigida”.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 469.

⁶⁶ *Ibid.*

⁶⁷ Abogado especializado en finanzas, profesor universitario, miembro de la Academia Nacional de Ciencias Económicas. Ocupó cargos en la administración pública desde 1911.

⁶⁸ Ingeniero industrial, desde 1935 era profesor en la Universidad de La Plata, participaba del CLES y precedían al libro de 1944 otros también referidos al problema del desarrollo industrial.

⁶⁹ Jurista y economista español, exiliado en la Argentina después de la Guerra Civil.

En 1944, Prebisch abandonó sus funciones en el Banco Central y aceptó una invitación del Banco de México para dictar una serie de conferencias que, según planteó al iniciarlas, le ofrecían la oportunidad de reflexionar sobre lo que se había hecho, “examinar desde lejos los acontecimientos sin preocupación inmediata, de juzgar éstos con espíritu crítico y visión de conjunto, y de extraer enseñanzas positivas para la política monetaria y financiera”. Agradeció, entonces, poder situarse en la posición del observador. A lo largo de lo que se conoce como *Conversaciones en el Banco de México* partió del modo en que la crisis afectó al régimen de la moneda y los bancos y los lineamientos de la reforma implementada desde el control de cambios y la regulación de los medios de pago hasta llegar a la creación del Banco Central.⁷⁰ Manifestó haber actuado “bajo la presión de los acontecimientos” y haber pensado que la duración de las medidas, producto de la emergencia, sería limitada, y de allí derivó los ensayos y los errores dictados por la experiencia, la precariedad y la improvisación. Confesó, además, haberse apartado recurrentemente de la “buena doctrina monetaria” pero se preguntó si “esa buena doctrina era realmente buena”. “¿Por qué no buscar nuestros propios principios si aun los mismos principios tradicionales están sufriendo un severo proceso de revisión crítica?”

Lo nuevo en el planteo de Prebisch en ese momento, sostiene Tulio Halperin Donghi,

es que ya no cree necesario presentar las innovaciones que con su colaboración se habían introducido en la Argentina como adaptaciones necesarias a una situación radicalmente anormal, y sólo justificadas mientras ésta se mantenga, sino como reflejo de una actitud más madura frente a doctrinas económicas que no recusa, pero frente a las cuales aun pasada esa emergencia sigue considerando imprescindible asegurarse de que serán puestas al servicio de “las metas u objetivos que se persiguen”.⁷¹

Weil, Oría, Dorfman y Prados Arrarte coinciden con Prebisch en que la “economía dirigida” había respondido a la necesidad y la emergencia y de allí también derivan la falta de coordinación y racionalización en las políticas implementadas. Weil cuestiona el tratamiento fiscalista en la política aduanera y la reforma impositiva y en la adjudicación de cambio que había funcionado como un torniquete que trabó el desenvolvimiento de la industria, hacia la cual hubo franca hostilidad o al menos “malévola neutralidad” y si hubo algún apoyo fue esporádico, azaroso, irracional y tibio, dependiendo de la fuerza que las personas interesadas pudieran ejercer.⁷² Se favoreció la importación de bienes elaborados, la política arancelaria se diagramó para favorecer a Inglaterra y, a pesar de ello, la industria había crecido y salvado a la Argentina de la crisis en la medida en que evitó el agravamiento del desempleo y que los estancieros finalmente habían entendido que “el reloj no puede ir para atrás”.⁷³ Y los industriales, según Dorfman, habían compartido responsabilidades con el Estado: le habían otorgado poderes extraordinarios, lo habían urgido a tomar medidas y se sorprendían y lamentaban que este preten-

⁷⁰ Raúl Prebisch, *Obras 1919-1949*, Buenos Aires, Fundación Raúl Prebisch, 1993, pp. 1-3.

⁷¹ Tulio Halperin Donghi, “La Cepal en su contexto histórico. Raúl Prebisch y la herencia del pasado colonial en el desarrollo económico latinoamericano”, en *Las tormentas del mundo en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015, p. 250.

⁷² Félix Weil, *El enigma*, p. 203. Para un análisis del pensamiento de Weil, Mario Rapoport, *Bolchevique de salón. Vida de Félix J. Weil, el fundador argentino de la Escuela de Frankfurt*, Buenos Aires, Debate, 2014.

⁷³ Félix Weil, *El enigma*, p. 234.

diera regularlos.⁷⁴ Cada grupo, en la perspectiva de Prados Arrarte, trataba de hacer jugar los precios de monopolio en su favor y su efecto era la disminución del ritmo de la producción. Persistir en dirigir la economía exacerbaría la lucha entre sectores para volcar en su favor los “precios políticos”.⁷⁵

Las diferencias entre ellos aparecían en el grado de aceptación o rechazo de la “economía dirigida”. Para Salvador Oría⁷⁶ el liberalismo no se había derrumbado, sus principios solo habían hecho crisis parcialmente; en todo caso, lo que había dejado de funcionar era la ficción que, en nombre del liberalismo, reclamaba la licencia monopolista. Que esto era así lo demostraba que quienes practicaban el intervencionismo en Inglaterra y los Estados Unidos no habían hecho pública retracción del liberalismo, con el que la intervención convivía y podía ser más un correctivo coyuntural que una desviación permanente. Dorfman, en cambio, era enfático en sostener que el intervencionismo no podía desaparecer una vez restablecido el orden mundial. En principio, porque nunca se había concebido el capitalismo sin un mínimo de intervención y, por ende, juzgar la legitimidad o la eficiencia de la acción estatal no dependía del mayor o menor grado de intromisión en la actividad privada sino de la forma en que se realizaba y de los alcances que tenía.

Para definir la economía dirigida ambos apelaban a la noción de plan. Mientras Oría la asociaba con “un plan de gobierno, metódicamente elaborado y quizá podríamos decir sincronizado”, que sometía la acción económica individual y de los organismos o entidades privadas a los fines estatales, para imponer soluciones que convinieran al interés general,⁷⁷ Dorfman recuperaba de Manheirn la idea de que los principios de la administración y la competencia podían combinarse y la planificación podía conciliar libertad y democracia y reivindicaba la racionalización apoyándose en R. Mossé. El problema residía en la intervención esporádica y desorganizada. La tarea del Estado era despejar la incertidumbre, llegar a una planificación racional.

Para Prados Arrarte, en cambio, el intervencionismo era un mito que se proclamaba “como verdad evidente por sí misma, sin que se intente siquiera el análisis de su verdadero contenido”. La fe radicaba en la creencia de que la regulación, estatal o corporativa, de la economía acabaría con las crisis económicas y de que los desequilibrios –entre la producción y el consumo, las exportaciones y las importaciones, la capacidad industrial y la utilizada efectivamente– eran producto del liberalismo. Ese mito coaccionaba a los propios círculos científicos que no lo discutían. Sus partidarios se limitaban a reunir y clasificar normas o entraban en discusiones bizantinas sobre si se trataba de economía regulada, intervenida o simplemente dirigida, y sus opositores a quejarse de las dificultades teóricas para lograr el equilibrio. La discusión se realizaba fuera del marco económico, era política.⁷⁸ Y, finalmente, Arrarte se preguntaba: ¿Cómo se ha de conciliar la salvaguardia de la soberanía popular con el arbitrio ad-

⁷⁴ Adolfo Dorfman, *La intervención del Estado y la industria*, Buenos Aires, Editorial Argentina de Finanzas y Administración, 1944, p. 107.

⁷⁵ Jesús Prados Arrarte, *El control de cambios* (Parte I de “El intervencionismo de estado en la Argentina”), Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1944, pp. 12-13.

⁷⁶ Salvador Oría, *El estado argentino y la nueva economía. Intervencionismo defensivo*, Buenos Aires, Impresores Peuser S.A., 1944.

⁷⁷ Salvador Oría, *El Estado*, p. 37.

⁷⁸ Prados Arrarte, *El control*, pp. 10-11.

ministrativo que exigen dichas medidas? ¿En qué forma es compatible la planificación con la libre discusión de sus principios o su gestión por los parlamentos?⁷⁹

Reflexión final

Si a principios de los años '30 la “economía dirigida” fue asumida por la mayoría como provisional y defensiva, aunque paralelamente surgieran voces que alertaban sobre la imposibilidad de retornar a las condiciones precedentes y buscaran en la teoría y en la experiencia externa fundamentos para mostrar que los cambios eran irreversibles, con el correr de la década, y sobre todo a partir de la guerra, se invirtió la ecuación. Si bien había quienes seguían haciendo profesión de fe liberal, los más consideraban que el Estado debía intervenir y los matices estaban dados por el grado y los ámbitos en que su injerencia era deseable y por los instrumentos más o menos adecuados para llevarla a cabo. La convicción de que había que mantener el presupuesto equilibrado y que se podía retornar a la vigencia de la ley de la oferta y la demanda ya había sido socavada, y habían surgido, en la teoría y en la experiencia concreta, maneras nuevas de entender el rol del Estado.

La incorporación de nuevas ideas fue lenta y las prácticas la precedieron. En 1933, excepcionalmente, Uriburu se refiere a los artículos de Keynes publicados en el *Times* ese año que preconizan una política expansiva para salir de la crisis, y Raúl Prebisch, asesor, simultáneamente, de los ministerios de Hacienda y Agricultura, y uno de los responsables del Plan de Acción Económica de 1933, dirá mucho tiempo después que ese mismo año, estando en Londres para participar de la Conferencia Económica Mundial, leyó esos artículos que le parecieron de una “herejía económica tremenda” y tuvieron en él una enorme influencia,⁸⁰ en un momento en que “tenía el cargo de conciencia” por haber participado de la decisión de que la Argentina siguiera en 1931 y 1932 una política ortodoxa, de contracción, acorde con la teoría aceptada entonces y asume que había sido producto de creer que la depresión sería transitoria.⁸¹ Aun en 1944, alejarse en parte de la “buena doctrina” no supone adhesión expresa al keynesianismo.

Hechos e Ideas introdujo a Keynes en 1941, aunque a través de un debate entre Gustav Cassel, que seguía defendiendo la iniciativa privada y sostenía que la teoría keynesiana no tenía ni alcance universal ni estaba inspirada en verdades indiscutibles y A. P. Lerner,⁸² que se dedica a desmontarla, niega que Cassel la haya entendido y le sugiere volver a leer el libro. Por otra parte, comienzan a difundirse las referencias a Mossé, De Man y Manheim para proponer la necesidad de un plan.

⁷⁹ Prados Arrarte, *El control*, p. 478.

⁸⁰ Hay consenso en admitir que la teoría keynesiana como tal no aparece hasta 1936, cuando se publica *La teoría general del empleo, el interés y el dinero*. Sin embargo, economistas de muchos países anticiparon ese mensaje. Margaret Weir y Theda Skocpol, “Las estructuras del Estado: una respuesta ‘keynesiana’ a la Gran Depresión”, *Zona Abierta* 63/64, 1993, pp. 73-153, y Gerchunoff y Llach, *El ciclo*.

⁸¹ Mateo Magariños, *Diálogos*, p. 100. Los diálogos se desarrollaron en 1971.

⁸² A. P. Lerner era un economista formado en la London School of Economics, alumno de Friedrich von Hayek. Una estadía en Cambridge lo puso en contacto con Keynes y a partir de entonces divulgó su obra y elaboró un sistema de socialismo de mercado que diferenciaba de la economía planificada.

Lo cierto es que en el campo de las ideas, los posicionamientos no supusieron dos visiones enfrentadas y claramente definidas, sino más bien pérdida de certidumbres y tanteos. Economía dirigida y economía planificada funcionaron como conceptos abiertos y elusivos. Y, en cuanto a la experiencia concreta, independientemente de la teoría, fue enjuiciada prácticamente por todos —la intervención del Estado era excesiva, o sesgada, o irracional, según quien la analizara— y la expresión que la nombraba fue cayendo en desuso. □

Bibliografía

Alhadeff, Peter, “Dependencia, historiografía y objeciones al Pacto Roca”, *Desarrollo Económico*, 25, 99, octubre-diciembre de 1985, pp. 447-458.

Bacolla, Natacha, “Debatiendo sobre lo incierto. La crisis del treinta en la tinta de sus actores e intérpretes”, *Estudios Sociales* 35, 2º semestre de 2008, pp. 61-89.

Camarero, Hernán, “Imágenes de la crisis: el socialismo argentino en la década de 1930”, *Prismas*, Buenos Aires, UNQ, 2002, n° 6, pp. 231-241.

Caravaca, Jimena, “Estado, economía y economistas: el caso del impuesto a la renta en la Argentina 1890-1932”, tesis de maestría, Flacso, 2008.

—, *¿Liberalismo o intervencionismo? Debates sobre el rol del estado en la economía argentina. 1870-1935*, Buenos Aires, Sudamericana, 2011.

Gerchunoff, Pablo y Lucas Llach, *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Buenos Aires, Ariel, 2005.

González Bollo, Hernán, *La teodicea estadística de Alejandro Bunge (1880-1943)*, Buenos Aires, UCA/Imago Mundi, 2012.

Graciano, Osvaldo, “Los debates y las propuestas políticas del Partido Socialista de Argentina, entre la crisis mundial y el peronismo, 1930-1950”, *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 33, 2007, pp. 241-262.

Halperin Donghi, Tulio, *La república imposible (1930-1945)*, Buenos Aires, Ariel, 2004.

—, “La Cepal en su contexto histórico. Raúl Prebisch y la herencia del pasado colonial en el desarrollo económico latinoamericano”, en *Las tormentas del mundo en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.

Koselleck, Reinhart, “Historia de los conceptos y conceptos de historia”, *Ayer*, 53/2004 (1), pp. 27-45.

Magariños, Mateo, *Diálogos con Raúl Prebisch*, México, FCE, 1991.

Menéndez, Belén y Aníbal Jáuregui, “El “paquete” de Acevedo: un frustrado y original plan de ajuste en la Segunda Guerra Mundial”, XXII Jornadas de Historia Económica, Río Cuarto, septiembre de 2010.

Neiburg, Federico, *Los intelectuales y la invención del peronismo. Estudios de antropología social y cultural*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 1998.

O’Connell, Arturo, “La Argentina en la depresión: los problemas de una economía abierta”, *Desarrollo Económico*, 23, 92, marzo de 1984, pp. 479-514.

Pantaleón, Jorge, “El surgimiento de la nueva economía argentina: el caso Bunge”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin, *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004, pp. 175-201.

Persello, Ana Virginia, “De la diversidad a la unidad. Hechos e Ideas (1935-1955)”, en Noemí Girbal-Blacha y Diana Quatrocchi-Woisson, *Cuando opinar es actuar. Revistas Argentinas del Siglo xx*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999, pp. 273-302.

—, “Partidos políticos y corporaciones: las Juntas reguladoras de la producción, 1930-1943”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n° 29, 3ª serie, 2007, pp. 85-118.

——, “Percepciones y debates sobre gastos públicos e impuestos en la Argentina de los años ‘30”, *Estudios Sociales* 51, julio-diciembre de 2016, pp. 91-126.

——, “La comisión de control de cambios. Burocracia y ‘economía dirigida’”, María S. Di Liscia y Germán Soprano (eds.), *Burocracias estatales. Problemas, enfoques y estudios de caso en la Argentina (entre fines del siglo XIX y XX)*, Rosario, Prohistoria, 2017, pp. 99-118.

Plotkin, Mariano y Eduardo Zimmermann (comps.), *Los saberes del Estado*, Buenos Aires, Edhasa, 2012.

Portantiero, Juan Carlos, “El debate en la socialdemocracia europea y el Partido Socialista en la década del 30”, en Hernán Camarero y Carlos M. Herrera, *El partido socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp. 299-341.

Rapoport, Mario, *Bolchevique de salón. Vida de Félix J. Weil, el fundador argentino de la Escuela de Frankfurt*, Buenos Aires, Debate, 2014.

Rosanvallon, Pierre, *La democracia inconclusa. Historia de la soberanía del pueblo en Francia*, Colombia, Taurus, 2006.

Sánchez Román, J., “El estado como recaudador: de la Dirección General del Impuesto a los réditos a la Dirección General Impositiva, 1932-1945”, en Ernesto Bohoslavsky y Germán Soprano, *Un estado con rostro humano. Funcionarios e instituciones estatales en Argentina (desde 1880 a la actualidad)*, Buenos Aires, Prometeo, 2010, pp. 151-180.

Torti, María Cristina, “Crisis, capitalismo organizado y socialismo”, en Waldo Ansaldi, Alfredo Pucciarelli y José Villarruel, *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria, 1912-1946*, Buenos Aires, Biblos, 1995, pp. 199-222.

Villanueva, Javier, “El origen de la industrialización argentina”, *Desarrollo Económico*, 12, 47, octubre-diciembre de 1972, pp. 451-476.

Weir, Margaret y Theda Skocpol, “Las estructuras del Estado: una respuesta ‘keynesiana’ a la Gran Depresión”, *Zona Abierta* 63/64, 1993, pp. 73-153.

Resumen / Abstract

La “economía dirigida”: itinerario de un concepto y balance de una experiencia

La noción “economía dirigida” y la asociación con la evolución de la experiencia concreta de su puesta en marcha describe un arco entre el momento en que se asume que en la Argentina se “dirige” la economía y los primeros años ‘40, que va de la dilucidación del significado y la aceptación de las políticas que conlleva como expediente extraordinario hasta la reactivación del debate en función de la evaluación de sus resultados. Ese es el itinerario que nos proponemos seguir en este texto a través de debates parlamentarios, publicaciones periódicas, diarios y un conjunto de libros escritos por expertos. No se trata de reconstruir políticas económicas, ni de analizar en abstracto la teoría, ni siquiera de poner en relación unas y otra para mostrar desviaciones de las primeras en relación a las segundas, es decir, cuánto de ortodoxia o de heterodoxia supusieron las medidas implementadas para salir de la crisis, sino de seguir el recorrido de un concepto, tal cual fue formulado y del modo en que se evaluó la experiencia que se asoció a él, sin pretensiones de agotar la cuestión sino de comenzar a revisarla.

Palabras clave: Economía dirigida - Estado - Historia conceptual

Fecha de recepción del original: 2/4/2018

Fecha de aceptación del original: 21/01/2019

“Managed economy”: the itinerary of a concept and the evaluation an experience

The concept “managed economy” and its association with the evolution of the concrete experience of its implementation describe an arc going from the moment in which it was assumed that in Argentina the State “managed” the economy, to the first years of the 1940’s. This arc goes from the elucidation of its meaning and the acceptance –as extraordinary expedients– of the politics that accompanied it, to the reactivation of a debate concerning the evaluation of its results. This is the itinerary that we propose to follow in this paper through an examination of the parliamentary debates, periodical publications, journals and a corpus of books written by experts. It is not our purpose to reconstruct economic policies, or to analyse the abstract theory –not even to compare different policies in order to show deviations between them–. That is to say, it is not the aim of this paper to analyse the orthodoxy or heterodoxy of the measures implemented to overcome the crisis, but rather to follow the itinerary of a concept as it was formulated and the way in which the experience associated with it was assessed. It is not this paper’s pretention to offer an exhaustive and definitive coverage of this topic, but rather to initiate its discussion and revision.

Key words: Managed economy - State - Conceptual history

Thomas Merton en Latinoamérica

Su presencia en la revista Sur

Marcela Raggio

Universidad Nacional de Cuyo / CONICET

1. Introducción

Thomas Merton (1925-1968) vivió desde 1941 como monje de clausura en la Abadía de Gethsemaní, en Kentucky (EE.UU). Pese a la estricta observancia de su orden, la vida dentro del monasterio no lo mantuvo alejado de los avatares del mundo exterior. Sobre todo en la última década de su vida, su interés y su preocupación creciente por cuestiones relacionadas con la guerra y la paz, el diálogo ecuménico, la situación de Latinoamérica, los derechos civiles en los Estados Unidos, etc., demuestran el activo compromiso de Merton con sus contemporáneos. William Shannon ha señalado que el involucramiento de Merton con el mundo político, social y cultural de su época se incrementó a partir de la experiencia mística que el monje tuvo en la esquina de las calles 4º y Walnut durante una breve salida a Louisville, Kentucky.¹ La experiencia es señalada por el propio monje como un momento epifánico, tal como lo relata en *Conjectures of a Guilty Bystander*:

En Louisville, en la esquina de la calle 4º y Walnut, en el centro del distrito comercial, de pronto me sentí abrumado al darme cuenta de que amaba a toda esa gente, que ellos me pertenecían y yo a ellos, que no podíamos ser desconocidos, aunque fuéramos extraños. Fue como despertar de un sueño de separación, de aislamiento espurio en un mundo especial [...]. Este sentido de liberación de una diferencia ilusoria fue tal alivio y alegría que casi rompí a reír.²

Esa experiencia tuvo consecuencias en la relación del monje con el mundo extramuros, explícitamente en su progresivo involucramiento en temas sociales, religiosos, políticos y culturales de los años '60. Una de las muestras más tempranas de ese contacto con el mundo exterior la

¹ Citado por Mark Meade, "From Downtown Louisville to Buenos Aires: Victoria Ocampo as Thomas Merton's Overlooked Bridge to Latin America and the World", *Merton Annual*, n° 26, 2013, p. 171.

² "In Louisville, at the corner of Fourth and Walnut, in the center of the shopping district, I was suddenly overwhelmed with the realization that I loved all these people, that they were mine and I theirs, that we could not be alien to one another even though we were total strangers. It was like waking from a dream of separateness, of spurious self-isolation in a special world [...]. This sense of liberation from an illusory difference was such a relief and such a joy to me that I almost laughed out loud". Thomas Merton. *Conjectures of a Guilty Bystander*, Nueva York, Doubleday, 1968, pp. 153-154. Todas las traducciones de obras en inglés son de la autora. Se cita en todos los casos el original a pie de página.

constituyen las cartas que envía a Victoria Ocampo y su interés por *Sur*.³ En la primera carta que Merton enviara a Ocampo quedan sentadas las bases de la relación Merton-*Sur*:

El hecho de que le escriba ahora, lo que me produce gran placer, es una indicación de que mis actitudes anteriores están dando lugar a lo que parece que se requiere de mí en este momento: una ampliación de puntos de vista y de horizontes. Y por eso quiero enviar a *Sur* un breve texto que podría interesarle.⁴

Más adelante, Merton afirma en la carta que su tarea tiene que ver con la necesidad de acortar la brecha entre la iglesia y el mundo intelectual.⁵ Así, resultará interesante estudiar en nuestro artículo el modo en que *Sur*, una revista sin dudas intelectual pero no confesional, sino en todo caso secular en su promoción de la cultura y la literatura, recibe y publica las contribuciones de Merton.

2. *Sur*, Thomas Merton y las redes intelectuales

Por un lado el interés que *Sur* despierta en Merton y, por otro lado, el objetivo planteado por Ocampo para *Sur* de difundir en Latinoamérica la literatura extranjera ponen en evidencia la importancia de las redes intelectuales durante la segunda mitad del siglo xx. En el caso particular que estudiamos, dichas redes se establecen mediante cartas, visitas/entrevistas, recomendaciones, lecturas y, muy especialmente, traducciones de orden literario, dentro de las posibilidades que enumera Devés-Valdés.⁶ *Sur* y la red de relaciones en torno de la revista han sido estudiadas por Patricia Willson, María Teresa Gramuglio y Judith Podlubne, entre otros. Willson enfoca la labor de los traductores de *Sur* y el impacto que tuvieron en la difusión de literatura extranjera en la Argentina.⁷ Willson propone que *Sur* instauró una manera de ver la traducción no desde la óptica prescriptiva, sino como modo de renovación de los repertorios locales y de los modos escriturarios de la literatura de llegada. Como señala Willson, la tarea de traducción en *Sur* no es un mero pasaje interlenguas, sino que debe ser entendida en una red de relaciones personales, cartas, diálogos, ensayos y préstamos, cuyas manifestaciones son más que evidentes en el caso de Thomas Merton. Es en este sentido como debe leerse el aporte de Willson en relación con Merton: las traducciones de Merton no vienen a modificar los géneros, las formas e incluso los temas de la literatura argentina; en cambio, el hecho de que esas traducciones se publiquen pone de relieve la amplitud de las redes que se generaron en torno a Merton y, sobre todo, el diálogo interamericano que tanto preocupaba al monje y a la interlocutora privilegiada que halló en la directora de *Sur*.⁸

³ Mark Meade, "From Downtown Louisville", p. 175.

⁴ Merton y Ocampo, *Fragmentos de un regalo. Correspondencia y artículos y reseñas publicados en Sur*, Buenos Aires, Sur, 2011, pp. 62-64.

⁵ *Ibid.*, p. 65.

⁶ Eduardo Devés-Valdés, *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Santiago de Chile, IDEA, 2007, p. 30.

⁷ Patricia Willson, *La Constelación del Sur. Traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo xx*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2004.

⁸ La correspondencia entre Merton y Victoria Ocampo ha sido publicada en traducción de Javier Negri por la editorial Sur en 2011, bajo el título *Fragmentos de un regalo*.

Gramuglio también señala la vital importancia de la tarea de traducción en *Sur* al sostener que la revista tenía el “propósito de funcionar como un puente activo entre las culturas americanas y europeas, con su política de traducciones”.⁹ Gramuglio analiza con precisión el papel que las “buenas” traducciones tenían, en la perspectiva de Ocampo, a fin de formar una élite de lectores y poner la cultura americana (argentina) en contacto con lo mejor de la literatura europea. Y si Gramuglio sostiene que llama la atención “la asombrosa cantidad de artículos, notas y hasta ficciones que desde la década del treinta y hasta más allá del fin de la guerra difundieron con persistencia posiciones que expresaban un claro rechazo de los regímenes totalitarios”,¹⁰ lo cierto es que algunas colaboraciones de Merton (en particular la “Carta acerca de los gigantes”) bien pueden ser leídas en la misma línea de posicionamiento al que se refiere Gramuglio al afirmar que “parece comprensible que la intervención en el espacio público se hiciera en nombre de valores correlativos de esa autonomía [del intelectual], como los de la verdad, el bien y la justicia, irreductibles al reclamo de las pasiones políticas”.¹¹

Otro de los aportes recientes sobre *Sur* y los debates literarios e intelectuales que se producían incluso en el interior de la revista es el de Judith Podlubne. Si bien la autora reafirma la conocida idea de que *Sur* siempre se mantuvo alejada de alineamientos partidarios, explica la adhesión a los principios sartreanos al sostener que “El interés por Sartre se vio propiciado por el carácter declaradamente humanista de su teoría. La concepción del hombre que dominaba en la revista respondía fundamentalmente a los dictados del personalismo francés, contra los que se definía en parte la variante historicista que proclamaba el existencialismo sartreano”.¹² Si bien el humanismo de Merton es bien diferente del sartreano (como se definirá más abajo), es posible comprender la afinidad experimentada entre *Sur* y Merton en línea con el humanismo como filosofía sustentadora de ambos, y a la vez como una línea de continuidad –salvando las distancias– entre el humanismo que se advierte en *Sur* en la década de 1940, y las contribuciones de Merton aparecidas en los años ’60. El espíritu sensible de Merton reacciona a la propuesta de *Sur* y encuentra en la revista un foro donde presentar sus ideas de diálogo, apertura y cooperación entre las dos Américas.

En este trabajo buscamos analizar el modo en que Merton y sus ideas y escritos se insertan en esa red implicada en *Sur*, a la vez que la expanden en otros sentidos. Refiriéndose al origen de las redes intelectuales, Devés-Valdés sostiene: “Las tensiones entre voluntad y espontaneidad, entre cuestiones propiamente académicas y otras no tanto, se encuentran en el origen y evolución de las redes”.¹³ Merton, monje y escritor estadounidense, por voluntad propia, por simpatía, por la cercanía que siente hacia los latinoamericanos, busca medios como la escritura epistolar para integrarse al sistema literario latinoamericano. Tal relación puede ser abordada considerando la noción de sistema literario propuesta por Itamar Even-Zohar. Dentro de la teoría de los polisistemas, Even-Zohar particulariza el sistema literario como:

⁹ María Teresa Gramuglio, “Posiciones de *Sur* en el espacio literario. Una política de la cultura”, en Sylvia Sáitta (dir.), *El oficio se afirma*, vol. 9 de la *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2004, p. 98.

¹⁰ *Ibid.*, p. 105.

¹¹ *Ibid.*, p. 108.

¹² Judith Podlubne, “Un arte para el hombre. Literatura y compromiso en *Sur* y *Contorno*”, *Anclajes* xvii, 2, diciembre de 2014, p. 51.

¹³ Devés-Valdés, *Redes intelectuales*, p. 30.

La red de relaciones hipotetizadas entre una cierta cantidad de actividades llamadas “literarias”, y consiguientemente esas actividades mismas observadas a través de esta red.

O:

El complejo de actividades —o cualquier parte de él— para el que pueden proponerse teóricamente relaciones sistémicas que apoyen la opción de considerarlas “literarias”.¹⁴

Si se estudia la correspondencia de Merton, estableciendo el recorte en cartas a escritores e intelectuales, resulta evidente que Merton entabla lazos con autores de diversas nacionalidades (franceses, polacos, rusos, ingleses, y de varios países latinoamericanos), y al mismo tiempo va creando lazos entre esos diversos actores culturales y literarios a quienes escribe. A partir de las cartas enviadas y recibidas, se generan redes de colaboración en revistas literarias (por ejemplo, las argentinas *Sur* y *Eco Contemporáneo*, la mexicana *El Corno Emplumado*, la nicaragüense *El Pez y la Serpiente*); y más allá de las revistas, las redes van generando encuentros de poetas, visitas entre los distintos actores implicados, etc. Uno de los aportes más interesantes de Even-Zohar es la relevancia que otorga al momento de *producción* de los textos dentro del complejo del sistema literario. En determinados momentos, afirma Even-Zohar, la función del productor, como lo llama, no es producir textos sino

la producción política e interpersonal de imágenes, estados de ánimo y opciones de acción. De hecho, en períodos tales, el productor literario [...] [es] alguien que puede reivindicar una participación en el poder con justificación no menor que la de cualquier otro agente político central. Así, un productor tal está vinculado a un discurso del poder moldeado según un cierto repertorio aceptable y legitimado. Consecuentemente, no hay razón para aislarlo tan acusadamente de todas las clases co-presentes de discurso de productores adyacentes en la misma comunidad.¹⁵

La cantidad de escritos de Merton publicados en *Sur* no es grande. Sin embargo, el impacto que tuvo la revista y el entusiasmo que Merton deposita en ella hacen que las contribuciones adquieran un peso especial en la difusión de sus ideas acerca del contexto mundial de mediados del siglo xx. De hecho, que Merton haya elegido ponerse en contacto con la directora de *Sur*, publicar en la revista argentina, recomendarla a otros escritores y a Victoria recomendarle otros autores pone de manifiesto la noción “expandida” de sistema literario:

En este enfoque, el “sistema literario” comprende, como “internos”, más que como “externos”, todos los factores implicados en el conjunto de actividades a las que la etiqueta “literarias” puede aplicarse con mayor conveniencia que ninguna otra. El “texto” ya no es el único, ni necesariamente el más importante a todos los efectos, de los aspectos, o incluso productos de este sistema.¹⁶

¹⁴ Itamar Even-Zohar, “El sistema literario”, *Even-Zohar's site* <www.tau.ac.il/itamarez/>, pp. 1-2.

¹⁵ *Ibid.*, p. 9

¹⁶ *Ibid.*, p. 8.

Nuestro trabajo busca explorar no solamente los textos, sino las relaciones que se construyen entre autores en torno de ellos, y los efectos que Merton busca lograr a partir de la publicación en una revista que, a primera vista, es lejana tanto geográfica como institucionalmente.¹⁷ Sin embargo, si se exploran las motivaciones de Merton para escribir y las de Ocampo (o las de *Sur* en términos generales) para publicar, se advierte al menos una línea de convergencia, relacionada con el esfuerzo por retornar a una cultura basada en valores humanistas integrales.

De hecho, la influencia de Maritain y su *Humanismo integral* (1936) como texto fundacional del personalismo del siglo xx había abonado el campo intelectual y teológico “moderno” (un adjetivo que Álvaro Fernández Suárez aplica a Merton en la reseña sobre *Semillas de contemplación*). La influencia de Maritain se extendía por todo el mundo occidental; y Merton y el francés ya eran amigos e intercambiaban cartas desde fines de la década de 1940. Por otro lado, Maritain había visitado la Argentina en 1936, donde dictó una conferencia en la sede de la revista de Ocampo. En esa conferencia aclaró que su libro *El humanismo integral* se contaba entre las lecturas recomendadas por la iglesia francesa. Su visita coincidió con la publicación de “Carta sobre la independencia”, en el número 22, correspondiente a julio de 1936. Aproximadamente una década después comienza el intercambio epistolar entre el monje estadounidense y el pensador francés.

Conviene señalar ciertos aspectos de la filosofía de Maritain a fin de comprender el trasfondo ideológico tanto de los escritos de Merton como de las razones por las que *Sur* se interesaría en publicar al monje. Maritain caracteriza el estadio cultural del siglo xx en términos con los cuales *Sur* (y Merton) podían encontrar una clara identificación de problemas: en la historia de la cultura el siglo xx constituye para el francés el tercer momento:

Un tercer momento (siglo xx) es el de la inversión materialista de valores, el momento *revolucionario*, en que el hombre, poniendo decididamente su fin último en sí mismo y no pudiendo soportar más la máquina de este mundo, emprende una guerra desesperada para hacer surgir, de un ateísmo radical, una humanidad completamente nueva...

El tercer momento consiste en un retroceso progresivo de lo humano ante la materia.¹⁸

Frente a ese retroceso de lo humano, Maritain propone una revalorización de la modernidad, aunque no a ciegas sino desde sus principios rectores cristianos. Tal como afirma Burgos, “Maritain ha llegado a la conclusión de que ese modelo de sociedad [el del tradicionalismo católico] está acabado, pertenece al pasado y saca coherentemente las consecuencias: ya no se lo puede proponer como proyecto socialpolítico. Hay que abandonarlo y adoptar una perspectiva diversa, la de la aceptación y asimilación de los valores que, en este nivel, la modernidad ha conquistado y de los que vive el mundo presente”.¹⁹

Los escritos de Merton, en cambio, datan de casi tres décadas después. En los años ’60 las condiciones sociales y políticas son otras, pero el mundo sigue en medio de una confron-

¹⁷ Por este término entiendo a la revista *Sur* como empresa intelectual-cultural, por un lado, y a Merton como representante de la institución monástica, por otro.

¹⁸ Jacques Maritain, *Humanismo integral. Problemas temporales y espirituales de una nueva cristiandad*, Madrid, Palabra, 1999, pp. 59-60.

¹⁹ Juan Manuel Burgos, “Cinco claves para comprender a Jacques Maritain”, *Acta Philosophica*, vol. 4, 1995, p. 20.

tación de bloques en la guerra fría. En tal entorno, los escritos de Merton son una reacción frente al panorama de materialización de la existencia humana. Por su parte, *Sur* también busca rescatar la espiritualidad si no desde una óptica religiosa, sí desde lo cultural. Y en ese punto es donde confluyen el monje norteamericano y la revista argentina: en la lucha por no subordinarse a la técnica, a las ideologías de las dos grandes potencias de los '60. Si bien *Sur* es una revista secular (más allá de que algunos de sus colaboradores, en particular algunos autores de las reseñas que se analizan más abajo, pertenecieran a la iglesia católica), el humanismo que proponía Maritain resultaba atrayente en el contexto de publicación previo a la Segunda Guerra; pero a la vez se resignifica treinta años más tarde. Si a Merton lo movía un deseo de poner en práctica el humanismo “cristiano” con su movimiento “vertical”, como lo define Maritain, por lo menos a *Sur* le concernía el movimiento horizontal que remite a la “evolución de la humanidad, y progresivamente revela la substancia y las fuerzas creadoras del hombre en la historia”.²⁰ Cooper (1983) afirma que el punto de partida para el humanismo mertoniano de la década de 1960 es su “Carta a Pablo A. Cuadra acerca de los gigantes”. La conclusión de ese texto, escrito en 1961 (y publicado en *Sur* en 1962) pareciera sostener que no hay humanismo posible sin Dios. Sin embargo, Cooper aclara que no se trata de una polémica cristiana de tono apocalíptico:

Pero Merton aclara en el primer párrafo de la Carta a Cuadra que sus reflexiones sobre la escena presente no son “maldiciones proféticas” [...]. Surgen de un profundo sentimiento de amor por la humanidad y de preocupación por el curso de los eventos humanos, de modo que aun los párrafos más hirientes de prosa inflamada no suenan como diatribas misantrópicas.²¹

El humanismo de Merton puede ser delimitado, entonces, como una comprensión profunda de la raza humana, un amor (que dada su condición de monje y sacerdote es inseparable de su visión cristiana, pero que en el contexto del ecumenismo que él mismo propone no es excluyente) por toda la humanidad, y un entendimiento de la situación en que la existencia humana se llevaba a cabo en las condiciones políticas y sociales de los años '60. En un entorno que tiene ribetes apocalípticos a causa de la guerra fría, el humanismo de Merton reúne, según Cooper, dos tendencias: “un humanismo basado en el ideal de amor cristiano junto con una teoría cultural de clara tendencia izquierdista que enfatizaba la alienación colectiva”.²² El humanismo de Merton es un humanismo radical ya que propone que su raíz cristiana se adapte a las necesidades del siglo XX, y se aleje del cristianismo estático de épocas anteriores donde el cambio histórico había sido subestimado.

²⁰ Jacques Maritain, “Humanismo Cristiano”, <http://www.jacquesmaritain.com/pdf/08_HUM/13_H_HumCrist.pdf>, p. 18.

²¹ But Merton makes it clear in the opening paragraph of the Cuadra Letter that his reflections on the current scene are not “prophetic curses” [...] They now issue from a deep sense of love for humanity and concern for the course of human events, so even the most bruising stretches of inflated prose do not read like misanthropic diatribes. David Cooper, *Thomas Merton's Art of Denial. The Evolution of a Radical Humanist*, Atenas (Georgia), The University of Georgia Press, 1989, p. 236.

²² “[A] humanism founded on the Christian ideal of love coupled to a distinctly left-leaning cultural theory that stressed collective alienation”, *ibid.*, p. 238.

3. Merton en *Sur*

Las reseñas de sus obras

Más allá de que fueron escritas por diferentes autores, comparten ciertas perspectivas, probablemente porque las obras reseñadas corresponden a la misma etapa y género de la producción mertoniana: su obra mística. Las reseñas enfocan el estilo literario de los libros de Merton y, al mismo tiempo, emiten su juicio sobre la vida mística que presenta el monje en los textos. *Sur* es una revista secular; sin embargo, no pasa por alto libros de tono o tema religioso y, además, en el análisis que hacen los reseñadores queda plasmada una visión *religante* que puede asimilarse al humanismo y al personalismo que King advierte como rasgo de la revista dirigida por Ocampo.

La reseña de *La montaña de los siete círculos*, que había aparecido en Buenos Aires en 1950 bajo el sello de Sudamericana, está firmada por Mario Albano. Albano critica la “escrupulosidad excesiva de converso”²³ que manifiesta la autobiografía, y el hecho de que Merton desdeñe “las grandes capitales, la camaradería bulliciosa y áspera que se improvisa entre los jóvenes, el hallazgo deslumbrante del amor”.²⁴ La visión de Albano, que él mismo califica de “heterodoxa”,²⁵ se inserta en la línea que busca una iglesia inserta en el mundo, y no aislada de él. Albano preconiza una iglesia, o más bien una religiosidad que no deje atrás las cosas de este mundo, sino que en todo caso las asuma en lo que ellas tienen, también, de magnífico.²⁶ La crítica de Albano es la misma que el propio Merton ejercería sobre su texto décadas después, tal como señala James Baker:

Le explicó a un amigo que había dejado ese libro detrás suyo hacía años y que ahora consideraba su temprana dicotomía entre el mundo y el monasterio [...] muy desagradable [...]. De hecho, pasó los últimos años de su vida tratando conscientemente de bajar su imagen de los peldaños de la *Montaña de siete círculos*.²⁷

Álvaro Fernández Suárez escribe la reseña de *Semillas de contemplación* (Buenos Aires, Sudamericana, 1952). Su análisis se ubica en la misma línea del de Albano, aunque su conclusión es más positiva. Por un lado, define a Merton como un místico moderno, por su edad y “por ese título gentilicio de modernidad que confiere el ser norteamericano”.²⁸ Pero a la vez sostiene que “la mística moderna de Thomas Merton es la mística de todos los tiempos”.²⁹ Esta afirmación le sirve para ubicar a Merton en el canon de la literatura mística, para señalar influencias entre

²³ Mario Albano, “Reseña de *La montaña de los siete círculos*”, Merton y Ocampo, *Fragmentos de un regalo*, p. 42.

²⁴ *Ibid.*, p. 43.

²⁵ *Ibid.*, p. 44.

²⁶ *Ibid.*, p. 43.

²⁷ “He explained to a friend that he had left that book behind him many years ago and that he now found his early dichotomy between the world and the monastery [...] most distasteful [...] In fact, he spent the last years of his life consciously trying to live down his *Seven Storey Mountain* image.” John Thomas Baker, *Thomas Merton: Social Critic*, The University Press of Kentucky, 2009, p. 23.

²⁸ Álvaro Fernández Suárez, “Reseña de *Semillas de contemplación*”, Merton y Ocampo, *Fragmentos de un regalo*, p. 45.

²⁹ *Ibid.*

las que destaca a San Juan de la Cruz, y para señalar la inefabilidad de la experiencia mística. A pesar de que Fernández Suárez indica ciertos aspectos que podríamos llamar “débiles” en el libro de Merton, como la asistematicidad y placidez de *Semillas* (opuesta, en este sentido, al abismo, la soledad y la duda de la literatura mística clásica), hay en la conclusión de la reseña un saldo a favor. Es que señala con tono sugestivo: “Algo raro sucede en el mundo cuando la mística sale del claustro y se aventura en las calles...”³⁰ La apreciación del reseñador precede por varios años a la “reconversión” de Merton, a su comprensión de que la vocación monástica está ligada al mundo de las calles. Fernández Suárez logra entrever, adelantarse al propio Merton: la mirada de los reseñadores resulta perspicaz, e incluso en una revista de contenido literario, cultural y secular, puede leerse entre líneas que los autores consideran la necesidad de un cambio en la Iglesia, que eventualmente llegaría en los años ’60 con el Concilio Vaticano II.

Los hombres no son islas (Buenos Aires, Sudamericana, 1956) es reseñado brevemente por Alicia Jurado. El texto realiza una crítica negativa de dos aspectos de *Los hombres...*: por un lado su extensión (“Lo que dice a través de doscientas cuarenta páginas podría condensarse tal vez en treinta”)³¹ y la repetición de lo que ya otros han dicho. Sin embargo, Jurado recalca: “lejos de mí está el afirmar que un libro debe desdeñarse porque no es original. Cuanto contenga un trozo de verdad ha sido ya dicho, y conviene repetirlo incansablemente ante la remota posibilidad de que alguien lo aprenda”.³² Leída a la distancia, los aspectos que critica Jurado son precisamente aquellos que indican, ya desde este temprano libro, la cualidad interreligiosa de la mística mertoniana. En realidad, la reseña indica que el libro, “aunque estrictamente ceñido al dogma católico, habla el lenguaje de la mística universal”.³³ Y entre los autores y las obras que, desde la perspectiva de Jurado, Merton repite no tan poéticamente como sus predecesores, enumera el *Bhagavad Ghita*, textos budistas, la *Imitación de Cristo*, Lanza del Vasto y otros que en escritos posteriores de Merton, por ejemplo en sus cartas, propone como modelos o como pares para el diálogo. Si bien Jurado señala la filiación católica del libro y la “intensa búsqueda de Dios” de Merton,³⁴ predomina la intención de mostrar *Los hombres...* como un texto necesario para cualquier persona interesada en la religiosidad, más allá de credos particulares. De hecho, los rasgos de Merton que cierran la reseña son “su comprensión de los problemas espirituales, su deseo de ayudar al prójimo, su bondad esencial”.³⁵ En síntesis, su humanismo fundamental. También en este caso se advierte la lucidez de la reseñadora, no solo porque critica el estilo que el propio autor desdeñaría en obras posteriores, sino porque propone una suerte de ecumenismo que, como indica acertadamente Baker, puede verse reflejado claramente en las circunstancias de su muerte en Bangkok.³⁶

En 1959 se publica la reseña de *La vida silenciosa*, escrita por el sacerdote Eugenio Guasta. En realidad, más que una reseña propiamente dicha, se trata de un artículo breve en el que el libro de Merton es la excusa para reflexionar sobre el papel del monasticismo en el mundo contemporáneo. Guasta toma como punto de partida la consideración del italiano

³⁰ Álvaro Fernández Suárez, “Reseña de *Semillas*”, en *Fragmentos de un regalo*, p. 53.

³¹ Alicia Jurado, “Reseña de *Los hombres no son islas*”, Merton y Ocampo, *Fragmentos de un regalo*, p. 54.

³² *Ibid.*, pp. 56-57.

³³ *Ibid.*, p. 54.

³⁴ *Ibid.*, p. 57.

³⁵ *Ibid.*

³⁶ John Thomas Baker, *Thomas Merton: Social Critic*, The University Press of Kentucky, 2009, p. 125.

Guido Piovene, para quien a los norteamericanos “les falta de modo fundamental el sentido de la contemplación”.³⁷ A partir de esta afirmación de Piovene, Guasta describe el libro de Merton como un volumen didáctico en el que el monje explica a los legos la vocación monástica y la aparente paradoja del aislamiento monástico y la relación con toda la creación a través de la comunicación con Dios. Pero de esta reseña propiamente dicha, Guasta pasa a reflexionar sobre la necesidad de que el monasticismo se adapte al mundo contemporáneo, como reclama Voillaume.³⁸ Así, las páginas de Guasta constituyen una defensa de la vida monástica, a la vez que un intento por demostrar la importancia de que los principios monacales sean redefinidos en el contexto del siglo xx, para que no solo los “iniciados” entiendan el valor de la contemplación, sino que esta pueda ser vivida por todos los hombres.

Merton toma contacto con Victoria Ocampo un año después de publicada la reseña de *Los hombres no son islas*, y a poco de iniciado el intercambio epistolar comienzan a aparecer en *Sur* los artículos y los ensayos de Merton listados más arriba. J. J. Negri sostiene: “en el criterio de selección de los artículos de Merton aparecidos en *Sur* resuenan, como melodía de fondo, los dramas individuales y colectivos propios de todo ser humano comprometido con su época y afectado por sus circunstancias personales”.³⁹ Prima en la selección, entonces, el criterio humano, humanista, que es también el que se advierte en la decisión de reseñar los libros de Merton y el ojo crítico con que se los lee. En dos de las tres reseñas de la década de 1950 aparece la calificación de los libros como *best sellers* (para *La montaña de los siete círculos* y *Semillas de contemplación*, si bien en este caso la referencia es confusa, y podría ser sobre Merton como autor, más que sobre el libro mismo). También en esas reseñas Merton es considerado un “moderno”. En las tres reseñas se hace hincapié en la interculturalidad o interreligiosidad que plantean los textos mertonianos, en el aporte (incluso si es reiterativo) que hacen a la espiritualidad del hombre contemporáneo, en el alcance amplio de los libros, que no están restringidos a un público católico y en la necesidad de leer tales reflexiones en los tiempos que corren. Es decir, las reseñas de Merton en *Sur* están explícitamente ubicadas temporalmente, y transmiten una toma de posición no solo sobre los libros del monje, sino sobre el mundo contemporáneo. El último párrafo de la reseña sobre *La montaña...* se refiere al momento en que “tantos y tan fervorosamente nos amenazan [...] con desertar del mundo”.⁴⁰ En la de *Semillas...* sostiene, como ya se citó, que ocurre algo extraño cuando la mística sale a las calles. La necesidad de leer los libros de Merton (de darlos a conocer, de reseñarlos) es la misma que ha impulsado al monje a escribirlos: decir algo sobre el mundo circundante, reflexionar para tomar una posición frente a los acontecimientos y provocar un cambio en una sociedad cada vez más vacía de contenidos.

4. Artículos y ensayos de Merton

Una vez que Merton se contacta directamente con la directora de la revista, las publicaciones son solicitadas por Ocampo o enviadas por el propio Merton, ansioso por difundir sus ideas y

³⁷ Eugenio Guasta, “Reseña de *La vida silenciosa*”, Merton y Ocampo, *Fragmentos de un regalo*, p. 114.

³⁸ *Ibid.*, pp. 119 y ss.

³⁹ J. J. Negri, “Introducción”, Merton y Ocampo, *Fragmentos de un regalo*, p. 17.

⁴⁰ Mario Albano, “Reseña de *La montaña*”, p. 44.

por colaborar en una empresa intelectual de alcance continental. El contacto interpersonal que implica no solo la correspondencia, sino el envío de artículos a una revista que conforma también un grupo o movimiento, bien puede entenderse dentro de lo que Even-Zohar llama la producción de “opciones de acción”.⁴¹ El humanismo de Merton prevalece de tal modo que las contribuciones son las propias de un “existencialista cristiano” (para tomar sus términos) preocupado por su mundo y su época. Un recorrido por el contenido de los textos revela la contemplación *activa* que practicaba Merton.

“Carta a un espectador inocente” se dirige directamente a un intelectual, a quien Merton plantea la noción de responsabilidad en los hechos que se llevan a cabo en el mundo contemporáneo. Si el intelectual es solo espectador, se vuelve cómplice. La idea replica lo que Merton había escrito en su primera carta a Victoria Ocampo refiriéndose particularmente a la vida religiosa: “[...] ahora, más que nunca, la dedicación a Dios en la vida religiosa no puede ser un pretexto para intentar la evasión, sino que, por el contrario, ella compromete al hombre mucho más irrevocablemente a tomar una posición y a dar un testimonio en el mundo de su tiempo”.⁴²

Al plantear esa preocupación en la carta a Ocampo, una intelectual, Merton ya prefiguraba la idea de compromiso con el mundo. El “espectador inocente” podría ser en primera instancia, entonces, alguien dedicado a la vida religiosa, él mismo. Pero Merton, además de monje, es intelectual. Su reflexión lo lleva entonces más allá en la “Carta a un espectador inocente”, que escribe, como indica en el primer párrafo, “tanto para mí cuanto para ti”.⁴³ Su destinatario no es abstracto; usa la segunda persona del singular dirigiéndose concretamente, *personalmente*, al lector. Al involucrarlo en un diálogo, Merton hace explícita la referencia al personalismo: “Aún creo que los hombres pueden ser ‘personas’ en grado suficiente para comprender que comparten sus dificultades... Te escribo en la creencia de que cuanto voy a decirte puede preservarnos juntos del peligro de convertirnos en meras cifras”.⁴⁴ Esta carta puede ser leída en relación con otras de Merton (por ejemplo, la “Carta a Pablo A. Cuadra”, o las cartas que efectivamente enviaba a sus múltiples corresponsales) porque hay en todas ellas un interés por la persona, ya sea concreto en el caso de destinatarios específicos, o no individualizado, en el caso de estas cartas que son en realidad ensayos. En el contexto de la guerra fría, evidente trasfondo de todos los textos mertonianos de la época, frente a la despersonalización que advierte en Gog y en Magog (cf. “Carta a Pablo A. Cuadra”), Merton busca establecer un diálogo personal entre un yo y un tú que en la “Carta a un espectador inocente” es interpelado repetidas veces a lo largo del texto.

Lejos de promover la idea de una clase intelectual apartada de los afanes cotidianos, Merton empuja a la acción y a la toma de decisiones, para que la “inocencia” no se torne culpa. La “Carta” procede a través de la mayéutica: Merton va haciendo una serie de preguntas que su lector ideal responde en el mismo ensayo; y la disquisición avanza para definir las responsabilidades de “nosotros”. Merton y el lector son los intelectuales, que “debemos tener ahora una responsabilidad con respecto al resto del mundo; y los otros, precisamente, nos están esperando a NOSOTROS”.⁴⁵ La primera persona plural a que alude Merton se opone a “ellos” [...]

⁴¹ Even-Zohar, *El sistema*, p. 9.

⁴² Merton y Ocampo, *Fragmentos de un regalo*, p. 65.

⁴³ Thomas Merton, “Carta a un espectador inocente”, Merton y Ocampo, *Fragmentos de un regalo*, p. 94.

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ *Ibid.*, p. 95.

que buscan poder ‘sobre todos los otros’ y que nos utilizan como instrumento para lograr ese poder sobre los otros”.⁴⁶ Merton defiende la independencia ideológica de los intelectuales (una vez más, resulta imprescindible leer esta carta en concordancia con la dirigida a “Pablo A. Cuadra acerca de los gigantes”). Sin embargo, independencia no es lo mismo que abstención, evasión, espera: estas actitudes son las que pueden llevar a los intelectuales a convertirse en cómplices o, en una litotes espléndida como la del título, en espectadores “inocentes.” De hecho, Merton también asigna una connotación negativa al adjetivo “independiente”, porque lo relaciona con el aislamiento o la autosuficiencia: “Es verdad que en nuestra condición de intelectuales debemos permanecer apoyados en nuestros propios pies pero no se puede aprender a hacerlo hasta que no se ha comprobado en qué medida se necesita el apoyo de los otros”.⁴⁷ La función de los intelectuales consistiría, por lo tanto, en interactuar con “los otros” para no ser cómplices de “ellos”, los que detentan el poder. El ensayo concluye con una referencia al cuento tradicional “El traje nuevo del rey”, en el que el único inocente, el niño, fue quien dijo la verdad acerca de “ellos” y al hacerlo, salvó a “los otros” de su estupidez: “nuestra vocación, en nuestra condición de espectadores inocentes [...] es hacer lo que hizo el niño y continuar diciendo que el Rey está desnudo, aun a riesgo de que nos condenen como criminales”.⁴⁸ Merton deja sentada su propia pertenencia al mundo intelectual; y reclama la responsabilidad suya, de su lector, de los lectores de *Sur*, y de todos los que se mantenían al margen de las disquisiciones de la guerra fría, para señalar que deben decir algo (es decir, él mismo está asumiendo, en su artículo, el papel del niño que avisó que el Rey iba desnudo). Es muy significativo que la “Carta a un espectador inocente” haya sido escrita en 1959, es decir, previa a los años de mayor involucramiento de Merton en las cuestiones civiles y sociales de su tiempo. Así, puede ser considerada una especie de prólogo de los tiempos por venir en la vida de Merton, e incluso ayuda a explicar la profunda desazón del monje una vez que sus superiores le prohíben escribir sobre temas relacionados, por ejemplo, con la guerra de Vietnam.⁴⁹

“Boris Pasternak” realiza una lectura de *Dr. Zhivago* en una clave que podría llamarse cristiana, si bien Merton apunta a definir la profunda libertad que plantean el libro y su autor. Merton lee a Pasternak como muestra de su contexto y sostiene que la Vida es héroe y heroína en la novela: “no la Vida en abstracto, sino la Vida como alma y realidad de Rusia”.⁵⁰ Más allá de la perspectiva religiosa que Merton no evita, dada su condición de monje, es interesante el modo en que destaca valores que trascienden las diferencias de credo: verdad, libertad, atañen a toda la humanidad, de manera que la perspectiva puede ser llamada, también en este artículo, humanista. De hecho, Merton afirma que el Dr. Zhivago es “el género humano –todos–”.⁵¹

Merton destaca que Pasternak no puede ser ubicado en ninguno de los dos bandos de la guerra fría, porque “su atracción está dada por el hombre en sí, por la verdad que hay en él, por su simplicidad, por su contacto directo con la vida y porque posee la única fuerza revoluciona-

⁴⁶ *Ibid.*, p. 96.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 99.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 101.

⁴⁹ Las así llamadas *Cold War Letters* no obtuvieron el “Nihil Obstat” y circularon en copias mimeografiadas que se distribuían los amigos y seguidores de Merton.

⁵⁰ Thomas Merton, “Boris Pasternak, o los que llevan cadena de oro”, Merton y Ocampo, *Fragmentos de un regalo*, p. 135.

⁵¹ *Ibid.*, p. 136.

ría capaz de producir algo nuevo; se halla embebido de amor”.⁵² Estas palabras constituyen una definición ajustada del personalismo, y al mismo tiempo son las que Merton utiliza para señalar el mérito de *El Dr. Zhivago*. Y si bien en este artículo-reseña sobre la novela de Pasternak no hay referencias directas, puede leerse entre líneas el apego a las ideas de Maritain, particularmente aquellas referidas a la no participación política, que Merton subraya en la figura de Pasternak. “*El doctor Zhivago* confronta el comunismo con la vida misma y nos pone en presencia de conclusiones inevitables.”⁵³ Esas conclusiones tienen que ver, sostiene Merton, con la riqueza vital de la novela, con su filiación cristiana, no dogmática sino “primitiva”, y con la Libertad que se encuentra en la base de toda la novela. De ahí que tanto en el contexto de la guerra fría en la que estaban inmersos los Estados Unidos, como en el ámbito de *Sur* como “refugio” de la cultura en el contexto argentino, las ideas del personalismo, la salvación por el amor y la libertad resulten atrayentes para los lectores de Pasternak.

Si bien la temática es diferente, puede seguirse una línea de lectura con el siguiente artículo de Merton publicado en *Sur*. La “Carta a Pablo A. Cuadra” muestra por un lado el enfrentamiento entre los dos gigantes Gog y Magog (los Estados Unidos y la Unión Soviética) y, por otro, la función que le cabría a Latinoamérica cuando los dos gigantes se hubieren destruido mutuamente. Además de enrostrar a ambas potencias los excesos que cometen, Merton señala la riqueza de los pueblos originarios de América e insta a los norteamericanos a que entiendan a sus vecinos del sur y respeten y admiren su historia y su cultura. Este texto de Merton puede ser abordado considerando dos líneas temáticas. Por un lado, es evidente desde el comienzo la referencia a la guerra fría. Merton dedica las dos primeras secciones y la mitad de la tercera a describir a “Gog” y “Magog”, que, aunque son adversarios, terminan pareciéndose en sus ansias ilimitadas de poder. En su caracterización es evidente que tanto Gog como Magog se rigen por principios opuestos al personalismo: “A Gog y a Magog solo les importan los hombres, las etiquetas, solo los números, los símbolos, los lemas”.⁵⁴ Frente al personalismo que considera las capacidades, cualidades y necesidades de cada ser humano, Merton desdeña los métodos de las potencias que en lugar de ver personas, ven números. Hacia la mitad de la sección 3 del ensayo, hay una transición por la cual se llega al segundo tema, el de las Américas. Merton pide: “Permítaseme que de Gog y Magog pase al resto de los hombres. Y al decir ‘resto de los hombres’ me refiero a los que todavía no se han entregado a la causa de ninguno de los dos campeones”.⁵⁵ La alusión al “resto de los hombres” une este texto directamente con la “Carta a un espectador inocente” donde “nosotros” tenemos una responsabilidad con lo que en aquella carta se define como “el resto del mundo”. En este texto, donde Merton explica claramente su americanismo,⁵⁶ hay un punto en el que confluyen las dos temáticas principales: los latinoamericanos son los “extraños” y “ajenos” desde la perspectiva del turista (un personaje central en esta caracterización mertoniana), y tanto Gog como Magog podrían buscar su domesticación: “Basta con destruir de algún modo aquello que hay en él de diferente y desconcertante”.⁵⁷ Pero

⁵² Merton, “Boris Pasternak”, en *Fragmentos de un regalo*, p. 138.

⁵³ *Ibid.*, p. 146.

⁵⁴ Thomas Merton, “Carta a Pablo A. Cuadra, acerca de los gigantes”, Merton y Ocampo, *Fragmentos de un regalo*, p. 171.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 174.

⁵⁶ Hemos trabajado este tema en otros artículos de nuestra autoría.

⁵⁷ Merton, “Carta a Pablo A. Cuadra”, p. 182.

Merton sugiere que los “sobrevivientes del ‘Tercer Mundo’”⁵⁸ deberían buscar su propio camino, su tercera vía, podríamos decir, ya que los métodos de los dos gigantes han probado ser insuficientes. Esa vía se dará por el camino de las culturas de los pueblos sudamericanos, por la creatividad y la originalidad de los seres humanos, siempre y cuando se alejen de lo que la humanidad ha venido experimentando tanto desde el marxismo como el nazismo y el capitalismo, en el repaso que realiza el texto. Al personalismo, Merton opone lo que llama “humanismo”,⁵⁹ que si bien tiene una raíz religiosa, olvida la dimensión espiritual de los seres humanos: “Pretenden ser humanistas, pretenden conocer y amar al hombre. Han venido a liberar al hombre, dicen ellos. Pero no saben lo que es el hombre [...]. Es un humanismo de termitas, porque sin Dios el hombre se torna insecto”,⁶⁰ De ahí que la conclusión de la “Carta a Pablo A. Cuadra sea a la vez irónica y apocalíptica:

Un paso más, y el arma será absolutamente perfecta. Deberá destruir libros, obras de arte, instrumentos musicales, juguetes, herramientas y jardines, y dejar intactas banderas, armas, prisiones, sillas eléctricas, cámaras de gases, instrumentos de tortura y gran cantidad de chalecos de fuerza para los locos. Entonces podrá por fin iniciarse la era del amor.⁶¹

Merton escribe estas palabras en el contexto de la guerra armamentista, pero el contraste que presenta al final del texto no es solamente el de los gigantes Gog y Magog. Más allá de sus diferencias ideológicas, ambos representan modos de vida deshumanizados, y, sobre todo, tan materialistas que lo espiritual (asociado en este párrafo con el arte, la creatividad, el juego y el trabajo) será arrollado en la distopía final por instrumentos de muerte y destrucción.

“La otra cara de la desesperación”, subtítulo “Notas sobre el existencialismo cristiano”, recorre el camino desde el existencialismo francés hasta la versión cristiana en la que se supera tanto el interés por el *qué* de la escolástica tradicional como el interés por el *cómo* a que el mundo contemporáneo se ha reducido, para llegar a un interés por las personas, los individuos, el *quién*. Así, Merton opone la “nivelación” de la masa, tanto en la sociedad capitalista como en el sistema comunista, a la “rebeldía” individualista del existencialismo. Argumenta que el existencialismo “está, como el budismo zen y el misticismo cristiano apofático, oculto en la vida misma”.⁶² Frente al existencialismo vacío de, por ejemplo, Sartre, se encuentra el existencialismo *religioso* que considera no a la masa, al público, sino a la persona. Este es el punto en el cual surge la conexión con el *personalismo*, que Merton relaciona con la libertad. “La libertad mediante la cual se libera uno de la tiranía de la vacuidad es la libertad de elegir uno mismo sin estar de antemano determinado por el público.”⁶³ El existencialismo cristiano que propone Merton señala dos líneas fundamentales de su pensamiento: el diálogo o el respeto interreligioso y el valor otorgado a la persona o el personalismo. Desde esta perspectiva, afirma que la

⁵⁸ *Ibid.*, p. 185.

⁵⁹ Resulta necesario destacar que en este texto Merton utiliza la palabra “humanismo” con una significación peyorativa, como una filosofía que privilegia la existencia material del hombre y deja de lado su espiritualidad. Cabe hacer esta aclaración ya que en otras secciones de este mismo artículo nos referimos a Merton como humanista, en el sentido que asigna Maritain al término.

⁶⁰ Merton, “Carta a Pablo A. Cuadra”, p. 185.

⁶¹ *Ibid.*, p. 188.

⁶² *Ibid.*, p. 229.

⁶³ *Ibid.*, p. 244

misión de la religión es “inquietar al hombre en las profundidades de la conciencia”,⁶⁴ por lo cual le teología debe tener “una preocupación social definida” atendiendo a la intersubjetividad de las personas.⁶⁵ “A la teología existencial le interesa el hombre en su mundo y en su época.”⁶⁶ En tal asunción del lugar de cada uno en el mundo actual Merton ve la única salida posible al peligro que encarnan por un lado la “ilusión laica y positivista”⁶⁷ propia del siglo xx y, por otro, la “satisfacción institucional”⁶⁸ de quienes pertenecen a la Iglesia.

Por último, “Suzuki: el hombre y su obra” presenta a modo de reseña el pensamiento que pudo apreciar de su encuentro con el filósofo zen y de la lectura de sus obras. El eje fundamental es el acercamiento entre Oriente y Occidente, y las “obras de paz” en que sobresalió Suzuki tratando de aprehender el presente. Está claro que los textos de Merton que publica *Sur* son independientes, escritos en diferentes momentos y sobre temas distintos; no obstante, y como se ha ido señalando en el caso de los analizados más arriba, es posible leerlos en una suerte de continuidad que marca también el trayecto “espiritual” y cultural de la revista. Así, en esta nota sobre Suzuki, se lee en el primer párrafo que “el impacto del Zen en Occidente [...] se hizo sentir con toda fuerza justamente después de la Segunda Guerra Mundial, en medio del levantamiento existencialista”,⁶⁹ de manera que hay una referencia explícita a la publicación inmediatamente anterior de Merton en la revista de Ocampo. De Suzuki, Merton rescata principalmente su capacidad para el diálogo (sobre todo, para el diálogo a través de lenguas y culturas): “No cabe duda de que el doctor Suzuki aportó a esta era del diálogo un don propio muy especial: una capacidad de percibir y adoptar el punto de vista preciso desde el cual podía esperarse una comunicación efectiva”.⁷⁰ Merton saca la conclusión de que los libros del japonés son uno de los grandes aportes a las obras de paz del siglo xx. Debe recordarse que en el imaginario norteamericano, el Japón fue uno de los grandes enemigos en la Segunda Guerra Mundial; y es ese el contexto desde el cual Merton sostiene que Suzuki “ha acercado a Oriente y Occidente, haciendo que el Japón y Norteamérica armonicen en un nivel profundo”.⁷¹

No es posible cerrar el análisis de las contribuciones de Merton en *Sur* sin mencionar “Amor y necesidad” y “Todas las tardes Atlas vigila”. Ambos textos aparecieron en el número de enero de 1959, como un homenaje luego de la muerte de Merton en Tailandia. Resulta interesante que la selección de estos dos textos pone de manifiesto dos facetas de Merton, de las cuales hasta ese momento la revista había mostrado solo una: Merton el pensador místico. “Amor y necesidad” se inserta en esa línea. Merton describe al amor como “una intensificación de la vida, una plenitud, una totalidad de vida”.⁷² Pero en contraposición a la idea del amor como posesión, Merton sostiene que es “un poder espiritual trascendente”.⁷³ Esa trascendencia

⁶⁴ *Ibid.*, p. 251.

⁶⁵ Este es el ensayo de Merton en el que puede advertirse la idea personalista que King señala como preponderante en *Sur* (King: p. 81).

⁶⁶ Thomas Merton, “La otra cara”, p. 257.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 259.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 260.

⁶⁹ Thomas Merton, “Suzuki, el hombre y su obra”, Merton y Ocampo, *Fragmentos de un regalo*, pp. 284-285.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 285.

⁷¹ *Ibid.*, p. 294.

⁷² Thomas Merton, “Amor y necesidad”, Merton y Ocampo, *Fragmentos de un regalo*, p. 327.

⁷³ *Ibid.*, p. 336.

se lleva a cabo por el hecho de que al amar se reafirma la identidad de la persona, a través de la mirada del otro. Esa comunicación íntima que es el amor tiene, para Merton, “un poder transformador de intensidad casi mística”.⁷⁴ El artículo versa sobre el amor humano; sin embargo, Merton lo equipara a la experiencia mística. Es un texto absolutamente revelador del Merton de la última época, el Merton humanista para quien la contemplación también puede hacerse presente en el amor humano.

La otra faceta de Merton que *Sur* muestra por primera vez en este número con una publicación póstuma es la del poeta, el escritor creativo. “Todas las tardes Atlas observa” tiene, en el texto original en inglés, una nota explicativa:

Este es otro tratamiento del mito de Atlas, más antiguo, menos desarrollado y poético. Nuevamente son evidentes los temas de la creatividad, el poder, la destrucción y la factibilidad –pero el tono es intencionalmente liviano. Estas líneas pueden ser leídas como guión para una obra de títeres. No son más que eso.⁷⁵

En el relato (o en rigor notas para la obra de marionetas) sobrevuela un tono irónico que es, en el fondo, el mismo que se advierte en la “Carta a Pablo A. Cuadra” y en la “Carta a un espectador inocente”. La diferencia está dada por el género textual: en las dos “Cartas” se trata de ensayos que intentan hacer reflexionar sobre la realidad, mientras que estas notas son, al menos en el pacto de lectura, ficción. Las líneas finales, sin embargo, dan un anclaje repentino y brutal con un futuro distópico: “De esta extraña manera, la raza humana entera llegó al final, ¡y todo debido a un apasionamiento con los números!”.⁷⁶ Resulta significativo que el único texto de ficción de Merton publicado en *Sur* sea este, que tiene un carácter experimental en lo formal y que en lo temático advierte sobre la destrucción del mundo si quienes lo guían siguen enceguecidos de poder.

Los cuatro primeros ensayos, de los cuales dos toman la forma de carta, manifiestan claramente la posición de Merton en el contexto de la guerra fría. De la lectura de su correspondencia con escritores amigos y con su editor, James Laughlin, se desprende que Merton tenía dificultades para difundir sus ideas pacifistas en los Estados Unidos.⁷⁷ De este modo, *Sur* se convierte en una plataforma continental para el monje norteamericano.

En su profundo estudio sobre la revista fundada y dirigida por Ocampo, John King sostiene: “Había dos aspectos de la obra de Merton: el contemplativo y el comprometido. *Sur* tendió a publicar el primero”,⁷⁸ No obstante, si se realiza una lectura detenida de los textos mertonianos publicados, es evidente que (como en su propia vida y en otros escritos suyos) Merton está haciendo un llamado a la acción. Su actitud contemplativa está profundamente

⁷⁴ *Ibid.*, p. 338

⁷⁵ “This is another, earlier treatment of the Atlas myth, less developed and less poetic. The themes of creativity, power, destruction and facticity are again evident –but the tone is intentionally trifling. These lines may be read as notes for a puppet show. It is nothing more”, Thomas Merton, *The Collected Poems*, Nueva York, New Directions, 1977, p. 728.

⁷⁶ Thomas Merton, “Todas las tardes Atlas vigila”, Merton y Ocampo, *Fragmentos de un regalo*, p. 348.

⁷⁷ A modo de ejemplo, pueden verse las cartas a James Laughlin acerca de *The Cold War Letters* o la referencia al hecho de que *Original Child Bomb* fue censurado en Francia en 1962 (Merton, Laughlin, 1997, pp. 195 y ss.)

⁷⁸ John King, *Sur: Estudio de la revista literaria argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura, 1931-1970*, México, FCE, 1989, p. 222.

comprometida con el estado del mundo contemporáneo y no puede negarse que Merton hace escuchar una voz que podría parecer disonante en el contexto de la publicación, pero, decididamente, no con el mundo de los '60. King subraya que a lo largo de su existencia, *Sur* “siempre arrancaría la competencia literaria de las manos de los comprometidos y la llevaría a un mundo de valores abstractos, universales”.⁷⁹ Particularmente, King ve en la adhesión de *Sur* al personalismo durante la década de 1930 un modo de acomodamiento al humanismo cristiano que permitía abstraerse de los problemas del mundo real.⁸⁰ Pero si se transpola la noción a los años '60, resulta evidente que las circunstancias eran bien diferentes incluso dentro de la Iglesia. De hecho, en numerosas cartas a otros corresponsales⁸¹ Merton hace referencia a los vientos de cambio del Concilio Vaticano II, a la Iglesia latinoamericana y la Teología de la Liberación, y a la necesidad de asumir un verdadero compromiso con la realidad circundante. Y si *Sur* mantiene una postura abstracta, universalista, en cambio el Merton de 1940 no es el mismo de 1960, y sus escritos bregan por la necesidad de comprometerse con la realidad. Ya sea en razón de la amistad entre Merton y Ocampo o por el renombre del monje, *Sur* publica textos suyos que no se condicen con valores abstractos. En todo caso, la abstracción o universalismo puede quedar plasmada en el hecho de que solamente en una ocasión Merton es referenciado directamente en las “Noticias sobre los colaboradores”,⁸² en el número 275, cuando se publica la “Carta a Pablo A. Cuadra”. La “Noticia” intenta llevar el contenido de la contribución de Merton a un plano abstracto y relativamente universal. En realidad, la Carta presenta ciertas ideas generales sobre los “modos de comportarse de los occidentales”; pero al mismo tiempo, este es el texto más políticamente comprometido de Merton, y aquel en el cual más explícitamente se refiere a la “cuestión latinoamericana”. A la guerra fría, y a la función que le cabrá a las razas del hemisferio Sur en un hipotético estadio histórico futuro.

Los trabajos de Merton en *Sur* pueden ser abordados como parte de su compromiso con la tarea intelectual, pero sobre todo con el diálogo y la paz. Las dos facetas de su vocación aparecen definidas muy claramente en una carta que Merton dirige a James Laughlin, su amigo y director de la editorial New Directions, que publicaría la mayoría de las obras de Merton a partir de 1945:

Soy contemplativo y escritor, y en consecuencia mi trabajo consiste en hablar y escribir como tal en la situación actual, en la que hay una negación masiva de los valores del espíritu que ha poseído el hombre, incluyendo la negación de Cristo, implícitamente, aun por parte de algunos de los más sólidos y respetables “Cristianos”.⁸³

Su compromiso se advierte principalmente en la “Carta a un espectador inocente” y en la “Carta a Pablo A. Cuadra, acerca de los gigantes”.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 84

⁸⁰ John King, *Sur. Estudio*, pp. 81 y ss.

⁸¹ Por ejemplo, a Jacques Maritain, Ernesto Cardenal, Pablo A. Cuadra y Miguel Grinberg.

⁸² En el n° 275 se lee: “Thomas Merton, el conocido religioso trapense, manifiesta en sus últimos escritos una viva preocupación por señalar los errores, desaprensiones y absurdos modos de comportarse de los occidentales” (p. 121).

⁸³ “I am a contemplative and a writer, and consequently my job is to speak as one and write as one in the present situation in which there is a massive denial of all the values of the spirit that man has ever possessed including denial of Christ, implicitly, even by some of the most solid and respectable ‘Christians’.” Thomas Merton, James Laughlin, *Correspondence*, p. 184.

Es esa necesidad de involucrarse lo que lleva a Merton a escribir ese texto tan concreto, que tomará la forma de carta, aunque ya no a “un” espectador cualquiera, sino a un escritor bien definido. En algunas cartas de 1961 puede rastrearse el proceso de escritura de la “Carta a Pablo A. Cuadra, acerca de los gigantes”, donde la reflexión sobre la situación que lo motiva ocupa un lugar preponderante. Así, Merton escribe a Cardenal el 11 de septiembre de 1961:

Desde que comencé esta carta he escrito el texto que pienso mandarle a Pablo Antonio. [...] No veo ninguna necesidad de ser trágico con respecto a la situación del mundo. Todavía es una guerra de nervios en vez de bombas, pero una guerra de nervios con bombas. En tal situación uno tiene que mantener la objetividad, sin cultivar, sin embargo, la falsa objetividad técnica de los ingenieros de la muerte.⁸⁴

Y en una carta personal que escribe a Pablo A. Cuadra el 16 de septiembre de 1961, Merton le dice, refiriéndose a la carta “Acerca de los gigantes”:

[...] En realidad le he escrito una carta larga que están tipeando ahora [...]. Lo que tenía que decir tomó la forma de una carta porque sentí que lo podía decir mejor si conocía al destinatario. Así, al hablarle a usted en primer término he dicho lo que pensé debía decirse a todos los demás, especialmente en Latinoamérica [...]. Sentí que mi posición requería de un pronunciamiento acerca de dónde estoy parado, moralmente, como escritor cristiano.⁸⁵

El 24 de diciembre del mismo año le cuenta con entusiasmo a Cardenal que Victoria Ocampo va a publicar la Carta sobre los Gigantes en *Sur*.⁸⁶ Para 1962, la Carta ya ha sido ubicada y compartida en Latinoamérica, pero aún queda el nicho de los Estados Unidos para su difusión: Merton incluiría el texto en *Emblems of a Season of Fury*, que New Directions editó en 1963. En un libro compuesto de poemas propios de Merton y traducciones de poetas latinoamericanos, la “Carta a Pablo A. Cuadra”, ubicada en medio de las dos secciones, establece desde lo literario el puente, el diálogo, la comprensión que Merton preconizaba debía establecerse entre las dos Américas.

5. Conclusión

La relación de Merton con *Sur* y con Victoria Ocampo puede estudiarse en el marco de las relaciones que el monje estableció con numerosos escritores, intelectuales y activistas de su época. Por su parte, en el afán de dar a conocer autores extranjeros en el ámbito argentino y latinoamericano en general, Merton ya había sido huésped en las páginas de *Sur*, mediante las

⁸⁴ Thomas Merton y Ernesto Cardenal, *Correspondencia (1959-1968)*, ed. y trad. de Santiago Daydí-Tolson, Madrid, Trotta, 2003, p. 76.

⁸⁵ “[...] as a matter of fact I have really written you a long letter which is now being typed out [...] What I had to say took the form of letter because I felt I could say it better if I knew the person I was addressing. Hence in speaking to you first of all I have said what I thought needed to be said to everyone else, especially in Latin America. [...] I felt that my position called for some kind of a statement of where I stand, morally, as a Christian writer.” Thomas Merton, *The Courage*, pp. 188-189.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 85.

reseñas de sus obras, antes de que él mismo comenzara a enviar colaboraciones. Este es un punto importante: en el caso de las reseñas, *Sur* remite a un autor conocido, publicado, “actual”. En el caso de los artículos escritos por Merton, es él quien implícitamente “pide” un espacio en la revista en la que ha logrado entrever algo de su propio interés por las Américas, la cultura y el mundo de su época.

Que *Sur* haya llegado a manos de Merton habla del éxito del ideal de diálogo interamericano que proponía Ocampo. Y que Merton haya escrito y publicado en *Sur* remite por un lado a una respuesta dentro de ese diálogo, y por otro lado a un nodo de tantos en las redes que iba tendiendo Merton en su lucha por la paz y el entendimiento de los pueblos.

En los artículos (bajo la forma de ensayos o cartas que podrían denominarse “abiertas”) que Merton publica en *Sur* es posible notar dos líneas temáticas: la primera es la necesidad de que haya diálogo y entendimiento entre culturas diferentes (evidente en “Boris Pasternak y los que llevan cadena de oro”, “Carta a Pablo A. Cuadra” y “D. T. Suzuki. El hombre y su obra”). La segunda es el llamado a involucrarse en la realidad contemporánea (en “Notas sobre el existencialismo cristiano” y “Carta a Pablo A. Cuadra”, fundamentalmente). Esta división es solo analítica, ya que en la totalidad de los textos pueden verse desarrollos de ambos temas con mayor o menor profundidad, según el caso. Incluso en una época en que las “redes sociales” virtuales a través del desarrollo tecnológico todavía no habían llegado a escena, Merton, que establecía sus propias redes a través de cartas, revistas culturales y literarias, visitas que recibía en la abadía y lecturas que le hacían llegar sus amigos y conocidos, era consciente de la creciente interrelación en el mundo en la segunda mitad del siglo xx. Un repaso somero de los números de la revista *Sur* publicados en la década de 1960 pone de relieve que muchos autores, poetas, pensadores conocidos y recomendados por Merton fueron publicados en la revista de Ocampo. Claro que no puede afirmarse sin más que las contribuciones aparezcan como resultado de la intervención del monje; pero resulta evidente que hay un entramado cultural y social del que Merton no está ausente. De esas redes que descubría, creaba o en las que participaba, Merton extrae una conclusión basada en su propio humanismo: solamente el diálogo, el entendimiento entre pueblos y culturas, la búsqueda de puntos comunes entre religiones y creencias, podrá acercar el fin de los enfrentamientos bélicos que, por otra parte, Merton también promovía con sus escritos y sus participaciones pacifistas.

En la carta antes citada que Merton envía a Laughlin, afirma: “Soy contemplativo y escritor”,⁸⁷ Lejos de mostrar solamente en *Sur* la faceta contemplativa,⁸⁸ sus textos ponen de relieve el compromiso con el siglo xx y sus circunstancias, que fue para Merton una prioridad incluso desde el enclaustramiento en un monasterio del Kentucky rural. Así, las publicaciones firmadas por Merton que aparecen en la revista, y las reseñas de sus libros a lo largo de dos décadas, pueden ser abordadas teniendo en cuenta la contradicción que King presenta para definir a *Sur* en general: “Un factor determinante de la revista fue [...] la aparente contradicción entre compromiso y retiro”.⁸⁹ En las páginas de *Sur*, Merton representa justamente al monje que escribe obras sobre monasticismo y sobre la vida mística y contemplativa, al tiempo que señala la responsabilidad social de los intelectuales y condena a los dos adversarios que

⁸⁷ “I am a contemplative and a writer”, Thomas Merton, James Laughlin, *Selected Letters*, pp. 184.

⁸⁸ Como sostiene John King (cf. *supra*).

⁸⁹ John King, *Sur. Estudio*, p. 248.

destruirán el mundo occidental. Leídos en el contexto de la revista, los textos de Merton contribuyen a sostener el personalismo que ve al hombre imbricado en su entorno para producir un cambio que, al menos desde la perspectiva de *Sur*, puede generarse a través de la traducción literaria y el intercambio de ideas, aunque sea en círculos reducidos. Para Merton, por otro lado, *Sur* es una iniciativa bien organizada y con el mismo nivel de interés por el mundo y la cultura que él mismo; y representa un modo de llegar al extremo sur de Latinoamérica. En ambos sentidos, los textos de Merton publicados en *Sur* son modos concretos en los que el pensamiento del monje se compromete con la situación social, política y cultural de los años '50'y '60 del siglo xx. □

Bibliografía

- Baker, John Thomas, *Thomas Merton: Social Critic* [1971], Kentucky, The University Press of Kentucky, 2009.
- Burgos, Juan Manuel, “Cinco claves para comprender a Jacques Maritain”, *Acta Philosophica*, vol. 4, 1995, pp. 5-25.
- Cooper, David, *Thomas Merton's Art of Denial. The Evolution of a Radical Humanist*, Atenas (Georgia), The University of Georgia Press, 1989.
- Devés-Valdés, Eduardo, *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Santiago de Chile, IDEA, 2007.
- Even-Zohar, Itamar, “The Literary System”, *Poetics Today*, vol. 11, n° 1, primavera de 1990), pp. 27-44. URL: <<http://www.tau.ac.il/~itamarez/works/books/ez-pss1990.pdf>>.
- King, John, *Sur. Estudio de la revista literaria argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura, 1931-1970*, México, FCE, 1989.
- Maritain, Jacques, *Humanismo integral. Problemas temporales y espirituales de una nueva cristiandad*, Madrid, Palabra, 1999.
- , “Humanismo Cristiano”, http://www.jacquesmaritain.com/pdf/08_HUM/13_H_HumCrist.pdf, p. 18.
- Meade, Mark, “From Downtown Louisville to Buenos Aires: Victoria Ocampo as Thomas Merton's Overlooked Bridge to Latin America and the World”, *Merton Annual*, 2013, Kentucky.
- Merton, Thomas, *The Collected Poems of Thomas Merton*, Nueva York, New Directions, 1977.
- , *Conjectures of a Guilty Bystander*, Nueva York, Doubleday, 1968.
- , *The Courage for Truth: The Letters of Thomas Merton to Writers*, ed. de Christine M. Bochen, Nueva York, Farrar, Straus, 1993.
- , *Emblems of a Season of Fury*, Nueva York, New Directions, 1963.
- Merton, Thomas y Ernesto Cardenal, *Correspondencia (1959-1968)* ed. y trad. de Santiago Daydí-Tolson, Madrid, Trotta, 2003.
- Merton, Thomas y James Laughlin, *Selected Letters*, ed. de David D. Cooper, Nueva York, W. W. Norton, 1997.
- Merton, Thomas y Victoria Ocampo, *Fragmentos de un regalo. Correspondencia y artículos y reseñas publicados en Sur*, Buenos Aires, Sur, 2011.
- Podlubne, Judith, “Un arte para el hombre. Literatura y compromiso en *Sur* y *Contorno*”, *Anclajes*, vol. xvii, n° 2, diciembre de 2014.
- Willson, Patricia, *La Constelación del Sur. Traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo xx*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

Resumen / Abstract

Thomas Merton en Latinoamérica. Su presencia en la revista *Sur*

Este artículo explora la relación del monje norteamericano Thomas Merton con la revista argentina *Sur*, fundada y dirigida por Victoria Ocampo. Se busca estudiar las ideas de Merton en la revista, a través del análisis de ensayos y otros textos que aparecieron en la publicación. ¿Qué ideas de las que promueve Merton interesan a *Sur*? ¿Por qué *Sur* publica ensayos del monje estadounidense? ¿Tienen algún aspecto en común los diversos textos de Merton aparecidos en la revista de Ocampo? El objetivo principal de este trabajo es comprender los modos en que las publicaciones de Merton en *Sur* se insertan en el contexto social, literario y cultural de mediados del siglo XX, a través de la confluencia en las ideas de humanismo / personalismo.

Palabras clave: Redes intelectuales - Personalismo - Thomas Merton - *Sur* - Victoria Ocampo

Fecha de recepción del original: 30/8/2017

Fecha de aceptación del original: 21/11/2018

Thomas Merton's Ideas in Latin America: His Writings in *Sur*

This article explores Thomas Merton's relation with the Argentine journal *Sur*, directed by Victoria Ocampo. It aims at studying Merton's works and contributions to the journal, in search of the cultural and intellectual networks that are visualized in those writings. Which of Merton's ideas seem appealing to *Sur*? Why does *Sur* publish essays by the American monk? Do texts by Merton published in Ocampo's journal share any traits? Our main objective is to understand the ways in which Merton's texts in *Sur* connected with the social, literary and cultural contexts of the mid-20th century, through their shared confluence with the ideals of humanism / personalism.

Key words: Intellectual networks - Personalism - Thomas Merton - *Sur* - Victoria Ocampo

Reflexiones sobre la obra de Tulio Halperin*

José Carlos Chiaramonte

Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, UBA / CONICET

En la historiografía argentina de la segunda posguerra ha sido profunda la influencia de los historiadores franceses vinculados a la revista *Annales*...¹ y a la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*. En ella, sobresale la de su principal figura, Fernand Braudel, a partir de la publicación de su libro sobre la historia del Mediterráneo en tiempos de Felipe II.² Sin embargo, aún permanece abierto a mayor examen el irresuelto problema de que aquella corriente adolecía, el de la relación entre historia social e historia política, problema hecho explícito por los críticos de Braudel y hasta por él mismo. Una forma de llevar a cabo esa indagación es examinar, como haremos en este trabajo, cómo afrontó este problema el principal exponente argentino de la influencia de Braudel, Tulio Halperin.

Recuerdo que en 1961, en un seminario sobre historia económica europea, Ruggiero Romano, colaborador entonces de Fernand Braudel, criticó la expresión “escuela de los *Annales*” considerando que el conjunto de historiadores vinculados a la *École des Hautes Études* no conformaban lo que se entiende por una escuela, en el sentido de un grupo caracterizado por una comunidad de criterios.³ El curso de Romano formaba parte de las actividades de la cátedra de historia social de José Luis Romero –Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires–, cátedra que por el complejo de actividades que realizaba se acercaba bastante

* Agradezco las valiosas observaciones al borrador de este texto hechas por Alejandro Cataruzza, Gabriel Di Meglio, Roberto Di Stefano, Osvaldo Feinstein, Julián Giglio, Noemí Goldman, Herbert Klein, Eduardo Míguez, José Nun, Mariano Plotkin y Nora Souto, así como la información sobre algunas fuentes valiosas que me proporcionó Fernando Devoto.

¹ *Annales, Economies, sociétés, civilisations*. Según el sitio oficial de la revista, esta tuvo diferentes nombres desde su fundación en 1929 hasta el presente. 1929-1938: *Annales d'histoire économique et sociale*; 1939-1941: *Annales d'histoire sociale*; 1942-1944: *Mélanges d'histoire sociale*; 1945: *Annales d'histoire sociale*; 1946-1993: *Annales. Économies, sociétés, civilisations (Annales ESC)*; 1994-: *Annales. Histoire, sciences sociales (Annales HSS)*. He adoptado el de los años de mayor incidencia en lo que trato.

² Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, 1949; 2ª éd. revue et augmentée, 1966 [trad. esp.: Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo Mediterráneo en la época de Felipe II*, México, FCE, 1953].

³ Ese juicio lo reiteró también en un posterior texto sobre Braudel: “Confieso que odio oír hablar de la ‘escuela de los *Annales*’, ya que escuela nunca ha sido, ni siquiera buscándola con el microscopio. Pero lo cierto es que la revista ha sido una extraordinaria caja de resonancia”. Ruggiero Romano, *Braudel y nosotros. Reflexiones sobre la cultura histórica de nuestro tiempo*, México, FCE, 1997, p. 53.

a la modalidad de un instituto de investigaciones. Comenzaba entonces a brillar allí un joven historiador, Tulio Halperin Donghi, que compartía, con otras figuras luego también destacadas, una común apertura a las tendencias renovadoras de la historiografía europea de la segunda posguerra, especialmente la que provenía de los historiadores franceses vinculados a la *École*. Formasen o no una escuela, ellos eran comúnmente percibidos como exponentes de una distintiva manera de hacer historia. Esa influencia era tan fuerte que hizo declarar a un orgulloso Braudel “Nous sommes les maîtres à Buenos Aires”.⁴

En consonancia con ella, en el entorno de Romero prevalecía la concepción de una historia social, con frecuencia caracterizada por la preponderancia de la historia económica. Pero Halperin, con una personal concepción del oficio de historiador, si bien seguía el cauce abierto por la historia social, eludió la supremacía de la historia económica; con agudo manejo de las inferencias que se podían hacer desde lo económico, y con conciencia de sus límites, tendía a reconstruir lo que había ocurrido en el pasado sin encerrarlo en el marco de algún esquema de interpretación previo, tal como se apreciaba en esos textos en los que el relato de los hechos políticos se inserta en lo que llamó alguna vez “un estilo de vida”,⁵ con logros cuya agudeza y profundidad el lector disfrutaba continuamente. Asimismo, los párrafos dedicados a algunas facetas de la política en un texto temprano como el del tercer tomo de su colección de historia argentina, pero sobre todo los contenidos en *Revolución y guerra*, reflejan lo que comentamos.⁶

Uno de los primeros trabajos de Halperin, “El Río de la Plata a comienzos del siglo XIX”,⁷ es un ejemplo de lo que entrañaba esa influencia de los historiadores franceses. También lo son sus libros de historia latinoamericana –*Historia contemporánea de América Latina*, y *Reforma y disolución de los imperios ibéricos*–.⁸ Difícil sería enumerar todos los escritos con que Halperin contribuyó desde entonces de manera sobresaliente a renovar la labor histórica en la Argentina de la segunda mitad del siglo XX. Sus obras más conocidas, como *Historia contemporánea de América Latina* (1969), *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla* –1972– o *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)* –1980– son cabal reflejo de esa labor. Pero también es importante tener presente que muchos

⁴ Sobre la política de Braudel para difundir su concepción de la historia, comenta uno de sus discípulos, Marc Ferro, que ella era prácticamente imperialista, considerando que “l’École des Annales et ses compagnons, ceux qui travaillaient avec lui, fabriquaient l’histoire qui était la seule histoire scientifique, expérimentale...” Así, agrega Ferro, Braudel enumeraba los lugares en los que ella se había impuesto: “Nous avons gagné l’université de Strasbourg”, “Nous sommes les maîtres à Buenos Aires”, “Romano va faire le tour de l’Amérique Latine”, “Nous tenons bon en Europe centrale et surtout en Pologne, qui est notre base principale ainsi que l’Italie; en Russie, je vais aller voir comment cela se passe”. Comenta Ferro que “...à certaine période, on l’a défini comme le ‘pape de l’histoire’ [...] *Imperium, Imperator* je dirai, encore plus, car Braudel était une sorte d’impérialiste de la forme d’histoire qu’il disait correspondre aux nécessités de l’explication analytique”. Jean Sagnes, “Le témoignage de Marc Ferro sur Fernand Braudel”, entrevista incluida en P. Carmignani, *Autour de Fernand Braudel*, Perpignan, Presses Universitaires de Perpignan, 2002 <<http://books.openedition.org/pupvd/3837>>.

⁵ Tulio Halperin Donghi, “El Río de la Plata al comenzar el siglo XIX”, *Ensayos de historia social*, 3, Buenos Aires, 1961, trabajo incluido luego en Tulio Halperin Donghi, *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972, p. 70.

⁶ Tulio Halperin Donghi, *De la revolución de independencia a la confederación rosista*, Buenos Aires, Paidós, 1972.

⁷ Tulio Halperin Donghi, “El Río de la Plata”.

⁸ Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1969 y *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850*, Madrid, Alianza, 1985. Sobre otros aspectos de la relación de Halperin con Braudel y la *École des Hautes Études*, véase Fernando Devoto, “Para una reflexión sobre Tulio Halperin Donghi y sus mundos”, *Prismas*, n° 19, Buenos Aires, 2015, y Carlos Altamirano, “La novela de la formación de un historiador”, *Estudios Sociales*, n° 42, 2012.

de sus más originales y decisivos aportes a esa renovación fueron formulados previamente en trabajos de extensión media, como, entre otros, el ya citado “El Río de la Plata a comienzos del siglo XIX”, “La expansión ganadera de la provincia de Buenos Aires” (1963), “El surgimiento de los caudillos en el cuadro de la sociedad rioplatense post-revolucionaria” (1965), o “La revolución y la crisis de la estructura mercantil colonial en el Río de la Plata” (1966).⁹ En estos trabajos Halperin organizaba de manera talentosa los datos provenientes de su compulsión de fuentes primarias con una inteligente relectura de la obra de antiguos historiadores, nacionales o provinciales, y abordaba una nueva forma de enfocar los fenómenos políticos mostrando su dimensión social.

La postura historiográfica de Halperin se forjó también condicionada por su fuerte polémica con las interpretaciones dogmáticas del pasado. Es de notar su crítica incisiva a visiones ingenuas que adscriben los personajes históricos a esas inexistentes clases sociales, la de los buenos y la de los malos. Como también su incesante demolición de interpretaciones fundadas en un esquema determinista tendiente a establecer relaciones directas entre grupos económicos y movimientos políticos. Esas virtudes se comprueban también en sus obras de cobertura latinoamericana, como *Reforma y disolución de los imperios ibérico e Historia contemporánea de América Latina*, en las que sobresalía la capacidad de reunir información historiográfica actualizada, compararla, y juzgar su validez.¹⁰ Así, quien conociese los trabajos de historia argentina del autor podría comprobar que esa atención prestada a los avances del conjunto de la historiografía latinoamericanista condicionaba sus logros en la historia nacional.

Sin embargo, y sin desconocer esas fundamentales contribuciones suyas a la historia latinoamericana, también es necesario advertir que existe en ellas un déficit en la comprensión de las raíces de los conflictos políticos del siglo XIX, consecuencia del mismo problema que afectó a la obra de Braudel, pero también de algunos supuestos que condicionaban su trabajo, cuyo análisis es imprescindible para mejor evaluar sus diversas facetas.

Supuestos de su enfoque historiográfico

El principal problema que afectó su enfoque de la historia rioplatense deriva de un anacronismo que compartíamos, en nuestros comienzos, muchos de los historiadores de aquellos años de la segunda posguerra. Se trata del supuesto de la existencia de la Argentina hacia 1810, y de la correspondiente nacionalidad, anacronismo consistente en ubicar en los comienzos del siglo XIX lo que fue tardío resultado y no causa del proceso abierto por la independencia.¹¹

En un programa de un curso a su cargo en la cátedra de historia social, del año 1960 o 1961, Halperin mencionaba a los pueblos del Interior rioplatense como integrantes del “inte-

⁹ Tulio Halperin Donghi, “La expansión Ganadera en la Campaña de Buenos Aires (1810-1852)”, *Desarrollo Económico*, vol. 3, n° 1/2, 1963; “El surgimiento de los caudillos en el cuadro de la sociedad rioplatense post-revolucionaria”, *Estudios de historia social*, 1, Buenos Aires, 1965, “La revolución y la crisis de la estructura mercantil colonial en el Río de la Plata”, *Estudios de historia social*, 2, Buenos Aires, 1966. Incluido parcialmente en *Revolución y guerra*.

¹⁰ José Carlos Chiaramonte, “Balance y crítica de la historia latinoamericana”, reseña de Tulio Halperin Donghi, *Reforma y disolución*, en *Punto de Vista*, Año x, n° 29, Buenos Aires, abril-julio de 1987.

¹¹ Por ejemplo, mi libro *Ensayos sobre la ‘Ilustración’ argentina*, Paraná, Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, 1962.

rior argentino”.¹² También en un trascendente libro suyo de 1961, al referirse al cabildo abierto del 22 de mayo de 1810, invocaba de este modo al inexistente país: “La presencia de elementos ideológicos tradicionales es entonces innegable en la Argentina que comienza su aventura revolucionaria”. Y en el tercer tomo de la historia argentina que, bajo su dirección, apareció en 1972, identificaba el proceso económico de Buenos Aires con el del “país” adjudicándole una estructura económica que habría madurado hacia 1850:

El hecho mismo de que, en medio de las crisis políticas de las que le hace una culpa no haber evitado, el país pudo, sin embargo, proseguir ese desarrollo y hacia 1850 había terminado de darse una nueva estructura económica, capaz de funcionar de modo equilibrado [...].¹³

Este supuesto se refleja en el subtítulo de su principal obra, *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, pese a que el escenario político de aquellos años no era el protagonizado por una élite en formación sino por diversas élites “provinciales” que disputaban la forma de organizar un nuevo estado. Esto puede explicar también su falta de indagación de la naturaleza de la fundamental contienda entre centralistas y federalistas –más tarde “unitarios y federales”–, salvo en lo referente a las secuelas facciosas del enfrentamiento. La trascendencia de ese anacronismo consiste en que impide formular las preguntas decisivas para comprender las claves de la historia del siglo XIX rioplatense, preguntas tales como, entre otras, las siguientes: ¿Si la Argentina no existía, qué era lo que existía? ¿Qué eran las ciudades reunidas en la Primera Junta en 1810? ¿En qué pueblo habría retrovertido la soberanía? ¿De qué naturaleza era el gobierno de la Primera Junta?

Por otra parte, si recorremos las páginas de *Revolución y guerra* podremos observar el efecto que la inexistencia de la Argentina genera en quien la está suponiendo como existente pero que no puede encontrarla en lo que estudia. Porque lo que en realidad leemos en este libro, pese a lo declarado en el subtítulo, no es un estudio de la Argentina sino de una ambigua entidad llamada “el Río de la Plata” que no es el nombre de un país, nación o Estado, pero que en el texto de Halperin cumple discursivamente tal función para permitirle organizar el estudio de los pueblos rioplatenses como si fuesen partes de un país. Incierta denominación que solemos utilizar, confieso, para designar el conjunto que poblaba el territorio remanente de la supresión del Virreinato.

Por eso, ese punto de partida, si bien afectará a su comprensión de la naturaleza de los conflictos políticos, no le impedirá realizar en *Revolución y guerra* uno de los más notables e innovadores relatos de muchas de las características de las sociedades rioplatenses en los primeros años de vida independiente. Quizás esto pueda ser equiparado, *mutatis mutandis*, a la respuesta afirmativa que daba Halperin a la pregunta de Ortega y Gasset –que comentamos

¹² “HISTORIA SOCIAL: Ubicación social de los grupos políticos en el interior argentino (1810-1880). I) Surgimiento de los gobiernos de caudillos...”, Programa de la cátedra, p. 1. Documento del archivo Halperin recientemente habilitado en The Bancroft Library, University of California, Berkeley. A partir de ahora el archivo será mencionado como *Tulio Halperin Donghi papers, BANC MSS 2015/156*. El documento referido por esta nota: *Tulio Halperin Donghi papers, BANC MSS 2015/156*, Carton 2, [60/61], Otgoing Correspondence. El documento no tiene fecha, la que se infiere de su colocación en el archivo en la carpeta correspondiente a esos dos años.

¹³ Tulio Halperin Donghi, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, Buenos Aires, Eudeba, 1961, p. 181, y *De la revolución de independencia a la confederación rosista*, Buenos Aires, Paidós, 1972, p. 308.

más adelante— sobre si puede realizarse una obra histórica valiosa basada en una teoría inválida. Porque enmarcado en esa ambigua entidad denominada “el Río de la Plata”, Halperin realiza sin embargo un estudio de las características económicas, sociales y políticas de Buenos Aires y de los demás pueblos rioplatenses que ha motivado con justicia los elogios que el libro ha merecido.

Es cierto que “el Río de la Plata” de Halperin es un territorio que coincide con lo que sería la futura Argentina, pues no contiene ni el Alto Perú ni otros territorios que quedarían fuera de ella. Pero es expresivo que en el abordaje de la realidad, a lo largo de todo lo que describe en el libro, se le ha hecho imposible utilizar el adjetivo “argentino” —término que, además, en la época designaba solo a los porteños—. El contenido del libro no concuerda entonces con lo anunciado por el subtítulo, lo que lejos de ser un demérito es una prueba de la calidad del historiador que en su estudio se atiene a lo que encuentra en la realidad y no a un concepto de matriz ideológica.

Como evidencias de lo que estamos señalando podemos advertir que si reparamos en la cantidad de veces que aparecen en el texto las principales palabras o expresiones indicadoras de lo que trata, encontraremos que, exceptuando el Prólogo —en el que las tres veces en que aparece el término “argentina” es en referencias a asuntos ajenos al contenido del libro—,¹⁴ de las cuarenta restantes, treinta y tres corresponden a títulos de artículos o libros no suyos que ha citado y siete son referencias a su uso por otros autores o a la Argentina ya existente hacia mediados de siglo, o son parte de expresiones generales similares a las recién transcritas, tal como la utilizada en el título de las Conclusiones: “Los legados de la revolución y la guerra y el orden político de la Argentina independiente”.

Este subtítulo nos ratifica que Halperin sigue considerando que lo que hace en el libro es una historia de la Argentina aunque no haya podido calificar así lo que ha tratado en él. Es decir, en los distintos asuntos que lo ocupan no existe referencia alguna a la Argentina mientras que “el Río de la Plata” aparece sesenta y cinco veces, así como el adjetivo “rioplatense” setenta y dos, utilizado en referencia a la sociedad, a la economía, a la población o al mercado.

Pero lo más significativo es que el gentilicio “argentino” tiene una sola aparición y no con referencia al período comprendido por el libro sino en una mención de “los argentinos que desde mitad del siglo XIX se acostumbraron a creer que la geografía imponía derroteros a la historia, el núcleo ‘natural’ del territorio y la nacionalidad”.¹⁵ En cambio, lo que ocupa el lugar de los “argentinos” son los “criollos”, verdaderos protagonistas de esa historia: el término “criollo” posee veinticinco ocurrencias, así como “élite criolla” diecisiete.

Pese a su aparición en el subtítulo del libro y en unas pocas expresiones generales, podemos decir que en *Revolución y guerra* la Argentina no existe, ni tampoco los argentinos. Aunque, ateniéndonos a lo que hemos explicado, expresaríamos mejor lo ocurrido observando que, así como el tema real del libro es ese indefinido “Río de la Plata”, congruentemente sus habi-

¹⁴ “[...] su adhesión [de Mitre y López] a una cierta Argentina y el rumbo histórico que la preparó [...]”. [...] “En 1957 Arnaldo Orfila Reynal tuvo la ocurrencia de invitarme a escribir una historia de la Argentina de los primeros ochenta años del siglo XIX [...]”. “[...] diez años —ocupados, por otra parte en otros trabajos a la vez que en una actividad universitaria tan absorbente y agitada como la que podía ofrecer la desorientada Argentina de esos años— [...]” Halperin Donghi, *Revolución y guerra*, pp. 8 y 9.

¹⁵ *Ibid.*, p. 14. Hay una referencia similar más adelante referida a “los historiadores argentinos de la segunda mitad del siglo XX, curiosos sobre todo del surgimiento del sentimiento nacional y la nacionalidad”, *ibid.*, p. 391.

tantes no son los argentinos sino los criollos, un término que es un diferenciador de los españoles americanos con respecto a los españoles europeos.

Como hemos escrito más arriba, el errado supuesto de la existencia de la Argentina, si bien afortunadamente no se refleja en el contenido del libro, impide formular las preguntas decisivas que hubieran permitido descubrir lo contenido en ese “Río de la Plata” que enmarca lo tratado en él. Por eso, es expresivo de los efectos de su apego al legado de los *Annales* que, enfocando los acontecimientos políticos en el marco de fenómenos tales como la militarización y la ruralización de la vida política, afines a lo que Halperin llamaba la *geohistoria* braudeliana, no haya reparado en las implicaciones del argumento legitimador de la constitución de gobiernos locales, el de la retroversión de la soberanía al pueblo –en realidad, retroversión de la soberanía a “los pueblos” dada la inexistencia de “un” pueblo, ni argentino, ni rioplatense, esos pueblos que en ejercicio de su soberanía enviaron diputados a la primera junta de gobierno en 1810–.

En el párrafo inicial de las Conclusiones de *Revolución y Guerra*, Halperin observaba que lo que existía en el “espacio” rioplatense no poseía carácter estatal:

En 1820, el espacio sobre el cual la guerra había asegurado el predominio político de los herederos del poder creado por la revolución porteña de 1810 no hacía figura de estado ni apenas de nación; los distintos poderes regionales que se repartían su dominio estaban casi todos ellos marcados de una confesada provisionalidad; el marco institucional en el cual la política se desenvolvía, inexistente en el nivel nacional, estaba desigualmente –pero en todos los casos incompletamente– esbozado en las distintas provincias.

Lo que sigue a ese párrafo es una información sobre la vida política de las “provincias”, cuya fuente es un informe diplomático de Ignacio Núñez a Woodbine Parish.¹⁶ Pero en la descripción de las características políticas de cada “provincia”, a lo largo de todo el libro, está ausente la percepción del carácter soberano que poseían o pretendían poseer –primero las ciudades y luego las provincias–, carácter aparentemente subsumido en una expresión que gustaba utilizar para calificar los rasgos políticos de esas sociedades, la de “arcaísmos culturales”.

Por otra parte, si “el Río de la Plata” no era un Estado, la persistencia en suponerle carácter argentino parecería no dejar otra alternativa que atribuirle a Halperin un concepto “esencialista” de la nación argentina, esto es, el supuesto de una esencia argentina preexistente a 1810 que contendrían los diversos pueblos rioplatenses. Sin embargo, no era ese su criterio. Lo que puede haber sucedido es el efecto de inercia de un viejo nacionalismo historiográfico –nacionalismo en el simple sentido de la palabra, no en el del apodado “de derecha”– alentado por el futuro desemboque de esa historia en la creación de la República Argentina.

Como efecto de ese supuesto, cuenta también su inadvertencia de que el llamado federalismo por lo general no fue tal cosa sino una postura confederal y que, congruentemente, las denominadas “provincias” eran en realidad estados soberanos, condición ocultada por el anacronismo señalado, así como por el equívoco uso del término “federalismo” y por las variadas acepciones que en tiempo de las independencias poseía el vocablo “provincia”.¹⁷

¹⁶ Halperin Donghi, *Revolución y guerra*, pp. 395 y 396.

¹⁷ Véase al respecto Rafael Altamira y Crevea, *Diccionario castellano de palabras jurídicas y técnicas tomadas de la legislación indiana*, México D. F., Instituto Panamericano de Historia y Geografía, 1951, pp. 256-259.

Similares observaciones se pueden hacer respecto de su tratamiento de los conflictos políticos latinoamericanos del siglo XIX. Al proceder como si las actuales naciones existiesen ya al comienzo de las independencias, su análisis suponía *las sociedades* brasileñas, mexicanas y otras, sin tener en cuenta que, por ejemplo, tal como en el Río de la Plata, lo que existía no era *una* sociedad sino diversas sociedades con sus correspondientes estados, relativamente vinculadas por flujos mercantiles, por residuos de viejas estructuras burocráticas, o por los intentos de construir un nuevo Estado.

Las tempranas inquietudes metodológicas de Halperin

Dada la calidad de la obra de Halperin cabe preguntarse cuál puede ser la raíz de lo que acabamos de exponer. Para encontrar una respuesta a esta pregunta es necesario remontarse a los comienzos de su carrera de historiador, cuando tomó contacto con Fernand Braudel y pudo ampliar su estudio de la obra de los historiadores franceses reunidos en torno a los *Annales*. Luego del intercambio de correspondencia causado por la reseña de *El Mediterráneo...*, publicada por Halperin en 1952, que comentamos más abajo, la profunda admiración que le motivó el historiador francés lo llevó a intentar trabajar bajo su dirección. Dirigiéndose a él con humilde postura de alumno, le escribía lo siguiente:

Quisiera hacer un trabajo con usted, sobre ese tema de historia española o hispanoamericana en el siglo XVI. Aparte del interés del tema, se trataría sobre todo de un trabajo de aprendizaje. [...] Se trata para mí de aprender a usar del material bruto, y sacarle el jugo, acerca de lo cual no tengo casi experiencia. Mi deseo es dedicarme luego a la historia rioplatense, un deseo del que se burla implacablemente José Luis Romero, y si el tema puede tener algo que ver con eso sería inclusive mejor. Pero siempre en el siglo XVI o, a lo sumo, a principios del siglo XVII. En fin en sus manos me pongo. Se trata de un trabajo para siete meses (no tengo tiempo, o más exactamente, no tengo dinero para más). No tema cargarme de trabajo. Espero no dárselo en exceso a Usted.¹⁸

En la relación con Braudel, si por una parte lo sedujo la nueva orientación de historia social, por otra le surgieron dudas sobre la forma de hacer historia política, porque como otros historiadores, según veremos, de la tercera parte de *El Mediterráneo* criticó la anomalía del enfoque de la historia política en su relación con la historia social.¹⁹ Pero así como fue uno de los primeros en señalarla, no dejó por eso de ser afectado por ella en la medida en que continuaría influido por la tradición de los *Annales*, particularmente por la obra de Braudel, a quien, mucho más tarde, calificaría en sus memorias de “[...] alguien formidable en todos los sentidos del término”. Lo que definió allí como la “abrumadora influencia de Braudel” en su tesis doctoral también llegará hasta *Revolución y guerra*. De esto último da testimonio un párrafo de su respuesta a un cuestionario que le había enviado el historiador chileno Cristian Gazmuri en 1988,

¹⁸ Halperin a Braudel, 18 de diciembre de 1952, Correspondencia Braudel-Halperin Donghi. *Tulio Halperin Donghi papers*, BANC MSS 2015/156, carton 2, folder 1, set of photocopies.

¹⁹ Braudel, *El Mediterráneo*, vol. II, 3ª Parte: “Los acontecimientos, la política y los hombres”.

en la que a una pregunta sobre cuáles habían sido los historiadores que más lo influyeron, Halperin respondía lo siguiente:

Braudel fue sin duda la figura decisiva. Aún más que por su imaginación histórica en perpetuo chisporroteo [...] porque era en verdad una personalidad avasalladora, una suerte de fenómeno de la naturaleza que podría haber encarnado al historiador como titán en una novela de Balzac. Naturalmente que bajo su hechizo la *geohistoria era –y no sólo para mí– algo más que la mejor manera de hacer historia; era la imagen verdadera del mundo*. De eso hay un eco ya bastante remoto en la primera parte de *Revolución y guerra*; mucho más en mi tesis sobre moriscos del reino de Valencia, cuya primera parte sí es tan braudeliana que releída hoy parece casi una parodia involuntaria.²⁰

Asimismo, en otra entrevista posterior, de 1991 y publicada al año siguiente, Halperin seguía recordando el papel decisivo de Braudel en su formación:

Creo que lo decisivo para mí fue el año que estuve con Fernand Braudel, quien cambió mi orientación; él me convenció de ciertas cosas básicas... [...] Diría que la actitud de Braudel era una especie de materialismo para nada dialéctico. Había una base material que se estaba quieta, no era dialéctica en absoluto, y a partir de ahí había niveles que cambiaban cada vez más rápido. Braudel me inculcó esa idea para siempre y me sacó de una orientación más dirigida hacia historia intelectual [...]. *A partir de ahí empecé a tratar de funcionar como historiador.*²¹

En cuanto a la expresión “geohistoria”, utilizada en la entrevista de Gazmuri, es de advertir que Halperin estaba asumiendo el concepto braudeliano de lo geográfico como obra, a la vez, de la naturaleza y del hombre, tal como se lo había señalado Braudel en la carta de agradecimiento por su recensión de *El Mediterráneo*. En ella le explicaba que para los discípulos de Vidal de la Blache, lo geográfico no era lo telúrico, el dato natural, sino el complejo hombre-naturaleza, es decir, una naturaleza dada a los hombres pero modificada por ellos.²²

La percepción de la debilidad del concepto de historia política en Braudel indujo a Halperin a poner en el centro de sus inquietudes el problema, mal resuelto en *El Mediterráneo*, de cómo integrar la historia política en la historia social, un problema que lo preocuparía durante muchos años y que consideraría solucionado cuando en el comienzo de *Revolución y guerra* declaraba que ese libro era “ante todo, un libro de historia política”.²³

²⁰ Tulio Halperin Donghi, *Son memorias*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, pp. 241 y 283; Cristian Gazmuri, “Entrevista a Tulio Halperin, historiador e intelectual”, en *HISTORIA*, Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile, vol. 31, 1998 (mis cursivas). Sobre la profunda huella que dejó Braudel en Halperin, véanse las páginas que le dedica en sus memorias: Halperin Donghi, *Son memorias*, pp. 237 y ss.

²¹ “Tulio Halperin Donghi: De Voluntades y Realidades”, en José Carlos Chiaramonte y Oscar Terán, entrevista a Tulio Halperin Donghi, *Ciencia Hoy*, vol. 3, n° 18, Buenos Aires, mayo-junio 1992 (mis cursivas).

²² “Pourtant, je discuterai volontiers avec vous quelques points: le ‘géographique’ pour les élèves de Vidal de la Blache ce n’est pas le tellurique, le terrestre, le donné naturel, mais bien le complexe homme-nature que désigne insidieusement le mot de milieu (entendez non pas le milieu naturel mais géographique); une nature donné a l’homme mais refaite par lui.” Braudel a Halperin, París, 10 de octubre de 1952. *Tulio Halperin Donghi papers*, BANC MSS 2015/156, Carton 1, Incoming Correspondence, 1949-1959.

²³ Este rasgo ha sido bien percibido por Gabriel Di Meglio en “Algunos rasgos de la herencia halperiniana”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Emilio Ravignani”*, 3ª serie, Número Especial, 2018 p. 15. Así-

Al llegar a este punto, y en busca de otras razones que contribuyan a explicar las carencias de su enfoque de la historia política latinoamericana, es útil advertir una laguna que, por motivos diferentes, se observa también en la obra de François Xavier Guerra. Ese hueco que Halperin y Guerra tienen en común es el no haber explorado las posibilidades que brinda la comparación del proceso de independencia norteamericano con el latinoamericano. En el caso de Halperin no se me ocurre otra hipótesis que, siguiendo la perspectiva abierta por los historiadores de los *Annales*, la gestación de la independencia de las colonias angloamericanas y el posterior desarrollo de los Estados Unidos –en los que lo más sobresaliente era la elaboración de un sistema político representativo que funcionó eficazmente antes y después de la independencia– le resultaba algo muy ajeno a lo que encontraba en la historia latinoamericana. Algo, sin embargo, cuyo estudio, comparativamente, resulta indispensable para comprender los avatares de los intentos de replicar un régimen representativo en las excolonias hispánicas. Me refiero sobre todo a la fundamental diferencia entre las confederaciones y el Estado federal, frecuentemente confundidos bajo el término general de *federalismo*, cuya trascendencia para comprender los conflictos de la historia argentina y latinoamericana es crucial.²⁴

En Halperin, dentro del conjunto de tendencias metodológicas que exploró,²⁵ prima el legado de los *Annales*, esto es, el de una historia social en la que, como en sus dos trabajos de conjunto de la historia latinoamericana –*Historia contemporánea de América Latina* y *Reforma y disolución de los imperios ibéricos*–,²⁶ el relato político no es de la calidad del resto de esas obras. En este punto es de notar una significativa coincidencia entre este déficit de los textos de Halperin y el que varios historiadores –entre ellos el mismo Halperin, según observamos más arriba– habían señalado críticamente, muchos años antes, respecto de la tercera parte de *El Mediterráneo*.²⁷ Se trata de una cuestión particularmente significativa para comprender los problemas del tratamiento de la historia política en la tradición de los *Annales* y en la obra de Halperin, razón por la que merece detenerse en ella.

Las críticas al tratamiento de la historia política en *El Mediterráneo*

Recordemos brevemente algunas de esas críticas, como la de Le Goff y parcialmente la de Ruggiero Romano, que resume y comenta otras. Según ellas, esa tercera parte dedicada a la historia política consistiría en un análisis factual poco acorde con la calidad de las dos primeras partes de la obra.²⁸ Escribía Romano en 1955 luego de reseñar elogiosamente el libro de Braudel, respecto de esa tercera parte:

mismo, a un historiador tan afirmado en la prioridad de la historia económica como Ruggiero Romano, la lectura del libro le hizo exclamar, en una elogiosa carta a Halperin: “Se questo è un ‘libro de historia política’, VIVA la storia politica!”. Romano a Halperin, París, 25 de octubre de 1972. *Tulio Halperin Donghi papers*, BANC MSS 2015/156, Carton 1, Carpeta Ruggiero Romano.

²⁴ He tratado ese tema en “Las independencias anglo e hispanoamericanas”, en la Primera Parte del libro *Raíces históricas del federalismo latinoamericano*, Buenos Aires, Sudamericana, 2016.

²⁵ Véase al respecto, Devoto, “Para una reflexión”, pp. 21 y ss.

²⁶ Halperin Donghi, *Historia contemporánea y Reforma y disolución*.

²⁷ Braudel, *El Mediterráneo*, vol. II, Tercera Parte: “Los acontecimientos, la política y los hombres”.

²⁸ Romano, “II La Méditerranée”, pp. 61 y ss.

También aquí hay una indudable maestría; pero Braudel nos había habituado demasiado bien en las dos primeras partes de su obra, como para que aquí no se advierta una separación, una diferencia. ¿Acaso el autor, hablando de estas páginas suyas, no ha dicho haberse “fastidiado” un poco al escribirlas?

Pese a esa insinuación de descontento hacia la tercera parte del libro, los comentarios que hace a las críticas –condicionados por su vieja admiración por Braudel– tienden a atenuarlas aunque sin dejar de señalar sus aciertos. Así, más adelante, vuelve a introducir un dato que confirmaría la existencia de un problema de conexión entre la tercera parte de *El Mediterráneo* y las dos anteriores. Relata que Braudel, todavía prisionero de los alemanes, le había escrito a Lucien Febvre en abril de 1944:

Usted conoce mi plan tripartito: historia inmóvil (el cuadro geográfico); historia profunda, la de los movimientos de conjunto; historia *événementielle*. El peligro es que llegue demasiado lejos. ¿Es pensable reducir el libro a la segunda parte? [...] Muy dentro de mí me opongo a esta mutilación.²⁹

Al respecto, Romano comenta que le parece “que en la obra la dimensión política existe”. Pero se concentra solo en la respuesta que Braudel hace a su propia pregunta, sin advertir que esa pregunta traduce la inquietud sobre el problema. Y de inmediato, en contradicción con esa defensa, pasa a recordar la crítica de Le Goff, quien escribía que en *El Mediterráneo* la historia fue relegada a una tercera parte que lejos de ser el coronamiento de la obra resultó su depósito de trastos.³⁰

De todas estas críticas la más dura es esta de Le Goff, expuesta en un artículo extenso dedicado a destacar los logros de una nueva historia política que habría desterrado definitivamente la historia de hechos y sucesos, esa vieja historia a la que habría pagado tributo la tercera parte del libro de Braudel. Por eso, critica a Braudel por la forma en que había tratado la historia política en los siguientes términos:

En el libro más importante producido por la “escuela” de los *Annales*, *El Mediterráneo* de Braudel, la historia es relegada a una tercera parte que, lejos de ser el coronamiento de la obra, es, diría yo, casi el desván. De espina dorsal de la historia, la historia política ha devenido un apéndice atrofiado, el trasero de la historia.³¹

Ya en el Prólogo de su libro, Braudel había mostrado su equívoco concepto de la historia política al etiquetarla como “historia tradicional” y juzgar sus fenómenos como de naturaleza su-

²⁹ Romano, *Braudel y nosotros*, p. 88.

³⁰ *Ibid.*

³¹ “Dans le plus grand livre qu’ait produit l’“école” des *Annales*, *La méditerranée et le monde méditerranéen à l’époque de Philippe II* de Fernand Braudel (1959), l’histoire est reléguée dans une troisième partie qui, loin d’être le couronnement de l’œuvre, en est, je dirais presque, le débarras. D’“épine dorsale” de l’histoire, l’histoire politique en est devenue un appendice atrophié. C’est le croupion de l’histoire.” Jacques Le Goff, “L’histoire politique est-elle toujours l’épine dorsale de l’histoire?”, en J. Le Goff, *L’imaginaire médiéval*, París, 1985, p. 337. Este artículo apareció antes en inglés, en 1971, en la revista *Daedalus*. En suma, el objeto de Le Goff es demostrar que la historia política nueva no se parece a la antigua porque reúne la historia de las estructuras, el análisis social, la semiología, la investigación del poder. Enfáticamente, declara así que “l’histoire politique traditionnelle est un cadavre qu’il faut encore tuer”.

periférica.³² Por otra parte, su lenguaje expresaba la visión de tres historias diferentes, no de una historia expuesta en tres partes. Es decir que las convertía en fenómenos distintos, un enfoque que dará lugar a uno de los problemas que preocuparon a sus críticos, el del enlace de esas diferentes historias condicionadas por sus diferentes tiempos.

Este libro se divide en tres partes, cada una de las cuales es, de por sí, un intento de explicación. La primera trata de una historia casi inmóvil, la historia del hombre en sus relaciones con el medio que le rodea [...] Por encima de esta historia inmóvil se alza una historia de ritmo lento: la historia estructural de Gaston Roupenel, que nosotros llamamos de buena gana, si esta expresión no hubiese sido desviada de su verdadero sentido, una historia social, la historia de los grupos y las agrupaciones [...] Finalmente, la Tercera Parte, la de la historia tradicional o, si queremos, la de la historia cortada, no a la medida del hombre, sino a la medida del individuo, la historia de los acontecimientos, de François Simiand: la agitación de la superficie, las olas que alcanzan las mareas en su potente movimiento. Una historia de oscilaciones breves, rápidas y nerviosas.³³

La referencia es significativa pues según Simiand los acontecimientos individuales no son propios de la investigación histórica. Para hacer de la historia una ciencia positiva, en el estudio de los hechos humanos –sostenía Simiand en un texto de 1903–, “deben descartarse los hechos únicos para concentrarse en los que se repiten, es decir, rechazar lo accidental y atenerse a lo regular, eliminando lo individual para estudiar lo social”.³⁴

Esto, además, va ensamblado en esa especie de metafísica de los tiempos históricos –que Braudel ahondaría en su conocido ensayo sobre la larga duración– a partir de “la distinción, dentro del tiempo de la historia, de un tiempo geográfico, de un tiempo social y de un tiempo individual”. Aunque, intentando prever las críticas que tal esquema podría provocar, pocas líneas después despoja a esos diferentes tiempos de la realidad que les había concedido, para afirmar “que estos planos superpuestos no pretenden ser otra cosa que medios de exposición [...]”.³⁵ De modo que en una sola página, Braudel mostraba dos versiones de su concepto del “tiempo histórico”. Una, como realidad que define la historia humana. Otra, como recurso

³² Braudel, *El Mediterráneo*, p. XVIII.

³³ *Ibid.*, pp. xvii y xviii. Y continúa: “Ultrasensible por definición, el menor paso queda marcado en sus instrumentos de medida. Historia que, tal y como es, es la más apasionante, la más rica en humanidad, y también la más peligrosa. Desconfiemos de esta historia todavía en ascuas, tal como las gentes de la época la sintieron y la vivieron, al ritmo de su vida, breve como la nuestra. Esta historia tiene la dimensión tanto de sus cóleras como de sus sueños y de sus ilusiones”, p. XVIII.

³⁴ “Si donc l’étude des faits humains veut se constituer en science positive, elle est conduite à se détourner des faits uniques pour se prendre aux faits qui se répètent, c’est-à-dire à écarter l’accidentel pour s’attacher au régulier, à éliminer l’individuel pour étudier le social.” François Simiand, “Méthode historique et science sociale. Étude critique d’après les ouvrages récents de M. Lacombe et de M. Seignobos”, en *Annales, Économies, Sociétés, Civilisations*, xv, 1, 1960, p. 95. Se trata de un artículo publicado antes en la *Revue de Synthèse historique*, vi, 1903, cuya reedición en 1960 traduce la conformidad de Braudel con el criterio de Simiand.

³⁵ “Hemos llegado, así, a una descomposición de la historia por pisos. O, si se quiere, a la distinción, dentro del tiempo de la historia, de un tiempo geográfico, de un tiempo social y de un tiempo individual. O, si se prefiere esta otra fórmula, a la descomposición del hombre en un cortejo de personajes. Tal vez sea esto lo que menos se me perdonará [...] aunque asevere, y demuestre más adelante, que estos planos superpuestos no pretenden ser otra cosa que medios de exposición y no me abstenga, ni mucho menos, de pasar de uno al otro, sobre la marcha [...]”, Braudel, *El Mediterráneo*, p. xix.

discursivo para el ordenamiento del material histórico. En realidad, se trataba de una tesis de la que, aún en sus comienzos, no estaba totalmente seguro. Así, en la carta de 1952 en la que comenta la recensión que había hecho Halperin de su libro, le dice que los tres tiempos que distinguía, como toda simplificación, a la vez aclaran y traicionan un pensamiento más oscuro.³⁶ “Simplificación”, “un pensamiento más oscuro”, expresiones que, con la que precede a la última, “aclaran y traicionan”, transmiten cierta incerteza sobre su enfoque, aunque sin abandonarlo aún como lo haría más tarde.

La crítica de Halperin a *El Mediterráneo* de Braudel

En un trabajo publicado años después, en 1962, Halperin abordó nuevamente la complejidad del esquema braudeliano de distintos tiempos históricos. Halperin percibía que Braudel había advertido que la diversidad tripartita propuesta por él inicialmente podía derivar en una visión fragmentada de la historia, observaba que “ella sería inaceptable en la medida en que rompiese la unidad previa del tiempo histórico”, y citaba a Braudel: “[...] de hecho, las duraciones que distinguimos son solidarias las unas de las otras: lo que de tal manera es creación de nuestro espíritu no es la duración, sino las fragmentaciones de esa duración”.³⁷

El concepto de la historia política de Braudel tenía entonces para Halperin dos rasgos problemáticos. Por una parte, la aislaba conceptualmente del resto de la historia al encasillarla en uno de esos tres tiempos y, por otra, le restaba legitimidad al considerarla simple historia de hechos, para colmo descalificada desde el comienzo por juzgarla producto de una “historia tradicional” que quería proscribir. Si nos ajustáramos literalmente al objetivo de Braudel –desarrollo de la historia como una “historia social”–, no se entiende por qué, consideraba Halperin, la historia política era excluida de la “historia social”. Fue su concepción de lo político como el ámbito de lo individual lo que en Braudel condicionaba ese desajuste que percibieron algunos de sus críticos y que, paradójicamente, contagiaria también a uno de ellos, Halperin, que pese a haber percibido las deficiencias de la inserción de la historia política en el esquema tripartito braudeliano, la padecería en sus propios enfoques de la historia política latinoamericana.³⁸ Al señalar que “partes menos vivas que otras, residuos y testimonios de un estadio ya superado” abundan en la tercera parte de *El Mediterráneo*, agregaba Halperin que “podría preguntarse si toda la tercera parte, la destinada a los acontecimientos y los hombres no es, tal como se nos la presenta aquí, algo de eso”. Asimismo, en un párrafo que formula con fuerza la naturaleza del problema, escribía que...

³⁶ “Quant aux trois temps que j’ai distingués, comme toute simplification, ils éclairent et trahissent une pensée plus obscure. Au fond, il y a pour moi tout en éventail chronologique, du temps géographique au temps personnel, et le même événement peut jouer son rôle dans deux séquences différentes. Le problème a été pur moi, si vous le voulez, de régler mon livre sur des vitesses grandissantes. Si sa facture était bonne, il devrait s’accélérer plutôt que de marquer d’un point à un autre des coupures brutales qui n’existent jamais aussi nettes dans la réalité”, Braudel a Halperin, París, 10 de octubre de 1952.

³⁷ Fernand Braudel, “Historia y ciencias sociales: la larga duración”, *Cuadernos Americanos*, año XVII, vol. CI, n° 6, México, 1958, cit. en Tulio Halperin Donghi, “Historia y larga duración: examen de un problema”, *Cuestiones de filosofía*, Año I, n° 2, Buenos Aires, 1962, p. 93.

³⁸ Tulio Halperin Donghi, “Historia y geografía en un libro sobre el Mediterráneo”, Buenos Aires, *La Nación*, 29 de junio de 1952. Sobre ese artículo, véase también Devoto, “Para una reflexión”.

No basta para explicar esta inclusión [de la historia factual] hablar de una historia de breve y agitado ritmo que se contrapone a la majestuosa lentitud de la historia de estructuras. *¿Por qué en todo caso la historia de estructuras se ocupa de aquello que solemos llamar historia económico-social, mientras la de “acontecimientos” se reduce a ser confesadamente supervivencia de la vieja historia política?* [cursivas mías].

Y agrega más adelante respecto de un rasgo del libro de Braudel que considera grave: “[...] la imagen aquí implícita de la vida política es un poco irreal; estas decisiones del hombre aislado frente a todo su mundo son más dramáticas que históricas [...]”. En cambio, continúa sin interrupción, “cuando Braudel ha de ocuparse de concretas decisiones políticas nos dará un cuadro mucho más matizado. *Sólo que todo eso quedará en cierta manera al margen de la estructura del libro*” [cursivas mías]. Y luego de ocuparse de algunos ejemplos históricos, resume la gran inquietud que él padecerá, al menos hasta *Revolución y guerra*: “si es posible una historia política que no sea tan sólo historia de acontecimientos”, una pregunta, o duda, de particular significación para entender el tipo de historia política de su obra posterior.³⁹ Al criticar, como otros historiadores, la tercera parte de *El Mediterráneo* por juzgarla una historia política tradicional que sorprendentemente pagaba tributo a la tan criticada *histoire evenementielle*, Halperin se rebelaba contra la exclusión de los acontecimientos históricos, reclamando una adecuada inserción de ellos en la historia social.

Fluctuaciones en la postura metodológica de Halperin

Acabamos de ver que en 1952 Halperin percibe en *El Mediterráneo* de Braudel un desnivel entre la tercera parte de la obra —“Los acontecimientos, la política y los hombres”— y las dos anteriores —“El medio ambiente” y “Destinos colectivos y movimientos de conjuntos”—. Formula entonces esa pregunta clave que es válida al analizar su propia obra: “¿es posible una historia política que no sea tan sólo historia de acontecimientos?” Pero en la búsqueda de dar respuesta a esa pregunta, oscila inicialmente entre la simple reivindicación de los acontecimientos como objeto de la historia y la advertencia de que los hechos históricos no son “la historia tal cual es” sino construcciones de los historiadores.

Por ejemplo, en 1956 adhiere a una observación de Ortega y Gasset que prácticamente asimila la historia a la crónica. Según Ortega, escribe Halperin:

Los historiadores profesionales se han limitado casi siempre a teñir vagamente sus obras con las incitaciones que de los filósofos les llegaban, pero dejando aquélla muy poco modificada en su fondo y sustancia. Este fondo y sustancia de los libros históricos sigue siendo el cronicón.

“La observación es válida —comenta Halperin—, acaso más válida que el tono de cerrada censura con que es enunciada.”⁴⁰ Y en el mismo texto escribe que

³⁹ Halperin Donghi, “Historia y geografía”.

⁴⁰ Tulio Halperin Donghi, “Crisis de la historiografía y crisis de la cultura”, *Imago Mundi. Revista de historia de la Cultura*, Año III, n° 11-12, Buenos Aires, marzo-junio de 1956, pp. 116 y 117.

[...] junto con las verdades de razón que esas disciplinas [las ciencias sociales] organizan existe una más oscura provincia del saber, la de las meras verdades de hecho, la de los hechos irreductibles a sistema, la de la pura contingencia: esa provincia pertenece a los historiadores.⁴¹

También, en su ya citado artículo de 1962 sobre la larga duración, al analizar las posibilidades de constitución de la historia como ciencia y recordando la observación de Marc Bloch de que el objeto fundamental de la historia son los hombres, Halperin aludía a los sucesos históricos como “un caótico suceder de hechos”, “de acontecimientos”, pero que era lo que justificaba a la historia:

Esta afirmación es ahora más necesaria que nunca: sólo quien la crea justa, justificará la supervivencia de la historia al lado de las nuevas ciencias del hombre. Pero precisamente ¿de qué modo se dará esa supervivencia? En primer término gracias a la insistencia en la peculiaridad irreductible a esquema de todo fenómeno histórico; por encima del sólido esqueleto estructural que las ciencias del hombre reducen a tipos y modelos espumea un caótico suceder de hechos, de acontecimientos, que es lo que cada hombre vive en su experiencia inmediata como historia. Insistiendo en este dato elemental e irreductible la historia gana el derecho a su existencia autónoma.⁴²

Por otra parte, es de destacar que en esta reivindicación de los acontecimientos, al comentar la postura de Ortega, asomaba su descreimiento de todo presupuesto teórico que pretendiese condicionar la labor de los historiadores:

¿[...] puede construirse una obra histórica que nos parece aun válida sobre una teoría histórica que nos parece insostenible? —se pregunta Ortega—. El testimonio de toda la historia de la historiografía nos dice que sí se puede; hay en la labor histórica algo de indiferenciado e inarticulado, previo a cualquier teoría histórica en ella aplicada, y por lo tanto no comprometido por sus posibles derrumbes.⁴³

Se trata de una convicción que permanecerá a lo largo de su obra y que ya asomaba en sus comienzos. Así, en una ingeniosa formulación característica de su estilo, había ironizado en 1952, en la reseña de *El Mediterráneo*, respecto de quienes no advertían “cuándo los esquemas son todavía imágenes que el historiador maneja para decir lo suyo y cuándo comienzan a ser cárcel del incauto que los ha construido”.⁴⁴ Con similar convicción escribía más tarde en su citado libro aparecido en 1961: “Los hechos históricos no serán ya explicados por una realidad esencial, sea ella natural o metafísica, sino —más modesta pero también más seguramente— por la historia misma”.⁴⁵

⁴¹ Halperin Donghi, “Crisis de la historiografía”, pp. 105 y 104.

⁴² Halperin Donghi, “Historia y larga duración”, pp. 81 y 82.

⁴³ Halperin Donghi, “Crisis de la historiografía”.

⁴⁴ Halperin Donghi, “Historia y geografía”.

⁴⁵ Halperin Donghi, *Tradición política española*, p. 11.

Problemas de la historia política en la tradición de los *Annales*

Tenemos entonces a un joven historiador argentino que inmerso en el clima intelectual de la segunda posguerra y poseedor de una sólida cultura humanista, debida en buena medida a su entorno familiar, toma temprano contacto con la principal figura del grupo de historiadores franceses vinculados a los *Annales*. En el curso de esa experiencia intelectual absorbe lo mucho de lo que de esos historiadores aprecia, pero sin dejar de tomar distancia de la desvalorización del estudio de los acontecimientos.

Por tal motivo, varios de los textos que publicará en torno al comienzo de los años '60 se ocupan de cómo poder definir el estatus científico de la historia, reivindicando la investigación de los acontecimientos y redefiniendo su relación con los aportes de la antropología, la economía política y otras disciplinas sociales, pero sin someterse al imperio de ninguna de ellas. En su presentación del volumen III de la *Historia Argentina* editada por Paidós escribía que “la historia es –en una de sus dimensiones– ciencia social: la colaboración entre historiadores y cultores de otras ciencias humanas constituye en esta obra el reflejo más visible, pero no el único, de este enfoque”.

Sin embargo, su propósito de superar la desvalorización braudeliana de la historia de los acontecimientos tropezaba con la dificultad de precisar la naturaleza de los “hechos” históricos, problema cuyo enfoque en Dilthey y otros teóricos de la historia no desconocía. Así, no se le escapaba que “los hechos irreductibles a sistema” no eran materia evidente en sí misma. En ese vaivén propio de su pensamiento, pocos párrafos antes había escrito que “tampoco lo que el historiador cree hechos desnudos son en rigor tales; al revés, son el fruto de una elaboración e interpretación de la experiencia comparable con la que se traduce en construcciones genéticas e hipótesis causales”.⁴⁶

Con esta reflexión, Halperin reivindicaba el conjunto de los hechos históricos como el campo propio de la historia pero admitía que esos hechos no estaban dados sino que eran producto de una construcción intelectual. Y es a partir de esta postura que intentará en *Revolución y guerra* dar su peculiar solución al problema de cómo integrar los acontecimientos en la historia social.

Más allá de la severidad de aquellas críticas a la tercera parte de *El Mediterráneo*, ellas generan la inquietud por saber si es en el enfoque de la historia como historia social donde se encuentra lo que les habría complicado a Braudel y a Halperin el tratamiento de la historia política. Me parece que la búsqueda de una científicidad para la historia a través de su enfoque como “historia social” o “historia económica y social” y la aptitud de ese enfoque para construir series de acontecimientos y, aun a veces, para cuantificarlos –escribíamos hace algunos años–, ha obstaculizado la percepción de una peculiaridad de la historia consistente en la reunión de dos rasgos que suelen considerarse incongruentes: el estudio de fenómenos cuantificables y el interés por acontecimientos particulares.⁴⁷ Frecuentemente el objeto del historiador –agregábamos en el trabajo recién citado– es lo no sometido a regularidades: por ejemplo,

⁴⁶ Halperin Donghi, “Crisis de la historiografía”, pp. 105 y 104.

⁴⁷ José Carlos Chiaramonte, “Reflexiones sobre la naturaleza y las perspectivas de la investigación histórica”, *Ciencia Hoy*, vol. 23, n° 135, octubre-noviembre de 2013, p. 78.

cuando se estudia el papel de individuos destacados o fenómenos como revoluciones o guerras, respecto de los cuales a la historia le importa su singularidad.

Posiblemente por no poder enfocar la historia política con lo que en su lenguaje se llamaba un enfoque estructural, en Braudel se observa una percepción de ella como algo devaluado frente a la historia económica y social, cosa que no se le escapó a la siempre aguda perspicacia de Halperin. Es de notar cómo este registra el estatus inferior de la historia política en el libro de Braudel cuando señala que al igual que los numismáticos o los historiadores de batallas se sienten obligados a justificar lo que hacen alegando que se trata de algo significativo para la historia, Braudel exhibe similar necesidad de justificación al advertir al lector que lo que está haciendo en la tercera parte de la obra es importante por su vinculación con la “historia”: “Así, ante nuestros ojos –comenta Halperin–, está pasando la historia político-diplomática a ser una curiosidad que debe ser justificada mediante sus vinculaciones con ‘la historia’ [...]”.⁴⁸

Volvemos así al asunto cuyo tratamiento en Braudel había motivado las críticas de Halperin y de otros historiadores: ¿Cómo integrar congruentemente en el relato histórico fenómenos de distinta naturaleza como los económico-sociales y los políticos? En realidad, sería mejor preguntarse qué se entiende por esa integración. Porque un vicio frecuente en la historiografía fue el de forzar el relato histórico por intentar conectar, en relación de causalidad, fenómenos económicos, sociales y políticos. Cuando se difundió en el campo de la historia el efecto de las críticas a la noción de causalidad, pareció un buen sustituto la noción de “condicionamiento”. Sin embargo, no por ello desapareció la dificultad de integrar los sucesos particulares en la historia concebida como “historia total”.

El concepto del tiempo en Braudel y la historia “total”

Las críticas recibidas por *El Mediterráneo*, y aun la misma preocupación de su autor por la inserción de la *histoire événementielle* en el conjunto de la obra, condujeron a Braudel a intentar salvar la falta de conexión entre los diversos trabajos historiográficos –algo que a su juicio se derivaría del enfoque de la *histoire problème* de Bloch y Febvre– mediante una reivindicación de la historia total en una forma original que Halperin comentó en un tardío ensayo sobre Braudel. Según Halperin, Braudel no renunciaba a la aspiración de insertar su trabajo en una visión global de la historia, solo que en su criterio, la “historia total” consistía no en el producto de la labor del historiador sino en la concepción de su punto de partida.

En el criterio de Bloch y Febvre no compartido por Braudel, recuerda Halperin, la nueva historia consistía en reemplazar la *histoire événementielle* por la *histoire problème* y la *histoire globale*, términos generalmente concebidos como sinónimos. En cambio, para Braudel, agrega, no lo eran. La *histoire problème* consistiría en abandonar la concepción de la historia compuesta de compartimentos, para reemplazarla por una perspectiva en la que la historia carecería de límites internos. Esta perspectiva remitía a una labor de construcción de una exposición global de la historia. Para Braudel, en cambio, la nueva historia debía consistir en la concep-

⁴⁸ Halperin Donghi, “Historia y geografía”.

ción inicial de totalidad en la que cada parte adquiriría luego sentido. Braudel habría descartado así algo que, como un paradigma, condicionaría con preconceptos el ordenamiento de la información histórica.⁴⁹

Según relata Halperin, la esposa de Braudel le explicó cómo la búsqueda de ese entramado histórico global para la inserción en él de los resultados de la investigación preocupó obsesivamente a su esposo hasta que se sintió feliz de haberlo encontrado en la concepción de los tres grandes tiempos de la historia.⁵⁰ Era un hallazgo, consideraba Braudel, que le permitía descartar la postura según la cual el historiador debía abarcar todo el período en estudio, para en cambio tratar cada recorte que investigaba como parte de una previa noción de la naturaleza del conjunto del período, noción que debía orientar y dar sentido al trabajo sobre las parcelas que fuesen objeto del historiador. El “ver en grande”, reclamado por Braudel en el Prólogo a *El Mediterráneo*, requeriría ver todo desde la perspectiva del mundo, de manera que una vez que esa perspectiva es alcanzada el entero mundo es reflejado en el trabajo.⁵¹

Pero los resultados de ese *voir grand* han sido frecuentemente interpretados, critica Halperin, como constitutivos de un *paradigma* braudeliano que habría de dirigir el desarrollo de la historiografía. El ensayo sobre Braudel, en el que Halperin, al igual que Romano, sostiene la inexistencia de ese “paradigma”, comienza llamando la atención sobre el hecho de que en las obras de destacados historiadores latinoamericanos que estudiaron en la *École des Hautes Études* –Alvaro Jara, Heraclio Bonilla, Alberto Flores Galindo, Manuel Burga, Rodrigo Montoya, Enrique Florescano, entre otros– está ausente su influencia. Además, añade Halperin, ni Bloch ni Febvre, ni tampoco Braudel, definieron tal cosa ni buscaron crearla, aunque, agrega, eran conscientes de estar trabajando para la creación de una nueva y revolucionaria historia.⁵²

Vemos entonces que Halperin se inquietaba, como Romano y Le Goff, por el hecho de que la historia política no hubiese sido integrada en el enfoque estructural con el que Braudel trataba otros campos de la historia. Esa inquietud traducía la preocupación por cómo “hacer” historia política, bajo el supuesto de que ese objetivo implicaba su integración en la historia social entendida en términos braudelianos. Pero ella implicaba también otro problema, el de la posibilidad de una “historia total”.

⁴⁹ “What he has in mind is the reversal of the priorities in the historiographic agenda of *histoire problème*: because the only reliable way of making sense of specific fragments of historical reality is to find their rightful place in a unified historical field, the historian’s first order of business should be to achieve a solid reconstruction of the general framework in which these fragments will find their place, since only by so doing will their meaning be revealed.” Tulio Halperin Donghi, “On Braudel”, *Journal of Latin American Cultural Studies*, vol. 11, n° 2, 2002, p. 109. Una revisión del uso de ese concepto en relación con la obra de Braudel en Samuel Kinser, “Annaliste Paradigm? The Geohistorical Structuralism of Fernand Braudel”, *The American Historical Review*, vol. 86, n° 1, febrero de 1981.

⁵⁰ *Ibid.*, “[...] her husband described how the fragments that for years he had tried to integrate into a meaningful structure did suddenly fall into place in an unexpected tripartite historical stage.” [...] “Certainly –relata Halperin– the powerful image of a three-layered history that lends La Méditerranée its structure is more than an expository device; and again Mme Braudel clarifies the difference through a comparison, this time with the approach of the painter towards the landscape he intends to paint: ‘He observes everything, and registers a great profusion of material details. But what really attracts him is the still unclear, still not quite conscious, significance that he perceives behind that whole, behind all those details. To paint will be for him to translate into his work this interior perception, to decode in some way this confused mass in order to extract from it and stress the truly significant lines’”, p. 110.

⁵¹ “Rather than with a ‘closed system of thought’, we are dealing here with a not immediately evident aspect in the object, an underlying structure that, once perceived, permits the historian to make sense of that object. But that structure is perceived; it is present in the object to which –once discovered– it will lend a meaning”, *ibid.*, p. 110.

⁵² *Ibid.*, p. 112.

Este es uno de los puntos en que Braudel, pese a su elogio de la reseña de Halperin, discrepaba con parte de lo afirmado en ella:

Otro problema —escribía el historiador francés—: cuando digo que la historia no es elección quiero decir que en la vida todas las aceleraciones y todas las dilaciones se mezclan, las pulsaciones de la grande o de la pequeña historia, los hombres ciegos o lúcidos, el destino o el azar. Sería necesario recuperar todo. Esto es imposible, seguramente. Toda exposición es método y selección, y cada espíritu, sea por sus aptitudes y sus ineptitudes, está obligado a elegir.⁵³

Aparentemente, al escribir que “la historia no es elección” Braudel estaría refiriéndose a la totalidad del pasado, distinguiéndolo de lo que llamaba “exposición”, es decir, de lo que era producto del historiador, que sí suponía una selección de lo contenido en esa totalidad. Esto significaba afirmar que las obras de los historiadores forzosamente implican una elección dentro del conjunto del pasado. De manera que su postura no era sustancialmente diferente de la que exponía Halperin al decirle que lo que no existía ni puede existir es la historia “completa y no selectiva”, que la historia es elección y que “también hay una elección implícita en su libro”.⁵⁴

En el artículo citado más arriba, comenta Halperin que pese a haber creído encontrar en la concepción de los tres tiempos ese enfoque global de la historia, posteriormente, durante la segunda posguerra, cuando tuvo como interlocutores a figuras como Gurtvich y Lévi-Strauss, y aun a Sartre, Braudel dejaría atrás esa división tripartita del tiempo histórico.⁵⁵ Ya hacia 1950, en su lección inaugural en el *Collège de France*, declaraba que el tiempo social fluía a miles de diferentes ritmos, rápidos o lentos. Y casi una década posterior, agrega Halperin, fue más explícito al distanciarse del esquema tripartito del tiempo que introdujo en *El Mediterráneo* al afirmar que la historia existe en diferentes niveles y que había ido demasiado lejos al definir solo tres, lo que fue, decía, una manera de hablar simplificando mucho las cosas. “Hay diez, cientos de niveles a examinar, y diez, miles diferentes períodos.”⁵⁶

Halperin se extiende sobre el cambio de concepto del tiempo en los trabajos de Braudel posteriores a *El Mediterráneo* con referencias a criterios filosóficos sobre el tiempo, especialmente a los de Kant. Y luego de analizar esos cambios de perspectivas hechos por Braudel en *Civilisation Matérielle, Économie et Capitalisme*, xv^e-xviii^e,⁵⁷ finaliza el artículo reiterando que si bien su autor nunca se propuso construir un paradigma, se esforzó por lograr el inalcanzable

⁵³ “Autre problème: quand je dis que l’histoire n’est pas choix, c’est que dans la vie toutes les rapidités et toutes les lenteurs se mêlent, les pulsations de la grande ou de la petite histoire, les hommes aveugles ou lucides, le destin ou le hasard. Il faudrait tout ressaisir. C’est impossible, bien sûr. Toute exposition est procédé et choix, et chaque esprit, de par ses aptitudes et ses inaptitudes, est contraint de choisir.” Braudel a Halperin, París, 10 de octubre de 1952. *Tulio Halperin Donghi papers*, BANC MSS 2015/156, Carton 1, Incoming Correspondence, 1949-1959.

⁵⁴ Halperin a Braudel, 18 de diciembre de 1952, *Tulio Halperin Donghi papers*, BANC MSS 2015/156, Carton 2, Outgoing Correspondence, 1949-1959. Copia manuscrita.

⁵⁵ *Ibid.*, “This forced him to define more explicitly than he would have liked his credo as a historian, but also brought about an unacknowledged move beyond the themes and issues on which he had concentrated during the long gestation of *La Méditerranée*. One of the notions thus left behind was that of a three-level historical time, enshrined in the supposed Braudellian paradigm”, Halperin, “On Braudel”, p. 112.

⁵⁶ “There are ten, a hundred levels to be examined, ten, a hundred different time spans”, *ibid.*, p. 112.

⁵⁷ Fernand Braudel, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, xve-xviii^e siècle*, París, Armand Colin, 1979, 3 vols.

objetivo de una historia global –algo que, advierte Halperin, la prudencia aconseja seguir solo a distancia–.⁵⁸

El criterio braudeliano de *historia total* es ambiguo y no puede menos que dejarnos inquietos por esa extraña interpretación del concepto de “total”. Pues el punto de partida que, según Halperin, sería una sólida reconstrucción de la estructura general en la que los fragmentos históricos encontrarán luego su lugar, de manera que así pueda ser expuesto su sentido, genera el más complejo problema de la construcción de ese esquema inicial.

Cuando el inteligente entrevistador al que ya mencionamos le dice a Halperin que “en *Revolución y guerra* desarrolla una novedosa tesis sobre la formación de la élite socioeconómica y terrateniente argentina de comienzos del siglo XIX, pero toca múltiples otros temas y sus interrelaciones”, añade esta pregunta: “¿Pretendió hacer un intento de la llamada ‘historia total’, o la imagen que presenta en ese libro surgió más o menos espontáneamente?”, Halperin, con esa toma de distancia que aconsejaba al respecto, responde que

Braudel dice en alguna parte que querer hacer historia total no significa querer cubrir todo lo que pasó en la historia, ambición que encuentra *puérile, sympathique et folie*; significa en cambio no alarmarse porque de las preguntas surgen otras preguntas, ni negarse a afrontarlas porque hacerlo requiere franquear límites que uno se ha fijado de antemano; sólo en ese sentido *Revolución y guerra* podría pasar por historia total.⁵⁹

Otras observaciones sobre la obra de Halperin

Regresando a lo expuesto al comienzo sobre la apreciación por Halperin de la historia latinoamericana del siglo XIX, diría que el problema de su concepto de la historia política no reside en la incongruencia con la historia económica y social, incongruencia para la que encontró una forma de superarla en *Revolución y guerra*..., sino en la falta de atención concedida a conflictos políticos fundamentales desatados por las independencias. Pese a su penetrante captación de las modalidades de sucesos que estudió en diversas obras, es perceptible el desinterés por algunos de los principales condicionamientos de la historia política latinoamericana, principalmente lo que concierne a los conflictos en torno a la cuestión de la soberanía, esto es, a la trascendencia, como indicamos más arriba, de la contienda sobre la divisibilidad o indivisibilidad de la soberanía y a la diferente concepción del tipo de Estado a organizar, algo que tanto pesó en la historia europea y también en la anglo e hispano-americana. Como observamos, del conflicto entre unitarios y federales lo atrajo más su dimensión facciosa, mientras que el significado de hitos fundamentales para esa historia, como el pacto federal de 1831, tampoco le mereció mayor atención.

Por eso, si bien Halperin logró sobresalientes resultados al enfocar la vida política y sus conflictos que son dignos de los elogios que ha recibido, ellos no impiden percibir que desatendió algo fundamental, algo que podemos resumir como las normas de vida social y política regidas por la antigua constitución y expresadas en las pretensiones soberanas de ciudades y

⁵⁸ Halperin, “On Braudel”, p. 117.

⁵⁹ Gazmuri, “Entrevista a Tulio Halperin Donghi”, p. 392.

luego Estados rioplatenses. Esto es, una antigua constitución de raíz hispánica, con fuertes rasgos iusnaturalistas, que regía la vida social y política de ese tiempo.⁶⁰

Se podría suponer que el brillo de los trabajos de historia económica y social de los historiadores de los *Annales* hizo que la distinta materia de los sucesos políticos que estudiaba le pareciera carente de aquel brillo. Pero podemos inferir también que así como la influencia de Braudel le abrió caminos valiosos, le cerró otros no menos importantes. Si se lee el discurso de Braudel al ingresar al *Collège de France* sorprende que dentro del conjunto de historiadores del que se siente deudor haya muy pocos nombres no franceses y ninguno anglosajón. La escasa atención prestada por Halperin al desarrollo de la independencia norteamericana puede haber sido efecto de esa influencia, especialmente en lo que respecta al valor, comparativamente, de temas como el tránsito de la confederación al Estado federal y, consiguientemente, a la cuestión de la soberanía como fuente de buena parte de los conflictos entre los estados norteamericanos y rioplatenses.

En síntesis, recordemos que una preocupación dominante en Halperin desde su adopción de lo que llamaba la “geohistoria” de Braudel fue la de cómo conciliar la historia política con ese enfoque. Consideró que lo había logrado en *Revolución y guerra*, al vincular exitosamente los sucesos políticos con los efectos de la militarización y de la ruralización del poder. Pero fue esa concepción de la historia social de los *Annales* la que al par de llevarlo a aquellos logros le habría obstaculizado el acceso a problemas fundamentales de la historia rioplatense del siglo XIX. □

Bibliografía

Altamira y Crevea, Rafael, *Diccionario castellano de palabras jurídicas y técnicas tomadas de la legislación indiana*, México D. F., Instituto Panamericano de Historia y Geografía, 1951.

Altamirano, Carlos, “La novela de la formación de un historiador”, *Estudios Sociales*, N° 42, 2012.

Braudel, Fernand, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, Paris, 1949; 2ª éd. revue et augmentée, 1966.

—, *El Mediterráneo y el mundo Mediterráneo en la época de Felipe II*, México, FCE, 1953.

—, “Historia y ciencias sociales: la larga duración”, *Cuadernos Americanos*, año XVII, vol. CI, n° 6, México, 1958.

—, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XV-XVIII^e siècle*, París, Armand Colin, 1979, 3 vols.

Chiaromonte, José Carlos, *Ensayos sobre la “Ilustración” argentina*, Paraná, Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, 1962.

—, “Balance y crítica de la historia latinoamericana”, reseña de Tulio Halperin Donghi, *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850*, Madrid, Alianza, 1985, en *Punto de Vista*, Año X, n° 29, Buenos Aires, abril-julio de 1987.

—, “Reflexiones sobre la naturaleza y las perspectivas de la investigación histórica”, *Ciencia Hoy*, vol. 23, n° 135, octubre-noviembre de 2013.

—, *Raíces históricas del federalismo latinoamericano*, Buenos Aires, Sudamericana, 2016.

Chiaromonte, José Carlos y Oscar Terán, “Tulio Halperin Donghi: de Voluntades y Realidades”, *Ciencia Hoy*, vol. 3, n° 18, Buenos Aires, mayo-junio de 1992.

⁶⁰ Véase al respecto Chiaromonte, *Raíces históricas del federalismo latinoamericano*.

Devoto, Fernando, "Para una reflexión sobre Tulio Halperin Donghi y sus mundos", *Prismas*, n° 19, Buenos Aires, 2015.

Di Meglio, Gabriel, "Algunos rasgos de la herencia halperiniana", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Emilio Ravignani"*, 3ª serie, Número Especial, 2018.

Gazmuri, Cristian, "Entrevista a Tulio Halperin, historiador e intelectual", *HISTORIA*, vol. 31, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1998.

Halperin Donghi, Tulio, "La revolución y la crisis de la estructura mercantil colonial en el Río de la Plata", *Estudios de historia social*, 2, Buenos Aires, 1966.

—, "Historia y geografía en un libro sobre el Mediterráneo", Buenos Aires, *La Nación*, 29 de junio de 1952.

—, "Crisis de la historiografía y crisis de la cultura", *Imago Mundi. Revista de historia de la Cultura*, Año III, n° 11-12, Buenos Aires, marzo-junio de 1956.

—, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, Buenos Aires, Eudeba, 1961.

—, "Historia y larga duración: examen de un problema", *Cuestiones de filosofía*, Año I, n° 2, Buenos Aires, 1962.

—, "La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires (1810-1852)", *Desarrollo Económico*, vol. 3, n° 1/2, 1963.

—, "El surgimiento de los caudillos en el cuadro de la sociedad rioplatense post-revolucionaria", *Estudios de historia social*, 1, Buenos Aires, 1965.

—, "La revolución y la crisis de la estructura mercantil colonial en el Río de la Plata", *Estudios de historia social*, 2, Buenos Aires, 1966.

—, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1969.

—, *De la revolución de independencia a la confederación rosista*, Buenos Aires, Paidós, 1972.

—, *Revolución y guerra, Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972.

—, *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850*, Madrid, Alianza, 1985.

—, "On Braudel", *Journal of Latin American Cultural Studies*, vol. 11, n° 2, 2002.

—, *Son memorias*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

Kinser, Samuel, "Annaliste Paradigm? The Geohistorical Structuralism of Fernand Braudel", *The American Historical Review*, vol. 86, n° 1, febrero de 1981.

Le Goff, Jacques, "L'histoire politique est-elle toujours l'épine dorsale de l'histoire?", en J. Le Goff, *L'imaginaire médiéval*, París, 1985.

Romano, Ruggiero, *Braudel y nosotros. Reflexiones sobre la cultura histórica de nuestro tiempo*, México, FCE, 1997.

Sagnes, Jean, "Le témoignage de Marc Ferro sur Fernand Braudel", en P. Carmignani, *Autour de Fernand Braudel*, Perpignan, Presses Universitaires de Perpignan, 2002.

Simiand, François, "Méthode historique et science sociale. Étude critique d'après les ouvrages récents de M. Lacombe et de M. Seignobos", en *Annales, Économies, Sociétés, Civilisations*, xv, 1960.

The Bancroft Library, University of California, Berkeley, Archivo *Tulio Halperin Donghi papers*.

Resumen / Abstract

Reflexiones sobre la obra de Tulio Halperin

El artículo resume los valiosos logros historiográficos de Halperin y busca explicar dos aspectos de su obra: la inadvertencia del papel fundamental del problema de la soberanía y la preocupación por cómo superar la falta de conexión entre la historia social y la historia política padecida por la obra de su maestro Braudel. La sorprendente verificación de que en *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, pese a lo que indica el subtítulo, no existen ni la Argentina ni los argentinos, exhibe las consecuencias de esa ausencia de definición del carácter del ejercicio de la soberanía posterior a los sucesos de 1810. El artículo pasa entonces a indagar en qué medida pudo haber influido en ello su apego a la historiografía de los *Annales*. El texto analiza las varias reflexiones de Halperin sobre el particular hasta su exitosa solución parcial, la conjunción de historia social e historia política en *Revolución y guerra*, así como las cuestiones políticas que quedaron fuera de esa solución.

Palabras clave: Halperin Donghi - Historiografía - Historia política - Fernand Braudel

Reflections on Tulio Halperin's work

The article summarizes Halperin's valuable historiographic achievements and seeks to explain two aspects of his work: the oversight of the fundamental role of sovereignty and his concern about how to overcome the lack of connection between social and political history undergone by the work of Braudel, his master. The surprising verification that in *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, despite what is indicated in the subtitle, neither Argentina nor Argentines exist, shows the consequences of that absence of definition of the nature of the exercise of sovereignty subsequent to the events of 1810. The article then goes on to investigate the extent to which Halperin's attachment to the historiography of the *Annales* may have influenced his work. The text analyses Halperin's reflections about what was missing in Braudel's work as he finds a successful partial solution, the combination of social and political history in *Revolución y guerra*, as well as the political issues that were left out of that solution.

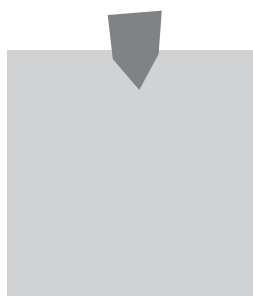
Key words: Halperin Donghi - Historiography - Political History - Fernand Braudel

Fecha de recepción del original: 1 / 3 /2019

Fecha de aceptación del original: 24 / 3 /2019

Argumentos

El republicanismo atlántico y su laberinto



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 23 / 2019

Presentación

Gabriel Entin

CONICET-Universidad Nacional de Quilmes / Universidad Nacional de San Martín

Con frecuencia el siglo XIX latinoamericano es analizado en la historiografía a partir de un eje de lectura: el republicanismo. Sin embargo, más que una evidencia y una clave para la comprensión de aquel período, el republicanismo refiere a un problema y a un enigma a dilucidar en la exploración histórica. ¿A qué nos referimos cuándo hablamos de republicanismo? ¿Por qué, luego de tres siglos de monarquía, Hispanoamérica se volvió republicana en menos de dos décadas de revolución y ante un escenario europeo de restauración monárquica? ¿Cuáles eran las características de las formas de gobierno de la república? Además de la existencia o ausencia de un rey, ¿en qué se diferenciaba una república de una monarquía? ¿Cómo periodizar el republicanismo revolucionario? ¿En qué se distingue el republicanismo del liberalismo y de la democracia? ¿Cuánto de local, atlántico o global tiene el republicanismo del siglo XIX en América Latina?

En un contexto, iniciado hace nueve años, de conmemoración de los bicentenarios de las repúblicas en Hispanoamérica, el objetivo de esta sección de *Prismas* consiste en pensar el republicanismo como forma de reexaminar la historia de aquellas repúblicas tomando en serio la perspectiva transnacional, conectada y atlántica. El texto que publicamos de Clément Thibaud representa un desafío para incorporar contribuciones de las historiografías más innovadoras sobre las revoluciones atlánticas con el propósito de explorar el republicanismo y sus problemas constitutivos referidos a la escala, período, actores, forma, lenguajes, y a su propia polisemia como categoría heurística.

Con su propuesta de una “historia policéntrica de los republicanismos atlánticos” Thibaud busca descentrar (“desprovincializar”, señalará) la historia de la república del “marco teórico, metodológico y geográfico” con el que usualmente se la asocia en la historiografía del republicanismo: la Europa medieval y moderna desde el Renacimiento italiano hasta la revolución de las trece colonias británicas en América del Norte, pasando por las Provincias Unidas de Holanda y la Gran Bretaña. Este marco, que Thibaud denomina “modelo republicano”, es el desarrollado por los autores de la llamada Escuela de Cambridge (J. G. A. Pocock y Quentin Skinner).

Con este propósito, el historiador articula una serie de hipótesis: 1) el continente americano en su parte anglosajona, francesa e hispánica constituye el “epicentro” del republicanismo entre 1770 y 1880, y debe vincularse con momentos republicanos en Europa, el Brasil y estados costeros del África; 2) este republicanismo se vuelve inteligible menos por su aver-

sión a la monarquía que por su oposición al imperio; 3) la lucha contra el imperio y la naturaleza colonial de las sociedades en América explican la centralidad del republicanismo en el continente y su asociación con principios y valores del derecho natural y del liberalismo; 4) el republicanismo se inscribe en un Atlántico que desde el siglo xvi en adelante funciona como un espacio común atravesado por la construcción de los imperios europeos, la trata de esclavos y el comercio colonial.

Para Thibaud, el republicanismo daría forma a las revoluciones atlánticas y revelaría también su “parte oscura” condensada en la revolución haitiana: la proclamación de la república y de los derechos del hombre y del ciudadano no significaría ni una sociedad de iguales, ni la abolición efectiva de la esclavitud hasta la segunda mitad del siglo xix. Según explica el autor, la historia policéntrica de los republicanismos atlánticos implicaría “pensar la construcción de formas modernas de emancipación política y social llevadas a cabo por actores no europeos o mestizos que se encontraban fuera y, al mismo tiempo, en relación a la matriz noratlántica”.

La cartografía que Thibaud traza del laboratorio republicano atlántico es sugerente, ambiciosa, fascinante y problemática, como muestran en los comentarios al texto dos de las principales historiadoras de la nueva historia política latinoamericana, especialistas también en el republicanismo del siglo xix hispanoamericano. En efecto, Hilda Sabato, autora de *Republics of the New World. The Revolutionary Political Experiment in Nineteenth-Century Latin America* (Princeton, Princeton University Press, 2018), plantea que la pregunta por la elección de la república en Hispanoamérica continúa abierta en la medida en que, por un lado, constituyó una opción política entre otras posibles e igualmente antiimperiales y, por el otro, representó la institución de nuevas comunidades políticas que no podrían explicarse por lo “ya existente”.

Por su parte, Marcela Ternavasio indaga la hipótesis antiimperialista del republicanismo atlántico y se pregunta por qué el Brasil, siendo una sociedad colonial, no optó por la república durante su independencia. La interrogación de Ternavasio, quien desde la publicación de *Candidata a la corona. La infanta Carlota Joaquina en el laberinto de las revoluciones hispanoamericanas* (Buenos Aires, Siglo xxi, 2015) explora las relaciones luso-hispánicas en América durante las revoluciones, lleva a incorporar otras variables a los argumentos de Thibaud, y a complejizarlos; por ejemplo, contemplando la posibilidad de que un imperio se vuelva colonia, como sucedería con Portugal respecto del Brasil.

En síntesis, la propuesta de Thibaud y los comentarios de Sabato y Ternavasio diseñan un mapa histórico-conceptual de un laberinto republicano atlántico en Hispanoamérica que recién en la última década tomaría forma como problema historiográfico. □

*Para una historia policéntrica de los republicanismos atlánticos (1770-1880)**

Clément Thibaud

École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), París

Una rápida mirada a un planisferio político del siglo XIX arroja una conclusión lapidaria:¹ la república aparece en él, ante todo, como una forma americana de gobierno.² De los Estados Unidos a las naciones hispanoamericanas, pasando por Haití, hoy en día estas naciones conforman, con excepción de Suiza y de algunas repúblicas-ciudades europeas, los más antiguos *kingless states* del mundo. Aun cuando la filosofía política clásica considerase evidente la debilidad de las repúblicas frente a las monarquías a raíz de los estrechos límites de sus territorios o de sus tendencias a la división en facciones, una docena de esos gobiernos se estableció entre los Grandes Lagos y Tierra del Fuego en un corto período de tiempo que el inglés Thomas Paine definió como una “era de las revoluciones”. De la declaración de la independencia de los Estados Unidos en 1776, a la emancipación de las repúblicas hispanoamericanas durante los años 1820, el mapa político del continente americano registró el derrumbe de la soberanía monárquica en los inmensos espacios que habían sido gobernados en otra época por los imperios europeos. Luego del paréntesis antimonárquico de 1848, el establecimiento de la Tercera República en Francia luego de 1870 precedió a la caída del imperio brasileño en 1889 y a la independencia de Cuba a finales de siglo, acontecimientos, ambos, que cierran esta secuencia republicana a escala oceánica.

Este cambio remite a la historiografía que, en los años 1950, detectó por primera vez una “Revolución atlántica” (Jacques Godechot)³ o una “era de las revoluciones democráticas” (Robert R. Palmer).⁴ Tras finalizar la Segunda Guerra Mundial, había que dejar atrás los enfoques

* El presente artículo ha sido publicado previamente en francés en *Revue d'histoire du XIX^e siècle*, n° 56, 2018/1, pp. 151-170; se publica aquí con autorización del autor y de la editorial, con traducción de Enrique Schmukler.

¹ Esta reflexión se inspira en tres talleres *Southern Republicanism* llevados a cabo de mayo de 2016 a septiembre de 2017 en Buenos Aires y en Nantes, en el marco del proyecto STARACO (Universidad de Nantes), bajo la dirección de Gabriel Entin, Federica Morelli y yo mismo, con la participación de una veintena de investigadores.

² Entendemos aquí, como en el resto del artículo, la noción de América en su sentido hemisférico y no simplemente norteamericano. Esta observación vale para la esfera internacional “formalizada”, con excepción de las numerosas comunidades políticas no monárquicas de las sociedades sin un Estado reconocido.

³ Jacques Godechot, *La grande nation. L'expansion révolutionnaire de la France dans le monde de 1789 à 1799*, París, Aubier, 1956.

⁴ Robert R. Palmer, *The Age of the Democratic Revolution. A Political History of Europe and America, 1760-1800*, Princeton, Princeton University Press, 1959.

nacionales para pensar una secuencia revolucionaria europea y norteamericana –noratlántica– que identificara causas comunes para la independencia de los Estados Unidos y para las revoluciones de Europa y de Francia. Estas perspectivas, cultivadas también por los influyentes trabajos de Hannah Arendt⁵ y de Louis Hartz,⁶ adoptaron un modelo de causalidad a la vez unificado y secuencial. La identificación de una matriz común –para Robert Palmer, el conflicto entre la monarquía y los cuerpos constituidos– explicaba el efecto dominó de las revoluciones a escala oceánica. Aún citados en la actualidad, estos libros tuvieron el mérito de eliminar las barreras de una historiografía teleológicamente cerrada sobre la nación. Sin embargo, no prestaban atención a las problemáticas coloniales y a la cuestión de la esclavitud y sus actores, e ignoraban la Revolución haitiana, las independencias iberoamericanas y la refracción de estos acontecimientos sobre el continente africano. Su descripción de la secuencia revolucionaria atlántica se basaba en algo impensado que tenía fuerza de evidencia: la modernidad noratlántica era el centro a partir del cual se propagaba la invención revolucionaria. De lo que derivaba un esquema difusionista en círculos concéntricos, y el determinismo historicista de la expansión irresistible de la Revolución atlántica.

Las grandes controversias suscitadas por el *Republican Turn* en los Estados Unidos han transformado el debate historiográfico sobre la cuestión. Dejaron una huella en la historiografía de los años 1970 a 1990 al prestar atención al carácter ideológico de la Revolución americana. Si se da crédito a los trabajos fundacionales de Bernard Bailyn,⁷ John Pocock y Gordon Wood,⁸ contrariamente a lo que afirmaba la *doxa* política e historiográfica del país, los *Founding Fathers* no habían deseado en absoluto fundar una sociedad comercial en la que debían primar los derechos individuales sobre el poder soberano. Se basaban, por el contrario, en una concepción prescriptiva de la libertad,⁹ que se oponía a la dimensión negativa de la libertad que tenía el liberalismo al aislar una esfera de autonomía para los individuos y la sociedad civil frente al Estado.¹⁰ La herencia del giro republicano impregna aún hoy los estudios sobre el republicanismo atlántico. Los conceptos de “radicalismo whig” (Bernard Bailyn), de “humanismo cívico” (John Pocock) o de “concepción neo-romana de la libertad” (Quentin Skinner) imponen un marco teórico, metodológico y geográfico que resulta problemático cuando se trata de pensar la historia de la república a una escala más global y policéntrica.¹¹ Al centrarse en un espacio de circulación que va desde Italia a las Provincias Unidas, de Gran Bretaña a las Trece Colonias y los Estados Unidos, el modelo “republicanista” privilegia, a la vez, un centro

⁵ Hannah Arendt, *On Revolution*, Nueva York, Viking Press, 1963 [trad. esp.: *Sobre la revolución*, Madrid, Alianza Editorial, 2013].

⁶ Louis Hartz, *The Liberal Tradition in America. An Interpretation of American Political Thought since the Revolution*, Nueva York, Harcourt Brace and Co, 1955 [trad. esp.: *La tradición liberal en los Estados Unidos: una interpretación del pensamiento político estadounidense desde la Guerra de Independencia*, Buenos Aires, FCE, 1995].

⁷ Bernard Bailyn, *The Ideological Origins of the American Revolution*, Cambridge [MA], Belknap Press of Harvard University Press, 1967 [trad. esp.: *Los orígenes ideológicos de la Revolución norteamericana*, Madrid, Tecnos, 2012].

⁸ Gordon Wood, *The Creation of the American Republic, 1776-1787*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1969.

⁹ Philip Pettit, *Republicanism. A Theory of Freedom and Government*, Oxford, Oxford University Press, 1999 [trad. esp.: *Republicanism. Una teoría sobre la libertad y el gobierno*, Buenos Aires, Paidós, 1997, caps. 1 y 2].

¹⁰ Isaiah Berlin, *Two Concepts of Liberty*, Oxford, Clarendon Press, 1966 [trad. esp.: *Dos conceptos de libertad*, Madrid, Alianza Editorial, 2014].

¹¹ A excepción, tal vez, de Quentin Skinner.

geográfico y una cronología enfocada en la Europa medieval y moderna. Los actores de esta historia son los europeos o sus descendientes al otro lado del Atlántico. Pese a su excepcional fecundidad, al apegarse ante todo a los conceptos a partir de una dimensión desde luego atlántica pero que es, en realidad, anglo-americana,¹² esta perspectiva eclipsó otros universos republicanos caracterizados por configuraciones de pensamiento y, sobre todo, por repertorios de acciones, de actores y de problemáticas sociales diferentes. Es esta pluralidad la que hoy está siendo reivindicada por todo un conjunto de trabajos sobre el tema.

¿Cómo pensar la eclosión republicana, desde la era de las revoluciones hasta el final del siglo XVIII, en una perspectiva susceptible de describir el conjunto de procesos en su diversidad y en su duración? La idea misma de una secuencia republicana se revela problemática porque favorece las explicaciones deterministas. Plantea, al mismo tiempo, delicadas cuestiones de método puesto que hay que dar cuenta, a la vez, de la unidad de un proceso y de la singularidad de sus declinaciones locales. La tarea exige, en primer término, un trabajo descriptivo tendiente a hacer un inventario de los momentos antimonárquicos a pequeña escala, para intentar definir los lazos que, eventualmente, los unen.

Varias tesis serán defendidas aquí. La centralidad americana del republicanismo en el siglo XIX no fue solo un hecho geográfico.¹³ Estaba vinculada a la doble naturaleza imperial y colonial de estas sociedades en la época moderna: los repertorios de ideas y de acciones antimonárquicas dieron lugar a regímenes de larga duración que rechazaban menos a los reyes que a los imperios. La esclavitud y su abolición, al igual que la igualdad civil de los sujetos coloniales cuyos derechos estaban degradados –libres de color y amerindios– constituían, por este motivo, todas cuestiones estructurantes de la secuencia republicana atlántica.¹⁴ Esta particularidad antimperial explica, ya lo veremos, la asociación temprana entre el republicanismo con el derecho natural y el liberalismo –un vínculo que las coordinadas historiográficas establecidas por el *Republican Turn* impiden pensar–. Otra cuestión tiene que ver con los efectos “bumerang” de los republicanismos liberales de los americanos del norte y del sur en Europa y el Mediterráneo a partir de los años 1820. La exigencia constitucional y liberal, compartida por una multiplicidad de actores opuestos a la Europa del Congreso de Viena, animaba la creación de un espacio de circulación cosmopolita a ambos lados del océano.

Aunque en el transcurso de estos últimos veinte años muchos trabajos echaron luz sobre estos problemas, aún queda mucho por hacer para dibujar una imagen global del proceso de republicanización a escala del hemisferio americano que incluya su parte meridional, por no hablar del Atlántico (y del resto). Este artículo no tiene la pretensión de llenar esta laguna: antes bien, su objeto es bosquejar un mapa de relaciones evocando posibles caminos para dar cuenta de ellas, y sugerir aproximaciones entre líneas historiográficas que han permanecido muy a menudo paralelas.

¹² No es el caso, es cierto, de Martin van Gelderen y de Quentin Skinner (eds.), *Republicanism. A Shared European Heritage*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, 2 volúmenes.

¹³ En un sentido continental.

¹⁴ En Francia, la abolición de la esclavitud y la adopción del sufragio universal masculino, en 1848, reúnen de manera espectacular ambas cuestiones. Hay que subrayar, no obstante, que muchos republicanos y muchos liberales podían perfectamente justificar la esclavitud y la jerarquía de razas no como una excepción a sus ideales, sino coherentemente con ellos.

Las geografías plurales del republicanismo

La republicanización del continente fue, por definición, una historia atlántica, tal como lo prueban ya las causas y el curso que siguió la Revolución americana que inauguró el ciclo. Aunque nada le debía a las reivindicaciones antimperiales y anticoloniales, la caída de la monarquía francesa en el año 1792 trastocó el orden político, la cultura y la sociedad caribeña con el decreto de abolición de la esclavitud, un proceso que se repitió con la Segunda República en el año 1848. Las revueltas de Saint-Domingue y la independencia de Haití estaban por supuesto imbricadas con la revolución de la metrópolis.¹⁵ Las repúblicas-hermanas, en los Países Bajos y en la península itálica, tuvieron, también, un eco atlántico y global.¹⁶ La revuelta de Irlanda, en 1798, apoyada por el Directorio, produjo un contingente de proscriptos que combatió luego en ambas costas del Atlántico. Luego de los años 1820, las independencias hispano-americanas crearon un vasto espacio republicano desde California hasta Buenos Aires y Santiago de Chile.

Es necesario incluir también en este inventario factual los movimientos antimonárquicos –o, mejor dicho, antimperiales– que no prosperaron. Así, algunos canadienses franceses levantaron la bandera republicana en el Alto y Bajo Canadá con el propósito de impugnar la tutela británica entre los años 1836 y 1838.¹⁷ En Cuba, que seguía siendo española, se expandió en el transcurso de la década de 1850¹⁸ un movimiento anexionista que estaba a favor de la integración de la isla a los Estados Unidos. Durante la Guerra de los diez años (1868-1878), el ejército de *mambises* se enfrentó a las tropas de la metrópoli en nombre de una república que eliminaría las razas y la esclavitud.¹⁹ Reino y luego imperio, el Brasil fue asaltado por rebeliones antimonárquicas. Estas daban argumentos a las reivindicaciones de las élites locales que se aliaron a grupos populares en la lucha por la democratización del gobierno y la igualdad de derechos entre blancos y no blancos. Prueba de ello fueron la Revolución de Pernambuco (1817), la fugaz Confederación del Ecuador (1824),²⁰ la más prolongada República de Río Grande do Sul (1836-1845),²¹ sin olvidar las numerosas otras rebeliones antimperiales.²² En 1888, la abolición

¹⁵ Bernard Gainot, *La révolution des esclaves. Haïti, 1763-1803*, París, Vendémiaire, 2017.

¹⁶ Pierre Serna (dir.), *Républiques soeurs: le Directoire et la révolution atlantique*, Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2009. Las Provincias Unidas era una República imperial antes de transformarse en un satélite dentro de la órbita de la Francia revolucionaria: Wim Klooster y Gert Oostindie (dirs.), *Curaçao in the Age of Revolutions, 1795-1800*, Leiden, KITLV Press, 2011, y Annie Jourdan, *La révolution batave entre la France et l'Amérique, 1795-1806*, Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2015.

¹⁷ Michel Ducharme, *Le concept de liberté au Canada à l'époque des révolutions atlantiques, 1776-1838*, Montreal, McGill-Queen's University Press, 2010.

¹⁸ Romy Sánchez, "*Quitter la Très Fidèle. Exilés et bannis au temps du séparatisme cubain, 1834-1879*", tesis de historia dirigida por Annick Lempérière, Université Paris 1, Panthéon-Sorbonne, 2016.

¹⁹ Ada Ferrer, *Insurgent Cuba. Race, Nation, and Revolution, 1868-1898*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1999, cap. 1 [trad. esp.: *Cuba insurgente: raza, nación y revolución, 1868-1898*, La Habana, Ediciones de Ciencias Sociales, 2011].

²⁰ Luiz Geraldo Silva, "Pernambuco y la independencia: entre el federalismo y el unitarismo", *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos* <DOI: 10.4000/nuevomundo.64766>, consultado el 12 diciembre de 2017.

²¹ Moacyr Flores, *Modelo político dos Farrapos: as idéias políticas da Revolução Farroupilha*, Porto Alegre, Editora Mercado Aberto, 1978.

²² Como la Federación de los Guanais, la Sabinada, Cabanagem, la Balaiada. Cf. José Murilo de Carvalho, *A formação das almas: o imaginário da república no Brasil*, San Pablo, Cia. das Letras, 1990 [trad. esp.: *La revolución de las almas. El imaginario de la república en el Brasil*, Bernal, UNQ, 1997]; Celia Freire A. Fonseca, "L'idée républicaine au Brésil", *Annales historiques de la Révolution française*, 1994, vol. 298, n° 1, pp. 715-726.

de la esclavitud se adelantó a la instalación, un año más tarde, de una República cuyas élites se identificaban con el positivismo.

El continente africano participó de esta coyuntura oceánica. Aunque, en un registro completamente diferente, convendría considerar a las comunidades sin rey del Congo, hay que mencionar la creación de Liberia, en 1822, por la *New Colonization Society*, cuyo objetivo era acoger a los esclavos libertos de los Estados Unidos. La colonia, que mezclaba nativos y libertos, se convirtió en un *commonwealth* independiente en 1847.²³ Siguiendo una lógica diferente, en este caso antimperial, algunas repúblicas *boers* se establecieron oponiéndose a la conquista británica en el año 1795. Luego del Gran Trek surgieron el Estado libre de Orange (1854) y la República de Transvaal (1857). En el imperio francés, el derrocamiento de los reyes en 1792 primero y luego en 1848 condujo a la republicanización de las Cuatro Comunas de Senegal, con profundas implicaciones locales durante las dos aboliciones de la esclavitud.²⁴

¿En qué lugar ubicar la línea divisoria entre la era de las revoluciones atlánticas, marcada por la cuestión del régimen político, y otra periodización revolucionaria en la que prima la transformación de la sociedad? Aunque esencialmente europeo, 1848 representó tal vez la última etapa de una secuencia revolucionaria a escala del Atlántico y del mundo. Es, por lo demás, lo que sugiere Janet Polasky en su último libro, *Revolution without Borders*.²⁵ La historiadora estadounidense distingue un primer ciclo revolucionario, que comprende las revoluciones de Norteamérica y de Europa hasta la independencia haitiana (1776-1804), y un segundo ciclo que comienza con la caída de los imperios ibéricos y termina con la Primavera de los Pueblos (1808-1848). Este corte llama la atención, puesto que las revoluciones de Tierra Firme –las de Bolívar– articularon la Revolución haitiana y las hispánicas.²⁶ ¿Conviene prolongar hasta fines del siglo XIX esta secuencia atlántica que estuvo marcada por la Segunda República francesa, las efímeras repúblicas de Italia (1848-1849) y de España (1873-1874)? La consolidación del régimen en Francia y en el Brasil en el transcurso de los años 1880 fue acompañado por su fortalecimiento en las repúblicas americanas, suministrando a esta historia un *terminus ad quem* verosímil.

Pese a todo lo que han podido decir o escribir sus promotores, esta secuencia republicana no tuvo el carácter irresistible de un proceso necesario. Los momentos de reflujo caracterizaron los años 1860. Durante esos años, algunas potencias europeas intentaron volver a hacer pie en el continente con la fugaz reconquista, por parte de España, de Santo Domingo y de las islas Chinchas, frente al Perú, o incluso con la intervención francesa en México.²⁷ Los Estados Uni-

²³ Eric Burin, *Slavery and the Peculiar Solution. A History of the American Colonization Society*, Gainesville, University Press of Florida, 2008.

²⁴ Faltan estudios sobre este período. Cf. Ibrahima Thioub, “Stigmates et mémoires de l’esclavage en Afrique de l’Ouest: le sang et la couleur de peau comme lignes de fracture”, FMSH-WP-2012-23. 2012. <halshs-00743503>, consultado el 11 de abril de 2018.

²⁵ Janet Polasky, *Revolutions without Borders. The Call to Liberty in the Atlantic World*, New Haven, Yale University Press, 2015, introducción.

²⁶ Alejandro E. Gómez Pernía, *Le spectre de la révolution noire. L’impact de la révolution haïtienne dans le monde atlantique, 1790-1886*, Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2013; Juan Francisco Martínez Peria, “Lazos revolucionarios: Influencias, encuentros y desencuentros entre Haití, Venezuela y Nueva Granada en la época de la Independencia (1789-1830)”, doctorado de l’Universitat Pompeu Fabra, 2015; Frédéric Spillemaeker, “Quand les co-cards étaient marrons: La Trinité espagnole en Révolution”, *Monde(s)*, n° 12, 2017, pp. 221-237.

²⁷ Guillermo Palacios y Erika Pani (dirs.), *El poder y la sangre: guerra, estado y nación en la década de 1860*, México, FCE, 2014.

dos se comportaban como una república imperial frente a los amerindios –y frente a los mexicanos– en su avance hacia el oeste. Lo mismo hacían la Argentina y Chile, a fines de siglo, frente a las poblaciones amerindias. Estas repúblicas, hay que recordarlo, seguían siendo profundamente inequitativas a raíz de una herencia colonial que, aunque tambaleó en un primer momento ante los repertorios de la libertad política, fue reforzada rápidamente, a partir del año 1860, por las nuevas concepciones raciales.

No obstante, este catálogo de “hechos atlánticos”, pequeños y grandes, confirma nuestra observación inicial: el continente americano, hasta 1870 por lo menos, fue el epicentro del republicanismo en el mundo. Europa representaba, a ojos de los americanos del norte y del sur, un continente monárquico y conservador, a pesar del célebre paréntesis de 1848, que fue seguido por la decepción del golpe de estado de 1851.²⁸ De esta manera, los tiempos menores del republicanismo europeo deben ser pensados en relación con sus momentos fuertes en la América hispánica y en los Estados Unidos, y deben ser vinculados con espacios *a priori* ajenos a la problemática, como algunos estados costeros del África o del Brasil. Este cambio de escala abre la perspectiva de una historia policéntrica del Atlántico político, cuya trama circulatoria se construyó a partir de la expansión imperial y se reconfiguró en la era de las revoluciones. La densidad y la antigüedad de estos lazos explican la pertinencia de una escala de este orden y de un proceso de estas características desde la época de las Luces y de las revoluciones hasta el triunfo del nacionalismo, a fines del siglo XIX, y por supuesto más allá de ese período también.

Convenía esbozar una geografía y una cronología antes de precisar lo que se entiende aquí por república y republicanismo. Estas nociones remiten a repertorios intelectuales y a experiencias políticas tan viejas que, con el tiempo, han revestido un carácter polisémico que terminó por obstaculizar la comprensión de aquello que debían describir. Recordemos que, todavía en el siglo XIX, el republicanismo no siempre se oponía a la monarquía ya que no designaba necesariamente una forma de gobierno. Sobre este aspecto, la filosofía política clásica, de Aristóteles a Montesquieu, prefería basarse en una distinción diferente a la de monarquía y república. Distinguía tres tipos de gobiernos: el de uno, el de los mejores y el de los más numerosos, es decir, *grosso modo*, y con variaciones en el tiempo, monarquía, aristocracia y democracia. De modo tal que la *república-régimen* describe uno de los tres espectros de sentido que han revestido al concepto a lo largo de la historia, aunque esta acepción lejos estaba de ser hegemónica en la época moderna. En la mayoría de las tradiciones, la república designaba un repertorio de valores que eran ante todo políticos y morales, y que hacían hincapié en las cualidades que todo ciudadano debía ser capaz de cultivar en una sociedad virtuosa y bien ordenada. Esta es la dimensión axiológica que privilegiaba el paradigma “republicanista” de la escuela de Cambridge. En el siglo XVIII, este tipo de discursos se podía observar en todas las grandes monarquías europeas y en sus prolongaciones imperiales, y tenía su expresión artística en el neoclasicismo. Siguió vivo en el siglo XIX.

La tercera acepción se basa en la noción de comunidad cívica, cualquiera sea la forma del Estado. La *república-comunidad* describe las características sociales y territoriales de la repú-

²⁸ James E. Sanders, *The Vanguard of the Atlantic World. Creating Modernity, Nation, and Democracy in Nineteenth-Century Latin America*, Durham, Duke University Press, 2014. A menudo, Gran Bretaña escapa a las críticas (agradezco a Romy Sánchez por esta observación).

blica en tanto que ciudad, remitiéndose al antiguo debate, abierto por Aristóteles y revitalizado luego por Montesquieu,²⁹ sobre el tamaño ideal que debía tener la ciudad. Tuvo particular importancia en la transición de las monarquías a las repúblicas que presenció el colapso de la centralidad monárquica, al plantear, como consecuencia de esto, la cuestión de la articulación política del Estado en los niveles local y regional. En América, la soberanía había recaído en las provincias y en las ciudades, que por lo tanto se vieron obligadas a confederarse para forjar la unidad. Así las cosas, el federalismo representaba uno de los problemas fundamentales de las nuevas naciones. La república compuesta emergió entonces como la solución ideal para mantener las libertades locales, a la vez que constituía un frente común contra el imperio unitario, necesariamente liberticida.³⁰ Antes que el sufragio, fue el federalismo radical el régimen democrático por excelencia de las comunidades sin rey.

Pensar la era de las revoluciones atlánticas: cuestiones de método

¿Cómo pensar la unidad de las revoluciones atlánticas o, al menos, su articulación? La perspectiva comparada, en primer lugar, tiene el mérito de dar cuenta de cada una de ellas a partir de su propio contexto de emergencia. El libro pionero de Lester D. Langley abrió el camino,³¹ renovado recientemente por Wim Klooster;³² pero este enfoque, criticado por la “nueva historia atlántica”, no es el más practicado en la actualidad. La perspectiva contextual, que Nathan Perl-Rosenthal³³ resalta en un artículo reciente, se vale de la descripción de referencias y de prácticas culturales comunes a las diferentes sociedades del Atlántico para explicar la conmensurabilidad de los procesos republicanos. En nuestro caso, sirve para comprender, a la vez, la unidad cronológica de las revoluciones atlánticas y la similitud de sus consecuencias políticas, como la soberanía popular, el gobierno representativo y constitucional y la ciudadanía. Si este Atlántico describe un espacio en el que se despliegan ciertos paradigmas comunes, es gracias a que fue diseñado por tramos socio-económicos y de intercambios políticos de larga duración que permitieron enlazar el continente americano con Europa y con vastos territorios del África a partir del siglo XVI. Este espacio atlántico se forjó a partir de la construcción de los imperios europeos, de la trata de esclavos y del comercio colonial.³⁴ Al mezclar poblaciones amerindias, africanas y europeas, las sociedades americanas eran, al mismo tiempo, imperiales, en cuanto a que continuaban y prolongaban a Europa, y coloniales por el hecho de fabricar nuevas formas de jerarquía social con la conquista –y, a veces, la incorporación– de los pueblos autóctonos y las migraciones forzadas llegadas del continente africano. La pertinencia de la escala atlántica,

²⁹ Judith N. Shklar, “Montesquieu and the new republicanism”, en Gisela Bock, Quentin Skinner y Maurizio Viroli (eds.), *Machiavelli and Republicanism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 265-280.

³⁰ Peter S. Onuf y Nicholas G. Onuf, *Federal Union, Modern World. The Law of Nations in an Age of Revolutions, 1776-1814*, Madison, Madison House, 1993.

³¹ Lester D. Langley, *The Americas in the Age of Revolution, 1750-1850*, New Haven, Yale University Press, 1996.

³² Wim Klooster, *Revolutions in the Atlantic World. A Comparative History*, Nueva York, New York University Press, 2009.

³³ Nathan Perl-Rosenthal, “Atlantic cultures and the age of revolution”, *The William and Mary Quarterly*, vol. 74, n° 4, 2017, pp. 667-696.

³⁴ Las grandes obras de la Escuela de los Anales describieron esta construcción de un Atlántico económico, social y político, en particular Pierre Chaunu, *Séville et l'Atlantique (1504-1650)*, París, Armand Colin, 1955.

por cierto discutible y discutida, está relacionada con la abundante presencia de una población de origen europeo y africano trasplantada en el continente americano. Esto creó un espacio integrado cuya densidad de conexiones intercontinentales era superior, por ejemplo, a la de los mundos coloniales del Océano Índico y del archipiélago malayo.

Aunque permite dar cuenta de la “secuencia” de las revoluciones atlánticas sin equipararla a un encadenamiento de causas y de efectos necesarios, el enfoque contextualista corre el riesgo de homogeneizar los contextos de diferentes espacios y sociedades del Atlántico para conseguir sus objetivos. Una historia conectada de las revoluciones republicanas en el Atlántico podría evitar este escollo. ¿Es esto, no obstante, factible? El trabajo, por lo pronto, ya ha sido iniciado, comenzando por las relaciones más evidentes en el seno de un mismo imperio o a escala de una región con soberanías imbricadas, como en el caso del Caribe. La intención consiste en iluminar las relaciones entre los diferentes procesos revolucionarios a partir de los vínculos concretos que han podido articularlos: desplazamiento de personas, difusión de prácticas políticas y de repertorios de ideas en un contexto de tráficos comerciales lícitos o fraudulentos. Estas investigaciones suponen la asociación entre la microhistoria y el análisis a pequeña escala. Buscando superar las metáforas de la conexión, de la transferencia o de la difusión de modelos, todavía hay mucho por escribir sobre esta historia conectada. Sin embargo, no es viable para todos los momentos revolucionarios. Por obvias razones de cronología, la Revolución americana no puede recibir un tratamiento de esta naturaleza, salvo que se la relacione con las dos revoluciones inglesas del siglo xvii.³⁵ Corre además el riesgo de reproducir la estructura teleológica y occicentrista de las perspectivas comparatistas o secuenciales. A pesar de todo, al insistir sobre la reapropiación y la traducción local de las circulaciones revolucionarias, ofrece la posibilidad de pensar el ciclo revolucionario del Atlántico como un rizoma.³⁶ El riesgo estriba, no obstante, en pasar por alto tanto la singularidad de cada uno de los momentos revolucionarios como su carácter disruptivo. A condición de no hacer de ella una herramienta que pretenda explicar la totalidad de las revoluciones y de sus relaciones, la perspectiva conectada puede iluminar las relaciones entre diferentes momentos republicanos. Sin que haya sido teorizada como tal, esta perspectiva, al insertar los procesos en una trama transnacional que les daba sentido, ha permitido enriquecer las interpretaciones sobre la joven república americana,³⁷ las revoluciones hispanoamericanas y la independencia del Brasil.³⁸ La palabra clave en inglés es *entanglement*, que designa la intrincación de varios procesos revolucionarios y ofrece prometedoras pistas de investigación.³⁹

Muchas preguntas salen a la luz. ¿Cómo identificar los contextos comunes, los lazos entre estos momentos republicanos? ¿Cómo evaluar y jerarquizar la fuerza de sus efectos? Estos

³⁵ Bernard Bailyn, *The Ideological Origins*.

³⁶ Me permito remitirme a mi *Libérer le Nouveau Monde. La fondation des premières républiques hispaniques (Colombie et Venezuela, 1780-1820)*, Mordelles, Les Perséides, 2017, cap. 2.

³⁷ Ashli White, *Encountering Revolution. Haiti and the Making of the Early Republic*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2012.

³⁸ Véanse los seminales trabajos de João Paulo G. Pimenta, *Brasil y las independencias de Hispanoamérica*, Castellón, Publicacions de la Universitat Jaume I, 2007, y *Estado y nación hacia el final de los imperios ibéricos. Río de la Plata y Brasil, 1808-1828*, Buenos Aires, Sudamericana, 2011.

³⁹ Fabrício Prado, *Edge of Empire. Atlantic Networks and Revolution in Bourbon Rio de la Plata*, Berkeley, University of California Press, 2015; Ada Ferrer, *Freedom's Mirror. Cuba and Haiti in the Age of Revolution*, Nueva York, Cambridge University Press, 2014.

interrogantes preocupan a la historiografía de las revoluciones atlánticas y de las culturas políticas, republicanas o no, que resultaron de ellas. La exploración se ocupa también de la politización del espacio imperial y, más allá, del atlántico. Algunos siguen la pista de los “papeles sediciosos”, la difusión de libros o incluso la trayectoria de los rumores. Otros se ocupan del trabajo de los traductores o del desplazamiento de los rebeldes, militares o exiliados. Otros, incluso, procuran identificar la construcción de esferas públicas transnacionales, o seguir la transmisión de prácticas revolucionarias. Las posibilidades son muchas y las elecciones de objeto matizan opciones historiográficas fuertes allí donde la historia social “de abajo”, la historia cultural de lo político, la historia del derecho o la historia intelectual, inspiradas o no por los estudios subalternos o poscoloniales, encarnan posiciones que no siempre resultan irreconciliables.

Si se tienen en cuenta las condiciones contextuales, una tesis frecuente en la historiografía norteamericana hizo de la supuesta existencia de una sociedad civil de individuos anterior a la independencia la condición primera de la Revolución americana. Sin embargo, este análisis únicamente era válido para los ciudadanos del antiguo y del nuevo régimen, es decir, los blancos. Otros sugerían el carácter moderno por anticipado del mundo colonial americano, subrayando las dimensiones capitalistas de la plantación esclavista.⁴⁰ En el mundo hispánico, sin embargo, los elementos de continuidad entre el antiguo y el nuevo régimen tenían que ver menos con la modernidad que con el carácter corporativo de la Corona española. El historiador Manuel Herrero ve allí una “monarquía de repúblicas”, estas últimas concebidas como un conjunto de poderes urbanos extendidos por todo el territorio a través del poder jurisdiccional.⁴¹ Esa era ya la posición de Annick Lempérière en su estudio pionero sobre la ciudad de México.⁴² Ese republicanismo del Antiguo Régimen, presente en las ricas ciudades italianas y en los Países Bajos, no era exclusivamente europeo: inmune a una nobleza que demostraba discreción en el hemisferio, salvo tal vez en Nueva España o en el Perú, se había expandido plenamente en las ciudades, donde las familias de origen europeo se repartían el poder municipal. Estas comunidades políticas locales y provinciales tuvieron un rol fundamental en el giro republicano de los imperios del Atlántico.⁴³

Imperio, república y liberalismo

En el mundo americano, las repúblicas nacieron, pues, en el transcurso de las guerras de la independencia contra los imperios. En el seno de las élites coloniales, las reivindicaciones

⁴⁰ Trevor Burnard, John Garrigus, *The Plantation Machine. Atlantic Capitalism in French Saint-Domingue and British Jamaica*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2016.

⁴¹ Manuel Herrero Sánchez (dir.), *Repúblicas y republicanismo en la Europa moderna (siglos XVI-XVIII)*, Madrid, FCE, 2017; Gabriel Entin, “La République en Amérique hispanique: langages politiques et construction de la communauté au Río de la Plata, entre monarchie catholique et révolution d’indépendance”, tesis dirigida por Pierre Rosanvallon, EHESS, 2011.

⁴² Annick Lempérière, *Entre Dieu et le roi, la république. Mexico, XVII-XIX siècles*, París, Les Belles Lettres, 2004 [trad. esp.: *Entre dios y el rey: la república. la ciudad de México del siglo XVI al siglo XIX*, Madrid, FCE, 2014]. Para El Brasil, véase João Luís Ribeiro Fragoso, Maria Fernanda Bicalho y Maria de Fátima Gouvêa, *O Antigo Regime nos trópicos: a dinâmica imperial portuguesa, séculos XVI-XVIII*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 2010.

⁴³ José María Portillo Valdés, *Crisis atlántica: autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispana*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

económicas, en particular comerciales, jugaron un rol importante en el origen y la consolidación del proceso separatista de fines del siglo XVIII. Aunque no todas las élites eran librecambistas ni estaban implicadas en el comercio lejano, deseaban poder comerciar más libremente y con mejores condiciones aduaneras en el marco del pacto colonial y, si fuera posible, más allá de este. La Guerra de los Siete Años (1756-1763) había provocado una serie de reformas militares y fiscales en el seno de todas las monarquías del Atlántico. Para Gran Bretaña y España, había sido la ocasión de definir una política imperial más sistemática y consciente de sí misma, y de modificar su naturaleza. Este anhelo suscitó la crítica a una asimetría “colonial” entre muchos europeos de ultramar. Esta dimensión de la articulación colonial –la desigualdad entre metrópolis y colonias– era la que estaba en la mira de las reivindicaciones autonomistas que en un breve tiempo se convertirían en republicanas. Estas últimas eran esgrimidas principalmente por “europeos de ultramar”, que defendían, para ellos mismos, la concepción imperial de una monarquía igual en sus partes.⁴⁴ Esto condujo a veces a silenciar la diferencia colonial que representaban la esclavitud y los estatutos racializados. Rápidamente, estas demandas se articularon con una exigencia constitucional, a veces antigua, que garantizaba los derechos a la igualdad de los europeos de ultramar y de los de las metrópolis a expensas de los desiguales y los esclavos. Este esquema fue válido para las Trece colonias británicas, la Saint-Domingue de los colonos y la América hispánica (incluido el Brasil de 1820): el pedido de igualdad entre provincias metropolitanas y ultramarinas fue acompañado de una reivindicación constitucional, cuyo rechazo desembocó en la independencia.⁴⁵ Las repúblicas americanas, por esta razón, demostraron desde un comienzo interés por las cuestiones de aquello que más tarde habría de denominarse “liberalismo”:⁴⁶ los derechos del individuo, el gobierno representativo y constitucional y la libertad económica. Yendo incluso más lejos, la cuestión de la democracia iba tomando forma, junto con la ardua (re) definición de la ciudadanía.

Al criticar la asimetría imperial entre centro y periferias, estas revoluciones debilitaron, en efecto, la otra dimensión de la articulación colonial: la jerarquía de estatus, de cualidades y de condiciones, la mayoría de las veces racializados, que estructuraban la sociedad. La exigencia constitucional abrió un campo de debate y de combates relacionados con la exclusión o la inclusión de los diferentes tipos de habitantes en el seno de la nueva ciudadanía. La mayoría de estas revoluciones suceden en repúblicas esclavistas, e incluso comunidades “raciales” como los Estados Unidos o las repúblicas *boers*, mientras que la América hispánica había elegido borrar constitucionalmente la mácula de la “raza”, sin abolir por ello el estatus “servil”, ni deshacerse de los prejuicios contra los mestizos y los amerindios. No es exagerado afirmar, por lo tanto, que estos movimientos revolucionarios, convertidos en republicanos, se levantaron contra unos imperios en vías de “colonización”, antes que por oposición a las monarquías. Previo al proceso independentista, los fundamentos de la realeza solo eran cuestionados muy de vez en cuando. La religión jugaba un rol fundamental en la protección de la institución

⁴⁴ Pauline Maier, *From Resistance to Revolution. Colonial Radicals and the Development of American Opposition to Britain, 1765-1776*, Nueva York, W.W. Norton, 1991.

⁴⁵ Salvo el Brasil.

⁴⁶ La doctrina liberal fue formulada coherentemente recién al final del siglo XIX: Duncan Bell, *Reordering the World. Essays on Liberalism and Empire*, Princeton, Princeton University Press, 2016, cap. 2. Para el mundo ibérico, cf. Javier Fernández Sebastián (dir.), *La aurora de la libertad: los primeros liberalismos en el mundo iberoamericano*, Madrid, Marcial Pons, 2012.

monárquica y constituyó una de las grandes dificultades que debieron afrontar, por ejemplo, los patriotas hispano-americanos.⁴⁷

Las repúblicas más duraderas nacidas de la era de las revoluciones se opusieron al imperio colonial o, mejor dicho, a ciertos aspectos de este. Fue, en realidad, un hecho de larga duración que iluminó la historia europea y puso en cuestión la naturaleza misma de los primeros republicanismos. Es posible describir estos republicanismos como unos regímenes de igualdad civil y de participación cívica en los cuales el asunto de la transmisión genealógica de los estatus y de las condiciones resultaba esencial como fundamento, o no, de los derechos individuales y colectivos. Entonces, ¿por qué estos regímenes florecieron en sociedades en las cuales estos valores contradecían punto por punto la experiencia que cada una de ellas tenía del orden social? Aunque los repertorios republicanos, articulados o no al “liberalismo” político o económico, fueron movilizadas para pensar la esclavitud, su abolición y la ciudadanía de individuos cuyos derechos estaban degradados, es necesario remarcar que estos estados recondujeron, transformándolos, muchas jerarquías y estatus coloniales, al margen del reconocimiento de los derechos naturales. Sin duda, el hecho de que la noción de igualdad se revelara tan problemática hizo que ella se politizara tempranamente. Al postular el retorno a una supuesta naturaleza del hombre, la síntesis liberal-republicana permitió justificar nuevamente, sobre la base del mérito, las desigualdades de hecho o de derecho entre individuos para establecer círculos concéntricos de ciudadanía y libertad.⁴⁸ En las Américas, estas cuestiones eran centrales pues había que imaginar la libertad política en un contexto en el cual una gran parte de la población no gozaba de los derechos que sí les eran acordados a los sujetos que estaban vinculados genealógicamente a la metrópoli. Este punto excede, por lo demás, la cuestión republicana: el imperio liberal del Brasil, luego de su independencia, zanjó el debate abriendo la ciudadanía política a los libres de sangre africana, siempre y cuando no hubieran nacido en el África.⁴⁹

Otros Atlánticos revolucionarios: de Saint-Domingue a la América hispánica

El retorno de la cuestión republicana al centro de los problemas imperiales y coloniales planteaba, de hecho, la hipótesis de la existencia de unos “centros” que no estarían situados en Europa, ni constituidos exclusivamente por europeos ni por sus descendientes americanos. La revolución de esclavos de Saint-Domingue y la independencia de Haití, según la tesis pionera de Julius S. Scott,⁵⁰ tuvo un rol piloto en este descentramiento, que fue, al mismo tiempo, metodológico y político. La Revolución haitiana reveló la parte oscura de las revoluciones americana y francesa, es decir, que a pesar del reconocimiento de los derechos naturales esas revo-

⁴⁷ La Biblia fue, claro está, llevada por los revolucionarios: uno de los casos más importantes fue el de Thomas Paine en su *Common Sense* (1776).

⁴⁸ Claude-Olivier Doron, *L'homme altéré. Races et dégénérescence (XVII^e-XIX^e siècles)*, Seyssel, Champ Vallon, 2016.

⁴⁹ Keila Grinberg, *O fiador dos brasileiros: cidadania, escravidão e direito civil no tempo de Antonio Pereira Rebouças*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 2002, y Gabriel Entin y Magdalena Candiotti, “Liberté et dépendance pendant la révolution du Rio de la Plata. Esclaves et affranchis dans la construction d'une citoyenneté politique (1810-1820)”, *Le Mouvement Social*, n° 252, 2015, pp. 71-91.

⁵⁰ Julius Scott, *The Common Wind. Currents of Afro-American Communication in the Era of the Haitian Revolution*, PhD, Duke University, 1986; David B. Gaspar y David P. Geggus (eds.), *A Turbulent Time. The French Revolution and the Greater Caribbean*, Bloomington, Indiana University Press, 1997.

luciones dejaron intactas la esclavitud, como en el primer caso, o fracasaron en el intento de abolirla definitivamente, como en el segundo. En esa historia, no es tanto el republicanismo lo que interesa cuanto el impacto de una revuelta de esclavos que se transformó en una revolución social y política que, a su vez, desembocaría en la independencia de una nación. A menudo, el proceso ha sido leído –sin duda equivocadamente, como lo ha recordado David Geggus–,⁵¹ como la construcción de una república negra, aun cuando Toussaint Louverture no era republicano y Haití se dividió, luego de la muerte de Dessalines (1807), en dos estados: uno que repudiaba claramente a los reyes, y otro que se definió primero como un imperio⁵² y luego como un reino ubicado bajo el poder de Christophe. Sea como fuere, los registros de la libertad y de la igualdad civil se difundieron ampliamente en el mundo caribeño y más allá también, en las costas de Norteamérica, América Central y Sudamérica, por medio de este acontecimiento que fue, a la vez, una mediación de la Revolución Francesa y el crisol de una experiencia política inédita.⁵³ En la actualidad, sin embargo, la centralidad que ocupa este acontecimiento en la historiografía atlántica terminó eclipsando otras experiencias que bien podrían constituir no-dos revolucionarios.

Fue en la América ibérica, en verdad, donde el impacto de Saint-Domingue tuvo más importancia y duración. Ese precedente hizo reflexionar a los futuros republicanos y liberales del subcontinente sobre uno de los desafíos centrales de la libertad civil: la creación de una sociedad en la cual la raza dejara de ser un factor estructurante de las jerarquías jurídicas y políticas. Y llevó a los constituyentes venezolanos y colombianos a abolir, a partir del año 1811, el principio de la limpieza de sangre que organizaba las jerarquías raciales en el mundo hispánico desde el comienzo de los tiempos modernos.⁵⁴ Tuvo aquí un papel clave cierta forma embrionaria de internacionalismo republicano: Bolívar, cuyos ejércitos estaban compuestos por libres de color y esclavos, encontró refugio y apoyo en la República del sur de Haití, gobernada por el presidente Pétion entre 1815-1816. Dotado de subsidios y sostenido por marinos y soldados de la isla, *el Libertador* pudo reanudar así el combate contra España. Haití siguió siendo hasta 1833 el único Estado soberano abolicionista del mundo.⁵⁵ En el Brasil, por ejemplo, el levantamiento de Pernambuco (1817) y los movimientos antimonárquicos que amenazaron la unidad del país durante la revolución liberal portuguesa de 1820 recurrían a los símbolos haitianos. En 1835, durante la revuelta de los Malê –una insurrección de esclavos musulmanes en Bahía–, algunos jefes rebeldes llevaban el retrato de Dessalines como colgante.⁵⁶ Lo mismo ocurrió hasta la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos en 1865: Abraham Lincoln comenzó por obtener el reconocimiento de la república negra gracias a la adopción de la Decimotercera Enmienda.⁵⁷

⁵¹ David P. Geggus, “The Haitian Revolution in Atlantic Perspective”, en Nicholas Canny y Philip Morgan, (eds.), *The Atlantic World c. 1450-c. 1850*, Nueva York, Oxford University Press, 2011, pp. 533-549.

⁵² Bernard Gainot, *La révolution des esclaves*.

⁵³ David Patrick Geggus, (ed.), *The Impact of the Haitian Revolution in the Atlantic World*, Columbia, University of South Carolina Press, 2001, y Alejandro Enrique Gómez Pernía, *Le spectre de la révolution noire*.

⁵⁴ Max S. Hering Torres, Maria Elena Martínez, David Nirenberg (eds.), *Race and Blood in the Iberian World*, Viena/Berlín, Lit Verlag, 2012.

⁵⁵ Con importante población afrodescendiente.

⁵⁶ João José Reis, *Slave rebellion in Brazil. Muslim Uprising of 1835 in Bahia*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1995.

⁵⁷ Claire Bourhis-Mariotti, *L'union fait la force. Les Noirs américains et Haïti, 1804-1893*, Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2016.

A este descentramiento hay que añadir la voluntad de mostrar la participación de indígenas, mestizos o de origen africano (libres o esclavos) como actores en los conflictos políticos. Aunque recién comenzaba a escribirse, la historia de estos sujetos políticos constituyó un hecho capital –y subestimado– de las revoluciones republicanas de aquella época. Los primeros estados independientes de América fueron contruidos con la sangre de estos actores –sin importar que fueran republicanos o realistas, porque muchos optaron por este último bando–.⁵⁸ La historiografía actual insiste en el rol activo y la politización de estos grupos que en el pasado eran descritos como mera carne de cañón; rol activo y politización que se hizo patente en Saint-Domingue, a partir de la gran revuelta de esclavos de 1791, pero que fue confirmado en la Revolución americana y en la América hispánica y portuguesa.⁵⁹

Varias corrientes de la historiografía hispanoamericanista, de muy diversas inspiraciones, insisten en esto partiendo de la base de que los libres de color, los libertos, los mestizos y los amerindios fueron incluidos constitucionalmente en el seno de la ciudadanía civil y política a partir de la emancipación de estos estados.⁶⁰ De hecho, algunos de ellos practicaban un sufragio masculino casi universal desde su creación, como en el caso de las provincias argentinas. Por supuesto, esta integración a través de la ley estaba lejos de tener una traducción inmediata en las prácticas políticas, pues iba acompañada de diversos procedimientos tendientes a subordinar a estos nuevos electores a las élites locales. Las “patologías” del voto monopolizaron durante mucho tiempo la atención, hasta los años 1990, cuando la historiografía demostró que era necesario tomar en serio la carrera electoral.⁶¹ La igualdad civil y política de los libres tuvo el mérito de crear, a partir de comienzos del siglo XIX, una arena política en la cual los grupos populares reivindicaron algunas formas de libertad y de igualdad de las que muchos habitantes europeos no gozaban en la misma época.⁶² Por supuesto, este Atlántico político de la libertad y de la revolución, sobradamente republicano, iba acompañado por el de la servidumbre y de la contrarrevolución, ya que el siglo XIX representó también el punto más alto de la trata transatlántica, sobre todo en Cuba y el Brasil.

Un replanteamiento de esta índole es importante porque se trata de pensar la construcción de formas modernas de emancipación política y social llevadas a cabo por actores no-europeos o mestizos que se encontraban fuera y, al mismo tiempo, en relación con la matriz noratlántica. También lleva a observar con detenimiento el rol de los espacios sociológica y culturalmente

⁵⁸ Eric Van Young, *The Other Rebellion. Popular Violence, Ideology, and the Mexican Struggle for Independence, 1810-1821*, Stanford, Stanford University Press, 2001 [trad. esp.: *La otra rebelión: la lucha por la independencia en México 1810-1821*, México, FCE, 2006]; Cecilia Méndez Gastelumendi, *The Plebeian Republic. The Huanta Rebellion and the Making of the Peruvian State, 1820-1850*, Durham, Duke University Press, 2005 [trad. esp.: *La república plebeya: huanta y la formación del Estado peruano, 1820-1850*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2014]; Marcela Echeverri, *Indian and Slave Royalists in the Age of Revolution. Reform, Revolution and Royalism in the Northern Andes, 1780-1825*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016 [trad. esp.: *Esclavos e indígenas realistas en la era de la Revolución: reforma, revolución y realismo en los Andes septentrionales, 1780-1825*, Bogotá, Ediciones Uniandes, 2018].

⁵⁹ Hendrik Kraay, *Race, State, and Armed Forces in Independence-Era Brazil. Bahia, 1790s-1840s*, Stanford, Stanford University Press, 2004.

⁶⁰ Hebe Maria Mattos de Castro, *Escravidão e cidadania no Brasil monárquico*, Río de Janeiro, Jorge Zahar, 2000; Keila Grinberg, *O fiador dos brasileiros: cidadania, escravidão e direito civil no tempo de Antonio Pereira Rebouças*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 2002.

⁶¹ Antonio Annino [dir.], *Historia de las elecciones en Iberoamérica, siglo XIX*, Buenos Aires, FCE, 1995.

⁶² Hilda Sabato, *Republics of the New World. The Revolutionary Political Experiment in Nineteenth-Century Latin America*, Princeton, Princeton University Press, 2018.

híbridos que en estos procesos políticos aliaban u oponían a las élites de origen europeo (aunque no siempre) con grupos populares y mestizos. Esta perspectiva invita a descentrar la historia de la república y, en suma, a “desprovincializarla” desde el punto de vista de sus registros intelectuales y de sus repertorios de acción. Y no se limita a la crítica fácil del eurocentrismo; es también una manera de volver a cuestionar la oposición entre la modernidad europea y aquello que constituiría su negación, su Otro o su reverso, para repensar esta relación de un modo más amplio y complejo.⁶³ Ese Atlántico político trazó sus contornos en la era de las revoluciones, aun cuando hubiera sido construido con anterioridad. Mantuvo su relativa coherencia, por lo menos hasta finales del siglo XIX, gracias al camino que debieron tomar miles de voluntarios, militares y militantes exiliados o desterrados, y a los repertorios comunes que permitían dar sentido a los problemas políticos nacionales e internacionales, con sus etiquetas unificadoras: derecho natural, constitucionalismo, abolicionismo, republicanismo, liberalismo y, finalmente, socialismo y anarquismo.⁶⁴

Con todo, subrayamos que, entendido de esta manera, el descentramiento que supone una lectura de los republicanismos al nivel del Atlántico sigue siendo parcial. Tomar en cuenta a las Américas y a algunos ejemplos africanos, todos ellos relacionados con los circuitos de la trata y las necesidades del comercio, supone excluir de hecho las configuraciones culturales, religiosas y políticas que no tienen deuda alguna con Europa. Hasta donde tengo conocimiento, las comunidades políticas africanas o amerindias independientes siguen estando poco presentes en el menú de las investigaciones históricas que se realiza actualmente sobre las revoluciones atlánticas. Aun así, habría que comprender mejor cómo se articulaban las formas “occidentales” de la comunidad con los cuerpos políticos autóctonos del África y América.⁶⁵ Algunos historiadores, como Sinclair Thomson, proponen incluir, por ejemplo, las grandes rebeliones amerindias de los años 1780-1782, como la de Tupac Amaru en el Perú, en la reflexión sobre la era de las revoluciones, aun cuando sus reivindicaciones respecto de la construcción de soberanías indígenas no se inscribieran en los repertorios políticos de otros momentos revolucionarios.⁶⁶ Proliferan de este modo los trabajos sobre la América española en los cuales es posible demostrar que muchas comunidades amerindias, redefinidas por su integración trisecular a la monarquía española, habían digerido rápidamente “el liberalismo” de la constitución liberal de Cádiz, por ejemplo, para utilizar algunas de sus disposiciones en su provecho.⁶⁷ Otros trabajos subrayan su capacidad de apropiación de los valores republicanos para defender sus de-

⁶³ Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton, Princeton University Press, 2012, introducción, pássim.

⁶⁴ Nos permitimos remitirnos a María Teresa Calderón y Clément Thibaud (dirs.), *Las revoluciones en el mundo atlántico*, Bogotá/Madrid, Taurus, 2006; Federica Morelli, Clément Thibaud y Geneviève Verdo (dirs.), *Les empires atlantiques des Lumières au libéralisme (1763-1865)*, Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2009; Clément Thibaud, Gabriel Entin, A. Gómez Pernía y Federica Morelli (dirs.), *L'Atlantique révolutionnaire. Une perspective ibéro-américaine*, Bécherel, Les Perséides, 2013.

⁶⁵ Véase, en contraste, el hermoso libro de Adrien Delmas y Nigel Penn (eds.), *Written Culture in a Colonial Context. Africa and the Americas, 1500-1900*, Le Cap, UCT Press, 2013.

⁶⁶ Sinclair Thomson, *We Alone Will Rule. Native Andean Politics in the Age of Insurgency*, Madison, University of Wisconsin Press, 2002.

⁶⁷ Un ejemplo reciente: Bartolomé Clavero, “Régimen de misiones y autonomía indígena: doble cara de Cádiz en Nueva Granada”, y Víctor Peralta Ruiz, “De la persistencia al olvido. La impronta constitucional gaditana en el Perú del siglo XIX”, en María Teresa Calderón (dir.), *Política y constitución en tiempos de las independencias*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2017, respectivamente pp. 157-178 y pp. 391-410.

rechos colectivos e incrementarlos. Una de las futuras tareas de la historiografía podría consistir en integrar estas experiencias en la trama de una historia política “a partes iguales”.⁶⁸

Del Atlántico al Mediterráneo

Sin embargo, este descentramiento hacia las Américas no debe olvidarse de Europa. Aunque las independencias americanas –del norte y del sur– fueron revoluciones centradas en el Atlántico, es lícito preguntarse cuáles fueron sus repercusiones en sus antiguas metrópolis y en otros lugares también. En primer lugar, esta pregunta resulta más adecuada si salimos por un instante de la temática estrictamente republicana para concentrarnos en las circulaciones liberales que hicieron posible la vinculación de ambas costas del océano (a sabiendas de que, no obstante, estos dos repertorios se entremezclaban, como hemos visto, al otro lado del Atlántico). La década de 1820 resulta desde todo punto de vista decisiva en el giro político del Atlántico hacia la Europa del sur y el Mediterráneo.⁶⁹ Por el lado de la península ibérica, las revoluciones liberales de 1820 en España y Portugal adquirieron todo su sentido a escala imperial y atlántica, de forma tal que un autor como Gabriel Paquette define la guerra civil portuguesa de los años 1828-1834 como la última de las “revoluciones atlánticas”.⁷⁰ Algunos trabajos recientes han permitido explicar la constitución de una “internacional liberal” en los países del sur del viejo continente.⁷¹ Compuesto por exiliados y desterrados llegados de Italia, España y Portugal, este grupo, del que no se sabe si constituía una red o una diáspora política, debía su coherencia y su cohesión a los valores constitucionales volcados en la constitución de Cádiz (1812) y a las persecuciones de los regímenes restauradores como el de Fernando VII en España. Estos constitucionales moderados, en su mayoría monárquicos, lucharon como voluntarios por la independencia de Grecia e, incluso, a favor de las emancipaciones hispanoamericanas.⁷² Constituían uno de los grupos más numerosos en oponerse a los valores del Congreso de Viena. Hay que agregar, por supuesto, a los marinos aventureros, a los antiguos soldados del imperio napoleónico y a los exiliados de la Europa de Viena.⁷³

No pocos de ellos encontraron refugio, en un momento u otro de sus trayectorias políticas, del otro lado del océano: en los Estados Unidos, claro, pero también en México, Brasil, Uruguay, y en las provincias argentinas. Los contornos de esta emigración política son difíciles de trazar por dos motivos. El primero es la evolución política de los individuos que com-

⁶⁸ Cf. Elizabeth Mancke, “Polity formation and atlantic political narratives”, en Nicholas Canny y Philip Morgan (eds.), *The Oxford Handbook of the Atlantic World*, Oxford, Oxford University Press, 2011, pp. 382-399.

⁶⁹ Matthew Brown y Gabriel Paquette (eds.), *Connections after Colonialism. Europe and Latin America in the 1820s*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 2013.

⁷⁰ Gabriel B. Paquette, *Imperial Portugal in the Age of Atlantic Revolutions. The Luso-Brazilian World, c. 1770-1850*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, cap. 4.

⁷¹ Un dossier preparado por Jeanne Moisand (dir.), “Exils et circulations des idées politiques entre Amérique hispanique et Espagne après les indépendances (1820-1836)”, *Revue d'histoire du XIX^e siècle*, n° 51, 2015, pp. 35-51.

⁷² Delphine Diaz, *Un asile pour tous les peuples. Exilés et réfugiés étrangers dans la France du premier XIX^e siècle*, París, Armand Colin, 2014.

⁷³ Walter Bruyère-Ostells, *La grande armée de la liberté*, París, Tallandier, 2014; Nicolas Terrien, *Des patriotes sans patrie. Histoire des corsaires insurgés de l'Amérique espagnole*, Mordelles, Les Perséides, 2015; Nathan Perl-Rosenthal, *Citizen Sailors. Becoming American in the Age of Revolution*, Cambridge [MA], Harvard University Press, 2015.

ponían estas cohortes a menudo fluctuantes y condicionadas por los contextos sociopolíticos en los cuales se desempeñaban. El segundo obedece al carácter heterogéneo de las opiniones y de las experiencias de cada uno de ellos. Aquellos que estaban involucrados con los regímenes de las repúblicas-hermanas, en la península italiana, por ejemplo, o por su adhesión al imperio napoleónico, como los *afrancesados* españoles,⁷⁴ no se asemejaban a los liberales moderados que la intransigencia de algunas restauraciones había empujado al exilio. Esta nebulosa de giróvagos, que iba de los carbonarios hasta los liberales de la península ibérica⁷⁵ pasando por la *Giovane Italia*, comenzaba a ser muy conocida.⁷⁶ Maurizio Isabella y Konstantina Zanou proponen extender los límites de este Mediterráneo revolucionario hasta el espacio político que, en el norte, incluía los puertos de Levante, Magreb y Egipto.⁷⁷ El objetivo sería mostrar mejor la articulación entre este Mediterráneo político y el continente americano.

Esto constituye una de las condiciones necesarias para intentar comprender mejor cómo las redes de estos desterrados, exiliados o militantes, definidos ante todo por su adhesión al constitucionalismo liberal, aprovechaban los recursos que les ofrecía la existencia de un Atlántico republicano. Desde un punto de vista cronológico, geográfico y temático, estos estudios han comenzado a explorar este espacio político que nació con la era de las revoluciones y que luego se consolidó y se diversificó a lo largo del siglo XIX.⁷⁸ A decir verdad, pocos de ellos abordan las circulaciones republicanas como tales por fuera de las capitales del exilio transatlántico: Filadelfia,⁷⁹ Nueva York, Londres, París y Bruselas. Sin embargo, se sabe muy poco sobre el rol que tuvieron numerosos exiliados políticos hispanoamericanos en Europa, entre los cuales figuraban eminentes personajes. La investigación debería ocuparse también de los desterrados de la Europa legitimista, muchos de los cuales hallaron refugio en las Américas.⁸⁰ La colonia agraria de *Champ d'Asile*, fundada en Texas en el año 1818, reagrupaba exiliados de todas las nacionalidades unidos por el involucramiento con los regímenes napoleónicos en Europa. Ella prefiguró otras “repúblicas” efímeras como las colonias falansterianas o comunistas de Étienne Cabet o Victor Considerant,⁸¹ pero su existencia, la mayoría de las veces fugaz, daba cuenta de la posibilidad de experiencias políticas cuyo objetivo era la construcción de comunidades de trabajo autónomas.⁸² Estas aprovechaban espacios fronteri-

⁷⁴ Jean-René Aymes, *Los españoles en Francia, 1808-1814. La deportación bajo el Primer Imperio*, Madrid, Siglo XXI, 1987.

⁷⁵ Juan Luis Simal, *Emigrados. España y el exilio internacional, 1814-1834*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2012.

⁷⁶ Cf. Éric Anceau, Jacques-Olivier Boudon y Olivier Dard (dirs.), *Histoire des internationales. Europe, XIX^e-XX^e siècles*, París, Nouveau Monde, 2017; Maurizio Isabella, *Risorgimento in Exile. Italian Émigrés and the Liberal International in the Post-Napoleonic Era*, Oxford, Oxford University Press, 2009.

⁷⁷ Maurizio Isabella y Konstantina Zanou (eds.), *Mediterranean Diasporas. Politics and Ideas in the long 19th Century*, Londres, Bloomsbury, 2016.

⁷⁸ Delphine Diaz, Jeanne Moisand, Romy Sánchez y Juan Luis Simal (dirs.), *Exils entre les deux mondes. Migrations et espaces politiques atlantiques au XIX^e siècle*, Mordelles, Les Perséides, 2015; Romy Sánchez, *Quitter la Très fidèle*; tesis en curso de Clara Avendaño sobre “L’immigration politique sud-américaine en Europe dans la première moitié du XIX^e siècle” (Université Paris-Sorbonne).

⁷⁹ Monica Henry, “Les premières publications révolutionnaires des exilés hispano-américains aux États-Unis”, *Transatlantica*, 2, 2006: <<http://transatlantica.revues.org/1146>>.

⁸⁰ Erwann Terrien, “The Wild and Extravagant Projects of these French Fugitives. A Transatlantic Study of the Myths and Realities of Champ d’Asile (1818-1820)”, PhD, The University of Texas, 2011.

⁸¹ Michel Cordillot, *Utopistes et exilés du Nouveau Monde. Des Français aux États-Unis, de 1848 à la Commune*, París, Vendémiaire, 2013.

⁸² Laurent Vidal, *Ils ont rêvé d’un autre monde*, París, Flammarion, 2014.

zos como Texas, California⁸³ y varias regiones costeras de América central. Las circulaciones políticas acompañaban el despliegue progresivo de la colonización europea masiva (*settler colonization*),⁸⁴ en la cual la revalorización de tierras americanas, llevada a cabo por colonos pobres, proponía una solución para la cuestión social europea, al mismo tiempo que “mejoraba la raza” en el nuevo mundo.

*

La escala atlántica de análisis hace posible identificar algunos de los grandes rasgos del republicanismo del siglo XIX: en un primer momento americano y antimperial, prosperó, contra todo pronóstico, en el seno de sociedades caracterizadas por la esclavitud y la racialización, pero muy profundamente religiosas y poco o nada secularizadas.⁸⁵ En estos espacios sociales, *a priori* muy alejados de los repertorios republicanos, es donde los regímenes antimonárquicos se desarrollaron. Fue sin ninguna duda la oposición a la forma imperial, ya sea esta colonial o no, lo que explica el florecimiento de estas naciones sin rey. La ruptura con las metrópolis europeas se produjo en contra del “despotismo” y el pacto colonial, lo que condujo a la asociación temprana entre el republicanismo y ciertos registros liberales. La constitución de estados independientes contra la centralidad imperial y la verticalidad metropolitana alentó a estas naciones a vincular ciudades y provincias gracias al federalismo que, por este motivo, marcó por mucho tiempo el pensamiento y las prácticas republicanas de la época, incluso en Francia.

En este contexto, el paradigma de la Revolución atlántica, la de Jacques Godechot y Robert Palmer, olvidaba los problemas de la esclavitud y de la raza. Es, sin embargo, en el continente americano –sumado a dos experiencias africanas de signo contrario, Liberia y las repúblicas *boers*– donde los regímenes y las movilizaciones antimonárquicas florecieron durante todo el siglo XIX. Aun cuando, en un comienzo, muchos estados no tuvieran la intención de abolir la esclavitud, y aunque la comunidad de iguales se limitara, a menudo, de hecho o de derecho a los descendientes europeos, fueron también el teatro de continuos combates por la libertad, la igualdad o la tierra. Es por esta razón que, a partir del final del siglo XVIII, la historia de la república democrática participa de las luchas en torno a la esclavitud, la raza o al estatuto de los amerindios. Aunque no fueran necesariamente republicanos, estos actores modelaron profundamente el republicanismo como forma de gobierno y como repertorio de valores durante todo el siglo XIX.

Para terminar, sería interesante volver a la leer la convulsionada historia de las repúblicas europeas del siglo XIX a la luz de lo que nos dice esta “era de las revoluciones” centrada en América. Causa común de las repúblicas americanas, la caída de los imperios europeos del Atlántico produjo registros de prácticas y de ideas (constitucionales, republicanas, liberales) que, se infiere, fueron reutilizados en otros lugares para criticar a otros imperios pluriseculares –otomano, kayar, chino–, sin mencionar las zonas asiáticas y africanas de las soberanías imperiales de Europa. □

⁸³ Emmanuelle Pérez-Tisserant, “Nuestra California. Faire Californie entre deux constructions nationales et impériales (vers 1810-1850)”, tesis de historia bajo la dirección de François Weil, EHESS, 2014.

⁸⁴ James Belich, *Replenishing the Earth. The Settler Revolution and the Rise of the Anglo-world, 1783-1939*, Oxford, Oxford University Press, 2011.

⁸⁵ El desarrollo de este aspecto fundamental podría ser el objeto de otro artículo.

Republicanism: el laboratorio americano

Comentario al artículo de Clément Thibaud

Hilda Sabato

PEHESA, Instituto Ravignani, CONICET / Universidad de Buenos Aires

Clément Thibaud nos ofrece aquí una propuesta muy atractiva para repensar la historia de “los republicanismos atlánticos”, en un texto que es a la vez una revisión de la historiografía reciente y una invitación a profundizar en las novedades que ella ofrece. A partir de constatar que “la república aparece en (el siglo XIX) como una forma americana de gobierno”, analiza críticamente las versiones más clásicas sobre las revoluciones del mundo atlántico, centradas en el eje Europa occidental/Estados Unidos, así como los modelos de causalidad sobre los que se sustentan. En cambio, se apoya en la literatura de las últimas décadas para postular una “historia policéntrica”, que ponga el foco en la pluralidad de experiencias republicanas en diferentes latitudes del llamado mundo atlántico en toda su diversidad –incluyendo América (del norte y del sur), Europa occidental y mediterránea, y parte del África–. Frente a los más tradicionales modelos secuenciales y difusionistas y las más recientes perspectivas comparada y contextual, propone (con reservas) una historia interconectada que permita pensar “el ciclo revolucionario atlántico como un rizoma”.

Durante buena parte del siglo XIX, nos dice, “el continente americano [...] fue el epicentro del republicanismo en el mundo”. En una tesis que recorre todo el artículo, Thibaud asocia esa centralidad de la experiencia republicana en América al rechazo de la dominación imperial. Más que una postura antimonárquica, la opción por la república habría sido la consecuencia de una reacción anticolonial que desembocó en las independencias. La asimetría entre europeos americanos y los metropolitanos durante la colonia habría despertado la demanda de derechos y ciudadanía por parte de los primeros, y eventualmente llevado a la puesta en cuestión del vínculo con la metrópoli. Pero ¿cómo fue –se pregunta Thibaud– que los nuevos regímenes políticos florecieron en sociedades donde los valores de igualdad civil y participación cívica propios del republicanismo “contradecían punto por punto la experiencia que cada una de ellas tenía del orden social”, marcado por las diferencias de estatus y las jerarquías internas, la esclavitud y la desigualdad?

En relación al primer punto, me gustaría desdoblar el planteo respecto al carácter más antimperial que antimonárquico de la opción republicana en América. En efecto, el componente de rechazo a la asimetría colonial por parte de los europeos americanos ha sido señalado una y otra vez en los estudios sobre las independencias, pero esa instancia no agota la cuestión del camino elegido a la hora de poner en marcha el autogobierno. La muy generalizada adopción de la república no fue, en América, el resultado de un consenso cerrado entre los grupos

independentistas; por el contrario, había entre ellos diferentes opiniones y posturas acerca del régimen político deseable. En el caso de los territorios que habían sido parte de la corona española, estas diferencias resultaron en serios conflictos que solo se acallaron cuando una de las partes (la republicana) logró imponerse a la otra (la monárquica).¹ En estos casos, en suma, la vía republicana fue elegida entre otras posibles e igualmente antimperiales. Por lo tanto, la pregunta acerca de ese derrotero sigue vigente.

En cuanto a la tensión entre los nuevos valores y los propios de la sociedad colonial, los historiadores han procurado dar cuenta de los diferentes niveles en que esa tensión se puso de manifiesto por décadas, aun después de la disolución de los vínculos coloniales, de los choques y las contradicciones entre instituciones y prácticas más viejas y más nuevas, de las idas y vueltas en una historia que estuvo lejos de ser lineal o progresiva. Pero el carácter “revolucionario” de estas revoluciones atlánticas radicó precisamente en la puesta en cuestión de lo recibido, en los intentos exitosos o fallidos de cambiar la sociedad según nuevos valores, y en el despliegue de visiones diferentes de la república deseable que dieron lugar a debates y conflictos a lo largo de todo el siglo. El marco republicano no necesariamente implicaba el ideal de una sociedad sin jerarquías; por el contrario, se trataba de invalidar los ordenamientos existentes, pero no necesariamente de erradicar la diferencia. Thibaud no deja de señalar que “al postular el retorno a una supuesta naturaleza del hombre, la síntesis liberal-republicana permitió justificar nuevamente, sobre la base del mérito, las desigualdades de hecho o de derecho entre individuos para establecer círculos concéntricos de ciudadanía y libertad”. Según la tradición republicana el problema no era, pues, la jerarquía, sino las bases de su definición. En ese sentido, buena parte de la legislación republicana del siglo XIX en Hispanoamérica estuvo orientada a desmontar los fundamentos de las desigualdades coloniales, abriendo así paso a nuevas diferenciaciones cuyos criterios fueron, a su vez, objeto de controversias y disputas.

Estas cuestiones plantearon importantes desafíos a los actores políticos del siglo XIX hispanoamericano. Thibaud repasa, de la mano de la bibliografía reciente, varios de estos desafíos. En ese recorrido, refiere no solo a las dirigencias sino que incorpora además a actores que podríamos identificar con las clases subalternas, apuntando a la compleja articulación política entre élites y grupos populares. Se lamenta, sin embargo, de una presunta exclusión de “las configuraciones culturales, religiosas y políticas que no tienen deuda alguna con Europa”, pues encuentra “poco presentes” en las investigaciones actuales a “las comunidades políticas africanas o amerindias independientes”. A continuación, sin embargo, hace referencia a numerosos trabajos que abordan la inserción de la mayoría de esas poblaciones en los procesos más generales de organización y actuación política, tanto durante la colonia como durante el período republicano. Es difícil sostener hoy, a la vista de estos y otros estudios, la hipótesis de comunidades que no tuvieran “deuda alguna con Europa”, enteramente ajenas a valores, instituciones y prácticas vigentes en las heterogéneas sociedades en las que de hecho estaban insertas. Por lo tanto, el desafío historiográfico radica en considerar a esos grupos sociales como actores plenos de los procesos de descolonización y formación de repúblicas.

¹ Me estoy refiriendo aquí estrictamente al régimen político y no a las otras dos acepciones de republicanismo que Thibaud menciona en su trabajo: la que remite a un conjunto de valores morales y sociales y la que refiere a la noción de comunidad cívica, que no son incompatibles con la monarquía.

Para terminar quisiera llamar la atención sobre una faceta de la cuestión republicana que solo asoma en los márgenes del planteo de este texto y que tal vez merecería mayor desarrollo. Me refiero al lugar que ocupa la república en la construcción de las nuevas unidades políticas en la Hispanoamérica poscolonial. Thibaud menciona entre las acepciones del término “república” la que lo asocia con comunidad cívica, noción que a su vez remitía a las ciudades antiguas y que, a la hora de las independencias, alimentó la discusión acerca del tamaño ideal para las entidades políticas a crearse. En ese marco conceptual y en el contexto del colapso de la centralidad monárquica, “la soberanía había recaído en las provincias y en las ciudades [...] [que] se vieron obligadas a confederarse para forjar la unidad [...] La república compuesta emergió entonces como la solución ideal para mantener las libertades locales, a la vez que constituía un frente común contra el imperio unitario [...]”. Pero la solución no fue tan simple, porque ¿de qué unidad se trataba? ¿Quiénes debían unirse? ¿Cuáles habrían de ser esas “repúblicas compuestas” luego del desmembramiento de la organización imperial? Como sabemos, hubo muchos y muy variados intentos de conformación de nuevas comunidades políticas, hasta la consolidación de las naciones en la segunda mitad del siglo XIX. En esa historia, los “pueblos” del mundo colonial, las ciudades y las provincias preexistentes que se consideraron depositarias de la soberanía luego de la vacancia real iniciaron la revolución pero no sobrevivieron a ella. No se trató de la reunión de lo ya existente en el marco de un régimen diferente (ahora republicano) sino de la institución de comunidades políticas nuevas, en variantes diversas pero todas ellas fundadas sobre el principio de la soberanía del pueblo y regidas por un conjunto de normas e instituciones republicanas que les dieron basamento material. La república fue así instituyente de la comunidad política, de cada una de las naciones que se fundaron sobre las ruinas del orden imperial. Valdría la pena, quizás, incorporar esta dimensión de la historia de las repúblicas (hispano) americanas en la consideración de esta visión policéntrica de los republicanismos cuyas coordenadas Clément Thibaut traza con sutileza e imaginación en este artículo. □

El republicanismo atlántico en perspectiva antimperial

Comentario al artículo de Clément Thibaud

Marcela Ternavasio

Instituto de Estudios Críticos en Humanidades - CONICET / Universidad Nacional de Rosario

En el artículo que es objeto de este comentario, Clément Thibaud regresa sobre dos temas –y dos conceptos– sobre los que la historiografía ha debatido intensamente desde la segunda posguerra hasta hoy: la cuestión atlántica y la cuestión republicana en el “largo” siglo XIX. Temas y conceptos que no necesariamente han caminado por los mismos carriles y que el autor reúne para proponer –con la agudeza a la que nos tiene acostumbrados– un enfoque policéntrico de los republicanismos atlánticos. Dicho enfoque busca superar los límites de las perspectivas que el ensayo recorre en un ajustado y exhaustivo estado del arte y, por las geografías que lo componen y las variables que pone en juego, enriquece, sin duda, el análisis sobre el fenómeno.

En el punto de partida, Thibaud reconoce un dato evidente: en el siglo XIX la república es, ante todo, una forma americana de gobierno. El interrogante que organiza sus reflexiones apunta a explicar la centralidad americana del republicanismo –en contraposición a los tiempos débiles del republicanismo europeo decimonónico– y avanza la hipótesis que vincula dicha centralidad con la “peculiaridad antimperial” que subtiende la formación de las nuevas soberanías. Mi breve comentario se concentra, pues, en algunas dimensiones y preguntas en torno a esta hipótesis, y deja fuera otras ricas y fértiles consideraciones que ofrece el texto.

En primer término, cabe destacar que una reconsideración de la naturaleza imperial y colonial de estas sociedades para explicar no solo –o no tanto– las rupturas revolucionarias sino la rápida emergencia de repertorios republicanos en sus diversas variantes, desplaza el foco de atención hacia un horizonte que habilita a integrar las diferentes asimetrías –étnicas, sociales, económicas y políticas– que vivieron los actores lanzados a ensayar nuevas formas de tramitar la relación de obediencia y mando. Un horizonte marcado por el proceso de colonización atlántica que puso en contacto a tres continentes –Europa, América y África– y que –dicho muy rápidamente– habría constituido la base de lo que podemos denominar una gradual “experiencia de humillación colectiva”. Tal experiencia exige trazar los diferentes mapas que presenta y Thibaud lo hace con una envidiable capacidad de síntesis y erudición para poner en diálogo los casos mejor conocidos como asimismo los que suelen estar ausentes en la literatura. Las intensidades que asumen las asimetrías coloniales difieren según se trate de la América anglosajona, francesa, hispana o lusitana, y dentro mismo de cada una de estas formaciones imperiales según las estructuras sociales y étnicas de las subregiones que las integraron en las que la cuestión esclavista resulta central.

En el marco de estas distinciones, el enfoque del autor postula que la clave que conecta los ensayos republicanos atlánticos en sede americana reside más en su componente antimperial que en su componente antimonárquico; es decir, en su oposición a las diferentes desigualdades imperantes en la condición colonial más que a la de la monarquía como régimen de gobierno. Desde esta perspectiva, el encadenamiento argumental supone, al menos, tres pasos. Primero: las revoluciones condensan las demandas autonomistas que reclaman contra la asimetría política entre metrópolis y colonias y las que aspiran a borrar la asimetría encarnada por la esclavitud y las distinciones étnicas y sociales. Segundo: estas demandas se vinculan rápidamente a un reclamo constitucional como garantía de derechos de cuyos rechazos metropolitanos las revoluciones derivan en las independencias. Tercero: en casi todos los casos las nuevas soberanías independientes declinan hacia diferentes formas de repúblicas. Detengámonos en el último eslabón argumental y en algunos de los interrogantes que abre.

Si el repertorio republicano americano se conforma en oposición a las naturalezas imperiales metropolitanas, va de suyo que la opción no nace por defecto, es decir, por ausencia de linajes sobre los cuales crear monarquías constitucionales ancladas en la tradición dinástica. La república sería, pues, una alternativa política surgida como reacción a esa experiencia colectiva de humillación colonial, que en el mundo hispánico recupera la tradición jurisdiccional de los espacios locales (una monarquía de repúblicas) y en la América anglosajona la de las asambleas coloniales, para articularse, en ambos casos, a diversas formas de federalismo. La hipótesis es, por cierto, atractiva y recoge, en gran parte, las últimas revisiones en torno al tema. El reciente libro de Hilda Sabato sobre el experimento republicano en Hispanoamérica revela, justamente, una dimensión que va más allá del debate sobre la forma de gobierno al desplazar la mirada desde la anatomía hacia la fisiología del fenómeno.¹ En este caso, la república sería una forma de vida política, o, dicho en otros términos, un modo de vivir la política.

Desde la premisa antimperial, sin embargo, la perspectiva de un republicanismo atlántico deja pendiente los casos que no adoptan la república inmediatamente después de sus independencias. Clément Thibaud reflexiona, por cierto, sobre ellos, y puesto que no pretende restituir un modelo explicativo global, sino producir un descentramiento metodológico, abre pistas interesantes para integrarlos en su enfoque policéntrico. Retomo algunas de esas pistas para volver a interrogar el significativo caso brasileño. ¿Por qué esa sociedad colonial, marcada por el esclavismo y las asimetrías políticas, sociales y económicas, no declinó durante su independencia hacia la república sino solo después de más de seis décadas de experiencia monárquica?

La historiografía luso-brasileña más renovada ha reclamado, con justicia, desarmar el paradigma de la excepcionalidad bajo el cual se configuraron las interpretaciones clásicas sobre el siglo XIX brasileño en relación al resto de América. En tal sentido, se ha demostrado que la solución monárquica en el Brasil no fue el desenlace natural del hecho, sin duda extraordinario, del traslado de la Corte de Braganza, ni de la presencia de linaje dinástico que habría allanado esa salida, sino el resultado de una opción política entre otras alternativas posibles. Se ha demostrado también que el Brasil comparte muchos de los conflictos y dilemas que experimentó el resto de América en sus ensayos republicanos y que estuvo atravesado por rebeliones y movimientos republicanos.

¹ Hilda Sabato, *Republics of the New World. The revolutionary political experiment in 19th Century Latin America*, Princeton, Princeton University Press, 2018.

Ahora bien, ¿cómo integrar en un enfoque conjunto el caso portugués siguiendo la línea propuesta por Thibaud? En este punto sugiero explorar dos pistas que están presentes en su artículo. La primera supone incorporar más plenamente la radical experiencia de las guerras revolucionarias y de independencias, sobre las cuales los aportes de Thibaud han sido pioneros. Aun acordando con los colegas luso-brasileños que el caso portugués y el de su colonia americana debe despojarse del estigma de la excepcionalidad, cabe reconocer que el Brasil no pasó por los prolongados y devastadores enfrentamientos bélicos que, en diferentes magnitudes, atravesaron las Américas anglo, franco e hispanoamericanas. Tengo para mí que dicha dimensión explica, en gran parte, el tercer paso argumental del autor y habilita a revincular la cuestión imperial y la cuestión monárquica. Al calor de guerras cada vez más radicalizadas, mapear los tiempos de la creciente identificación entre los despotismos de las metrópolis imperiales y los despotismos de los reyes puede darnos un panorama más ajustado y descentrado acerca de cómo se fue construyendo un umbral antimperial y a la vez antimonárquico. Un umbral que puso en jaque la ilusión de muchas de las dirigencias americanas de encontrar una salida monárquica constitucional para las nuevas soberanías independientes, ante sociedades movilizadas y politizadas por las liturgias revolucionarias y guerreras.

La segunda pista se vincula a la denominada “internacional liberal” de los años ’20 que, para el caso luso-brasileño, permitiría plantear la clave imperial en un sentido bilateral. Más allá de variadas consideraciones que no es posible desarrollar aquí, sabemos que la revolución liberal nacida en Porto en 1820 fue, en gran parte, producto de la humillación que experimentaron los portugueses de sentirse colonia del Brasil durante más de una década, y que dicha revolución derivó en la independencia del Brasil ante la degradación que los liberales impusieron al territorio que en 1815 había alcanzado la condición de reino. El nuevo Estado soberano no solo adoptó un régimen de monarquía constitucional encarnado por un Braganza sino que redobló la apuesta frente a su antigua metrópoli: se erigió en un imperio. La nominación no parece ser ajena al nuevo *ethos* imperial que, como demostró Kirsten Schultz, supo construirse en la Versailles Tropical en el tal vez más novedoso ensayo de reconfiguración de un imperio transatlántico que apostó por americanizar su monarquía.²

Así, en el contexto del primer gran proceso de descolonización, el republicanismo atlántico encontró en el Nuevo Mundo su principal laboratorio y coexistió con un imperio esclavista, con los dos momentos imperiales mexicanos y con la más tortuosa experiencia haitiana. Europa, al mismo tiempo, asistió al largo ciclo de revoluciones y restauraciones con ensayos monárquicos constitucionales que modularon las semánticas liberales en oposición a los absolutismos legitimistas, y con la novedosa criatura imperial encarnada por Napoleón III que exhibió los tiempos débiles del republicanismo en el viejo continente. El panorama decimonónico que nos ilumina el estimulante artículo de Thibaud muestra, pues, a un Atlántico que, por un lado, conecta los nuevos repertorios republicanos, monárquicos e imperiales, y, por otro, deja al desnudo las peculiaridades de esos repertorios en sede americana desplegados en sociedades pluriétnicas surgidas de la expansión colonialista que unió, asimétricamente, a tres continentes. □

² Kirsten Schultz, *Tropical Versailles: Empire, Monarchy, and the Portuguese Royal Court in Rio de Janeiro, 1808–1821 (New world in the Atlantic World)*, Nueva York, Routledge, 2001.

Dossier

Guerra fría cultural en América Latina



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 23 / 2019

El dossier “Guerra fría cultural en América Latina” ha sido organizado y compilado por Laura Ehrlich y Ximena Espeche especialmente para este número de *Prismas*.

Presentación

Guerra fría cultural en América Latina: prácticas del saber en conflicto

Ximena Espeche y Laura Ehrlich

Universidad de Buenos Aires-CONICET

Universidad Nacional de Quilmes-CONICET

En 1964, el británico Evan Luard, reconocido especialista en relaciones internacionales, afirmaba: “Es notable que no exista definición exacta de una expresión usada tan a menudo como ‘guerra fría’”. A través de una compilación de ensayos sobre el enfrentamiento abierto en 1947 entre los líderes vencedores de la Segunda Guerra mundial, los Estados Unidos y la Unión Soviética –conflicto cuyo alcance era además global–, Luard intentó una definición posible. Y en ese intento, utilizó una “expresión” que era tanto nativa como analítica.¹ Es indudable que los estudios relativos a la guerra fría, y sobre todo a la guerra fría en América Latina, han cambiado desde esos trabajos circunscritos a revisar la acción y las alianzas de los miembros de cada bloque (occidental y oriental). En las últimas décadas, y en particular luego de la caída del muro de Berlín, esta renovación desafió, entre otras cosas, la periodización de la contienda y la adjetivación de “fría”. En efecto, en un reciente artículo que pondera los avances de los últimos veinte años en el conocimiento del tema, Gilbert Joseph señala que ya es imposible adjetivar de este modo el enfrentamiento que signó buena parte de la segunda mitad del si-

glo xx.² Para el autor, la guerra fría implicó en Latinoamérica niveles similares de movilización de masas, de levantamientos revolucionarios y represión contrarrevolucionaria que las guerras de la Independencia, aunque las conexiones internacionales, la capacidad logística y las tecnologías de aniquilamiento y vigilancia vigentes a fines del siglo xx hacen que ese ciclo de violencia empalidezca en comparación con el de la guerra fría.

En otro sentido, a partir de su investigación sobre el impacto de la contienda global en la dinámica sociopolítica local y nacional de Guatemala, Greg Grandin ha planteado que la guerra fría bien puede ser considerada un episodio temporalmente circunscrito en una periodización de más largo aliento, en la dialéctica entre revolución y contrarrevolución en América Latina, desde la Revolución Mexicana en adelante. Desde ya, en ese proceso de largo plazo intervienen las particulares y complejas relaciones bilaterales entre los distintos países latinoamericanos y los Estados Unidos, sin descuidar, claro, a la Unión Soviética.³ En

¹ Evan Luard (ed.), *The cold war, a re-appraisal*, Nueva York, Praeger, 1964.

² Gilbert Joseph, “Border Crossings and the Remaking of Latin American Cold War Studies”, *Cold War History*, abril de 2019.

³ Greg Grandin, *The last colonial massacre. Latin America in the Cold War*, Chicago, Chicago University Press, 2011 (ed. actualizada).

función de estas premisas, se volvió imprescindible prestar más atención a las lógicas domésticas, además de considerar a la guerra fría desde una perspectiva “global” que a su vez tuviera en cuenta las asimetrías en el modo como el conflicto afectó al “Sur global”, es decir, al llamado “Tercer Mundo”.⁴ Es así que entre 2004 y 2012, se publicaron varios volúmenes como los compilados por Daniela Spenser, Spenser y Joseph, y Marina Franco y Benedetta Calandra, cuyos capítulos focalizaron tanto en el impacto de la guerra fría en América Latina cuanto en la trama definida por las demandas locales y las historias nacionales en las que se desplegó.⁵ Dichos volúmenes repusieron con el estudio de casos concretos aquello que Grandin había reclamado para las investigaciones de la academia estadounidense: “trabajos que estuvieran menos preocupados por las motivaciones de los gestores de políticas públicas de los Estados Unidos que por identificar aquello que se estaba disputando en la propia América Latina”.⁶ Otro tanto podría plantearse respecto de la Unión

Soviética, si bien nuestra región no era su zona de influencia *stricto sensu*, pero sin duda representó un espacio concreto de intervención, más aun luego de que la Revolución Cubana declarase su carácter socialista en 1961.

Un mínimo repaso de las investigaciones publicadas en las últimas dos décadas permite, en suma, reconocer la redefinición de un campo de estudios y, sobre todo, la incorporación de problemas analíticos, perspectivas metodológicas y cruces teóricos que habían quedado antes supeditados a la estratificación disciplinar, con centro en los estudios de las relaciones internacionales. Uno de los más importantes avances en este campo ha sido el de los estudios impulsados por la conceptualización de la guerra fría cultural. Fue Frances Stonor Saunders quien popularizó el término con su libro de 1999.⁷ La obra marcó un nuevo *tempo* en la relectura de problemas concernientes a la relación entre política y cultura. Repuso con mucha claridad las otras dimensiones significativas de la notación de dicho enfrentamiento como “guerra”, refiriéndose a las relaciones entre los Estados Unidos y Europa. Las claves del conflicto estaban, en esta relectura, en la capacidad de organizar operaciones encubiertas, a partir de la triangulación de asesorías y recursos financieros e intelectuales entre la Central de Inteligencia de Estados Unidos (CIA) y el Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC).

Frente a este foco analítico en una élite integrada de manera más o menos mediada a las agencias estatales, Patrick Iber recuperó en *Neither Peace nor Freedom* dimensiones de la problemática que, además de su contorno latinoamericano, evidenciaban la trama compleja de negociación y presiones respecto

⁴ Aldo Marchesi, “Escrevendo a Guerra Fria latinoamericana: entre o Sul ‘local’ e do Norte ‘global’”, *Revista do Estudos Históricas*, vol. 30, nº 60, 2017.

⁵ Daniela Spenser (ed.), *Espejos de la Guerra Fría. México, América Central y el Caribe*, México, CIESAS/Porrúa, 2004, y Gilbert Joseph y Daniela Spenser (eds.), *In from the Cold: Latin America's new Encounter with the Cold War*, Durham/Londres, Duke University Press, 2008; B. Calandra y M. Franco (eds.), *La guerra fría cultural en América Latina*, Buenos Aires, Biblos, 2012. Recientemente, AA.VV., “Virtual Special Issue: The Cold War in Latin America”, en *Journal of Latin American Studies*, disponible en <<https://www.cambridge.org/core/journals/journal-of-latin-american-studies/virtual-special-issue-the-cold-war-in-latin-america>> (Introducción de Tanya Harmer), consultado el 3/11/2018; Vanni Petinna, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*, México, Colegio de México, 2018; M. Valeria Galván, M. Florencia Osuna (comps.), *La “Revolución Libertadora” en el marco de la Guerra Fría. La Argentina y el mundo durante los gobiernos de Lonardi y Aramburu*, Rosario, Prohistoria, 2018.

⁶ Greg Grandin, “Off the Beach. The United States, Latin America, and the Cold War”, en Jean Christophe Agnew y Roy Rosenzweig, *A companion to post-1945*

America, Malden, Blackwell Publishing, 2002, pp. 426-445 y 426 (traducción nuestra).

⁷ Frances Stonor Saunders, *La CIA y la Guerra Fría cultural*, Madrid, Debate, 2013.

de los y las intelectuales de la región.⁸ Según Iber, tanto el CLC como el emprendimiento soviético del Consejo Mundial por la Paz fueron instrumentos de la propaganda de ideas que funcionaron como una suerte de diplomacia cultural sin plácet, con la participación de un sinnúmero de actores que excedían en mucho a la *intelligentsia*. No se trató solamente de una manipulación de las grandes potencias, en el argumento de Iber, y además, Cuba debía ser incorporado como un actor también clave en esta lógica de enfrentamiento global.

Este dossier interroga la cultura desde otro ángulo. Está claro que la “cultura” excede en mucho a lo producido por una élite letrada, y su indagación reclama el análisis de una red compleja de significados tramada entre aquellas intervenciones y las que tienen lugar en el marco de la cultura de masas, a lo que se suman las propias categorías analíticas del campo intelectual, artístico y académico mediante las que se intentó interpretar y modelar el sentido de los cambios en la arena político-cultural regional. La prolongación de una agenda tal de investigación en esta área de estudios se vuelve aun más prometedora si apuntamos a desentrañar el sentido de las “expresiones” o categorizaciones analíticas del período *vis a vis* aquella red de significaciones nativas. Nuestro propósito por tanto ha sido ofrecer a las y los lectores de habla hispana una selección de trabajos relativos a la guerra fría cultural, elaborados desde una perspectiva que, como la de la historia intelectual, aunque no limitada a ella, opere ampliando y profundizando bajo una nueva luz algunos tópicos ya transitados por la bibliografía experta. El dossier propone, justamente, revisar conceptos que adquirieron

centralidad notoria durante el período, teniendo en cuenta que se trata de categorías nativas y analíticas a la vez: nos referimos a revolución y anticomunismo, modernización y nacionalismo, información, imperialismo y tercerismo, entre otros.

El dossier se abre con un ensayo de Marina Franco que recorre matrices discursivas de larga data en la Argentina, consideradas habitualmente importaciones del período de la guerra fría. El anticomunismo y la supuesta amenaza del “enemigo rojo” son resituados históricamente, en tanto tópicos puestos en circulación en el marco del proceso de modernización económica y política argentina de las primeras décadas del siglo xx. Parte de una investigación en progreso sobre la historia de la represión en la Argentina,⁹ el presente artículo repasa cuatro momentos clave de la constitución de la figura del “enemigo” en el país, *antes* del inicio oficial del enfrentamiento entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Franco trama su reflexión en torno al análisis de discursos, actores políticos e intelectuales de derecha y/o conservadores, incluyendo allí a exponentes del liberalismo vernáculo.¹⁰

El trabajo de Rafael Rojas, también parte de una investigación más amplia, despliega su recorrido a través de las disputas sobre el sentido y los alcances del concepto de “revolución” en Cuba después de 1959, hasta 1970. Rojas muestra la importancia de atender a los cambios semánticos de términos que, como el de “revolución”, estuvieron atravesados por disputas ideológicas que eran también propuestas de acción y de intervención política, cultural,

⁸ Patrick Iber, *Neither Peace nor Freedom. The Cultural Cold War in Latin America*, Harvard, Harvard University Press, 2015.

⁹ Un antecedente de ese programa: Marina Franco, *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y “subversión”, 1973-1976*, Buenos Aires, FCE, 2012.

¹⁰ Sobre derechas a escala global, véase Ernesto Bohoslavsky y Magdalena Broquetas, “Vínculos locales y conexiones transnacionales del anticomunismo en Argentina y Uruguay en las décadas de 1950 y 1960”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea], <<http://journals.openedition.org/nuevomundo/70510>>, última consulta: 3/7/2019.

económica, social e, incluso, moral. El historiador se interesa tanto por la transformación semántica de “una idea nacionalista y agrarista de la Revolución a otra propiamente comunista o ‘marxista-leninista’”, como por las diferencias que mostró en sus diversas fases el proyecto revolucionario cubano, en la palabra y en la letra de sus líderes y publicistas.¹¹

Tras estas dos primeras reflexiones sobre la periodización y el uso de conceptos clave de la guerra fría, el dossier prosigue con un primer grupo de trabajos que estudian las batallas jugadas en el terreno de la cultura de masas por actores más difusos en el tejido social que las élites políticas y letradas de la región, aunque involucrando ciertos estratos de las agencias estatales. Los artículos de Ernesto Semán, Marcelo Ridenti y Valeria Manzano ilustran la productividad que para el campo de estudios de la guerra fría cultural en América Latina aporta un ejercicio de la historia intelectual que vaya más allá de una historia del pensamiento o de los intelectuales en un sentido estricto. Si en efecto, como aseguró un oficial de la CIA, esta guerra se combatía sobre todo con “ideas”, estas fueron mucho más que textos impresos y editados por y para un grupo concentrado y a la vez global de intelectuales y expertos.

El trabajo de Ernesto Semán pone el foco en el intento gestado desde la industria cinematográfica argentina durante el primer peronismo por competir por mercados y audiencias con el país líder del continente en la industria. El relato de las peripecias de la filmación en la Argentina de *Sangre Negra*, de

Richard Wright –transposición al cine del primer *best-seller* en los Estados Unidos de un escritor negro– revela las disputas alimentadas por dos excepcionalismos nacionales. Con una perspectiva original ya ensayada en su reciente libro, Semán lee la formación de las identidades políticas de ambos países durante la guerra fría.¹² Del lado argentino, interpreta la exaltación de la supuesta ausencia de racismo vernáculo frente a la segregación racial del país del Norte. Desde los Estados Unidos, la valoración de la insistencia de la periférica nación sudamericana en ser considerada un actor de peso en el Cono Sur.

El caso que estudia Marcelo Ridenti en continuidad con sus trabajos anteriores es el de la participación de artistas e intelectuales de América Latina en las redes culturales comunistas lideradas por la Unión Soviética. El vínculo no admite explicaciones unívocas: el planteo es que mientras los escritores se integraron a una suerte de *star-system* soviético, a la vez contribuyeron al desarrollo de una cultura nacional (de masas) en el Brasil. La participación de artistas de diversas disciplinas en los partidos comunistas latinoamericanos fue importante en el período 1930-1970.¹³ Aquí el autor propone que el desarrollo de una cultura nacional de masas y la búsqueda de reconocimiento en el propio campo cultural nacional no eran excluyentes respecto de las posibili-

¹¹ Trabajos previos del autor sobre el tema: Rafael Rojas, *Traductores de la utopía. La Revolución cubana y la nueva izquierda de Nueva York*, México, FCE, 2016; y *La Polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría*, México, Taurus, 2018 (véase la sección “Fichas” de esta revista). Otro estudio clásico sobre la cuestión: Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Dilemas y debates del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

¹² Ernesto Semán, *Ambassadors of the Working Class. Argentina's International Labor Activists & Cold War Democracy in the Americas*, Durham, Duke University Press, 2017.

¹³ Marcelo Ridenti, *Em busca do povo brasileiro: artistas da revolução, do CPC à era da TV*, Río de Janeiro/San Pablo, Editora Record, 2000. Para la Argentina, véanse Adriana Petra, *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, Buenos Aires, FCE, 2017; y Laura Prado Acosta, “Obreros de la cultura. Artistas, intelectuales y partidos comunistas en el Cono Sur, décadas de 1930 y 1940”, tesis doctoral inédita, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 2017.

dades abiertas por la integración en el sistema de difusión y pertenencia soviético.

Valeria Manzano explora en su contribución al dossier las relaciones culturales entre la Argentina y la Unión Soviética al final de la guerra fría, especialmente mediadas por un mercado específico: el de las giras de grupos de rock. El trabajo muestra que estos “intermediarios culturales” (empresas y músicos) fueron “cruciales” a la hora de “cimentar vínculos” y construir significados sobre “lo soviético”. Además de revelar la importancia del estudio de las juventudes y la cultura del rock para una historia de alcance global de la guerra fría cultural en América Latina,¹⁴ la incursión de Manzano en la década del ‘80 le permite trazar puentes entre “las dinámicas del ‘deshielo’ en el bloque soviético” y “las así llamadas ‘transiciones democráticas’ en el Cono Sur”.

Los tres últimos artículos del dossier, a cargo de Karina Janello, Vania Markarian y Aldo Marchesi, e Isabella Cosse, componen un grupo aparte al recortar sus objetos de estudio a partir del seguimiento de determinadas trayectorias intelectuales o institucionales en sucesivas coyunturas de la guerra fría en la región: las organizaciones de promoción cultural e ideológica; la vinculación con ellas de intelectuales y expertos; la batalla informativa y por la memoria de la experiencia de la Unidad Popular en Chile. Los análisis se detienen en casos poco conocidos hasta ahora, en el relevamiento de nuevos archivos y fuentes y, especialmente, en un modo de interrogarlos que realiza a través del énfasis en las disputas por ciertas consignas o tópicos del período la complejidad de la interacción entre las dinámicas locales y la esfera global del conflicto bipolar.

El trabajo de Janello aborda la conflictiva trama de significados y prácticas que autores

como Greg Grandin o Lars Shoulz han previamente desbrozado en torno a los usos y sentidos, a veces contradictorios, del concepto de “democracia” durante la guerra fría.¹⁵ El texto centra su estudio en la Asociación Interamericana Pro Democracia y Libertad, y sigue de cerca los dilemas de este anti-comunismo de izquierda, donde un grupo de intelectuales liberales y de izquierda no comunista forjaron alianzas y buscaron recursos aún antes de la convocatoria del CLC.¹⁶ Se despliegan, así, los avatares de una identidad de “tercería” conosureña –la defensa de una independencia específica y local, que se quería también de derecho universal frente a las presiones de la Unión Soviética y de los Estados Unidos–.

Vania Markarian y Aldo Marchesi también dirigen su atención al Cono Sur, y más precisamente a dos trayectorias intelectuales en el Uruguay: la del sociólogo Aldo Solari y la del militante e intelectual de izquierda socialista Vivian Trías. La periodización toma en este caso el después de la Revolución Cubana. Si Seith Fein advirtió acerca del fetiche del documento desclasificado, los autores reponen por el contrario toda la complejidad de los documentos del Servicio Secreto Checoslovaco.¹⁷ Mediante el cruce con otras fuentes, los autores pueden interrogar las posibilidades abiertas para intelectuales como Solari y Trías, que “buscaban internacionalizar sus carreras y marcar la agenda de las redes donde se posicionaban”; y verificar, a través de ambos casos, la disputa concreta por el sentido y los alcances del llamado “terce-

¹⁴ Una aproximación anterior en Valeria Manzano, *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla* [1ª ed. en inglés: 2010], Buenos Aires, FCE, 2017.

¹⁵ Grandin, *The last colonial massacre*, Introducción. Lars Shoulz, *Beneath the United States. A History of U.S policy toward Latin America*, Cambridge/Londres, Harvard University Press, 1998.

¹⁶ Karina Janello, “Los intelectuales de la Guerra Fría. Una cartografía latinoamericana (1953-1961)”, *Políticas de la Memoria* n° 14, verano de 2013/2014, pp. 79-101.

¹⁷ Seith Fein, “Producing the Cold War in Mexico”, en Joseph y Spenser, *In from the Cold*, p. 209.

ismo” en el Uruguay, cuyo significado (así como el del antiimperialismo) afectaba la orientación de la producción y la difusión de conocimiento.¹⁸

El artículo de Isabella Cosse aborda la cobertura de prensa de las últimas horas del presidente de Chile, Salvador Allende, defendiendo el Palacio de La Moneda del ataque de las fuerzas de la dictadura, y analiza las disputas en torno de su memoria y legado. La narración de la derrota de la experiencia socialista chilena se revela parte de la batalla cultural de la guerra fría en la región. El texto da cuenta de la importancia del manejo de la información en el conflicto (en esto Cuba, con la agencia de noticias *Prensa Latina*, fue definitoria), y advierte que tal manejo debe ser comprendido también en una dimensión afectiva y con perspectiva de género. Para hacerlo, sigue las crónicas del periodista argentino Jorge Timossi, director de *Prensa Latina* en Chile, quien cubrió los hechos.¹⁹

Como se ha visto, los artículos que reúne el dossier definen ciertos rasgos que hacen a la peculiaridad del Cono Sur en el contexto de la guerra fría cultural latinoamericana. La mayor parte de las contribuciones aborda la entidad y perdurabilidad de toda otra zona de contactos culturales del Cono Sur americano, aquella que lo ligaba de una u otra manera a Rusia y a la Unión Soviética, en los albores y

en las postrimerías de la guerra fría. Ello permite considerar los modos particulares del peso del liderazgo y la presión estadounidenses en la región, en contraste con su más antigua e insoslayable influencia en América Central o en el Norte de Sudamérica. Además, los textos recuperan cómo la presencia de Cuba constituyó un factor decisivo en esta subregión, con capacidad de incidir política y culturalmente según sus posibilidades.

El Cono Sur aparece en el dossier también como contexto particular de producción de conocimiento, lo que nos dirige, de nuevo, a esa doble significación de los conceptos, nativa y analítica, mencionada al inicio de esta introducción. Porque aquí una sedimentación específica de tradiciones disciplinares diversas –entre las que se hallan el ensayismo, la sociología y la historia de los intelectuales, la historia cultural en sus distintas vertientes y el análisis de los lenguajes políticos– modera, en su mixtura, aunque sin anularlo, el impacto de la academia y los estudios latinoamericanistas norteamericanos en el abordaje de una problemática que, como la de la guerra fría cultural en América Latina, tiene sin dudas esa marca de origen. De modo que el diálogo prosigue, y junto a la temperatura y las periodizaciones en cuestión, las categorías y las tradiciones disciplinares desde las que miramos la contienda global imprimen su huella en el conflicto, que es también el de las interpretaciones. □

¹⁸ En relación con el tópico del “imperialismo cultural”, y la gestión de técnicos y expertos como “Cold Warriors”, véase Nils Gilman, “The Cold War as intellectual force field”, *Modern Intellectual History*, octubre de 2014, pp. 1-17; Adrián Gorelik, “Pan-American routes: a continental planning journey between reformism and the cultural Cold War”, en: *Planning Perspectives*, 32 (1), julio de 2016, pp. 1-20. También Aldo Marchesi, “Imaginación política del antiimperialismo: intelectuales y política en el Cono Sur a fines de los sesenta”, *EIAL*, vol. 17, n° 1, enero-junio de 2006, pp. 135-159. Disponible en <<http://eial.tau.ac.il/index.php/eial/article/view/441/405>>.

¹⁹ La autora analizó las redes que vincularon a través de Timossi y Quino a la Argentina, Cuba y Chile, en Isabella Cosse, *Mafalda: historia social y política*, Buenos Aires, FCE, 2014.

Bibliografía

AA.VV., “Virtual Special Issue: The Cold War in Latin America”, *Journal of Latin American Studies*, disponible en <<https://www.cambridge.org/core/journals/journal-of-latin-american-studies/virtual-special-issue-the-cold-war-in-latin-america>> (Introducción de Tanya Harmer).

Boholavsky, Ernesto y Magdalena Broquetas, “Vínculos locales y conexiones transnacionales del anticomunismo en Argentina y Uruguay en las décadas de 1950 y 1960”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea: <<http://journals.openedition.org/nuevomundo/70510>>, última consulta: 3/7/2019].

- Calandra, Benedetta y Marina Franco (eds.), *La guerra fría cultural en América Latina*, Buenos Aires, Biblos, 2012.
- Cosse, Isabella, *Mafalda: historia social y política*, Buenos Aires, FCE, 2014.
- Fein, Seith, "Producing the Cold War in Mexico", Gilbert Joseph y Daniela Spenser (eds.), *In from the Cold: Latin America's new Encounter with de Cold War*, Durham/Londres, Duke University Press, 2008, pp. 172-213, p. 209.
- Franco, Marina, *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y "subversión", 1973-1976*, Buenos Aires, FCE, 2012.
- Galván, M. Valeria, M. Florencia Osuna (comps.), *La "Revolución Libertadora" en el marco de la Guerra Fría. La Argentina y el mundo durante los gobiernos de Lonardi y Aramburu*, Rosario, Prohistoria, 2018.
- Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Dilemas y debates del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
- Gilman, Nils, "The Cold War as intellectual force field", *Modern Intellectual History*, octubre de 2014, pp 1-17.
- Grandin, Greg, "Off the Beach. The United States, Latin America, and the Cold War", Agnew Jean Christophe y Roy Rosenzweig, *A companion to post-1945 America*, Malden, Blackwell Publishing, 2002, pp. 426-445.
- , *The last colonial massacre. Latin America in the Cold War* (ed. actualizada), Chicago, Chicago University Press, 2011.
- Gorelik, Adrián, "Pan-American routes: a continental planning journey between reformism and the cultural Cold War", en *Planning Perspectives*, 32 (1), julio de 2016, pp. 1-20.
- Iber, Patrick, *Neither peace nor freedom. The Cultural Cold War in Latin America*, Harvard, Harvard University Press, 2015.
- Joseph, Gilbert y Daniela Spenser (eds.), *In from the Cold: Latin America's new Encounter with de Cold War*, Durham/Londres, Duke University Press, 2008.
- Joseph, Gilbert, "Border Crossings and the Remaking of Latin American Cold War Studies", *Cold War History*, abril de 2019.
- Luard, Evan (ed.), *The cold war, a re-appraisal*, Nueva York, Praeger, 1964.
- Manzano, Valeria, *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla* [1ª ed. en inglés: 2010], Buenos Aires, FCE, 2017.
- Marchesi, Aldo, "Escrevendo a Guerra Fria latinoamericana: entre o Sul 'local' e do Norte 'global'", *Revista do Estudos Históricos*, vol. 30, nº 60, 2017.
- , "Imaginación política del antiimperialismo: intelectuales y política en el Cono Sur a fines de los sesenta", *EIAL*, vol. 17, nº 1, enero-junio de 2006, pp. 135-159. Disponible en <<http://eial.tau.ac.il/index.php/eial/article/view/441/405>>.
- Petinna, Vanni, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*, México, Colegio de México, 2018.
- Semán, Ernesto, *Ambassadors of the Working Class. Argentina's International Labor Activists & Cold War Democracy in the Americas*, Durham, Duke University Press, 2017.
- Spenser, Daniela (ed.), *Espejos de la Guerra Fría. México, América Central y el Caribe*, México, CIESAS/Porrúa, 2004.
- Stonor Saunders, Frances, *La CIA y la Guerra Fría cultural*, Madrid, Debate, 2013.
- Rojas, Rafael, *Traductores de la utopía. La Revolución Cubana y la nueva izquierda de Nueva York*, México, FCE, 2016.
- , *La Polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría*, México, Taurus, 2018.
- Ridenti, Marcelo, *Em busca do povo brasileiro: artistas da revolução, do CPC à era da TV*, Río de Janeiro/San Pablo, Editora Record, 2000.
- Petra, Adriana, *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, Buenos Aires, FCE, 2017.
- Prado Acosta, Laura, "Obreros de la cultura. Artistas, intelectuales y partidos comunistas en el Cono Sur, décadas de 1930 y 1940", tesis doctoral inédita, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 2017.

En busca de la “guerra fría”. Culturas políticas, procesos locales y circulaciones de largo plazo

Marina Franco

Universidad Nacional de San Martín / CONICET

Introducción

En los últimos años, el campo de estudios sobre la llamada “guerra fría” se amplió para pensar la relación entre los Estados Unidos y América Latina en otras dimensiones: se incorporaron cuestiones sociales y culturales como parte de las tensiones epocales, se diversificaron los actores a analizar y se ampliaron las periodizaciones necesarias para entender el problema.¹ Para el caso de América Latina, mucho se ha insistido sobre la necesidad de una cronología más laxa que permita pensar la guerra fría, y especialmente su dimensión cultural, más allá de los eventos políticos y con raíces bastante anteriores a la segunda guerra, en especial cuando se considera la presencia y la influencia estadounidense en la región.² En efecto, la acción de ese país en América Latina se presentó bajo la

forma de políticas culturales intervencionistas y panamericanas que comenzaron mucho antes del enfrentamiento con la Unión Soviética o la Revolución Cubana, e incluso desde la Primera Guerra Mundial.³ De esta manera, como señala Eduardo Rey, “la guerra fría pudo ser en cierta medida una excusa para reformular una política intervencionista ya vieja”. En lo que atañe al Cono Sur, la región recibió una versión suavizada de esa influencia cultural, al menos en relación con la presencia más fuerte que se produjo en los países del Caribe y América Central.⁴

Ahora bien, estas interpretaciones hacen foco en la influencia de los Estados Unidos como elemento central de continuidad, con el efecto agregado de reducir exageradamente la guerra fría a nuestra mirada sobre ese país. Sin embargo, esa continuidad también podría ser apreciada desde otros objetos de observación.

El primero de ellos surge de cambiar el foco hacia la Unión Soviética y estudiar la circulación de representaciones sobre ese país

¹ Véase Daniela Spenser (ed.), *Espejos de la Guerra Fría. México, América Central y el Caribe*, México, CIESAS/Porrúa, 2004, y Gilbert Joseph y Daniela Spenser (eds.), *In from the Cold: Latin America's new Encounter with de Cold War*, Durham/Londres, Duke University Press, 2008.

² Eduardo Rey, “Estados Unidos y América Latina durante la guerra fría, la dimensión cultural”, en B. Calandra y M. Franco, *La guerra fría cultural en América Latina*, Buenos Aires, Biblos, 2012, pp. 51-65; Antonio Niño, “Uso y abuso de las relaciones culturales en la política internacional”, *Ayer*, 75 (3), 2009, pp. 25-61.

³ Cf. Niño, “Uso y abuso”.

⁴ Véase Sol Glick, “No existe pecado al sur del Ecuador. La diplomacia cultural norteamericana y la invención de una Latinoamérica edénica”, e Ixel Quesada, “Los orígenes de la presencia cultural de Estados Unidos en Centroamérica: fundamentos ideológicos y usos políticos del debate sobre los trópicos”, ambos en Calandra y Franco, *La guerra fría*.

resultantes del profundo temor local que tempranamente generó la Revolución Rusa entre las élites de la región. Si nos centramos en el caso argentino, de la mano del miedo al comunismo y al maximalismo, en las décadas del veinte y el treinta, “Rusia” o “Moscú” aparecen como uno de los “focos del mal”, prefigurando su lugar en la confrontación bipolar posterior.

El segundo es, también en la Argentina y vinculado a lo anterior, la presencia muy temprana de un fuerte anticomunismo y de una serie de representaciones del enemigo “rojo” que ya han mostrado algunos autores.

El tercer elemento a observar es que en los discursos de las élites políticas y culturales argentinas esas representaciones se fueron construyendo sobre la base de una serie de tópicos e imágenes que suelen asociarse con los años de la guerra fría, la doctrina de la seguridad nacional, las influencias militares francesa y estadounidense, el peso decisivo del actor militar en la escena política y la circulación de sentidos sobre el conflicto interno de los años setenta. Sin embargo, la exploración en una perspectiva más larga muestra que ese tipo de figuras son de larga data, incluso previas al temor al comunismo disparado con fuerza en 1917. Por ejemplo, la idea de un enemigo de origen externo que se instala dentro del territorio, la amenaza subversiva o terrorista, su ajenidad con la Nación y lo “verdaderamente” argentino, entre otras, son construcciones que fueron centrales en las representaciones más álgidas de los años sesenta y setenta, pero pueden encontrarse también en relación con el anarquismo ya desde comienzos del siglo xx y durante las décadas siguientes. La presencia y la circulación temprana de estas figuras nos obligan a repensar los procesos culturales y los elementos de la cultura política local (desde luego modelados en interacción con el contexto internacional). En efecto, parecería que esas imágenes, resignificadas para designar procesos, conflictos y

actores variables en el tiempo, perduraron como una verdadera batería de ideologemas disponibles en el discurso de los sectores conservadores, nacionalistas, o más ampliamente de las “derechas” nativas, y en algunos momentos pudieron alcanzar una circulación más extendida y socialmente diversa.

En las páginas que siguen recorreremos brevemente algunos momentos clave del conflicto social y político en la Argentina antes de la segunda guerra para mostrar estas cuestiones, que si bien no son una novedad en términos del conocimiento historiográfico, no suelen ser puestas en relación con la cultura política de la guerra fría y la segunda parte del siglo xx.

Cuatro momentos históricos

La primera evocación nos lleva a comienzos del siglo xx. Los conflictos generados por el crecimiento de la movilización social y obrera y la presencia dominante del anarquismo entre los trabajadores generaron fuertes alarmas en las élites políticas. Las réplicas a esos conflictos oscilaron entre la preocupación por dar respuestas con un tímido avance de ciertas reformas sociales y reacciones coercitivas a través de la represión policial de las huelgas y las movilizaciones, una creciente legislación punitiva para tratar los conflictos más álgidos y la criminalización del anarquismo y de los sectores obreros considerados “perturbadores”.⁵ En ese contexto, las maneras de representar a los actores “peligrosos” —con variaciones entre los sectores gobernantes y los sectores más reformistas de las élites— se centraron en la figura de un enemigo peligroso, ajeno y perturbador, venido del exterior. Así, por ejemplo, la presentación parlamentaria de

⁵ Juan Suriano (comp.), *La cuestión social en Argentina. 1870-1943*, Buenos Aires, La Colmena, 2000.

la célebre “Ley de residencia” para la expulsión de extranjeros señalaba:

Se trata de una ley eminentemente política, de una ley de excepción y de prevención, destinada a evitar que ciertos elementos extraños vengan a turbar el orden público, a comprometer la seguridad nacional; [...] se trata de [...] salvar la tranquilidad social, comprometida por movimientos esencialmente subversivos, que no son los movimientos tranquilos del obrero trabajador, ni del extranjero honrado [...] sino agitaciones violentas, excesos y perturbaciones producidas por determinados individuos que viven dentro de la masa trabajadora para explotarla, abusando así de la hospitalidad generosa [...] Entonces es natural que el poder ejecutivo esté armado de esta ley de defensa para conjurar esos peligros asegurando en todo tiempo la tranquilidad y el bienestar de la comunidad.⁶

De esta manera, la amenaza subversiva que representaban los grupos anarquistas –y por extensión los sectores trabajadores cuando sus conflictos crecían más allá de la intensidad considerada tolerable–, se centró en la figura de un peligro ajeno al cuerpo nacional. Imagen que efectivamente explicaba una realidad material precisa: la llegada masiva de trabajadores inmigrantes, muchos de ellos, fuertemente politizados.

La segunda evocación nos lleva, pocos años después, a la “semana trágica” en enero de 1919, durante el conflicto obrero en los talleres Vasena y la reacción popular frente a la represión policial a ese conflicto. Durante los acontecimientos, la lectura de los hechos fue bastante similar a las de los años previos,

ahora con mayor intensidad y temor concreto en torno a la amenaza bolchevique y el fantasma instaurado por la caída del zarismo y la revolución de 1917.⁷ Aunque radicales y conservadores intentaban distinguir entre los trabajadores con reclamos legítimos y medios no violentos, durante el conflicto se insistió desde diversas áreas del gobierno y la prensa en que había un verdadero movimiento revolucionario y subversivo que estaba expandiéndose a distintas ciudades del país, incluso a Montevideo. Se señalaba que eran fuerzas “oscuras”, “venidas de afuera”, con “fines subversivos ajenos a la nacionalidad”, que venían con un plan ruso-judío para establecer soviets en el Río de la Plata, porque buena parte de los rusos estaban –se decía– “afiliados a sociedades terroristas o propagan con fanático ardimiento las doctrinas maximalistas”.⁸ Estas representaciones dieron lugar no solo a la represión de los trabajadores sino a una verdadera caza de judíos en la ciudad de Buenos Aires, especialmente en el barrio de Once. En este caso, la representación sobre el peligro ruso articulaba dos objetos amenazantes: los judíos y los revolucionarios, reuniendo así antisemitismo y anticomunismo bajo una misma mirada conspirativa –asocia-

⁷ En realidad, el contexto inmediato era la revolución espartaquista en Alemania pero la referencia privilegiada local era el fantasma soviético. Sobre el conflicto, véanse, David Rock, *El radicalismo argentino*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977; Horacio Silva, *Días rojos, verano negro*, Buenos Aires, Anarres, 2011; Beatriz Seibel, *Crónicas de la semana trágica*, Buenos Aires, Corregidor, 1999.

⁸ Estos términos se repiten en las sesiones parlamentarias de enero (8/1 al 28/1, *Diario de Sesiones*, Cámara de Diputados de la Nación) y en las declaraciones de los más diversos actores y medios. La última cita corresponde a la delegación diplomática argentina en Montevideo en diciembre de 1918, cit. en Daniel Lvovich, “La Semana Trágica en clave transnacional. Influencias, repercusiones y circulaciones entre Argentina, Brasil, Chile y Uruguay (1918-1919)”, J. F. Bertonha y E. Bohoslavsky (eds.), *Circule por la derecha. Percepciones, redes y contactos entre las derechas sudamericanas, 1917-1973*, Buenos Aires, UNGS, 2016, pp. 21-40.

⁶ Senador Pérez, *Diario de Sesiones*, Cámara de Diputados de la Nación, 22/11/1902, p. 657.

ción que tendría larga vida en el seno de las derechas argentinas.⁹

En el mismo ciclo de huelgas de esos años, la presencia de soviets y el fantasma ruso se esgrimió con frecuencia como la representación máxima del peligro obrero en ascenso.¹⁰ Esta asociación de Rusia como la fuente del mal de un maximalismo importado también estuvo presente en el centro de las representaciones de la Liga Patriótica –la organización civil y nacionalista de extrema derecha que se autoerigió en guardia armada desde enero de 1919–; y en amplios sectores sociales de aquellos años.¹¹

La tercera escena nos lleva a los años treinta, durante el gobierno de Agustín P. Justo, donde el anticomunismo fue un fenómeno extendido y fuertemente instalado en las élites gobernantes.¹² Durante esos años de signo conservador y fraudulento, circularon representaciones y temores similares sobre el “peligro rojo” y la Unión Soviética, y desde el gobierno se pusieron en marcha diversos dispositivos tendientes a la represión de esa ame-

naza. Así, el uso de los instrumentos estatales –legislación, políticas y agencias policiales específicas– contra el comunismo reconoce antecedentes importantes antes de su apogeo en la legislación de los años cincuenta y sesenta en plena guerra fría. En el plano de las iniciativas estatales, en 1932 se creó la célebre “Sección Especial de Represión contra el comunismo” de la Policía de Buenos Aires que se concentró en la recopilación de información, relevamiento, confección de prontuarios, persecución y encarcelamiento de miembros de grupos comunistas.¹³ Un rasgo que se desprende de las memorias policiales y de los informes del Poder Ejecutivo sobre estas actividades es un fino conocimiento y seguimiento de la evolución política de la Unión Soviética, así como de otras organizaciones europeas, y el análisis de los núcleos locales como receptores de iniciativas y propaganda cuyo epicentro serían las políticas soviéticas.¹⁴ Así, por ejemplo, el ministro Melo denunciaba en 1934 la existencia de más de 200 publicaciones de “predica disolvente y subversiva”, en idiomas ruso, judío (sic) o ucraniano, consideradas como amenazas al “orden social”.¹⁵ De esta manera, tal como constaba en los fundamentos de la legislación anticomunista de la provincia de Buenos Aires de 1936, o en las iniciativas similares del senador nacional Matías Sánchez Sorondo,

⁹ Véase Daniel Lvovich, *Nacionalismo y Antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones B, 2003, y Leonardo Senkman, “El antisemitismo bajo dos experiencias democráticas: Argentina 1959/1966 y 1973/1976”, L. Senkman (ed.), *El antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1989, pp. 18-42.

¹⁰ Recientemente salió a la luz una red de espionaje de las grandes potencias internacionales con base en Buenos Aires para controlar a los “maximalistas” en el seno del movimiento obrero local, véase Hernán Díaz (coord.), *Espionaje y revolución en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2019.

¹¹ Hernán Camarero, *Tiempos rojos*, Buenos Aires, Sudamericana, 2017; Roberto Pittaluga, *Soviets en Buenos Aires: la izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia*, Buenos Aires, Prometeo, 2015.

¹² Véase Mercedes López Cantera, “El anticomunismo argentino entre 1930 y 1943. Los orígenes de la construcción de un enemigo”, *The International Newsletter of Communist Studies* xxii/xxiii (2016/17), n° 29-30; Juan Luis Carnagui, “La ley de represión de las actividades comunistas de 1936: miradas y discursos sobre un mismo actor”, *Revista Escuela de Historia*, n° 6, 2007.

¹³ Viviana Barry, “Usos policiales para la represión política en las primeras décadas del siglo xx”, Foro “Las formas de la violencia estatal en la Argentina del Siglo xx”, *Historia política*, en prensa; Mercedes López Cantera, “El anticomunismo argentino” y Mercedes López Cantera, “Criminalizar al rojo. La represión al movimiento obrero en los informes de 1934 sobre la Sección Especial”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, 4, 2014, pp. 101-122.

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ Leopoldo Melo, “Mensaje contestando el pedido de informes acerca de las razones que determinaron la creación en la Policía de la Sección especial de represión contra el comunismo”, 8/8/1934, Archivo Memoria Legislativa, Cámara de Diputados de la Nación, p. 54.

uno de los principales argumentos contra el comunismo recaía en su origen no nacional y en su dependencia directa y total de “Moscú” y de las autoridades del Partido Comunista ruso, tanto en lo ideológico como en su práctica y su financiamiento.¹⁶

Estas perspectivas desde luego coincidían con un fenómeno político-cultural central de los años veinte y, especialmente, los treinta: el crecimiento de grupos intelectuales de nacionalistas y católicos integrales, cuya prédica antiliberal, anticomunista y muchas veces antisemita llamaba a luchar contra “el invasor dentro de nosotros mismos” y a una “guerra lícita para el argentino que debe defender la patria amenazada”. En la base de esas construcciones contra “las hordas rojas”, entre otras amenazas, se adivinan las matrices discursivas que ya vimos surgir en torno al anarquismo.¹⁷ Sin embargo, como fenómeno diferente y al calor de los procesos mundiales, estos grupos aportaron fuerza doctrinaria y redes político-culturales que dieron al nacionalismo católico un peso clave en las décadas siguientes.

Este recorrido nos lleva así a una última escena: el nudo histórico que representa el golpe de estado militar de 1943, momento en el cual convergen tradiciones y sedimentaciones culturales claves para entender, luego, el proceso de guerra fría. En efecto, allí coinciden la cultura y las tradiciones de la corporación militar con sectores del catolicismo, el nacionalismo más conservador, y lo que luego será, diferenciándose de lo anterior con contornos propios,

el peronismo. De esa manera, la alianza entre la Cruz y la Espada en torno al mito de la “nación católica”,¹⁸ que conformó la estructura ideológica de las Fuerzas Armadas en el poder, fue un espacio propicio para un anticomunismo en su vertiente más antiliberal. Ya en los documentos fundantes del GOU (Grupo de Oficiales Unidos), el grupo militar golpista, el comunismo aparecía como un enemigo interno a combatir, mientras que para la Iglesia la “revolución” del ’43 emergía como una garantía de alejar a las masas del estado “preinsurreccional”, mientras los partidos de la oposición eran vistos como “infestados por células comunistas”.¹⁹ La persecución de las organizaciones y la prensa comunista (y de izquierda en general) se inició con el mismo golpe de Estado.²⁰ Poco después, el ministro del Interior, general Perlinger, consideraba que a quienes intenten “perturbar la acción de gobierno [...] se les tratará como enemigos de la patria. El comunista y los comunizantes son enemigos de la patria y en tal sentido deben ser extirpados del país”.²¹ Atravesado el gobierno por los conflictos internacionales de la segunda guerra y por una auténtica preocupación por la situación social y obrera, en boca de estos actores el comunismo fue profundizando su lugar privilegiado como definición del peligro. Sin duda, ello estaba sostenido por una amalgama nacionalista exacerbada, propia de los grupos en el poder en esa coyuntura, pero no era en absoluto novedosa como forma de delimitar al “otro” peligroso.

El “peronismo” surgido del golpe de 1943 tendrá un largo camino que alejará a Perón de sus orígenes golpistas, católicos y del nacio-

¹⁶ Decreto 21/5/1936; Matías Sánchez Sorondo, *Represión del comunismo. Proyecto de ley, informes y antecedentes*, Buenos Aires, Senado de la Nación, 1934, pp. 290 y 542, respectivamente). Sobre el debate parlamentario, véase Carnagui, “La ley de represión”.

¹⁷ Todas las expresiones entrecomilladas corresponden a Eugenia Silveyra de Oyuela, en *Clarínada*, reproducidas en Federico Finchelstein, *La Argentina fascista*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008, p. 66.

¹⁸ Loris Zanatta, *Perón y el mito de la nación católica*, Buenos Aires, EDUNTREF, 2013.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 39 y 32.

²⁰ Cf. Robert Potash, *El ejército y la política en la Argentina, 1928-1945*, Buenos Aires, Sudamericana, 1981; Zanatta, *Perón*.

²¹ Potash, *El ejército*, p. 323.

nalismo más conservador. No obstante, aquel anticomunismo –junto con el nacionalismo y, en menor medida, el antiliberalismo– que se expresaron en la “revolución” del ’43 serán vectores firmes y bases de construcción ideológica de largo plazo en el seno del peronismo, profundizados por el contexto del enfrentamiento bipolar de las décadas siguientes. Entre el discurso de Perón en la Bolsa de Comercio en 1944 en el cual alertaba acerca del peligro de que las masas obreras argentinas estuvieran “en manos de comunistas, que no tenían ni siquiera la condición de ser argentinos, sino importados, sostenidos y pagados desde el exterior”, y el llamado a la “depuración interna” para expulsar del movimiento “la infiltración marxista” en 1973,²² el país cambió varias veces, y Perón también con él, pero el anticomunismo se mantuvo como un elemento importante de esa constelación política.²³ De igual manera, el anticomunismo fue un componente central de los sectores liberales antiperonistas durante los años siguientes, y se plasmó en la política y la legislación de los gobiernos tanto dictatoriales como constitucionales que siguieron a la caída del peronismo. Así, es en ese anticomunismo transversal –que abarca en orígenes y tradiciones diversos, incluso opuestos, y que llegó a adquirir legitimidad social multclasista– donde reside parte del potencial cultural que tuvo la guerra fría en la Argentina. A su vez, esa potencia derivó de los componentes simbólicos de las representaciones esencialistas, que permitieron que el enemigo –marxista, anar-

quista o subversivo– pudiera ajustarse a contenidos y conflictos variables en el tiempo.

Conclusiones

El ejercicio histórico propuesto permitió inscribir elementos habitualmente asociados con la guerra fría como parte de procesos políticos y culturales locales y más tempranos. Se buscó, por un lado, devolver centralidad al anticomunismo y mostrar la temprana tensión con la Unión Soviética –tema ausente de las miradas que enfatizan la presencia temprana de los Estados Unidos en América Latina–. Por otro lado, se iluminaron matrices discursivas de largo plazo que suelen ser consideradas importaciones características de la guerra fría y la doctrina de la seguridad nacional. El interés en estas figuras discursivas reside, además, en que ellas no remiten exclusivamente al anticomunismo, sino que ya estaban presentes en relación con el anarquismo y pervivieron, resignificadas, para expresar otras tensiones sociales.

Es importante aclarar que el objetivo de iluminar matrices de larga duración no significa afirmar una continuidad inespecífica de ciertos procesos históricos, ni disolver el concepto de guerra fría haciéndole perder todo contorno temporal o político-cultural preciso e históricamente situado, sino mostrar hasta qué punto algunos elementos habitualmente identificados con ese período son anteriores y no son exclusivos del conflicto bipolar de los años cincuenta en adelante. Así, el anticomunismo, el miedo a “Moscú” y los tópicos discursivos que sostuvieron las representaciones del enemigo registran una larga historia de producción, circulación, apropiación y resignificación locales, imbricada con fenómenos políticos y culturales propios del proceso de modernización político-económica argentino.

En función de estos elementos, el objetivo de este recorrido ha sido insistir en que lo que

²² Discurso de Perón en la Bolsa de Comercio como secretario de Trabajo y Previsión en 1944 (en <www.archivohistorico.edu.ar>). Sobre la depuración marxista en 1973, cf. Marina Franco, *Un enemigo para la nación*, Buenos Aires, FCE, 2012.

²³ Sobre el anticomunismo como elemento de la identidad peronista de la clase obrera, véase Omar Acha, “El peronismo y la forja del anticomunismo obrero”, *Cuarto Congreso de Estudios sobre el Peronismo (1943-2014)*, Tucumán, 2014.

llamamos guerra fría, y los elementos de la cultura política que suelen asociarse a ella, son resultado de sedimentaciones de más largo plazo en la cultura política local (y de sus interacciones internacionales tempranas). Sin estas sedimentaciones, la guerra fría —entendida como escenario político-cultural fundamental de la historia argentina de las décadas del cincuenta al setenta— no hubiera tenido la amplitud que alcanzó. □

Bibliografía

- Acha, Omar, “El peronismo y la forja del anticomunismo obrero”, *Cuarto Congreso de Estudios sobre el Peronismo (1943-2014)*, Tucumán, 2014.
- Barry, Viviana, “Usos policiales para la represión política en las primeras décadas del siglo xx”, Foro “Las formas de la violencia estatal en la Argentina del Siglo xx”, *Historia política*, en prensa.
- Caimari, Lila, *Perón y la Iglesia católica*, Buenos Aires, Ariel, 1994.
- Camarero, Hernán, *Tiempos rojos*, Buenos Aires, Sudamericana, 2017.
- Carnagui, Juan Luis, “La ley de represión de las actividades comunistas de 1936: miradas y discursos sobre un mismo actor”, *Revista Escuela de Historia*, n° 6, 2007, pp. 161-178.
- Díaz, Hernán (coord.), *Espionaje y revolución en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2019.
- Finchelstein, Federico, *La Argentina fascista*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.
- Franco, Marina, *Un enemigo para la nación*, Buenos Aires, FCE, 2012.
- Glick, Sol, “No existe pecado al sur del Ecuador. La diplomacia cultural norteamericana y la invención de una Latinoamérica edénica”, B. Calandra y M. Franco, *La guerra fría cultural en América Latina*, Buenos Aires, Biblos, 2012, pp. 79-96.
- Joseph, Gilbert y Daniela Spenser (eds.), *In from the Cold: Latin America's new Encounter with de Cold War*, Durham/Londres, Duke University Press, 2008.
- López Cantera, Mercedes, “Criminalizar al rojo. La represión al movimiento obrero en los informes de 1934 sobre la Sección Especial”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, 4, 2014, pp. 101-122.
- , “El anticomunismo argentino entre 1930 y 1943. Los orígenes de la construcción de un enemigo”, *The International Newsletter of Communist Studies xxii/xxiii* (2016/17), n° 29-30.
- Lvovich, Daniel, *Nacionalismo y Antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones B, 2003.
- , “La Semana Trágica en clave transnacional. Influencias, repercusiones y circulaciones entre Argentina, Brasil, Chile y Uruguay (1918-1919)”, J. F. Bertonha y E. Bohoslavsky (eds.), *Circule por la derecha. Percepciones, redes y contactos entre las derechas sudamericanas, 1917-1973*, Buenos Aires, UNGS, 2016, pp. 21-40.
- Niño, Antonio, “Uso y abuso de las relaciones culturales en la política internacional”, *Ayer*, 75 (3), 2009, pp. 25-61.
- Pittaluga, Roberto, *Soviets en Buenos Aires: la izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia*, Buenos Aires, Prometeo, 2015.
- Potash, Robert, *El ejército y la política en la Argentina, 1928-1945*, Buenos Aires, Sudamericana, 1981.
- Quesada, Ixel, “Los orígenes de la presencia cultural de Estados Unidos en Centroamérica: fundamentos ideológicos y usos políticos del debate sobre los trópicos”, B. Calandra y M. Franco (eds.), *La guerra fría cultural en América Latina*, Buenos Aires, Biblos, 2012, pp. 67-78.
- Rey, Eduardo, “Estados Unidos y América Latina durante la guerra fría, la dimensión cultural”, B. Calandra y M. Franco (eds.), *La guerra fría cultural en América Latina*, Buenos Aires, Biblos, 2012, pp. 51-65.
- Rock, David, *El radicalismo argentino*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977.
- Seibel, Beatriz, *Crónicas de la semana trágica*, Buenos Aires, Corregidor, 1999.
- Silva, Horacio, *Días rojos, verano negro*, Buenos Aires, Anarres, 2011.
- Senkman, Leonardo, “El antisemitismo bajo dos experiencias democráticas: Argentina 1959/1966 y 1973/1976”, L. Senkman (ed.), *El antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1989, pp. 18-42.
- Spenser, Daniela (ed.), *Espejos de la Guerra Fría. México, América Central y el Caribe*, México, CIESAS/Porrúa, 2004.
- Suriano, Juan (comp.), *La cuestión social en Argentina. 1870-1943*, Buenos Aires, La Colmena, 2000.
- Zanatta, Loris, *Perón y el mito de la nación católica*, Buenos Aires, EDUNTREF, 2013.

El concepto de revolución en Cuba

Rafael Rojas

Centro de Investigación y Docencia Económica (CIDE), México DF

La historia de los usos del concepto de Revolución en la esfera pública y el campo intelectual cubanos refleja mutaciones y desplazamientos que resultan indispensables para analizar el impacto de la experiencia de la isla en América Latina. En las páginas que siguen haremos una primera aproximación a ese tema inmenso, por medio de un recorrido del significado de Revolución en el lenguaje de líderes sociales, partidos políticos y publicaciones ideológicas. Interesa aquí tanto el gran cambio semántico de una idea nacionalista y agrarista de la Revolución a otra propiamente comunista o “marxista-leninista” como las diferencias internas que muestra el proyecto revolucionario cubano en cada una de sus fases. Partimos de la premisa de que el carácter diverso y cambiante de la ideología revolucionaria de la isla, en muy pocos años, aseguró, a la vez, el amplio rango de su recepción y las polarizaciones que produjo en el contexto latinoamericano.

La Revolución con mayúscula

En la Cuba de los años '50 la palabra Revolución era de uso común en el lenguaje político. El partido gobernante hasta 1952 se llamaba Partido Revolucionario Cubano, como el que había fundado José Martí en el siglo XIX para luchar por la independencia de España, y se

adjetivaba “(Auténtico)” para diferenciarse de posibles asociaciones del mismo nombre. Sus principales líderes (Ramón Grau San Martín, Carlos Prío Socarrás, Carlos Hevia, Aureliano Sánchez Arango...), así como sus opositores (Eduardo Chibás, Roberto Agramonte, Emilio Ochoa, Fulgencio Batista, Santiago Rey...) provenían todos de la Revolución de 1933, un proceso histórico que, hasta el golpe de Estado de Batista en marzo de 1952, creían vivo, gracias a la continuidad del orden constitucional de 1940.

Batista mismo intentó justificar el golpe con el argumento de que los “avances sociales” de aquella Revolución estaban en riesgo de ganar sus rivales las elecciones de 1952.¹ Fidel Castro, por entonces un joven recién graduado en Derecho en la Universidad de La Habana, que aspiraba a un puesto en el Senado, reaccionó contra dicho argumento en el artículo “Revolución no, zarpazo”, que se publicó en el periódico *El Acusador*. Allí, a cuatro días del golpe, decía Castro que era cierto que en “Cuba se sufría el desgobierno de malversadores y asesinos”, en alusión al régimen de Prío, pero que se contaba con la “vía cí-

¹ Leonel Antonio de la Cuesta, *Constituciones cubanas. Desde 1812 hasta nuestros días*, Nueva York, Ediciones Exilio, 1971, p. 330.

vica” y con la “oportunidad constitucional que conjurara el mal” en las próximas elecciones. La de Batista no era una Revolución, la verdadera Revolución era la que harían los “nuevos (Julio Antonio) Mellas, (Antonio) Guiteras y (Rafael) Trejos” contra Batista:

No llame revolución a ese ultraje, a ese golpe perturbador e inoportuno, a esa puñalada tramera que acaba de clavar en la espalda de la república. Trujillo ha sido el primero en reconocer su gobierno; él sabe mejor que nadie quienes son sus amigos en camarilla de tiranos que azota América, ello dice mejor que nada el carácter reaccionario, militarista y criminal de su zarpazo.²

La reacción de Castro contra el golpe de estado de Batista adoptaba la forma del choque entre dos generaciones de revolucionarios, la de los '30 y la de los '50. En los documentos batistianos se apelaba a la “Revolución” como fuente de derecho, para impedir la descomposición de la República. Castro apelaba a la Constitución de 1940, como instrumento legal del cambio político en Cuba. Muy pronto, sin embargo, al escoger la lucha armada como vía para el derrocamiento de la dictadura de Batista, recurriría también a la idea de la Revolución como fuente de derecho.

En la documentación del Movimiento 26 de Julio, empezando por *La historia me absolverá* (1954), texto basado en la autodefensa de Fidel Castro en los juicios por el asalto al cuartel Moncada, observamos esa emergencia del concepto de Revolución. Curiosamente, no aparece el término con mayúscula, como en los textos batistianos —el que aparece con mayúscula, reiteradamente, es el de República—, dado el lenguaje constitucionalista de los jóvenes moncadistas. Precisa-

mente, aludiendo al uso del concepto de Revolución en la documentación batistiana es que Fidel Castro decía: “admito y creo que la revolución sea fuente de derecho; pero no podrá llamarse revolución al asalto nocturno a mano armada del 10 de marzo”.³

Sin embargo, la idea de Revolución con mayúscula era transmitida en el texto a través de las “cinco leyes revolucionarias” que emprendería el gobierno moncadista de llegar al poder y en las constantes alusiones históricas a las revoluciones previas de la historia de Cuba, las de 1868, 1895 y 1933, y a las revoluciones occidentales modernas: la británica, la francesa y la americana.⁴ También mencionaba Fidel Castro a los principales ideólogos de aquellas revoluciones (John Milton, John Locke, Jean Jacques Rousseau, Thomas Paine, Jonathan Boucher y, por supuesto, José Martí) y sus textos programáticos: Declaración de Independencia de los Estados Unidos y la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y el Ciudadano francesa. La única revolución latinoamericana que se mencionaba en el texto era la boliviana de 1952.

La tradición doctrinal en la que se inscribía aquel programa fidelista era la del liberalismo y el republicanismo constitucionales. Las leyes revolucionarias (restablecimiento de la Constitución del '40, concesión de propiedades a campesinos que trabajaban como colonos y arrendatarios de las grandes haciendas, derecho de los obreros al 30% de las utilidades y de los trabajadores del azúcar al 55% del rendimiento, además de confiscación de bienes malversados describían un conjunto moderado de exigencias, que quedaba por debajo del límite de máxima radicalidad alcanzado por las revoluciones mexicana, boliviana o guatemalteca.

² En <<http://www.fidelcastro.cu/es/articulos/revolucion-no-zarpazo>>.

³ Fidel Castro, *La historia me absolverá*, La Habana, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1993, p. 92.

⁴ *Ibid.*, pp. 55-57.

En el llamado “Manifiesto del Moncada” (1953), redactado por el poeta Raúl Gómez García, sí se plasmaba el término Revolución Cubana, con mayúsculas, aunque también se hablaba de la “República” y de la “Constitución”.⁵ Allí era más explícita una síntesis histórica de las revoluciones cubanas. Junto con aquellos movimientos políticos, el texto reivindicaba sus programas ideológicos: las Bases del Partido Revolucionario Cubano y el Manifiesto de Montecristi de José Martí, el de La Joven Cuba de Antonio Guiteras, el del ABC de Jorge Mañach, Joaquín Martínez Sáenz, Francisco Ichaso y Juan Andrés Lliteras y el del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) de Eduardo Chibás.

El texto de Gómez García fue uno de los primeros en rearticular, en los años '50, la tesis de la “revolución frustrada”, que manejaron muchos intelectuales y políticos cubanos en los años '20 y '30.⁶ Como en los programas revolucionarios mexicanos, había allí una dimensión metahistórica de la Revolución, que llegaba a su punto máximo de metaforización cuando anunciaba que ese triunfo revolucionario largamente frustrado daría lugar al nacimiento de una “República luz”.⁷

No solo en los textos programáticos del Movimiento 26 de Julio se consolidó aquel concepto de Revolución Cubana con mayúscula. También en pactos de esa organización con otras, como la Federación Estudiantil Universitaria, encabezada por José Antonio Echeverría Bianchi, en agosto de 1956, se hablaba de una “Revolución Cubana” que “se llevaría a cabo con el propósito de derrocar la tiranía”.⁸ Se decía también que la Revolución

Cubana contaba con la “simpatía de la opinión democrática de América” y denunciaban al régimen de Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana como cómplice de Batista. También criticaban el respaldo a La Habana de los dictadores latinoamericanos reunidos en la Conferencia de Panamá con el presidente de los Estados Unidos, Dwight Eisenhower.

El documento asimilaba el proyecto ideológico de esa Revolución Cubana a la izquierda democrática que luchaba contra las dictaduras centroamericanas y caribeñas desde los años '40: los arbenzistas guatemaltecos, los liberales colombianos, el PRI mexicano, Rómulo Betancourt y la Acción Democrática venezolana, José Figueres y el Partido Liberación Nacional de Costa Rica. La suscripción de ese programa básico de las izquierdas no comunistas de la región, a mediados del siglo XX, era transmitida en el último párrafo del Pacto de México, cuando, significativamente, Castro y Echeverría escribían el término con minúscula:

Que la revolución cubana llegará al poder libre de compromisos e intereses, para servir a Cuba en un programa de justicia social, de libertad y democracia, de respeto a las leyes justas y de reconocimiento a la dignidad plena de todos los cubanos, sin odios mezquinos para nadie y, los que la dirijamos, dispuestos a poner por delante el sacrificio de nuestras vidas, en prenda de nuestras limpias intenciones.⁹

Este programa fue reiterado por los principales documentos de la insurrección antibatista, entre 1956 y 1958. Tal vez, la mejor formulación de aquel concepto nacionalista y republicano de Revolución se encuentre en el texto de Llerena:

⁵ En <<http://www.fidelcastro.cu/es/documentos/manifiesto-del-moncada>>.

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*

⁸ *México y Cuba. Dos pueblos unidos en la historia*, México, Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo, 1982, vol. II, p. 338.

⁹ *Ibid.*, pp. 340-341.

La Revolución es la lucha de la nación cubana por alcanzar sus fines históricos y realizar su completa integración. Esta integración consiste, como se ha visto, en el conjunto armónico de tres elementos: soberanía política, independencia económica y cultura diferenciada.¹⁰

En cuanto al sistema político, el texto era inequívoco:

En cuanto a democracia, el Movimiento 26 de Julio considera aún válida la filosofía jeffersoniana y suscribe a plenitud la fórmula de Lincoln de “gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”. La democracia no puede ser así el gobierno de una raza, ni de una clase, ni de una religión, sino de todo el pueblo. La Revolución Cubana es democrática, además, por tradición misma de los Fundamentos de la Patria. “Todos los hombres somos iguales”, se leía en la Proclama del 10 de Octubre de 1868. Y este criterio aparece después sostenido en el Manifiesto de Montecristi y en todos los documentos y Constituciones de la República.¹¹

Desde los primeros meses posteriores al triunfo de la Revolución, aquel concepto supra-clasista y republicano comenzó a ser resignificado por los máximos dirigentes del gobierno revolucionario, especialmente por Fidel Castro, cuyos discursos diarios y prolongados se convirtieron, muy pronto, en la principal fuente del lenguaje político del poder. A partir de enero de 1959, la Revolución, además de una insurrección contra la dictadura batistiana, comenzó a ser gobierno. A medida que las decisiones de ese gobierno afectaban intereses domésticos o internacio-

nales, especialmente de los Estados Unidos, y la isla se internaba en la lógica binaria de la guerra fría, se fue produciendo un desplazamiento del republicanismo al socialismo en la ideología nacionalista cubana.

En poco más de dos años, aquella Revolución no era la de un “pueblo” multclasista, como el descrito en *La historia me absolverá* y en los programas del Movimiento 26 de Julio y el Directorio Revolucionario, sino una Revolución “de los humildes, por los humildes y para los humildes”, autodefinida ideológicamente como “marxista-leninista”.¹² Una Revolución que era, además, un Estado naciente en el Caribe de la guerra fría, aliado de la Unión Soviética, cuyas “hazañas” eran abiertamente defendidas por el máximo liderazgo del país.¹³ En medio del conflicto con los Estados Unidos, que escaló en abril de 1961 con la invasión de Playa Girón, aquella reconceptualización socialista mantenía, intacta, sin embargo, la identidad entre pueblo y gobierno, nación y Estado, que suponía el proceso revolucionario.

Aunque el lenguaje marxista-leninista de corte soviético avanzó mucho en las élites del país, durante los años '60, el discurso de los máximos dirigentes, especialmente de Fidel Castro, siguió operando con la terminología heredada de la tradición oratoria martiana y chibasista. En sus énfasis fundamentales, el lenguaje de Fidel seguía girando en torno a una versión radicalizada del nacionalismo revolucionario y el populismo del siglo xx latinoamericano. A partir de esa plataforma, los sentidos que el líder otorgaba a la palabra Revolución se superponían con naturalidad en sus constantes intervenciones públicas.

Unas veces la Revolución significaba el reemplazo histórico del antiguo régimen por el nuevo: “la Revolución ha puesto las cosas

¹⁰ *Nuestra razón. Manifiesto-programa del Movimiento 26 de Julio*, México, Talleres de Manuel Machado, 1956, p. 15.

¹¹ *Ibid.*, pp. 16-17.

¹² Fidel Castro, *El pensamiento político de Fidel Castro*, La Habana, Editora Política, 1983, t. 1, vol. 1, enero de 1959-abril de 1961, pp. 163-164.

¹³ *Ibid.*, p. 163.

en su lugar...”.¹⁴ Otras veces significaba el pueblo: “en el espíritu heroico de nuestro pueblo está nuestra mayor fuerza...”.¹⁵ Otras, el Estado: “tenemos que ser permanentemente revolucionarios, tenemos que ser revolucionarios dentro de la Revolución...”.¹⁶

¿Una, dos o varias revoluciones?

La historiografía académica ha debido enfrentarse a esa construcción simbólica por medio de periodizaciones más o menos precisas del proceso cubano a partir de los años '50. El historiador Oscar Zanetti, por ejemplo, en su *Historia mínima de Cuba* (2013), propone que aquella década sea comprendida desde el choque entre la dictadura y la insurrección, mientras reserva el concepto de “Revolución” a las grandes transformaciones económicas, sociales y políticas que tuvieron lugar a partir de 1959, cuando los revolucionarios llegan al poder.¹⁷ Zanetti propone, además, los términos “experiencia socialista” e “institucionalización” para el período que arranca a fines de los '60 y principios de los '70, dando por concluido el marco temporal de la Revolución. Otra periodización posible, entre varias, sería la de concentrar el tiempo de la Revolución entre los años '50 y los '70, dos décadas en las que se destruye el antiguo régimen republicano y se construye el nuevo, socialista.¹⁸

El debate historiográfico sobre la Revolución Cubana ha contenido las mismas pautas del pensamiento moderno sobre las revoluciones, desde el siglo XIX. Durante las tres primeras décadas del período revolucionario,

en los años '60, '70 y '80, a la vez que se institucionalizaba el nuevo orden social, la historiografía, dentro y fuera de la isla, funcionaba como una caja de resonancia de la confrontación ideológica y política generada por el tránsito al socialismo. Los documentos oficiales del gobierno de la isla y la historiografía más autorizada acuñaron un relato simple y maniqueo, que se produjo en los medios de comunicación y en los textos de enseñanza básica y superior de la historia nacional. La propaganda del exilio y buena parte de la historiografía anticomunista occidental articulaban, por su parte, un contra-relato, igual de simple y maniqueo, que se enfrentó a la historia oficial de la isla.

Ambos relatos resultaron de consensos internos dentro de los grupos políticos enfrentados en la guerra fría. Líderes marxistas como Carlos Rafael Rodríguez y Ernesto Che Guevara, a pesar de sus profundas diferencias sobre política económica, y el campo socialista de Europa del Este, coincidían en que la Revolución Cubana, durante el período insurreccional contra la dictadura de Fulgencio Batista, había gravitado, desde su pluralidad de movimientos y corrientes políticas, hacia una ideología nacionalista revolucionaria, no marxista-leninista o comunista. La idea de una “transición al socialismo”, durante 1960, manejada por ambos, implicaba una distinción entre dos fases de una misma revolución o entre dos revoluciones, la que triunfó en enero de 1959 y la que triunfó en abril de 1961, cuando se declara el carácter “socialista”.¹⁹

Como Guevara o Rodríguez, Blas Roca, líder máximo del Partido Socialista Popular, manejó la idea de una Revolución naciona-

¹⁴ Fidel Castro, *Aniversarios del triunfo de la Revolución*, La Habana, Editora Política, 1967, p. 12.

¹⁵ *Ibid.*, p. 14.

¹⁶ *Ibid.*, p. 274.

¹⁷ Oscar Zanetti, *Historia mínima de Cuba*, México, El Colegio de México, 2013, pp. 255-268.

¹⁸ Rafael Rojas, *Historia mínima de la Revolución Cubana*, México, El Colegio de México, 2015, pp. 9-17.

¹⁹ Ernesto Che Guevara, “Algunas reflexiones sobre la transición socialista”, en *Apuntes críticos a la economía política*, La Habana, Ocean Sur, 2006, pp. 9-20; Carlos Rafael Rodríguez, “Cuba en el tránsito al socialismo (1959-1963)”, en *Letra con filo*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1983, vol. II, pp. 386-407.

lista-burguesa de origen. En la VIII Conferencia de los comunistas cubanos, de agosto de 1960, Roca reconocía como “falla” de aquel partido haber confiado en que la “lucha de masas” y, especialmente, la huelga general “producirían de manera espontánea una insurrección armada”.²⁰ El “gran mérito histórico de Fidel Castro”, su “correcto sentido revolucionario”, era su temprana convicción de que la única vía para el derrocamiento de la dictadura era la lucha armada.²¹ La Revolución Cubana, según el máximo líder del comunismo insular, en 1960, no era comunista:

Nuestra revolución no es comunista, no porque sea cubana, sino porque no está aplicando ahora medidas ni leyes comunistas, porque no está construyendo ni organizando un régimen comunista ahora, porque es y está realizando los objetivos anti-imperialistas y anti-latifundistas; nacional-liberadores, agrarios e industrializadores que reclama la situación cubana, con lo cual crea las condiciones para el avance hacia las nuevas tareas que le impondrá el desarrollo social.²²

Del texto de Roca se desprendía toda una conceptualización de la fase pre-socialista de la Revolución, similar a la que el campo teórico soviético aplicaba a las revoluciones de las izquierdas populistas o nacionalistas del siglo xx latinoamericano. Rodríguez, a su vez, acuñaría las fases de la Revolución Cubana como una primera “democrático-burguesa y antiimperialista” y una segunda “socialista”, cuyo punto de inflexión se ubicaba en las nacionalizaciones posteriores al verano de 1960.²³

Esta interpretación, que llegaría a naturalizarse, incluso, dentro de la Academia de Ciencias de la URSS, fue sostenida por defensores y adversarios de la Revolución entre los años '60 y '70. Los primeros, para celebrar la radicalización del proceso revolucionario, en medio de la confrontación con los Estados Unidos; los segundos, para denunciar la “traición” a los valores liberales y democráticos de la lucha contra la dictadura de Fulgencio Batista y el expansionismo soviético en América Latina y el Caribe. La tesis de la radicalización marxista-leninista de un liderazgo originalmente liberal-democrático se plasmó de manera reiterada en la revista *Cuba Socialista*, en la isla, pero también en la publicación exiliada *Bohemia Libre*.

En *Cuba Socialista*, desde 1961, comenzaron a publicarse autores soviéticos como Yuri Krasin, Vladimir Li, M. Rosental, A. Svina-renko, I. Shvets y el propio Nikita S. Jrushchov, que presentaban la Revolución Cubana como un “proceso de liberación nacional” que transitaba aceleradamente hacia el socialismo en el Tercer Mundo. Cuba era el primer caso de una “Revolución popular antimperialista triunfante en el hemisferio Occidental”, que transitaba al socialismo.²⁴

Aquel acuerdo teórico en torno al tránsito socialista en Cuba proyectaba, en las ciencias sociales, la unificación política del liderazgo y las organizaciones revolucionarias, que se fundieron primero en las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), luego en el Partido Unido de la Revolución Socialista (PURS) y, finalmente, en el Partido Comunista de Cuba. La jefatura política máxima de aquel aparato organizativo era, indudablemente, Fidel Castro. La serie de purgas que, desde 1959, fueron decantando a líderes diversos, que se resistían a aquella unificación, desde el propio Movimiento 26 de Julio, el Directorio

²⁰ Blas Roca, *La Revolución Cubana*, Buenos Aires, Editorial Fundamentos, 1961, p. 22.

²¹ *Ibid.*, p. 37.

²² *Ibid.*, p. 44.

²³ Carlos Rafael Rodríguez, “Cuba en el tránsito al socialismo”, pp. 387-389.

²⁴ *Ibid.*, p. 67.

Revolucionario o el Partido Socialista Popular, fue un mecanismo fundamental para alcanzar aquella unidad. Poco a poco, las ideas republicanas o democráticas o nacionalistas radicales, sin ser comunistas, de algunos líderes de aquellas asociaciones, fueron definidas como “superadas” por la transición socialista.

Es interesante observar las tensiones que, en los años '60, se produjeron entre aquel relato oficial y las tesis de marxistas críticos o heterodoxos como J. P. Morray, Adolfo Gilly o Marcos Winocur, quienes también suscribieron la tesis de las dos revoluciones, aunque tomando distancia de la incorporación de elementos del modelo soviético por parte de la dirigencia revolucionaria.²⁵ Morray fue de los primeros en aplicar, desde la izquierda, una modalidad interpretativa de la “revolución permanente” trotskista al caso cubano.²⁶ Adolfo Gilly continuaría esa línea de interpretación trotskista en su ensayo *Inside the Cuban Revolution* (1964), aunque el marxista argentino alcanzó a percibir una versión cubana de la “reacción termidórica” de que hablaba Trotsky, al constatar la creciente fuerza de una corriente pro-soviética que rechazaba el “salto de etapas” y el autonomismo y el corporativismo agrarios.²⁷

Entre 1968 y 1975 aparecieron algunas reacciones a la narrativa de las dos fases de la Revolución y, por tanto, de la transición socialista, en el campo intelectual y las altas esferas ideológicas de la isla. Esas reacciones se perfilaron en dos estrategias discursivas diferentes, por momentos contradictorias o comple-

mentarias. De un lado, el discurso de Fidel Castro, *Porque en Cuba solo ha habido una Revolución* (1968), con motivo del centenario del estallido de la primera guerra de independencia de la isla, el 10 de octubre de 1868, cuya tesis central –que la forma socialista de Estado, adoptada por la Revolución Cubana no fue tanto resultado de un giro ideológico hacia el marxismo-leninismo como una consecuencia natural del nacionalismo revolucionario inaugurado por los líderes separatistas y antiesclavistas del siglo XIX: Carlos Manuel de Céspedes y José Martí, Ignacio Agramonte y Antonio Maceo– establece claras sintonías con la obra de historiadores como Jorge Ibarra.²⁸ Del otro, la alocución del propio Castro, por el 20 aniversario del asalto al cuartel Moncada, que rearticuló la idea, ya manejada por Osvaldo Dorticós y otros dirigentes desde el verano de 1961, de que los líderes de la Revolución eran marxista-leninistas desde 1953, por lo que la llamada radicalización comunista, en 1960, no había tenido lugar.²⁹

Es difícil no leer los párrafos finales del ensayo “Cuba en el tránsito al socialismo (1959-1963)”, escrito en 1979 por el entonces vicepresidente del Consejo de Estado y miembro del nuevo Buró Político, Carlos Rafael Rodríguez, como una crítica de ambas tesis oficiales, la de los “cien años de lucha” y la de la ideología marxista-leninista de los moncadistas y dirigentes del Movimiento 26 de Julio a mediados de los años '50. Rodríguez era enfático en su defensa de una radicalización de la ideología de la Revolución en el

²⁵ Marcos Winocur, *Las clases olvidadas en la Revolución Cubana*, Barcelona, Crítica, 1979, pp. 139-170.

²⁶ J. P. Morray, *The Second Revolution in Cuba*, Nueva York, Monthly Review Press, 1962, pp. 4-5. Una ampliación sobre el tema en Rafael Rojas, *Fighting Over Fidel. The New York Intellectuals and the Cuban Revolution*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2016, pp. 128-129.

²⁷ Adolfo Gilly, *Inside the Cuban Revolution*, Nueva York, Monthly Review Press, 1964, pp. 2-13, 26-33 y 83-88.

²⁸ Fidel Castro, *Porque en Cuba solo ha habido una Revolución*, La Habana, Departamento de Orientación Revolucionaria, 1975, pp. 9-37; Jorge Ibarra, *Ideología mambisa*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972, pp. 21-58 y 73-101; Jorge Ibarra, *Nación y cultura nacional*, La Habana, Editorial de Letras Cubanas, 1981, pp. 7-32.

²⁹ Fidel Castro, *Porque en Cuba solo ha habido una Revolución*, La Habana, Departamento de Orientación Revolucionaria, 1975, pp. 129-138.

poder, entre el verano y el otoño de 1960, como consecuencia de la confrontación entre el gobierno revolucionario, la oposición interna y los Estados Unidos.

La tesis de un “marxismo-leninismo” originario y oculto, en la cúpula dirigente cubana, desde el período del Moncada, fue, en buena medida, una revisión de la primera narrativa de las dos fases de la Revolución Cubana. Al ser adoptada formalmente por el Partido Comunista de Cuba se transfirió al medio académico soviético, provocando una corrección de los textos originales de Moscú sobre la experiencia cubana. A diferencia de los primeros colaboradores soviéticos de la revista *Cuba Socialista*, a principios de los años '60, historiadores como L. Sliozkin, O. Darusénkov y E. Larin sostenían en los años '70 que el núcleo central del liderazgo cubano era marxista-leninista desde 1953.³⁰ De la tesis de la radica-

lización marxista-leninista de una revolución agraria y nacionalista, por efecto de la lucha de clases, se pasó al relato del pequeño círculo comunista, de nuevo tipo, que oculta deliberadamente sus fines para alcanzar la derrota de la dictadura e iniciar el tránsito socialista. □

Bibliografía

De la Cuesta, Leonel Antonio, *Constituciones cubanas. Desde 1812 hasta nuestros días*, Nueva York, Ediciones Exilio, 1971.

Rojas, Rafael, *Historia mínima de la Revolución Cubana*, México, El Colegio de México, 2015.

—, *Fighting Over Fidel. The New York Intellectuals and the Cuban Revolution*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2016.

Zanetti, Oscar, *Historia mínima de Cuba*, México, El Colegio de México, 2013.

³⁰ M. Goncharuk (ed.), *América Latina: estudios de científicos soviéticos*, 2: *La historia de Cuba. Período*

burgués, Moscú, Academia de Ciencias de la URSS, 1979, vol. II, pp. 164-212.

“Otra película de negros”

Cultura de masas y la larga guerra por el excepcionalismo nacional en América

Ernesto Semán

Universitetet i Bergen, Bergen

En 1949, Argentina Sono Film produjo la película más costosa de la historia del país hasta ese momento. Estrenada en 1951, se convirtió también en el primer film argentino hablado enteramente en inglés. La película no relatava las penurias de los argentinos sumergidos, como *Los Isleros*, estrenada ese mismo año, ni la épica lucha de los trabajadores contra la explotación de las viejas oligarquías provinciales, como lo haría *Las aguas bajan turbias* al año siguiente. Sin incorporarse al repertorio de temas de la cultura peronista de posguerra, contaba la vida de un joven negro en los barrios pobres de Chicago y el juicio por homicidio al que lo somete la justicia por el crimen de la hija blanca de su empleador y el de su propia novia negra. Se trataba de *Sangre Negra*, la adaptación al cine del libro *Native Son* que Richard Wright había publicado en 1940 para convertirse en un éxito mundial inmediato, el primer *best-seller* de un escritor negro en los Estados Unidos. Wright era también el protagonista de la película, dirigida por el francés Pierre Chenal. Los Estados Unidos habían cerrado las puertas a las ambiciones cinematográficas de Wright. Ese rechazo fue el disparador de una contienda en el campo de la cultura de masas entre dos formas de excepcionalismo. Para la Argentina, *Sangre Negra* era la apuesta por hacer de su pujante indus-

tria cinematográfica una pequeña Hollywood que se expandiera al mundo, sobre la base de una historia que denunciaba las flaquezas domésticas del país hegemónico de posguerra y ponía en duda su compromiso democrático. Para los Estados Unidos, la intentona argentina era una forma más de la amenaza, menor y persistente, que constituía el país a su renovado dominio hemisférico. Fugaz y fulgurante, el episodio que discuto brevemente en este artículo es, sobre todo, una invitación a explorar en el campo de la cultura de masas los indicios de una historia que no se subsume fácilmente en las categorías analíticas de la guerra fría tal cual la conocemos. Y que como se expresa en la producción de estas dos formas de nacionalismo excepcionalista, fueron tanto o más importantes que la confrontación geopolítica entre los Estados Unidos y la Unión Soviética a la hora de definir las identidades políticas de las Américas durante la segunda mitad del siglo xx.

Wright se embarcó en Nueva York rumbo a la Argentina decidido a convertir la película *Sangre Negra* en una obra de arte y una denuncia tan impactante como había sido su libro *Native Son* casi una década atrás. En la tarde del 11 de octubre de 1949, un funcionario de la embajada de los Estados Unidos en Montevideo, Uruguay, envió un despacho a Washington, DC. Camino a Buenos Aires, decía el ca-

ble, “el escritor negro Richard Wright ha dicho que el problema de los negros en los Estados Unidos está mucho peor” y mencionó “a las grandes concentraciones de negros en los centros industriales como uno de los agravantes”. El funcionario norteamericano esperaba “una amplia cobertura sobre él por parte de la prensa liberal”^{*} por lo que decidió enviar “información sobre los antecedentes y afiliaciones políticos del novelista negro para contrarrestar el efecto [de sus dichos] acá y en Buenos Aires”. La información sería enviada a editores y periodistas para “reorientar los artículos sobre Wright o la cuestión de los negros”.¹

El Departamento de Estado tenía razones para estar prevenido. *Native Son* era una de las historias más revulsivas de la literatura norteamericana moderna. Bigger Thomas era un joven negro de la zona sur de Chicago, de las más pobres y discriminadas de la ciudad. Wright no describe al negro “bueno” que había poblado la literatura del país desde el siglo XIX, ni al negro como simple víctima inocente. Thomas es un joven enojado, iletrado, incapaz de pensar con claridad y de meditar sobre las consecuencias de sus acciones. Cuando finalmente obtiene un trabajo como chofer de una familia millonaria blanca, Thomas asesina a la hija de su empleador, quema el cuerpo en los hornos del sistema de calefacción de la familia y luego, convertido en una bestia, también asesina a su propia novia negra. El libro sigue de cerca el juicio en su contra, en el cual su abogado, joven y comunista, expone la mirada de Wright sobre la cuestión de los negros en los Estados Unidos: describe a Thomas y sus acciones como producto del

racismo y de la sociedad que está a punto de condenarlo.² Cuando se publicó, *Native Son* fue un éxito inmediato. Su primera edición se agotó en ocho horas. A un ritmo de ventas de 2.000 copias por día, el libro convirtió a Wright en el primer escritor negro en ser un *best-seller*, y en el escritor negro más rico de los Estados Unidos. Los críticos, desde el *New York Times* hasta *The New Republic*, comparaban al libro con *Viñas de Ira*, la historia de John Steinbeck de un año atrás describiendo la vida y la política de los trabajadores rurales durante la Gran Depresión, que John Ford llevó al cine en el mismo momento en que salía publicado *Native Son*. Era natural que Wright viera un futuro para su personaje en el cine.³

Así vista, *Sangre Negra* es mucho más que una película. Como objeto cultural, se convierte en el punto de encuentro improbable de tres formas distintas de transnacionalización política. Una, la del peronismo y su versión particular del excepcionalismo argentino: en su ambición global, y en la oportunidad que brindaba el film para reforzar en el país las ideas de armonía racial que el peronismo a la vez subvierte y ratifica. Otra, la del mismo Wright, en la tradición de situar el racismo norteamericano en el contexto mundial más amplio del colonialismo y el imperialismo. Y otra, la de los Estados Unidos mismos y la decisión de dar una pelea formidable en el

* En el contexto de esa información, la referencia del diplomático a la prensa “liberal” [“liberal press” en el original] se refiere a los medios más interesados en denunciar la segregación racial.

¹ Ravndal to Secretary of State, 11 de octubre de 1949. 811.401/10-1149. National Archives and Record Administration (en adelante, NARA).

² De la extensa bibliografía en torno a *Native Son*, véase Kenneth Kinnamn (ed.), *Critical Essays on Richard Wright's Native Son*, Woodbridge, Twayne Publishers, 1997, y Arnold Rampersad, “Introduction”, en Richard Wright, *Native Son. The restored text established by the Library of America*, Nueva York, Harper Perennial, 1993; George Hutchinson, *Facing the Abyss: American Literature and Culture in the 1940s*. Nueva York, Columbia University Press, 2018; y Hazel Rowley, *Richard Wright: The Life and Times*, Chicago, University of Chicago Press, 2008.

³ Henry Louis Gates, Jr. y K. A. Appiah (eds.), *Critical Perspectives, Past and Present*, Nueva York, Amistad, 1998, pp. 6-11.

campo de la cultura de masas, bajo el entendimiento de élites, funcionarios y diplomáticos de que para fortalecer el dominio económico, político y militar en las Américas era imprescindible antes consolidar las bases ideológicas sobre las que estos se sustentan.

Para Wright, filmar la película en la Argentina había sido en parte una necesidad. Los estudios de Hollywood habían rechazado la idea; mientras algunos sugerían que no había mercado, otros ofrecían producir el film a cambio de que el protagonista principal fuera blanco y el abogado defensor no fuera comunista. De alguna manera, las conversaciones para realizar la película entre 1946 y 1948 encuentran a Wright en un momento muy temprano para recibir apoyo para un protagonista principal negro (hubo que esperar hasta 1958 para que un actor negro recibiera un Oscar a la mejor actuación); y muy tardío para un protagonista, y un autor, comunistas (la relativa cordialidad que las potencias mantienen durante la guerra se disuelve rápidamente aún antes de que esta termine). Produciendo y expresando esa atmósfera de fines de los '40, la industria norteamericana rechazó la propuesta porque, como lo describió un funcionario de ese país, “los principales distribuidores de los Estados Unidos dicen que no están interesados en ‘otra película de negros’”.⁴

La filmación de *Sangre Negra* ocurrió en el momento culminante de lo que el historiador Seth Fein describe como “el desarrollo internacional de la cultura de masas” en el que las grandes proclamas políticas sobre la nación y el mundo conectaban con la vida cotidiana de las audiencias y formaban parte de su propia realidad discursiva.⁵ El cine era un espacio

privilegiado de esa cultura de masas internacional: las películas alcanzaban audiencias masivas y en muchos sentidos “representaban” en sus narraciones la vida de una nación y la llevaban al resto del mundo. Esto es particularmente cierto en la Argentina, donde la industria del cine era relativamente fuerte y la audiencia había crecido exponencialmente durante los años '40. Hacia 1940, la Argentina tenía más cines que ningún otro país de la región (2190, seguido por el Brasil con 1490). Para ese año, los argentinos iban más al cine que a la cancha de fútbol.⁶

Las ambiciones de Argentina Sono Film eran tanto domésticas como internacionales. Desde el momento en que Pierre Chenal contactó al titular de la compañía, Atilio Mentasti, este vio la oportunidad de transformar la película en una plataforma para el lanzamiento internacional de la industria cinematográfica argentina. El libro de Wright ya se había consagrado cuando se publicó en castellano en la Argentina en 1943, seguido de ediciones en revistas de historietas y de una exitosa puesta teatral protagonizada por Narciso Ibáñez Menta con la cara pintada de negro. La película culminaría, años más tarde, este ciclo.⁷ Sobre la base de esa idea, el contrato con Wright y Chenal estableció que la película sería enteramente en inglés, algo inédito para el cine argentino, y que el presupuesto sería de un millón de pesos, la suma más alta de la historia del cine local. El costo final duplicó esa cifra.⁸

vatore (eds.), *Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of US-Latin American Relations*, Durham/Londres, Duke University Press, 1998, p. 436.

⁶ Florencia Calzón Flores, “Exhibición de Películas en los años peronistas: Prácticas y Regulación Estatal”, artículo presentado en las I Jornadas de Trabajo de la Universidad Nacional Arturo Jauretche, Red de Estudios sobre Peronismo, 22 de agosto de 2018, manuscrito.

⁷ Para un análisis abarcador sobre el film, véase Edgardo C. Krebs, *Sangre Negra. Breve historia de una película perdida*, Buenos Aires, INCAA, FIAPF, 2015.

⁸ Borrador de contrato entre Argentina Sono Film y Pierre Chenal, sin fecha. Richard Wright Papers, “The Bei-

⁴ Buenos Aires, 6 de junio de 1951 to State Department, Motion Pictures Entertainment. Febrero-marzo de 1951, 835.452/6-65 NARA.

⁵ Seth Fein, “Everyday Forms of Transnational Collaboration: US Film Propaganda in Cold War México”. Gilbert M. Joseph, Catherine C. Legrand y Ricardo D. Sal-

Este anhelo internacional fue motivo de orgullo aún antes de la filmación. Como comentaban los medios de la industria cinematográfica, “cabe mencionar la clarividencia de nuestros estudios, produciendo películas con expectativas tanto acá como en el resto del mundo”.⁹ Parecía una expectativa realista: un cable de la embajada norteamericana en Buenos Aires advertía en 1950 que “si la película es un éxito financiero, estimulará a Sono Film y otros productores argentinos a hacer películas en inglés diseñadas fundamentalmente para consumo extranjero”.¹⁰ Y aun más cerca del lanzamiento, después de acceder a una función previa de la película, un diplomático advierte que *Sangre Negra* “es probablemente el intento más exitoso de la Argentina de producir una película con una temática y una técnica digna de Hollywood”.¹¹

Durante los seis meses de filmación en la Argentina, Chenal reprodujo con notable realismo en los estudios de la zona norte del Gran Buenos Aires la vida doméstica en los barrios pobres de Chicago. Antes de eso, el equipo de filmación había estado en los Estados Unidos para filmar algunas tomas en la ciudad verdadera. El contraste entre Buenos Aires y la ciudad natal de Wright no podía ser mayor, preanunciando las ideas básicas del orgullo peronista con el que se describiría todo el desarrollo de la película. Wright intenta reservar varios cuartos para el equipo en el Palmer House, uno de los hoteles más refinados de la ciudad, y le avisan que no hay cuartos para ellos, pese a que un empleado (negro) del hotel le informa que más de la mitad del hotel está vacío. Un

policía blanco le habla a Wright sobre *Native Son* como “el libro maldito” y le dice: “Te podría romper en dos si quisiera”. La ciudad no había perdido sus tensiones raciales. Camino a Buenos Aires, describe a Chicago en un artículo para la revista *Ebony* como una ciudad en estado de “suciedad y desorden crónico”, donde “los frentes desolados de los caseríos de las villas” se extienden “infinitamente a lo largo del *South Side*”, en contraste con los boulevards arbolados de su nuevo hogar parisino.¹² Ofuscado por cómo el racismo organizaba las relaciones sociales en los Estados Unidos, Wright convertía al resto en un lienzo blanco en donde re-imaginar el mundo a su antojo. París, por ejemplo, es una ciudad sin racismo (una visión que cambiaría a medida que Wright se involucra con los movimientos independentistas africanos). Desde México, escribe para un diario de Chicago una mirada entre superflua y delirante sobre aquel país, “un lugar del que tenemos tanto para aprender y donde nadie presta atención al color de tu piel”.¹³

Un análisis detallado de la película en sí excede el propósito (y el espacio) de esta reflexión. *Sangre Negra*, en su versión completa de 112 minutos estrenada en la Argentina, es un experimento extraño. Wright, exitoso y refinado a sus 40 años, no termina de expresar la condición marginal de Bigger Thomas, cuya edad es la mitad. El efecto es el de una pérdida de verosimilitud. Los diálogos no siempre fluyen, y la narración no tiene la dinámica del libro, pero Chenal es excelente a la hora de construir una tensión narrativa que reemplaza en la pantalla los extensos alegatos durante los juicios que son un punto fuerte del libro. Pero si la película falla en algo es en lo mismo que hizo de *Native Son* un libro tan

necke Rare Book and Manuscript Library”, Yale University, Caja 67.

⁹ “Sangre Negra”, *Heraldo del Cinematografista*, Buenos Aires, febrero de 1950.

¹⁰ 8 de mayo de 1950, Entertainment Motion Pictures, 1950. T. R. Martin Attaché to State Department. 835-452/5-850 NARA.

¹¹ 6 de junio de 1951. To State Department: “Release of Sangre Negra”, 835.452/6-651 NARA.

¹² Richard Wright, “The Shame of Chicago”, *Ebony*, n° 7, diciembre de 1951, pp. 24-32.

¹³ Richard Wright, “On Culture and Democracy”, *The Chicago Defender*, Chicago, 16 de agosto de 1944.

poderoso como efímero: su tiempo histórico. Para 1951, el tipo de realismo social que Wright había ayudado a construir, empezaba a dar lugar a formas menos brutales. La película, como el libro para una nueva generación de escritores negros que se distanciaban de su crudeza, sufría de algún anacronismo.¹⁴

Pero su lugar en la cultura de masas es independiente de esa calidad.¹⁵ El nacionalismo es, sobre todo, un proyecto transnacional, una construcción histórica que emerge de situar a la nación en comparación con otras a fin de reafirmar lo que es singular y superior en aquella. La noción de raza en la Argentina es una esfera más en la que se elabora esa idea. El peronismo abrazó una retórica que estableció continuidades y rupturas con el pasado nacionalista y con sus nociones de raza. Perón reivindicaba a los trabajadores, percibidos como la parte oscura de un país blanco, como los protagonistas de la “Nueva Argentina”. Al mismo tiempo, si el peronismo era tributario de una cultura popular cuyas raíces negras se expresaban en la simbología básica de la nueva identidad política de la clase obrera, empezando por el mismísimo bombo, este bagaje no era necesariamente reconocido.¹⁶ En sentidos fundamentales, el peronismo repetía la vieja creencia del nacionalismo argentino que concebía al país como más blanco y, por eso mismo, superior al resto de la región.¹⁷

¹⁴ El realismo social más crudo de *Native Son* lo pone a Wright en los bordes de la cultura Negra que florece alrededor del *Harlem Renaissance*.

¹⁵ Pudaloff describe a Bigger Thomas como un ser cuya forma de pensar, actuar y juzgar parecen moldeados por su exposición, sobre todo, a la prensa de masas y el cine. Ross Pudaloff, “Bigger Thomas is a Product of Mass Culture”, en Hayley R. Mitchell, *Readings on Native Son*, San Diego, The Greenhaven Press, 2000, pp. 98-106.

¹⁶ Ezequiel Adamovsky, “El bombo peronista”, en Ezequiel Adamovsky y Esteban Buch, *La Marchita, el Escudo y el Bombo. Una historia cultural de los emblemas del peronismo, de Perón a Cristina Kirchner*, Buenos Aires, Planeta, 2016, pp. 235-367.

¹⁷ Véase Ernesto Semán, *Ambassadors of the Working Class. Argentina's International Labor Activists and*

Ambas ideas convergían en un discurso que ligaba a la “raza argentina” con un destino latinoamericano en clara confrontación con los Estados Unidos. Era una descripción de Estados Unidos *en contraste* con la Argentina. En ese contexto, las reseñas de la película en Buenos Aires destacaban “el tratamiento inhumano que los negros sufren en lugares en los que aún hay prejuicios raciales contra ellos”, como algo totalmente ajeno a la experiencia argentina.¹⁸

Al mismo tiempo, el aparato de censura del Estado argentino tuvo con *Sangre Negra* una particular benevolencia. Quizás con la atención más puesta en la proyección internacional del film, la censura no objetó ninguna de las escenas o diálogos, incluyendo aquellas que contenían insultos y agravios, encuentros sexuales y otros elementos que habían demorado a otras producciones nacionales.¹⁹ Tampoco cuestionó la violencia pública y privada que impregna la historia. El abogado de Bigger Thomas ya no era comunista sino un abogado laboralista, pero esto se debió más que nada a la evolución del propio Wright, quien para 1949 había dejado el comunismo y se encaminaba a una furiosa crítica al partido en los Estados Unidos. En síntesis, la película de 112 minutos estrenada en la Argentina es la versión que Wright y Chenal querían.

Con la película convertida en un terreno de batalla internacional, funcionarios, diplomáticos y empresarios norteamericanos desplega-

Cold War Democracy in the Americas, Durham/Londres, Duke University Press, 2017, particularmente cap. 5.

¹⁸ “Sangre Fría”, *Heraldo del Cinematógrafo*, vol XXI, Año 20, Buenos Aires, 3 de abril de 1951. Sobre esto véase Natalia Milanésio, “Peronist and Cabecitas: Stereotypes and Anxieties at the Peak of Social Change”, en Matthew B. Karush y Oscar Chamosa (eds.), *The New Cultural History of Peronism: Power and Identity in Mid-Twentieth Century Argentina*, Durham/Londres, Duke University Press, 2010, pp. 53-84.

¹⁹ Sobre la censura, véase Clara Kriger, *Cine y Peronismo. El Estado en escena*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009, pp. 51-55.

ron esfuerzos formidables, aislados pero concurrentes, para limitar el impacto de *Sangre Negra*. Tras reunirse con Wright, un diplomático concluyó que el escritor contaba con que la película se viera en las ciudades industriales de los Estados Unidos, mientras que “Argentina Sono Film espera poder colocar el film en los mercados europeos”. El cable reconocía que “su charla tiene un comprensible tono de amargura” pero que “ni el señor Wright ni su proyecto actual tienen ningún propósito consciente de dañar el buen nombre o la reputación de los Estados Unidos”.²⁰

En caso de que sí lo fuera, los funcionarios norteamericanos siguieron de cerca la producción. Un cable enviado durante la filmación anticipaba: “la película tendrá dos versiones, una para los Estados Unidos y otra para otros países. Para la primera, se cortará al menos una escena, posiblemente ofensiva para sectores del público norteamericano”.²¹ La película fue estrenada en la Argentina en mayo de 1951, rompiendo los récords de ventas durante su primera semana en cartel. Una vez más, otro diplomático reportaba a Washington que “la escena en la que Wright besa a Jean Wallace será reservada para la audiencia europea” y finalizaba: “En Estados Unidos, algún insulto ocasional y alguna referencia lasciva probablemente tengan que ser eliminadas”.²²

Fue peor. Los censores eliminaron esas escenas y muchas más. El Código de Producción de Películas de los Estados Unidos prohibía explícitamente escenas de *miscegenation* o mestizaje, incluidas las relaciones sexuales entre gente descripta como de razas blanca y

negra.²³ Así desaparecían las escenas de Bigger Thomas con su víctima Mary. Casi todas las escenas de violencia fueron eliminadas, incluyendo el enfrentamiento de Thomas con una rata, una escena dramática del comienzo del libro. Se eliminaron partes del discurso del abogado y de los juegos de seducción de Mary hacia Bigger Thomas. Como resultado, los 112 minutos originales se convirtieron en un pastiche de 89 minutos, sin tensión narrativa y plagado de incongruencias.²⁴ Pero esa ni siquiera fue la película que llegó a la audiencia. Distintos estados, desde Ohio hasta Luisiana, interpusieron demandas judiciales exigiendo aun más cortes hasta hacer la narrativa irreconocible. Enterado de las decisiones de los censores norteamericanos, Chenal le escribió a Wright: “Cortaron MAS DE OCHOCIENTOS METROS DE CINTA. Flor de trabajo”.²⁵

Censurada y mutilada, *Sangre Negra* se estrenó en los Estados Unidos mucho más tarde que lo previsto y con el boicot explícito de las compañías distribuidoras. Las reseñas, en su mayoría, condenaron a la película como un fracaso. En su versión desfigurada, *Sangre Negra* también fue un fracaso en audiencia. Para la Argentina fue una evidencia de cuán dura sería la batalla si quería ingresar al mercado de la cultura de masas estadounidense. Y ofrecía una perspectiva realista de las fuerzas relativas vis-a-vis los Estados Unidos. Puesto de otro modo: los dos millones de pesos que había costado *Sangre Negra* la convertían en la película más cara de la historia argentina, pero esa cifra era apenas una fracción de lo que costaba cualquier film en Hollywood.

²⁰ 27 de octubre de 1949, to State Department, “Interview with author Richard Wright in Buenos Aires”, 811-401/10-2749 NARA.

²¹ 8 de mayo de 1950, Entertainment Motion Pictures, 1950. T.R. Martin, Attaché to State Department. 835-452/5-850 NARA.

²² 6 de junio de 1951. To State Department: “Release of Sangre Negra”, 835.452/6-651 NARA.

²³ Thy Phu, “Bigger at the Movies: Sangre Negra and the Cinematic Projection of Native Son”, *Black Camera*, vol 2, n° 1, verano de 2010, p. 43.

²⁴ Thy Phu, “Bigger at the Movies”, pp. 46-48.

²⁵ Chenal a Wright, 3 de julio de 1951. Richard Wright Papers The Beinecke Rare Book and Manuscript Library, Yale University, Caja 46, Carpeta 1257.

Quizá, la saga misma de *Sangre Negra* ayuda a imaginar una cronología reveladora. Los imaginarios hemisféricos, tecnologías de opresión y desigualdades que rodearon a la película mucho antes de la guerra fría, también la sobrevivieron largamente. Durante décadas, los espectadores norteamericanos vieron distintas versiones censuradas de *Sangre Negra*. El arribo de la primera copia completa, tal como se vio en la Argentina en 1951, desafía todas las cronologías. No llegó tras la caída del muro de Berlín o ningún otro ícono que indique el fin de la guerra fría, sino de la mano del presidente Barack Obama, luego de recibirla en Buenos Aires recién en marzo de 2016, más de setenta años después de que Wright denunciara en su libro que el país tenía un camino muy largo por delante si aspiraba a convertirse en una sociedad más igualitaria. □

Nota: Una versión preliminar de este artículo fue discutida el 7 de marzo de 2019 en el “Media, Communication and Politics Research Seminar Series” del Departamento de Comunicación y Media de la Universidad de Liverpool bajo el título “Please, not ‘another Negro film’: Racism and nation in the Americas’ cultural cold war”. El autor agradece a la profesora Jordana Blejmar por las ideas y comentarios del seminario que enriquecieron este trabajo.

Bibliografía

- Bakish, David, *Richard Wright*, Nueva York, Frederick Ungar Publishing, 1973.
- Adamovsky, Ezequiel y Esteban Buch, *La Marchita, el Escudo y el Bombo. Una historia cultural de los emblemas del peronismo, de Perón a Cristina Kirchner*, Buenos Aires, Planeta, 2016.
- Calzón Flores, Florencia, “Exhibición de películas en los años peronistas: Prácticas y regulación Estatal”, artículo presentado en las I Jornadas de Trabajo de la Universidad Nacional Arturo Jauretche, Red de Estudios sobre Peronismo, 22 de agosto de 2018, manuscrito.
- Fein, Seth, “Everyday Forms of Transnational Collaboration: US Film Propaganda in Cold War México”, Gilbert M. Joseph, Catherine C. Legrand y Ricardo D. Salvatore (eds.), *Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of US-Latin American Relations*, Durham/Londres, Duke University Press, 1998.
- Gates, Jr, Henry Louis y K. A. Appiah (eds.), *Critical Perspectives, Past and Present*, Nueva York, Amistad, 1998.
- Grandin, Greg, “Off the Beach: The United States, Latin America, and the Cold War”, en Jean-Christophe Agnew y Roig Rosenzweig, *A Companion to Post-1945 America*, Hoboken, Wiley-Blackwell, 2006.
- Hiatt, W., “Slapstick Diplomacy: Charlie Chaplin’s The Great Dictator and Latin American Theatres of War”. *Journal of Latin American Studies*, 50(4), 2018, pp. 777-803.
- Hitchinson, George, *Facing the Abyss: American Literature and Culture in the 1940s*, Nueva York, Columbia University Press, 2018.
- Kinnamn, Kenneth (ed.), *Critical Essays on Richard Wright’s Native Son*, Woodbridge, Twayne Publishers, 1997.
- Krebs, Edgardo C., *Sangre Negra. Breve historia de una película perdida*, Buenos Aires, INCAA, FIAPF, 2015.
- Kruger, Clara, *Cine y Peronismo. El Estado en escena*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.
- Milanesio, Natalia, “Peronist and Cabecitas: Stereotypes and Anxieties at the Peak of Social Change”, en Matthew B. Karush y Oscar Chamosa (eds.), *The New Cultural History of Peronism: Power and Identity in Mid-Twentieth Century Argentina*, Durham/Londres, Duke University Press, 2010, pp. 53-84.
- Phu, Thy, “Bigger at the Movies: Sangre Negra and the Cinematic Projection of Native Son”, *Black Camera* 2, n° 1, 2010, pp. 36-57.
- Rampersad, Arnold, “Introduction”, en Richard Wright, *Native Son. The restored text established by the Library of America*, Nueva York, Harper Perennial, 1993.
- Rowley, Hazel, *Richard Wright: The Life and Times*, Chicago, University of Chicago Press, 2008.
- Semán, Ernesto, *Ambassadors of the Working Class. Argentina’s International Labor Activists and Cold War Democracy in the Americas*, Durham/Londres, Duke University Press, 2017.
- Wright, Richard, *Native Son. The restored text established by the Library of America*, Nueva York, Harper Perennial, 1993.
- , “How ‘Bigger’ Was Born”, en Richard Wright, *Native Son. The restored text established by the Library of America*, Nueva York, Harper Perennial, 1993.

*Artistas comunistas latinoamericanos: nacionalismo y star system soviético**

Marcelo Ridenti

Universidade Estadual de Campinas, Campinas

La participación de artistas en los partidos comunistas, así como el impacto de la cultura comunista en la sociedad más amplia, tuvieron relevancia en toda América Latina al menos desde la década de 1930 hasta los años 1970. Hay varios factores que inciden en la explicación de ese fenómeno. Uno de ellos, tal vez aún poco explorado, es la dimensión cultural del análisis económico y social realizado por los comunistas en aquella época. El análisis se centraba en la necesidad de desarrollo de las fuerzas productivas, siguiendo el camino de la revolución nacional y democrática en contra del imperialismo, a fin de superar las relaciones precapitalistas que aún sobrevivían con fuerza en los países de la región. Se apoyaba el crecimiento de industrias nacionales, lo que valía también para el área de la cultura, donde se alentaba una producción nacional capaz de llegar al conjunto del pueblo. Esto no era incompatible con el desarrollo de una cultura nacional de masas, sino que contribuyó para constituir y consolidar la industria cultural en diversos países, en la que los artistas comunistas buscaban destacarse, además de integrarse al sistema soviético de difusión cultural en amplia escala, dando origen a un *star system* alternativo al que irradiaban los Estados Unidos, sobre todo durante la guerra fría.

Como es sabido, desde el Congreso de 1928 de la Internacional Comunista se afirmó en los partidos comunistas latinoamericanos la interpretación de que sus sociedades se hallaban en la etapa democrático-burguesa de la revolución, dado que eran dependientes y que había en ellas resquicios feudales significativos en el campo, como en las llamadas sociedades coloniales y semicoloniales.¹ No se darían aún las condiciones objetivas para llevar adelante una revolución socialista. Las luchas de clases y la contradicción entre capital y trabajo quedaban en un segundo plano, frente a la tarea prioritaria de unir a las fuerzas progresistas para el desarrollo nacional, que se veía obstaculizado por los intereses asociados del imperialismo y de los grandes propietarios rurales. Por consiguiente, obreros, campesinos, estudiantes y sectores pequeñoburgueses debían aliarse con la burguesía nacional para construir pueblos y naciones independientes, libres y capaces de desarrollar sus fuerzas productivas. Solo en una segunda etapa existiría la posibilidad de llevar adelante una revolución netamente socialista. Por lo tanto, en los países latinoamericanos ella tendría un carácter antiimperialista y antifeudal, nacio-

* Traducido por Ada Solari.

¹ Caio Prado Jr., *A revolução brasileira* [2ª ed.], San Paulo, Brasiliense, 1966.

nal y democrático, y podría alcanzarse pacíficamente o, si fuese necesario, por medio de las armas. Los artistas y los intelectuales ligados al Partido deberían tener un papel relevante en la concientización y la organización popular, además de ocupar espacios en sus campos profesionales y en la producción cultural, en favor del desarrollo nacional.

No se trata de discutir aquí la pertinencia de esa interpretación sobre el carácter de la revolución, sino de constatar que tuvo repercusiones relevantes en el mundo de la cultura. Por ejemplo, más allá de las intenciones revolucionarias, la acción cultural de los comunistas sería fundamental para la consolidación de un campo intelectual y de una industria cultural, en particular en el Brasil.² Todo ello se dio en condiciones institucionales adversas, en el contexto de la guerra fría; y en casos como el brasileño, la norma fue que el Partido Comunista tuviera que actuar en la clandestinidad, ya que en pocos momentos pudo hacerlo legalmente.

Había razones específicas de los medios intelectuales y artísticos para simpatizar con el Partido Comunista o incluso militar en él. En principio, porque gracias a la inserción partidaria el trabajo intelectual, de por sí solitario, tendría importancia social, así como un sentido colectivo y de solidaridad, que se expresaba en la búsqueda común de un objetivo. Asimismo, la organización podría ayudar a dar legitimidad a ciertos grupos e individuos que encontraban, en las redes de sociabilidad comunistas y en su prensa, la posibilidad de publicar y difundir obras (artículos, libros, pinturas, films, obras de teatro), que eran comentadas por críticos del medio y que llegaban a un determinado público cautivo, consolidado en el ámbito de influencia del Partido, y que se pretendía incluso ampliar mediante la

intervención en programas de radio y televisión. En especial, los artistas y los intelectuales que no pertenecían a los círculos establecidos y consagrados encontraban la oportunidad de proyectarse a través de las redes partidarias. Los comunistas tenían acceso a contactos nacionales e internacionales de amplio alcance: periódicos, revistas, cursos, viajes, premios, festivales. Eran redes no solo de difusión, sino también de protección y solidaridad entre los camaradas en cada país y en el exterior, dado que en situaciones extremas los comunistas corrían riesgo de persecución, cárcel e incluso muerte. No pocas veces se vieron forzados a exiliarse, y en tales casos eran recibidos por los compañeros solidarios.

Así, la interpretación de la militancia comunista de artistas e intelectuales implica comprender tanto las utopías colectivas como las luchas por prestigio, poder, distinción y consagración en los medios culturales, lo que no significa que se deje de considerar las desventajas y los riesgos presentes en esa opción política, en particular en sociedades autoritarias. Esto incluye tanto el padecimiento del preconceito social generalizado en contra del comunismo, como la relativa pérdida de autonomía como consecuencia de la disciplina y la obediencia determinadas por la militancia, en especial en el caso de artistas e intelectuales aún no consagrados, si bien se abría un espacio de relativa autonomía creativa para los ya conocidos y aclamados, algunos de los cuales eran críticos de la línea oficial del realismo socialista.

Había un juego complejo de reciprocidades que, por un lado, tornaba factible la proyección local e internacional de los beneficiarios del auspicio comunista, pero por otro reforzaba la legitimidad política y simbólica de la propia entidad partidaria, en un contexto político institucional desfavorable para los izquierdistas en América Latina, sobre todo en la década de 1950.

No se puede resumir el vínculo de artistas e intelectuales con el movimiento comunista

² Marcelo Ridenti, “Artistas e intelectuais comunistas no auge da Guerra Fria”, en M. Ridenti, *Brasilidade revolucionária*, San Pablo, Unesp, 2010, pp. 57-83.

en ecuaciones simples, como, por ejemplo, la manipulación de inocentes útiles por parte del Partido. Había una relación compleja –material y simbólica, subjetiva y objetiva– entre todos los implicados. Por ejemplo, si los partidos comunistas buscaban legitimarse atrayendo intelectuales y artistas que poco o nada influían sobre su accionar político, imponiéndoles tareas y una disciplina dura, al mismo tiempo estos se valían de la capacidad organizacional y del prestigio del Partido para afirmarse en sus respectivos campos culturales, muchos de los cuales se hallaban en proceso de constitución en sociedades aún poco desarrolladas. A ello hay que sumar la búsqueda por comunicarse con “las masas” populares, lo que implicaba salir de los círculos eruditos e involucrarse –conscientemente o no– en la industria cultural. En los términos de Jorge Amado, era necesario “plantear el contenido en una forma simple y pura, más cercana y accesible para la gran masa, ávida de cultura”.³ Se advierte que el término “masa” tiene aquí un sentido complementario al de vanguardia, el conjunto del pueblo que desea cultura y que debe ser asistido didácticamente por los intelectuales del Partido.

La posición de los comunistas, al hacer hincapié en la necesidad del desarrollo nacional de las fuerzas productivas en los países de América Latina, llevaba a la necesidad de organizar el mundo de las artes y de la cultura con un sentido nacional y profesional, que no impugnaba el carácter mercantil de la producción cultural, ya que se consideraba dicho mundo como parte del desarrollo de cada nación. No había una impugnación radical del campo intelectual, ni tampoco de la industria cultural que se iba configurando. Los comunistas pretendían integrarse a ese medio, para

allí ejercer su influencia con el propósito de romper con el subdesarrollo y de popularizar la cultura y las artes, expresando la vida de personas simples del pueblo, que deberían tener acceso a esa producción y colaborar con ella, siempre valorizando las supuestas raíces nacionales y populares, en contraposición al imperialismo cultural de los Estados Unidos.

En la práctica, había una fuerte proximidad entre el ideario comunista y el nacionalista. La cuestión inmediata para los comunistas era defender y propagar el crecimiento de la cultura de cada país, intervenir para desarrollar una música, un cine, un teatro, una literatura, una pintura, en fin, artes nacionales independientes del imperialismo. Esto valía también para la radio y la televisión, que tendrían la ventaja de poder ampliar el acceso popular a la cultura. Aún no estaba muy difundida la concepción crítica de la sociedad de masas, crítica que comenzaría a generalizarse a fines de la década de 1940, aunque solo tendría un espacio intelectual y político mayor en América Latina a partir de los años 1960 y 1970.

Según esa concepción, también de inspiración marxista, sobre todo a partir de los estudios de Adorno y Horkheimer, el ejemplo de los Estados Unidos mostraba que la cultura contemporánea estaba sometida al poder del capital. Se constituía así un sistema que englobaba a la radio, el cine, las revistas y otros medios –como la televisión, que era la novedad de aquel momento–, que tendería a dar a todos los productos culturales un formato semejante, estandarizado, en un mundo en el que todo se transformaba en mercancía descartable, incluso el arte, que de ese modo se descalificaría como tal. Surgiría una cultura de masas, caracterizada como un negocio de producción en serie de mercancías culturales, por lo general de mala calidad. La cultura pasaría al dominio de la racionalidad administrativa, con el fin de ocupar todo el tiempo y los sentidos de los trabajadores de un modo útil para el capital, ya fuese a escala nacional o internacional. En la

³ Jorge Amado, Pedro Pomar, Pablo Neruda, *O Partido Comunista e a liberdade de criação*, Río de Janeiro, Horizonte, 1946, p. 28.

era de la propaganda universal, la industria cultural produciría, dirigiría y disciplinaría las necesidades de los consumidores, convirtiéndose en instrumento de control social en el proceso de uniformización de las conciencias.⁴

Ese tipo de análisis prácticamente no ejerció influencia sobre los comunistas en el auge de la guerra fría. Su interés consistía en ampliar el acceso popular al mundo de la cultura, sumando esfuerzos con los interesados en construir culturas populares y nacionales, en contraposición al imperialismo norteamericano; por ejemplo, un cine brasileño que, en oposición al cine importado de Hollywood, asumiera lenguajes y temáticas nacionales. De modo que el accionar cultural de los partidos comunistas, a partir de fines de los años cuarenta, no ponía de relieve las distinciones entre democratización y masificación de la cultura, esto es, entre el acceso popular cada vez mayor al mundo de la educación y de la cultura y su carácter de masas, que implica la sumisión a la racionalidad de la sociedad productora de mercancías.

Se llega así a una cierta paradoja: no fue el análisis marxista específicamente orientado a la comprensión de la cultura, sino aquel considerado economicista –centrado en el desarrollo de las fuerzas productivas– el que hizo posible la acción relevante de artistas e intelectuales comunistas en la construcción institucional del campo intelectual y de la industria cultural, en las universidades, en la prensa, en el cine, en el teatro, en las artes plásticas. (Para no hablar de la radio y la televisión, no solo en el Brasil y en América Latina.) Asimismo, los acuerdos y los intereses geopolíticos de las grandes potencias durante la guerra fría impedían pensar en algún tipo de ruptura revolucionaria socialista en Europa Occidental, lo que llevaba a los partidos comunistas a

actuar dentro del orden, institucionalizándose, valorando la producción cultural nacional y de alcance popular, que en la práctica se entrelazaba con la cultura de masas.

En Francia, por ejemplo, en la segunda posguerra, el Partido Comunista se abrió a los intelectuales y a los artistas mostrándose como guardián de la herencia moral e intelectual francesa, frente al imperialismo cultural norteamericano.⁵ Y ello se ajustaba bien con la propuesta soviética de convivencia pacífica con el capitalismo en Occidente, en general, y en América Latina, en particular. En el contexto de la guerra fría, en el ámbito internacional, los soviéticos intentaron organizar a sus aliados en los medios intelectuales y artísticos en torno de la cuestión de la paz, que tenía un enorme poder de convocatoria tras las dos guerras mundiales.

En agosto de 1948, se llevó a cabo en Polonia el Congreso de Intelectuales por la Paz Mundial, que resultó conocido como el Congreso de Wroclaw y contó con participantes de todo el mundo. Fue la base para organizar el I Congreso Mundial de la Paz, en la sala Pleyel en París, en abril de 1949. Los congresos tuvieron gran importancia, sobre todo para la política exterior de Stalin, que estaba temeroso del avance nuclear norteamericano. En el II Congreso, en Varsovia, se creó el Consejo Mundial de la Paz. Con sede en Praga, el Consejo pasó a ser la principal institución que reunía intelectuales, personalidades comunistas y simpatizantes, los llamados compañeros de ruta, y contó con una significativa presencia de latinoamericanos. En marzo de 1950 fue lanzado el Llamamiento de Estocolmo contra el uso de armas atómicas, que fue rubricado por millones de personas en el mundo entero, no solo comunistas, sino también por individuos pertenecientes,

⁴ Theodor Adorno y Max Horkheimer, “A indústria cultural”, en T. Adorno y M. Horkheimer, *Dialética do esclarecimento* [1947], Río de Janeiro, Jorge Zahar, 1985, pp. 113-156.

⁵ Dominique Berthet, *Le P.C.F., la Culture et L'Art (1947-1954)*, París, La Table Ronde, 1990.

por ejemplo, a diversos credos religiosos.⁶ De 1950 a 1956, se realizaron en el ámbito mundial varias campañas del Consejo de la Paz, que obtuvo una gran notoriedad popular gracias a las palomas especialmente diseñadas por Picasso, quien ya era un artista consagrado en los círculos intelectualizados del mundo como creador de obras que nada tenían que ver con el realismo socialista difundido por los soviéticos, lo que da muestra de la complejidad de la relación con ellos.⁷

Fue muy significativa la intervención de artistas e intelectuales comunistas latinoamericanos en los congresos y en el Consejo Mundial de la Paz, que habían llegado allí por intermedio sobre todo del sector cultural del Partido Comunista Francés (PCF), responsable de la articulación del movimiento en Occidente, bajo el liderazgo del poeta Louis Aragon. El acercamiento se vio facilitado por el hecho de que algunos de ellos, que habían huido de la persecución en sus países a comienzos de la guerra fría, se encontraban en París en el momento de la organización de los congresos y de la creación del Consejo. Los casos más sobresalientes fueron los del senador y poeta chileno Pablo Neruda y del diputado y escritor brasileño Jorge Amado. Ambos habían sido desaforados y fueron muy bien recibidos en París por los camaradas del PCF, que, debido a su papel destacado en la resistencia, estaba por entonces en el auge de la popularidad y había obtenido casi un tercio de las bancas en la Asamblea Legislativa en la primera elección tras la Segunda Guerra. El PCF abrió especialmente sus revistas culturales a los latinoamericanos, que tenían un espacio destacado en *Les Lettres Françaises* y *Europe*.⁸

El poeta cubano Nicolás Guillén, el escritor argentino Alfredo Varela, el novelista chileno Volodia Teitelboim, también dirigente comunista, los artistas venezolanos Adelita y Héctor Poleo, el escritor guatemalteco Miguel Ángel Asturias, el poeta paraguayo Elvio Romero y su compatriota, el compositor popular Asunción Flores, el novelista uruguayo Enrique Amorim, entre otros, como el poeta haitiano René Depestre y el pintor brasileño Carlos Scliar, también se contaban entre los artistas latinoamericanos que vivieron en París y se integraron al círculo de Aragon y del movimiento internacional. En el Consejo Mundial de la Paz, participaron como dirigentes Neruda, Amado y Guillén, quienes luego ganarían el Premio Internacional Stalin de la Paz, creado como una especie de Nobel del bloque comunista. Amado lo recibió en 1951, Neruda en 1953 y Guillén en 1954. Los tres estaban muy relacionados con los escritores y dirigentes intelectuales soviéticos Ilya Ehrenburg y Alexandre Fadeiev, este último el sucesor de Andrei Zdanov, quien había formulado la tesis del realismo socialista como política cultural de Estado.⁹

Conclusión

En suma, como parte de la propuesta de los partidos comunistas de desarrollo de las fuerzas productivas de cada nación, muchos artistas comunistas latinoamericanos actuaron para promover las culturas nacionales de sus respectivos países y tuvieron inclusive una fuerte participación en la naciente industria cultural de aquel entonces. Además, se comprometieron en el trabajo de agitación y propaganda en

⁶ Jayme F. Ribeiro, *Combatentes da paz – os comunistas brasileiros e as campanhas pacifistas dos anos 1950*, Río de Janeiro, 7 Letras/Faperj, 2011.

⁷ Gertje R. Utley, *Picasso – The communist years*, New Haven/Londres, Yale University Press, 2000.

⁸ Marcelo Ridenti, “Jorge Amado e seus camaradas na imprensa comunista francesa e no Movimento Internacional pela Paz”, en André Eg *et al.* (comp.), *Arte e po-*

lítica no Brasil: modernidades, San Pablo, Perspectiva, 2014, pp. 41-79.

⁹ Patrick J. Iber, *Neither Peace nor Freedom: The Cultural Cold War in Latin America*, Cambridge, Harvard University Press, 2015.

pro de la paz mundial, promovido por la Unión Soviética, lo que elevaba a algunos de ellos a la condición de verdaderas celebridades, que competían con el *star system* de los Estados Unidos en el ámbito mundial. Se había abierto el camino para la proyección en primer plano especialmente de Neruda y Amado en los medios comunistas internacionales. Eran autores ya reconocidos, cuyos nombres y obras tuvieron una difusión inmensamente mayor gracias a la inserción como dirigentes y participantes activos del Consejo Mundial de la Paz.

Esto permitiría pensar la cultura comunista en los moldes soviéticos como una especie de espejo invertido de la cultura capitalista occidental, sobre todo la norteamericana, capaz de generar sus propias celebridades, sin impugnar a fondo la cultura de masas y la industria cultural, sino más bien buscando a su manera producir, dirigir y disciplinar las necesidades de las personas, haciendo uso de la propaganda como instrumento de control y construcción de conciencias alineadas con los intereses soviéticos. En la década de 1960, al analizar la sociedad del espectáculo, Guy Debord llamaría a esa tendencia como “espectáculo concentrado”, en oposición al espectáculo difuso, disseminado en las sociedades occidentales.¹⁰ Sería, no obstante, demasiado simplificador negar calidad a toda producción cultural de masas, a sus espectáculos, que, a fin de cuentas, activan “las más profundas y fundamentales esperanzas y fantasías de la colectividad, a las que debemos reconocer que les dieron voz, aun cuando haya sido de forma distorsionada”.¹¹

Ahora bien, esto escapa ya de la temporalidad de los años más duros de la guerra fría. En América Latina, los embates tendrían desarrollos originales tras la Revolución Cubana de 1959, que puso en juego nuevas cuestiones en el tablero geopolítico internacional, atrayendo corazones y mentes de artistas e intelectuales, pero este sería tema para un nuevo artículo. □

Bibliografía

Adorno, Theodor y Horkheimer, Max, “A indústria cultural”, en T. Adorno y M. Horkheimer, *Dialética do esclarecimento* [1947], Río de Janeiro, Jorge Zahar, 1985, pp. 113-156.

Amado, Jorge, Pomar, Pedro, Neruda, Pablo, *O Partido Comunista e a liberdade de criação*, Río de Janeiro, Horizonte, 1946.

Berthet, Dominique, *Le P.C.F., la Culture et L'Art (1947-1954)*, París, La Table Ronde, 1990.

Debord, Guy, *La société du spectacle*, París, Buchet/Chastel, 1967.

Iber, Patrick Justus, *Neither Peace nor Freedom, The Cultural Cold War in Latin America*, Cambridge, Harvard University Press, 2015.

Jameson, F., “Reificação e utopia na cultura de massa”, *Crítica Marxista*, San Pablo, vol.1, nº1, 1994, pp. 1-25.

Prado Júnior, Caio, *A revolução brasileira* [2ª ed.], San Pablo, Brasiliense, 1966.

Ribeiro, Jayme Fernandes, *Combatentes da paz – os comunistas brasileiros e as campanhas pacifistas dos anos 1950*, Río de Janeiro, 7 Letras/Faperj, 2011.

Ridenti, Marcelo, “Artistas e intelectuais comunistas no auge da Guerra Fria”, en M. Ridenti, *Brasilidade revolucionária – um século de cultura e política*, San Pablo, Unesp, 2010, pp. 57-83.

—, “Jorge Amado e seus camaradas na imprensa comunista francesa e no Movimento Internacional pela Paz”, en Egg, André *et al.* (comp.), *Arte e política no Brasil: modernidades*, San Pablo, Perspectiva, 2014, pp. 41-79.

Utley, Gertje R., *Picasso – The communist years*, New Haven/Londres, Yale University Press, 2000.

¹⁰ Guy Debord, *La société du spectacle*, París, Buchet/Chastel, 1967.

¹¹ Fredric Jameson, “Reificação e utopia na cultura de massa”, *Crítica Marxista*, San Pablo, vol.1, nº 1, 1994, pp. 1-25.

Al compás del deshielo: cultura y política entre Buenos Aires y Moscú

Valeria Manzano

Universidad Nacional de San Martín / CONICET

A mediados de 1985 la prensa mundial se hacía eco de las transformaciones que se sucedían en la Unión Soviética. El nombre de Mijail Gorbachov comenzaba a repetirse, asociándose a un “cambio de estilo” o al término “deshielo”. En ese contexto tuvo lugar el XII Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes que, por primera vez desde 1957, volvía a realizarse en Moscú. Antes que obedecer a los cambios en la coyuntura inmediata, la decisión de organizar el XII Festival en la capital mundial del comunismo se relacionaba con lo significativo de ese año, designado por la Organización de Naciones Unidas como el Año Internacional de la Juventud. Así, entre el 27 de julio y el 6 de agosto de 1985, veinte mil delegados de todo el mundo se reunieron en Moscú, incluyendo a 160 personas que viajaron desde la Argentina. Además de dirigentes y activistas de las juventudes políticas, del movimiento estudiantil y sindical, de las organizaciones de derechos humanos y de veteranos de la Guerra de Malvinas, la delegación argentina estuvo compuesta por un conjunto de artistas. Como lo remarcaba irónicamente una periodista de rock, los artistas invitados eran “el cuasi impúber Horacio Guarany, el imberbe Lito Nebbia, los infantes León Gieco y Antonio Tarragoso

Ros, y Juan Carlos Baglietto”.¹ Se trataba de artistas muy reconocidos en la Argentina de la primera mitad de la década de 1980. Guarany, por ejemplo, estaba muy ligado al Partido Comunista Argentino (PCA) y tenía una larga trayectoria en el movimiento folklórico, especialmente en sus declinaciones “de protesta”, mientras que Nebbia era tildado como uno de los “padres fundadores” de la cultura del rock local. Tarragó Ros, Gieco y Baglietto, mientras tanto, estaban en el centro de un espacio sónico de convergencia entre la música rock y la de “proyección folklórica”, espacio que era a la vez cultural y político y que perfilaba, en la primera mitad de la década de 1980, uno de los canales por los cuales se procesaban las tensiones entre los lenguajes de la revolución y de la democracia.² Se trataba de un espacio sónico muy ligado a las sensibilidades de aquel espacio de encuentro y cultural que fue el Movimiento de las Juventudes Políticas (MOJUPO), en general, y del (PCA), en particu-

¹ Gloria Guerrero, “Rock in Rusia”, Humor, n° 156, agosto de 1985, p. 26.

² He desarrollado en extenso las características de ese “espacio sónico de convergencia” en Valeria Manzano, “El psicobolche: juventud, cultura y política en la Argentina de la década de 1980”, *Izquierdas*, n° 42, marzo de 2018, pp. 250-275.

lar. El XII Festival fue una vidriera para la promoción de esos músicos que, en algunos casos, pronto retornaron a la Unión Soviética. Sin embargo, a esa corriente de circulación imbricada con, y patrocinada por, los recursos simbólicos, políticos y económicos del PCA se le sumaba otra, también de larga data (y vinculada de manera más oblicua con el PCA), que entroncaba con la cultura de masas y del entretenimiento en su vertiente comercial. Desde esa segunda vertiente se organizó uno de los episodios más exitosos de las relaciones culturales entre la Unión Soviética y la Argentina: una gira que en 1988 llevaron adelante el grupo de “hard rock” La Torre y el músico y actor Manuel Wirtz. A lo largo de la década de 1980, La Torre se convirtió en uno de los grupos de rock más taquilleros de la Argentina, y uno de los primeros en el país en tener a una mujer, Patricia Sosa, como cantante. Controvertido para muchos fans y periodistas, quienes lo consideraban como una mera emulación de grupos norteamericanos o europeos (como Scorpions o Whitesnake), a lo largo de la década fueron ganando seguidores que provenían de los sectores populares urbanos, como lo indicaba la prensa especializada. Mucho menos conocido, Manuel Wirtz gustaba presentarse antes bien como un “artista de variedades” y había incursionado en el teatro y en el circo—su fama local era como mimo— y solo comenzaba a ingresar al mundo de la música.³ Ni Manuel Wirtz ni La Torre tenían vinculación con aquel espacio sónico de convergencia, antes bien lo contrario. Pero fueron ellos quienes acompañaron en un tour de 26 conciertos al por entonces ícono del rock ruso, Vladimir Kuzmin, cantante y guitarrista del grupo Dinamik.

³ Sobre las apreciaciones en torno a La Torre, véase Gloria Guerrero, “Seguimos esperando”, *Humor*, n° 150, mayo de 1985, p. 98; sobre Wirtz, véase Nora Fisch, “Un actor que canta”, *Pelo*, n° 320, julio de 1988.

Este trabajo, que se encuentra en una fase aún exploratoria, se propone iniciar una línea de indagación que colabore a la historia de la guerra fría cultural en dos sentidos. En primer lugar, me interesa focalizar en las relaciones culturales entre América Latina en general, y la Argentina en particular, y el bloque soviético, un tipo de intercambio opacado por una historiografía que ha privilegiado las relaciones con los Estados Unidos.⁴ En el marco de esa aún emergente historiografía se ha puesto énfasis en estudiar las relaciones—de mayor o menor alineamiento— entre la Internacional Comunista, la formación de los partidos bolcheviques locales y su transformación en diversas coyunturas del siglo xx,⁵ y las relaciones diplomáticas y la intervención soviética en momentos cruciales, como la crisis de los misiles o el gobierno de la Unidad Popular en Chile.⁶ Las relaciones culturales entre América Latina y el bloque soviético, mientras tanto, han sido abordadas desde la perspectiva del funcionamiento de algunas instituciones culturales, como el Comité Mundial por la Paz o bien desde las redes intelectuales o artísticas que tomaron forma bajo el paraguas de los partidos bolcheviques locales y su par soviético.⁷ Sin menospreciar la importancia crucial

⁴ Para una revisión reciente, Gilbert Joseph, “Border Crossings and the Remaking of Latin American Cold War Studies”, *Cold War History*, abril de 2019.

⁵ Lazar Jeifets y Víctor Jeifets, *América Latina en la Internacional Comunista (1919-1943)*, Santiago de Chile, Ariadna, 2015. Para la Argentina, Hernán Camarero, *Tiempos rojos: el impacto de la Revolución Rusa en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2017. Natalia Casola ha discutido las características del supuesto “alineamiento automático” en una coyuntura crítica en su *El PCA en dictadura (1976-1983)*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2015.

⁶ Daniela Spenser, “La crisis del Caribe: catalizador de la proyección soviética en América Latina”, en Daniela Spenser (ed.), *Espejos de la Guerra Fría: México, América Central y el Caribe*, México, CIESAS, 2004; Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Interamerican Cold War*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2014.

⁷ Patrick Iber, *Neither Peace nor Freedom: The Cultural Cold War in Latin America*, Cambridge [MA], Harvard

de la acción mediadora de los partidos para la construcción de esas relaciones, en este trabajo situaré a otros actores, como las empresas de entretenimientos y espectáculos que fueron determinantes para la creación de redes, contactos y puentes que permitieron la circulación de artistas “cultos” y “populares” entre América Latina y el bloque soviético. En segundo lugar, en este ensayo me concentraré en la década de 1980. Las investigaciones de esta década se han abocado, no sin razón, al estudio de los movimientos revolucionarios y contrarrevolucionarios en América Central,⁸ pero aún poco conocemos de cómo se procesaron y debatieron, en la región, las dinámicas del “deshielo” en el bloque soviético y cómo empalmaron, por ejemplo, con las así llamadas “transiciones democráticas” en el Cono Sur. Mucho menos sabemos sobre cómo en esa década circularon –y, posiblemente, variaron en significados– productos culturales y del entretenimiento, como el caso de los asociados a la cultura del rock.

Mediaciones

La gira del grupo La Torre y de Manuel Wirtz por la ex Unión Soviética fue promovida y organizada por la empresa Difusora Argentina de Espectáculos y Filmes Artísticos (DAEFA), y se trató de uno de los espectáculos de mayor éxito de entre los muchos que la empresa montó en las dos décadas y media en las que

ofició como nexo para las relaciones de intercambio cultural con el Cono Sur de América Latina. DAEFA fue creada en 1965, en Buenos Aires, por tres colegas que tenían diferentes relaciones con la escena artística local y, también, con el PCA. Esos tres colegas eran Guillermo Noriega, músico de jazz y, especialmente, el productor artístico David Cwiglir y el escenógrafo Saulo Benavente, quien tenía una ya larga trayectoria en la escena de los teatros independientes, mayormente en el circuito ligado al teatro judío y vinculado, aún con mediaciones, al PCA. De acuerdo con el testimonio de Nelly Skliar, quien a fines de la década de 1960 se incorporó al directorio de DAEFA –mientras se retiraba Noriega– fue Benavente quien inició, de manera formal, los contactos con el bloque soviético: en un encuentro del Instituto Internacional de Teatro habría encontrado a un par ruso, quien lo recomendó para una entrevista con una alta funcionaria del Ministerio de Cultura y, a partir de ella, con la empresa estatal de organización de entrenamientos Gorz Producciones. A partir de allí comenzó una larga relación que se fue rutinizando: en enero de cada año, directivos de DAEFA iban a Moscú a negociar los intercambios y lo hacían siguiendo sugerencias y experiencias de una empresa similar, radicada en París.⁹

Las negociaciones entre agencias oficiales soviéticas y la empresa argentina fueron delineando un stock de producciones artísticas que circularon entre el Cono Sur de América Latina y el bloque soviético. Ese stock fue, en parte, el resultado de decisiones y acuerdos en torno a qué les interesaba a “los soviéticos” promover como heraldos de sus propias producciones culturales. En 1969, por ejemplo, “los soviéticos” habían decidido promocionar la producción cultural de la república de Kazajistán e insistie-

University Press, 2015, cap. 3; Marcelo Ridenti, “Jorge Amado e seus camaradas na imprensa comunista francesa e no Movimento Internacional pela Paz”, en EGG, André et al. (org.). *Arte e política no Brasil: modernidades*, San Pablo, Perspectiva, 2014, pp. 41-79. Para la Argentina, véase Adriana Petra, *Intelectuales y cultura comunista: itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, Buenos Aires, FCE, 2018.

⁸ Para un balance actual sobre esos estudios, véase Hal Brands, *Latin America's Cold War*, Cambridge [MA], Harvard University Press, 2010.

⁹ Entrevista de la autora con Nelly Skliar, gerente actual de DAEFA, Buenos Aires, 12 de mayo de 2019.

ron en enviar a su ballet folklórico de gira. Sin embargo, ante la perspectiva de que ese ballet iba a redundar en pérdidas económicas, los enviados de DAEFA no fueron meros agentes pasivos sino que demandaron que se incluyera algo más: ese “algo” fue el Circo de Moscú.¹⁰ La producción de las puestas del Circo de Moscú fue la actividad más lucrativa para DAEFA en las décadas de 1970 y 1980: aun con altibajos, cada uno de los 12 años que el Circo de Moscú se montó en el Luna Park dio un promedio de 30 funciones que atrajeron a un público promedio de 250.000 personas (en 1982 llegó a tener 500.000 espectadores).¹¹ No solamente en Buenos Aires sino también en las otras ciudades sudamericanas donde se montó –Montevideo, Río de Janeiro, Santiago de Chile– el Circo de Moscú se instituyó como uno de los espectáculos que permitió que “lo soviético” llegara a un público masivo, familiar, y no necesariamente vinculado al mundo comunista. Junto a ese espectáculo del que derivó buena parte de sus ganancias, DAEFA por un lado aceptaba la inclusión de artistas o ballets de acuerdo a lo requerido por “los soviéticos” y, por el otro, buscaba también llevar a las salas argentinas a compañías teatrales o de danza con las cuales sus directivos tuvieran algún tipo de afinidad estética, o percibieran que el público local pudiera tenerla. Se trataba de un “line-up” emblemático del arte culto, incluyendo las presentaciones de Maya Plisetskaya en 1975 y 1976 y las de Vladimir Vasiliev y Ekaterina Maxinova en 1983 y 1984, todas en el Teatro Colón.¹² Para segmentos importantes de la población del Cono Sur, las y los bailarines, junto al Circo de Moscú y las compañías de gimnastas o las so-

listas destacadas, como la rumana Nadia Comaneci, constituían las representaciones más emblemáticas de “lo soviético”.

En términos del intercambio cultural y de entretenimiento, “los soviéticos” usualmente requerían giras de artistas que representaran, también, un supuesto aire latinoamericano, en general, y argentino en particular, aunque los más exitosos no se ajustaran a esos criterios. En función de los requerimientos de las agencias oficiales soviéticas, DAEFA enviaba ensambles de proyección folklórica tanto como orquestas y compañías de bailarines de tango, muchas creadas específicamente para esas giras compartidas con artistas y músicos locales. Constituyendo el stock estable, casi automático, de los intercambios, no se trató de lo que el heterogéneo público soviético más valoraba de la oferta de DAEFA. En la cima se ubicaba la cantante popular Lolita Torres, quien –de acuerdo al testimonio de Nelly Skliar– era “una ídola de multitudes en la Unión Soviética”, atrayendo a un público amplio en términos etarios y geográficos. Lolita Torres giró por el bloque soviético cuatro veces, y “los músicos rusos se morían por tocar con ella”, recuerda Skliar. Segundos en el escalafón de éxitos de DAEFA estaba la gira de La Torre y Manuel Wirtz. Como comenta Skliar, “nadie [de allá] los pidió... los colamos nosotros”. Como en otras ocasiones, la empresa argentina había iniciado en enero de 1988 su agenda de intercambios posibles: se trataba de un ejercicio de negociaciones que incluían tolerancia y también ciertas presiones de ambas partes. La diferencia sustancial con toda la historia anterior es que “los soviéticos” aceptaban, por primera vez, una banda de rock.

Al compás del deshielo

El XII Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes se instaló en un cruce de temporalidades y expectativas para los heterogéneos

¹⁰ “Gira Ballet Kazajistan – 1969”, Caja 2, Archivo DAEFA. Agradezco a Nelly Skliar el haberme permitido acceder a ese archivo, y a Jonathan Palla por contactarme con ella.

¹¹ “Circo de Moscú – retrospectiva y balance”, Caja 12, Archivo DAEFA, entrevista con Nelly Skliar.

¹² “Listado de presentaciones”, Archivo DAEFA.

grupos que participaron. Aunque en este punto también esta indagación es exploratoria, con las excepciones de unos pocos viajeros anteriores—vinculados a la Federación Juvenil Comunista— los delegados argentinos no tenían experiencia previa en el bloque soviético. Como comentara a un periodista una representante universitaria de Mendoza, las impresiones eran múltiples pero primaba el asombro por “lo gigante que es todo”, por la “sincronización perfecta” de los actos de apertura, “por la cantidad de actividades”, “porque esto es Babel pero terminamos siempre con los que hablan nuestro idioma”—entre quienes se encontraban los más aplaudidos en cada desfile o intervención, los jóvenes nicaragüenses—. ¹³ Aunque es probable que muchos de los delegados tuvieran, al momento, poca familiaridad con los términos del “deshielo”, los más experimentados quizá pudieran ponderar dos elementos novedosos del XII Festival: por un lado, los cuestionamientos a “los soviéticos” por parte de diversas delegaciones juveniles, como la italiana, que ponía el acento en la invasión a Afganistán y, por otro, la vitalidad que asumían los encuentros informales vis-a-vis los pautados. De acuerdo a una crónica, solo Bob Dylan y la dupla de los cubanos Silvio Rodríguez y Pablo Milanés habían logrado cautivar (e, incluso, medianamente) la atención de la audiencia: el resto de las noches, antes que congregarse, deambulaban por hoteles y plazas “decenas de grupos juveniles internacionales y, lo más sorprendente, también locales”. ¹⁴ Aunque al terminar el XII Festival los reportes oficiales celebraban que “Rusia ha ganado nuevos amigos y su juventud ha brillado ante el mundo”, los directivos del Komsomol (la liga juvenil soviética) recibie-

ron reprimendas también por sus “desprolijidades” políticas y culturales. En tal sentido, se trató del último Festival de una saga dominada por intereses propagandísticos e informativos soviéticos. ¹⁵ Sin embargo, esas mismas “desprolijidades” visibilizaban la emergencia de transformaciones políticas y culturales que, desde 1986, tomaron los nombres de *perestroika* y *glasnot*.

Un segmento de los estudiosos que se han enfocado en esos cambios, o en el “colapso” de la Unión Soviética, ha prestado singular atención a los consumos culturales y particularmente al rock. Siguiendo muchas veces el relato de los propios protagonistas, los primeros estudios pintaban un escenario dicotómico: por un lado, las agencias de control y represión (desde las oficinas centrales y locales del Komsomol hasta la KGB) que tomaban la práctica musical y la escucha de rock como indicio de “americanización” y aburguesamiento; por otro lado, músicos, poetas y fans que iban creando sus propios marcos, contraculturales, que fueron coyunturalmente deviniendo una fuerza política disidente. ¹⁶ Cuestionando el binarismo y poniendo en perspectiva histórica los consumos culturales de “la última generación soviética”—como la llama— el antropólogo Alexei Yurchak muestra cómo la convergencia de políticas estatales, discrepancias entre agencias de control e intentos del propio Komsomol de continuar sumando adeptos permitía explicar la emergencia de un rock (y de una escena de discotecas) “made in the USSR”. En su heterogeneidad, sostiene Yurchak, esa cultura del rock no entroncaba en la disidencia sino que, como otras prácticas cul-

¹³ Norberto Colominas, “Moscú: el periodista que volvió del verano”, *El periodista de Buenos Aires*, n° 50, 23 de agosto de 1985, pp. 50-52.

¹⁴ “Dans Moscou”, *Le Nouvele Observateur*, 15 de agosto de 1985, p. 39.

¹⁵ Robert Hornsby, “The Enemy Within? The Komsomol and Foreign Youth inside the Post-Stalin Soviet Union, 1957-1985”, *Past and Present*, n° 232, agosto de 2016, pp. 237-278.

¹⁶ Véase especialmente Thomas Cushman, *Notes from the Underground: Rock Music Counterculture in Russia*, Albany, SUNY Press, 1995.

turales, estaba “en medio de”, e incluso por fuera, de los clivajes propiamente políticos.¹⁷ Siguiendo esa línea, estudios más recientes dan cuenta de las variaciones en tiempo y espacio de las políticas hacia, las representaciones sobre, y la experiencia de la cultura del rock en el bloque soviético, coincidiendo en que se diversificó en términos estéticos y de sonido en la década de 1980. Más allá de esa diversificación –común al Este y al Oeste, en verdad– en términos de la práctica musical, esa cultura del rock estaba atravesada por una línea híper-masculina, adepta al virtuosismo de la práctica instrumental y cercana a las estéticas del “hard rock”.¹⁸ En esa línea se enrolaba Vladimir Kuzmin, cantante y guitarrista de Dinamik, quien había estudiado música desde pequeño, pasado todas las pruebas (estéticas y políticas) que le permitieron integrar un “ensamble vocal instrumental” y, ya en 1981, formar su propia banda de rock con la cual grabó con el sello oficial soviético, Melody. Kuzmin era “un gran músico”, de acuerdo a los comentarios de los integrantes de La Torre al regresar.

La gira de La Torre y Manuel Wirtz junto a Kuzmin y Dinamik fue a la vez expresión y productora de las dinámicas del “deshielo”. En primer lugar, se trató de una gira que contó con la anuencia de las autoridades oficiales rusas, que aceptaron –aunque no pidieron– una banda y un solista que, sin ser “americanos” en el sentido más usual del término, sí eran portadores de un estilo y una práctica musical occidentalizadas y que hasta mediados de la década de 1980 podía ser tolerada, pero nunca promovida, desde las esferas oficiales. Para los argentinos, que como muchos

otros integrantes de la cultura del rock estaban buscando trascender las fronteras nacionales, la posibilidad de abrir las compuertas de ese mundo, de ese mercado, era muy tentadora. En segundo lugar, la tolerancia hacia, y la voluntad de, incorporar artistas internacionales a la escena del rock también constituyó una estrategia de visibilización de las novedades políticas y culturales más allá del bloque soviético. De hecho, la prensa argentina siguió con curiosidad los avatares de La Torre y Wirtz en sus “26 conciertos en un mes”, daba lugar a las quejas “por lo malo de los equipos” y, sobre todo, se interesaba por los elementos extra musicales de la visita. Los artistas devolvían una representación ambivalente de “lo soviético”. Con respecto al público, por ejemplo, consideraban que en Moscú “no había público de rock” sino espectadores que veían su concierto como cualquier otra cosa, pero la escena cambiaba en “Leningrado, donde sí hay movida”. Más generalmente, indicaban lo que les resultaba intolerable (“las colas para cualquier cosa”, la “escasez de algunos alimentos”) pero también lo que les parecía “digno de recalcar”, como la gratuidad de los servicios de salud. O, como escribía Wirtz a su regreso, la bienvenida que aparentemente sus colegas músicos “le están dando a los cambios para mejorar el sistema”.¹⁹

En el momento del “deshielo”, entonces, La Torre y Manuel Wirtz oficiaban, en este caso para los públicos juveniles ligados al rock, como intermediarios culturales. Al hacerlo, reactualizaban una corriente transitada por intelectuales y artistas que “viajaban a la

¹⁷ Alexei Yurchak, *Everything Was Forever, until It Was No More: The Last Soviet Generation*, Princeton [NJ], Princeton University Press, 2005.

¹⁸ William Jay Risch (ed.), *Youth and Rock in the Soviet Bloc: Youth Cultures, Music, and the State in Russia and Eastern Europe*, Londres, Lexington Books, 2015.

¹⁹ Manuel Wirtz, “Diario de bitácora”, *Página 12*, 26 de septiembre de 1988. El resto de las citas entrecomilladas en “A Moscú vía el hard rock”, *Página 12*, 25 de julio de 1988, p. 11; “La Torre soviética”, *Pelo* n° 320, septiembre de 1988; Eduardo Berti, “Al rock le llegó su perestroika”, *Página 12*, 26 de septiembre de 1988, p. 9; “Rock in Rusia”, *Humor* n° 231, noviembre de 1988, p. 102.

revolución”.²⁰ A diferencia de muchos de esos viajeros de izquierda, estos artistas populares –como otros muchos que DAEFA incorporó en sus giras en las décadas de 1970 y 1980– ni siquiera se reconocían como politizados. Sus experiencias de viaje y las impresiones que compartían a su llegada entre públicos más o menos ampliados, sin embargo, fueron también cruciales para cimentar vínculos culturales y representaciones sobre el bloque soviético. De igual manera, los significados de “lo soviético” en el Cono Sur de América Latina debían tanto a los medios de comunicación y a los informes de las izquierdas como a las funciones de ballet, los gimnastas y el Circo de Moscú. Investigar la dimensión cultural de la guerra fría desde esta perspectiva tiene la potencialidad de arrojar nueva luz sobre las relaciones entre política, cultura y entretenimiento que iluminen, también, a actores aún desconocidos de esa trama, incluyendo a empresas comerciales e infinidad de artistas, “cultos” y “populares”. □

Bibliografía

Brands, Hal, *Latin America's Cold War*, Cambridge [MA], Harvard University Press, 2010.

Camarero, Hernán, *Tiempos rojos: el impacto de la Revolución Rusa en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2017.

Casola, Natalia, *El PCA en dictadura (1976-1983)*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2015.

²⁰ Sylvia Saïtta, selección, *Hacia la revolución: viajeros argentinos de izquierda*, Buenos Aires, FCE, 2007.

Cushman, Thomas, *Notes from the Underground: Rock Music Counterculture in Russia*, Albany, SUNY Press, 1995.

Harmer, Tanya, *Allende's Chile and the Interamerican Cold War*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2014.

Hornsby, Robert, “The Enemy Within? The Komsomol and Foreign Youth inside the Post-Stalin Soviet Union, 1957-1985”, *Past and Present*, n° 232, agosto de 2016, pp. 237-278.

Iber, Patrick, *Neither Peace nor Freedom: The Cultural Cold War in Latin America*, Cambridge [MA], Harvard University Press, 2015.

Jeifets, Lazar y Víctor Jeifets, *América Latina en la Internacional Comunista (1919-1943)*, Santiago de Chile, Ariadna, 2015.

Joseph, Gilbert, “Border Crossings and the Remaking of Latin American Cold War Studies”, *Cold War History*, abril de 2019.

Manzano, Valeria, “El psicobolche: juventud, cultura y política en la Argentina de la década de 1980”, *Izquierdas*, n° 42, marzo de 2018, pp. 250-275.

Petra, Adriana, *Intelectuales y cultura comunista: itinerarios, problemas y debates en la Argentina de postguerra*, Buenos Aires, FCE, 2018.

Saïtta, Sylvia, selección, *Hacia la revolución: viajeros argentinos de izquierda*, Buenos Aires, FCE, 2007.

Ridenti, Marcelo, “Jorge Amado e seus camaradas na imprensa comunista francesa e no Movimento Internacional pela Paz”, en EGG, André *et al.* (org.), *Arte e política no Brasil: modernidades*, San Pablo, Perspectiva, 2014, p.41-79.

Risch, William Jay (ed.), *Youth and Rock in the Soviet Bloc: Youth Cultures, Music, and the State in Russia and Eastern Europe*, Londres, Lexington Books, 2015.

Spenser, Daniela, “La crisis del Caribe: catalizador de la proyección soviética en América Latina”, en Daniela Spenser (ed.), *Espejos de la Guerra Fría: México, América Central y el Caribe*, México, CIESAS, 2004.

Yurchak, Alexei, *Everything Was Forever, until It Was No More: The Last Soviet Generation*, Princeton [NJ], Princeton University Press, 2005.

Semánticas de la guerra fría cultural

Las izquierdas democráticas latinoamericanas frente a la “cruzada por la libertad”

Karina Janello

Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas

Aunque forjada en la década de 1920, la noción de totalitarismo se resignifica en la segunda posguerra en Occidente como una de las ideas-fuerza más potentes del siglo xx. En la retórica política de las democracias liberales, el término “totalitario” deviene “palabra clave del vocabulario político”, reforzándose semánticamente para funcionar como sinónimo de comunista, de modo que la lucha contra el totalitarismo devendrá finalmente en lucha contra el comunismo.¹

Pero si la guerra fría fue en Europa y en los Estados Unidos una cruzada anticomunista, en América Latina esa premisa no se va a traducir de modo inmediato. Las élites políticas e intelectuales de tradición liberal, sin perder de vista la potencial “amenaza roja”, reconocen enemigos más reales, sobre todo las dictaduras *caudillistas*.² Si los viejos regímenes corporativos europeos (Portugal, España) quedaban ahora marginados, y el mundo *occidental* daba por concluida la lucha antifascista para reo-

rientar sus fuerzas materiales y simbólicas en una cruzada por la “Libertad” contra el “totalitarismo soviético”, en Latinoamérica todavía protagonizaban la escena gobiernos nacionalistas de amplio respaldo popular –como el de Perón en la Argentina o el de Vargas en el Brasil, denunciados por las élites liberales como totalitarios, muchas veces incluso en frentes comunes con los comunistas– y las dictaduras militares instaladas con la aquiescencia de la diplomacia estadounidense.

Con la exposición de la Doctrina Truman y el anuncio del Plan Marshall, de un lado, y el Informe Zhdánov y la creación del Kominform, de otro, el mundo se precipitaba en la guerra fría. Las alianzas tejidas en los años del antifascismo se resquebrajaban. Empujadas a la búsqueda de un nuevo socio para combatir los “totalitarismos” locales, las élites liberales y socialistas latinoamericanas pusieron sus expectativas en que los Estados Unidos fuera el último garante en su resistencia contra los “fascismos” criollos. Aun cuando el “peligro comunista” no constituyera su principal preocupación, el precio a pagar para alentar esas ilusiones fue su adhesión a una serie de organizaciones anticomunistas nacidas en la inmediata posguerra.

Desde comienzos de los cincuenta, el Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC) dispuso ingentes recursos para la lucha contra el

¹ El término surge en el antagonismo irreductible entre comunismo y fascismo entre las décadas del '20 y '30, inscripto en el contexto de lo que se dio en llamar “guerra civil europea”. Cf. Enzo Traverso, *El totalitarismo. Historia de un debate*, Buenos Aires, Eudeba, 2001, sobre todo pp. 83-95.

² Para una definición de la categoría, cf. Torcuato S. Di Tella, *Repertorio político latinoamericano*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, vol. I, pp. 594-600.

comunismo. Interpeló a las élites intelectuales liberales, pero sobre todo a amplios sectores de la izquierda no comunista que rechazaban tanto el liderazgo de Moscú como el de Washington, y eran asimismo hostiles a los nacionalismos. Menos estudiada, la Asociación Interamericana Pro Democracia y Libertad (AIDL), una experiencia previa y en cierta medida simultánea, convoca desde fines del '48 a los mismos progresismos con un programa de resistencia al “militarismo latinoamericano” y a “todas las formas de totalitarismo e imperialismo”.³

Nacida en mayo de 1950, un mes antes de la inauguración del CLC en Berlín, la AIDL comprometió a intelectuales demócratas de los Estados Unidos, como Frances R. Grant de la Liga Internacional por los Derechos del Hombre, escritores como Norman Thomas y Waldo Frank, periodistas como Herbert Matthews (*New York Times*) o S. B. Levitas (*New Leader*), con políticos e intelectuales del progresismo latinoamericano como el socialista uruguayo Emilio Frugoni, el líder aprista Haya de la Torre, los mexicanos Jesús Silva Herzog y Alfonso Reyes, los venezolanos Rómulo Betancourt y Rómulo Gallegos, los cubanos Jorge Mañach y Leví Marrero, el costarricense José Figueres o el colombiano Eduardo Santos. Postuló una América unida en una suerte de “tercera vía”, con críticas expresas al comunismo soviético, pero también al imperialismo estadounidense y al sostén que este brindaba a los gobiernos militares en Latinoamérica.⁴

Los referentes latinoamericanos reunidos en la AIDL contaban con amplias credenciales de compromiso antiimperialista. Los mayores –Luis Alberto Sánchez, Manuel Seoane, Alfredo Palacios o Dardo Regules– fueron parte

en los veinte de la generación de la Reforma Universitaria o la Unión Latino-Americana; los de la generación siguiente –los chilenos Salvador Allende y Eduardo Frei Montalva, o el cubano Raúl Roa– eran herederos de ese legado.

A pesar del éxito de la AIDL en su intento de continuar las consignas de la administración Roosevelt,⁵ particularmente en su lobby en Washington en busca de “a change in its dictatorial policy in Latin America”,⁶ un importante número de sus intelectuales pasaron pronto a adherir al CLC, que sostenía con énfasis diversos una política de contención del comunismo mediante el refuerzo de las democracias liberales en el campo de la cultura.

Pero si la política rooseveltiana era viable para Europa, el núcleo duro del CLC albergaba dudas sobre su eficacia en América Latina. George Kennan, fundador y promotor de la política de contención de Truman, argumentaba que el mayor problema del comunismo en la región no era su aspiración al poder, sino su capacidad de convertir a los pueblos en un foco de hostilidad antiimperialista. Para el teórico esto significaba que si idealmente la estrategia de los Estados Unidos consistía desde Roosevelt en incentivar y asistir a gobiernos y grupos favorables a sus políticas para contener la influencia del comunismo, en los casos donde estos se mostraran permeables a los cantos de sirena revolucionarios, “quizás la única respuesta sean duras

³ Rómulo Betancourt, “Prefacio” a *Conferencia Interamericana Pro Democracia y Libertad. Resoluciones y otros documentos*, La Habana, Talleres tipográficos Alfa, 1950, p. 8.

⁴ *Ibid.*

⁵ La AIDL fue impulsada desde los Estados Unidos por la Americans for Democratic Action, opuesta a la Progressive Citizens of America, dos instituciones creadas al fallecer Roosevelt que disputaron su legado dentro del Partido Demócrata. A diferencia de la ADA, la PCA alentaba la alianza con los comunistas. John Gates, *The Story of an American Communist*, Nueva York, Thomas Nelson & Sons, 1958.

⁶ Según Van Gosse, la AIDL fue muy activa en las campañas por el caso Galíndez en República Dominicana, por la legalidad de Acción Democrática en Venezuela y contra la dictadura de Batista en Cuba. Cf. *Where the Boys are: Cuba, Cold War America and the Making of a New Left*, Londres, Verso, 1993, pp. 77-78.

medidas de represión gubernamental; que esas medidas quizás deben provenir de regímenes cuyos orígenes y métodos no resistirían la prueba sobre el concepto Americano de procedimiento democrático; y que tales regímenes y tales métodos quizás sean alternativas preferibles, y tal vez la única alternativa, a futuros éxitos comunistas”.⁷

La perspectiva marcaba una diferencia sustancial con la AIDL. Estos demócratas militantes de la Declaración de los Derechos del Hombre sostenían críticas a los dos bloques en pugna. Sin embargo, en el discurso dominante del CLC la crítica al imperialismo estadounidense fue una nota menor, que si se la ejecutó algunas veces, fue debidamente atenuada con sordina. El deslizamiento de la AIDL al CLC, o en algunos casos el compromiso simultáneo en ambos espacios, no exento de tensiones, llevó en definitiva al abandono creciente de los postulados rooseveltianos. Estos actores se vieron enfrentados a interrogantes perentorios: ¿cómo dar voz a los reclamos regionales en un escenario internacional de polarización tan excluyente que dejaba escaso espacio a terceras posiciones? ¿Cómo tramitar el pasaje de una organización a otra sin relegar o incluso abandonar programas de pensamiento y acción política en Latinoamérica que habían animado desde sus años de juventud, para darle entidad a otros más globales e indeterminados como la bandera “por la libertad”?

Este artículo se enmarca en el campo de estudios sobre la guerra fría cultural latinoamericana, en que la obra de Claudia Gilman constituye una referencia obligada. Otros trabajos como los de María Eugenia Mudrovcic, pionero en el estudio del CLC en la región, Pa-

trick Iber, o más recientemente Benedetta Calandra, Marina Franco, y Rafael Rojas⁸ han indagado asimismo la compleja coyuntura que transitaron los intelectuales de la región en los años de la guerra fría. Sin embargo, el antecedente de la AIDL, constituida en un eslabón clave para comprender por un lado el pasaje desde el progresismo antifascista y antiimperialista de las izquierdas democráticas latinoamericanas no estalinistas hacia posiciones anticomunistas sin más, y por otro el abandono en estas franjas de una línea tercerista como posibilidad fáctica de acción política, no ha sido suficientemente explorado.⁹ Prestaremos pues especial atención a un sector de la intelectualidad que en ese contexto atenzador comprueba que su espacio se estrecha cada vez más y que, frente al colosal desarrollo del capitalismo en Occidente y la radicalización de la Nueva Izquierda se va a ver empujado irremisiblemente a posicionamientos incómodos o contradictorios con sus propias convicciones democráticas, a través de su intervención primero en la AIDL y luego en el CLC.

Un año clave

Después del anuncio de la Doctrina Truman, las tensiones con la Unión Soviética escala-

⁷ George F. Kennan, “Memorandum by the Counselor of the Department to the Secretary of State”, en *Foreign Relations of the United States, 1950. The United Nations: The Western Hemisphere*, Washington, US Government Printing Office, 1976, vol. II, pp. 598-624 (mi traducción).

⁸ Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003; María E. Mudrovcic, *Mundo Nuevo: Cultura y guerra fría en la década del 60*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1997; Patrick Iber, *Neither peace or freedom. The Cultural Cold war in Latin America*, Massachusetts, Harvard, 2015; Benedetta Calandra y Marina Franco, *La guerra fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas*, Buenos Aires, Biblos, 2012; Rafael Rojas, *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra fría*, Barcelona, Taurus, 2018.

⁹ Iber señala a la AIDL como una experiencia previa al CLC, pero no se detiene en ella más que como un antecedente de los intentos de organización de la izquierda anticomunista latinoamericana, en *Neither peace*, pp. 96-98.

ron hasta el Bloqueo de Berlín. La situación no es más relajada en América Latina, aunque por otras razones. La preocupación esencial de los Estados Unidos hundía aquí sus raíces en las fuerzas nacionalistas y antinorteamericanas, que significaban un obstáculo para sus inversiones en la región. En los hechos, esto implicó que la diplomacia americana tendió a ver una intromisión comunista en cualquier ensayo de reforma social y, lejos de defender el orden democrático, terminó por fomentar golpes de estado y apoyar dictaduras que resultaran funcionales a su hegemonía regional.¹⁰

En marzo de 1948 estalla la guerra civil en Costa Rica. En abril es asesinado el líder colombiano Jorge Gaitán, cuando se aprestaba, junto a un joven Fidel Castro, a denunciar la IX Conferencia Panamericana. Estallaba entonces el Bogotazo, punto de partida del ciclo llamado *La Violencia*. En este marco, el 30 de abril queda constituida la OEA con su Declaración Americana de los Derechos del Hombre, pero también con la de defensa y preservación de la democracia contenidas en la Carta de Bogotá. El corolario del año serán los golpes militares en el Perú y en Venezuela, seguidos del reconocimiento inmediato de los nuevos gobiernos por parte de los Estados Unidos.¹¹ Estos últimos eventos impactaron en los intelectuales latinoamericanos, que se vieron obligados a revisar sus posiciones sobre la injerencia del vecino del norte y actuar al mismo tiempo en contra de lo que consideraban la amenaza más inminente: los “totalitarismos” latinoamericanos.

La defensa continental de la democracia

Para diciembre de 1948, el presidente del ps uruguayo, Emilio Frugoni, miembros del Partido Nacional Independiente como Juan A. Ramírez y Eduardo Rodríguez Larreta¹² y el colorado Lorenzo Batlle Pacheco; el viejo reformista de la Unión Cívica Dardo Regules y socialistas y radicales argentinos exiliados como Alfredo Palacios, Américo Ghioldi, Nicolás Repetto, Ernesto Sanmartino y Santiago Nudelman, se reúnen en el Ateneo de Montevideo para dar forma a la Junta Americana de Defensa de la Democracia (JADD),¹³ que hacía un “llamado a los pueblos de América” a fin de reclamar su adhesión contra los totalitarismos y dar “una vigorosa respuesta a las dictaduras y a sus cómplices”, refiriendo al comunismo, pero sobre todo a las “conjuraciones cuarteleras” que suspenden los derechos humanos y suprimen “el reconocimiento colectivo y calificado, previa consulta, de los regímenes de facto”,¹⁴ lo que de hecho aludía al accionar de los Estados Unidos con los gobiernos golpistas del Perú y de Venezuela.

La JADD convocó una asamblea con la idea de “luchar, no solo por la emancipación política y los ideales democráticos, sino también por la emancipación económica” latinoamericana, propuesta fuertemente criticada desde el semanario *Marcha* por el ensayista político Servando Cuadro,¹⁵ en principio por

¹⁰ Luiz Moniz Bandeira, *De Martí a Fidel. La Revolución Cubana y América Latina*, Buenos Aires, Norma, 2008, pp. 103-106.

¹¹ La resolución de la Carta de Bogotá (1948), que manifestaba “es deseable la continuidad de las relaciones diplomáticas entre los Estados de América”, fue convenientemente interpretada por los Estados Unidos como un principio de reconocimiento automático.

¹² Autor de la “Doctrina Larreta” creada en 1945 en medio de las tensiones entre los Estados Unidos y la Argentina, postulaba la intervención en los asuntos internos de los países que no adhirieran a los principios de democracia y defensa hemisférica.

¹³ Constituida además por los uruguayos Gustavo Gallinal, Juan F. Guichon y Pedro Reyes Espinosa, el venezolano César Rondón Lovera y los argentinos Silvano Santander y Luciano Molinas.

¹⁴ “El Comité Pro Defensa de la Democracia, hace un llamado a los pueblos de América”, *El Bien Público*, n° 21776, 28/12/1948, p. 3.

¹⁵ Cuadro desarrolló ideas sobre una Federación Hispanoamericana para luchar contra la “balcanización y el

la alianza de Frugoni (con quien mantenía diferencias en el seno del ps uruguayo) con Rodríguez Larreta (a quien consideraba defensor de los intereses estadounidenses). Pero también por el consentimiento de Palacios (“que era nuestro”), cuya presencia explica por su necesidad de aliados contra el peronismo, de Betancourt (“que tendría que ser nuestro”), de Vaz Ferreira (“que podría ser nuestro”) y de Gallegos (“que acaba de ser batido por los capangas del yanquismo”).¹⁶ Estos cuestionamientos no pasarían de una mera anécdota si no se inscribieran en lo que los propios uruguayos reivindicarán durante tres décadas como su tradición “tercerista”, independiente de los bloques en pugna. El propio Cuadro quedará como el antecedente histórico de la izquierda nacional uruguaya, cuando años más tarde Vivian Trías le dispute el liderazgo del ps a Frugoni.¹⁷

La JADD realizó su primera asamblea en abril de 1949 con oradores como el presidente Luis Batlle Berres (“que parecía un poco nuestro”, según la graciosa taxonomía de Cuadro), y prometió un primer encuentro que uniría a todas las fuerzas democráticas del continente.

Organizado por la JADD y por el Comité Latinoamericano de la Liga por los Derechos del Hombre, y con integrantes de la Federation of American Labor (FLA) y del Congress of Industrial Organizations (CIO), el Congreso realizado en mayo de 1950 en La Habana que dio inicio a la AIDL contó con 200 delegados y múltiples apoyos, pero sobre todo con la labor entusiasta de Rómulo Betancourt, socialde-

mócrata con pasado comunista que se proponía hacer de esta reunión una plataforma para el retorno al poder de Acción Democrática en Venezuela.¹⁸ Motorizado sobre todo por Frances Grant y los exiliados políticos latinoamericanos,¹⁹ el encuentro generó múltiples reacciones por los discursos que reiteraban una advertencia: el apoyo de los Estados Unidos a los totalitarismos de derecha empujaría a las masas hacia otro totalitarismo no menos temido: el comunismo. La participación de algunas figuras inscriptas en el socialismo de izquierda –como el chileno Salvador Allende, el cubano Raúl Roa o la argentina Leonilda Barrancos– favorecieron que la derecha considerase el encuentro como “un submarino ruso de gran alcance”²⁰ y los comunistas lo tildaran de “cónclave siniestro”.²¹

Por la libertad de la cultura

Un mes después de la consolidación de la AIDL, se reunía en Berlín el CLC con consignas similares: defensa de la democracia, la cultura y la libertad. Integrado por renombradas figuras de la cultura occidental,²² desembarcaba en 1951 en América Latina, donde contó con el asesoramiento de nombres que resonaban del con-

divisionismo hispanoamericano que el imperialismo fomentó”. Aunque criticó a los dos bloques, consideraba a la Unión Soviética como la “colectividad más viviente y prometedora”, lo que en términos de la época lo convertía en defensorista.

¹⁶ Cf. Servando Cuadro, “Los trabajos y los días”, *Marcha*, n° 462, 473 y 475, Montevideo, 14/1/1949, 8/4/1949 y 29/4/1949, pp. 4, 7.

¹⁷ Cf. Alberto Methol Ferré, *La crisis del Uruguay y el imperio británico*, Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1959.

¹⁸ Manuel Caballero señala además que su propósito era dejar en claro a los Estados Unidos que no tenía simpatía alguna con el comunismo. Cf. Rómulo Betancourt, *Político de nación*, Caracas, FCE/Alfadi, 2004, pp. 277-288.

¹⁹ De hecho, desde la derecha venezolana se identificó el encuentro como una “conferencia de exiliados políticos”. “Memorandum confidencial”, en *ibid.*, p. 324.

²⁰ “Comunicación de la Embajada de Venezuela en Cuba para el Ministro de Relaciones Exteriores”, en *ibid.*, p. 339.

²¹ “Carta de Jaime Posada a Los Ministros de Gobierno y de Relaciones Exteriores [de Colombia]”, en Rómulo Betancourt, Margarita López Maya (selec.), *Antología Política. Volumen quinto, 1948-1952*, Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 2003, pp. 359-367.

²² Como los de Bertrand Russell, Herbert Read o André Gide. Cf. Pierre Grémion, *Intelligence de l'anticomunismo: Le Congrès pour la liberté de la culture à Paris, 1950-1975*, París, Fayard, 1995, pp. 15-51.

greso habanero: Robert Alexander, Grant, Arciniegas, Schlesinger Jr., Sánchez, Palacios, Frugoni, Frei, Betancourt, Gallegos, Roa y Mañach, entre muchos otros. Con la promesa de facilitar medios (encuentros, conferencias y una ingente red de ediciones) destinados a la lucha contra los totalitarismos, convocó a intelectuales y a diplomáticos de la izquierda democrática.

Sin embargo, si desde su dirección no se practicó censura alguna, los latinoamericanos, afanosos de obtener recursos para sus propias causas, se sintieron en la necesidad de asentar su posición frente a la guerra fría, con poco margen para “tercerismos”,²³ y reforzar la bandera del anticomunismo, lo que significó tolerar que, sin matices, la diplomacia estadounidense impugnara y tildara de comunista a cualquier gobierno que planteara reformas sociales en la región. Pero si no se ponían de acuerdo con el socio del norte respecto a las semánticas del totalitarismo comunista, sí acordaron sobre cómo lidiar con las llamadas “tiranías”, es decir, gobiernos nacionalistas elegidos por el voto popular que ampliaban los derechos de las masas pero suprimían algunas libertades civiles y ponían en riesgo las inversiones norteamericanas.

Corolario

Tanto la AIDL como el CLC mantuvieron su actividad en América Latina de modo paralelo hasta que el segundo cierra sus puertas en 1972.²⁴ Una franja amplia de los intelectuales

que participaron en la primera actuaron paralelamente en el CLC, lo que permite inferir una acción conjunta en lo que fue sin dudas un frente atlantista contra la injerencia del comunismo en el continente de ambas instituciones. Pero si la AIDL actuaba mayormente en el plano diplomático, el CLC lo hizo sobre todo en el ámbito de la cultura, aunque con límites difusos puesto que también suscribió declaraciones netamente políticas. Por ejemplo, ambas se manifestaron sobre los sucesos de 1954 en Guatemala, aunque en posiciones opuestas, y las dos coincidieron en su apoyo a la guerrilla del M-26 en Cuba. Si la AIDL orientó sus críticas a los gobiernos de los Estados Unidos cuando sostenían dictaduras militares en Latinoamérica,²⁵ los pronunciamientos críticos del CLC fueron siempre más matizados.²⁶

Constreñidos por las lógicas de la guerra fría, la transición de la AIDL al CLC significó para los intelectuales involucrados en estas organizaciones el pasaje de una lucha política por establecer la democracia como régimen político de gobiernos soberanos en América Latina a una estrategia global enfocada en la lucha contra el comunismo, lo que dejaba sin resolver el problema de las dictaduras latinoamericanas. Las fuerzas globales que terminan por imponerse en la posguerra tienden a debilitar las tradiciones antiimperialistas de los partidos democráticos de masas. Las objeciones a la intervención estadounidense en la región en términos económicos, políticos, diplomáticos o militares, pasaron de una crítica airada a quienes llamaban a “rechazar la avalancha to-

²³ Los debates sobre el tercerismo tuvieron particular desarrollo en el Uruguay. Cf. Carlos Real de Azúa, *Tercera posición, nacionalismo revolucionario y Tercer Mundo* (3 vols.), Montevideo, Cámara de Representantes del Uruguay, 1997.

²⁴ La AIDL funcionó hasta 1983. Aunque se establecieron dos sedes, Montevideo y Nueva York, la primera se desmembró y Emilio Frugoni pasó a dirigir la sede rioplatense del CLC.

²⁵ Sobre todo con gobiernos republicanos como los de Eisenhower, por ejemplo cuando en 1954 se le entregó un reconocimiento al dictador Pérez Jiménez en Caracas en el contexto de la X Conferencia Panamericana.

²⁶ Quizá la más resonante fue la declaración contra el gobierno de Jacobo Arbenz para justificar la intervención. Aunque se firmó, las resistencias de los latinoamericanos obligaron a incluir una crítica a la injerencia de los intereses de la United Fruit en Guatemala. Patrick Iber, *Neither peace*, pp. 100-101.

talitaria que viene desde las estepas rusas mientras se hace tan poco para detener los desmanes de los totalitarismos domésticos”,²⁷ a un reproche matizado, que no pusiera en riesgo los recursos y los apoyos que los países de la región esperaban de los Estados Unidos, o inexistente, cuando se trataba de derrocar gobiernos nacionalistas populares, licuando en el CLC las críticas que sostenían desde la AIDL. La contradicción principal de estos *demócratas* fue que si criticaban el apoyo de los Estados Unidos a los golpes “preventivos” contra el “peligro comunista”, al mismo tiempo aplaudían aquellos que desplazaban a los regímenes *caudillistas*. Por otra parte, la estrategia de las élites locales, enfocada en convencer a los Estados Unidos de que el centro-izquierda democrático era capaz de gobernar sin desbordes comunistas ni afectar sus intereses en la región, iba a dejar la prédica antiimperialista (que en la primera mitad del siglo xx había sido un activo político e intelectual del socialismo y del aprismo) en manos del comunismo y de los movimientos terceristas vinculados a la “nueva izquierda”.

Si en los años cincuenta aquellas élites político-intelectuales pasaron un mal trago con el golpe patrocinado por la CIA en Guatemala, la situación se volvería crítica en los sesenta. La Revolución Cubana, que contó en un inicio incluso con el apoyo de la AIDL y del CLC, puso en una situación insostenible a los miembros de estas organizaciones. A algunos, el alineamiento comunista de Cuba en enero de 1962 los empujó expresamente al abandono de cualquier veleidad antiimperialista. A otros, la vergonzosa invasión a Bahía Cochinos del '61 los impulsó a romper cualquier alianza con los Estados Unidos. De un lado quedaban Betancourt y Haya de la Torre, aliados con las fuerzas occidentales; del otro,

Raúl Roa y Salvador Allende, que devendrán símbolos de la izquierda latinoamericana del siglo xx. En la estrecha franja del medio, Alfredo Palacios basculaba su apoyo a la Revolución Cubana y el rechazo al comunismo soviético.

La lógica bipolar tensionó a los tercerismos hasta reducirlos a un espacio político cada vez más acotado. “Tercerismo”, “Tercer mundo”, pasaron a ser nociones ambiguas,²⁸ un espacio heteróclito que se definía por la negativa, por aquello que excedía al “Primer” y al “Segundo” Mundo, polos que en definitiva dominaron la escena política e intelectual hasta fines de los ochenta. Es así que en este proceso de resemantización geopolítica, si el bloque comunista había sido eficaz en apropiarse de ideas fuerza como “Cultura” y “Paz”, el bloque capitalista lo fue con “Libertad” y “Democracia”, finalmente, ideas fuerza triunfantes en 1989. □

Bibliografía

Calandra, Benedetta, y Marina Franco, *La guerra fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas*, Buenos Aires, Biblos, 2012.

Di Tella, Torcuato S., *Repertorio político latinoamericano*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, vol. I.

Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

Gosse, Van, *Where the Boys are: Cuba, Cold War America and the Making of a New Left*, Londres, Verso, 1993.

Grémion, P., *Intelligence de l'anticommunisme: Le Congrès pour la liberté de la culture à Paris, 1950-1975*, París, Fayard, 1995.

Iber, Patrick, *Neither peace or freedom. The Cultural Cold war in Latin America*, Massachusetts, Harvard, 2015.

²⁷ Rómulo Betancourt. *Pensamiento y acción*, México, Beatriz de Silva, 1951, pp. 241-251.

²⁸ Para una crítica de la polisemia del término, cf. Juan José Sebreli, *Tercer mundo, mito burgués*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1975.

Moniz Bandeira, Luiz, *De Martí a Fidel. La Revolución Cubana y América Latina*, Buenos Aires, Norma, 2008.

Mudrovcic, M. E., *Mundo Nuevo: Cultura y guerra fría en la década del 60*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1997.

Rojas, Rafael, *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra fría*, Barcelona, Taurus, 2018.

Traverso, Enzo, *El totalitarismo. Historia de un debate*, Buenos Aires, Eudeba, 2001.

Solari y Trías

Dos trayectorias intelectuales en la guerra fría

Aldo Marchesi y Vania Markarian

Universidad de la República, Montevideo

Amás de cincuenta años de las pasiones y los intereses que las determinaron, los rastros de las trayectorias de los intelectuales latinoamericanos se abren en archivos lejanos al continente y develan los márgenes de decisión personal que tuvieron en el contexto de la guerra fría. Los uruguayos Aldo Solari y Vivian Trías son paradigmáticos de estos procesos. Pionero de la sociología universitaria el primero, connotado dirigente socialista el segundo, ambos pertenecieron a la generación que pensó los “problemas nacionales” y la inserción latinoamericana del Uruguay desde el reconocimiento de su crisis. Sus nombres se repiten, con justicia, en todos los estudios sobre el campo cultural y político de los años cincuenta y sesenta. Documentación de reciente acceso ilumina su integración a redes político-intelectuales que incluían a los principales actores del conflicto global.

En el caso de Trías, la apertura de su legajo en el servicio de inteligencia checoslovaco detonó un breve escándalo sobre sus servicios de “agente” a sueldo de un poder extranjero. Por un lado, esto lleva a repensar su papel como inspirador de la izquierda que se proclamó nacional y repudió el socialismo real. Por otro lado, parece fructífero desentrañar las razones de ese involucramiento, los intereses de ambas partes y el impacto de esos vínculos sobre su ensayismo y su liderazgo político. En el caso

de Solari, resulta interesante constatar la densidad de sus relaciones con el Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC), organización financiada por la CIA que fue determinante en la llamada guerra fría cultural. Solari mantuvo intensa correspondencia con representantes del CLC, recibió dinero y realizó encargos, en lo que parece haber sido también una relación de conveniencia mutua.

Por encima de las diferencias, nos interesa pensar las posibilidades que estaban abiertas durante ese período para intelectuales que buscaban internacionalizar sus carreras y marcar la agenda de las redes donde se posicionaban. Sin olvidar los límites que esas opciones supusieron en el rango de modos posibles de ser intelectual en esas décadas.

* * *

Vivian Trías nació en 1922 en Las Piedras, cerca de Montevideo. En su juventud comenzó a vincularse con grupos juveniles del Partido Socialista (PS). Abandonó estudios de medicina para dedicarse a la enseñanza secundaria de filosofía e historia. Sus inquietudes intelectuales comenzaron a desarrollarse cuando el inicio de la guerra fría reconstituyó las alineaciones políticas mediante la redefinición de la idea de imperialismo. Mientras algunos militantes del PS, inspirados por el

viejo dirigente Emilio Frugoni, se acercaban de manera crítica a la influencia estadounidense, otros adoptaban una firme posición antiimperialista.

En 1948, Servando Cuadro, militante e intelectual autodidacta expulsado del ps, denunció desde el semanario *Marcha* el avance imperialista de los Estados Unidos y propuso la creación de una “federación hispanoamericana” de inspiración rodoniana.¹ Estas posturas se difundieron en el movimiento estudiantil universitario y propiciaron un “tercerismo” de izquierda que tomó distancia de los dos poderes de la naciente guerra fría y también de experiencias nacionalistas conservadoras de América Latina. Vinculada a *Marcha* y a su director Carlos Quijano, esta generación tuvo intervenciones originales en las ciencias sociales y el pensamiento político, alejándose de ortodoxias liberales y marxistas. Trías fue parte de esta promoción y participó de sus revistas. Sus primeros textos en *Nexo*, *Tribuna universitaria*, *Nuestro tiempo* y *El Sol*, diario oficial del ps, referían a temas históricos vinculados a la conformación del Estado nación, el imperialismo y las burguesías nacionales. También publicó trabajos derivados de interrelaciones parlamentarias como diputado suplente del ps.

A fines de los cincuenta, Trías era un intelectual público orgánico de la izquierda. Reunía la militancia con participaciones en revistas y en instancias de socialización en los cafés montevideanos. No tenía pretensiones académicas y no integraba los ámbitos de las disciplinas sociales, entonces en pleno proceso de consolidación en la Universidad de la República, pero tuvo vínculos con sus protagonistas. Mantuvo buena relación con historiadores revisionistas como el argentino Abe-

lardo Ramos y los uruguayos Alberto Methol Ferré y Washington Reyes Abadie, y cercanía intelectual con el crítico Carlos Real de Azúa y con economistas preocupados por el desarrollo nacional, como Enrique Iglesias.

En la década del sesenta su proyección política e intelectual se amplió. Lideró el proceso de renovación de grupos juveniles del ps contra Frugoni, expresado en la ruptura con el socialismo europeo, el acercamiento a los partidos latinoamericanos y la búsqueda de alianzas con sectores populares asociados al nacionalismo en el continente. Frente a la estrategia electoral de Frugoni, apostó a la movilización vinculada con los trabajadores del campo. La creación en 1962 de Unidad Popular, una coalición electoral con sectores del Partido Nacional e independientes de izquierda, fue parte de ese mismo esfuerzo por establecer una alianza en clave antiimperialista y antibatllista en sintonía con las izquierdas nacionales de la región. Aunque el proyecto fue un fracaso y redujo la votación del ps, originó una red de diálogo político y cultural que influyó en el desarrollo de las múltiples expresiones de la “nueva izquierda”: desde periodistas como Carlos María Gutiérrez y Eduardo Galeano, que transitaban entre *Marcha* y *Época*, hasta militantes como Raul Sendic, que abandonaron el ps para crear el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros.

Trías fue una pieza clave que articuló esos nuevos espacios de la izquierda política y cultural de los sesenta. En 1964, Real de Azúa lo incluyó en su *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo* destacando sus “tareas militantes” y la importancia de su pensamiento.² Efectivamente, dos libros de 1961 habían sentado las bases de líneas de investigación perdurables en la agenda política de la década. *La*

¹ Véase Servando Cuadro, *Los trabajos y los días: Hacia la federación hispanoamericana*, Montevideo, Nexo, 1958.

² Carlos Real de Azúa, *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*, Montevideo, Udelar, 1964, vol. II, pp. 580-585.

reforma agraria en Uruguay aportó un primer listado de los sectores “oligárquicos” (propietarios con más de 2500 hectáreas) que fue luego utilizado en otros estudios económicos. *El Plan Kennedy y la revolución latinoamericana* inauguró un camino de indagación sobre el imperialismo norteamericano y anticipó la crítica del dependentismo al desarrollismo. Marcó también una inflexión en la reflexión sobre el imperialismo, desde el señalamiento de los dos imperios del primer tercerismo hacia la preponderancia de los Estados Unidos. En esos años Trías mantuvo el interés por la producción histórica vinculada al siglo XIX y se convirtió en principal exponente del revisionismo histórico de izquierda en el Uruguay. *Las montoneras y el Imperio Británico* (1961) y *Juan Manuel de Rosas* (1970) fueron ejemplos de su inquietud por abonar una tradición ideológica que uniera las experiencias de las luchas populares latinoamericanas del siglo XIX con las izquierdas internacionalistas del XX, intención que también expresó en *Por un socialismo nacional* (1967).

En el marco de esos nuevos proyectos políticos y culturales Trías comenzó a tener un acercamiento con el servicio secreto checoslovaco (STB), instalado en el Uruguay desde 1961. Según los archivos de la STB, se integró formalmente como agente en 1964, luego de perder su cargo de diputado y mientras evaluaba el fracaso de la Unidad Popular y el inicio de la profunda crisis del PS. De acuerdo con esos mismos documentos, el vínculo se estableció a partir de “razones ideológicas” y dos objetivos comunes: la lucha contra el imperialismo estadounidense y la solidaridad con la Revolución Cubana. Las actividades de Trías fueron múltiples: propaganda antiimperialista mediante ayudas a *Época* y *El Sol* y encargos de artículos a periodistas e intelectuales amigos; apoyo a Cuba con eventos regionales; recopilación de información reservada sobre la influencia de los Estados Unidos en la política uruguaya; y, por último, inser-

ción en redes regionales que lo convirtieron en informante privilegiado sobre los procesos políticos latinoamericanos.³

Sus razones son difíciles de dilucidar. Hasta el momento no ha sido posible contrastar la información de la STB que destaca la seriedad de su trabajo, su calificación intelectual, su colaboración desinteresada y el acuerdo con ciertos objetivos políticos.⁴ Deja en claro también que el Uruguay no se consideraba comunista. Varios gestos públicos de fines de los sesenta y principios de los setenta muestran que su colaboración no implicó un alineamiento con el bloque socialista. En 1968, desde el semanario *Izquierda*, que dirigía, se cuestionó la intervención en Checoslovaquia, mientras que en *La crisis del imperio*, de 1970, afirmó que la vanguardia de la revolución antiimperialista global era China.

El archivo también muestra que aprovechó el relacionamiento con la STB para potenciar su trabajo intelectual. Al menos dos de sus libros de esta época fueron financiados por este servicio. Desde un comienzo, Trías había insistido en que subvencionaran sus publicaciones, pero la *rezidentura* no consideraba conveniente que un agente tuviera tal grado de visibilidad. En la segunda mitad de los sesenta, sin embargo, se preocuparon por su desarrollo como intelectual orgánico de la izquierda, incluyendo las publicaciones así como compras de libros y viajes vinculados a sus trabajos. En agosto de 1971, por ejemplo, publicó *Perú: Fuerzas Armadas y revolución* como resultado de su estadía en Lima para estudiar el fenómeno de los “militares progresistas”. Luego de cada viaje, informaba a los

³ Véase Aldo Marchesi y Michal Zourek, “Vivían Trías y Checoslovaquia: ¿Qué sabemos hasta ahora?”, *la diaria*, 17 de marzo de 2018.

⁴ Véase Michal Zourek, “Uruguay en el Archivo de las Fuerzas de Seguridad en Praga”, *Contemporánea*, vol. 9, 2018.

oficiales de la stb sobre sus contactos con editoriales e intelectuales.⁵

A partir de 1973, con el golpe de Estado en el Uruguay y la consecuente finalización del trabajo de la stb en Montevideo, la relación decayó abruptamente. Los documentos muestran la desesperación de Trías por su situación económica luego de su destitución de la educación secundaria. Ante cada informe sobre procesos políticos regionales, los oficiales le comunicaban que ya no tenían interés en sus colaboraciones. Trías murió en su ciudad natal en 1980, apartado de toda actividad pública, cuando empezaban los primeros pasos hacia la recuperación democrática.

* * *

Aldo Solari nació en Montevideo en 1922. En 1948 se graduó de abogado en la Universidad de la República, pero su reconocimiento proviene de su papel pionero en la sociología universitaria en el Uruguay. Desde comienzos de los cincuenta dio clases de esa materia para docentes de educación media y en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. A mediados de la década participó de la fundación del Instituto de Ciencias Sociales (ICS) de esa Facultad y realizó un viaje de estudios a Europa. Estableció su prestigio con dos obras claves de esa etapa primaria de la sociología uruguaya (*Sociología rural nacional*, 1953, y *Curso de sociología general y nacional*, 1958) e inició algunas de las más importantes especialidades de esa disciplina en el país: sociología del desarrollo, de la educación, rural y política. Adhirió tempranamente al estructural-funcionalismo dominante en la academia norteamericana y se alineó con el desarrollismo y las teorías de la modernización. En 1964 fue nombrado director del ICS.

Esta sólida carrera explica que, al incluirlo en su *Antología del ensayo*, Real de Azúa sintiera la necesidad de justificarse: a pesar de su pretensión “científica”, Solari había entendido que en América Latina (y especialmente en el Uruguay) la falta de datos empíricos obligaba a navegar otras formas de comprensión de lo social.⁶ Cabe puntualizar que esa precisión no puede extenderse más allá de los tempranos sesenta, cuando Solari empezó a colaborar como técnico con la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (CIDE) creada por el gobierno del Partido Nacional en sintonía con la Alianza para el Progreso. Junto con su firme enclave académico, esa disposición lo diferenció de la mayor parte de las trayectorias recogidas por Real, pegadas a los ámbitos político-partidarios, a los canales de circulación de la prensa periódica, a las revistas culturales y a la sociabilidad más informal de cafés y cenáculos.

Sin renegar de su adscripción colorada y masónica, Solari fue sobre todo un académico preocupado por la institucionalización de los estudios sociales vinculados “al interés práctico por la realidad nacional” y en colaboración con el Estado. El razonamiento podía ser interpretado como tecnocrático, pero apuntaba también a marcar el impacto de la crisis sobre el conocimiento de lo social. Creía que el fin del “Uruguay optimista” podía favorecer la especialización disciplinar y erradicar al viejo “intelectual de café”. En su “Réquiem para la izquierda”, publicado en 1962 como balance de las elecciones y el fracaso de la Unidad Popular, el sociólogo insistió en la responsabilidad de los intelectuales que, al acercarse a las izquierdas marxistas y nacionalistas, habían “abdicado de la tarea de pensar al país tal como es”. Sostuvo también que la manida escasez de recursos no era una excusa y que se conseguirían fondos si se tu-

⁵ Marchesi y Zourek, “The New Latin American Left in the Cold War polarization. The story of Vivian Trías” (inédito, 2019).

⁶ Real de Azúa, *Antología del ensayo*, p. 571.

viera una agenda clara y se apelara a los organismos indicados.⁷

Esta actitud permite desenvolver la trama de intereses que lo llevó a involucrarse con el CLC en los tempranos sesenta y recibir pagos por diferentes tareas vinculadas a sus intereses académicos. El primer dato público de esta colaboración fue la coordinación, junto a su reconocido colega estadounidense Seymour Lipset, de un Seminario de Elites en América Latina, realizado en Montevideo, en junio de 1965, con la presencia de lo más granado de la sociología latinoamericana y latinoamericanistas de los Estados Unidos. La iniciativa era parte del cambio de orientación del CLC desde una primera etapa dirigida a contrarrestar las redes intelectuales de la Unión Soviética hacia el combate del ejemplo cubano en América Latina. Esta reorientación se expresó en la sustitución del liderazgo de Julian Gorkin, combatiente del POUM exiliado en México, por el de Luis Mercier Vega, anarquista republicano radicado sucesivamente en París, Montevideo, Santiago y Caracas a inicios de los sesenta.⁸ Mercier veía en las incipientes ciencias sociales un campo prolífico para influir en las formas de pensar las sociedades latinoamericanas y promover el cambio por vías alternativas a la revolución. El seminario de Montevideo fue parte de esa estrategia, junto con la revista *Aportes* y el Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales, ambos de 1966. Ese mismo año, el escándalo por la financiación de la CIA empezó a minar estas iniciativas, pero no es posible concebir la profesionalización de esas disci-

plinas en América Latina y su asimilación a las formas de trabajo de la academia anglosajona sin el impulso del CLC.⁹

En 1962 Solari había sido detectado como la persona más idónea para llevar adelante ese programa en el Uruguay.¹⁰ Mercier confió en el editor Benito Milla, viejo amigo republicano exiliado en Montevideo, para reclutar colaboradores. Los dos identificaban el tercerismo como caldo de cultivo del antiimperialismo de los intelectuales y su creciente adhesión a Cuba. La decisión de encargar a Solari un estudio crítico de esa tradición muestra su agudeza para detectar una voz que, por provenir de círculos culturales cercanos, fuera escuchada con atención. Efectivamente, la publicación del libro *El tercerismo en Uruguay* (Montevideo, Arca, 1965) justo después del Seminario desató una intensa polémica desde medios de prensa ampliamente leídos por intelectuales y militantes: el prestigioso *Marcha* y *Época*, el más nuevo y radical diario de la izquierda independiente, donde escribía Trías.

Solari no intervino mientras Arturo Ardao y Real de Azúa se lanzaban hirientes dardos que traspasaban los contenidos del libro.¹¹ Pero no dejó de escribirse con Mercier, verdadero artífice del texto, para comentar los avatares de la polémica y planificar la empresa que los unía: viajes para fomentar las disciplinas sociales, publicaciones en medios del CLC, asistencias pagas a congresos y la publicación del libro resultante del Seminario con

⁷ Véase Aldo Solari, *Las ciencias sociales en el Uruguay*, Río de Janeiro, Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales, 1959, y “Requiem para la izquierda”, *Gaceta de la Universidad*, vol. VI, n° 22, noviembre de 1962, pp. 6-12.

⁸ Véase Patrick Iber, *Neither peace nor freedom: The cultural Cold War in Latin America*, Cambridge, Harvard University Press, 2015.

⁹ Karina Jannello, “As redes editoriais do ILARI no Rio da Prata e a modernização das ciências sociais durante a Guerra Fria cultural latino-americana”, *Arquivos do CMD*, vol. 7, n° 1, enero-junio de 2018, pp. 69-84.

¹⁰ Véase Louis Mercier Vega a John Hunt, 13/11/1962, International Association for Cultural Freedom Records, Special Collections Research Center, University of Chicago Library (en adelante IACFR), Caja 236, Carpeta 4.

¹¹ Polémica republicada en Real de Azúa, *Tercera posición, nacionalismo revolucionario y tercer mundo: Una teoría de sus supuestos*, Montevideo, Cámara de Representantes, vol. 3, 1997.

Lipset. Recién cuando Ángel Rama terció desde *Marcha* para volver a mencionar el Seminario en relación a la revelación del origen del dinero del CLC, decidió el sociólogo que era hora de hacerse oír.¹² Reivindicó su “absoluta independencia intelectual”, afirmó que los universitarios debían “recibir dinero y asistencia técnica sea cual sea su fuente” y declaró que él mismo aceptaría si “los rusos o los chinos o los cubanos me ofrecen dinero para organizar un Congreso”. Lamentó, por sobre todo, el “daño irreparable” de estas “calumnias” para la legitimidad de las ciencias sociales en el continente.¹³

Junto con estos deslindes, lo que el libro y la correspondencia muestran es que, para Solari, la deriva del tercerismo hacia posiciones de apoyo a Cuba significaba el fracaso de la supuesta independencia de sectores intelectuales que, por su redoblado antiimperialismo, se habían vuelto resistentes a cualquier intento de modernización o programa desarrollista. Este era el punto central de coincidencia con el CLC, una organización dirigida a sectores progresistas no comunistas e integrada por personas provenientes de las izquierdas anti-comunistas. Para Solari, además, este vínculo entrañaba la posibilidad de actualizar los debates de la sociología uruguaya y formar profesionales a tono con sus colegas de los Estados Unidos y de Europa. Era también una oportunidad de internacionalizar su carrera. Aunque tenía vínculos en la región, especialmente con Gino Germani en Buenos Aires y colegas en Chile, fueron las redes y los recursos de su etapa de relacionamiento estrecho con el CLC los que le permitieron viajar asiduamente y entrar en contacto con sociólogos como Lipset, que era poco probable que se interesaran por colaborar con el uruguayo.

¹² Véase Ángel Rama, “El mecenazgo de la CIA”, *Marcha*, 6 de mayo de 1966.

¹³ Solari, “Réplicas”, *Marcha*, 13 de mayo de 1966.

Paradójicamente, cuando estos esfuerzos empezaban a dar frutos, la explosión del escándalo de los fondos de la CIA y las resistencias que estos asuntos despertaron en el espacio académico que había contribuido a formar determinaron su alejamiento del ICS y del país en 1967. Fue sustituido por una nueva generación de sociólogos que mayormente renegaba del desarrollismo y de la financiación externa. A partir de entonces, su carrera se volvió verdaderamente internacional. Pasó a residir en Santiago de Chile y a trabajar en CEPAL, FLACSO y UNESCO. En la segunda mitad de los ochenta, luego del fin de la dictadura, fue convocado por el presidente Julio María Sanguinetti para integrar la dirección de la educación pública. Murió en Montevideo en 1989.

* * *

Las historias que hemos contado dan cuenta de las posibilidades y los límites que tuvieron los intelectuales latinoamericanos durante la guerra fría, conflicto que determinó las vías de financiamiento, internacionalización y profesionalización de la actividad cultural y científica en el continente. En los sesenta y setenta, estos asuntos fueron percibidos en términos fundamentalmente éticos o de estrategia política. Con cierta perspectiva histórica, es claro que era muy difícil sustraerse a la influencia de las agencias de inteligencia implicadas en esa lucha. Los ejemplos reseñados muestran que el esquema bipolar terminó encapsulando casi todos los debates. Ni la preocupación latinoamericanista y nacionalista de Trías ni el esfuerzo profesionalizador y modernizador de Solari pueden reducirse a su ubicación en los campos del conflicto global. Sin embargo, terminaron por decantarse en el momento preciso en que este recrudeció en América Latina, inmediatamente después de la Revolución Cubana.

Es difícil calibrar hasta qué punto esas opciones pesaron en los contenidos de sus obras.

Ciertos énfasis y silencios muestran una convergencia entre las políticas encubiertas de los bloques y los posicionamientos de estos intelectuales. En Solari, esto se expresó en la promoción de una “sociología científica” que rechazaba la figura del intelectual comprometido con iniciativas antiimperialistas y con el tercerismo de los cincuenta. En Trías, casi en espejo, es evidente una obsesión por pensar el imperialismo norteamericano como el problema contemporáneo central. Por otra parte, las redes que florecieron a través de esas agencias habilitaron la expansión de sus carreras desde un medio cultural pequeño como el uruguayo. Queda mucho para entender este aspecto, especialmente comparar el peso de los ingresos recibidos de estas fuentes con otros sustentos profesionales y políticos.

También es cierto que sus posibilidades de desarrollo en las redes globales fueron limitadas, sobre todo porque allí se reprodujeron las desigualdades norte-sur en la producción de conocimiento. Ambos se engancharon en los eslabones finales de las cadenas y quedaron subordinados a decisiones tomadas por fuera de sus ámbitos de influencia. Trías murió desamparado, insistiendo en un tipo de producción que ya no tenía interés para quienes lo habían contratado. Pero incluso en el caso de Solari, mucho más exitoso profesionalmente, el producto más importante de su colaboración con el CLC, el libro del Seminario de Elites, no tuvo demasiado impacto académico. Sin caer en reducciones simples sobre las motivaciones de todos los involucrados, este dato sugiere que sus esfuerzos adquirieron valor sobre todo en tanto fueron funcionales a las agencias que los promovieron.

Otros trabajos sobre procesos similares han mostrado contingencias diferentes de las

relaciones norte-sur en la producción de información y conocimiento. Para entender el abanico de acercamientos entre círculos intelectuales y políticas de inteligencia en la guerra fría latinoamericana es imprescindible incorporar procesos regionales, especialmente el papel de la dirigencia cubana. En la coyuntura que nos permitió trazar los clivajes de Solari y Trías, este fue el factor catalizador de los dilemas políticos de los intelectuales (y no solo). Cuba forzó a los terceristas a tomar partido y, contrariamente a lo que la remanida división entre vieja y nueva izquierda sugiere, debilitó el anticomunismo de izquierda que provenía de conflictos anteriores (del trotskismo a la experiencia republicana española, al menos). Esto seguramente hizo más fácil que Trías se vinculara a una agencia de inteligencia del bloque comunista. De modo similar, la decantación de Cuba por el campo socialista hizo que muchos intelectuales antes cercanos a los círculos terceristas, como Solari, se decidieran por los proyectos modernizadores que venían de los Estados Unidos. □

Bibliografía

Iber, Patrick, *Neither peace nor freedom: The cultural Cold War in Latin America*, Cambridge, Harvard University Press, 2015.

Jannello, Karina, “As redes editoriais do ILARI no Rio da Prata e a modernização das ciências sociais durante a Guerra Fria cultural latino-americana”, *Arquivos do CMD*, vol. 7, nº 1, enero-junio de 2018.

Marcha, 1966.

Marchesi, Aldo y Michal Zourek, “Vivian Trías y Checoslovaquia: ¿Qué sabemos hasta ahora?”, *la diaria*, 17 de marzo de 2018.

Zourek, Michal, “Uruguay en el Archivo de las Fuerzas de Seguridad en Praga”, *Contemporánea*, vol. 9, 2018.

Conexión sensible: política, género y afectos en la disputa por la memoria de Allende a escala global

Isabella Cosse

CONICET / Universidad de Buenos Aires / Universidad de San Martín

“Quino, confiesa, hijo de puta.” Solo esa frase contenía la tarjeta que escribió Jorge Timossi, en 1973, desde Chile. No fue necesario nada más. El creador de *Mafalda* entendió al instante. Su viejo amigo se había dado cuenta: el personaje de Felipe estaba inspirado en él.¹ Este argentino –escasamente conocido– estuvo en el centro de las estrategias de información y de la política cultural cubanas. A través de su figura, analizaré la cobertura de prensa de una coyuntura clave de la guerra fría: la caída del gobierno de Allende.

La guerra fría define un conflicto a escala planetaria en el que las grandes potencias evitaban que los combates se produjeran en sus propios territorios, desplazándolos hacia las zonas del llamado Tercer Mundo, convulsionadas por las luchas anticoloniales y antiimperialistas. En esas zonas es una ironía caracterizar el conflicto por su frialdad. Se trató en cambio de guerras devastadoras y de dictaduras crueles. Por eso, estudiar la guerra fría desde estas regiones abre nuevos enfoques capaces de problematizar las categorías y explorar nuevas dimensiones del proceso. Con esa idea este ensayo asume dos puntos de par-

tida. Primero, atender a aquellos conflictos, en grado sumo vertiginosos, que conectaron esas coyunturas “calientes” con la dinámica “fría” de las grandes potencias. Esto permite observar las jugadas entramadas de esos actores –gobiernos, partidos, movimientos internacionales– con intereses propios en una lucha desigual que se dirimió en diferentes planos simultáneos.² Segundo, explorar las construcciones de género y de la sensibilidad que combinaron lo político, lo ideológico y lo afectivo.³ Enfatizo en el entrelazamiento de estas dimensiones con lo cual me diferencio de aquellos enfoques (en alza en el giro emocional o afectivo) que escinden lo político y lo emocional por ejemplo e, incluso, que pivotean en esa diferencia en sus interpretaciones. Argumentaré, por el contrario, que las conexiones políticas y afectivas (amistades, amores, parentescos) son claves para entender ciertos acontecimientos, en los que la intimi-

² La formulación me pertenece pero sigo especialmente a Tanya Harmer, *El gobierno de Allende y la Guerra Fría Interamericana*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Diego Portales, 2013, y Heidi Tinsman y Sandhya Shukla, *Imagining Our Americas: Toward a Transnational Frame*, Durham, Duke University Press, 2007.

³ Este enfoque en Michelle Chase, Isabella Cosse, Melina Pappademos y Heidi Tinsman, número especial, “Revolutionary Positions: Sexuality and Gender in Cuba and Beyond”, *Radical History Review*, n° 36, en prensa.

¹ Mauricio Vicent, “Jorge Timossi: periodista que inspiró el Felipe de ‘Mafalda’”, *El País*, 14 de mayo de 2011, sin página (sp) en Archivo del diario *Clarín*.

dad interviene decisivamente. Este plano está unido a las construcciones de género cuyo estudio permite abrir nuevas capas de sentido sobre lo político y que operaron en sí mismas. En este caso, este ángulo posibilita comprender las disputas en torno a la figura de Allende cuando su muerte y la derrota del proyecto de la Unidad Popular abrieron la batalla por la memoria y el legado del líder y de la experiencia chilena.

Prensa Latina en el Chile de la Unidad Popular

Jorge Timossi, ese personaje tímido y fantástico si le creemos a Quino, estuvo en el origen de Prensa Latina, la agencia cubana de noticias fundada en 1959. Llegó casi de casualidad. Rodolfo Walsh—quien era ya un reconocido periodista y escritor y parte de su grupo de amigos— le había dado una carta de recomendación, un año atrás, cuando él había decidido partir de Buenos Aires, hastiado de su empleo, a recorrer América Latina. La carta funcionó y, estando en Río de Janeiro, subió al barco mítico en el que viajaban Jorge Massetti y Gabriel García Márquez, para colaborar junto a otros rutilantes intelectuales latinoamericanos en la creación de la agencia.⁴

En 1970, Timossi llegó a Chile para hacerse cargo de la oficina de Prensa Latina en Santiago. Era ya un periodista experimentado—había cubierto la intervención militar norteamericana en Santo Domingo y la guerra de Argelia— pero la nueva misión representaba un reconocimiento.⁵ El triunfo de Salvador Allende había convertido a Chile en un escenario crucial. En un contexto en el que ambas potencias intentaban la distensión, el triunfo

de la Unión Popular desafiaba el orden de la guerra fría y la influencia norteamericana en la región. Por esa razón, la Unión Soviética fue cautelosa con el compromiso con Chile y los Estados Unidos otorgaron nueva centralidad a la región con intervenciones que supusieron una fluida relación entre actores locales y gobiernos, no siempre exenta de conflictos. Para Cuba, la Unión Popular significaba el fin del aislamiento en el continente y le permitía, incluso, ganar cierta autonomía en las alianzas internacionales respecto del bloque soviético. El proceso involucraba, en sí mismo, la gran discusión política e intelectual de la izquierda dentro y fuera de América Latina: las vías para llegar a la revolución.⁶

Allende restauró las relaciones diplomáticas con Cuba (con la que habían roto todos los gobiernos latinoamericanos salvo el de México) poco después de asumir la presidencia. En 1971, la visita de Fidel Castro mostró la evidente centralidad política del proceso chileno. Fue un viaje de seducción e involucramiento. Castro recorrió minas, conversó con estudiantes y tomó pisco en una estadía que se alargó de diez a veinte días. Fue acompañado por diplomáticos y asesores que se quedarían a apoyar al gobierno de la Unidad Popular. En ese contexto, Prensa Latina fue un engranaje clave para intervenir sobre la opinión pública a escala internacional, un campo de batalla central, como bien sabían los cubanos. Timossi asumió su dirección. Se dice que fue elegido por pedido de Allende, pero, sin duda, la decisión estuvo avalada por el propio Castro. El Felipe de carne y hueso lo admiraba. Lo consideraba un líder sin igual.⁷

Las relaciones entre Cuba y Chile fueron estrechas y complejas. Salvador Allende y Fidel Castro, siguiendo a Tanya Harmer, compartían

⁴ Véase Isabella Cosse, *Mafalda: historia social y política*, Buenos Aires, FCE, 2014.

⁵ Vicent, “Jorge Timossi”.

⁶ Harmer, *El gobierno de Allende*, caps. 1 y 2.

⁷ Pedro de la Hoz, “Los sueños de Timossi”, *La Jiribilla*, 2002, n° 522 <http://www.epoca2.lajiribilla.cu/2011/n522_05/522_31.html>.

una visión similar de América Latina. Ambos entendían que el capitalismo dependiente era un sistema difícil de modificar en el continente dada la proximidad de los Estados Unidos. La sintonía se fue fortaleciendo con medidas comunes en diferentes foros. Pero, al mismo tiempo, ambos líderes eran conscientes de que su relación dependía de respetar las diferencias en torno a los métodos para alcanzar la revolución.⁸ Este respeto fue público y Castro lo reiteró en su visita. No obstante, la presencia de Cuba en Chile se volvió un elemento de los ataques de la derecha chilena y parte de los hostigamientos en la opinión pública internacional.⁹ Más aun cuando las relaciones bilaterales se profundizaron con acuerdos comerciales, tecnológicos y con intercambios políticos y culturales que se enmarcaban en el internacionalismo. Prensa Latina permitía nutrir ese internacionalismo dando a conocer las realidades de ambos países y creando empatía.

Timossi estaba conectado con los centros neurálgicos del gobierno de Allende. Tenía cierta intimididad. Era parte del grupo estrecho del presidente, aquel que participó el 8 de septiembre de 1973 del cumpleaños de la hija de Allende, Beatriz, militante comprometida, colaboradora de su padre y casada con el cubano Luis Fernández Ulloa, hombre a su vez de confianza de Castro. Fue aquella la última oportunidad que Timossi tuvo de conversar con Allende. Jugaron al ajedrez, que les gustaba a ambos. Cuando estaban poniendo las piezas, el presidente le dijo: “La cosa está muy fea. Tomaré una determinación en un par de días. Ya ve: hice buenos enroques y alguna buena variante. Pero se me están acabando los peones”. El mensaje era claro. Allende estaba preparando un conjunto de medidas que anunciaría el 11 de septiembre. La más importante

era la convocatoria a una asamblea constituyente, una jugada que complicaría una intenciona militar. No llegó a hacerla. En la madrugada recibió una llamada en su residencia. Se había desatado el golpe.¹⁰

La Moneda en llamas

Los periodistas de Prensa Latina cubrieron el ataque al Palacio de La Moneda. La oficina estaba en un lugar estratégico: a dos cuadras del palacio presidencial, en un piso alto, que permitía observar los alrededores. Sabían que su misión política era informar. La comunicación con Cuba quedó cortada desde temprano, pero las líneas telefónicas en el interior del país se mantuvieron. Incluso las que comunicaban con casa de gobierno. Durante varias horas los periodistas pudieron retransmitir comunicaciones por télex a la oficina de París, desde donde se replicaba a Cuba. Escribieron con las máquinas debajo de los escritorios para protegerse de posibles impactos de las bombas que parecían estallar en la misma oficina. Dejaron de transmitir cuando las Fuerzas Armadas clausuraron todas las conexiones de Chile con el exterior y posteriormente cerraron todos los medios de comunicación salvo el canal 13 de televisión. Hoy sabemos que miles de militantes políticos estaban siendo apresados y cientos de ellos asesinados a lo largo de todo el país.

Dado que las comunicaciones con el exterior estaban cortadas, Timossi recién logró enviar su crónica completa tres días después del golpe –según cuenta–, cuando llegó a Cuba. Había logrado salir de Chile junto con los otros cubanos, algo más de cien, por la mediación del embajador sueco Harald Edels-

⁸ Harmer, *El gobierno de Allende*, pp. 39-105.

⁹ Marcelo Casals Araya, *La creación de la amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la “campana del terror” de 1964*, Santiago de Chile, 2016.

¹⁰ Jorge Timossi, *Grandes alamedas. El combate del presidente Allende*, La Habana, Editorial de Ciencias Políticas, 1974, p. 16.

tam, en un avión soviético cedido al gobierno de la isla, sin el cual hubiera sido difícil que salieran.¹¹ Había padecido tres allanamientos junto a los otros cinco periodistas de Prensa Latina (dirigidos contra la revista *Punto Final*, instalada en el mismo edificio, cuya oficina fue destrizada a culatazos). Habían logrado salvarse amparándose en su condición de agencia de noticias y porque la oficina no tenía ningún material que mostrara sus posiciones políticas. Cuando se sentó a escribir, una vez a salvo en Cuba, Timossi estaba exhausto, sin dormir. Las cuartillas fueron retransmitidas, según su relato, a medida que iban saliendo de su máquina. Supuestamente, en pocos días, se había publicado en la primera plana de cincuenta diarios.¹²

En “Las últimas horas de La Moneda” —como Timossi tituló su crónica— se pulsa la tragedia. Es un texto escrito al hilo, sin pausa, en primera persona, que denuncia la feroz violencia desatada contra la sede de gobierno chileno. Está basado en los testimonios de quienes estaban allí cuando cayeron las bombas, muchos de los cuales el periodista ya sabía, cuando escribía, muertos. Justamente el relato ancla su entidad —incluso en términos del registro de escritura— en la íntima conexión entre los vínculos personales y el compromiso político. Esa conexión le permitió, a su vez, descorrer la cortina de los bombardeos para hacer una crónica íntima, sensible, desde adentro de La Moneda. Es el testimonio, también, de un sobreviviente que sabe la importancia del acontecimiento que definió la correlación de fuerzas en la región, con el que se

iniciaba la sangrienta y larga dictadura chilena. Comenzaba diciendo:

El presidente Salvador Allende cayó defendiendo el Palacio de Gobierno, sus convicciones esenciales, después de exigir garantías para la clase obrera chilena ante el poder avasallador del golpe fascista.

“No saldré de La Moneda, no renunciaré a mi cargo y defenderé con mi vida la auto-
ridad que el pueblo me entregó”, remarcó desde la primera alocución que hizo en la mañana del martes 11 por la efímera cadena radial La Voz de la Patria.¹³

La envergadura política de esa decisión —elegir luchar y morir— delataba, claro, el valor de Allende. Esta asume todo su sentido en la crónica con la descripción de La Moneda asediada por carabineros, tanquetas y vuelos rasantes de aviones, que los corresponsales habían sentido sobre ellos mismos en su oficina.

Timossi escribió con pormenores. Contó que Allende había llegado al palacio, a las 7.30 am, con una escolta personal, 50 efectivos de Carabineros, sus asesores directos y sus médicos personales y que, después, Radio Corporación había emitido un primer mensaje de alerta del presidente. Su descripción tiene la fuerza de quien fue elegido para dar testimonio: “a las 9.15 me comuniqué con el despacho presidencial. Un asesor de Allende me reiteró ‘Puedes decir que aquí morimos y vamos a resistir hasta el final’”. La crónica da lugar a las propias percepciones de los periodistas (“ascendió un inmediato olor a pólvora, aceite y carne quemada”). Son esos detalles con los que toca las fibras sensibles. Con ellos, Timossi logra retratar la tensión. Relató, por ejemplo, el llamado desde La Moneda en el que Jaime Barrios, asesor económico de Allende, le habría explicado: “Vamos

¹¹ Sigo aquí la reconstrucción de Harmer, *El gobierno de Allende*, pp. 310-311.

¹² Jorge Timossi, “La moneda, nuestro brutal 11 de septiembre”, en *Rebelión*, 11 de septiembre del 2003 <<http://www.rebelion.org/hemeroteca/chile/030911timossi.htm>>. El texto reproduce la primera crónica que usaré aquí pero no he podido corroborar por otras fuentes.

¹³ Jorge Timossi, “La moneda”.

hasta el final. Allende está disparando con una ametralladora. Esto es infernal, nos ahoga el humo”. Contó que los parlamentarios, enviados para buscar garantías para la clase trabajadora, habían recibido disparos al regresar. Transmite la tensión que siguió: el pedido de Allende para que las mujeres y el personal subalterno salieran del edificio y la despedida con su hija, Beatriz, embarazada, que no quería irse. Este detalle es clave. Otorga la fibra íntima, sensible, humana de una escena trágica. Es la figura del presidente, pero, también, del *pater familias* y del líder capaz de proteger a sus subordinados.¹⁴

La crónica eludió explicitar cómo murió Allende. Informó que los comunicados oficiales debieron dar la noticia de la muerte al día siguiente –lo que parecería unido al efecto que esta tendría– diciendo que se había suicidado y que sería velado en Valparaíso en una ceremonia privada. Timossi no se pronunciaba al respecto. Quizá no sabía qué había sucedido, quizá no se atrevió a avanzar sobre un detalle clave cuyo sentido político entendía bien. Pero logró imponer otra imagen: “Salvador Allende, un vital hombre de 65 años, que combatió con un fusil ametralladora y un casco de acero, estaba en un charco de sangre, caído sobre el tapiz de su despacho”. Con ello apuntaló la figura del combatiente armado. Reponía, de ese modo, las marcas de una virilidad guerrera sostenida en la capacidad de entregar la vida y hacerlo con las armas en la mano, que entroncaba en la tradición heroica de la nueva izquierda pero que adquiría significación propia porque involucraba al presidente de saco y corbata que había tomado las armas para defender las instituciones democráticas.¹⁵

El periodista sabía el sentido político de su relato. No mencionó –seguramente no lo había escuchado– el mensaje de Allende esperanzador, con la imagen de las alamedas abiertas nuevamente, que marcaría a fuego la memoria de ese día para la izquierda latinoamericana. Sin embargo, la crónica deja abierta la esperanza: la resistencia había continuado en las barriadas obreras, aquellas zonas en las que los partidarios de defender al gobierno con las armas habían pensado que estas podrían ser entregadas. “No creo que Allende haya muerto en vano”, decía la última línea.

Allende combatiente y memoria de resistencia

Un mes después, Timossi había ampliado su crónica y la entregaba para que fuese publicada como libro. Urgía intervenir en la batalla por la memoria. La dictadura, en los términos de José del Pozo, quiso imponerle una segunda muerte a Allende. Buscaron sembrar una leyenda negra para erradicar el “halo de heroica grandeza” –como decía una de esas versiones– que había comenzado a adquirir Allende. Lo acusaron de fraude, de preparar el asesinato de jefes militares en un plan con cubanos y otros extranjeros, pero, también, dijeron que en su residencia se combinaba el adiestramiento guerrillero, la pornografía y el alcohol.¹⁶

El libro de Timossi intervino sobre la disputa por la memoria, el nuevo campo de batalla. Con dos ediciones sucesivas fechadas en 1974, reeditado en varias oportunidades y traducido a distintos idiomas, ofrece una reconstrucción cronológica, minuto a minuto, del golpe de Estado, centrándose en la figura de

¹⁴ *Ibid.*, pp. 66 y 106.

¹⁵ Isabella Cosse, “Masculinidades, clase social y violencia política (Argentina, 1970)”, *Revista de Sociología Mexicana*, Universidad Nacional de México, vol. 81, n° 4, en prensa.

¹⁶ José del Pozo Artigas, *Allende: cómo su historia ha sido relatada: Un ensayo de historiografía ampliada*, Santiago de Chile, LOM, 2017, cap. 1.

Allende. El periodista amplió su información, conversó con nuevos testigos, entre los que menciona especialmente a Beatriz Allende, pero, también, con muchos integrantes de la escolta presidencial y otros protagonistas cuya identidad mantiene en secreto. Esta reconstrucción fue quizá por mucho tiempo el relato más detallado basado en testimonios de los protagonistas de esas horas desesperadas, y sigue siendo hoy fuente para su estudio.¹⁷ Desde su título, *Grandes alamedas: el combate del presidente Allende*, forjaba el legado del líder chileno a su pueblo y al mismo tiempo la interpretación del proceso. Según el propio autor, su libro era el primer testimonio “de la resistencia armada en Chile contra el fascismo” y de que La Moneda había sido “la trinchera de combate” de Allende, donde el presidente había caído “con las armas en la mano”.¹⁸

No es posible analizar aquí este libro en toda su significación. Pero quisiera notar tres deslizamientos. El primero involucra la voz política. La voz propia de Timossi queda desdibujada. Al comenzar su relato del 11 de septiembre cede la palabra a Fidel Castro y a Beatriz Allende en el acto de homenaje a Chile realizado en Cuba quince días después. Presenta la plaza llena y transcribe el fragmento del discurso en el que el líder cubano relata cada momento. La reconstrucción de “Fidel” (como lo llamaba Timossi “el más dilecto amigo del presidente Allende”) fue, por supuesto, una intervención política. Seguramente, Castro había evaluado con detenimiento diferentes testimo-

nios —remarcó especialmente el de Beatriz Allende—, y los informes de la propia inteligencia cubana. Su discurso apuntó a las cualidades humanas y morales pero el énfasis quedó colocado, con sus propias palabras, en “el carácter de combatiente y de soldado de la revolución del presidente Allende”. Es decir, perfiló la memoria combatiente del líder que había decidido hacer la revolución socialista por la vía democrática. Castro negó el suicidio (aunque deslizó que esa posibilidad no habría empequeñecido a Allende); relató, en una secuencia casi cinematográfica, que el presidente fue muerto “acribillado a balazos” por las ráfagas enemigas. Con esa visión, parecía cerrarse la discusión sobre las vías armadas de la revolución y se fundaba una memoria de la resistencia que legitimaba la lucha con las armas.¹⁹

Observemos los otros dos desplazamientos. Por un lado, Timossi cambió el registro. El libro siguió hilvanando la denuncia política de la violencia trágica de ese día con el relato íntimo y vívido de quienes lo habían protagonizado. Pero el relato se volvió coral. La voz de Beatriz sobresale en ese coro, con su discurso que precedió al del líder cubano en la Plaza y con los detalles que ofreció al autor en sus entrevistas. No obstante, se incluyen relatos de otros protagonistas y sobrevivientes de la Moneda cuyos testimonios, también, reafirman el entrelazamiento entre el relato íntimo y la denuncia política. Por otro lado, la denuncia se fortaleció con diagramas, cartas y fotografías. En especial, esas fotos, hoy icónicas, muestran la envergadura, la previsión, la ferocidad del ataque a La Moneda.

El libro cierra con la última alocución de Allende transmitida en Radio Magallanes, el 11 de septiembre de 1973. Esta no estaba, como he dicho, en la crónica inicial. Timossi aclara que fue tomada de una grabación con

¹⁷ Existe una copiosa bibliografía en torno a la memoria del golpe. Es imposible aquí dar cuenta de ella. Véase Azun Candina Palomer, “El día interminable. Memoria e instalación del 11 de septiembre de 1973 en Chile (1974-1999)”, en Elizabeth Jelin, *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas “in-felices”*, Madrid, Siglo XXI, 2002, pp. 11-48; Alicia del Campo, Michael J. Lazzara, Heidi Tinsman y Ángela Vergara, “The Other 9/11, 1973 – Memory, Resistance, and Democratization”, *Radical History Review*, n° 124, enero de 2016. El propio libro de Harmer toma detalles de la crónica de Timossi.

¹⁸ Timossi, *Grandes alamedas*, p. 13.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 13 y ss., y sobre la muerte, p. 43.

ruidos de combate que hicieron difícil la transcripción completa. Ese discurso ha sido una pieza clave de la memoria del golpe de Estado y de la resistencia chilena. “Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor” dice en su tramo final.²⁰ Con estas palabras escritas para el porvenir, Timossi anuda el cierre y el propio título de su libro, sin duda, sabiendo que las *Grandes Alamedas* dotaban de esperanza al futuro para la memoria de la izquierda dentro y fuera de América Latina.

Conclusión

Fue la conexión personal y política lo que llevó a Timossi a Prensa Latina, y fue decisiva, a la vez, para su propia batalla del 11 de septiembre de 1973. Ese día, la producción misma de la información, en su doble condición de noticia e intervención política, fue posible y se legitimó en ese entrelazamiento. Pero, además, la crónica hilvanó el registro íntimo y personal, y este se engarzó con la lectura política. Con frecuencia esta conexión es entendida en términos instrumentales. Como he planteado, esta visión impide entender la densidad de ese entrelazamiento que operaba en diferentes niveles y cuya fuerza radicaba, incluso para los propios actores, en la imposibilidad de escindirlos.

En igual sentido, la cobertura de Timossi no puede comprenderse en su cabal importancia sin considerar las construcciones de género que forjaron la imagen combatiente de Allende. Los detalles fueron claves para construirla, al igual que el registro de escritura con el que quien lee puede imaginárselo dando órdenes, usando la metralleta, cuidando de las

mujeres y de los subordinados. Pero también para esa imagen son importantes otros detalles: la elusiva mención al suicidio en la primera crónica y la sobresaturada reconstrucción que la negó de la mano de Fidel Castro en el libro. Con esas filigranas, traza la figura del *pater familias* y del compañero y, sobre todo, hace del presidente de saco y corbata un héroe viril capaz de morir con las armas en la mano. Esta visión cerraba, por sí misma, la disputa por las vías de la revolución. Imponía organizar la resistencia armada.

Timossi volvió sobre su crónica en más de una ocasión. Quizá sabiendo que ninguno de los acontecimientos que cubrió después –los que en sus palabras hicieron de Felipe “otra cosa”– igualaba al “combate” de Allende. O, quizá, porque ninguno lo marcó tan a fuego como esa lucha descomunal entre cincuenta hombres y un ejército. Con la certeza, sin duda, de que ese día sería revisitado una y otra vez por los protagonistas y por sus hijos, pero, también, por quienes tenemos la pretensión de usar las armas de la comprensión. Quien escribe estas páginas nunca había leído la crónica de Timossi, pero recuerda, siendo niña, el retrato de Allende sobre un aparador con flores colocadas por quienes, habiendo salido ese día de La Moneda, volvían emocionados sobre los detalles de esa jornada, empeñados en sostener su propia memoria. □

Bibliografía

Campo del, Alicia, Michael J. Lazzara, Heidi Tinsman, y Ángela Vergara, “The Other 9/11, 1973 – Memory, Resistance, and Democratization”, *Radical History Review*, n° 124, enero de 2016.

Candina Palomer, Azun, “El día interminable. Memoria e instalación del 11 de septiembre de 1973 en Chile (1974-1999)”, en Elizabeth Jelin, *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas “in-felices”*, Madrid, Siglo XXI, 2002, pp. 11-48.

Casals Araya, Marcelo, *La creación de la amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la “campana del terror” de 1964*, Santiago de Chile, 2016.

²⁰ *Ibid.*, p. 229-232.

Cosse, Isabella, *Mafalda: historia social y política*, Buenos Aires, FCE, 2014.

——, “Masculinidades, clase social y violencia política (Argentina, 1970)”, *Revista de Sociología Mexicana*, Universidad Nacional de México, vol. 81, n° 4, en prensa.

Chase, Michelle, Isabella Cosse, Melina Pappademos, Heidi Tinsman, número especial, “Revolutionary Positions: Sexuality and Gender in Cuba and Beyond”, *Radical History Review*, n° 36, en prensa.

Harmer, Tanya, *El gobierno de Allende y la Guerra Fría Interamericana*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Diego Portales, 2013.

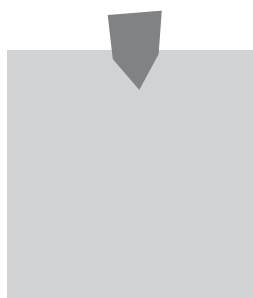
Hoz, Pedro de la, “Los sueños de Timossi”, *La Jiribilla*, 2002, n° 522 <http://www.epoca2.lajiribilla.cl/2011/n522_05/522_31.html>.

Pozo Artigas, José del, *Allende: cómo su historia ha sido relatada: Un ensayo de historiografía ampliada*, Santiago de Chile, LOM, 2017.

Tinsman, Heidi y Shukla Sandhya, *Imagining Our Americas: Toward a Transnational Frame*, Durham, Duke University Press, 2007.

Vicent, Mauricio, “Jorge Timossi: periodista que inspiró el Felipe de ‘Mafalda’”, *El País*, 14 de mayo de 2011, Archivo del diario *Clarín*, s/p.

Lecturas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 23 / 2019

Lecturas de Mauss*

Carlo Ginzburg

1. Deseo ante todo expresar mi gratitud a quienes me han invitado a hablar aquí: me siento profundamente honrado por ello. Quisiera a su vez dejar en claro el sentimiento de deuda que tengo hacia ese gran historiador a quien está dedicado este ciclo de conferencias. Descubrí los escritos y la figura de Marc Bloch hace más de cincuenta años y le debo al que sigue siendo, quizá, su libro más original e innovador –me refiero a *Los reyes taumaturgos*– el impulso definitivo que me llevó a abrazar, cuando era apenas un estudiante que daba sus primeros pasos, la profesión de historiador. Recuerdo todavía mi emoción al comenzar a hojear las páginas de la primera edición, la de 1924 (mucho tiempo habría que esperar para la edición anastática, y no hablemos ya de la edición precedida por la luminosa introducción de Jacques Le Goff), que se sumaba a la sorpresa por el inusual tema de la investigación y por la manera en que Bloch lo abordaba.

El epígrafe irónico de las *Cartas persas* –“Ese rey es un gran mago”– anunciaba el dilema metodológico con el que abría el libro. Por un lado, hacer frente al tema de los poderes mágicos atribuidos a los soberanos sin plantearse límites de espacio o de tiempo. Por otro lado, restringir la búsqueda a sociedades vinculadas entre sí por relaciones documentadas históricamente. Es sabido que Bloch optó por el segundo camino: *Los reyes taumaturgos* analiza la capacidad, atribuida a los reyes legítimos de Francia y de

Inglaterra, de curar las escrófulas. Sin embargo, antes de rechazar la comparación etnográfica, que él asocia con el nombre de James Frazer, Bloch la evalúa como una alternativa legítima.

Semejante aventura intelectual no podía dejar de impresionar a un joven de 20 años que acababa de cruzarse (estamos en el año 1959) con los escritos de Claude Lévi-Strauss.

Las reflexiones sobre la relación entre morfología e historia, que me obsesionaron durante décadas, nacieron en ese preciso momento a partir de la lectura de *Los reyes taumaturgos* filtrada por la *Antropología estructural*.¹ Solo muchos años después, gracias al prefacio de Le Goff a *Los reyes taumaturgos*, advertí que en ese libro un nombre brillaba por su ausencia: el de Marcel Mauss (que llevó a cabo un cálido elogio del libro de Bloch tras su publicación).² Es verdad: Mauss nunca se había ocupado *ex profeso* de la monarquía sagrada, el tema central de la investigación de Bloch. Sin embargo, desde hacía mucho tiempo trabajaba en su *Ensayo sobre el don*, que apareció en 1925, un año después de *Los reyes taumaturgos*. A través de una serie de reseñas y de breves ensayos, Mauss había dado forma a un ambicioso proyecto basado en una comparación extremadamente amplia entre sociedades muy distantes en el espacio y en el tiempo, casi siempre desprovistas

* Publico aquí, con mínimas modificaciones, el texto de la conferencia Marc Bloch que pronuncié el 8 de junio de 2010. Agradezco a Anna Belgrado, Alberto Gajano y Sergio Landucci por sus observaciones; y a Martin Rueff, quien ha traducido estas páginas, además de haberme ayudado a perfeccionarlas gracias a sus conocimientos como especialista en Rousseau. [N. del E.: el texto de Ginzburg fue publicado originalmente en francés en *Annales HSS*, n° 6, noviembre-diciembre de 2010; aquí se publica gracias a la autorización del autor y de la revista, con traducción de Enrique Schmukler.]

¹ Carlo Ginzburg, *Il filo e le tracce. Vero falso finto*, Milán, Feltrinelli, 2006, p. 291. Id., *Le fil et les traces. Vrai faux fictif*, Lagrasse, Éd. Verdier, 2010, p. 381 [trad. esp.: *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, Buenos Aires, FCE, 2010].

² Jacques Le Goff, “Introduction”, en M. Bloch, *Les rois thaumaturges* [1924], París, Gallimard, 1983, p. xxxv [trad. esp.: “Prólogo”, en M. Bloch, *Los reyes taumaturgos*, México, FCE, 2006]. Marcel Mauss, “La sociologie en France depuis 1914” [1933], *Œuvres*, París, Éd. de Minuit, 1969, vol. III, p. 445: “Los dos grandes trabajos de Marc Bloch, *Los reyes taumaturgos* y *Fisionomía de la historia rural en Francia* [sic, para referirse a *Las características originales de la historia rural francesa*] ponen en evidencia y comprueban importantes conclusiones sociológicas” (mi traducción).

de relaciones históricas documentadas. Mauss no podía hacer alarde de ningún conocimiento directo de estas sociedades. La expresión *armchair anthropologist*, nacida con una intención sarcástica, le cabe como anillo al dedo. Este antropólogo, que ha inspirado un gran número de investigaciones de campo, era ante todo un extraordinario lector. Es esto lo que me lleva al tema del que voy a hablarles esta noche. El título que he elegido –*Lecturas de Mauss*– se refiere tanto a lo que Mauss –el Mauss del *Ensayo sobre el don*– ha leído, como a las diferentes maneras en que él ha sido leído. Tal como intentaré demostrarlo a partir de una serie selectiva y casi arbitraria de ejemplos (un examen sistemático sería imposible y sin duda innecesario), estas dos perspectivas se encuentran estrechamente vinculadas. Más precisamente, la primera echa luz sobre la segunda: comprender lo que Mauss ha leído nos ayuda a comprender, en sentido positivo tanto como en sentido negativo, cómo Mauss ha sido leído.

2. El Mauss lector es un antropólogo que hace antropología por intermedio de terceros. Desde su sofá, hace dialogar a etnógrafos que han trabajado de manera independiente entre sí, aun cuando no siempre ignoraran el trabajo que llevaban a cabo unos y otros. Digo “hace dialogar” porque es Mauss quien plantea las preguntas a la documentación. Pero la documentación ha sido recabada a la luz de una serie de preguntas que no eran suyas y que, en cierta forma, no han dejado de condicionarlo. Tomemos un caso macroscópico: el diálogo que Mauss instaura entre Bronislaw Malinowski y Franz Boas, dos antropólogos que han trabajado en sociedades extremadamente diferentes entre sí, separados uno de otro por miles de kilómetros de distancia. El *kula*, el inmenso circuito de intercambios gratuitos analizado por Malinowski en el archipiélago de las islas Trobriand, y el *potlatch*, esa competición entre jefes basada en la distribución ostentatoria de bienes (llevada a veces hasta la destrucción) practicada por las poblaciones indígenas de las costa noroeste del Pacífico estudiada por Boas, parecen tener pocas cosas en común.³ Y esto no

es todo: como se ha podido observar, el *kula* puede ser incluido en la categoría del don en un sentido amplio, frente a la cual, en cambio, el *potlatch* parece irremediabilmente ajeno. Esta objeción, formulada en repetidas ocasiones, ha sido desarrollada hace más de diez años por Alain Testart en un ensayo titulado “Uncertainties of the ‘obligation to reciprocate’: A critique of Mauss”. A lo largo de una argumentación que analizaba el texto minuciosamente, Testart afirmaba que la obligación de responder al don, que Mauss había planteado en el núcleo de su ensayo, no existe en el *potlatch*; que la posibilidad de sancionar con la esclavitud la ausencia de reciprocidad en el *potlatch*, que Mauss había atribuido a los indígenas Kwakiutl, provenía de una interpretación errónea de un pasaje de Boas que, además, no se refería al *potlatch*.⁴

“La irresistible ineficacia de un clásico”: la broma irónica de Max Frisch sobre Bertold Brecht no se aplica, desde luego, al *Ensayo sobre el don*. Este clásico de la antropología se encuentra, hoy más que nunca, en el centro de acaloradas discusiones: o, más precisamente, de críticas corrosivas que afectan no solo sus fundamentos etnográficos sino incluso su marco conceptual. Es precisamente esto lo que hizo Testart al sostener, por un lado, que el *potlatch* no constituye un ejemplo de la obligación de la reciprocidad del don, y, por otra parte, al negar que esta obligación de reciprocidad constituye un fenómeno universal. Toda discusión en torno al *Ensayo sobre el don* debe remitirse a esta doble crítica.

3. En una primera versión finalmente descartada, el título del *Ensayo* era el siguiente: *Estudio general de las formas y las razones del intercambio en las sociedades arcaicas. Del don y, en particular, de la obligación de hacer regalos*.⁵ Que este último punto, destinado luego a transformarse en el título de la introducción, haya constituido el argumento

³ Franz Boas, “The social organization and the secret societies of the Kwakiutl Indians”, *Annual report of the Board of regents of the Smithsonian Institution... for the year ending*

June 30, 1895, Washington, Government printing office, 1897, pp. 311-738. Para el capítulo dedicado al *potlatch*, véanse pp. 341-358.

⁴ Alain Testart, “Uncertainties of the ‘obligation to reciprocate’: A critique of Mauss”, en W. James y N. J. Allen (dirs.), *Marcel Mauss: A centenary tribute*, Nueva York, Berghahn Books, 1998, pp. 97-110. Véase, también de Alain Testart, *Critique du don. Études sur la circulation non marchande*, París, Éd. Syllepse, 2007.

⁵ Debo esta información a la generosidad de Stéphane Baciocchi.

central de la investigación de Mauss lo demuestra también el breve y extremadamente denso ensayo publicado un año antes del *Ensayo sobre el don: Gift / Gift*.⁶ La identidad subrayada por Mauss entre la palabra que designa el don (en inglés moderno) y el veneno (en alemán moderno) aparece hoy como un antídoto preventivo *contra* la retórica dominante, y a menudo infundada, relativa al carácter gratuito del don. El camino que Mauss tenía la intención de recorrer era distinto, a la vez más ambicioso y más radical: comprender, a través del don y la obligación que este crea, el modo en que la sociedad –no tal o cual sociedad, sino la sociedad en tanto tal– es posible. Y es a la luz de este proyecto de investigación como se puede intentar comprender la presencia, en apariencia injustificada, del *potlatch* en un ensayo sobre el don.

4. Pero antes de examinar la manera en que Mauss reelaboró los materiales sobre el *potlatch*, es indispensable detenerse en quien, más que nadie, se había dedicado a recabarlos: Boas. El inmenso trabajo etnográfico que Boas había llevado a cabo durante décadas, principalmente sobre la población de la costa noroeste del Pacífico, terminó por envolver su figura con un halo de leyenda. Una leyenda ambivalente: el rigor de Boas (como lo subrayara Lévi-Strauss) legó a los futuros antropólogos un modelo inalcanzable que terminó por obstaculizar la reflexión teórica.⁷ El agnosticismo de Boas habría derivado de un modelo cognitivo inspirado en la física y en la geografía, disciplinas en las que se había formado.⁸ En estas opiniones de Lévi-Strauss, en las cuales se mezclan la crítica y una profunda admiración, Boas aparece como la más alta encarnación del positivismo. Pero su biografía revela una realidad más compleja. La madre de Boas, Sophie, cuyo apellido de nacimiento era Meyer, había nacido en Minden, una pequeña ciudad de Westfalia, en una familia judía abierta a la

cultura moderna. Sophie desarrolló muy temprano una aguda conciencia sobre la injusticia que caracteriza la relación entre los sexos: “Un día, tal vez dentro de algunos siglos –le escribía a su amigo Abraham Jacobi– cuando la humanidad entera sea reconocida como humana, el yugo que pesa sobre las mujeres también se romperá”.⁹ En estas aspiraciones por el reconocimiento volvemos a encontrar la marca de los ideales radicales de 1848.

Gracias a Jacobi, la joven Sophie había conocido al médico Ludwig Kugelmann, amigo de Karl Marx, con quien mantenía diálogo epistolar. En febrero de 1851, Jacobi envió a Sophie y a su hermana Fanny (quien se convertiría más tarde en su esposa) la copia de un opúsculo recientemente publicado: el *Manifiesto del partido comunista*.¹⁰ Esta era la atmósfera intelectual y política en la cual Boas había sido educado. Antes de emigrar a los Estados Unidos, tuvo tiempo de presenciar en Heidelberg los cursos de uno de los más célebres e independientes discípulos de Georg Wilhelm Friedrich Hegel: Kuno Fisher, a quien calificó como “absolutamente brillante”.¹¹ Posteriormente, en una carta enviada a su hermana cuando aún no había cumplido los 30 años, Boas recuerda “el idealismo alemán que hay en mí, que es la fuerza que me empuja [...] y por la cual debemos los dos, tú y yo, estar en deuda con nuestra madre”.¹² Boas, discípulo de Adolf Bastian, provenía de una familia con una tradición que se remontaba a Alexander von Humboldt y, en ciertos aspectos, a Hegel.¹³

5. No estoy en condiciones de determinar el modo en que la educación intelectual de Boas pudo orientar su trabajo de campo.¹⁴ Pero una

⁶ Marcel Mauss, “Gift/Gift” [1924], *Œuvres*, vol. III, pp. 46-51.

⁷ Para una lectura que pone el acento en el impulso teórico en que se inspiraba la etnografía de Boas, véase Adam Kuper, *The invention of primitive society: Transformations of an illusion*, Londres/Nueva York, Routledge, 1988, p. 150.

⁸ Claude Lévi-Strauss, *Anthropologie structurale*, París, Plon, 1958, pp. 9-18 y p. 308 [trad. esp.: *Antropología estructural*, Barcelona, Paidós, 1995].

⁹ Douglas Cole, *Franz Boas: The early years, 1858-1906*, Vancouver/Seattle, Douglas & McIntyre/University of Washington Press, 1999 (quien se basa en una amplia documentación inédita), p. 15, quien a su vez se remite a Martin Hundt, *Louis Kugelmann. Eine Biographie des Arztes und Freundes von Karl Marx und Friedrich Engels*, Berlín, Dietz-Verl., 1974 (con noticias suplementarias).

¹⁰ D. Cole, *Franz Boas*.

¹¹ *Ibid.*, p. 42.

¹² *Ibid.*, p. 104.

¹³ George W. Stocking (dir.), *Volksgeist as method and ethic: Essays on Boasian ethnography and the German anthropological tradition*, Madison, University of Wisconsin Press, 1996.

¹⁴ Véase el importante ensayo de Marie Mauzé, “Boas, les Kwagul et le potlatch. Éléments pour une réévaluation”,

cosa es cierta: Mauss se interesó en la documentación recabada y presentada por Boas partiendo de sus propias preguntas. ¿Qué preguntas?

En la sección del *Ensayo sobre el don* dedicada al *potlatch*, Mauss evoca un mito recogido y presentado por Boas en su *Tsimshian mythology*.¹⁵ Luego de aludir a las grandes fiestas que se celebraban para bautizar al hijo recién nacido de un jefe, Mauss comenta:

El *potlatch*, la distribución de bienes, es el acto fundamental del “reconocimiento” militar, jurídico, económico, religioso, en todos los sentidos de la palabra. Se “reconoce” al jefe o a su hijo y este se les queda “reconocido”.¹⁶

En este pasaje, uno de los más densos, aparecen dos de las significaciones del término “reconocimiento” en uso actualmente: el reconocimiento personal, legal, político, y el reconocimiento como gratitud. ¿De dónde proviene esta doble referencia? La respuesta es casi obvia: de Jean-Jacques Rousseau. Es decir: descubrir en las palabras de Mauss la sombra

gigante de Rousseau no es nada sorprendente, sobre todo luego de que Lévi-Strauss nos enseñara a ver en Rousseau al “fundador de las ciencias del hombre”. ¿Pero a cuál de todos los Rousseau se refiere? En la lista de los escritos mencionados por Lévi-Strauss en su ensayo figuran, junto con el *Discurso sobre el origen de la desigualdad*, el *Contrato social*, las *Cartas sobre botánica*, las *Ensoñaciones del paseante solitario*.¹⁷ Falta el *Emilio*, que un pasaje memorable de *Tristes Trópicos* dedicado a Rousseau define como el libro que “revela el secreto” del *Contrato social*.¹⁸

Pero el Emilio puede ser leído también como una reflexión implícita sobre el *Discurso sobre el origen de la desigualdad* publicado ocho años antes.¹⁹ Tal es, y voy a intentar demostrarlo, el camino elegido por el Mauss lector de Rousseau.

6. No hay necesidad de insistir sobre la importancia que Rousseau le atribuye al reconocimiento en el segundo *Discurso*. Con una cita basta:

Concluyamos que el hombre salvaje, errante en los bosques, sin industria, sin palabra, sin domicilio, sin guerra y sin relaciones, sin necesidad alguna de sus semejantes, así como sin ningún deseo de perjudicarlos, quizá hasta sin reconocer nunca a ninguno individualmente; sujeto a pocas pasiones y bastándose a sí mismo, solo tenía los sentimientos y las luces propias de este estado [...]. Si por casualidad hacía algún descubrimiento, tanto menos podía comunicarlo cuanto que ni reconocía a sus hijos.²⁰

L'Homme, 100, 1986, pp. 21-63. Algunas dudas con respecto al trabajo etnográfico llevado a cabo por Boas entre los Kwakiutl habían sido ya planteadas en la reseña de Verne F. Ray sobre el libro de Melville J. Herskovits, *Franz Boas: The science of man in the making*, en *American Anthropologist*, 57-1, 1955, pp. 138-140, seguida por las intervenciones de Alfred L. Kroeber, “The place of Boas in anthropology”, *American Anthropologist*, 58-1, 1956, pp. 151-159, de Robert H. Lowie, “Boas once more”, pp. 159-164 y por una respuesta de V. F. Ray, pp. 164-170. Véase no obstante el luminoso ensayo de Judith Berman, “‘The culture as it appears to the Indian himself’: Boas, George Hunt, and the methods of ethnography”, en G. W. Stocking (dir.), *Volksgeist as method*, pp. 215-256.

¹⁵ Franz Boas, “Tsimshian mythology”, *Thirty-first annual report of the Bureau of American ethnology to the secretary of the Smithsonian Institution* [1916], Washington, Government printing office, 1909-1910, pp. 29-1037. Sobre esta obra, véanse las observaciones paralelas al *Ensayo sobre el don* en M. Mauss, *Œuvres*, vol. III, pp. 98-103.

¹⁶ Marcel Mauss, “Essai sur le don”, *Sociologie et anthropologie*, precedida por una “Introduction à l'œuvre de Marcel Mauss”, por Claude Lévi-Strauss, París, PUF, 1950, pp. 209-210 (las citas del *Ensayo* se refieren a esta edición). Véase también la relectura propuesta por Florence Weber en su “Introduction à l'Essai sur le don”, en M. Mauss, *Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques*, París, PUF, 2007, que tiene una amplia bibliografía [trad. esp.: *Sociología y antropología*, precedido por una *Introducción a la obra de Marcel Mauss por Claude Lévi-Strauss*, trad. de Teresa Rubio, Madrid, Tecnos, 1979, pp. 207-208].

¹⁷ Claude Lévi-Strauss, “Jean-Jacques Rousseau, fondateur des sciences de l'homme” [1962], *Anthropologie structurale*, II, París, 1973 [trad. ital.: *Razza e storia e altri studi di antropologia*, ed. de P. Caruso, Turín, Einaudi, 1967, pp. 85-96; trad. esp.: *Antropología estructural*, trad. de Eliseo Verón, Barcelona, Paidós, 1995].

¹⁸ Claude Lévi-Strauss, *Tristes Tropiques*, París, Plon, 1955, p. 351 [trad. esp.: *Tristes trópicos*, trad. de Noelia Bastard, Barcelona, Paidós, 1997].

¹⁹ Véase Jean-Jacques Rousseau, “Rousseau juge de Jean-Jacques. Dialogues” [1782], *Œuvres complètes*, ed. de B. Gagnebin y M. Raymond, con la colaboración de R. Osmont, París, Gallimard, 1959, vol. I, p. 934 (le agradezco a Martin Rueff haber llamado mi atención sobre este pasaje).

²⁰ Jean-Jacques Rousseau, “Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes” [1755], ed. de J. Starobinski, *Œuvres complètes*, 1964, vol. III, pp. 159-160 (mis cursivas) [trad. esp.: *Discurso Sobre el Origen y los*

En esta situación, el salvaje solo conoce sus “verdaderas necesidades”: “su inteligencia no progresaba más que su vanidad”. Al reconocimiento recíproco entre los seres humanos Rousseau atribuye, en el *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, el impulso hacia el lenguaje. “Tan pronto como un hombre es reconocido por otro como un ser que siente, que piensa, semejante a él, el deseo o la necesidad de comunicarle sus sentimientos y sus pensamientos lo llevan a buscar los medios para lograrlo.”²¹ En general, el reconocimiento recíproco representa para Rousseau una etapa decisiva en el camino que conduce a la civilización. El mismo que recorre Emilio, guiado con sabiduría. Escuchemos la voz de su educador:

No son los filósofos quienes mejor conocen a los hombres; ellos no los ven sino a través de los prejuicios de la filosofía, y yo no sé de estado alguno en que se carezca de ellos. Un salvaje nos juzga más sanamente que un filósofo. Este siente sus vicios, se indigna por los nuestros, y dice para sí: todos somos malos; el otro nos mira sin conmoverse, y dice: vosotros estáis locos. Tiene razón, pues nadie hace el mal por el mal mismo. Mi alumno es este salvaje, con la diferencia de que Emilio, habiendo reflexionado más, habiendo comparado más las ideas, habiendo contemplando más de cerca nuestros errores, se mantiene más en guardia contra sí mismo y solo juzga aquello que conoce.²²

Emilio, pues, es y no es un salvaje: es un “hombre de la naturaleza hecho para vivir en las ciudades”.²³ Su educación entera se desarrolla bajo el signo de una ambivalencia paradójica:

Fundamentos de la Desigualdad Entre los Hombres, trad. de Mauro Armijo, Madrid, Alianza, 2008.]

²¹ Jean-Jacques Rousseau, “Discours sur l’origine des langues”, ed. de J. Starobinski, *Œuvres complètes*, 1995, vol. v, p. 175 [trad. esp.: *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, trad. de María Teresa Poyrazian, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 2008, p. 19].

²² Jean-Jacques Rousseau, *Émile ou De l’éducation* [1762], ed. de C. Wirz y P. Burgelin, París, Gallimard, 1969, p. 371 [trad. esp.: *Emilio o de la educación*, trad. de Luis Aguirre Prado, Madrid, Editorial EDAF, 1985, p. 280].

²³ *Ibid.*, pp. 386-387: “pero considerad primeramente que queriendo educar al hombre de la naturaleza no se trata por ello de hacer de él un salvaje y de relegarlo al fondo de los bosques” (mi traducción). Un poco más adelante, Rousseau, en una nota al pie, remite al *Discours sur l’origine de l’inégalité* (p. 392, nota). Véase también Jean Starobinski, “Introduction au *Discours*”, *Jean-Jacques Rousseau. La*

En las educaciones más selectas, el maestro ordena y cree gobernar: y en realidad es el niño quien dirige. [...] Tomad una ruta opuesta con vuestro alumno; que él crea siempre ser el maestro y que siempre lo seáis vosotros. No existe sujeción más perfecta que aquella que conserva la apariencia de la libertad; se cautiva de ese modo la voluntad misma. El pobre niño que no sabe nada, que no puede nada, que no conoce nada, ¿no está a vuestra merced?²⁴

La libertad (una libertad aparente) se traduce en una sujeción total. Y es aquí donde aparece el don:

La ingratitud no está en el corazón de los hombres, pero el interés sí lo está: hay menos obligados ingratos que bienhechores interesados. Si vosotros me vendéis vuestros dones, regatearé respecto al precio; pero si fingís el dar para vender enseguida vuestra palabra, empleáis el fraude: solo es su gratuidad lo que los vuelve inestimables. El corazón solo recibe leyes de sí mismo; queriendo encadenarlo, se le libera; se lo encadena dejándole libre.²⁵

Terribles palabras (el *Emilio* es un libro terrible). Por un lado, el don crea un vínculo; por otro, crea el impulso de reciprocidad:

¿Se ha visto alguna vez que un hombre olvidado por su benefactor lo olvide? Al contrario, habla siempre con placer y no piensa en él sino con ternura: si encuentra ocasión de demostrárselo por algún servicio inesperado, que él se acuerda de los que le prestaron ¡con qué contento interior satisface entonces su gratitud! Con qué dulce alegría se hace reconocer. Con qué entusiasmo le dice: ¡ha llegado mi turno! Esta es verdaderamente la voz de la Naturaleza; jamás un ingrato hizo un beneficio real.

“Con qué dulce alegría”, el beneficiario “¡se hace reconocer!”. Y he aquí que el reconocimiento se mezcla con gratitud (*reconocimiento*):

transparence et l’obstacle, seguido de *Sept essais sur Rousseau* [1971], París, Gallimard, 2009, p. 354 [trad. esp.: Jean-Jacques Rousseau, *La transparencia y el obstáculo*, trad. de Santiago González Noriega, Barcelona, Taurus, 1983].

²⁴ J.-J. Rousseau, *Émile*, p. 198 [trad. esp.: p. 133].

²⁵ *Ibid.*, p. 357 (mis cursivas) [trad. esp.: p. 268].

Si el reconocimiento es un sentimiento natural y cuyo efecto no destruiréis por culpa vuestra, aseguraos de que vuestro alumno, comenzando a ver el precio de vuestro cuidado sea sensible a ellos, a pesar de que no le hayáis puesto vos precio [...].

Para hacerle dócil, dejadle toda su libertad; apartaos para que él os busque; educad su alma para el noble sentimiento de reconocimiento, no hablándole nunca sino de su interés...²⁶

A través de la libertad producida por la sujeción, Emilio se ha transformado en sujeto: se trata de una paradoja destinada a trascender que es necesario indagar históricamente. La transformación decisiva de la educación de Emilio se ha concretado. “Ingresamos por último en el orden moral”, anuncia solemnemente el educador. Hasta allí, Emilio solo lo había mirado a él. Sin embargo, las cosas cambian:

La primera mirada que proyecte hacia sus semejantes lo llevará a compararse con ellos; y el primer sentimiento que excita en él esta comparación es el de desear el primer lugar. Este es el punto en el cual la propia estimación se cambia en amor propio...²⁷

Emilio ingresó (y nosotros con él) a la civilización, al mundo de la competición y de la lucha por el reconocimiento. En las páginas de Boas sobre el *potlatch*, Mauss encontró –o creyó encontrar– una respuesta a las preguntas motivadas por la lectura de Rousseau. Detrás del tema del *Ensayo sobre el don*, esto es “el carácter voluntario, por así decirlo, en apariencia libre y gratuito, y sin embargo obligatorio e interesado de estas prestaciones; prestaciones que han revestido casi siempre la forma del regalo, se vislumbra el pasaje del Emilio que acabamos de citar: “No hay sujeción tan perfecta como la que conserva la apariencia de la libertad”.²⁸

7. *La foi jurée* [*La fe jurada*], la tesis publicada por Georges Davy en 1922, aporta indirectamente

un elemento que viene en auxilio de estas afirmaciones. El subtítulo del libro, dedicado a la memoria de Emile Durkheim y de Lucien Lévy-Bruhl, delineaba un vastísimo campo de estudio: *Étude sociologique du problème du contrat. La formation du lien contractuel*.²⁹ Durante una exposición rápida y, a veces, precipitada, Davy otorgaba una importancia particular al *potlatch*, al que describía a partir de los datos recogidos por Boas y reinterpretados por Mauss en sus ensayos y sus reseñas publicados en *L'Année sociologique*. En las páginas de la conclusión, Davy resumía su propia argumentación remitiéndose a Rousseau (y a Léon Bourgeois):

En lo esencial, la función social del contrato de Rousseau y la del *potlatch* no difieren. En definitiva, desde esta perspectiva, el *potlatch* no es sino un contrato social continuado. El contrato social de Rousseau determina de una vez y para siempre el orden social. El *potlatch* lo determina incesantemente. Además, el contrato de Rousseau se funda en la igualdad y el *potlatch* en la jerarquía, en una jerarquía nacida de la competencia y no de la herencia que es una particularidad que explica por qué la tarea tiene que ser recomenzada sin cesar.³⁰

No debería pasarse por alto el paralelo algo apresurado entre el contrato social de Rousseau y el *potlatch* en un libro que, aunque de manera simplificada y diluida, retomaba la lección de Mauss. La relación entre Davy y Mauss, a pesar de la corta diferencia de edad (once años), era la de un discípulo y su maestro. En *La foi jurée*, Davy declaraba su propia deuda hacia Mauss, en quien rastreaba su iniciación etnográfica. Sin embargo, y al mismo tiempo, también daba la impresión de querer invadir el terreno que Mauss había cultivado durante décadas.³¹ Los avatares que acompañaron la discusión y luego la publicación de la tesis de Davy dejan ver esta ambigüedad. Mauss, invitado por Davy a formar parte del jurado de tesis, no pudo participar a raíz

²⁶ J.-J. Rousseau, *Émile*, pp. 357-358 [trad. esp.: pp. 268-269].

²⁷ *Ibid.* [trad. esp.: p. 270]. Sobre la oposición entre amor de sí y amor propio véase Barbara Carnevali, *Romanticismo e riconoscimento. Figure della coscienza in Rousseau*, Bolonia, Il Mulino, 2004, pp. 15-64.

²⁸ Véase M. Mauss, “Essai sur le don”, p. 147 [trad. esp.: p. 134]; J.-J. Rousseau, *Émile*..., p. 198 [trad. esp.: p. 134].

²⁹ He utilizado la reimpresión anastática: Georges Davy, *La foi jurée. Étude sociologique du problème du contrat: la formation du lien contractuel* [1922], Nueva York, Arno Press, 1975.

³⁰ *Ibid.*, p. 239.

³¹ *Ibid.*, p. 165. Para lo precedente, sigo la reconstrucción de Marcel Fournier, *Marcel Mauss*, París, Fayard, 1994, pp. 494-496.

de un contratiempo. En su lugar fue Marcel Granet, quien acogió la publicación de *La foi jurée* con una reseña muy crítica.³² Ante las quejas de Davy, Mauss se abstuvo de plantear cuestiones de prioridad, pero le hizo saber, en privado, sus propias críticas.³³ Al enfrentarse con la versión deformada y simplificada de sus ideas que *La foi jurée* ponía en circulación, Mauss decidió apresurar la conclusión –que venía posponiendo desde hacía varios años– de sus propias investigaciones sobre el don. Así, y en el plazo de tres años, publicaba el *Ensayo sobre el don*, presentado como una parte de “la serie de investigaciones que llevamos adelante desde hace mucho tiempo, el señor Davy y yo, sobre las formas arcaicas del contrato”.³⁴ En un pasaje inesperado, cuya importancia ha sido señalada por Maurice Godelier, Mauss hacía notar que la “forma más antigua [del don], la de la prestación total [no agonística]”, había quedado fuera de su informe.³⁵ En el centro de su análisis había situado al *potlatch*, pero en las páginas del *Ensayo* dedicadas a este fenómeno la referencia a Rousseau aparecía solo de manera implícita. En lugar de una referencia directa al *Contrato social*, Mauss se inspiraba tácitamente en el libro que, según palabras de Lévi-Strauss, “revela el secreto” del *Contrato social*: el *Emilio*.

8. La proximidad entre el *potlatch* y Rousseau es solo uno de los elementos que hacen de *La foi jurée* un precioso testimonio para descifrar el *Ensayo sobre el don*. El otro tiene que ver con la cronología del ensayo de Mauss. Es verosímil suponer que la versión publicada lleva las huellas

de la última fase de elaboración, la que sigue a la publicación de *La foi jurée*. Y es posible, a su vez, que esta fase coincida con la conclusión del *Ensayo sobre el don* (que comprende, entre otras cosas, una crítica, incluida en una nota al pie, a la sobrevaluación del *potlatch* adelantada por Davy en *La foi jurée*).³⁶ Que las últimas páginas hayan sido escritas al final es una afirmación a simple vista banal que, no obstante (y tal como voy a intentar demostrarlo), tiene consecuencias para nada insignificantes.

“Es posible extender estas observaciones a nuestras propias sociedades”: esta frase, con la que Mauss abre la “Conclusión”, indica un corte con respecto al vastísimo dossier etnográfico e histórico presentado en las páginas que la preceden; dossier que Mauss había acumulado y examinado cuidadosamente durante casi veinte años. La mirada se vuelve hacia el presente. El tono despojado del análisis da lugar a una tonalidad comprometida y exhortativa en la cual se descubre, a menudo, una emoción contenida. Aquí tenemos un ejemplo:

Son nuestras sociedades occidentales las que han hecho, muy recientemente, del hombre un “animal económico”, pero todavía no somos todos seres de este tipo. En nuestras masas y nuestras élites, es costumbre normal el gasto puro e irracional y también es característico de algunos fósiles de nuestra nobleza. El *homo economicus* no es nuestro antepasado, es nuestro porvenir, al igual que el hombre de la moral y del deber; al igual que el hombre de ciencia y de razón. El hombre ha sido durante mucho tiempo otra cosa; y hace solo poco tiempo que es una máquina, una complicada máquina de calcular. Por otra parte, y afortunadamente, aún estamos lejos de ese constante y glacial cálculo utilitario...³⁷

Esas páginas han tenido un peso considerable, determinante quizás, en la suerte del *Ensayo sobre el don*.³⁸ Soy el último en querer negar su

³² Marcel Granet, “Le droit et la famille”, *Journal de psychologie normale et pathologique*, XIX, 1922, pp. 928-939, en especial pp. 931-934.

³³ M. Fournier, *Marcel Mauss*, pp. 495-496; Philippe Besnard, “Un conflit au sein du groupe durkheimien. La polémique autour de *La Foi jurée*”, *Revue française de sociologie*, 26-2, 1985, pp. 247-255.

³⁴ M. Mauss, “Essai sur le don”, p. 149. El ensayo “Une forme ancienne de contrat chez les Thraces” [1921], *Œuvres*, vol. III, pp. 35-43, comienza con una afirmación análoga. Una ficha de Robert Hertz lleva la indicación “para Davy y Mauss”, “Essai sur le don”, p. 158.

³⁵ M. Mauss, “Essai sur le don”, p. 199; Maurice Godelier, *L'énigme du don*, París, Fayard, 1996, pp. 55 y ss. Véase Marcel Mauss, “L'œuvre de Mauss par lui-même” [1930], *Revue européenne des sciences sociales*, 34, 1996, p. 232: “Los hechos llamados de *potlatch* yo prefiero distinguirlos entre sistema de prestaciones totales y sistema de prestaciones agonísticas o *potlatch*”.

³⁶ M. Mauss, “Essai sur le don”, p. 269, n. 2; F. Weber, en la “Introduction à l'Essai sur le don”, p. 15, fecha la introducción y la conclusión del ensayo de Mauss en 1925.

³⁷ M. Mauss, “Essai sur le don”, pp. 271-272. *Sociología y Antropología*, p. 257.

³⁸ El caso de la *Revue du Mauss* es quizás el más conocido: véase Alain Caillé, “Ni holismo ni individualisme méthodologiques. Marcel Mauss et le paradigme du don”,

importancia. A casi un siglo de distancia, nos siguen hablando con una fuerza que no solo no ha cambiado sino que también, ha crecido. Pero supone un gran riesgo leerlas fuera del contexto que las vio nacer. Recuperar ese contexto significa un paso adelante en la comprensión del ensayo de Mauss.

Hace veinticinco años, Michele Battini había propuesto leer el *Ensayo sobre el don* a la luz de un escrito de Mauss que data casi de la misma fecha: la “Appréciation sociologique du Bolchevisme”, publicado en la *Revue de métaphysique et de morale* en 1924.³⁹ Se trataba de una preciosa y sugerente crítica que de ahora en adelante es posible profundizar gracias a la indispensable recopilación de los *Escritos políticos* de Mauss publicada por Marcel Fournier.⁴⁰ Veamos cómo.

9. En el momento de despedirse del lector del *Ensayo sobre el don*, Mauss vuelve la vista atrás:

“Vemos pues cómo, en ciertos casos, se puede estudiar el comportamiento humano total, toda la vida social...”. El caso del don, en tanto “hecho social total”, tiene, en efecto, un valor ejemplar: estudios de este tipo permiten en efecto entrever, medir y sopesar las diversos móviles estéticos, morales, religiosos y económicos, los diversos factores materiales y demográficos que en conjunto integran la sociedad y constituyen la vida en común, y cuya dirección consciente recae en el arte supremo de la *Política*, en el sentido socrático de la palabra.⁴¹

El ensayo termina con estas palabras. La mirada sobre el presente concluye en un elogio de la política. Pero se trata de un elogio paradójico, como lo sugiere la alusión al “arte supremo de la *Política*, en el sentido socrático de la palabra”.

Revue européenne des sciences sociales, 34, 1996, pp. 181-224, en el cual se halla el paradigma normativo (pp. 193 y 203-204) basado en la extensión de las prestaciones no agonísticas (p. 213) del modelo descrito por Mauss en su *Essai sur le don*.

³⁹ Michele Battini, “Gli studi del 1924-25. Etica sociale e forme di scambio in società selvagge, arcaiche, e nella società sovietica”, en R. di Donato (dir.), *Gli uomini, le società, le civiltà. Uno studio intorno all'opera di Marcel Mauss*, Pisa, ETS, 1985, pp. 61-82.

⁴⁰ Marcel Mauss, *Écrits politiques*, ed. de M. Fournier, París, Fayard, 1997.

⁴¹ M. Mauss, “Essai sur le don”, p. 279 [trad. esp.: pp. 262-263].

Mauss reelabora, condensándolos, dos fragmentos contiguos de “l'Appréciation sociologique du Bolchevisme” que hacen alusión al *Edipo rey* de Sófocles y a la *Política* de Platón, respectivamente:

Arte de artes: “*techne technes hyperpheroise*”, decía Sófocles de la tiranía; la política, en el sentido más elevado de la palabra, deberá, pues, no solo mantenerse muy modesta, sino, incluso, no separarse jamás de sus hermanas, la Moral y la Economía, a las cuales es, en definitiva, idéntica.

El viejo sueño de Sócrates, del ciudadano sabio, ecónomo, virtuoso y guardián de la ley, ante todo prudente y justo, ofrece, pues, el modelo del hombre de acción.⁴²

El Edipo tirano, releído a través de Sócrates, enseña que la política, el arte supremo, es un arte de la medida. Todo lo contrario de lo que Mauss piensa de los bolcheviques y que es uno de los objetivos implícitos de las páginas conclusivas del *Ensayo sobre el don*. Al abolir el mercado entre los años 1918 y 1922, los bolcheviques llevaron a cabo un gesto violento y efímero a la vez.⁴³ Mauss argumentó detalladamente su crítica en un ensayo publicado en cinco entregas, entre el 3 de febrero y el 5 de marzo de 1923, en *La vie socialiste*.⁴⁴ La primera, titulada “Fascismo y bolchevismo. Reflexiones sobre la violencia”, comenzaba con un ataque feroz contra George Sorel, retomado luego en la última entrega, que llevaba por título “Observaciones sobre la violencia. Contra la violencia. A favor de la fuerza”. Escritas al mismo tiempo que el *Ensayo sobre el don*, estas páginas lo iluminan con una luz nueva —e inversamente también—.

“El crimen y el error del bolchevismo, escribe Mauss, es haberse impuesto al pueblo, haber maltratado incluso a la clase obrera a la cual el gobierno dice pertenecer y haber herido a todas las instituciones sociales que hubieran podido ser la base de la estructura. Nosotros no deseamos, pues, la fuerza que es impuesta contra el derecho o sin el derecho. Pero no renunciamos a poner la fuerza al servicio del derecho.”⁴⁵

⁴² M. Mauss, *Écrits politiques*, p. 557 (mi traducción).

⁴³ M. Battini, “Gli studi del 1924-25”, pp. 64 y ss.

⁴⁴ M. Mauss, *Écrits politiques*, pp. 509-531.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 530.

Para Mauss, la fuerza es un componente imposible de eliminar de la vida social: “No hay sociedad sin disciplina, sin obligaciones, sin sanción”.⁴⁶ Pero la fuerza visible no podría actuar si no estuviera sostenida por otra que no podemos ver. Una de las secciones más discutidas del *Ensayo sobre el don* se titula justamente “La fuerza de las cosas”. “En las cosas intercambiadas en el *potlatch* –escribe Mauss– hay una virtud que fuerza a los dones a circular, a ser dados y a ser devueltos.”⁴⁷ Volvemos a encontrar “la obligación de devolver los regalos”, es decir, la pregunta de la que había partido Mauss en un principio. Volveré más adelante a la respuesta que él da.

10. ¿En qué medida la génesis del *Ensayo sobre el don* hasta aquí rastreada coincide con las primeras lecturas que se han hecho sobre él?

Antes de dar una respuesta a esta pregunta, hay que realizar una observación obvia: la riqueza de los temas abordados por Mauss invitaba a hacer lecturas del *Ensayo* no solo unilaterales, sino también claramente arbitrarias. Un ejemplo elocuente de esto lo ofrecen las reflexiones de Georges Bataille en el ensayo “La noción de gasto”, publicado en la *Critique Sociale* en enero de 1933.⁴⁸ Estas reflexiones giran en torno al *potlatch* como fenómeno antiutilitario en el que la competición era llevada al extremo del derroche y la destrucción. Un brevísimo comentario que Mauss había introducido en una nota de pie de página –“El ideal sería dar un *potlatch* y que este no fuera devuelto”– liberó la imaginación de Bataille.⁴⁹ Lo que lo animaba no era la reciprocidad sino la imposibilidad de ponerla en práctica. Bataille se remitía al ensayo de Mauss, pero inmediatamente adoptaba otro camino, el suyo propio. Se trataba, en ese caso, de un ejemplo de

apropiación explícita. En otro caso, contiguo en ciertos aspectos, la apropiación de las ideas de Mauss fue, en cambio, implícita. Se ha señalado varias veces el parecido entre las páginas del *Ensayo sobre el don* dedicadas al *potlatch* como don agonístico y la interpretación de la dialéctica del amo y el esclavo en la *Fenomenología del espíritu de Hegel*, propuesta por Alexandre Kojève en su célebre seminario de la École Pratique des Hautes Études dictado entre los años 1933 y 1939. Que similitudes de ese orden implican un vínculo directo entre uno y otro texto es una tesis que ha sido defendida con prudencia por Remo Bodei y luego, de manera independiente y más argumentada, por Bruno Karsenti, seguido por Alain Caillé.⁵⁰ Se trata de una tesis más que verosímil: la familiaridad con la obra de Mauss y con la sociología francesa en general se daba por descontada en alguien como Kojève, que, desde su desembarco en París en 1926, trabajaba principalmente en torno a la filosofía de la religión (su escrito póstumo, *El ateísmo*, que data de 1931, comienza con una referencia a Durkheim).⁵¹ Pero a las consideraciones exteriores se añaden algunos elementos internos que son mucho más concluyentes. Observémoslos detenidamente.

La edición de las lecciones de Kojève sobre la *Fenomenología*, preparada por Raymond Queneau, abre con una traducción, precedida por un comentario, de la sección A del capítulo IV de la *Fenomenología*.⁵² La función estratégica de ese texto hoy célebre, que ya había sido publicado en el año 1939 en la revista *Mesures*, aparecía indicada en el título: “A modo de introducción”. Basta con citar algunos fragmentos:

⁴⁶ Remo Bodei, “Introduction”, en A. Kojève, *La dialettica e l'idea della morte in Hegel* [1947], Turín, Einaudi, 1991, p. xiii; B. Karsenti, *L'homme total*, pp. 369-376, y *L'uomo totale*, en especial p. 374, n. 2, pp. 402-406 y pp. 415-416, n. 49; Alain Caillé, “Présentation”, *Revue du Mauss*, 23, 2004, pp. 6-7.

⁴⁷ Alexandre Kojève, *L'athéisme*, París, Gallimard, 1998, p. 211, n. 1 (remite a *Les formes élémentaires de la vie religieuse*).

⁴⁸ Alexandre Kojève, *Introduction à la lecture de Hegel. Leçons sur la Phénoménologie de l'esprit professées entre 1933 et 1939 à l'École des hautes études, réunies et publiées par Raymond Queneau*, París, Gallimard, 1947, pp. 11-34 (cito la 2ª ed., idéntica a la primera a excepción de una nota añadida por Kojève) [trad. esp.: *Introducción a la lectura de Hegel*, trad. de Andrés Alonso Martos, Madrid, Trotta, 2013].

⁴⁶ *Ibid.*, p. 528.

⁴⁷ M. Mauss, “Essai sur le don”, p. 214.

⁴⁸ Georges Bataille, “La notion de dépense” [1933], *La part maudite*, precedida de *La notion de dépense*, París, Éd. de Minuit, 1967, pp. 23-46 [trad. esp.: “La noción de gasto”, *La parte maldita*, Barcelona, Icaria, 1987].

⁴⁹ M. Mauss, “Essai sur le don”, p. 212, n. 2. Véase M. Mauzé, “Boas, les Kwagul et le potlatch”, pp. 40 y 61; Bruno Karsenti, *L'homme total. Sociologie, anthropologie et philosophie chez Marcel Mauss*, París, PUF, 1997, p. 443. Véase también Id., *L'uomo totale: sociologia, antropologia e filosofia in Marcel Mauss*, Bolonia, Il Ponte, 2005, con un nuevo prólogo del autor, p. 471.

Para que el hombre sea verdaderamente humano, para que difiera esencial y realmente del animal, es necesario que su Deseo humano prevalezca efectivamente en él sobre su Deseo animal [...] El hombre “se acredita” como humano al arriesgar su vida para satisfacer su Deseo humano, es decir su Deseo que versa sobre otro Deseo. [...] Desear el Deseo de otro es, pues, en última instancia, desear que el valor que yo soy o que yo “represento” sea el valor deseado por ese otro: quiero que él “reconozca” mi valor como su valor, yo quiero que me reconozca como valor autónomo. Dicho de otra manera, todo Deseo humano, antropógeno, generador de la Conciencia de sí, de la realidad humana está, al fin de cuentas, en función del deseo de “reconocimiento”. Hablar del “origen” de la Conciencia de sí es, pues, hablar necesariamente de una lucha a muerte con vistas al “reconocimiento”.

Sin esta lucha a muerte por puro prestigio, jamás hubieran existido seres humanos sobre la Tierra.⁵³

La “lucha a muerte con vistas al ‘reconocimiento’, esta lucha a muerte por puro prestigio” marca, pues, una etapa decisiva en la humanización del hombre y es la que inicia la relación entre amo y esclavo, es decir, entre la sociedad y la historia. En el noroeste americano, “perder el prestigio equivale a perder el alma” había escrito Mauss, porque “el *potlatch*, la distribución de bienes, es el acto fundamental del ‘reconocimiento’ militar, jurídico, económico, religioso, en todos los sentidos de la palabra. Se ‘reconoce’ al jefe o a su hijo y este se les queda ‘reconocido’”.⁵⁴ Cada texto asocia competición, reconocimiento y prestigio. Una carta que Kojève le envió a Tran-Duc-Thao el 7 de octubre de 1949, luego de que este se refiriera, en *Les temps modernes*, a su *Introducción a la lectura de Hegel*, indirectamente echa luz sobre esta convergencia. A la alusión irónica inicial, le sigue una auto-exégesis de lo más rigurosa:

Mi curso era esencialmente una obra de propaganda destinada a impactar. Es por eso que intensifiqué conscientemente el rol de la dialéctica del Amo y el Esclavo [...]. Solo una

pequeña observación. Los términos “sentimiento de sí” y “conciencia de sí” son del propio Hegel, quien afirma deliberadamente que, a diferencia del hombre, el animal no supera jamás el estadio del “sentimiento de sí”. El término “lucha por puro prestigio” efectivamente no se encuentra en Hegel, pero yo creo que se trata en este caso solo de una diferencia terminológica, pues todo lo que dice se aplica perfectamente a lo que Hegel llama “la lucha por el reconocimiento”.⁵⁵

Ahora bien: ¿es realmente posible ver en la expresión “lucha por puro prestigio”, tal como sugiere Kojève, una elección terminológica sin consecuencias? Se ha intentado formular una hipótesis distinta, es decir: que el pasaje *del Ensayo sobre el don* dedicado al “reconocimiento” había activado en el pensamiento de Kojève su equivalente hegeliano –*Anerkennung*– al insertarlo en el contexto de la “lucha por puro prestigio”. A través del *Ensayo sobre el don*, Kojève habría recuperado, como filósofo, la profunda deuda especulativa que Hegel, desde su temprana juventud, había contraído con Rousseau.⁵⁶ Un indicio de esto nos lo suministra, si no me equivoco, el pasaje inmediatamente posterior de la carta de Kojève a Tran-Duc-Thao:

Por último, en lo que respecta a mi teoría del “deseo del deseo”, tampoco está en Hegel, y no estoy seguro de que él haya visto bien el problema. He introducido esta noción porque tenía la intención de hacer, no un comentario de la fenomenología, sino una interpretación; dicho

⁵³ Véase “Correspondance entre Alexandre Kojève et Tran-Duc-Thao”, en G. Jarczyk y P.-J. Labarrière, *De Kojève à Hegel. 150 ans de pensée hégélienne en France*, París, Albin Michel, 1996, pp. 61-68, en especial pp. 64-65 (lo cito parcialmente a partir de Dominique Auffret, *Alexandre Kojève. La philosophie, l'État, la fin de l'histoire*, París, B. Grasset, 1990, pp. 344-345). Y véase Marco Filoni, *Il filosofo della domenica. La vita e il pensiero di Alexandre Kojève*, Turín, Bollati Boringhieri, 2008, pp. 196-197. También Tran-Duc-Thao, “La ‘Phénoménologie de l'esprit’ et son contenu réel”, *Les Temps modernes*, 36, 1948, pp. 492-519 (mi traducción).

⁵⁶ Hans Friedrich Fulda, “Rousseausche Probleme in Hegels Entwicklung”, en H. F. Fulda y R. P. Horstmann (dirs.), *Rousseau, die Revolution, und der Junge Hegel*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1991, pp. 41-73; Jeffrey Church, “The freedom of desire: Hegel's response to Rousseau on the problem of civil society”, *American Journal of Political Science*, 54-1, 2010, pp. 125-139 (con informaciones bibliográficas suplementarias).

⁵³ A. Kojève, *Introduction à la lecture de Hegel*, p. 14 [trad. esp.: “A modo de introducción”, p. 54].

⁵⁴ M. Mauss, “Essai sur le don”, pp. 206 y 209-210.

de otra manera, he intentado recuperar las premisas profundas de la doctrina hegeliana para construirla deduciéndola lógicamente de esas premisas. Me parece que la pregunta por el “deseo del deseo” es una de las premisas fundamentales, y si el mismo Hegel no pudo responderla con claridad entonces, al formularla expresamente, considero que he llevado a cabo cierto progreso filosófico.⁵⁷

“En efecto”, había escrito Kojève, “el ser humano solo se constituye en función de un Deseo que versa sobre otro Deseo, es decir –al fin de cuentas– de un Deseo de reconocimiento”.⁵⁸

Estas palabras remiten a Hegel, pero ellas podrían aplicarse, sin la menor dificultad, a Rousseau.⁵⁹ Kojève había descubierto a Rousseau en Hegel gracias a Mauss, que había leído a Boas a través de Rousseau: el círculo (hermenéutico) se cierra.

11. La hipótesis que he formulado inscribe el *Ensayo sobre el don* en la tradición de aquellos que han intentado comprender la sociedad a la luz de sus desgarramientos: Hobbes, Rousseau, Hegel. No se trata de una interpretación completamente nueva: Marshall Sahlins, en un ensayo muy importante, luego de haber calificado a Mauss de “discípulo espiritual de Rousseau”, analiza el *Ensayo sobre el don* a través del filtro de Thomas Hobbes.⁶⁰ Pero se trata de una interpretación claramente minoritaria. Es la de Lévi-Strauss la interpretación que ha prevalecido durante décadas, interpretación propuesta en el célebre ensayo que constituye un ejercicio

magistral de apropiación crítica y que sintetiza una frase citada innumerables veces, en la que se describe a Mauss “como Moisés conduciendo a su pueblo hacia una tierra prometida cuyo esplendor no habría de contemplar nunca”.⁶¹ ¿Pero en qué tierra prometida pensaba Lévi-Strauss? ¿Y por qué él, Mauss, no había podido alcanzarla?

“Al asociarse cada vez más estrechamente con la lingüística, con el fin de crear algún día con ella una amplia ciencia de la comunicación, la antropología social espera beneficiarse de las inmensas perspectivas abiertas a la lingüística al aplicar el razonamiento matemático al estudio de fenómenos de comunicación”: al subrayar estas perspectivas, Lévi-Strauss se remitía, por un lado, a la cibernética de Norbert Wiener y a la teoría matemática de la comunicación elaborada por Claude Shannon y Warren Weaver y, por otro lado, aludía discretamente a su propio trabajo al evocar la introducción de las matemáticas “en ciertas áreas fundamentales, como la del parentesco”. El *Ensayo sobre el don* era definido como “un acontecimiento decisivo para la evolución científica”, comparable a la fonología de Nicolái Trubetskói y de Roman Jakobson: “Por primera vez en la historia del pensamiento etnológico –escribía Lévi-Strauss–, lo social [...] se transforma en un sistema entre cuyas partes pueden descubrirse conexiones, equivalencias y solidaridades”.⁶² Es la misma conclusión a la que llegaría, poco después, Émile Benveniste en un ensayo aparecido en un volumen de la *Année sociologique* dedicado a la memoria de Mauss: “Allí [en el *Ensayo sobre el don*] está el principio de un intercambio que, generalizado no únicamente entre los individuos sino entre los grupos y las clases, provoca una circulación de riquezas a través de la sociedad entera”.⁶³

En estas dos lecturas convergentes, “la obligación de devolver los regalos”, el punto de partida de la investigación de Mauss, se encuentra completamente ausente. El intercambio generalizado del que habla Benveniste y la

⁵⁷ “Correspondance entre Alexandre Kojève et Tran-Duc-Thao”, pp. 64-65 (mi traducción).

⁵⁸ A. Kojève, *Introduction à la lecture de Hegel*, p. 14.

⁵⁹ Victor Goldschmidt, “État de nature et pacte de soumission chez Hegel”, *Revue philosophique de la France et de l'étranger*, 89, 1964, pp. 45-65 (Goldschmidt está en desacuerdo con Kojève). Debo el conocimiento de este fundamental ensayo a Sergio Landucci, “Note sulla ‘Fenomenologia dello spirito’: Capitolo iv. A”, *Differenze*, 9, 1970, pp. 139-148 (sobre l’*Anerkennung* en Johann Gottlieb Fichte, véase pp. 145-148). Es por eso que la afirmación de R. Bodei, “Introduction”, p. xxvi, según la cual “Kojève, como, por cierto, el conjunto de los intérpretes, pasó por alto que Hegel no inventó realmente nada” (la nota 1 remite a Rousseau y a Fichte) me parece infundada.

⁶⁰ Marshall Sahlins, “The spirit of the gift”, *Stone Age economics*, Londres, Tavistock Publications, 1974, pp. 149-183, en especial pp. 168-171.

⁶¹ C. Lévi-Strauss, “Introduction à l’œuvre de Mauss”, pp. ix-lxii, en especial p. xxxvii.

⁶² *Ibid.*, pp. xxxiii-xxxvii [trad. esp.: pp. 31-32, 62].

⁶³ Émile Benveniste, “Don et échange dans le vocabulaire indo-européen”, *Problèmes de linguistique générale 1*, París, Gallimard, 1966, pp. 315-326, en especial p. 315 [trad. esp.: *Problemas de lingüística general 1*, trad. de Juan Almela, Buenos Aires, Siglo xxi, 1999].

sociedad como sistema evocada por Lévi-Strauss permiten “descubrir conexiones, equivalencias y solidaridades”. Las asimetrías, las constricciones y las desigualdades desaparecen de la escena.

12. Para comprender la significación de esta ausencia es necesario examinar detenidamente la parte más discutida del *Ensayo sobre el don*: aquella en la cual Mauss explica la “obligación de devolver los regalos” a través de categorías indígenas. Una de estas categorías, transmitidas por un informador maorí, es el *hau*, que Mauss interpretó como el “poder espiritual” situado en la cosa dada.⁶⁴ Gracias al detallado análisis de Sahlins, hoy sabemos que la interpretación de Mauss era producto de un malentendido.⁶⁵ Pero más allá de este caso específico, surge aquí un problema general que Lévi-Strauss había planteado enérgicamente. Se trata del “peligro trágico que acecha siempre al etnógrafo”: el de proyectar su subjetividad en la sociedad que está estudiando. La solución, responde Lévi-Strauss, debe buscarse “en un terreno que es también aquel donde lo objetivo y lo subjetivo se encuentran, es decir, en el inconsciente”.⁶⁶ Mauss no recorrió este camino hasta el final, porque quedó atrapado en categorías indígenas como el *hau*. “¿No es este quizás un caso (no tan extraño, por otra parte) en que el etnólogo se deja engañar por el indígena? [...] El *hau* no es la razón última del cambio, sino la forma consciente bajo la cual los hombres de una sociedad determinada, en la que el problema tenía una especial importancia, han comprendido una necesidad inconsciente cuya razón es otra”.⁶⁷

El peligro de la proyección subjetiva no atañe únicamente a la etnografía. Sin embargo, ¿en qué medida la solución considerada por Lévi-Strauss para la antropología puede aplicarse a otras ciencias humanas? Podemos comenzar a buscar una respuesta en “El intercambio y la lucha de los hombres”, el ensayo con el que Claude Lefort salió en defensa del “verdadero Mauss” contra el conjunto de la interpretación de Lévi-Strauss. A propósito de esta última, Lefort muestra que “aunque el término de inconsciente aquí es empleado solo, es en el sentido de conciencia

trascendental kantiana como debe ser interpretado lógicamente”.⁶⁸ En lo que respecta a la interpretación de Mauss, la tesis de Lefort era imposible de atacar: la lectura kantiana del *Ensayo sobre el don* (incluso bajo la forma de un “kantismo sin yo trascendental”, según la fórmula de Paul Ricœur, retomada luego por el propio Lévi-Strauss),⁶⁹ nos conduce muy lejos de la “lucha de los hombres”, del *potlatch* agonístico, de Hegel y –añadiría yo– de Rousseau. De manera general, Lefort observaba:

Cuando el intercambio *vivido*, la experiencia de la rivalidad, del prestigio o del amor, es reemplazado por el intercambio *pensado*, se obtiene un sistema de ciclos de reciprocidad entre las líneas A B C D: los sujetos concretos del intercambio han desaparecido.⁷⁰

13. Los antropólogos continúan preguntándose por la relación entre *vivido* y *pensado*. Kenneth Pike, lingüista, antropólogo y misionero, confrontó el nivel *émico* (extraído de fonémico), que remite a las categorías de los actores, con el nivel *ético* (extraído de fonético), que remite a las categorías de los observadores.⁷¹ Volvemos a encontrar los problemas con los cuales se enfrentaron Mauss y sus críticos. Lévi-Strauss sintió la necesidad de volver sobre ese tema al negar el carácter legítimo de la oposición:

Solo una estrecha colaboración entre las ciencias humanas y las ciencias naturales permitirá rechazar un dualismo metafísico perimido. En lugar de oponer ideal y real, abstracto y concreto,

⁶⁴ M. Mauss, “Essai sur le don”, pp. 158-161.

⁶⁵ M. Sahlins, “The spirit of the gift”, pp. 149-168.

⁶⁶ C. Lévi-Strauss, “Introduction à l’œuvre de Mauss”, p. xxx.

⁶⁷ *Ibid.*, pp. xxxviii-xxxix.

⁶⁸ Claude Lefort, “L’échange et la lutte des hommes” [1951] *Les formes de l’histoire. Essais d’anthropologie politique*, París, Gallimard, 1978, pp. 15-29, aquí pp. 21 y 23, n. 8. La importancia de este ensayo ha sido subrayada por A. Caillé en “Ni holismo ni individualismo méthodologiques”, p. 185.

⁶⁹ Claude Lévi-Strauss, *Mythologiques. 1. Le cru et le cuit*, París, Plon, 1964, p. 19 [trad. esp.: *Mitológicas 1. Lo crudo y lo cocido*, México, FCE, 2002]. Véase también el comentario de Claude Lévi-Strauss, “Réponses à quelques Questions”, *Espirit*, noviembre de 1963, p. 628-653, aquí p. 633.

⁷⁰ C. Lefort, “L’échange et la lutte des hommes”, p. 22 (mi traducción).

⁷¹ Kenneth L. Pike, *Language in relation to a unified theory of the structure of human behavior*, La Haya, Mouton, 1967; Thomas N. Headland, Kenneth L. Pike y Marvin Harris (dirs.), *Emics and etics: The insider/outsider debate*, Newbury Park, Sage Publications, 1990. Y véanse las observaciones de F. Weber, “Introduction à l’*Essai sur le don*”, pp. 16-17. Prometo discutir en otra oportunidad más largamente la relación émico/ético

“émico” y “ético”, reconoceremos que, irreductibles a cualquiera de ambos términos, los datos inmediatos de la conciencia se sitúan a medio camino, ya codificados por los órganos sensibles y por el cerebro, a la manera de un texto que, como todo texto, debe ser decodificado para que sea posible traducirlo en el lenguaje de otros textos.⁷²

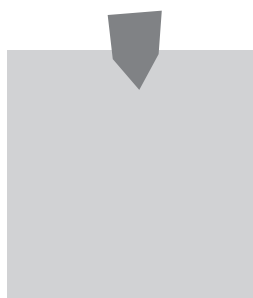
No podría haber una manera más hermosa de ilustrar la admirable utopía científica de Lévi-Strauss. Pero el observador, echado por la puerta en nombre de la objetividad del conocimiento, vuelve a entrar por la ventana, a través de la referencia al texto. De más está decir que decodificar un texto significa descifrar las relaciones sociales que han hecho posible su producción, el uso o los usos para el cual o para los cuales ha sido producido, el público actual o potencial al que se dirige, las realidades extratextuales que son evocadas por él. Solo así es posible traducir el texto, es decir, interpretarlo en otra lengua: la del observador. Pero la distinción, que nada tiene de “metafísica”, entre observador y actores accede a otro nivel que es la forma textual más elemental: la lista de nombres

propios. En su gran libro, *Los reyes taumaturgos*, también Bloch sacó provecho de testimonios de esta índole. Analizó con mirada desencantada la leyenda según la cual se les confería a los reyes legítimos de Francia y de Inglaterra el poder de curar las escrófulas. Con todo, no se olvidó de los enfermos. Sus nombres y su procedencia, anotados en los registros, muestran que la fe en el poder sobrenatural de los soberanos empujaba a las mujeres y a los hombres a emprender largos y peligrosos viajes para curarse. Desmitificar el engaño y comprender las emociones y los pensamientos de aquellos que eran víctimas de esos engaños no constituyen, como lo demuestra Bloch, dos objetivos incompatibles.⁷³ Para los historiadores (pero también para un antropólogo como Mauss) la verdad subjetiva de los actores puede y debe formar parte de la reconstrucción global que nace de las preguntas del observador. La subjetividad de este último deber ser constantemente corregida, pero no eliminada. Es un veneno, pero también un recurso –un don–. Gift /gift. □

⁷² Claude Lévi-Strauss, “Structuralisme et écologie”, *Le regard éloigné*, París, Plon, 1983, pp. 143-166, en especial p. 164 [trad. esp.: *La mirada distante*, trad. de Silvio Mattoni, Buenos Aires, El cuenco de Plata, 2015].

⁷³ M. Bloch, *Les rois thaumaturges*, pp. 97-115 (párrafo titulado “La popularité du toucher”). Y véase Carlo Ginzburg, introducción a Marc Bloch, *I re taumaturghi. Studi sul carattere sovranaturale attribuito alla potenza dei re particolarmente in Francia e in Inghilterra*, Turín, Einaudi, 1973, en especial, pp. xiv-xv.

Reseñas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 23 / 2019

François Dosse,
Castoriadis. Una vida,
Buenos Aires, El cuenco de plata, 2018, 512 páginas

Castoriadis. Una vida, de François Dosse, es más que una biografía de Cornelius Castoriadis. Pero, ¿qué es? No es, en efecto, un relato lineal, cronológico, de la historia personal o intelectual del polifacético filósofo greco-francés. No es, tampoco, una obra que ofrezca una interrogación extensa de las innovaciones conceptuales o las articulaciones de teoría social, política o psicoanalítica de nuestro autor. El libro no persigue un solo propósito ni enfatiza un solo aspecto de la vida personal o la contribución intelectual de “Corneille”, como lo llamaban sus amigos. El extenso trabajo de Dosse no es ninguna de esas cosas pero contiene muchos de los elementos característicos de cada una de ellas. Quien lo lee, entonces, tiene siempre de donde aferrarse, encuentra en cada uno de sus capítulos elementos que permiten trazar una lectura *à la carte* de aquellos elementos de la vida de este pensador único que más convocantes resulten.

Una clave de lectura de las varias posibles se ilumina, o termina de iluminarse por completo, en la última de sus líneas. El libro se cierra con una breve sección de apéndices. Los apéndices son todos, menos uno, cartas de, o dirigidas a, Castoriadis. Las últimas líneas, de la última de las cartas, dicen lo siguiente: “El pueblo siempre está ahí (tú bien lo

presentías). ¿Es o no el que esperábamos? En ese punto comenzamos a discrepar. [El pueblo ya] no cree en la violencia como solución, sino que está más abierto a los argumentos que es capaz de comprender y refutar. No es revolucionario, ¿y quién podría quejarse de eso después de tantas carnicerías perpetradas en nombre de la revolución?” (pp. 492-493). Las líneas no son de Castoriadis sino de Daniel Mothé, pero están dirigidas a aquel a la manera de una síntesis de aquello que los había separado años atrás, algo que también separó a Castoriadis de tantos de sus otros compañeros de ruta –sobre todo de Claude Lefort– en los distintos momentos de su hiperactiva y ecléctica vida intelectual y política.

¿Pero por qué elige Dosse concluir su biografía con una serie de apéndices en los que, el último de ellos, alude al abandono de la idea de revolución? La respuesta no es obvia, pero tampoco imposible de delinear. El libro no tiene una “tesis”, pero sí ofrece una caracterización de su personaje central. Castoriadis, para ser en parte comprendido en su especificidad, debe ser diferenciado de dos de los tipos de intelectual crítico característicos del siglo xx: tanto de aquel que hizo de su fidelidad a la idea marxista una fidelidad a la realidad soviética, como de aquel que

hizo de la denuncia de esta última una condena de la revolución. Castoriadis, como deja entrever el breve título del libro, sin duda vivió una vida plena, compleja y llena de contradicciones. Más integrado al sistema de acumulación y circulación económica propio del capitalismo que ningún otro intelectual y filósofo de su talla durante el siglo xx, “Corneille” sin embargo nunca abandonó su crítica al capitalismo y su fe en la revolución. Lo primero –su integración– nunca le impidió lo segundo –su crítica– algo que no dejó de sorprender a muchos de quienes, en distintos momentos de su vida, compartieron con él pasiones y decisiones, emprendimientos y fracasos.

Castoriadis, el gran filósofo greco-francés del siglo xx, fue solo tardíamente reconocido institucionalmente e incorporado a la academia. Esto ocurrió plenamente recién en 1979, a sus 57 años, cuando pudo finalmente sumarse a la *École des hautes études en sciences sociales*. Hasta ese momento, dos fueron las profesiones que –al mismo tiempo que producía gran parte de su obra filosófica y no dejaba de participar en la vida política parisina– le habían permitido solventar una confortable existencia: las profesiones de economista y de psicoanalista. Como economista, gozó de una posición cada vez más

importante en la OCDE (la Organización para la cooperación y el desarrollo económicos), en la que trabajó desde 1948 y que dejó en 1970 para dedicarse de modo más exclusivo a la práctica psicoanalítica. Ambas profesiones siempre le aportaron ingresos más que suficientes, pero estos ingresos se vieron en parte afectados por la fe excesiva en su capacidad de multiplicar sus recursos económicos por vía de la inversión financiera, algo que caracterizó a Castoriadis durante parte de su vida. Una vida compleja y contradictoria, polifacética y sumamente rica, la vivida por Castoriadis, pero una vida que no dejó de bregar por la transformación radical de las condiciones sociales de la época, tanto las condiciones de explotación como las de despolitización –esa “gran somnolencia” a la que el libro dedica uno de sus capítulos finales–.

Dos tensiones atraviesan el libro entonces. Por un lado, la de la crítica al devenir primero burocrático y luego totalitario de una revolución –la soviética– sin abandonar por ello la vocación revolucionaria, entendida esta como el continuo esfuerzo humano por el avance del proyecto de autonomía. Por otro lado, la de la crítica a un capitalismo y a una sociedad crecientemente distanciados de la creación histórico-social sin abandonar por ello la dedicación a una vida capaz de inscribirse ambigüamente en ese mundo a transformar. Estas dos tensiones se despliegan de modo diferenciado en la primera y la segunda parte del texto. El libro en su conjunto está organizado

sobre varias temporalidades, que se estructuran alrededor de las principales dimensiones de la vida de Castoriadis: su vida como militante político y como intelectual comprometido, su vida como psicoanalista, y su vida como filósofo y teórico social. Estas temporalidades son las que hacen del libro un texto no lineal, o al menos un texto cuya secuencia narrativa no es la de la mera cronología determinada por el paso de los años. El libro avanza, sí, cronológicamente, cuando se aboca al análisis y a la narración del despliegue temporal autonomizado de cada una de esas dimensiones de su vida, pero vuelve luego sobre sus pasos para retomar la génesis de otra de ellas: primero, su militancia y su vida de intelectual crítico de los acontecimientos políticos de su tiempo (capítulos 2 a 7), su vida como psicoanalista y la transformación tanto profesional como filosófica que esto trajo aparejado (capítulos 8 a 10), su vida propiamente filosófica y su entrelazamiento con la militancia ya madura (capítulos 11 a 14).

Estas tres temporalidades estructuran la primera mitad del libro. La segunda, en cambio, está dominada por capítulos más puntualmente temáticos, ya sea abocados a cuestiones conceptuales o bien a aspectos más biográficos o políticos de la vida de Castoriadis. La secuencia ofrece, así, una tematización más pausada y analítica que las series de capítulos temporalmente organizadas de la primera mitad de la biografía. Los capítulos se suceden profundizando alternativamente en las cuestiones de su mirada

acontecimental –que prioriza la contingencia de la creación de *eidos* en el despliegue histórico-social– y anti-teológica (capítulos 15 y 19), su ingreso a la vida académica formal (capítulo 16), su interpretación de la inminencia de la tercera guerra mundial durante los años ochenta (capítulo 17), su concepción del origen griego de la democracia (capítulo 18), la centralidad de su teorización de lo imaginario y la institución histórico-social (capítulo 20), la recepción internacional de su obra (capítulo 22) y, por último, una serie de capítulos conclusivos (21, 23 y 24), en los que estas dimensiones conceptuales, políticas y biográficas se van cerrando sucesivamente a modo de conclusión. Uno de esos capítulos, “La obra puesta a trabajar”, retoma sin duda la clave de lectura que Lefort puso en práctica en su monumental *Maquiavelo*, libro en el que este último dedica gran parte de sus más de setecientas páginas al análisis detallado de la persistencia y, si se quiere, performatividad de la obra del pensador florentino a lo largo de los siglos.¹ En su biografía, Dosse consagra uno de los capítulos finales a la apertura de la obra de Castoriadis a su “puesta a trabajar” en las lecturas y las obras de autores contemporáneos, a su presencia en la teorización de nuevos horizontes y a la formulación de nuevas conceptualizaciones, proceso inacabado e inacabable

¹ Claude Lefort, *Le travail de l'œuvre Machiavel*, Paris, Gallimard, 1972 [trad. esp.: *Maquiavelo. Lecturas de lo político*, trad. de Pedro Lomba, Madrid, Trotta, 2010.

que invita al lector a sumarse al “trabajo de la obra Castoriadis”.

Por supuesto, desde el punto de vista de la historia conceptual, la contribución más importante de *Castoriadis. Una vida* es la inscripción del surgimiento de las nociones de “imaginario social”, “imaginación e imaginario radical”, e “institución” en tanto que relación ineludible de lo instituyente y lo instituido en un contexto intelectual, social e histórico como el de las décadas del '60 al '80. En ese período Castoriadis abandona a Marx por Freud, lee con sumo interés a Maurice Merleau-Ponty, y finalmente publica, en 1975, su principal trabajo, *La institución imaginaria de la sociedad*.² Luego de haber ya concluido los sucesivos emprendimientos intelectuales que rodearon a las varias publicaciones filosófico-políticas de las que había formado parte, fundamentalmente la revista *Socialismo o Barbarie*, fundada con Lefort en 1949 –abandonada por este último en 1956–, y concluida en 1967, un año antes de un Mayo Francés que no debería ser pensado con independencia del trabajo intelectual que los integrantes de *Socialismo o Barbarie* habían desarrollado durante las dos décadas anteriores. En 1971, Marcel Gauchet invita a Castoriadis y a

Lefort a sumarse a una nueva revista, *Textures*, invitación que Gauchet asocia con el programa esbozado por los últimos escritos de Merleau-Ponty. Ambos aceptan la propuesta y emprenden así un nuevo camino intelectual inscripto, de alguna manera, en “el trabajo de la obra Merleau-Ponty”.

En ese mismo año, 1971, Castoriadis contribuye a un número especial de *L'ARC* en honor a Merleau-Ponty, con un texto titulado “Le Dicable et l'indicible”. Allí, el filósofo analiza la noción merleau-pontyana de “parte total”. Para Merleau-Ponty, todo “ser carne” es ser parte total, porque la carne irradia, desde su propio ser, hacia la generalidad de la carne del mundo (pero ese “todo” que es la carne del mundo no es cierre sino apertura, es institución pero en tanto que institución/instituyente que es, a su vez, institución/instituida). En este texto, para Castoriadis el lenguaje es emblema de este ser “parte total” y por lo tanto “magnético” y abierto a la creación histórico-social. Esta idea será central a su obra y podría decirse que este doble movimiento analizado por Dosse –el pasaje de Marx a Freud y el reencuentro con Merleau-Ponty– es un aspecto central de la encrucijada que da origen al laberinto que es el pensamiento de Castoriadis.

Como Aristóteles, nos dice Dosse, Castoriadis se propone pensar todo lo pensable. Ofreciendo un mapa pormenorizado de este

laberinto, Dosse nos ofrece a la vez una mirada histórica sumamente rica del mundo intelectual francés de la segunda mitad del siglo xx. En ese marco, es posible revisitar a través de esta biografía las derivas de las principales revistas de pensamiento político de la época, la influencia de Lacan y el psicoanálisis en la vida parisina de los años '60, el impacto intelectual del Mayo Francés, la decepción política provocada por la llegada del socialismo al poder y las luchas políticas de la Europa de posguerra –tanto en Grecia como en Francia– en los '40 y '50. Finalmente, Dosse ilumina los años de una posguerra fría en los '90 que, en un mismo movimiento, parecen a Castoriadis oscurecer las perspectivas de autonomía y de creación social a la vez que inaugurar nuevas dimensiones –como la destrucción capitalista del medio ambiente– que invitan a pensar las tareas requeridas por una democracia todavía por venir ante la decepción general provocada por las “oligarquías” del Occidente global. Esa es la revolución a la que Castoriadis, como sugiere el texto, permaneció fiel. Una revolución que es creación y es autonomía, pero que ya descrece de la violencia como su forma de advenimiento.

Martín Plot
CONICET / Universidad
Nacional de San Martín

² Cornelius Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad* [1975], Buenos Aires, Tusquets, 2007.

Enzo Traverso,
Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria,
Buenos Aires, FCE, 2018, 412 páginas

El nuevo libro de Enzo Traverso, autor de estudios fundamentales sobre la historia del marxismo, tiene como tema central la melancolía. Según su hipótesis, el duelo melancólico fue la característica fundamental de la izquierda después de la caída del muro de Berlín en 1989. Desde ese momento, la sociedad en su conjunto dio un giro hacia la memoria por lo que Traverso se pregunta por las relaciones conflictivas que el pensamiento marxista siempre tuvo con ella. Entre la historia (que apunta hacia el futuro) y la memoria (que mira hacia atrás), en la repartición marxista del tiempo, la apuesta siempre fue por la primera. Apoyándose principalmente en la figura de Walter Benjamin, teórico de la memoria y de la melancolía, el autor se propone articular memoria e historia, defendiendo un rasgo clave del pensamiento marxista: la utopía. Para Traverso, recatar la utopía en tiempos de crisis y redefinir la posición del marxismo frente a la memoria es el antídoto para salir del luto y la melancolía y constituir nuevas opciones políticas alternativas al capitalismo.

Melancolía de izquierda consta de una introducción y siete capítulos. La introducción reflexiona sobre el triunfo del neoliberalismo a nivel global después de la caída del muro. “La dialéctica del siglo xx –sostiene– estaba rota.”

Comienza entonces un duelo en los sectores revolucionarios que ahora echan una mirada retrospectiva hacia el pasado y es por eso que el concepto de memoria comienza a desempeñar un papel que antes no tenía. Pero este duelo melancólico no debe ser motivo de impotencia sino punto de partida para nuevas luchas. Con el ejemplo de la lucha contra el sida, Traverso relaciona el duelo con el lamento por la tragedia pasada y al mismo tiempo con la militancia y el impulso que provee para la lucha.

En el primer capítulo, titulado “La cultura de la derrota”, sostiene que la melancolía, con sus “virtudes terapéuticas”, puede ser una herramienta para comprender críticamente el trauma. Si bien el trabajo de Traverso se encuadra dentro de una historia de las ideas, con este concepto se desplaza hacia una *historia de los afectos* que lo lleva a preguntarse sobre qué hacer con la desazón en la que desembocó la izquierda después de 1989. En este capítulo, ensaya una estrategia metodológica que recorrerá todo el libro: el abordaje de problemas a partir de *pares* de pensadores. Auguste Blanqui es confrontado con Walter Benjamin; Eric Hobsbawm con François Furet, quien más de una vez es el ejemplo de la claudicación del intelectual a la hegemonía neoliberal, y así en

otros capítulos del libro: Benjamin con Adorno y Bensaïd, Adorno con Cyril L. R. James, Corubet con Marx. También las imágenes a menudo son analizadas como pares, sobre todo cuando confronta las representaciones religiosas con las imágenes de Lenin y Marx. En ese contrapunto, por un lado anuncia una de las propuestas más provocadoras del libro: aprovecharse de fuerza y conceptos religiosos para el pensamiento y la acción revolucionarios; y, por otro, utiliza un amplio arco de recursos heterogéneos y eruditos que vuelven a *Melancolía de izquierda* un libro atractivo y apasionante.

“A primera vista, el marxismo y la memoria parecen dos continentes extranjeros”: así comienza el capítulo 2. Se trata de testear algunas limitaciones del marxismo y considerar cómo el lugar central que ocupa la memoria en la esfera pública coincide con su crisis. Traverso desmonta el uso actual del concepto de memoria y antes que celebrarlo acríticamente, lo vincula a una amnesia que decidió privilegiar a las víctimas antes que a los vencidos. Esa decisión pierde el principio esperanzador que regulaba las utopías y el “horizonte de expectativas” (término que toma, como otros, de Reinhart Koselleck). Es más difícil redimir dinámicamente a

los vencidos y proyectarlos al futuro, que rememorar estáticamente a las víctimas en una reafirmación de la inmovilidad o la claudicación. Como estrategia para elaborar el pasado y la memoria, Traverso propone la “melancolía utópica”, distinta de la nostalgia y comprometida con un “acto de fe antropológico”: la apuesta por el riesgo y la esperanza del éxito.

“Imágenes melancólicas” es el capítulo 3 y versa sobre cine. Con un repertorio bastante previsible, que va de Luchino Visconti a Chris Marker, de Theo Angelopoulos a Kean Loach, hace “historiofotía”, término que toma de Hayden White y que significa “la representación de la historia y de nuestros pensamientos sobre ella a través de imágenes y discursos fílmicos”. Algunas elecciones, sin embargo, abren líneas menos obvias que lo llevarán a revisar ciertos aspectos del propio Marx: Gillo Pontecorvo y su mirada anticolonialista y los latinoamericanos Carmen Castillo (directora de *Calle Santa Fe*, 2007) y Patricio Guzmán (*Nostalgia de la luz*, 2010), con sus reflexiones fílmicas sobre la memoria y el duelo (relevante inclusión de latinoamericanos en el libro que después se reforzará con los análisis de las fotos de Marcelo Brodsky). El capítulo termina con una frase que bien podría ser emblema del libro: “Las utopías del siglo XXI están aún por inventarse”. En esa invención, la melancolía debe ser una fuerza productiva y positiva.

El capítulo 4 trata sobre la bohemia y su “tendencia

transgresora”: el par en este caso lo constituye el artista maldito y el intrigante político, “figuras arquetípicas” del odio al burgués. La diferencia entre ambos estaría en el individualismo pronunciado del primero que está ausente en el segundo, aunque con gradaciones que van de lo que Sartre llamó el “aventurero” (Auguste Blanqui) al militante como Marx o Trotsky. Aunque en los militantes subsiste algo de la “metafísica del provocador” (atribución que Benjamin le hace a Baudelaire), se trata de una provocación que se quiere volver sistema. Por eso lo que subsiste en la mirada de Marx y de Trotsky sobre la bohemia es la objeción a una “ausencia de una orientación política clara” (pp. 242-243). En su planteo, Traverso quizá no percibe en su totalidad las ramificaciones de la bohemia contemporánea, ya no como era en el siglo XIX sino en los modos de vida, en las diversidades en el ámbito de las subjetividades y de las identificaciones. En síntesis, un individualismo que sería inexacto atribuir solo al dominio neoliberal. Por momentos, *Melancolía de izquierda* parece perder de vista que la caída del muro no solo fue el triunfo del neoliberalismo sino de toda una serie de prácticas e ideas que escapan a la dicotomía (neoliberalismo / marxismo) a la que el libro se aferra con demasiado fervor.

La idea de *desarrollo* y de *progreso* fue tan fuerte en el siglo XIX que el marxismo no pudo permanecer ajeno a ella. La aplicación de ambos conceptos supone un entusiasmo que se relaciona con la idea de un paradigma dominante que

permite medir el avance de cada sociedad. Y ese paradigma se llamó, en el siglo XIX y también en el XX, *occidente*. En el capítulo 5 Traverso revisa las consecuencias desastrosas que esta visión ha tenido en el marxismo (“incapaz de reconocer la existencia de sujetos históricos en el mundo colonial” y tributario de la idea hegeliana de “pueblos sin historia”) e intenta salvar la diferencia entre el Marx positivista y el dialéctico. Marx supo ver el vínculo entre el “apocalipsis humano y la acumulación del capital” pero no pudo salir del historicismo. Además de describir este panorama con precisión y gracia, subraya que paradójicamente “el marxismo proporcionó el marco teórico de la colonización” en casi todos los lugares en los que se desarrollaron luchas anticoloniales o antiimperialistas. En la segunda parte de este capítulo, *Melancolía de izquierda* ensaya con otro par, sin duda el más productivo del libro, una “historia intelectual contrafáctica” entre el pensador afroamericano Cyril L. R. James y Theodor Adorno. Un desencuentro que se expresa en la lectura que hacen de Moby Dick, en el lugar del proletariado en el pensamiento de James (y su ausencia en el de Adorno) y en lo que Traverso llama “el inconsciente colonial de la Teoría Crítica” que la confrontación le permite vislumbrar. Este capítulo es el más poderoso del libro, tal vez porque Traverso reflexiona más sobre las omisiones o las afirmaciones problemáticas del marxismo y menos sobre la teoría.

Los dos últimos capítulos giran alrededor de un pensador que ya había protagonizado varios pasajes del libro: Walter Benjamin. En el capítulo 6 hace par con Adorno a partir de la correspondencia entre ambos y de “la historia de una amistad que es la crónica del poder creciente de Adorno sobre Benjamin”. Se terminan de perfilar algunos conceptos clave para entender el programa político del libro: la “dimensión mesiánica como una fuerza redentora” y “la revolución no como realización de la historia” sino como salida de ella. No hay un fin en la historia sino “imágenes desiderativas” (Benjamin), que combinan rescate de lo ancestral e impulso hacia el futuro. No es una concreción de lo que está inmanente a la historia sino un movimiento de fuerzas que hacen los sujetos a partir del reconocimiento del trauma y de la recuperación del principio esperanza.

En el capítulo 7, Benjamin hace par con Daniel Bensaïd, líder estudiantil de Mayo del 68 y escritor prolífico en los últimos años. La dimensión mesiánica se vuelve aun más fuerte en la afectuosa exposición que hace Traverso del pensador francés y del “mesianismo secularizado” que se superpone con el principio esperanza y una utopía refractaria a la resignación. Bensaïd no solo es rescatado como un pensador sino como un militante, que supo mantenerse fuera de las modas y con una posición intransigente frente a otras claudicaciones. Con su original recuperación de Charles Péguy, Bensaïd vuelve a apostar por un “acto de fe antropológico” (la

apuesta pascaliana pero ahora por la existencia de la revolución) e intenta combinar razón mesiánica con materialismo crítico.

La crisis que se desata en 1989 es, según la propuesta de Daniel Bensaïd, triple: “crisis teórica del marxismo, crisis estratégica del proyecto revolucionario y crisis social del sujeto de la emancipación universal” (p. 375). Pero el pensamiento moderno siempre se supo conducir en los períodos de crisis, casi se diría que la crisis es su elemento habitual. Lo que sucede con la caída del Muro es algo mucho más sustantivo: es el colapso de una era y no solamente, como sostiene Traverso en varios pasajes del libro, el triunfo del neoliberalismo. Son las ruinas y no la crisis el ámbito adecuado para el melancólico. Ahora bien, las ruinas frente a las cuales se detiene a meditar el pensador melancólico de Enzo Traverso son las del fracaso *histórico* de la revolución. De ahí que la melancolía sea, en el libro de Traverso, moderada, porque no son las ruinas de su propio pensamiento sino de algo que acontece por fuera de él. La melancolía que, por definición, es furiosa, devastadora, extrema adquiere en este libro un carácter limitado: como si fuera una derrota en el campo de los hechos que el pensamiento marxista todavía puede revertir. Pero lo que no aparece en *Melancolía de izquierda* son los escombros del marxismo mismo, aquellos acontecimientos que develaron contradicciones, limitaciones, imposibilidades y hasta fracasos teóricos. Por ruina no queremos decir que el

marxismo esté agotado sino que exige un pensamiento que pueda trabajar (y pensar) con los escombros de sí mismo.

El triunfo del neoliberalismo no hiere al marxismo en su núcleo: es más bien un enfrentamiento previsible que puede remontarse a sus orígenes. No es lo mismo lo que sucede con otros acontecimientos como las luchas por la diversidad sexual, el fortalecimiento del feminismo y, sobre todo, el colapso de una noción de naturaleza como algo inerte subordinado a las fuerzas productivas del hombre. En su capítulo sobre la bohemia, Traverso deja de lado la cuestión del goce de los cuerpos y la homosexualidad, que podría ser reveladora de una moral de la izquierda (una fobia) que se fue acentuando a lo largo del siglo xx. Las costumbres de la bohemia son evaluadas en su relación con la aventura o la militancia, y toda la zona que plantea una impugnación de la moral burguesa en el siglo xix apenas encuentra espacio en el libro. En cuanto a las luchas del feminismo, en la introducción, sorprendentemente, las subordina al marxismo: “El derrumbe del comunismo fue acompañado –o, mejor, precedido– por el agotamiento de las luchas y utopías feministas, que generaron sus formas peculiares de melancolía”. Al no volver a referirse al feminismo en lo que resta del libro, Traverso pierde las críticas que se han hecho al marxismo desde el feminismo y le quita un margen de autonomía en relación con otras luchas (de hecho, no se verifica en el feminismo el agotamiento o la languidez que asocia al fin

del comunismo). Finalmente, tampoco aparece en el libro la cuestión ecológica, que puso de relieve la dependencia del marxismo de modelos extractivistas y de dominio de la naturaleza que no lo diferencia de otros movimientos modernos. La caída del muro en 1989 es tan importante como la explosión de Chernobyl, tres años antes. No se trata, por supuesto, de criticar el libro por lo que le falta sino más bien de sostener cómo la melancolía moderada obtura una serie de problemas que podrían darle al libro una dinámica más radical y, además, esas irrupciones en el escenario histórico impugnaron muchos de sus postulados. Si como dice Jacques Rancière en *El espectador emancipado* “la melancolía se nutre de su propia impotencia”, habría que encarar esa impotencia no solo como el efecto de la hegemonía

neoliberal sino de aquellos argumentos propios que se vieron impugnados o carentes de fuerza política. ¿No será que la melancolía marxista es también un agotamiento del uso de Marx como fuente de autoridad inobjetable para responder a las preguntas del presente?

Melancolía de izquierda no es un estudio sobre las interpretaciones históricas o actuales de la melancolía. Apenas se detiene en *Saturno y la melancolía* de Panofsky, Klibansky y Saxl o en enfoques más actuales como los de Jean Clair, Giorgio Agamben o Julia Kristeva. El tema no es que Traverso no mencione dimensiones tradicionales de la melancolía como la avaricia o la soledad (el “retiro caviloso del mundo” en el libro de Panofsky), o que no se detenga en imágenes tradicionales como la mano en la mejilla (y hay

una hermosa foto de Benjamin de Giséle Freund con ese gesto melancólico) sino que pierde la dimensión trágica, porque –hay que decirlo– la melancolía y la utopía no se llevan bien y difícilmente puedan ser compatibles. La salida a la melancolía, ¿es un retorno a una idea clave de la modernidad (la utopía) o una búsqueda de nuevas constelaciones que incorporen al marxismo pero sin otorgarle el lugar dominante? *Melancolía de izquierda* apuesta fuerte por la primera opción y lo hace en un libro apasionante e inteligente que suscita en el lector el deseo de ponerse a discutir con él.

Gonzalo Aguilar
Universidad de Buenos
Aires / Universidad Nacional
de San Martín

Anne Boyd Rioux,
El legado de Mujercitas: construcción de un clásico en disputa,
Buenos Aires, Ampersand, 2018, 363 páginas

El legado de Mujercitas de Anne Boyd Rioux aparece en las librerías argentinas en 2018, en paralelo a su lanzamiento en los Estados Unidos; esa simultaneidad no deja de llamar la atención para un libro de crítica, aun teniendo en cuenta la celebración de los 150 años de la publicación de la novela de Louisa May Alcott, en 1868. La decisión editorial de Ampersand parece apostar, por un lado, al indudable capital emocional que la novela tiene para los lectores argentinos e hispanoamericanos –al pacto emocional de una lectura unida en la infancia a las tapas amarillas de la colección Robin Hood o a las tapas rojas de la Biblioteca Billiken–. Capital extraño, si se piensa a *Little Women* como una obra atravesada por el puritanismo y por cierto voluntarismo sajón que llevó a Pearl Buck a definirla, en 1942, como una novela que podía “decirles a los asiáticos cómo era el pueblo estadounidense” (p. 169). Sin embargo, el texto marcó a toda una franja de lectores argentinos que hoy, melancólicamente, sabrían reconocer ese legado en cierta tonalidad afectiva que incluye altillos, manzanas, libros, el fuego del hogar, frías navidades, el pan caliente, la nieve, las ventanas, los disfraces, muchachas “que parecen potrillos”, el deseo de hermandad. La exhibición del libro de Boyd Rioux en la

mayoría de las vidrieras de las librerías porteñas confirmaría esa riqueza simbólica, tal vez generacional. Un segundo punto de interés es obviamente, a la luz de la agenda política actual, la problemática de género en una novela que busca narrar la formación de la identidad femenina, pero cuyas implicaciones ideológicas siguen aún presentando, al día de hoy, zonas de opacidad. En este sentido, el libro de Boyd Rioux tiene el mérito de reconstruir la historia de un éxito y de un enigma: ¿qué es exactamente lo que *Mujercitas* representa?

La pregunta no es ociosa a la luz del éxito sostenido por la saga a partir de la publicación de su primera parte, *Little Women*, seguida por *Good Wives* (1869, no era el título que Alcott quería), *Little Men* (1871) y *Jo's Boys* (1886). La expansiva popularidad de las dos primeras partes se manifiesta, tal como lo describe detenidamente Boyd Rioux, en múltiples formatos, soportes, géneros: ilustraciones, teatro, cine, series televisivas, etc. Estas transposiciones muestran, aunque sin teorización por parte de la autora, el carácter fundador en términos narratológicos de un esquema ficcional que sigue la evolución y las interacciones de cuatro mujeres con personalidades cuasi tipológicas (la obediente, la rebelde, la madre, la coqueta), cuya productividad

para la industria del espectáculo sigue verificándose en series como “Sex and the City” o “Girls”. El “legado” es sin embargo un legado norteamericano y sería interesante y sin duda enriquecedor para la hipótesis general alguna evaluación de la increíble fortuna del texto más allá de los Estados Unidos. Aun así, el estudio del caso dentro de las fronteras nacionales sirve para pensar temáticas transnacionales, en particular el problema del estatuto de un libro clásico de la literatura juvenil que se queda en el margen del canon porque esos jóvenes son mujeres. A diferencia de, por ejemplo, los clásicos de Mark Twain, contemporáneo de Alcott, *Little Women* quedó progresivamente fuera de los contenidos curriculares de la escuela primaria y secundaria, del mismo modo en que Alcott quedó reducida a mediados del siglo xx (burlas de Hemingway, críticas de Baldwin) a un sentimentalismo empalagoso que obturaba las múltiples tensiones económicas y sociales presentes en su figura autoral, en su biografía y en su escritura. A esto se añade la altísima carga simbólica –refrendada por los muchos testimonios de escritoras que Boyd Rioux recopila, desde Beauvoir hasta Le Guin– que suponía para Alcott ofrecer, con Jo March, “la primera imagen de una mujer que escribía”

(p. 175) y de ser ella misma una mujer soltera que lograba vivir de su pluma (“Muy tierno y muy hermoso, escribió Alcott tras visitar a su hermana recién casada, pero yo prefiero ser una solterona libre y remar mi propia canoa” –p. 74–).

Como suele ocurrir en estos casos, fue la intervención del campo académico lo que problematizó y reorientó una memoria parcial y automatizada que usufructuaba a *Mujercitas* desde la industria cultural sin desplegar los puntos ciegos de la trama, ni intentar algún tipo de lectura política sobre la condición de la mujer a partir de la historia de las hermanas March o de la propia Alcott. Una anécdota que recoge Boyd Rioux condensa perfectamente la falsedad de la situación: en la filmación de la película de 1933, George Cukor habría cacheteado a Katherine Hepburn, que tenía el rol de la indómita Jo, porque la actriz había manchado un vestido para el cual no había recambio (p. 127). A partir de los años sesenta en particular, los estudios de género y la crítica feminista buscaron discernir las implicaciones ideológicas del libro; en ese examen no hay consenso y tal como lo analiza el capítulo llamado “Un libro que divide aguas: leer *Mujercitas*”, las lecturas oscilan entre quienes postulan un *Bildungsroman* que aspira a una autonomía parcial de la mujer y quienes consideran que el texto termina favoreciendo procesos de sumisión a los mandatos genéricos tradicionales: Jo pospone su vocación de escritora, se casa, tiene hijos. De ahí que “a *Mujercitas* se la lee como una obra conservadora y progresista al mismo tiempo”

(p. 194). La posición de Boyd Rioux al respecto intenta ser superadora y entre las aguas escépticas del feminismo y las aguas entusiastas de un supuesto espíritu de madurez idealmente norteamericano, la autora tiende puentes: “el gran tema en *Mujercitas* es aprender a vivir con y para otros” (p. 221), “*Mujercitas* no es un texto ni realista ni sentimental sino que logra ubicarse en el medio, donde la mayoría de nosotros vive, y es precisamente por eso que ha perdurado en el tiempo” (p. 203).

Buscar un punto de equilibrio entre lecturas contradictorias es la opción que elige Boyd Rioux, entre otros motivos porque intenta dotar al libro de Alcott con una utilidad directa, formativa, para el presente. Otra opción podría ser aceptar el carácter irremediamente ambiguo del contenido ideológico del texto. Esa ambigüedad, pensamos por nuestra parte, puede ser leída como el efecto de una “narración discordante”, en el sentido que Dorrit Cohn da al término: cuando aquello que el narrador sostiene desde lo axiológico y lo normativo choca con lo que la diégesis propone, y ese desacuerdo induce al lector a buscar un sentido distinto del que marca el narrador.¹ Pues ¿cómo no leer una narración discordante en una novela donde Beth, el personaje que ama ciegamente la casa paterna, que anhela permanecer en ella sin crecer ni experimentar nada fuera de esa felicidad doméstica, es quien muere víctima de una enfermedad innombrada que la

desvitaliza y la consume? ¿Cómo no ver en la muerte de Beth ese “largo suicidio” que estudiaron Susan Gilbert y Sandra Gubar, según el clásico esquema decimonónico de la “consunción”?² Del mismo modo podrían considerarse la capitulación de Laurie, que quería ser músico pero, en pos del deber, se hace cargo de los negocios de su abuelo el Sr. Laurence; o el consejo de Marmee, la madre, que confiesa sentir enojo todos los días de su vida, pero haber aprendido a reprimirlo con “la esperanza de aprender a no sentirlo”; o la desaparición de la figura del padre cuando cumple con el mandato de masculinidad; o aquellas escenas donde el deseo es silenciado, como cuando Laurie le propone a Jo irse a Washington.³ La desvitalización sucede en una superestructura causal fuerte de discursos sobre la abnegación doméstica, asimilada con la maduración o –por decirlo como el doctor March a su regreso, cuando habla de Jo– con el paso de la “muchacha salvaje” a la “mujer fuerte, servicial y de buen corazón”. Ahora bien, si la novela narra el conflicto y su acallamiento, también muestra las formas desviadas de su

² Susan Gilbert y Sandra Gubar, *The Madwoman in the Attic. The Woman Writer and the Nineteenth-Century Literary Imagination*, New Haven (CO), Yale University Press, p. 483.

³ “Por un momento pareció que Jo iba a consentir [...] Estaba cansada de ansiedades y encierro [...] Sus ojos brillaron al dirigirse hacia la ventana, pero se clavaron en la vieja casa opuesta y movió la cabeza con triste decisión. “Si fuera un chico nos escaparíamos juntos y correríamos una aventura deliciosa; pero siendo una infeliz chica, debo ser prudente, portarme bien y permanecer en casa.”

¹ Dorrit Cohn, “Discordant Narration”, *Style*, vol. 34, n° 2, 2000, pp. 307-316.

reaparición: en la muerte de Beth, en el rechazo de Jo de casarse con Laurie, en la desdicha inicial de Meg como madre. Nada queda del todo claro; en ese sentido el subtítulo elegido para la versión en castellano del libro de Boyd Rioux –*Construcción de un clásico en disputa*– refleja mejor, creemos, la problemática en el corazón de *Mujercitas* que el título de origen del estudio: *Meg, Jo, Beth, Amy: The Story of Little Women and Why it Still Matters*.

Esta discordancia entre sumisión y resistencia al mandato adquiere todo su espesor cuando es leída a la luz de la fascinante primera parte del libro de Boyd Rioux, que narra la propia vida de Louisa May Alcott, y muestra cómo esa vida es el negativo de la novela. Lo que Alcott más deseaba era “un pedazo de pan en un pequeño altito, la libertad y una pluma” (p. 26); lo que le tocó fue una juventud marcada por la pobreza, el rigorismo religioso, el desentendimiento entre sus padres, la probable anorexia que se llevó a la hermana –modelo para Beth–, las expectativas frustradas de las otras dos hermanas. Boyd Rioux narra vívidamente esa educación a los golpes, y ese relato resignifica nuestra percepción (adulta) de *Mujercitas*, reforzada por la precisa reproducción de fotos de los miembros de la familia Alcott. La ausencia del doctor March, enviado a la guerra, construido como héroe, se carga de vertiginoso sentido cuando se la lee desde la vida del lunar Bronson Alcott, el padre inestable, amigo de Emerson y de Thoreau,

fundador de una fracasada comunidad utópica, *Fruitlands*, donde obligaba a las hijas a alimentarse solo con verdura y fruta, y a usar vestidos de lino en el polar invierno de Massachussets por la veneración a los animales y la aberración al algodón de la esclavitud. La descalificación del padre por sus métodos de enseñanza novedosos y por haber incorporado al colegio a un niño negro, las treinta mudanzas de la familia antes de los veinticinco años de Louisa, la dependencia de la ayuda ajena que las humillaba, el sufrimiento de la madre: esas son algunas de las escenas que aparecen transfiguradas en la serie novelesca de *Little Women* y –antes– en las historias *gore*, sensacionalistas y sangrientas, que la joven Alcott publicaba con seudónimo en revistas populares, en las que retrataba al matrimonio como una prisión para la mujer.⁴ Desde Plumfield, la idílica y exitosa escuela que fundan Jo y su marido el profesor Bhaer, contracara de Fruitlands, hasta la generosa filantropía del señor Lawrence, pasando por la omisión de la figura paterna, idealizada a ultranza pero borrada del mundo tangible de las hermanas March: las referencias biográficas sublimadas también parecen estar en el origen de la disonancia ideológica, al tiempo que funcionan como fábula sobre la capacidad sanadora, o compensatoria, de la escritura.

⁴ Para un preciso análisis de este aspecto de la obra de Alcott, véase Pascale Voilley, *Louisa May Alcott*, París, Belin, 2001, “L’œuvre au noir”, pp. 47-74.

Los puntos de resistencia de la trama no pasaron desapercibidos para sus primeros lectores, quienes buscaron corregir o reorientar aquellas escenas que les resultaban insatisfactorias. Alcott no quería que Jo se casara, quería que fuera, como ella, una escritora célibe, en un gesto –cabe señalarlo– no distinto del que observa Said en escritores varones que estaban produciendo para la misma época, como Balzac o Flaubert.⁵ Sin embargo, la presión del sistema, las infinitas cartas de lectores entre la primera y la segunda parte, los pedidos de su editor y el propio carácter conservador que pueden llegar a tener ciertos aparatos editoriales, impusieron una dinámica comercial que Alcott aceptó a regañadientes, y que impuso títulos como *Good Wives, or Little Women Wedded*, con el que se conoce la segunda parte. Notemos por nuestro lado que la recepción editorial argentina siguió la misma tendencia con títulos como *Señoritas y Las Mujercitas se casan*, con las inolvidables ilustraciones de Pablo Pereyra y de Ely Cuschie para la colección Robin Hood de editorial Acme, más afines a un fabuloso fotograma de “Lo que el viento se llevó” que a la ambigua prédica de austeridad trascendentalista de Alcott.⁶ La

⁵ Edward W. Said, *The World, the Text and the Critic*, Cambridge [MA], Harvard University Press, 1983, pp. 16-20.

⁶ Sobre Pablo Alejandro Pereyra y la colección Robin Hood, véase el estudio de Carlos Abraham, *La editorial Acme. El sabor de la aventura*, Buenos Aires, Tren en movimiento, pp. 90-93 y 95-137.

recepción francesa fue aun más normativa y tradujo el primer libro como *Les quatre filles du Docteur March* (Hetzel, 1880) y el segundo como *Le Docteur March marie ses filles* (Hachette, 1951), reponiendo en el título la presencia del

patriarca que Alcott quitaba de la novela. Del estimulante trabajo de Anne Boyd Rioux se deduce que el legado de *Mujercitas*, en todos sus niveles (ideológico, autoral, editorial), es en realidad un conjunto de tensiones y de problemas

perfectamente reactivo para el actual laboratorio de ideas.

Magdalena Cámpora
Universidad Católica
Argentina / CONICET

Gabriel Entin (editor),

Rousseau en Iberoamérica. Lecturas e interpretaciones entre Monarquía y Revolución,
Buenos Aires, SB, 2018, 206 páginas

Puede decirse que el libro compilado por Gabriel Entin, *Rousseau en Iberoamérica*, concentra la complejidad de su objeto en el subtítulo: *Lecturas e interpretaciones entre Monarquía y Revolución*. Allí se señala un período histórico conformado por el lapso temporal que va aproximadamente de 1808 a 1812, entre la invasión napoleónica a España y los procesos revolucionarios independentistas hispanoamericanos. Pero, sobre todo, en la distinción entre las “lecturas” y las “interpretaciones” se plantea una escisión central para el estudio de ese período y de sus vínculos con la filosofía de Jean-Jacques Rousseau. Si la lectura se distingue de la interpretación, ello no quiere decir que la lectura, cualquier lectura, no implique ya una interpretación, sino que las lecturas de que fueron objeto los textos de Rousseau, por parte de letrados y de actores políticos iberoamericanos, en ese período histórico, han sido interpretadas de modos, habría que decir, radicalmente heterogéneos.

Aunque en general se trate de los mismos textos de Rousseau –centralmente el *Contrato social* y en parte el *Emilio*– las lecturas dieron lugar a interpretaciones bien diversas y hasta incompatibles, porque han dependido también de cada contexto político y del

estatuto político de cada sujeto lector. Por ejemplo, las lecturas de Simón Bolívar en Venezuela no pueden compararse con las de los liberales católicos en las cortes de Cádiz, aun cuando en ambos casos sus interpretaciones han sido funcionales en los procesos de liberación del dominio monárquico. En el primer caso –como señala Almarza Villalobos en su artículo “Rousseau, Bolívar y las revoluciones de Venezuela”–, estamos ante una interpretación, por parte de Bolívar, de la filosofía de Rousseau para fundamentar la libertad y la soberanía inalienables del pueblo (p. 129); y en el otro, en cambio, ante una lectura que vuelve tomista la filosofía de un pensador deísta: “Afirmar que la ley es expresión de la voluntad general no era alinearse con la filosofía revolucionaria e irreligiosa, sino con el tomismo más auténtico y menos contaminado [...]”, como escribe Portillo Valdés en su capítulo “Los liberales tomistas en las cortes de Cádiz” (p. 57).

¿Cómo conceptualizar, entonces, interpretaciones tan divergentes de los textos del mismo filósofo, que otorgan incluso a esos textos sentidos contrarios a los propios? ¿Cómo elaborar una hipótesis de conjunto que pueda dar cuenta de esa diversidad rica y proliferante de lecturas y de interpretaciones? Aun en la

variedad de los casos que estudia cada uno de sus capítulos, *Rousseau en Iberoamérica* articula sus lecturas desde dos hipótesis ya recurrentes en los estudios historiográficos: por un lado, la crítica a la noción ilustrada y decimonónica de “influencia” de las ideas sobre los hechos, como si estas pudieran generarlos o producirlos *tout court*. Clément Thibaud lo expone en su texto (“Las primeras repúblicas de Tierra Firme y Jean-Jacques”) cuando señala que las lecturas y las interpretaciones deben comprenderse en función de usos que, retrospectivamente, se vuelven “programáticos” (p. 108), ya que operan transformaciones de sentido que se adecuan al propio contexto político y, en ello mismo, hacen mutar –como también sugiere Nicolás Ocaranza, en “Rousseau, Camino Henríquez y la independencia de Chile”–, los conceptos originales (p. 138). Por otro lado, la otra hipótesis se relaciona con los procesos revolucionarios mismos: la idea de que estas no han respondido a objetivos definidos previamente a los acontecimientos, sino más bien a un devenir coyuntural: “Las experiencias revolucionarias que significaron en Hispanoamérica la organización de juntas de gobierno en nombre del rey, de la religión y de las leyes de la monarquía”,

escribe Gabriel Entin, “no buscaban en un inicio la independencia” (“Rousseau, Mariano Moreno, y la institución del pueblo en el Río de la Plata”, p. 177).¹ Esas hipótesis constituyen, en gran medida, entonces, los principios desde los que se estudian los vínculos de Rousseau con los procesos nacionales emancipatorios: lecturas pragmáticas de los textos de Rousseau, cuyas interpretaciones divergen allí donde varía la coyuntura política local, en procesos que se definen en su propio devenir.

Ahora bien, el conjunto de los trabajos de *Rousseau en Iberoamérica* permite observar algunos rasgos específicos de esas lecturas contextualmente situadas, de recepción heterogénea y fragmentaria, de la filosofía política de Rousseau. Uno de esos rasgos es aquel que diferencia estos procesos políticos de emancipación iberoamericanos del que tuvo lugar entre esa misma filosofía y la Revolución Francesa: para Iberoamérica, en ese período, Rousseau ya es un

autor *revolucionario*. Se trató entonces de lecturas, por parte de los actores políticos iberoamericanos, de textos ya interpretados, es decir, ya modificados por el propio proceso revolucionario francés. En Iberoamérica, por esa misma transformación revolucionaria de sus textos, Rousseau es un autor prohibido (como señala bien Torres Purga en “Rousseau en Nueva España”, p. 68) de modo tal que las lecturas debieron formular adecuaciones posibles de sus tesis, por medio de operaciones en gran medida impensables en la filosofía rousseauniana. Entonces, en estos procesos no se trató ya únicamente, como demostró Tatin-Gourier, de una lectura que interpretó los textos desarticulándolos de sus contextos propios de enunciación, fragmentándolos y esparciéndolos, para rearticularlos en nuevas series de sentido: durante el período revolucionario francés, por ejemplo, se editaron juntos *El contrato social* y las *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia*, operación que hacía del tratado político abstracto un texto de aplicación en los hechos,² así como formulaba una relación progresiva entre ambos: una relación de progreso que, entre los textos de Rousseau, no está dada.³ En Iberoamérica se trató,

pues, de operaciones suplementarias a las que tuvieron lugar en Francia, en la medida en que también debían, en gran parte, deconstruir la impronta revolucionaria de los textos de Rousseau, precisamente en procesos políticos que vendrán revolucionarios.

Otro de esos rasgos específicos de esos procesos que se estudia en el libro compilado por Entin es aquel que se articula como política de la traducción, en el caso particular de Mariano Moreno en el Río de la Plata. Como demuestra Noemí Goldman (“¿Fue Moreno el traductor del *Contrato social*?”), la traducción implica la modificación de los textos: no solo porque Mariano Moreno trabajó con una traducción previa del *Contrato Social* al español y, a la vez, con el original francés, sino incluso porque decide quitar de su versión el capítulo sobre la “religión civil” y todas las referencias en el libro vinculadas a esa cuestión. Es preciso observar aquí que esa operación de trabajo con dos

¹ En efecto, los estudios más influyentes, publicados hacia el bicentenario de la Revolución Francesa, plantearon ambas hipótesis: por lo menos, Jean-Jacques Tatin-Gourier, *Le Contrat Social en question. Échos et interprétations du Contrat Social de 1762 à la Révolution*, Lille, Presses Universitaires de Lille, 1989, en cuanto a la cuestión problemática de la “influencia” de los textos políticos de Rousseau en la Revolución, crítico del trabajo clásico de Daniel Mornet sobre los orígenes intelectuales de la Revolución; y, sin duda, François Furet, *Penser la Révolution Française*, París, Gallimard, 1978, que refuta la idea romántica (a lo Michelet) y de la historiografía jacobina, de la Revolución como acontecimiento de “grado cero”, definido de modo programático.

² J.-J. Tatin-Gourier, *Le Contrat Social*, pp. 16-17. Precisamente, Almarza Villalobos observa que los discursos de Bolívar se componían de citas y de paráfrasis del *Contrato Social* y del texto sobre Polonia (pp. 129 y 131).

³ Es parte de una larga querrela de interpretaciones de la filosofía de Rousseau, durante el siglo xx, la

cuestión de si su obra constituye un sistema. Los estudios más recientes han desplazado esa cuestión para postular que su filosofía debe comprenderse en términos metodológicos. Véase, al respecto, sobre todo, Bruno Bernardi, *La fabrique des concepts. Recherche sur l'invention conceptuelle chez Rousseau*, París, Honoré Champion, 2006, en cuanto a la filosofía política (citado por G. Entin en su artículo); Martin Rueff, *Radical, separado. La antropología de Rousseau y las teorías contemporáneas de la justicia*, Buenos Aires, Unipe, 2014, estudio que se fundamenta, en parte, en *Emilio*; y André Chartrak, *Rousseau. De l'empirisme à l'expérience*, París, J. Vrin, 2013, sobre la última filosofía de Rousseau.

textos simultáneamente constituye así una *segunda* transformación de un texto que ya ha sido interpretado en la traducción misma al español con la que Moreno trabajó (la de José Marchena, de 1799),⁴ sobre todo, en el interior de una tradición, clásica e ilustrada, de traducción (la de las “bellas infieles”) que entendía la transposición de un texto de una lengua a otra como un trabajo de modificación deliberada y, en esto, de mejoramiento estético, pero también político, del texto original.⁵ Esa misma tradición es la que legitima en gran parte la eliminación del capítulo sobre religión (muy crítico del cristianismo), además de las razones políticas que lo llevan a considerar ese pensamiento teológico como “delirios” (p. 163) del filósofo ginebrino, que no respetan las “verdades santas” de “nuestra augusta religión” (como cita Entin, p. 189).

Finalmente, un último rasgo tiene que ver con un aspecto tal vez poco indagado en los estudios vinculados al campo

de la historia política y de la filosofía política: la formación de una subjetividad política, incluso cuando gran parte de los actores iberoamericanos fueron lectores de la novela sentimental *Julia o la Nueva Heloísa*, de Rousseau, y de textos que se fundaban en el *Emilio* de Rousseau (como la novela española *Eusebio*, de Pedro de Montegón).⁶ De modo que esa subjetividad política también está configurada en un conocimiento de la importancia que Rousseau otorgaba a lo que él llama el “sentimiento interior”. No hay, en los estudios del libro, casos tan notorios como el de Robespierre, sujeto político cuya praxis se define explícitamente como una continuidad y una superación de la tarea que el filósofo de Ginebra habría iniciado, y con una clara conciencia de su pertenencia a otra época (el Antiguo Régimen).⁷ No obstante, en el capítulo “Comida, civilización y república”, de Bak-Geller, la autora estudia la conformación de una “dieta patriótica” en México (Nueva España), basada en las ideas sobre la alimentación y el gusto en el

Emilio, concebidas como un modo de incorporación a la ciudadanía de los indios mexicanos. La dieta patriótica habría estado orientada a la emancipación del pueblo indígena. Pero en el caso de Bolívar, Almarza Villalobos recupera una carta notable sobre la subjetividad política del jefe militar, cuando le escribe a Antonio José de Sucre que en los momentos de incertidumbre política Rousseau recomienda la inacción y el repliegue sobre sí (p. 113). Ese consejo es parte de una subjetividad que se ha constituido en la lectura de Rousseau, pero no deja de ser también una invención de un Rousseau para la praxis política, basada probablemente en el “sentimiento interior”. En ese contexto iberoamericano, e incluso en el de la Revolución Francesa, los textos de Rousseau no parecen sino haber estado destinados a la transformación y la metamorfosis, fundadas paradójicamente en su misma textualidad, porque no se trató en esas prácticas tanto de sus ideas propiamente dichas sino de un uso para inventar —con ellas, a pesar de ellas, sobre ellas—, políticas para la emancipación.

Emilio Bernini
Universidad Nacional
de Buenos Aires

⁴ Transformación cuyo alcance demanda un estudio: el girondino y liberal smithiano José Marchena también fue traductor, en 1791, del *Rerum Natura* de Lucrecio; fue autor, en 1789, de una “Oda a la Revolución Francesa”. Su traducción del *Contrato* ya es pues revolucionaria (girondina).

⁵ Sobre la tradición de las “bellas infieles” puede verse Roger Zuber, *Les “belles infidèles” et la formation du goût classique*, París, Albin Michel, 1995.

⁶ Véase el artículo de Sarah Bak-Geller, p. 89.

⁷ Cf., “Dédicace à Jean-Jacques Rousseau”, en Maximilien Robespierre, *Oeuvres Complètes* (ed. de Eugène Deprez), vol. 1: *Robespierre à Arras*, París, Ernest Leroux, 1910.

Horacio Tarcus,

La biblia del proletariado. Traductores y editores de El capital en el mundo hispanohablante, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018, 128 páginas*

En la historia del marxismo hay un movimiento doble y contradictorio impulsado por el amor al texto de Marx. Por un lado, se observa una amplia diversificación de las traducciones lingüísticas y culturales, de las lecturas y de los lectores. Esta multiplicación ha sido articulada por diversos factores, tales como, entre otros, los intereses partidarios, científicos, económicos, y las lógicas del mercado editorial. Por otro lado, se advierte una inagotable energía dirigida al establecimiento de los textos originales, lo que se remonta, obviamente, al período posterior a la muerte de Marx, esto es, a la desaparición del autor, en tanto voz autorizada y fuente de autoridad sobre su propio texto.¹ Parecería que fuese siempre necesario volver a cierta pureza, la que solo se podría hallar cuanto más cerca se estuviera de los orígenes de la concepción del texto. Es como si solo de ese modo fuese posible, para los marxistas, depurar sus textos fundadores de las distorsiones producidas por el propio proceso de difusión del marxismo. En suma, un primer movimiento se

dirige a la difusión de la obra de Marx. Como todos los procesos de circulación de los bienes culturales, este se subordina a las condiciones materiales y simbólicas que les inscriben a ellos nuevos sentidos. Si este movimiento está orientado por el deber de divulgación de la obra, el segundo movimiento está determinado por cierta necesidad de “corrección” de las distorsiones que, inevitablemente, genera en la obra su circulación ampliada. Ahora bien, estos dos movimientos contradictorios se unen en el amor al texto de Karl Marx, y, particularmente, al libro *El capital*, su obra principal. En este sentido, el último libro de Horacio Tarcus, *La biblia del proletariado. Traductores y editores de El capital en el mundo hispanohablante*, trata de la tumultuosa historia del amor por un texto que, como no podría dejar de ser, estuvo atravesada por acaloradas disputas materiales y simbólicas.

El libro está compuesto por cinco capítulos fascinantes que tratan de los tipos de ediciones de *El capital*. Remontándose a los comienzos del proceso mediante el cual los hispanohablantes pudieron leerlo en su propia lengua, en particular el capítulo tercero se divide en secciones específicamente dedicadas a las versiones en español. Me

gustaría destacar aquellas en las que se presenta el perfil de las traducciones y de los traductores de *El capital*: Pablo Correa y Zafrilla, Juan B. Justo, Manuel Pedroso, Wenceslao Roces, Raúl Sciarretta, Pedro Scaron, Manuel Sacristán. El doble movimiento contradictorio que señalo –por un lado, difusión e inevitable multiplicación de ediciones y sentidos; por otro, búsqueda apasionada de la autenticidad pura de los orígenes– se puede observar a través de los distintos proyectos de traducción que puntúan la historia que va de Correa y Zafrilla a Sacristán.

Horacio Tarcus muestra que el objetivo de las primeras traducciones era hacer existir el texto en español. Con el tiempo, sedimentándose en libros, los traductores desarrollan proyectos conflictivos de traducción. Y los litigios entre los traductores, a quienes suelo llamar “trabajadores de textos”, giran en torno del problema de la autoridad. ¿Qué persona o qué institución estaba investida de la autoridad legítima para traer a luz el texto que el propio Marx, por voluntad propia, había preservado de la exposición al público?² ¿Según qué criterios: lealtad política (y, en ese caso, cómo se establecería) o competencia

* Traducción del portugués de Ada Solari.

¹ Esta inferencia puede desprenderse del libro reseñado: Horacio Tarcus, *La biblia del proletariado. Traductores y editores de El capital en el mundo hispanohablante*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018, en especial, pp. 16, 84 y ss.

² *Ibid.*, pp. 9 y 51.

técnica (dominio tanto del idioma original como del idioma al que se traduciría el texto)? Dicho de otro modo, ¿qué persona o qué institución contaba con la autoridad legítima para elegir, entre las diversas versiones originales, la “más” original?³

Esta última indagación, puesta en evidencia de modo particularmente agudo en la preparación de la traducción de Pedro Scaron, de la editorial Siglo XXI, da cabida a otra cuestión, que Tarcus trata de modo sagaz: ¿es posible una edición no política de *El capital*? El libro de Horacio Tarcus suscita esta inquietud en cada nuevo episodio de la historia que presenta, como cuando señala: “la versión preparada por Scaron [fue] la más rigurosa y [puso] en cuestión la autoridad de los centros políticos de edición”.⁴

Ahora bien, toda crítica a la autoridad política implica otra política de autoridad. Precisamente, la editorial Siglo XXI, orientada por un proyecto de “modernización intelectual”, publicaba tanto autores marxistas como críticos del marxismo, en un fructífero diálogo con esta tradición.⁵ Además, posteriormente se fusionó con la editorial Signos, un emprendimiento del grupo que había roto con el Partido Comunista Argentino (José Aricó, Héctor Schmucler, Juan

Carlos Garavaglia, Santiago Funes y Enrique Tándeter).

Horacio Tarcus afirma que los viejos lectores obreros de Karl Marx habrían dado lugar a otros, más capacitados para un abordaje sin mediadores o divulgadores.⁶ Considero que esto es de sumo interés y desearía pedir permiso para comentar el caso de la recepción brasileña de Karl Marx y de la editorial marxista de mayor relevancia en el país actualmente, la editorial Boitempo. Un examen no sistemático de su catálogo confirmaría la afirmación de Tarcus y sumaría la siguiente observación. Es posible que, a la par de la “academización” de las ediciones, de las lecturas y de los lectores, haya habido una transformación en el perfil de los mediadores, en función de las demandas del público. La editorial Boitempo puede congrega a un conjunto selecto de profesores que son especialistas en la lectura minuciosa y erudita de la obra de Karl Marx. A través de eventos, cursos abiertos, ferias de libros, además de ediciones introductorias o avanzadas, esta editorial estrecha los vínculos entre marxólogos de alto nivel y lectores novatos interesados en el marxismo, lo que genera un circuito dinámico, paralelo a los cursos formales universitarios. Dicho de otro modo: el establecimiento de los originales redujo el valor simbólico de las antologías del pasado, en que los textos no eran seleccionados (y no se presentaban en su forma integral) ni traducidos a partir de la versión original. Ahora

bien, una vez generalizada la práctica de la publicación de los textos en su forma integral (por más discutible que esta sea) y una vez “academizada” la discusión en torno de las interpretaciones de pasajes, conceptos y de la evolución intelectual de Marx, se volvió socialmente necesaria la existencia de mediadores, especializados en la lectura y en el abanico de posiciones posibles con respecto a cada controversia acerca de la obra. Es como si el perfil de los mediadores acompañase el perfil del público al que se dirigen las ediciones de Marx.

Más allá de que sabemos, y valoramos, que actualmente la edición de *El capital* se sitúa en el proyecto más amplio de establecimiento de los textos originales de Karl Marx, y de que este sea un trabajo basado en principios filológicos rigurosos, considero necesario hacerse esta pregunta inquietante,⁷ que revela algo de nuestra propia relación con los textos de Marx y con la cultura letrada en un sentido más amplio.⁸ Pido autorización para formular el problema a partir de

⁷ El interesado en esta historia puede consultar el artículo de Thomas Marxhausen, “História crítica das *Obras completas* de Marx e Engels (MEGA)”, *Crítica marxista*, n° 39, 2014 pp. 95-124.

⁸ El tema de los lectores y las lecturas como pretexto para analizar la relación de los agentes con el orden simbólico más amplio me interesa desde hace ya un tiempo: Lidiane Soares Rodrigues, “Leitores e leituras acadêmicas de Karl Marx (San Pablo, 1958-1964)”, *Intelligere*, 2016, vol. 2, pp. 1-19; “Centralidade de um cosmopolitismo periférico: a coleção Grandes Cientistas Sociais no espaço das ciências sociais brasileiras (1978-1990)”, *Sociedade e Estado*, 2018, vol. 33, pp. 675-708.

³ Horacio Tarcus, *La biblia*, p. 79.

⁴ *Ibid.*

⁵ Para un análisis de este proyecto, y de las trayectorias de sus mentores, véase el reciente libro de Gustavo Sorá: *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017.

⁶ Horacio Tarcus, *La biblia*, p. 120.

un autor no científico y alejado de la inclinación ideológica que los textos de Marx suponen. En uno de sus ensayos literarios, “Del rigor en la ciencia”, Jorge Luis Borges se refiere a los cartógrafos de cierto imperio que habrían alcanzado la perfección en el arte de la cartografía: ellos producían mapas del mismo tamaño del territorio que pretendían representar. La ironía es evidente: toda representación es reducción, y los litigios con respecto a la mejor representación inciden sobre cuál sería el principio justo de ella. El paralelismo que sugiero es también evidente: toda lectura es una selección de uno, entre otros, sentidos posibles. ¿No habría cierta tendencia a la

no-lectura y la monumentalización del texto en nuestra ansiosa búsqueda de los originales?

En nuestro amor hacia los orígenes, en nuestra valoración de las fuentes más puras del pensamiento de Karl Marx, estamos movidos por el sentimiento de que la mala-lectura, de que las malas ediciones, de que las malas traducciones y de que todas las operaciones que encuadran los sentidos del texto, en el límite, traicionaron, de algún modo, tanto a Marx como a nosotros mismos. Pero el establecimiento definitivo de los originales y de la traducción perfecta, si no da lugar a lecturas nuevas y divergentes, y, por lo tanto, a nuevos sentidos,

a nuevas acusaciones de traición, redundan en una no-lectura. Exagero para realzar el argumento: el establecimiento del origen más puro tiene un parentesco con la búsqueda de la identidad entre mapa y territorio. En la vida práctica, para la cual se hacen los mapas, esta “perfección” de nada sirve y se vuelve imperfecta. Y aun así, como estos cartógrafos, queremos conocer el texto y la letra de Marx. Irracional, como las cosas del amor. En este caso, a los textos.

Lidiane Soares Rodrigues
Universidad Federal de San
Carlos, San Carlos

Juan Pablo Scarfi,
El imperio de la ley. James Brown Scott y la construcción de un orden jurídico interamericano,
Buenos Aires, FCE, 2014, 251 páginas

El libro de Juan Pablo Scarfi se enmarca dentro de las investigaciones de historia intelectual latinoamericana, en el que examina una dimensión del imperio informal estadounidense poco explorada por los especialistas de la región: la teoría del derecho internacional como una disciplina que colaboró, a principios del siglo xx, en la formación de un orden jurídico imperial panamericano. Para esta labor, se centra en el estudio de la obra del connotado jurista estadounidense James Brown Scott (1866-1943). Este trabajo cuenta, además, con un prefacio de Ricardo Salvatore, conocido experto sobre el imperialismo estadounidense, quien destaca su importancia, señalando que es “una contribución al viejo debate sobre la existencia o no de un ‘imperialismo legal’, pero también un importante aporte a la historia intelectual referida a los orígenes del sistema interamericano y sus fundamentos teóricos” (p. 12).

El objetivo de Scarfi es problematizar la construcción de una hegemonía hemisférica estadounidense en América Latina a través del análisis del pensamiento y de la trayectoria político-intelectual de Brown Scott, quien durante las primeras décadas del siglo xx fue, como destaca el autor, la figura clave en la “construcción de un nuevo derecho

internacional moderno en Estados Unidos y en la diseminación de esta nueva versión de la disciplina en las Américas” (p. 26). Scarfi manifiesta que el derecho internacional local estadounidense se fue transformando en el transcurso del siglo xx en un “diseño imperial” con alcances globales, gracias a los fundamentos teóricos proporcionados por Brown Scott.

En el capítulo 1, “Hacia un modelo de justicia internacional”, se analizan las acciones que Brown Scott fue desplegando en los Estados Unidos en las primeras décadas del siglo xx, con la finalidad de postular a la Corte de Justicia estadounidense como modelo ideal para promover la creación de cortes de justicia internacional en América Latina. En esta dirección, fundó la American Society of International Law (ASIL), junto con la conformación de redes intelectuales mediante su activa participación en organismos como la Carnegie Endowment for International Peace (CEIP) y la Unión Panamericana, “que nuclearon a un grupo del *establishment* estadounidense conformado por hombres de negocios, filántropos, hombres de Estado, juristas y especialistas de derecho internacional” (p. 57). Scarfi observa en estas actividades del jurista su esfuerzo por fomentar

la resolución legal y pacífica de las disputas internacionales, poniendo a la Corte Suprema de Justicia estadounidense y su teoría y práctica jurídica como “un ejemplo de imparcialidad e impersonalidad para ser imitado” (p. 69). Sin embargo, Scarfi también considera que la actitud de Brown Scott revela el mesianismo y el chovinismo propio de la política exterior de su país, en las que se basó su conformación como imperialismo informal durante fines del siglo xix y principios del xx. Además, advierte que bajo el legalismo de Brown Scott y las instituciones en las que participó y promovió, subyacían intereses de orden económico superiores relacionados con la ampliación de las ideas de la Doctrina Monroe en Centroamérica y el Caribe; intereses que incluso podían ser defendidos a través de las intervenciones militares como históricamente había ocurrido. Un hito fundamental en relación con esta problemática, precisa Scarfi, fue la Conferencia Centroamericana por la Paz (celebrada en Washington en 1907) donde los Estados Unidos dirimieron el conflicto bélico entre las “repúblicas de Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua” (p. 77) y fundaron “allí la primera corte de justicia internacional con base en Cartago, que era en ese entonces capital de Costa Rica”

(p. 77). Dicha corte, no obstante, fue disuelta en 1918, cuando los Estados Unidos entraron en contradicción con este organismo que financiaron y crearon. De todos modos, en la perspectiva de Brown Scott, este tribunal interamericano demostró que los conflictos podían ser resueltos sin recurrir a las armas, siempre y cuando estuvieran guiados por el ideario político-jurídico estadounidense.

El capítulo II, “La disciplina del derecho internacional estadounidense”, trata sobre la relación entre conocimiento y política que conjugó la carrera de Brown Scott en los Estados Unidos, quien, para Scarfi, fue un actor “decisivo en la historia de la disciplina del derecho internacional en este país” (p. 87). Además, plantea que dicha disciplina como recurso político e intelectual se transformó en un elemento clave para respaldar el accionar geopolítico estadounidense como potencia mundial. En este contexto, en su trabajo académico, editorial y educativo Brown Scott manifestó la importancia de resolver de manera eficiente y pacífica los conflictos internacionales, basado en principios democráticos y no en la fuerza de la nación moderna. Brown Scott consideraba que el agente del derecho internacional era la opinión pública mundial, por lo tanto, “para instaurar los principios de esa disciplina en el sistema internacional, debe desarrollarse y difundirse su estudio entre la opinión pública ilustrada del mundo, es decir, entre las élites intelectuales y políticas” (p. 99). Al examinar estas ideas del jurista Scarfi reconoce un fuerte etnocentrismo de fondo, puesto

que tanto el modelo de derecho como el modelo de educación y difusión del conocimiento disciplinar eran anglosajones. Asimismo, señala que el objetivo de Brown Scott fue contribuir para que los Estados Unidos se transformaran en un imperio global. Para ello, el estudio y el desarrollo del derecho internacional resultaba imprescindible, debía ser una política de Estado. Es en este capítulo donde Scarfi también propone la sugestiva tesis que, a nuestro juicio, estructura el libro: “Estados Unidos era un imperio en ciernes profundamente preocupado por la legalidad de su soberanía extraterritorial. A diferencia de las potencias europeas como Gran Bretaña, Alemania y Francia, Estados Unidos podía –y debía– llegar a encarnar la figura de un *imperio de la ley*, dispuesto a lidiar eficiente y responsablemente en las disputas internacionales” (p. 107).

En el capítulo III, “Educar y monitorear a los vecinos: la proyección del derecho internacional estadounidense en América Latina”, Scarfi aborda la importancia geopolítica de la relación y la alianza político-académica que Brown Scott estableció con el jurista chileno Alejandro Álvarez para introducir y legitimar sus ideas sobre la necesidad de un derecho internacional americano en Latinoamérica. En este sentido, Álvarez colaboró estrechamente con Brown Scott para revitalizar la Doctrina Monroe y el panamericanismo en América Latina frente a las críticas de pensadores y juristas latinoamericanos, que desde José Martí ya habían sido cuestionadas. El autor indica

que uno de los principales problemas que presentaba el derecho internacional americano que proponían estos dos pensadores era que no consideraba las diferencias étnicas y culturales en América, pues la cuestión indígena no tenía ningún tipo de relevancia dentro de su proyecto jurídico. En este capítulo Scarfi, a su vez, estudia en detalle el papel que cumplió Brown Scott en la creación del American Institute of International Law (AIL) y su participación en el Segundo Congreso Científico Panamericano de 1908. señala que estas iniciativas financiadas por los Estados Unidos buscaban, más allá de su apariencia desinteresada y científica, reforzar su imperialismo informal en la región. Al respecto escribe: “este discurso imperial legal que interpretaba los intereses y prácticas panamericanas de una manera monista se fundaba en un ocultamiento de las diferencias que existían no solo entre Estados Unidos y América Latina, sino también entre los diferentes países latinoamericanos” (p. 148).

En el capítulo IV, “Entre Washington y América Latina: la obra de James Brown Scott en Cuba”, Scarfi se enfoca en los esfuerzos que el jurista estadounidense realizó para introducir sus ideas y concepciones sobre derecho internacional en Cuba, que era una plataforma estratégica para diseminar el derecho internacional, la paz regional y el panamericanismo en América Latina. Para tal labor, Brown Scott, en 1912, impulsó la edición en castellano del *American Journal of*

International Law. Una década más tarde editó una nueva y autónoma versión, también en castellano, de esta revista, dirigida ahora por el especialista cubano Antonio Sánchez de Bustamante, pero dirigida en la práctica por Brown Scott. Scarfi sugiere que en esta etapa de su carrera el jurista comienza a defender el desplazamiento del panamericanismo comercial a uno de tipo más cultural, aunque: “el panamericanismo del futuro debía ser conducido siempre por los ideales y la cultura política y jurídica de su nación. Para que la misión civilizadora del derecho internacional fuera eficaz en América Latina, no solo había que transferir y exportar ideales estadounidenses, sino también instituciones legales y de gobierno” (p. 176).

El último capítulo del *Imperio de la ley*, “Derecho internacional español y panamericanismo”, explora en profundidad la influencia que ejerció la obra de Francisco de Vitoria y el derecho indiano en el trabajo de Brown Scott durante la década de los '30. En esta etapa, Brown Scott considerará que el derecho internacional nace con el trabajo del fraile dominico, rompiendo con el discurso

ortodoxo que opinaba que el padre de la disciplina había sido el holandés Hugo Grocio. Scarfi expone que por aquellos años Brown Scott amplió sus concepciones sobre derecho internacional, “combinando su defensa del modelo estadounidense y del panamericanismo con un concepto hispanista, colonial y católico de la disciplina” (p.182). El análisis de Brown Scott del imperio colonial español fue también una forma de comprender de mejor modo la posición de los Estados Unidos como imperio informal en América. Scarfi detecta aquí ciertos anacronismos en el jurista estadounidense, pues Brown Scott estima que Vitoria fue un anticipador de la teoría del buen vecino y un liberal en relaciones internacionales. Sin embargo, lo que Scarfi identifica es una actualización de la idea de Guerra Justa propuesta por Vitoria, que era una concepción útil para legitimar la política exterior estadounidense frente a las naciones que no deseaban someterse al derecho que ellos impulsaban. Para el autor, las ideas jurídicas de Brown Scott recuperaron entonces para el imperialismo norteamericano “la concepción jerárquica, universalista y civilizadora del

encuentro colonial” (p. 205) y del derecho de gentes hispano.

En definitiva, el *Imperio de la ley* es un trabajo de historia intelectual que aporta significativamente en el modo que tenemos de comprender el surgimiento del imperialismo estadounidense a comienzos del siglo xx, a partir del examen del pensamiento de Brown Scott. Scarfi realiza una investigación erudita y analítica que logra profundizar en la dimensión jurídico-política del imperio informal estadounidense, que fue fundamental en su consolidación como una potencia hegemónica mundial. Scarfi pone de relieve, además, que “el imperialismo legal impulsado por Brown Scott asumió la forma de un discurso disciplinario, civilizatorio y etnocéntrico que intentó fundarse, sin embargo, en la igualdad legal” (p. 214). La obra consigue develar críticamente los dispositivos institucionales y legales que los Estados Unidos utilizaron para legitimar su dominio y sus intervenciones político-militares alrededor del planeta durante el siglo xx.

Marcelo Sanhueza
Universidad de Chile

Martín Bergel (coord.),
Los viajes latinoamericanos de la Reforma Universitaria,
Rosario, Humanidades y Artes Ediciones, 2018, 260 páginas

La publicación de *Los viajes latinoamericanos* se ubica dentro de una serie de programas académicos, actividades y jornadas desarrolladas con motivo de la conmemoración del centenario de la Reforma Universitaria. Dentro de ese marco, el libro constituye el sexto volumen de la colección “Dimensiones del Reformismo Universitario”, editada por la Universidad Nacional de Rosario bajo la dirección de Natacha Bacolla, Diego Mauro y Alejandro Eujanian. En esa obra colectiva, que como su nombre lo indica rescata las distintas facetas y experiencias a las que dio lugar el reformismo, el libro busca dar cuenta de la proyección latinoamericana, y aun internacional, de la Reforma a través de una práctica articuladora, el viaje, como mecanismo clave que hizo posible su expansión continental. A lo largo de diez ensayos, el tópico del viaje se desarrolla por medio de los desplazamientos, giras y estadias en el extranjero de figuras vinculadas a este movimiento (Pedro Henríquez Ureña, Alfredo Palacios, Víctor Raúl Haya de la Torre, José Vasconcelos, Gabriela Mistral, Julio Antonio Mella, Germán Arciniegas y Arnaldo Orfila Reynal) y a través de experiencias colectivas y prácticas que conectaron a los jóvenes reformistas más allá de sus respectivas fronteras

nacionales (en la fundación en París de la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos o en los contactos y sociabilidades latinoamericanas de la “generación del Centenario” en Bolivia).

La reconstrucción de estos itinerarios y casos representativos se desarrolla en sintonía con los enfoques y las temáticas que acompañaron, en las últimas décadas, la renovación de la historia intelectual latinoamericana. En ese sentido, en los distintos ensayos la práctica del viaje no actúa como un apéndice dentro de una determinada trayectoria intelectual que cumple el rol de “mensajera” sino como uno de los soportes en el cual se lleva a cabo la producción y circulación de ideas asociadas al reformismo (el latinoamericanismo, el juvenilismo en clave vitalista o generacional, el antiimperialismo, el indigenismo, etc.). A su vez, los viajes constituyen una instancia central, pero no exclusiva, dentro de un variado repertorio de prácticas (*performances*, giras, conferencias, círculos de lectura) y soportes (revistas, cartas, editoriales) que les permiten a los autores dar cuenta de los procesos intelectuales y de las distintas comunidades y grupos de intervención política-cultural.

Si bien la noción de viaje que se emplea en los trabajos admite una variedad de sentidos, se

destacan algunas características que comunican los viajes con el proceso de deslocalización que experimentó el reformismo. Estos aspectos son abordados en la introducción a cargo de Martín Bergel, coordinador del volumen. Por un lado, la Reforma dio lugar al viaje geográfico, al buscar interpelar y continuarse en otras latitudes. Por otro lado, habilitó el viaje social al buscar conectar sus reivindicaciones con las de grupos subalternos y trascender las fronteras estrictamente universitarias. Entre ambos polos, la experiencia reformista tuvo en la práctica del viaje, en palabras del autor, “un recurso inestimable para la imaginación ampliada de la comunidad política que aspiraba a representar”. A su vez, esta doble impronta señala un recorte historiográfico por el que optan los autores y autoras, en tanto que se diferencian de otros enfoques que han abordado este movimiento desde distintas dimensiones de estudio (desde el análisis del movimiento estudiantil o la historia social de la universidad y su estudiantado, entre otros ejemplos).

A lo largo de la obra, la recuperación de las trayectorias, redes y soportes en los que se llevó a cabo la circulación del reformismo se realiza sin dejar de lado tanto las intencionalidades y los proyectos intelectuales y políticos de quienes viajaban como las repercusiones y las

derivas locales que se generaron en ese proceso expansivo. Juan Suriano contempla ambas cuestiones en su estudio dedicado a la figura de Alfredo Palacios. Los viajes de este “maestro de la juventud” constituyen uno de los casos ejemplares del recurso y la función de esta práctica en la construcción transnacional de una comunidad reformista (su visita a Lima en 1919 actuó como uno de los disparadores del proceso reformista en el Perú), pero a su vez implican un viraje dentro de la misma trayectoria política e intelectual del viajero argentino, quien a través de su periplo latinoamericano terminaría por afianzar su compromiso con la causa antiimperialista. En el mismo sentido, en el trabajo de Jorge Myers el viaje y la inserción de Pedro Henríquez Ureña en los grupos y círculos del reformismo antipositivista en la Universidad Nacional de La Plata se explican como un punto de anclaje tras una serie de viajes y vínculos que modularon la construcción y conjunción del americanismo humanista con el antiimperialismo político en la trayectoria intelectual del autor dominicano. Por su parte, el ensayo de Alejandra Mailhe complejiza la función del viajero al analizar las visitas sudamericanas de José Vasconcelos desde un entramado que combina la misión diplomática y propagandística a favor de la revolución mexicana y las afinidades intelectuales que el autor encuentra en la Argentina para construir su tesis del mestizaje cultural como síntesis americanista.

Por medio de la experiencia del viaje, el libro también

indaga en las diferentes proyecciones y espacios de arraigo que el reformismo tuvo en cada país, lo cual contribuye a la construcción de una historia comparada de ese movimiento desde distintas perspectivas de estudio. En ese sentido, la circulación y la impronta de las ideas reformistas en Bolivia son analizadas, en el ensayo a cargo de Pablo Stefanoni, en la esfera de las sensibilidades y la conformación de grupos generacionales de gran relevancia en la historia y en las tradiciones políticas de ese país. Por su parte, el trabajo de Manuel Muñiz, sobre la biografía intelectual del líder estudiantil cubano Julio Antonio Mella, también contribuye a plantear posibles e interesantes contrastes en el análisis que este autor desarrolla sobre las prácticas, las formas de escritura, de oralidad y de sociabilidad intelectual que abonaron una *sensibilidad reformista* entre los jóvenes cubanos.

Los contrastes del reformismo se observan también en relación con el pasado, en el análisis de los cambios que generó este movimiento. El estudio de Martín Bergel, dedicado a los viajes conosureños de Haya de la Torre, reconstruye una serie de rituales y performances, en los cuales se afirmó la construcción de un renovado imaginario americanista a partir de la Reforma. Encarnado en prácticas concretas, en la trayectoria del líder estudiantil peruano este americanismo proponía una nueva y más horizontal forma de diplomacia que contrastaba con los protocolos que, hasta ese

entonces, habían caracterizado a los congresos estudiantiles en las primeras décadas del siglo.

En otros ensayos la comparación misma de los procesos reformistas es objeto de reflexión por parte de los autores. Silvina Cormick parte de una contextualización en la que se contrastan los procesos de radicalización política de los estudiantes chilenos y argentinos, para reafirmar la dimensión latinoamericana de ambos movimientos a través de la figura de Gabriela Mistral. La autora reconstruye el papel de Mistral en la difusión del ideario reformista a través de sus viajes, sus iniciativas de educación popular y su inserción en una red de publicaciones, cartas y actividades que la vincularon a sus principales referentes. Por su parte, el ensayo de Carlos David Suárez permite reflexionar sobre las diferencias y las cercanías del reformismo argentino y colombiano a través de los contrapuntos y las afinidades que se plantean en las obras de Germán Arciniegas y en sus intercambios epistolares con distintos intelectuales argentinos.

Finalmente, los trabajos de Michael Goebel y Gustavo Sorá se dedican a desentrañar otras experiencias en las proyecciones internacionales de la Reforma. El estudio de la Asociación de Estudiantes Latinoamericanos en París, a cargo de Goebel, permite no solo observar su anclaje europeo, en el ambiente parisino de entreguerras, sino también sus posibles derivas ideológicas. En la reconstrucción de las actividades y los contactos de esa asociación, el autor se

propone analizar, desde una mirada de larga duración, cómo Latinoamérica llegó a ser imaginada como una parte integral del llamado Tercer Mundo. Por su parte, en los viajes y la trayectoria de Arnaldo Orfila Reynal, Gustavo Sorá se centra en otra de las formas y mecanismos por los cuales la Reforma se prolongó en el tiempo, a través de los proyectos intelectuales vinculados al mundo de la edición. Los viajes que llevó a cabo el líder estudiantil platense, como miembro de la comitiva argentina en el Primer Congreso Internacional de Estudiantes celebrado en México en 1921, propiciarían no solamente su posterior instalación en ese país sino también su activa participación

en dos sellos editoriales que extenderían las referencias culturales del reformismo, el Fondo de Cultura Económica y Siglo XXI.

Pero más allá de las diferentes aproximaciones, de modo colectivo la propuesta de *Los viajes latinoamericanos* resulta también tributaria de esta práctica intelectual. Las estancias de investigación, los intercambios personales, los cruces bibliográficos y las pesquisas documentales realizadas en distintos países, que se observan como correlato de la producción de la obra, les permitieron a los autores y autoras llevar a cabo la difícil tarea de reponer los contextos originales de producción intelectual en los cuales se construyó la trama

latinoamericana del reformismo. Gracias a ello, y dentro del marco de renovación y reflexión que habilitó la ocasión del centenario de la Reforma, las investigaciones reunidas en el volumen aportan a la construcción de un corpus renovado de fuentes (cartas, archivos personales, memorias, contraste de fuentes periodísticas, entre otras) y a complejizar el conocimiento de este movimiento más allá de los grandes compendios documentales que orientaron por décadas la agenda para su estudio.

Luciana Carreño
Universidad Nacional
de Quilmes

Vanni Pettinà,
Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina,
México, El Colegio de México, 2018, 260 páginas

En 1988, en el prólogo a una versión corregida y aumentada de su *Historia contemporánea de América Latina* (1967), Halperin Donghi anotó una moraleja. La noción de que, en su ruta histórica, a la región latinoamericana le esperaba la consumación de los tiempos tras el próximo recodo no solo había probado tener consecuencias devastadoras como fuente de inspiración política, algo entonces ya “patente para todos”. También podía resultar nociva como guía para la exploración de su historia. Advertía, así, sobre los peligros de escribir la historia contemporánea de América Latina en función de lo que a juicio de los historiadores debería haber ocurrido o habría estado por ocurrir, un enfoque que suele conducir al señalamiento de desvíos y a la búsqueda de culpables. Quizás el acierto más notable de *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*, de Vanni Pettinà, sea que toma distancia de ese modo de leer la historia y se aboca a la tarea de analizar la incidencia del conflicto entre los Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en el subcontinente latinoamericano, sin perder de vista el rol desempeñado por los actores y los procesos locales.

Distante de los análisis focalizados exclusivamente en la política exterior de los Estados Unidos, más lejos aun

de quienes construyen una América Latina paciente o víctima, Pettinà recupera la autonomía de los procesos políticos latinoamericanos, los desacopla del proyecto hegemónico estadounidense y, distinguiendo actores y especificando contextos, identifica momentos de negociación, disenso y apropiación de los principales elementos que caracterizaron el conflicto bipolar.

¿Cuándo comienza la guerra fría en América Latina?

Algunos autores, como Hal Brands, afirman que recién con la Revolución Cubana, en 1959. Otros, como Greg Grandin, la consideran una fase de intensificación de dinámicas que retrotraerían su historia hasta el triunfo de la Revolución Rusa, en 1917. Pettinà propone que, aunque la Revolución Cubana representó un punto de inflexión, y más allá de que, en efecto, lo que estuvo también en disputa fueron dos ideas contrapuestas de modernidad, una asociada al capitalismo y la otra al socialismo, la guerra fría en el subcontinente americano comenzó luego de que las dos naciones más poderosas triunfantes en la segunda guerra mundial dejaron de ser aliadas y volvieron a ser rivales. Solo entonces los Estados Unidos y la Unión Soviética estuvieron en condiciones de sumar basamento material y capacidad operativa global a las ideologías

que, en competencia, sustentaban desde hacía treinta años atrás.

América Latina fue y continúa siendo una región heterogénea. ¿Cómo trazar una historia del subcontinente, capaz de explicar desarrollos tan diversos en más de una veintena de naciones, agrupables por lo demás en diferentes subconjuntos en función del aspecto que se considere (demografía, economía, etc.)? La hipótesis que justifica el gran esfuerzo de síntesis de Pettinà es que, al engendrar la guerra fría un nuevo sistema internacional cuya escala y recursos alcanzaron inédita dimensión global, la región en su conjunto experimentó alteraciones que condicionaron su realidad, y debió afrontar problemas y procesos comunes cuya historia ayuda a la comprensión de los diferentes desenlaces nacionales.

Esa hipótesis le permite a Pettinà distinguir cuatro fases diferentes en América Latina en lo que hace a su guerra fría. La primera (1947-1954) comienza cuando el conflicto bipolar puso fin a casi dos décadas de una política de los Estados Unidos hacia la región caracterizada por la tolerancia e incluso la convergencia de intereses. En estos años, los más fríos de la guerra fría en el subcontinente, el avance del comunismo representaba para Washington una amenaza mucho más

concreta en Asia, especialmente luego del triunfo de la Revolución China, en 1949, que en el propio continente. Sin embargo, se pusieron en marcha medidas anticomunistas y la “primavera democrática” experimentada en los años inmediatamente anteriores al comienzo del conflicto comenzó a diluirse, ante la relativa prescindencia de los Estados Unidos. El golpe de estado contra Jacobo Árbenz en Guatemala, en junio de 1954, no solo puso fin a esta primera fase sino también al principio de no intervención que Washington había adoptado en 1933.

La segunda fase se inicia con la Revolución Cubana, especialmente luego de que, en 1961, Fidel Castro sancionara su carácter socialista. Indudable punto de inflexión para todo el subcontinente, este acontecimiento obligó a Washington a revisar su estrategia hacia la región, dando lugar a la Alianza para el Progreso, cuyo dispar resultado está muy bien explicado por Pettinà. Además, la Revolución Cubana implantó en el continente americano un espejo al que la Unión Soviética, en el marco de la doctrina de la coexistencia pacífica, podía enviar al resto de las naciones latinoamericanas a mirar cómo funcionaría su modelo social y económico tan lejos de su ámbito directo de influencia. Finalmente, “Cuba socialista” implicó la proliferación de grupos insurgentes apoyados por La Habana que buscaban emular la guerrilla de tipo rural allí victoriosa, y, más ampliamente, favoreció la diseminación de un movimiento contracultural que cautivó a crecientes contingentes

juveniles, fundamentalmente pertenecientes a las clases medias urbanas.

La tercera etapa de la periodización que propone Pettinà se extiende a lo largo de la década del setenta y tiene en los regímenes de terror su rasgo distintivo. Las diferencias entre Moscú y La Habana respecto de la viabilidad de exportar la revolución socialista a otros países de América Latina, bien explicadas por el autor, fueron resolviéndose a favor de una soviétización de Cuba, que desde fines de la década del sesenta volcó sus esfuerzos hacia África. Sin embargo, el efecto polarizador que había tenido la Revolución Cubana en las sociedades latinoamericanas cobró nuevo impulso con la aparición de insurgencias armadas de carácter urbano, en muchos casos contrarrestadas por grupos paraestatales que multiplicaron la violencia política. Los golpes militares de esta etapa intentaron montarse sobre la alarma que encendía en amplios sectores sociales su proliferación, junto al descalabro económico que el agotamiento del modelo por sustitución de importaciones provocaba en una economía internacional que comenzaba a girar hacia la centralidad del capital financiero.

Al revés de lo sucedido durante la primera fase, cuando la guerra fría mostraba su costado más agresivo en otras áreas del globo, durante esta tercera fase las potencias enfrentadas encontraron puntos de convergencia lejos de América Latina. Mientras la *détente* reinaba en regiones antes calientes, sostiene Pettinà, en Latinoamérica el conflicto de la guerra fría se extremaba.

Las dictaduras militares de los años setenta, que llevaron la violencia estatal a inéditos niveles en la región, contaron con el apoyo inicial del gobierno de los Estados Unidos hasta la llegada de James Carter a la Casa Blanca, en 1977. En algunos casos, los Estados Unidos prestaron mucho más que una colaboración, como explica Pettinà en detalle para el caso de Chile. Los programas de entrenamiento de ejércitos para la contrainsurgencia impulsados por Washington y la Doctrina de Seguridad Nacional, su sustento ideológico, tuvieron un efecto devastador. Sin embargo, los actores locales cumplieron un papel determinante en un contexto político que el autor caracteriza, en términos generales, como de radicalización conservadora.

La cuarta y última fase de la guerra fría en América Latina ocupa la década del ochenta, desde la llegada de Reagan al gobierno de los Estados Unidos al desmembramiento de la Unión Soviética. Durante los años de Carter, los Estados Unidos habían cuestionado la violación a los derechos humanos perpetradas por los gobiernos militares latinoamericanos. Su salida significó el regreso al poder estadounidense de los guerreros más convencidos en el conflicto bipolar. Los países centroamericanos se contaban entre los que peor habían asimilado los cambios impulsados por la Alianza para el Progreso, que allí había favorecido la concentración de la tierra y generado graves consecuencias sociales pobremente paleadas por un sistema institucional deficiente.

Pettinà demuestra en este capítulo que la interpretación cerradamente ideológica que la administración Reagan hizo del conflicto con Moscú llevó a niveles dramáticos la violencia en Centroamérica, afectando fundamentalmente a los actores más postergados de esas sociedades. Como en la etapa anterior, el papel de la Unión Soviética en lo que respecta a las aristas más álgidas del conflicto bipolar quedó desdibujado detrás del rol que desempeñó Cuba, que en este caso brindó ayuda material y asesoría política a los movimientos insurgentes.

En líneas generales, para las más de cuatro décadas que abarca esta historia, Pettinà postula dos grandes formas, él

las llama “fracturas”, en las que la guerra fría interfirió en los procesos de América Latina. Por un lado, la externa, que implicó que los Estados Unidos abandonaran la política de buena vecindad de la época de Roosevelt y retomaran su vocación intervencionista, con particular intensidad luego de que la amenaza comunista hiciera su aparición en el continente a comienzos de la década del sesenta. Por otro lado, la interna, que favoreció la revitalización de los sectores políticos y económicos más conservadores de las naciones latinoamericanas, en las que paralelamente –y al calor del conflicto bipolar– fueron adquiriendo cada vez mayor protagonismo las Fuerzas

Armadas. Además de estas tesis de tipo general, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina* repara en matices, analiza casos nacionales particulares para cada período y propone explicaciones plausibles para cada uno de los escollos a los que la propia argumentación sobre la región va arribando. Todo esto convierte a su autor en una referencia ineludible para quienes estudian la guerra fría en el continente latinoamericano.

Sebastián Carassai
CONICET / Centro de Historia
Intelectual-Universidad
Nacional de Quimes

Ana Lucía Magrini,

Los nombres de lo indecible. Populismo y Violencia(s) como objetos en disputa.

(Un estudio comparado del peronismo en Argentina y el gaitanismo en Colombia),

Buenos Aires, Prometeo, 2018, 346 páginas

En la historiografía de América Latina es común observar trabajos que dicen desarrollar una perspectiva “comparada”. No obstante, la mayoría de esas publicaciones articulan su contenido alrededor de un tema o período histórico, pero su análisis se mantiene en la órbita de las historias nacionales. Los fenómenos que se consideran comunes a la experiencia histórica del subcontinente son estudiados a partir de casos: el populismo en la Argentina, en el Brasil o en México; la violencia en Colombia, Chile o Bolivia. Algunos de estos casos se erigen al estatus de tipos ideales a partir de los que se comparan las demás experiencias –como ocurre con el peronismo–, mientras que otros adquieren la condición de “casos excepcionales” –como la perenne violencia colombiana–.

El estudio de Magrini no sigue esta línea tradicional para abordar la tan necesaria pero tan elusiva comparación; de hecho, su propósito no es plantear un contraste entre los eventos asociados al desarrollo del populismo en Colombia y la Argentina, o establecer, en términos de verdad histórica, cuáles serían las razones que explican el “triumfo” o el “fracaso” de la experiencia populista en los dos países. La obra no se constituye entonces en un estudio que trate de explicar por qué el populismo sí tuvo arraigo en la Argentina

del auge industrial de los años cuarenta, a diferencia de Colombia, país que vio fracasados sus precarios ensayos populistas y que se embarcó en un conflicto político que aún no ha encontrado solución.

En síntesis, el planteamiento del problema de investigación de *Los nombres de lo indecible* surge de comparar sistemáticamente cómo fueron contruidos dos de los significantes más importantes de la historiografía argentina y colombiana durante casi toda la mitad del siglo xx –el peronismo y el gaitanismo, respectivamente– y cuáles fueron los conceptos que se utilizaron para llenarlos de contenido: el populismo, para el caso argentino, y la(s) Violencia(s) para el colombiano. La construcción de esas categorías es observada en sus dimensiones sincrónicas y diacrónicas, para lo que se propone una periodización de ese proceso, que está determinado por la relación entre los autores responsables de la formulación de esos significantes –tan reiterativos y a la vez disputados en el escenario intelectual y político de los dos países– y las condiciones sociopolíticas e intelectuales en el que ellos se desenvolvían. El replantear la conexión texto/contexto le permitió a la autora detectar cómo se gestó la resignificación

de los objetos en las narrativas sobre el peronismo y el gaitanismo durante cada período y su transformación con el paso de los años. Es en el presente, en el momento en que se conciben las narrativas, en el que “se configura, el pasado, el presente y el futuro” (p. 16).

Magrini aclara que fueron varios los conceptos que en algún momento se esgrimieron para configurar como objetos históricos tanto al peronismo como al gaitanismo; para el primero se pueden citar “fascismo”, “autoritarismo”, “dictadura”, “bonapartismo”, entre otros, y para el segundo “terrorismo”, “revolución”, “bandolerismo”, “conflicto interno”, también entre otros más con los que se intentó no solo caracterizarlo sino también investirlo de significado. No obstante, fueron “populismo” y “la(s) Violencia(s)” los que demostraron tener más arraigo en las narrativas del peronismo y del gaitanismo, y a los que se les pudo realizar tanto un seguimiento como una comparación sistemáticos, toda vez que su implantación como significantes fue resultado de múltiples debates y confrontaciones, debido especialmente a su estrecha conexión con las problemáticas del contexto en que eran formulados. Los dos conceptos no solo fueron consolidándose, transformándose y

asimilándose; la cuestión que detecta la autora es que ambos fueron excedidos en cuanto a su significado, adquiriendo sentidos diversos y múltiples representaciones, en tanto servían como instrumentos para “decir lo indecible” en el presente.

El Día de la Lealtad (17 de octubre de 1945) en la Argentina y el Bogotazo (9 de abril de 1948) en Colombia fueron fechas revestidas con un carácter simbólico en la historia política de los dos países, no solo por la magnitud de las movilizaciones sociales que se produjeron –con un acento dramáticamente violento en el caso colombiano– alrededor de las figuras de Juan Domingo Perón y Jorge Eliécer Gaitán, respectivamente, sino porque fueron acontecimientos continuamente revisitados, releídos y resignificados, incluso antes de que los significantes peronismo y gaitanismo fueran esgrimidos en el proceso de construcción de sus narrativas. En relación con estos eventos, Magrini devela cómo las formas en que fue interpretada la irrupción de lo popular en la movilización política y social del peronismo y del gaitanismo –especialmente visible en esas dos fechas– cumplieron un papel fundamental en el desarrollo de los debates políticos contemporáneos. En este punto es que la autora puede sentar otro punto de comparación: entretanto, en la Argentina las controversias se desarrollaban con el peronismo como una “presencia ausente”, un legado que mantenía con vigencia su impronta pese a la ausencia física de Perón, en Colombia el gaitanismo tenía la

condición de “ausencia presente”, en el que la violenta desaparición de su líder representó también la eliminación de su proyecto político, aunque sin perder totalmente su actualidad al ser añorado por algunos o evocado con preocupación por otros. Por esta razón se habla en la obra de ambos como “objetos parciales”, nunca concluidos, ya que su contenido en las narrativas ha estado sujeto (y podemos inferir que lo seguirá estando) a los “límites de decibilidad en determinados contextos” (p. 25) o a las condiciones de posibilidad de representación de otros objetos con los que guardan cierta continuidad o relación.

La estructura de la obra responde al planteamiento de un marco teórico diverso y nutrido de diferentes fuentes –que se halla detalladamente expuesto en la introducción–, cuya formulación se orienta a demostrar que el pasado debe ser considerado fundamentalmente como una “reconstrucción discursiva” (p. 39). Así, la autora reconoce que sus principales referentes se encuentran en el marco de la teoría política del discurso, la historia política e intelectual y la historia y la política como significación, convocando a autores como Elías Paltí, Ernesto Laclau, Slavoj Žižek, entre otros, y a partir de los cuales espera poder estudiar las disputas por la producción de significados sobre lo político y sus contextos de debate, así como explicar por qué unas narrativas lograron posicionarse como hegemónicas mientras que otras pasaron a ser marginales. También se destacan las categorías de

“condensación” –vinculada esta al análisis sincrónico en la construcción del objeto histórico–, de “desplazamiento” –que en una perspectiva diacrónica revela la “flotación” de los significados y las interpretaciones– y la de “la paralaje” –que, tomada desde la astronomía y enriquecida por Žižek, remite a cómo la posición de un objeto cambia de acuerdo a la posición del observador, sin que necesariamente se esté ante la tradicional relación sujeto/objeto, en la que el segundo es exterior al primero, quien simplemente lo observa –.

Desde esta propuesta teórica, Magrini comprueba la existencia de tres tipos de narrativas sobre el peronismo y el gaitanismo, y partiendo de ellas organiza los tres capítulos sincrónicos del libro; en tanto, los dos restantes tienen una perspectiva diacrónica. El primer capítulo analiza dos narrativas subjetivistas, producidas por dos cercanos partícipes de la movilización peronista (Cipriano Reyes) y gaitanista (José Antonio Osorio Lizarazo); ambos comparten lugares de enunciación al haber acompañado de cerca a los dos líderes en los primeros momentos de su actividad política, para distanciarse posteriormente al denunciar la existencia de contradicciones en el movimiento o la usurpación de liderazgos legítimos por actores oportunistas. El capítulo analiza la contribución de los autores a la construcción del peronismo y el gaitanismo como objetos históricos, el primero falseado y el segundo no reconocido, pero en ambos casos con base en una concepción heroica del pueblo.

En el segundo capítulo emergen las narrativas polifónicas: durante la década del sesenta, Carlos Fayt contribuyó a consolidar la ruptura entre peronismo y antiperonismo, en la que lo popular aparece vinculado con la violencia y el pueblo (masa) maleable ante la influencia de líderes negativos como Perón; en cambio, en la narrativa de múltiples perspectivas propuesta por Arturo Alape sobre el gaitanismo, el pueblo (multitud), tras la ausencia de Gaitán, quedará desprovisto de orientación populista y será susceptible de caer en la violencia en forma de vendetta. En este punto ya se hace evidente cómo se vincula la estructura de las narraciones subjetivas y polifónicas con la configuración de las relaciones conceptuales del populismo y la(s) Violencia(s). El tercer capítulo muestra cómo “hacia los años ochenta el subjetivismo y la polifonía se fundieron con las narrativas objetivistas más relativizadas” (p. 142), de lo cual son muestras las investigaciones doctorales de Juan Carlos Torre y Herbert Braun. Los argumentos de ambos autores, aunque matizados, no superaron las visiones ya construidas desde las ópticas subjetivistas y polifónicas: el peronismo como

obstáculo para el desarrollo de una democracia real en la Argentina y el gaitanismo como proyecto trunco de inclusión política de las mayorías.

Los capítulos cuatro y cinco presentan el análisis diacrónico del peronismo y del gaitanismo como objetos históricos vinculados al desarrollo del populismo y la(s) Violencia(s) como conceptos polisémicos en las ciencias sociales, y también a los cambios en el escenario político de los dos países. En el apartado se amplía considerablemente la cantidad de autores estudiados –no es claro porqué el límite temporal para la muestra bibliográfica es la mitad de la década del ochenta– y se explicita la articulación y la superposición entre los momentos en que se produjeron las tipologías narrativas desarrolladas en los tres capítulos iniciales. Aquí se hacen más evidentes las referencias cruzadas entre las interpretaciones argentinas y colombianas del populismo y la violencia, y que en círculos académicos y en la opinión pública giró alrededor de planteamientos contrafactuales sobre “qué hubiera pasado si”, por ejemplo, el peronismo no hubiera sido como fue o si Gaitán hubiera efectivamente gobernado.

Para concluir, es pertinente subrayar que Magrini no buscó modelar otra definición sociológica del populismo en la Argentina ni replantear los alcances de la violencia como categoría en la historiografía colombiana. Su obra se concentró en identificar cómo se llegó a la formulación de esos conceptos, qué significado se les otorgó y cómo la interacción entre los autores y su contexto político e intelectual las hizo vacuas, flotantes y polisémicas; pero, lo más importante, cómo contribuyeron a la significación y resignificación de los dos fenómenos sociopolíticos más importantes de la historia del siglo xx en los dos países. El peronismo y el gaitanismo han convocado la atención de una inmensa cantidad de autores, con diferentes trayectorias e intereses, pero son prácticamente inexistentes para el caso latinoamericano las reflexiones que conduzcan a abrir nuevas perspectivas sobre la importante relación entre la forma en que son revestidos de historicidad los eventos del pasado y las circunstancias en que ese proceso tiene lugar.

Adriana Rodríguez Franco
Universidad de los Andes

Aldo Marchesi,

Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del Muro, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019, 267 páginas

El libro de Aldo Marchesi *Hacer la revolución* es la traducción castellana de *Latin America's Radical Left. Rebellion and Cold War in the Global 1960s*, publicado en 2017 por Cambridge University Press y basado en la tesis doctoral de Marchesi en la New York University sobre la Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR). Esta investigación se inscribe en uno de los campos más dinámicos de la historiografía latinoamericana durante las dos últimas décadas: la historia de las “Nuevas Izquierdas” de los años ’60 y ’70 y, complementariamente, de la lucha armada, la represión, el exilio y los derechos humanos. Profesor en la Universidad de la República, Marchesi sintetiza brillantemente los principales aportes de las investigaciones previas sobre el período, refleja la riqueza de veinte años de debate, y a la vez contribuye a la renovación del campo historiográfico. En efecto, la comparación de tres casos nacionales (Argentina, Chile, Uruguay, con referencias puntuales a Bolivia y Brasil) articulada con la perspectiva transnacional constituye un valioso aporte, tanto por la inusual amplitud del marco geográfico del estudio, como por la originalidad de la metodología. Es más: al adherir al llamado de la historia global y transnacional a romper con el espacio nacional como marco

privilegiado –si no el único– de análisis, Marchesi innova de manera decisiva en una tendencia creciente –aunque todavía marginal– de la historiografía latinoamericanista sobre el siglo XX: la de interesarse en las circulaciones de ideas y actores entre países latinoamericanos y no solo entre un país en particular y su relación con los Estados Unidos y/o la Europa occidental. Ante un amplio abanico de actores, temáticas y períodos cronológicos, Marchesi ensambla y contextualiza, de modo magistral, diferentes niveles de análisis en un relato claro que da inteligibilidad a acontecimientos y procesos complejos.

La estructura del libro consta de una introducción extensa, de una breve conclusión y de cinco capítulos. Con la excepción del último, cada capítulo se construye en torno a un momento y a una “ciudad global”¹ como lugar privilegiado de encuentro y de circulación de ideas. El objetivo de esta decisión consiste en reconstruir la historia de la “cultura política de radicalismo transnacional” forjada en los ’60-’70 en el Cono Sur por aquellas organizaciones de izquierda radical que más tarde

confluyeron en la JCR: los Tupamaros uruguayos, el MIR chileno, el PRT-ERP argentino, el ELN boliviano. La tesis central de Marchesi es la siguiente: “una variedad de organizaciones de izquierda, inicialmente identificadas con [...] el socialismo, el comunismo y el trotskismo, como resultado de su voluntad de tomar las armas y su cercana relación con la Revolución Cubana, terminaron por configurar una izquierda con una identidad particular vinculada a lo latinoamericano [...] que abandonó las pretensiones universalistas y que parece desempeñar un papel importante en la política contemporánea” (p. 19). La Revolución Cubana dio el primer impulso al radicalismo transnacional conosureño. El segundo, los regímenes autoritarios. El autor sostiene como hipótesis –en lo que representa uno de los aportes principales del libro– que “la experiencia compartida de exilio regional [...] activó la circulación de ideas y personas y contribuyó a madurar un corpus ideológico común entre los militantes de diferentes países” (p. 22).

El primer capítulo se enfoca en Montevideo y los Tupamaros entre 1962 y 1968. Marchesi demuestra, como lo hacen otros estudios recientes sobre la “nueva izquierda” latinoamericana, que la recepción del guevarismo no

¹ Sabine Dullin y Pierre Singaravélou, “Le débat public: un objet transnational?”, *Monde(s). Histoire espaces relations*, n° 1, 2012, p. 23.

consistió en la mecánica reproducción de ideas recibidas desde Cuba, sino en el esfuerzo constante de la adaptación del guevarismo al contexto local. A diferencia de la guerrilla rural guevarista, la guerrilla urbana fue el aporte fundamental de los Tupamaros a las formas de hacer la revolución en el Cono Sur. Ahora bien, a pesar de la postura crítica tupamara y en general conosureña ante la teorización cubana de la lucha armada continental, los revolucionarios del Cono Sur comienzan a converger a raíz de acontecimientos originados en Cuba: la Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) de 1967 en La Habana y la guerrilla del Che en Ñancahuazú, tema analizado en el capítulo 2. La OLAS ofrece un asidero ideológico al radicalismo transnacional conosureño, reafirmando a América Latina como marco continental natural de la lucha revolucionaria. En cuanto a la guerrilla del Che, su incidencia es doble. Por un lado, a través de las redes argentinas, uruguayas y chilenas de apoyo a la guerrilla de Ñancahuazú, surge una primera coordinación transnacional. Por otro lado, esta convergencia se ve reforzada por la muerte del “Che” y el profundo impacto que ella genera. A partir de la lectura del segundo capítulo, quedarían pendientes dos preguntas: ¿cómo se articula la recepción crítica de la Revolución Cubana con el rol protagónico que ella misma conserva tanto en la definición ideológica como en la práctica de los revolucionarios sudamericanos?; ¿cuál es la relación entre las

organizaciones de la JCR y los partidos de la “izquierda tradicional” de sus respectivos países, en particular, la izquierda socialista con pretensiones latinoamericanistas y no universalistas como la comunista? En efecto, a la Conferencia de la OLAS no son invitados ni los Tupamaros, ni el MIR, ni el PRT-ERP, sino el PC uruguayo, el PC y el PS chilenos y los peronistas y socialistas argentinos. En el caso chileno, la red de apoyo a la guerrilla de Ñancahuazú no la forma el MIR, sino militantes socialistas que crean el Ejército de Liberación Nacional chileno, como estructura paralela en el seno del PS. Dicho de otro modo, si Marchesi está interesado en estudiar las organizaciones cuya especificidad consistía en promover “la violencia política organizada y las estrategias transnacionales como únicos caminos para alcanzar el cambio social” (p. 6), ¿por qué instaurar una división tan tajante entre “izquierda radical” e “izquierda tradicional”? ¿Por qué excluir del estudio al ELN chileno, a los peronistas de John William Cooke o a los trotskistas? Estos grupos son mencionados brevemente en el primer capítulo, pero su relación con las cuatro organizaciones en las que se enfoca el resto del libro no es desarrollada. Más que vacíos, estas preguntas pendientes revelan la riqueza del libro.

El tercero y el cuarto capítulo representan la parte medular de la obra. De manera magistral, Marchesi muestra cómo los exilios regionales, primero en Santiago de Chile, luego en Buenos Aires, coproducen un “radicalismo

transnacional” propio. De esta forma, el autor rompe con una historiografía que ve en el exilio una etapa de despolitización o de abandono de la revolución en beneficio de los derechos humanos. Santiago es el lugar donde intelectuales brasileños, argentinos y chilenos, afines a la “nueva izquierda”, forjan la teoría de la dependencia, que da su fundamento económico a la teoría de la lucha armada. En Santiago comienza también a tomar forma la JCR. En Buenos Aires convergen los militantes conosureños tras el golpe chileno de 1973 y hasta el golpe argentino de 1976. El autor explica que las acciones, apreciaciones del contexto y el diseño de la estrategia del PRT-ERP (que tras el 11 de septiembre de 1973 se convierte en la principal organización de la JCR) no pueden entenderse sin el impacto de los golpes de estado chileno y uruguayo. Al igual que la decisión del PRT-ERP de continuar con la lucha armada tras el regreso de Perón. Durante este período, el radicalismo transnacional de la JCR es a la vez una respuesta política y emocional a los golpes uruguayo y chileno, y una reacción al carácter continental de la represión que, según demuestra Marchesi, es anterior al Plan Cóndor. La estructura y el enfoque del quinto capítulo son diferentes a los anteriores: el período es más largo, y se comparan la acción nacional de las organizaciones estudiadas. El cambio de estructura sugiere el cambio de época y nuevos e inéditos desafíos: revolución y/o derechos humanos; revolución continental o militancia nacional.

Una primera crítica a esta obra extraordinaria se refiere al marco teórico y conceptual que Marchesi presenta en la introducción. El autor afirma que se inspira en la sociología de los movimientos sociales, y suscribe a la noción de “repertorio de protesta”. Se trata de una noción clave de la cual depende una de sus principales hipótesis: la JCR se habría forjado no por ideología, sino “mediante un repertorio común de prácticas radicales” que nucleó a los actores “en un conjunto de ideas políticas” (p. 23). Sin embargo, ¿es útil la sociología de los movimientos sociales y la categoría de repertorio de protesta para el análisis de estructuras que no constituían movimientos sociales? En efecto, las organizaciones guerrilleras parecieran estructurarse menos como movimientos sociales que como partidos políticos, a pesar de no competir regularmente en elecciones. Por otra parte, ¿cuáles son las características específicas del “repertorio de protesta” de cada organización estudiada?

Una segunda crítica está relacionada con el concepto de “cultura política”: dada su centralidad en la obra, este concepto hubiera merecido una discusión más extensa. Marchesi la asocia a la definición de Lynn Hunt en sus trabajos sobre la Revolución Francesa: la cultura política entendida como “los valores,

expectativas y reglas implícitas que expresaron y moldearon las intenciones y acciones colectivas” (p. 22). Pero esta noción data de la década de los ’80 y se inspira en la definición de la antropología desarrollista de cultura política como un fenómeno nacional y colectivo, donde las subjetividades y las emociones están ausentes. Marchesi utiliza el concepto de formas que están menos relacionadas con la antropología desarrollista y son cercanas a la ciencia política liberal francesa,² centrada en los actores individuales más que en los colectivos. Se trata de dos aproximaciones diferentes al concepto de cultura política que remiten a distintas maneras de pensar la articulación entre ideas, prácticas, representaciones y emociones. En el libro pareciera simplificarse el uso de “cultura política” y superponerse estas dos aproximaciones divergentes. Por ejemplo, en el último capítulo, Marchesi afirma que el impacto de Gramsci y su categoría de “hegemonía cultural” explica el auge de los derechos humanos, las minorías étnicas y el género en el discurso de la izquierda radical. Pero ¿cómo surge la referencia

a Gramsci?, ¿cómo fue recibida e interpretada la obra de Gramsci –o parte de ella– durante las transiciones democráticas en el Cono Sur? En una nota al pie, el autor menciona que el impacto de Gramsci estuvo relacionado con los trabajos de José Aricó, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. Si esto fue así, ¿cuán leídos eran estos autores, y qué sectores de las organizaciones revolucionarias lo hacían? Estas preguntas, necesarias para darle inteligibilidad a la presencia de Gramsci en el Cono Sur, no pueden responderse desde una noción de cultura política interesada exclusivamente en los actores colectivos.

Estas críticas no afectan el valor de *Hacer la revolución*, una obra que será con seguridad una de las principales referencias en los estudios sobre la historia de las izquierdas latinoamericanas en los ’60 desde una perspectiva global. La mayor contribución de Marchesi es haber demostrado los estrechos vínculos entre actores revolucionarios de la Argentina, Chile y el Uruguay, y así, la necesidad de trascender la escala nacional para comprender un período clave en la historia del Cono Sur.

Eugenia Palieraki
Université de Cergy-
Pontoise, Francia

² Véase por ejemplo Serge Bernstein, “Enjeux: L'historien et la Culture Politique”, *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, n° 35, 1992, pp. 67-77.

Lilia Moritz Schwarcz,
El espectáculo de las razas. Científicos, instituciones y cuestión racial en el Brasil, 1870-1930,
Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2017, 352 páginas

Mientras miraba el Museo Nacional de Río de Janeiro arder y consumirse no podía dejar de pensar en este libro. A través de él conocí por primera vez la historia del museo, su nacimiento imperial, su rol como institución científica, su centralidad en la creación de una memoria nacional. En el momento de incendiarse, el Museo era más que eso, era además un centro de formación de posgrado, y se transformó también en lo que la propia Schwarcz llamó “la metáfora fácil, un retrato de la situación vigente de un país que no cuida de su historia, de su memoria”.¹

El espectáculo de las razas es un libro pionero y señero. Es una obra que abordó de forma original la historia de los discursos raciales en el Brasil y su encuadre institucional. Abrió así toda una agenda renovada de indagaciones sobre la construcción de instituciones, la edición de revistas y el estudio de las formas en las que los intelectuales pensaron el Brasil en términos raciales, políticos y sociales. Es por ello que no podemos sino celebrar la iniciativa de la Universidad

Nacional de Quilmes (UNQ) de traducirlo. No es una sorpresa que la publicación se haya realizado en la colección *Intersecciones*, dirigida por Carlos Altamirano, ya que las colaboraciones entre la autora y el Centro de Historia Intelectual (CHI) de la UNQ tienen un fecundo recorrido.

Lejos de haber perdido actualidad e interés casi 24 años después de su primera edición en portugués, el libro conserva su triple carácter de guía de las doctrinas raciales del siglo XIX (de Gobineau a Darwin pasando por Agassiz), de modelo metodológico sobre el análisis de instituciones, revistas e intelectuales, y, particularmente, de original interpretación de las formas en las que los intelectuales brasileños articularon raza, política y nación entre la independencia, producida en 1822, y la caída de la República vieja, en 1930. En verdad, el título del libro postula 1870-1930 como el período abordado, pero el análisis que realiza la autora transgrede dichas fechas (dado que muchos de los establecimientos analizados tuvieron origen a inicios de siglo XIX) dando lugar a una historia larga de los intelectuales, las élites y sus espacios de interlocución en el Brasil.

El espectáculo de las razas se presenta como una “historia social de las ideas” y una

“historia constructivista de la ciencia” (p. 27). Su objetivo es reconstruir la relevancia y las variaciones en la utilización de teorías raciales en el Brasil en el período señalado. El libro es el resultado de la tesis doctoral que Schwarcz, historiadora, realizó en Antropología. En este cruce de disciplinas, la autora señala que el estudio de los argumentos raciales, hasta fines de los '80 e inicios de los '90 (cuando su investigación doctoral se desplegó) había sido largamente minimizado en el país y que cuando comenzaron a ser abordados se los estudió bajo el supuesto de que las producciones locales eran meras exportaciones e imitaciones de modelos europeos, balbuceos esquemáticos, sin originalidad y por tanto irrelevantes. Al tomarse en serio la construcción histórica del concepto de raza y sus usos, Schwarcz logra mostrar su centralidad y su carácter de significativo constantemente renegociado y experimentado.

Se trata entonces de una historia intelectual pero también de una historia política con un anclaje social ya que la autora da cuenta permanentemente de los perfiles sociales de los agentes que se nuclean en torno a los distintos tipos de instituciones y, al mismo tiempo, articula esas instituciones con los tipos de discursos que allí tienden a

¹ Lilia Schwarcz, “Políticos promovem monumentos sem conteúdo, enquanto Museu Nacional vive à míngua”, *Folha de São Paulo*, 3 de septiembre de 2018, <<https://www1.folha.uol.com.br/cotidiano/2018/09/politicos-promovem-monumentos-sem-conteudo-enquanto-museu-nacional-vive-a-mingua.shtml>>.

producirse. Schwarcz demuestra que las miradas de los miembros de museos, institutos y facultades no nacían de meras especulaciones teóricas sino que se articulaban con una serie de imperativos y configuraciones políticas, económicas y regionales.

En este sentido, el libro es también una historia comparada, ya que Schwartz reconstruye los rasgos de cada institución, de sus publicaciones y de sus miembros, hilvanando su inscripción regional y política. Dibuja, de este modo, un panorama complejo e integrado de la construcción de la nación y la ciencia en el Brasil, reposicionando el lugar de los discursos raciales en ambos procesos.

En el primer capítulo, la autora traza un panorama general del comienzo de las instituciones científicas en el Brasil tras la instalación de los Braganza en 1808 y, especialmente, desde el retorno del rey João VI a Portugal y la declaración de independencia. Contrasta así el perfil relativamente homogéneo en términos de carrera y formación de ese primer grupo de intelectuales, con el más heterogéneo –social, profesional y regionalmente– de quienes hicieron ciencia desde 1870. La transformación, muestra la autora, se vinculó estrechamente con la aceleración de la inmigración, la urbanización, el auge cafetalero paulista y la ley de vientre libre, que aceleró la posibilidad de emancipación de los afrodescendientes. De la mano de estos procesos, también el panorama institucional se transformó y la

ciencia se afirmó, primero como “moda” y más tarde como práctica y método. Esa *moda* entraría por medio de la literatura, para plasmarse luego en la creación de un grupo que se percibiría como “hombres de ciencia” (contrarios a los “hombres de letras”).

Estos intelectuales buscaron establecer explicaciones globalizantes retomando modelos evolucionistas, realizando interpretaciones eclécticas y creando una forma materialista y secular de comprensión del mundo (p. 58). Este proceso, como señalamos, había sido pensado en términos de imitación y en clave difusionista. Schwarcz destaca que lo que importa es pensar “en la originalidad de la copia”, en el trabajo de selección de textos y de apropiación llevado adelante por los pensadores brasileños.

El segundo capítulo contiene un recorrido por las teorías raciales decimonónicas. Schwarcz reconstruye los debates entre poligenismo y monogenismo como formas alternativas de pensar el origen del hombre, y señala su predominio respectivo en la antropología y la etnografía (y en sus instituciones), muestra la centralidad del “mestizaje” en estas producciones y discute algunas de las implicaciones políticas de estas lecturas. Los siguientes capítulos despliegan un recorrido intelectual e institucional de carácter comparado en el que el trabajo de archivo y las habilidades hermenéuticas de la autora se destacan.

El siglo XIX –enfatisa la autora– se destacó como el “siglo de los museos” (enraizado en una “explosión

del espíritu conmemorativo”, (p. 96) y la década de 1890 fue la “era brasileña de los museos” (p. 99). En el tercer capítulo Schwarcz aborda historia, perfil y publicaciones de tres de tales museos: el Museo Nacional de Río de Janeiro (creado en 1808), el Museo Paulista o de Ypiranga y el Museo Paraense Emilio Goeldi. Allí se caracterizan los diversos modelos de museo que ellos representaron, de gabinetes de curiosidades a establecimientos de colección, clasificación e investigación; de instituciones de celebración del Imperio o de élites regionales a plataformas de expediciones extranjeras. Schwarcz estudia el papel determinante de los directores, las disciplinas y las orientaciones dominantes en cada una de sus revistas, y presenta incluso cuadros donde clasifica y cuantifica los tipos de enfoque y disciplina dominantes. Esa misma combinación de análisis institucional, de elencos y de orientaciones la realiza, en el capítulo cuarto, en relación a los Institutos Históricos y Geográficos. Ellos fueron otro espacio clave de producción de relatos sobre la nación y de disputa sobre el rol y el peso de cada región en ellos. Schwarcz describe y contrasta las labores del Instituto Histórico y Geográfico Nacional (de Río de Janeiro) –signado por su vinculación con el círculo ilustrado imperial–, el de San Pablo –marcado por su nacimiento republicano–, y el Instituto Pernambucano –preocupado por sostener la grandeza en decadencia de la región nordeste–. Estos rasgos se tradujeron en el diverso perfil socio-económico y

profesional de sus miembros, en el predominio de ciertos temas y períodos en los artículos de sus revistas y en el rol de los discursos raciales en cada uno. Esto no significa que hubo una homogeneidad en las visiones sobre “raza” en el interior de estas instituciones ni entre ellas. Si bien las visiones deterministas y de blanqueamiento del Brasil fueron predominantes, Schwarcz da cuenta de que es necesario y posible periodizar, y encontrar énfasis y desplazamientos en el interior de cada establecimiento.

En los capítulos quinto y sexto la autora aborda dos clases de centros de formación: por un lado, las facultades de derecho de Olinda (en 1854 trasladada a Recife), y la de San Pablo y, por otro lado, las facultades de medicina, instaladas en Bahía y en Río de Janeiro. Los contrastes que Schwarcz traza son notorios, no solo entre la vocación de formar abogados (y, en definitiva, élites dirigentes) y formar médicos, sino también entre los perfiles dados a sus estudiantes por cada uno de estos centros. La formación de los *bacharéis* –cuya centralidad había sido ya señalada en los trabajos de Sérgio Adorno y José Murilo de Carvalho–² cobra bajo la mirada de la autora una nueva dimensión.

² Sérgio Adorno, *Os aprendizes do poder: o bacharelismo liberal na política brasileira*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1988; José Murilo de Carvalho, *A construção da ordem. A elite político-imperial*, Río de Janeiro, Campus, 1980 y del mismo autor, *La formación de las almas. El imaginario de la República en el Brasil*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

Schwarcz analiza en detalle la enseñanza y las revistas de esos centros, y revela así la importancia que la discusión racial tuvo en ellos. En el caso de la enseñanza del derecho en Recife (que opone a la precariedad de la etapa olindense), la autora muestra la primacía de una concepción “científica” del derecho y la gravitación de autores como Silvio Romero, que vieron en el mestizaje “la salida para una posible homogeneidad nacional” (p. 122). Por otra parte, en el análisis de la revista destaca la importancia de la antropología criminal y, desde 1920, de la medicina legal y del higienismo. La facultad de San Pablo, por su parte, también marcada en el inicio por la precariedad edilicia y profesional, sobresalió luego por su cercanía al poder económico regional y por ser “uno de los grandes legitimadores del nuevo juego político vigente”, esto es, del Estado liberal. Se desarrolló allí una mayor cautela, hasta “cierta prevención”, en la recepción de los modelos deterministas, lo que no implicó que se descartaran las perspectivas evolucionistas. La desigualdad se pensaba constitutiva del Brasil y era función del Estado liberal promover la evolución y la perfectibilidad (p. 247).

La orientación de los médicos, afirma la autora, fue diversa. Ellos no se pensaron como los “elegidos para dirigir los destinos de la nación” (p. 255) a diferencia de los abogados, sino como los sanadores de “un país enfermo sobre la base de un proyecto médico-eugenésico” (p. 259). Para dar cuenta de su formación, Schwarcz

reconstruye la evolución de los centros médicos. A su vez, retrata el contenido de las enseñanzas y las producciones de las facultades de Bahía y Río de Janeiro y recorre dos importantes revistas: la *Gaceta Médica de Bahia y Brasil Médico*. Nuevamente se refleja la centralidad de las miradas raciales ya que en ambas publicaciones se fue forjando una idea tanto del carácter patológico de la población local (especialmente negros, indios y mestizos), como de la necesidad de crear un pensamiento y políticas brasileñas para solucionarlo. Schwarcz periodiza intereses y respuestas y da cuenta de algunos debates internos del campo intelectual médico. Por ejemplo, destaca que el arribo de los médicos cariocas a las ideas deterministas y a las eugenésicas fue más tardío que el de los bahienses. También marca el contrapunto de un creciente distanciamiento entre las soluciones imaginadas por juristas y médicos, y por legisladores e higienistas.

Cuando se recolectan muchos tipos de fuentes primarias y se trabaja con muchos casos diversos se corre el riesgo de que la exposición de las interpretaciones no sea ordenada, simétrica o balanceada. Es un mérito del libro –proyecto realmente ambicioso– transmitir de modo claro y conciso abundante información y presentarla organizada en ejes de análisis consistentes. Por su mismo carácter ambicioso, la obra –lejos de agotar el estudio de los autores, las instituciones y las publicaciones que aborda– invita a realizar análisis específicos de cada uno de

ellos. Se trata de una labor que en adelante ha sido llevada a cabo por la misma autora³ y por otros historiadores.

La presente publicación de la traducción tiene dos méritos. Por un lado, reproduce la totalidad de las imágenes de intelectuales, revistas e instituciones que contiene el libro original. Por otro lado, utiliza el sistema de citas al pie

³ Lilia M. Schwarcz, *Lima Barreto, Triste Visionário*, San Pablo, Companhia das Letras, 2017.

de página, una práctica en extinción en el mercado editorial argentino.

El espectáculo de las razas es clave para los interesados en historia intelectual, historia de las publicaciones, del libro, de la medicina, del derecho, de los museos, del positivismo; la enumeración podría continuar. Ofrece un camino interesante para pensar, entre otras cuestiones, la incidencia de los marcos institucionales en las producciones intelectuales, la relación entre la construcción de instituciones con sus

contextos políticos, económicos y regionales y el rol de las narrativas raciales en la formación de la nación. Este último punto, estimo, es una tarea en gran parte pendiente en la historia intelectual en la Argentina, y la obra de Schwarcz puede servir de gran inspiración y orientación.

Magdalena Candiotti
CONICET-Instituto Ravignani /
Universidad Nacional del
Litoral

Claudia Roman,
Prensa, política y cultura visual. El Mosquito (Buenos Aires, 1863-1893),
Buenos Aires, Ampersand, 2017, 306 páginas

Los estudios sobre cultura visual se enriquecieron en los últimos años con la aparición de la *Colección Caleidoscópica* de ediciones Ampersand, que, bajo la dirección de Sandra Szir, publica trabajos relevantes dentro de ese campo con una cuidadosa presentación en la que se destacan la calidad del papel, las ilustraciones y los índices detallados. En *Prensa, política y cultura visual*, que forma parte de esa Colección, Claudia Román nos presenta la reelaboración de una zona de su tesis doctoral sobre prensa satírica argentina en el siglo XIX cuyo foco está puesto en el periódico *El Mosquito*, que se publicó en Buenos Aires entre 1863 y 1893.

Si bien la autora no las explicita, pueden argüirse varias razones de peso que justifican su decisión de concentrar el análisis en *El Mosquito*. La primera es que su publicación regular durante tres décadas constituye un caso excepcional que amerita un estudio monográfico. La segunda es que, en términos comparativos con otros periódicos análogos, se cuenta con bastante información sobre sus editores, redactores y dibujantes, así como también sobre las estrategias empresariales, sus vínculos con la política y con los anunciantes, etc. La tercera es la centralidad que tuvo en el sistema de la prensa argentina del período y, por lo tanto, en la vida pública en general. La

cuarta, y esto es una hipótesis relevante del trabajo, porque Román considera a la prensa satírica en general, y a *El Mosquito* en particular, como modeladora del relato político al “editar” la información y la opinión de los medios más importantes.

También podría aventurarse otra razón que evidencia el interés que hoy día aún tiene *El Mosquito*, y es el hecho de que el imaginario visual sobre la vida política y social argentina del último tercio del siglo XIX es tributario en buena medida de esa publicación que constituye un repertorio de caricaturas a las que se recurre una y otra vez para ilustrar episodios o figuras destacadas de ese período como Mitre, Roca y, sobre todo, Sarmiento. La potencia de esas caricaturas que parecieran haber cobrado vida propia más allá de cuándo, cómo, por qué y por quiénes fueron producidas, constituye un desafío para quienes procuren restituirles su historicidad. La autora no solo asumió de frente este problema al llamar la atención sobre el carácter de “figuritas repetidas” que adquirieron sus caricaturas, sino que logró resolverlo en forma magistral al examinar las condiciones de producción y el sentido que esas imágenes tenían o podían tener para sus contemporáneos. Las dificultades que esto entraña se advierten mejor cuando se considera que el sentido de las

sátiras puede ser evidente para los contemporáneos que comparten referencias y códigos, pero estos no siempre se hacen explícitos por lo que su interpretación requiere de un trabajo de reconstrucción metódica que, entre otras tareas, debe identificar las alusiones a personas, hechos u otras imágenes, precisar las relaciones con los textos que las acompañan, considerar los modelos que las inspiraron y los géneros a los que pertenecían.

Román examina estas imágenes tomando en cuenta sus condiciones de producción que, según precisa, deben entenderse a la luz de dos procesos que caracterizaron a los últimos decenios del siglo XIX y que han sido tratados en forma exhaustiva por la historia política y cultural: el de consolidación del Estado nacional y el de modernización cultural. Pero, tal como muestra su análisis, el periódico no fue tan solo una expresión o un emergente de esos procesos sino que también debe ser considerado como un actor que incidió en los mismos. En ese sentido, el libro se inscribe en la línea de estudios que renovó la historia de la prensa al procurar trascender su consideración como un mero soporte de ideas, informaciones y representaciones —un *medio* en un sentido estricto—, para concebirla como un objeto cultural complejo, e incluso

como un actor con capacidad para darles forma y producir sentido. En este caso, por ejemplo, se detiene en las estrategias utilizadas por *El Mosquito* para procurar satisfacer una potencial demanda del público a la vez que apuntaba a modelarlo a través de una “pedagogía de las imágenes” que brindaba elementos para que sus lectores pudieran decodificarlas. Asimismo examina cómo editaba las informaciones, las ideas y las opiniones publicadas en otros medios presentando una versión visualizada y teatralizada de la vida social y política en la que podían reconocerse los distintos actores. Entre ellos el propio *El Mosquito*, identificado como una especie de duende que interactúa con otros personajes, ya sean personalidades públicas o periódicos.

Estas y otras cuestiones que iluminan los vínculos entre caricatura, cultura visual, prensa y vida pública que durante tres décadas se forjaron en las páginas de *El Mosquito* —por ejemplo, los avisos comerciales ilustrados cuya publicación contribuyó a sostener la autonomía del periódico, o la ambigüedad valorativa de las caricaturas que si bien eran satíricas también permitían la instalación en la vida pública o la popularización de una figura política o empresarial—, son motivo de una exhaustiva y precisa investigación que se nutre de diversas tradiciones y perspectivas de análisis, como la crítica literaria, los estudios visuales, la historia de la prensa, la historia cultural y la historia política. El resultado es un libro que combinando

densidad argumentativa y precisión conceptual con una escritura clara y amena, desarrolla un examen profundo y sistemático del periódico a la luz de las cambiantes relaciones con otros medios y actores políticos, pero también con la sociedad, el público lector y el mercado.

La decisión de exponer los resultados en forma cronológica acompañando la historia de *El Mosquito* facilita la comprensión de estos vínculos y de su dinámica, ya que cada capítulo tiene ejes precisos cuyo tratamiento, además de avanzar en el tiempo atendiendo a cambios y continuidades, complementa y enriquece el análisis desarrollado en los anteriores. En ese sentido, y antes de reseñar brevemente los contenidos de cada capítulo, resulta necesario señalar que si bien el trabajo brinda mucha información sobre *El Mosquito*, la autora no pretendió realizar una historia completa o exhaustiva del periódico, sino considerar algunos fenómenos y episodios significativos que le permitieron analizar su trayectoria desde diversos ángulos.

En la Introducción se presentan los temas y problemas que trata el libro a la vez que se ofrecen numerosas ideas e hipótesis referidas al sentido y al funcionamiento de la prensa del período, en particular la satírica. El primer capítulo se centra en los años iniciales de *El Mosquito* en los que el periódico, que tenía como antecedentes prestigiosos el *Charivari* de París y el *Punch* de Londres, logra delinear un perfil propio y afirmarse como empresa de la

mano del dibujante francés Henri Meyer y del redactor Luciano Choquet. El hecho de no tener vínculos con los grupos políticos tradicionales contribuyó a que el periódico pudiera tomar distancia de la prensa facciosa y se constituyera en un “espacio político disponible”, en el que se modeló una visualidad de la vida pública caracterizada por la articulación entre palabras e imágenes —aunque estas comenzarían a autonomizarse con el correr de los años—. El segundo capítulo está dedicado a la actuación de Henri Stein desde su incorporación al periódico como dibujante en 1868, considerando además sus diversas actividades y el proceso de su construcción como una “marca” que terminaría asociándose al nombre del periódico, del cual se convertiría primero en editor gerente y luego en director propietario. El análisis se detiene asimismo en los cambios políticos, sociales y tecnológicos (papel más barato, agencias internacionales y cables telegráficos, etc.) que a su vez crearon condiciones para producir modificaciones en la sintaxis, la utilización de nuevos géneros y la profesionalización de los periodistas y los escritores. El capítulo tercero analiza cómo reaccionó *El Mosquito* ante la publicación de otros medios satíricos durante la década de 1870, cuyo estilo renovador y agresivo puso en cuestión su predominio hasta entonces indisputado. Estos periódicos eran realizados en su mayor parte por escritores e ilustradores españoles republicanos exiliados, cuya actuación en distintas ciudades

de América y Europa ameritaría un estudio específico. En el capítulo cuarto se examinan los cambios provocados por la toma de partido que hace Stein apoyando a Roca y luego a Juárez Celman, además de alquilar al periódico durante un período a la facción de Dardo Rocha. La conversión en una suerte de “periódico oficial” coincidió con la puesta en práctica de nuevas estrategias visuales y comerciales, como la publicación con éxito de imágenes no satíricas de personalidades del pasado y del presente. En el capítulo quinto, que trata los últimos años del periódico, se analiza el impacto provocado por la aparición de *Don Quijote*, un nuevo medio satírico realizado por el exiliado

español Eduardo Sojo, que proponía un lenguaje y una visualidad novedosos. Asimismo, se detiene en la decisión de Stein de poner fin a la publicación para concentrarse en sus otras actividades comerciales vinculadas con las imágenes y los impresos. El trabajo no tiene una conclusión que resuma o retome lo tratado a lo largo de sus páginas, sino un Epílogo que hace aun más evidente que además de la trayectoria de *El Mosquito* el libro tiene otro núcleo: la figura de Henri Stein, de quien se narran sus últimos años de vida.

En suma, el libro de Claudia Román nos presenta una cuidadosa reconstrucción y un análisis exhaustivo y sutil de *El*

Mosquito, esa “fábrica argentina de fama, datos para la historia y conservas para la posteridad” de la cual se ufanaba en la bajada del título a partir de 1890, que además de permitir asomarnos a la vida política y cultural porteña y argentina del último tercio del siglo XIX, también nos incita a plantear nuevos interrogantes sobre las cambiantes formas de construcción de sentido social y el papel que juegan los medios y las imágenes en ese proceso.

Fabio Wasserman
Instituto Ravignani-CONICET /
Universidad de Buenos
Aires

Martín Servelli,

A través de la República. Corresponsales viajeros en la prensa porteña de entre siglos XIX-XX, Buenos Aires, Prometeo, 2017, 320 páginas

Hacia el exacto fin de siglo, Fray Mocho publicó en el folletín del diario *La Tribuna* sus “Croquis fueguinos”, más conocidos por su título libresco: *En el mar austral*, una serie ficticia de estampas costumbristas hilvanadas con fuentes secundarias; contemporáneamente, Roberto J. Payró publicó *La Australia argentina*, que recogía su experiencia como corresponsal viajero del diario *La Nación*. Paradójica, pero también conscientemente, Payró citó las descripciones de Fray Mocho como antecedente narrativo de su excursión. En esa ambigüedad deliberada, que apela a la soterrada mezcla entre crónica y ficción, reside sin dudas uno de los núcleos productivos del objeto escudriñado en este libro por Martín Servelli: la construcción de la crónica periodística en los diarios más importantes de Buenos Aires del entresiglos.

No obstante, enunciado así, lo dicho no resulta del todo exacto. Porque al objeto hay que sumarle el agente: los cronistas analizados por Servelli lo son de nuevo cuño: corresponsales viajeros, *reporters*, enviados especiales de los diarios, que comienzan a trazar un recorrido singular en una etapa también singular de la profesionalización letrada. Es decir, reporteros –el lexema derivado del inglés retiene su microhistoria periodística– que viajan al exterior, pero sobre

todo al interior del país, y escriben relatos que pueden ser considerados crónicas, en tanto equilibran información y narratividad, noticia y entretenimiento, oralidad y cuidado formal de la prosa, técnica y poética. Y ofrecen, además, otra vía de interpretación sobre un género que, como sabemos, se constituye con el periodismo finisecular. Uno de los aportes fundamentales de este libro reside en haber tramado una historia más amplia, y a la vez más localizada, del entramado social, político y cultural en el que surgen las célebres firmas de los cronistas modernistas (Martí, Darío, Gutiérrez Nájera). En línea con algunos antecedentes destacados sobre el tema, como las propuestas de Eduardo Romano en *Revolución de la lectura*, Servelli observa, con rigurosidad crítica, cómo el prisma modernista, que tenía a la ciudad modernizada como objeto central, se monta en el dispositivo narrativo del cronista viajero, que va en busca de lo exótico en su condición más peculiar: el patrimonio desconocido.

Así, a los ya clásicos trabajos de Julio Ramos, Susana Rotker y Aníbal González sobre la crónica de fin de siglo, Servelli añade un microcosmos fundamental: el del reportero viajero –así lo define–, representado por una serie de escritores-periodistas

que suelen ser considerados secundarios, es decir que no son firmas destacadas (no son Emilio Castelar, ni Arsène Houssaye, ni Rubén Darío), y que sin embargo se consolidarán como sujetos centrales en las salas de redacción de sus respectivos medios.

Julio Piquet, Manuel Bernárdez, José Manuel Eizaguirre, Roberto J. Payró, Fray Mocho (José S. Álvarez), Aníbal Latino (José Ceppi), Arturo Giménez Pastor son los más representativos de esta serie, dada la importancia relativa de su producción, producción que además pasó –en la mayoría de los casos– de la prensa al libro.

El fenómeno del traslado del periódico al volumen ocupa un capítulo del libro, en el que Servelli examina las estrategias de edición –que incluyen, en primer lugar, una anticipada condición de lo que va a escribirse: los corresponsales en muchos casos escribían crónicas cuyo destino final sería el libro– y reflexiona acerca de los cruces textuales y los procesos de retroalimentación entre ambos formatos, en los que lo icónico y lo verbal se entrelazan provechosamente (como puede observarse en el emblemático caso de Manuel Bernárdez, cuyo libro *De Buenos Aires al Iguazú*, que recoge las crónicas escritas para *El Diario*, se plaga de fotografías, al punto de

promocionarse como un “libro para ser leído mirándolo”).

Estos “cinematógrafos vivientes”, para tomar en préstamo la expresión con que Manuel Ugarte habló de los *croniquers* franceses, *reporters* viajeros de los periódicos más importantes de Buenos Aires (*La Nación*, *La Prensa*, *El Diario*, *Sud-América*), eran conscientes de esa zafra discursiva ambivalente y Servelli expone con suficiencia los guiños que hacen esas escrituras en clave literaria. Cruzando la cordillera de los Andes, Payró aprovechará para recordar el paso de Tartarín por los Alpes –el famoso personaje de la saga novelística de A. Daudet–; Piquet reenviará a sus lecturas del Robinson Crusoe; Aníbal Latino no dejará de mentar al Sarmiento viajero a su paso por San Juan. Esas deudas, por un lado, y esa fresca conciencia del estilo, por el otro, es lo que determina un tipo de escritura que no se rinde a las prebendas del encargo –la mayoría de estos cronistas viajeros respondían a la dirección de los diarios, que además de solventar sus viajes recortaban el destino según intereses puntuales–, y que, por momentos, puede incluso volverse la contracara del discurso oficial del periódico (por ejemplo: el reformismo de Payró en sus crónicas sobre la Patagonia para *La Nación*).

En cierta medida, estos cronistas viajeros duplican con sus escrituras la caravana de extranjeros que durante las décadas de 1820 y 1830 recorrieron el país por encargo de las potencias europeas (Inglaterra y Francia, principalmente), esa vanguardia capitalista analizada por Mary

Louise Pratt y por Adolfo Prieto, pues comparten (como muchos de aquellos viajeros, entre los cuales tal vez Francis Bond Head sea el más elocuente) el afán por superar lo meramente objetivo y ofrecer otro tipo de relatos, capaz de capturar en las columnas de los diarios a lectores curiosos y expectantes.

Tierra del Fuego, Misiones, Patagonia, Mendoza, Chaco, Córdoba son los destinos de este viaje al interior, de este recapitular del paisaje nacional –paisaje que empieza a ser nacional, en formato *postal*, justamente con estas crónicas pintoresquistas–. Este “redescubrimiento del paisaje”, analizado por Servelli detalladamente en el quinto capítulo, combina entonces un interés específico de los diarios porteños por tramar postales nacionales, y, de ese modo, definir identidades regionales, provinciales, nacionales (aspecto que Servelli observa también mediante la conjunción del lenguaje verbal e icónico, pues a estas crónicas se sumarán las estampas paisajísticas de los suplementos ilustrados de los diarios), combina, decíamos, el interés por el paisaje nacional con el afán novelesco más o menos evidente en estas crónicas y, también, con las modulaciones ideológicas que nociones como lo criollo introducen en ellas.

El libro de Martín Servelli, resultado de una reescritura de su tesis doctoral, está organizado en cinco capítulos, a los que se suman una antología de crónicas recuperadas de sus fuentes, e inéditas en libro hasta ahora. Los primeros tres capítulos podrían organizar un primer

gran bloque: “1. Reportерismo viajero”; “2. La crónica periodística de viaje”; “3. Excursiones periodísticas: ediciones, reescrituras, adaptaciones y préstamos” son los títulos que, como el lector podrá inducir, merodean el objeto formal de este libro: allí se despliegan las características del llamado reportерismo viajero, una microhistoria del *reporter* (en la que se deslindan derivados: reportaje, reportero, entrevista, noticiero) y una panorámica de la prensa finisecular en Buenos Aires, los avances tecnológicos, los edificios, los nuevos oficios; allí se abordan los aspectos formales de esa amalgama entre discurso periodístico y discurso ficcional, los elementos costumbristas, palpables incluso a nivel del registro de la lengua, y los narrativos, que orientan a estas crónicas a su formato libresco; sus reescrituras y recolocaciones promovidas por el cambio de soporte. El capítulo cuarto, en cambio, introduce un motivo pedestre: el vínculo de este reportерismo viajero con el funcionariado estatal; muestra cómo muchos de estos reporteros (Payró, Bernárdez, Giménez Pastor, Eizaguirre, entre otros) son enviados especiales y, a la vez, oficiales, es decir escritores-voceros autorizados para acompañar a figuras políticas destacadas en sus recorridas diplomáticas del país y del extranjero. El último capítulo, del que ya hemos hablado, se concentra en la serie icónico-verbal destinada a la construcción estatal del paisaje (y hasta empresarial: los vínculos entre diarios y poder político por momentos resultan

transparentes). En definitiva, estas crónicas, que oscilan entre lo ficticio y lo real y que construyen, así, paisajes que llevan el recorte de una fotografía estilizada, son productos híbridos que conjugan subjetividad letrada, interés oficial y perspectiva empresarial o mediática.

Un libro sobre cronistas y escritores requiere, por cierto, de una lectura adiestrada en el detalle y, también, la panorámica. El método de Servelli, en este sentido, resulta

fructífero: su mirada va de las arqueológicas páginas de los diarios a la literatura –podemos imaginarlo en esa fabulosa reconstrucción frente al hallazgo de una serie que no había sido atendida, sencillamente porque pervivía fuera del libro–, del archivo tipográfico a la historia cultural, de esta a la intrahistoria de la prensa. *A través de la República* –que toma el título de las crónicas de estos corresponsales viajeros–, se suma así a una renovada mirada

de la historia cultural y de la prensa periódica en la Argentina, que comienza a establecer un campo bibliográfico indispensable. En ese campo, el libro de Servelli, por materia, por método, por alcance historiográfico y crítico, ganará indudablemente un lugar definitivo.

Hernán Pas
Universidad Nacional
de La Plata

Paula Bruno,
Martín García Mérou: Vida intelectual y diplomática en las Américas,
Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 211 páginas

Martín García Mérou vivió al margen de varias “generaciones.” No cabe nítidamente dentro de la “generación del ‘80”, aunque convivió con sus principales figuras y es conocido como uno de sus mejores cronistas.¹ Conoció de paso, y en su vejez, a las luminarias de la generación del ‘37, pero la convivencia fue corta. Tampoco perteneció a lo que Oscar Terán llamaría “el primer anti-imperialismo latinoamericano” aunque vivió todos los momentos clave —la Primera Conferencia Panamericana, la Guerra de Cuba, la crisis de Venezuela y la elaboración de la Doctrina Drago— de una época de reconfiguración frente a la nueva supremacía de los Estados Unidos en el continente americano.² En términos cronológicos, su vida transcurrió durante la época de consolidación del Estado-nación argentino, aquella época que va desde la presidencia de Mitre hasta 1912, año de la inauguración de una nueva —democrática—, simbolizada por la Ley Sáenz Peña. Murió en 1905, demasiado pronto para tornarse observador y crítico de las crisis democráticas que siguieron a la llegada al poder

del radicalismo en 1916.

Aun así, en el nuevo libro de Paula Bruno García Mérou no aparece como un prototipo del intelectual de la república oligárquica. Manifestó de vez en cuando sus preocupaciones frente al materialismo y la falta de educación del “populacho”. Pero se mostró menos pesimista que otros pensadores contemporáneos, y más interesado en las posibilidades que se abrían en esa época de rápidos cambios económicos y sociales. Visto en su perfil variado de crítico literario, poeta, diplomático y americanista, la vida y los escritos de García Mérou nos invitan a interrogar la utilidad de encerrar a la historia dentro de rígidas clasificaciones generacionales, políticas e ideológicas. García Mérou fue, ante todo, un incisivo observador de un mundo marcado por la crisis y la transformación. Si desde la actualidad podemos denominar a su momento como período de primera globalización, de consolidación de los estados nacionales y de traspaso hegemónico entre Inglaterra y los Estados Unidos, su vida y sus escritos nos proveen una visión más inmediata de esos hechos. Lo que ofrece este libro es una invitación a repensar las múltiples posibilidades y las aspiraciones que acompañaron la construcción de una cultura nacional argentina y a la súbita

creación de un nuevo campo internacional.

El libro de Bruno está organizado en dos partes. La primera es una biografía crítica de García Mérou que provee, a su vez, un marco para entender la recopilación de textos que forma la segunda parte del libro. García Mérou nació en Buenos Aires en 1862, en un entorno sacudido por los años de guerra civil que siguieron a la caída de Rosas. Es conocido ante todo como crítico literario, y Bruno destaca que sus libros han servido ante todo como referencia para aquellos historiadores que estudian el ambiente literario del final del siglo XIX. Al igual que David Viñas y el mismo Terán, quienes fueron algunos de los primeros en hablar sobre una “generación” del ‘80, Bruno nota la urgencia con que las generaciones jóvenes de este período se abocaron a la búsqueda de una literatura propiamente nacional, capaz de proveer un contenido cultural a la construcción simultánea del Estado-nación. Mérou participó activamente en las tertulias y las organizaciones literarias de la capital, donde se reunían las figuras más importantes de su época. Su libro más conocido, *Recuerdos Literarios*, sirvió como guía para quienes trataron más tarde de reconstruir las pautas clave de ese momento histórico. Según nota Bruno, aunque no perteneció a ninguna generación se lo recuerda como

¹ Martín García Mérou, *Recuerdos literarios*, Buenos Aires, F. Lajouane, 1891.

² Oscar Terán, *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos Editora, 1986, pp. 85-97.

“inventor de generaciones,” cuyos escritos formaron la base para una gran cantidad de interpretaciones posteriores.³

Uno de los propósitos del libro es rescatar a García Mérou de la tendencia a interpretarlo como “mero cronista de la “generación del ’80,” o como una “réplica deteriorada y empobrecida” de su mentor Miguel Cané.⁴ Bruno nota que sus apreciaciones tanto de los “padres fundadores” (Alberdi, Sarmiento, Mitre, Echeverría, Avellaneda) y de los “contemporáneos mayores de edad” (Groussac, Lucio V. López, Cané, Wilde, Goyena, Estrada, Zeballos) fueron más incisivas y heterogéneas de lo que se podría esperar de una simple crónica de la vida intelectual de la época. El libro reúne una excelente serie de textos sobre ambos grupos, los cuales dan una impresión de la gran variedad de intereses y de la inmensa erudición de su autor.

Los escritos sobre Alberdi y Sarmiento son de los más interesantes de la recopilación, y contienen no solo una provocadora polémica a favor de Alberdi, sino también un análisis tanto intelectual como personal de los dos personajes clave de la historia argentina. Su defensa de Alberdi, como representante de la razón frente a la pasión y la “barbarie” de Sarmiento (quien describe con

el mismo término que este último usó para condenar al caudillo Facundo), prefigura una de las temáticas centrales de su pensamiento. Estas ideas reaparecen sobre todo en sus comentarios favorables sobre la política y el sistema educativo en los Estados Unidos y lo distinguen, según Bruno, de otras figuras clave de un momento nacional o, en muchos casos, nacionalista, donde predominaba la sospecha tanto de la democracia como al “materialismo yankee”. Los textos reunidos, por fin, tienen un toque más personal que contrasta con otros escritos más sobrios sobre el legado de Alberdi y Sarmiento. En un momento humorístico, por ejemplo, García Mérou relata que el odio de Sarmiento al General Justo José de Urquiza (una de las razones de su ruptura con Alberdi) fue causado en parte por un perro de Urquiza que tenía la mala actitud de morder las pantorrillas de los visitantes a su tienda.⁵

Por otra parte, Bruno subraya las peripecias (físicas e intelectuales) de Mérou por fuera de la vida puramente literaria y es aquí, en la recuperación de su vida diplomática y de sus escritos sobre la actualidad internacional, donde se encuentra la verdadera originalidad del libro. En 1882, con solo 19 años, García Mérou empezó una carrera diplomática que solo terminaría con su muerte inesperada en 1905. Sus primeros viajes los hizo como secretario *ad honorem* de Miguel Cané en misiones a

Venezuela y Colombia. En los años siguientes, ejercería como secretario de legación en la embajada argentina de Madrid, como ministro en Paraguay, Perú, Brasil y Estados Unidos y participaría como representante en la Segunda Conferencia Panamericana (México) y en el Octavo Congreso de Americanistas (Nueva York). Murió en Viena, a los pocos meses de haber sido nombrado ministro plenipotenciario en la legación argentina de Alemania, Austria, Hungría y Rusia.⁶ Fue a lo largo de estos múltiples viajes que García Mérou escribió muchos de los textos que Bruno reúne en este libro.

García Mérou fue un ávido observador de las sociedades, y se interesó de manera particular por la vida intelectual de los países americanos. En su introducción, Bruno destaca varios aspectos importantes de estos escritos. Lo más notable al leer los textos es la sutileza y la mirada casi empírica sobre los muchos países donde ejerció como diplomático. En un momento, cuando la diplomacia tendía a ser una carrera de lujo para los hijos de la oligarquía porteña, García Mérou insistió no solo en aprender idiomas sino también en incorporarse en la vida intelectual, social e histórica de los países donde vivió. Los casos del Brasil y los Estados Unidos son de particular interés. En el primer caso, García Mérou jugó un rol central en las tentativas de anudar lazos de comprensión y cooperación con un país que se había leído hasta entonces a través de los esquemas

³ Paula Bruno, *Martín García Mérou. Vida intelectual y diplomática en las Américas*, Buenos Aires. Bernal, 2018, p. 51.

⁴ David Viñas, *De Sarmiento a Dios: viajeros argentinos a USA*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1998, p. 176. Citado en Paula Bruno, p. 16.

⁵ *Ibid.*, p. 106.

⁶ *Ibid.*, pp. 13-14.

tropicalistas de Sarmiento. En sus reflexiones sobre el Brasil, se encuentran las impresiones típicas de la época, sobre las diferencias sociales (sobre todo raciales y étnicas) y políticas (véase su crítica a las tendencias monárquicas de Nabuco), pero también se entrevé, como señala Bruno, otra corriente que aspira a iluminar las similitudes y los potenciales puntos de cooperación intelectual y económica entre el Brasil y los países hispanoamericanos. En algunos momentos hasta se vislumbra una franca admiración por un país que, según García Mérou, había superado a sus vecinos en varios aspectos importantes. Elogia, por ejemplo, la vida intelectual y sobre todo periodística de un Brasil donde subrayaba la existencia de debates enérgicos y más sofisticados que en cualquier otro país del continente. También encontraba mucho que valorar en la política internacional brasileña, con su temprano reconocimiento de la nueva potencia de los Estados Unidos y su precoz política de buscar lazos diplomáticos, económicos y culturales con ese país.

Por fin, sus escritos sobre los Estados Unidos son de gran interés y es de esperar que lleguen a formar parte del canon junto a los clásicos de Martí y Rodó. Es aquí donde se ve toda la complejidad del

pensamiento de García Mérou. En su descripción de Chicago, quizás el más interesante de los textos sobre los Estados Unidos, García Mérou escribe con ojo de sociólogo y de poeta, destacando las contradicciones de la sociedad estadounidense (riqueza extraordinaria y pobreza profunda), indagando en las técnicas agrícolas que permitieron la expansión hacia el oeste y describiendo con lirismo los vuelos del tren metropolitano por encima de una ciudad monumental, hecha como para “una raza de cíclopes”.⁷ De forma retrospectiva se lo ha clasificado como “pusilánime” ante el auge de los Estados Unidos por su tendencia a ver a ese país como modelo y por su relativa simpatía para con las primeras tentativas imperiales en el Caribe.⁸ Para Bruno, aunque sería posible verlo como inocente o ciego frente a la nueva hegemonía continental, es más interesante evaluarlo como representante de una corriente de pensamiento argentino, menos pesimista y más creyente en las bondades de la “modernización”, corriente que incluye a otras figuras como Eduardo Wilde o Carlos Pellegrini.⁹

⁷ *Ibid.*, p. 181.

⁸ Viñas, *De Sarmiento a Dios*, p. 78. Citado en Paula Bruno, p. 16.

⁹ *Ibid.*, p. 52.

Lo único que quizás era de desear en la introducción es una reflexión más detenida sobre este último punto, que aparece en una nota final y sin elaborar. ¿Qué nos enseña García Mérou sobre la historia argentina y sobre los procesos de globalización intelectual, económico y político que comenzaron a fines del siglo xx? Por razones que son de entender, la introducción dedica mucho espacio a desmentir las interpretaciones anteriores que lo veían como una figura menor en la historia de las ideas argentinas. Pero lo que sugiere Bruno en su nota final es que, además de una historia más compleja de la intelectualidad argentina, los escritos y la vida de García Mérou nos proveen materia para reexaminar cómo una cierta visión de “lo moderno,” de la racionalidad política, de la educación popular y de la técnica social logró triunfar entre un grupo importante de las clases dominantes, no solo en Estados Unidos, sino en todo el continente americano. Aunque menos romántica que los relatos antiimperialistas, esta historia –y por tanto la historia de García Mérou– es esencial para abordar la historia moderna del continente americano.

Teresa Davis
Emory University, Atlanta

Mónica Szurmuk,
La vocación desmesurada. Una biografía de Alberto Gerchunoff,
Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2018, 432 páginas

En 1914, Alberto Gerchunoff viajó con su mujer y sus dos hijas a Europa. Había sido elegido por el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina como delegado en la Exposición Internacional de la Industria del Libro y de las Artes Gráficas que se realizaría en Leipzig (Alemania). Gerchunoff, que había nacido en una provincia del Imperio Ruso en 1884, tenía entonces tan solo 30 años y, entre muchas otras cosas, había publicado, en 1910, el que sería su libro más célebre, el que, de los dieciocho que escribió, le aseguraría la posteridad: *Los gauchos judíos*. Además de ejercer las labores a las que su cargo como delegado en esa exposición lo obligaba, Gerchunoff aprovechó y recorrió algunos países de Europa. En España, donde ya era alguien reconocido por la intelectualidad de ese país, estuvo en Salamanca con Miguel de Unamuno y en Toledo con Ramón del Valle Inclán. En Francia, por su parte, visitó varias veces a Marcel Proust en su casa de París, y este le regaló un ejemplar autografiado del primer volumen de *À la recherche du temps perdu*. Fue también en París donde, pese a su juventud –repito: tenía tan solo 30 años–, escribió un texto autobiográfico que se publicaría de manera póstuma.

No resulta extraño que Gerchunoff se decidiera a contar su vida tan tempranamente. Como bien señala la autora de esta biografía, Mónica Szurmuk, este joven Gerchunoff genuinamente podía razonar que tenía la necesidad, y el derecho, de narrar su vida: de hacer balance y aun de concluir que su trayectoria vital era acaso un posible modelo a emular por otros: “En Europa, Gerchunoff sintió que ya había vivido varias vidas, que en su historia se cifraba una posible trayectoria para los judíos del este de Europa” (p. 160). Habría que decir, en este punto, que quien en 1914 ya había vivido “varias vidas” viviría también muchas otras hasta su muerte, ocurrida en la ciudad de Buenos Aires treinta y seis años después, el 2 de marzo de 1950. Con el sintagma “varias vidas” lo que esta biógrafa de Gerchunoff propone es entonces que la vida de su biografiado, antes y después de escribir esa temprana autobiografía, fue una vida múltiple, proteica: en efecto, quien lea las más de 400 páginas de esta biografía seguramente no dejará de asombrarse de la cantidad de cosas que Gerchunoff realizó en sesenta y seis años y acordará, con la biógrafa, que más que una vida este hombre parece haber vivido varias. En este sentido, el título completo

de este libro –*La vocación desmesurada. Una biografía de Alberto Gerchunoff*– anuncia la voracidad vital de Gerchunoff, de la que el texto da cuenta sin apabullar, pero también informa de la necesidad de, en el momento de escribir su biografía, contar inevitablemente una parte de ella: estamos ante una biografía de Gerchunoff (una entre varias posibles). Y esto porque todo biógrafo está obligado no solo a seleccionar cierta cantidad de los hechos vividos por su biografiado sino que también debe –y esta es la tarea acaso más ardua– ordenar y darles a esos hechos seleccionados algún sentido: es decir, realizar un trabajo de ficción, pero no de ficción entendida como invención o mentira sino como un trabajo de ordenamiento, de construcción, de forjamiento, de ensamblaje. Cuando, en los “Agradecimientos”, Szurmuk especifica que “este libro se escribió a lo largo de varios años en los que reconstruí la vida de Alberto Gerchunoff y encontré un modo de contarla” (p. 401) está ni más ni menos que informando que este libro fue escrito desde la plena conciencia de cuáles son las dos tareas principales que debe realizar todo biógrafo: investigar para recolectar la mayor cantidad de datos sobre su biografiado y, luego, encontrar un modo eficaz y convincente de seleccionar y

darle un orden a *–de hacer ficción con–* esa información acumulada pacientemente. En este punto, también habría que agregar que este libro, además de contar *una vida* de Gerchunoff, narra también, siquiera episódicamente, la vida de la biógrafa: los avatares de una investigación que la obligó a rastrear información sobre su biografiado en variados sitios durante muchos años. Es decir, esta biografía narra también, aquí y allá, el generalmente grato pero otras veces frustrante proceso del que es resultado (ejemplo de lo primero es cuando Szurmuk refiere ese “té con masitas” que tomó en Rosario con una de sus informantes, Graciela Rosentgberg; de lo segundo, por su parte, serían aquellas líneas en las que esta biógrafa cuenta que, pese a sus desvelos, no halló registro alguno de la voz de su biografiado: cuando testimonia con desasosiego que algo de esa vida ya se ha perdido para siempre, es irrecuperable). Esta biografía es también, pues, sesgada y episódicamente, una autobiografía: la de una biógrafa que, en algún punto, siente además que algo de ella se cuenta al contar la vida de Gerchunoff, que hablar de Gerchunoff es también hablar indirectamente de sí misma: por ejemplo, de la mutua elección de Buenos Aires como lugar de residencia (p. 401).

Como se dijo, Gerchunoff nació a comienzos de la década de 1880 en un *shtetl* de la provincia de Polodia, en el Imperio Ruso. Hacia fines de la década, y luego de otras mudanzas, sus padres, como

muchos otros judíos de Europa oriental, y en un clima de creciente agresividad hacia esa comunidad, decidieron emigrar a América: a la Argentina. Allí llegaron en 1890: habían tomado el barco en Bremen, y al cruzar la frontera del Imperio Ruso debieron renunciar a la ciudadanía: romper lazos. Al respecto, Szurmuk cuenta que, en su ya mencionada *Autobiografía*, Gerchunoff relata que su padre, al abandonar el Imperio, le habría dicho: “No verás cosacos en la Argentina. La Argentina, niño mío, es un país libre, es una república, es decir, donde todos los hombres son iguales”. En esa frase que la biógrafa decide transcribir, y también en quien la enuncia *–el padre–*, se cifra la clave que ordena y explica la vida de Gerchunoff que se cuenta en este libro: una vida en la que las cuestiones del padre y de la patria se anudan inextricablemente y, en gran medida, explican el porqué *–el impulso o el acicate–* de esa *vocación desmesurada*.

El primer destino de los Gerchunoff en la Argentina fue la colonia Moisés Ville, en la provincia de Entre Ríos. Allí, no mucho después de su arribo, el padre de Gerchunoff *–Gershon–* fue inopinadamente asesinado, con su familia como testigo, por un gaucho que se había “vuelto violento” luego de que lo obligaron a devolver a la colonia un caballo que había robado. En el arranque de la biografía, al narrar los pormenores de la muerte de su biografiado en 1950, Szurmuk propone que, justo antes de morir, Gerchunoff “*probablemente* haya recordado al chico que él había sido, el

que presencié en un atardecer de Moisés Ville el asesinato de su padre”, a lo que agrega: “El último día que le tocó vivir completo, el 1 de marzo de 1950, Gerchunoff *seguramente* pensó a menudo en la muerte de su padre acaecida exactamente 58 años antes” (p. 14, énfasis mío). Sobre el final del libro, lo que en el comienzo era una conjetura o una sospecha se vuelve una sólida certidumbre de la biógrafa; escribe Szurmuk: “El día anterior [a su muerte], Gerchunoff *había recordado a su padre*, que más de medio siglo antes había sido asesinado en Moisés Ville” (p. 391, énfasis mío). Pero en esta biografía Gerchunoff no es una suerte de Hamlet judeocriollo que busca vengar al padre sino, antes bien, un hijo que, como se sugirió más arriba, pretende hacer y finalmente hace, no importa aquí si conscientemente o no, lo que su padre no pudo llegar a realizar en razón de su prematura muerte: conquistar un espacio *–una patria–* para él y los suyos (y al escribir “los suyos” me refiero tanto a sus familiares más cercanos como a los judíos en general): hacer propia, y ser reconocido por, esa “república” en la que su padre había depositado sus esperanzas de un futuro mejor *–y especialmente pacífico–* para él y su familia. “La escritura y la vida de Gerchunoff fueron un intento de entender esta muerte y la subsiguiente orfandad, y también la necesidad de hacer que el proyecto del padre fuera exitoso” (p. 41), afirma Szurmuk a poco de iniciado el libro y, más adelante, y en igual sentido: “Hay una

búsqueda, en la literatura de Gerchunoff, de una patria que asuma el lugar del padre” (p. 235). La desmesura de Gerchunoff tiene que ver especialmente, por tanto, con la férrea voluntad de llevar a cabo, básicamente mediante el uso de la palabra, el proyecto del padre: conquistar un lugar y hacerlo suyo. Esa es, prioritariamente, la ficción de la vida de Gerchunoff que urde Szurmuk en estas páginas.

No mucho después del asesinato del padre, los Gerchunoff se mudaron a Colonia Clara (donde Alberto recibió alguna educación sistemática en especial del profesor Joseph Sabah, con el que aprendió los rudimentos de la lengua francesa con la que conversaría con Proust) y, en 1895, se instalaron en Buenos Aires. La pobreza y los duros trabajos marcaron los primeros años de Alberto Gerchunoff en Buenos Aires. Pero, también, esos años estuvieron marcados por un fuerte anhelo de formarse intelectualmente que se fue concretando, salvo por un solitario año que cursó en las aulas del Colegio Nacional de Buenos Aires, de manera autodidacta (sarmientinamente, podríamos decir). Los avatares de ese autodidactismo hicieron que, a los 13 años, en el Centro Socialista de la calle México 2076, conociera a Roberto Payró, quien se transformó enseguida en una suerte de guía –de hermano mayor o de padre espiritual– que, entre otras cosas, lo hizo ingresar por primera vez a la redacción del diario *La Nación*: un lugar que, con la excepción de algunos paréntesis no demasiado prolongados (por ejemplo, cuando estuvo fugazmente, en

1928, al frente del diario *El Mundo*), se transformaría en su segundo hogar (de hecho, su muerte ocurrió al salir de las oficinas de ese diario porteño).

Con esos años de formación como punto de partida, la trayectoria intelectual de Gerchunoff que se nos cuenta en esta biografía es una que, desde la inicial y nunca negada identidad como inmigrante judío, se empeña en articular varias lenguas y culturas para constituir una posición enunciativa que le irá permitiendo, en diversas alternativas, ocupar un lugar destacado en el campo cultural argentino de la primera mitad del siglo xx. El consorcio entre dos culturas o tradiciones que anuncia el título de su primer y más conocido libro –*Los gauchos judíos*– es, ya, un ejemplo primero de la habilidad que Gerchunoff demostró durante toda su vida y en contextos diversos para mediar, para traducir, para combinar, para moverse fluidamente entre fronteras: geográficas, idiomáticas, culturales, políticas, etc. En “El escritor argentino y la tradición”, texto que Szurmuk cita en una nota al pie del capítulo 12, Borges comparó la irreverencia con la que el escritor argentino puede manejarse con la cultura occidental con una similar situación que ocuparían los judíos. En este sentido, podría decirse que Gerchunoff –como *escritor judío por nacimiento y argentino por opción*– estaba habilitado doblemente, y así lo hizo, a practicar esa irreverencia de la que habla Borges, esa licencia para apropiarse y articular esto y aquello, lo propio y lo ajeno.

Por lo demás, es desde esa posición intelectual conquistada con una ineludible prepotencia de trabajo y una alegría vital que, aun en los momentos más aciagos, nunca lo abandonó, que Gerchunoff, por ejemplo, intentó persuadirse y persuadir de que, como se lo había anunciado su padre, la Argentina podía ser una Tierra prometida para la comunidad judía que en otras zonas del mundo era perseguida y vituperada o, más adelante, cuando aquella certeza acaso vacilaba, desde la que intervino muy activamente, como un auténtico intelectual *engagé* y forzando un cuerpo que ya no respondía como él quería, en pos de la constitución del Estado de Israel, que se hizo realidad dos años antes de su muerte, en 1948.

En el “Prólogo” a *Victorinos eminentes*, Lytton Strachey escribió: “Deseo, sin embargo, que las siguientes páginas puedan ser de interés tanto desde un punto de vista estrictamente biográfico como también histórico. Los seres humanos son demasiado interesantes como para ser tomados como meros síntomas del pasado”. Esta biografía cumple generosamente con esa exigente demanda para el género biográfico que propuso Strachey cien años atrás. Habrá quienes prioricen este libro como un acercamiento erudito y original a ciertas zonas de la historia argentina y mundial desde fines del siglo xix hasta mediados del xx; pero, también, habrá quienes con absoluta razón prefieran leerlo como la atrapante y por momentos casi increíble historia de un destino individual, único, singular. Una vida que, como asegura

Szurmuk en el arranque de este libro, es una historia “netamente argentina”: *un destino sudamericano*.

En las páginas liminares de *Recuerdos de provincia*, Sarmiento consignó: “La biografía es el libro más original que puede dar la

América del Sur en nuestra época, y el mejor material que haya de suministrarse a la historia”. *La vocación desmesurada. Una biografía de Alberto Gerchunoff* demuestra que esa convicción sarmientina tiene, ciento setenta años después de haber sido

formulada, una innegable validez, una indiscutible actualidad.

Patricio Fontana
Universidad de Buenos
Aires / CONICET

Juan Pedro Blois,
Medio siglo de sociología en la Argentina. Ciencia, profesión y política,
Buenos Aires, Eudeba, 2018, 335 páginas

En diversos textos puede leerse y también puede escucharse en una variedad de eventos dedicados a reflexionar sobre la sociología argentina que esta es una de las ciencias sociales que más vuelve sobre su pasado y más cuenta su historia. Así lo demuestran las numerosas investigaciones y ensayos de historia de la sociología. El terreno de la historia de una disciplina y una ocupación es siempre un territorio de disputa y para la sociología argentina aparece como particularmente significativo. El libro de Blois ingresa a ese territorio con dos aspectos novedosos: se trata de una obra ambiciosa, con pretensión mucho más abarcadora y exhaustiva que buena parte de los trabajos sobre historia de la sociología, pues se propone dar cuenta de un tramo de 50 años. Esa mirada de más largo aliento permite, afirma el autor, identificar continuidades entre las rupturas, generalmente más señaladas y analizadas en otras historias de la sociología, que se enfocan en períodos más breves, en algunas figuras o en ciertas instituciones.

La otra novedad del libro es la propuesta –que tiene gran potencial para “despegar” las vueltas al pasado del análisis de las rupturas y las peleas particulares– de pensar esta historia como la de la configuración de un “espacio de relaciones en el que participaban todos aquellos que,

de un modo u otro, tenían interés en disputar lo que la sociología era o debía ser” (p. 15). Blois lo define como un espacio de dimensiones variables según las épocas, organizado en torno de disputas y controversias (y, habría que agregar, acuerdos y proyectos) donde se pretende dirimir la definición misma de la sociología.

Una de las dimensiones productivas del “espacio de relaciones de los sociólogos” es la del lenguaje. Si bien no encontramos en el libro referencias directas al asunto, Blois acierta en el uso de las comillas para referirse a categorías que tienen significación local e histórica particular. Así, “modernización”, “cientificismo”, “peronización”, “profesionalización”, entre otras, aparecerán entrecomilladas dando indicios de algunos sentidos particulares contruidos y que se construyen sobre ellas, haciéndolas funcionar en la constitución de ese espacio de relaciones.

Blois toma dos decisiones articuladas para construir su historia de la sociología: una de ellas, distinguir períodos teniendo en cuenta “la temporalidad propia y específica del fenómeno” (p. 24) de estudio y no las temporalidades de la política nacional. La otra decisión fue mirar la constitución del “espacio de relaciones de los

sociólogos” a partir de contar la historia de la carrera de Sociología de la UBA. El libro comienza entonces con la creación de esta carrera, a la que define como un “parteaguas” en la historia de la disciplina, por dar lugar a la conformación de una comunidad profesional y a cambios en los modos de formación y criterios de pertenencia. Estas opciones, que están fundamentadas en el libro, llevan por momentos a identificar como temporalidades propias de la constitución del espacio de relaciones de la sociología a eventos directamente relacionados con los vaivenes de la gestión de esa carrera, dejando para otros trabajos el desarrollo de la sociología en diferentes lugares del país y en espacios institucionales cuyas historias exceden las vinculaciones que han mantenido con la carrera de la UBA.

Cada capítulo está dedicado a un período. Así, el primero se ocupa de la constitución de la sociología como ciencia y profesión entre 1957 y 1963. En un contexto de auge de las nociones de “desarrollo” y “modernización”, la sociología generó grandes expectativas (que se tornaron “confusas y excesivas”) en diversos sectores. Blois destaca y reconstruye la centralidad de la figura de Gino Germani en la creación de la carrera y, sobre esta, da relevancia a dos

cuestiones. Fue una creación “en ruptura con el pasado”, con los desarrollos previos y con quienes se identificaban y eran reconocidos como sociólogos hasta el momento. Blois adjudica esa ruptura no solo al clima político de “recomienzo” y “desperonización” sino a las disputas personales que Germani tenía con quienes llamaba “sociólogos de cátedra”. Ellos, que ya enseñaban sociología en otras universidades del país, no formaron parte del plantel docente de la primera carrera de sociología. Se fueron perfilando a partir de allí dos grupos enfrentados de sociólogos; uno se ubicó en Buenos Aires y su zona metropolitana y se nucleó luego en la Asociación Sociológica Argentina (ASA). El otro se identificó con la Sociedad Argentina de Sociología (SAS) cuyo lugar de referencia fue Córdoba.

La carrera fue orientada a la investigación empírica desde un enfoque funcionalista y a la inserción profesional como “expertos en problemas sociales” en organismos principalmente estatales. Esa fue una característica, según Blois, distintiva de esta carrera en relación con otros países en los que la sociología se fue identificando con la actividad científica alejada de “preocupaciones prácticas”. Sin embargo, también destaca el autor que los lazos que pudieron construirse con el Estado fueron débiles, pues no resultaron en una alta contratación de profesionales.

El segundo capítulo analiza el período 1963-1966. El año 1963 aparece como un punto de inflexión, pues regresaron los

colaboradores de Germani que habían ido a estudiar al exterior, donde se formaron en enfoques distintos al funcionalismo y se mostraban críticos de la empresa germaniana; también los estudiantes comenzaron a protestar y a reclamar la enseñanza del marxismo y Germani mudó parte de sus actividades al Centro de Sociología Comparada (CSC) del Instituto Torcuato Di Tella. Allí podía desarrollar mucho más claramente el proyecto de profesionalización de la sociología que había planeado desarrollar en la UBA. Blois ubica en la creación del CSC un hito en el que puede evidenciarse la complejización del “espacio de relaciones de los sociólogos”, pues la carrera dejó de ser el único espacio referente de la sociología profesionalizada. Además, las críticas de parte principalmente del estudiantado mostraban un momento de fuerte desprestigio de aquella idea renovadora: a las acusaciones a Germani de ser “agente del imperialismo”, se sumaba la puesta en duda de la idea misma de la sociología como ocupación tal como había sido hasta allí planteada.

El tercer capítulo (1966-1973) nos muestra un momento de “auge” de la sociología, evidenciado en el aumento de estudiantes y graduados/as. Esto favoreció, según Blois, la diversificación de las instituciones en las que se desempeñaban sociólogos/as y el trabajo que estos hacían. El capítulo inicia con referencias a la Revolución Argentina, la noche de los bastones largos y las implicaciones que esta tuvo en la carrera de sociología de la UBA. La renuncia de la mayoría de sus profesores y profesoras

favoreció la ocupación del espacio de la carrera por parte de quienes habían perdido una batalla anterior con Germani: los y las integrantes de la SAS.

La descripción pone asimismo de relieve algunas oposiciones desplegadas en el período, y que marcaron la conformación del “espacio de relaciones de los sociólogos”. Las “cátedras nacionales”, versus las “cátedras marxistas”, ambas no obstante inclinadas a asimilar la figura de los y las sociólogos/as a la del “militante político” y rechazar las proposiciones de los y las sociólogos/as “profesionales”, asimilados a la figura del/la “experto/a”.

El cuarto capítulo se dedica al período 1973-1983, que comienza con el ascenso de Cámpora a la presidencia de la Nación y la reorientación de la carrera en la UBA, que profundizó la radicalización política y reorientó sus prácticas de formación, alentando la inclusión de sociólogos/as en el Estado, que ya no era un “Estado capitalista” sino uno “socialista nacional”. Con la muerte de Perón y el giro altamente represivo del gobierno, la carrera de sociología fue trasladada a los sótanos de la Facultad de Derecho. Tomó un perfil “libresco” y su actividad se vio visiblemente reducida, llegando al “encapsulamiento”, dado por la desconexión de centros privados de investigación de la actividad anterior de la carrera y del análisis de la sociedad contemporánea. Todo redundó en la pérdida de centralidad de la carrera en el “espacio de las relaciones de los sociólogos”. Los centros de investigación

privados, que habían tenido importante desarrollo en años previos, también redujeron sus actividades y se fueron “ensimismando”.

Otros espacios se crearon: el Colegio de Graduados de Sociología surgió en 1975, bajo preocupaciones por la inserción laboral y la “defensa de los intereses ‘corporativos’ de sus integrantes” (p. 200). Las inquietudes que movilizaron a los/as miembros del CGS son analizadas por Blois, quien encuentra que la pregunta por el papel de la sociología en la sociedad se había “desdibujado” en este caso, en el que estaban más preocupados por responder otra pregunta: ¿cuáles pueden ser los espacios y las posiciones laborales de los/as sociólogos/as?

El quinto capítulo (1984-1990) está centrado en el proceso de reorganización de la carrera tras la recuperación democrática, las disputas en la elección de su dirección, la elaboración de planes de estudio y la selección de profesores/as. Blois afirma que este proceso de reorganización inauguró un período de estabilidad en la carrera. Esta nueva etapa fue definida por el “pluralismo”, caracterizado por la incorporación al plantel docente de sociólogos y sociólogas con diferentes enfoques y posiciones políticas. Sin embargo, no encontraron lugar quienes trabajaban en los centros de investigación más

activos y profesionalizados, ni quienes se habían constituido en referentes de la consultoría y los análisis de opinión. La carrera asumió un perfil “libresco” –casi no incluyó relaciones concretas con las actividades de investigación y con la llamada “sociología aplicada”– e “importador” –con escaso espacio para la sociología argentina y latinoamericana–.

El período se cierra en 1990 con la designación de las autoridades de la Facultad de Ciencias Sociales, creada en 1988. Resulta llamativa su coincidencia con la sanción, en 1988, de la Ley 23.553 que regula el ejercicio profesional de la sociología y la constitución del Consejo de Profesionales de Sociología en 1990, hechos mencionados por Blois pero no integrados al análisis de la estabilidad iniciada en esta etapa.

El último capítulo se ocupa del período 1990-2007 y aborda dos procesos. Uno es el crecimiento de la academia como espacio laboral y profesional, signado por una creciente profesionalización y burocratización. Se tendió al “ensimismamiento” en el que trabajan y producen para los pares, de acuerdo a una agenda impuesta y lejos del rol del “intelectual público” que había animado a otros en períodos previos.

El otro proceso es la ampliación y diversificación de

espacios de trabajo, que da pie a Blois para plantear una pregunta: “¿la sociología como profesión?” (p. 266). El dilema de considerar o no a la sociología como “una profesión como cualquier otra” se articula para el autor con otros tres problemas: la indiferencia que la carrera de la UBA ha mostrado por la inserción laboral de quienes se gradúan, la imposibilidad de “monopolizar” un conjunto de tareas y la persistencia del “ideal de sociólogo como intelectual con base en la academia” (p. 274).

Medio siglo de sociología en la Argentina es una historia que moviliza un importante y variado corpus de materiales de campo, con fuentes novedosas. Es, además, una obra que brinda valiosas pistas para delinear procesos y tramas de relaciones vinculados a la constitución del campo de la sociología local que desbordan los períodos tradicionalmente delimitados y las figuras usualmente recuperadas. Por ello, se trata de un texto ineludible en la comprensión de los dilemas que aún atraviesan el “espacio de relaciones de los sociólogos”.

Cecilia Carrera
Universidad Nacional
de La Plata / Centro de
Antropología Social /
Instituto de Desarrollo
Económico y Social

Mariano Zarowsky,
Los estudios en Comunicación en la Argentina. Ideas, intelectuales, tradiciones político-culturales (1956-1985),
Buenos Aires, Eudeba, 2017, 186 páginas

La reconstrucción histórica de los inicios de los estudios en comunicación en la Argentina es, sin dudas, una tarea por demás compleja si consideramos la multiplicidad de actores, disciplinas, perspectivas teóricas e intereses puestos en juego, sumados a los movimientos sociales, económicos, políticos y culturales propios de su tiempo. Del mismo modo, la definición de las incumbencias del campo de la comunicación ha sido también problemática desde sus inicios. ¿Qué implica estudiar comunicación? ¿Cuál es la necesidad de contar con esta ciencia específica? ¿Cómo se fue conformando ese campo disciplinar? ¿Qué nociones y perspectivas aportaron otros campos? ¿Cómo fue entendida la cultura de masas? ¿De qué modo se consideró a la técnica en este proceso? ¿Qué vínculos existen entre la comunicación, las vanguardias artísticas y la sociología? ¿Qué lugar ocuparon la política, los movimientos culturales, el mercado y la industria cultural en su proceso de formación? En *Los estudios en Comunicación en la Argentina. Ideas, intelectuales, tradiciones político-culturales (1956-1985)*, Mariano Zarowsky propone un análisis sobre estos y otros interrogantes a partir de una genealogía de la comunicación. El autor realiza una selección de los textos, prácticas y discursos precursores que

contribuyeron más significativamente a la formación del campo de los estudios en comunicación en nuestro país y los pone en relación con los debates, los interrogantes, los cuestionamientos políticos y culturales de su tiempo.

Zarowsky se centra en el rol de los intelectuales de la comunicación y la cultura para dar cuenta de la emergencia del campo; parte de la noción de *época* (Gilman, 2003), entendida como aquellas condiciones históricas que posibilitan el surgimiento de un objeto de discurso y, en este sentido, aquello que es posible de ser pensado y/o expresado y aquello que no. Así, para Gilman, lo que se espera en un momento determinado, lo públicamente decible y que goza de cierta legitimidad y escucha, excede los lapsos temporales fechados. En línea con esta conceptualización, y si bien el autor inicia su análisis con la caída del peronismo y culmina en los años ochenta, con la institucionalización de los estudios en comunicación (y la creación de la carrera de Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Buenos Aires), no realiza un recorrido cronológico, sino que propone un análisis en el marco de las *tradiciones intelectuales*. Este concepto le permite recuperar e indagar en los recorridos académicos (y algunas veces también personales) de los

intelectuales considerados emblemáticos, con sus rupturas, desplazamientos y continuidades, encarnadas en las experiencias de sujetos y momentos históricos concretos. En este sentido, trabaja desde una perspectiva histórica y social que le permite considerar los cruces entre lo político y lo cultural, los vínculos entre intelectuales y diversas teorías, los entramados culturales forjados al calor de los acontecimientos, al tiempo que reflexiona también sobre las condiciones de producción de esos discursos, de la investigación y el conocimiento acerca de lo social en general y de la comunicación en particular.

Así, Zarowsky indaga en los recorridos de intelectuales como Oscar Masotta, Jaime Rest, Eliseo Verón, Heriberto Muraro o Aníbal Ford,¹ lo que evidencia cierta heterogeneidad e hibridez en la conformación de una zona de saberes que era necesario definir, circunscribir y legitimar. De este modo, en un momento histórico en que las estructuras parecían endebles, la radicalización

¹ Aunque se omiten figuras relevantes como Alicia Entel y Margarita Graziano (entre otras) en el inicio y desarrollo de los estudios en comunicación, en la problematización de sus diversas temáticas o en su propio proceso de institucionalización, no se puede desconocer el papel significativo de estas intelectuales.

política estaba en ascenso y la adscripción a las ideas revolucionarias (en todos los campos) era ineludible para una amplia franja de los intelectuales, se debatía también acerca del rol de las ciencias sociales y el vínculo real entre los intelectuales y la sociedad. En este marco de modernización teórica, con clara presencia de la semiótica y el estructuralismo; de una vanguardia artística que, entre el Instituto Di Tella y los circuitos alternativos, se interesó por los medios no solo como lenguaje sino también desde la indagación sociológica y de la acción propuesta con los *happenings*; de gran agitación política (que incluía, además, la pregunta por la cultura de masas tras la caída del

peronismo); y de fuerte crecimiento en la presencia y consumo de los medios en la vida cotidiana, particularmente de la televisión a inicios de los años 60 (tal como queda evidenciado en los escritos de Heriberto Muraro analizados en el quinto capítulo), los debates en torno a la cultura, los medios y la comunicación resultaron cruciales. El autor analiza, en esta línea, el modo en que estos cruces entre intelectuales, teorías, militancias y perspectivas se materializaron en jornadas académicas de intercambio y debate, en las páginas de diversas publicaciones de las que fueron partícipes los intelectuales y que oficiaron muchas veces como espacios de legitimación, en los proyectos institucionales

encarados en el período de renovación universitaria (algunas veces realizados y otras inconclusos), en las intervenciones políticas de cada uno de ellos, en el país y en el exilio.

El trabajo de Zarowsky constituye un interesante y valioso análisis en el que se combinan la mirada atenta y el pensamiento reflexivo, elementos imprescindibles orientados por el objetivo de conocer, comprender y explicar una parte significativa de la historia de la cultura y la comunicación en la Argentina.

Luciana Lopardo
Universidad de Buenos
Aires

Samuel Amaral,
El movimiento nacional popular. Gino Germani y el peronismo,
Buenos Aires, Eduntref, 2018, 315 páginas

La obra de Gino Germani ha tenido ya desde hace un tiempo la atención de estudiosos que tratan de deslindarse de las miradas que esgrimieron sus contemporáneos y discípulos para, lejos de una toma de posición, intentar un examen más atento a la letra del italiano. La obra de Amaral está inscripta en ese esfuerzo y comporta a la vez una novedad, la de escudriñar los estudios de Germani en torno al problema del peronismo.

El libro comienza con un análisis de las primeras interpretaciones del peronismo, tanto las que se hicieron en el ámbito académico como en el político. Destaca allí las fuentes teóricas en las que esas lecturas abrevaban y la poca atención que se le prestó a Perón a la hora de explicar la adhesión de la clase obrera y su triunfo en las elecciones de 1946. Para Amaral, el partido comunista y Germani, aunque desde lugares distintos, compartían una matriz marxista en sus interpretaciones. Aunque no sea más que una inferencia y no pueda dar cuenta de modo fehaciente de esa influencia en las investigaciones de Germani, Amaral vuelve a poner en el centro de la escena, como ya lo había hecho Alejandro Blanco, la idea de que Germani no era un funcionalista *avant la lettre*. En este caso, porque afirma que sus trabajos estaban inspirados en una mirada de clase propia del marxismo.

Esa reconstrucción también le sirve al autor para considerar la escasa atención que se le prestó a otros factores en el triunfo electoral de Perón, como el gran apoyo que obtuvo en el interior del país, más allá de los centros urbanos industriales. Del mismo modo, Amaral destaca que los estudios sobre el peronismo no se han ocupado de explicar la persistencia del movimiento, de lo cual por supuesto excluye al primer Germani. En ese sentido es notable la ausencia del trabajo de Daniel James sobre la resistencia peronista. Como sea, Amaral afirma que, para Germani, era parte de un problema más amplio, el de la modernización de los países occidentales. Su rastreo del análisis de Germani revela las ambigüedades de este en su escrutinio sobre el peronismo, pero también el modo en que desmenuzó de manera minuciosa cuestiones a las que otros estudios no prestaron atención. Amaral revela un Germani que afirma que el peronismo hizo posibles algunas ideas de libertad para los obreros. Así, esa pesquisa atenta desmonta una imagen de Germani muy frecuentada, la de que para él peronismo era sinónimo de un totalitarismo sin más. Para Amaral, esa contradicción entre totalitarismo y libertad es una clave. Ella le permite entender que Germani estaba apresado entre, por un lado, su

exploración rigurosa y, por otro lado, sus pasiones. En cualquier caso, Amaral señala que Germani explicó mejor que nadie el significado del peronismo.

Luego, el libro reconstruye el intercambio entre Germani y Lipset, un joven profesor norteamericano que hizo posible que el italiano trocara sus ideas de 1956 acerca del peronismo. En efecto, si en su primera mirada iba a colocar al movimiento dentro de los moldes del fascismo, a principios de los '60 el peronismo iba a ser caracterizado como un movimiento nacional popular. Amaral estudia los corrimientos conceptuales de Germani en el intercambio con la obra de Lipset. A través de una lectura atenta muestra la complejidad de las ideas de Germani, su refinamiento y seriedad a la hora de caracterizar a las clases y los grupos respecto de la política con el telón de fondo de la estructura social.

En efecto, porque por momentos Germani se encuentra con fenómenos difíciles de explicar y no duda en decirlo. Amaral señala las limitaciones de los análisis, sobre todo en Lipset, haciendo referencia a la disponibilidad del arsenal analítico de la época; de este modo, objetiva y contextualiza a la sociología que movilizó a ambos. Sugiere que la categoría “nacional popular” con la que Germani

va a escrutar al peronismo a principios de los años '60 está anclada en la escasa satisfacción que le daba el mote de fascismo, en que se trataba de una categoría que se desmarcaba de los análisis anteriores de propios y ajenos para mostrar de algún modo una singularidad regional.

El autor explora, entonces, los posibles vínculos entre Germani y Gramsci en torno a la categoría "nacional popular". Rastrea la difusión de la obra del comunista italiano y las posibles formas en que Germani pudo haber dado con el concepto en su obra. Revela que estaba disponible en el vocabulario político de la época, y la forma en que Germani llegó al término para luego convertirlo en una herramienta de análisis precisa, a través de una torsión, del fenómeno peronista.

A continuación, el autor analiza los diferentes modos en que Germani trató al fascismo a lo largo del tiempo. Recorre sus cambios de perspectiva y resalta las diferencias que tenía con el peronismo. Amaral señala con detalle el enfoque elegido en cada caso y resalta cómo el trasfondo del análisis está permeado, por un lado, por la defensa del ideario liberal democrático y, por otro lado, por un enfoque tributario en líneas generales del funcionalismo estructuralista. Todo en el contexto de las teorías del desarrollo y bajo la premisa de revisar cuál era el impacto de la modernización en las diferentes sociedades. Es el binomio sociedad tradicional/sociedad moderna y la teoría del desvío lo que está en la fuente del análisis de Germani. El señalamiento que hace

Amaral de algunas ausencias muestra que el ensayo político era el género que había elegido para el problema del fascismo. El autor señala además las inflexiones en los recorridos de Germani, los cambios de foco y la relación también cambiante entre peronismo y fascismo.

Amaral rastrea luego los debates que están en el origen de los análisis de Germani respecto del peronismo. Recupera las discusiones que estuvieron detrás de la noción de autoritarismo como un tipo de régimen político. Destaca allí que la caracterización de régimen nacional popular con la cual finalmente Germani clasificó al peronismo fue el modo que encontró para catalogarlo como un régimen híbrido con características particulares, al que no consideraba parte de un continuo entre la democracia y el totalitarismo, caracterización que demuestra que el par sociedad tradicional / sociedad moderna no guiaba su indagación, que el estructural funcionalismo norteamericano no era su única fuente de inspiración y, además, que entre sus referencias estaban los estudios europeos de la década del '60. El eclecticismo era el modo usual con el que el italiano trabajaba en sus análisis.

Paso seguido, examina cómo se estudió el autoritarismo en los años '70 y se concentra en los análisis de clásicos como Juan Linz y Guillermo O'Donnell, entre otros, para arribar finalmente a los estudios de Germani, tanto de 1975 como su último trabajo referido al futuro de la democracia. En esa dirección, señala que el foco de atención estaba puesto en los orígenes del

autoritarismo tanto individual como colectivo y menos en los regímenes políticos, en clave de cultura política. Allí residía para Germani el peligro de las democracias por sus contradicciones intrínsecas y porque solo la inventiva de los individuos, en una frase que recuerda a Weber, podía salvarla. Amaral muestra que era en las vicisitudes de su vida política donde podía encontrarse el movimiento de sus reflexiones intelectuales en busca de las explicaciones que hicieran inteligible la política de su tiempo. Fascismo, totalitarismo, nacional popular y autoritarismo, señala Amaral, son inflexiones conceptuales de esa búsqueda. Ilustra así la interconexión entre trayectoria vital e intelectual.

A continuación, se detiene en el análisis de los textos germanianos, y no ya en sus fuentes, influencias y contexto. Y, además, se concentra en el modo en que moviliza las herramientas conceptuales que dan sentido a la observación de los cambios acaecidos en la Argentina, donde, con una mirada de largo alcance, considera que el peronismo era parte de una de sus etapas. Participación y movilización eran los ejes alrededor de los cuales Germani analizaba esos cambios. En su pesquisa Amaral describe los fundamentos y también las ausencias de Germani en el proceso que denomina como de participación, desde la participación limitada y/o total, cuando el peronismo incorpora a la masa de los migrantes internos a la vida política. Es en el modo como enfocaba el problema, dice Amaral, donde deberíamos buscar la razón de

esa representación. Para Germani, como para muchos de su época, el radicalismo dejaba a esa masa en disponibilidad al no representar al proletariado.

En su pesquisa atenta, Amaral recorre los argumentos y señala las inflexiones del trabajo de Germani. De su análisis se desprende que estaba más preocupado por dar cuenta de los orígenes del peronismo y su etapa de permanencia que de su proscripción y su vuelta en 1973. Explora precisamente las variaciones de Germani en torno a los orígenes del peronismo. Repasa las críticas que esa mirada suscitó y las respuestas que el italiano formuló a lo largo del tiempo. El examen revela que la hipótesis de Murmis y Portantiero sobre los orígenes del movimiento ya había sido formulada, aunque tímidamente, en 1966 por Germani. Sostiene que Germani se hizo eco de las críticas pero

que en el fondo su hipótesis primera fue la que sostuvo con mayor énfasis, aquella que hizo fortuna: que los adherentes al movimiento eran una masa en disponibilidad.

Antes de concluir, el libro reconstruye la clasificación que Germani hizo del peronismo. Coloca los movimientos de esa clasificación en clave histórica y repasa los intercambios académicos y las influencias que intervinieron en su reflexión, y también la influencia de Germani en escritos posteriores a su estudio seminal de 1956. Y, finalmente, analiza el significado del peronismo según Germani. En otra revelación del libro, Amaral señala que el informe que Aramburu le pidió a Germani en 1956 y con el que pretendía que el italiano ayudara a desperonizar al país, contenía una lectura del movimiento donde afirmaba que para los obreros el peronismo representaba signos de libertad

concreta. Cuando en los '60 volvió sobre el significado este varió —en ese entonces representaba una vía democrática al autoritarismo—, y en los '70 resignificaba esa variación como la expresión política de la segunda movilización de la sociedad de masas.

Así, como piezas de un puzle, Amaral rearma el pensamiento de Germani con diferentes prismas. Si en general las imágenes que podemos encontrar son por un lado celebratorias y por otro condenatorias, con lectura atenta Amaral repone a un Germani en todo su despliegue argumental en torno del peronismo.

José María Casco
Universidad de Buenos
Aires / Universidad Nacional
de San Martín

Alejandrina Falcón,

Traductores del exilio. Argentinos en editoriales españolas: traducciones, escrituras por encargo y conflicto lingüístico (1974-1983),
Madrid, Iberoamericana Editorial Vervuert, 2018, 268 páginas

Uno de los sesgos todavía frecuentes dentro de los estudios literarios es la orientación de la mirada hacia los grandes nombres, círculos y obras que quedaron plasmadas dentro de los cánones literarios e intelectuales nacionales. Y si, por añadidura, se pretende abordar el mundo de las ideas de intelectuales exiliados en un contexto de persecución política y represión, la historia de los grandes nombres se potencia, por la valorización que les cabe a los agentes del mundo cultural que obraron bajo condiciones de producción extraordinarias y adversas desde el ámbito político cultural. Con una mirada orientada a las dinámicas de la traducción –la práctica más relegada en relación con la centralidad de la autoría–, uno de los propósitos del libro de Alejandrina Falcón es superar estos enfoques para construir una historia cultural de la escena que conformaron los exiliados argentinos en Barcelona entre 1974 y 1983 y que se incorporaron a aquella industria editorial. El estudio del trabajo de los argentinos en la industria del libro español como traductores, escritores, correctores o *ghost writers* de literatura popular y los efectos que su desarrollo produjo en términos de debates literarios, políticos e intelectuales es un terreno propicio para el análisis de un sujeto colectivo que poco

había sido tenido en cuenta por los estudios literarios o de traducción.

El libro se propone reconstruir la identidad del exilio argentino en la industria editorial española a partir del cruce analítico entre las trayectorias laborales, profesionales y literarias de los trabajadores argentinos del sector del libro y las problemáticas suscitadas en torno a la traducción en la lengua española, proceso que denota tensiones, resquemores y desigualdades en la circulación transnacional de la literatura. En este sentido, como parte de un ya consolidado ámbito de trabajo que rebasa lo textual para reconstruir circuitos de producción y circulación de las ideas, *Traductores del exilio* articula la dimensión literaria, simbólica, con la dimensión material de las prácticas de importación literaria durante el exilio argentino en Barcelona. El cruce teórico-metodológico que abreva de los estudios literarios y de traducción, de la historia cultural e intelectual, la sociología de la cultura y de la literatura habilita una combinación entre trabajo de archivo, análisis literario y estudio de trayectorias profesionales de un colectivo inserto en un espacio social y en circuitos transnacionales específicos.

En el primer capítulo se exploran las representaciones

dominantes sobre el exilio argentino a partir de los antecedentes de la historia política y social y a partir de la literatura, teniendo en cuenta las formulaciones metafóricas de autores-traductores del exilio argentino en España como Juan Martini y Marcelo Cohen. Desde una perspectiva sociológica que discute con los estudios literarios, propone dar cuenta del horizonte material de la literatura: las representaciones de los escritores sobre el exilio son representaciones situadas en un colectivo, como efectos discursivos de prácticas concretas. La representación metafórica de Martini, quien afirma que “el escritor es siempre un exiliado”,¹ es situada en el debate sobre la autonomía del campo literario y el lugar de la obra, teniendo en cuenta los condicionamientos de una industria editorial con lógicas materiales y simbólicas que determinan la posición del escritor.

La diatriba contra la pura metaforización se sostiene a lo largo del libro. El segundo capítulo se focaliza sobre el campo editorial español y recorre los trabajos realmente existentes que los exiliados

¹ Juan Carlos Martini, “Naturaleza del exilio”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 517-519, Madrid, julio-septiembre de 1993, pp. 552-554.

desarrollaron. Ser exiliado “era todo menos una metáfora”, dice Falcón, cuando repasa los primeros momentos de los argentinos en Barcelona, sus estrategias y sus dificultades para emplearse como traductores, escritores, en la enseñanza de idiomas o en los talleres literarios. El análisis de la situación del campo editorial español y de las redes intelectuales transnacionales que se tejieron entre España y América Latina revela un espacio y un momento propicio para la absorción de mano de obra. En su mayoría, los argentinos participaron como colaboradores *free lance* y oficiaron de correctores, traductores, diseñadores, editores, directores de colección y escritores por encargo de géneros que van desde la narrativa hasta libros de cocina y *thriller* erótico. Anagrama, Barral, Bruguera, Gedisa y Vergara fueron algunas de las empresas que contaron con los servicios de argentinos en Barcelona. El capítulo muestra la trastienda de una práctica poco visible que generó una red de colaboración transnacional a partir de recomendaciones, pedidos y favores.

Uno de los aportes principales del capítulo –y del libro– es la crítica al “ideologema de los exilios cruzados” a partir de la reconstrucción de su emergencia discursiva en publicaciones, intervenciones y eventos intelectuales. Frente a las analogías entre la inserción de los republicanos en la Argentina desde los años '30 y la de los argentinos en España desde los '70, Falcón subraya las desigualdades detrás de aquella imagen especular. El

análisis de las experiencias históricas concretas permite determinar que, más allá de las metáforas del exilio, la relación que tuvieron ambos colectivos exiliados con los medios de producción fue muy distinta: en un sentido amplio, los argentinos fueron casi anónimos traductores y escritores por encargo y los españoles fueron accionistas, gerentes y dueños de las míticas Sudamericana, Emecé y Losada. En términos simbólicos, la posición que ocuparon unos y otros entre las élites culturales locales fue opuesta, además de que el problema de las representaciones sociolingüísticas relegó a los argentinos hacia una posición periférica.

Las desigualdades que revela el exilio argentino dentro de España en términos materiales y simbólicos son reconstruidas y visibilizadas a lo largo de los demás capítulos. Los capítulos 3 y 4 se ocupan de los exiliados como traductores o escritores por encargo de obras de corte popular para Bruguera y Martínez Roca: policiales, novelas eróticas, de terror o ciencia ficción, libros de no ficción o de autoayuda. Uno de los ejemplos estudiados en el capítulo 3 es la seudotraducción, escritura por encargo presentada como traducción y firmada por un seudónimo extranjero. Falcón identifica y reconstruye la “doble impostura” en la que incurrieron autores argentinos, en cuanto a su escritura novel mostrada como traducción que, además, era realizada por argentinos en un español que imitaba las traducciones

peninsulares. El capítulo aborda el caso de Rocco Sarto, seudónimo de Pablo Di Masso, artista, periodista y traductor de Raymond Williams. Como “mercenario de la tecla”, Di Masso entregaba una novela de Sarto por semana. Su *En el país del horror* puede leerse como una denuncia de los crímenes de la dictadura argentina, con escenas de tortura, desaparición y lanzamiento de cuerpos al río. Porque otro de los aportes del libro es que la crítica a la dictadura desde el exilio no provino solo de la figuración metafórica, sino que también se hizo explícita desde publicaciones relegadas a la literatura popular, comercial y de masas.

La tesis de la politicidad de las producciones del exilio se refuerza en el cuarto capítulo, con el estudio de la colección de novela negra de Bruguera dirigida por Juan Martini. El catálogo abre distintas aristas, tales como la participación de emigrados argentinos y latinoamericanos como traductores, la conformación de un *boom* de un género que en España no estaba extendido, la rotación de traducciones a nivel transnacional y, consecuentemente, los problemas que la “adaptación intralingüística” produjo para los custodios de la identidad española. Es que los localismos, “argentinismos”, ciertos modos de llamar a los bolígrafos, las bananas y las faldas eran un límite para las editoriales españolas con un público lector popular. Falcón rastrea las huellas de las “prácticas aclimatadoras” que borran las marcas lingüísticas e identitarias y argumenta que las tensiones producidas por la

traducción no se reducen a los factores comerciales, sino también a factores culturales, literarios y políticos. La autora destaca disputas por la legitimidad de un género históricamente considerado menor, denuncias y reflexiones sobre la política y la violencia, omisiones sobre las fuentes originales, sobre la condición de traducción y más aun sobre la identidad del traductor, que muestran su lugar subordinado.

El capítulo 5 trae al centro de la escena la práctica traductora a través de las representaciones que desde la crítica literaria intervinieron en la conformación de un discurso público sobre la práctica y sobre los agentes. La ambivalencia destacada en el discurso de la crítica que oscila entre el valor de la traducción como posibilidad de apertura cultural en la transición y su desvalorización como “degradación” del original da cuenta de las tensiones que refleja esta práctica. El capítulo muestra cómo la valorización se le asignaba a la práctica traductora en general y al autor original en particular, sin mencionar a los agentes traductores. Estos solo eran objeto de la crítica cuando aparecía una “mala traducción”. “Traidores, proxenetas y sudamericanos” son algunos de los calificativos para los traductores argentinos, no solo como culpables por una obra puntual, sino como “representantes” del avance de la lógica mercantil sobre la industria editorial española.

La responsabilidad del traductor como blanco de críticas se retoma en los dos capítulos finales, esta vez

poniendo en escena la voz propia de los traductores y su posición subordinada en el debate sobre la lengua. En el capítulo 6, las acusaciones cruzadas entre editores y traductores a partir de discusiones sobre las normas legítimas del español no se explicitan como disputas por la identidad migrante, sino que reflotan el debate entre las lógicas “comerciales” de la edición y las lógicas “autónomas” de traductores, que disputan reconocimiento como “creadores” y como garantes de la calidad literaria. El capítulo registra a partir de los congresos de la lengua cómo el contexto español cambia hacia los ochenta, cuando los reclamos puristas del hispanismo son despuntados por un “ideal panhispánico para los libros traducidos”, que obedece a cuestiones políticas, culturales pero también comerciales por la búsqueda de mercados. La reconstrucción de perfiles y trayectorias vitales y profesionales de traductores representativos por medio de entrevistas que se realiza en el último capítulo plantea una discusión metodológica. Por un lado, una disputa contra las “listas de traductores”, recurso cuantitativo que resalta tendencias pero homogeneiza la condición de exiliados, esconde matices, tensiones y afinidades entre trayectorias disímiles. Si bien todos compartían un capital cultural que los situaba en posiciones sociales similares, algunos exiliados habían comenzado su carrera profesional como traductores en la Argentina, otros lo habían hecho de manera ocasional y otros tantos lo hicieron solo

durante su exilio. La reconstrucción de cinco trayectorias muestra recorridos, estrategias, posicionamientos más o menos públicos y con distintos grados de profesionalización que caracterizaron a los exiliados que se insertaron en la industria en un contexto propicio.

Traductores del exilio reconstruye una escena colectiva que hasta el momento aparecía fragmentada y reducida a los “asuntos de notabilidades”, a las producciones de unos pocos individuos célebres. Reponer los aspectos materiales del mundo de la literatura, del libro y de la edición le permite a Falcón discutir con los análisis que abordan la literatura como pura metáfora, sin llevarla al extremo opuesto de negar su relevancia y sus efectos concretos sobre la escena pública. El estudio de las condiciones que habilitan determinadas producciones, de los modos de circulación nacional y transnacional de tales producciones y de los agentes que intervienen en todo el proceso permite que el libro nutra el conocimiento sobre el exilio argentino en España a partir de la escena colectiva de la traducción, una práctica que, por sus dinámicas, refleja las desigualdades y los conflictos políticos, económicos y culturales de y entre las lenguas y entre “los grupos que las hablan”.

Ezequiel Saferstein
cedimci - Universidad
Nacional de San Martín /
CONICET

Omar Acha,
Cambiar de ideas. Cuatro tentativas sobre Oscar Terán,
Buenos Aires, Prometeo, 2017, 192 páginas

Arlt, Masotta, Terán, Acha. La serie parece imposible hasta que alguien la imagina. Y eso es lo que implícitamente hace Omar Acha en *Cambiar de ideas. Cuatro tentativas sobre Oscar Terán*. El epílogo, “Oscar Terán, yo mismo”, tanto como la idea de *tentativas* envían directamente al Masotta de “Roberto Arlt, yo mismo” (1965) y de “Seis intentos frustrados de escribir sobre Roberto Arlt” (1962). Pero el gesto mimético no se agota allí. Se extiende hacia algo todavía más trascendente: “algo” de Masotta fue hecho en Acha, y es ese “algo” lo que acaso le permite acercarse a Terán del modo en que lo hace. ¿Qué es ese “algo”? Una sobrevida masottiana: el ensayo como modulación del yo. Pero también, el ensayo elaborado como una mixtura compleja entre psicoanálisis, historia, política, filosofía y marxismo. Acha se viene mostrando particularmente interesado por esos cruces desde libros como *Freud y el problema de la historia* (2007), *Inconsciente e historia después de Freud* (2010) –compilado junto a Mauro Vallejo–, o el más reciente *Encrucijadas de psicoanálisis y marxismo* (2018).

¿Qué son los “intentos” y las “tentativas” sino *ensayos* o “textos-centauros”, como los llama Acha recurriendo a Alfonso Reyes? ¿Y un ensayo? ¿No es, como dice Eduardo

Grüner,¹ un género que busca identificar un lugar fallido, localizar un error, advertir un detalle, sabiendo de antemano que no hay superación en sentido hegeliano? Quizá allí se aloje una de las dos condiciones de todo ensayo: asumirse fracasado –frustrado, diría Masotta– antes de comenzar. La otra condición tal vez sea la de saberse escrito antes de ese comienzo. Cesar Aira sugiere que, a diferencia de la novela, que posterga el tema hasta el final, el ensayo nace con la elección del tema.² Por eso, ensayar es hacer que ese tema escogido sea escrito, que esa trama aparezca. Eso también ya estaba en Masotta: “En fin, yo diría, mi libro sobre Arlt ya estaba escrito”.³ ¿Y no estaba ya Terán en Acha antes de que *Cambiar de ideas* se escribiera? Seguramente. Pero no por unos orígenes bonaerenses similares o por el hecho de que Terán haya dirigido su tesis doctoral. Más bien por compartir un mismo enigma: el de qué hacer frente a unas izquierdas que están en crisis. Pero también, por imaginar un mismo

quehacer intelectual, que elude las certezas incommovibles, que se instala en la incertidumbre y que practica un pensamiento de la incomodidad.

El ensayo como modulación del yo es una variación del género autobiográfico. Evoca un mundo de lecturas “autorales” y de ideas tanto como de hechos históricos, políticos, sociales, culturales. Pero sobre todo, siempre parece invocar una gramática de las pasiones. Terán practicó esa faceta de la ensayística, pero de una manera vaporosa, sutil. Si es cierto que pocas veces escribió sobre sí mismo de manera explícita –en general, cuando habló de sí fue en el formato entrevista–, no menos cierto es que al abordar la obra de otros intelectuales dejó expuesto su propio nombre en las entrelíneas de unas biografías generacionalmente lejanas, sea en la de José Ingenieros, en la de José Carlos Mariátegui o en la de Aníbal Ponce. No sé si algo de Ingenieros, Mariátegui o Ponce fue hecho en él, o si, por el contrario, Terán construyó esas figuras a imagen y semejanza. Como sea, no puedo dejar de pensar en la hipótesis de una intercambiabilidad de nombres. ¿Quién es Terán y quién Ingenieros, Ponce o Mariátegui en esos escritos? Resulta difícil no leer en espejo el modo en que pensó los exilios de Ponce y de Mariátegui con su destierro en México, esto es, como una experiencia que ofrece un

¹ Eduardo Grüner, *Un género culpable. La práctica del ensayo: entredichos, preferencias e intromisiones*, Buenos Aires, Homo Sapiens, 1996.

² Cesar Aira, *Evasión y otros ensayos*, Buenos Aires, Random House, 2018.

³ Oscar Masotta, “Roberto Arlt, yo mismo” [1965], en Oscar Masotta, *Conciencia y estructura*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2010, p. 225.

mirador privilegiado del hasta entonces esquivo terreno del problema de la nación. Matías Farías escribió que el Terán que emerge del suelo trágico del exilio es el historiador que busca la distancia pero que no puede dejar de ser, en ese mismo movimiento, profundamente autobiográfico.⁴ Mediado por otros nombres y por el examen de las ideas de su generación y de las que lo precedieron, Terán anheló conocerse a sí mismo. Quizá por eso nunca dejó de hablar de sí.

En *Cambiar de ideas*, Acha participa del juego de los nombres intercambiables. El libro se inaugura con un epígrafe en el que Terán señala que a fines de los años '70 los escritos de Ingenieros constituyen “una especie de subsuelo intelectual desde el que aún hoy estamos condenados a pensarnos” —la idea de condena expone que los ecos sartreanos no fueron del todo acallados por el Terán del exilio—. Tomando esa formulación, Acha propone reemplazar “la sombra terrible” de Ingenieros por la de Terán (p. 175). La hipótesis es clara: antes que letra muerta o “exploraciones siempre inteligentes” sobre ciertos intelectuales (p. 10), la obra de Terán es una obra que todavía nos habita y que “merecemos elaborar en sentido freudiano” (p. 11). De ahí esa confesión en la que dice que buscó alienarse en su escritura “para arrebatar un legado de las garras del olvido” (p. 175). Yo creo que lo hizo por algo menos modesto.

⁴ Matías Farías, “Oscar Terán: un pensamiento en huida”, *El Río Sin Orillas*, n° 2, 2008.

Lo digo con Masotta: lo que Acha intenta hacer es “apresar desde adentro el pensamiento del autor” para “aprender a pensar lo informulado por el pensamiento, ese lugar todavía vacío hacia el que toda formulación tiende y que es el verdadero ‘objeto’ del pensamiento”.⁵

Así ingresamos al fundamento del libro de Acha: la relación entre las ideas y el cambio. Terán había pensado en ese vínculo de manera recurrente. Tanto cuando reclamó una “defensa sin frivolidad del irrenunciable derecho de los hombres a modificar su sistema de ideas y valores”⁶ como cuando pasó de pensar en cambiar al mundo a querer “cambiar a los que querían cambiar el mundo”.⁷ O cuando señaló, con envidiable agudeza, “que un libro cambia por el solo hecho de que no cambia mientras el mundo cambia”.⁸ Sin duda, la “ironía brutal del exilio” quiso que durante sus años en México Terán comenzase a vivir en su cuerpo los dilemas de ese vínculo. Con la escenografía de la derrota política de los movimientos populares y la crisis del “socialismo real”, allí conoce lo que significa cambiar el punto de observación: desprovincialización del pensamiento,⁹ asunción de un

⁵ Oscar Masotta, p. 229.

⁶ Oscar Terán, *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986, p. 9.

⁷ *Ibid.*, p. 12.

⁸ Oscar Terán, “Mariátegui, el destino sudamericano de un moderno extremista”, *Punto de Vista*, Año VII, n° 51, 1995, p. 25.

⁹ Oscar Terán, *Discutir Mariátegui*, Puebla, Editorial Universidad Autónoma de Puebla, 1985.

punto de vista latinoamericanista hasta entonces vedado y posibilidad de emprender, ya sin argentinocentrismos¹⁰ mediante, la búsqueda “de una ideología argentina”. ¿Quién era Terán en el destierro? ¿Qué de lo que él será en los años posteriores hubo de aparecer allí? ¿Qué estructuras ideológicas de *sus años sesentas* lo hicieron ser lo que fue? ¿Cómo cambian las ideas? El libro de Acha vuelve sobre esas cuestiones, intentando comprender las circunstancias, hechos, lecturas y situaciones condicionantes que disponen a las mutaciones ideológicas. Y lo hace recorriendo los años del exilio como “parteaguas absoluto del quehacer intelectual”,¹¹ yendo incluso contra el último Terán, aquel que hacia 2007 había dado a entender que su camino intelectual recién comenzó en 1983.¹²

Como el buen historiador que es, no hay escrito del Terán de esos años que quede sin revisar, comentar y analizar. Acha indaga con precisión eso que en algún otro lugar llamó “interferencias”¹³ teóricas, evitando quedarse solo con las más conocidas (Ponce, Mariátegui, Ingenieros y Foucault). Así, nos advierte de

¹⁰ Oscar Terán, *En busca de la ideología argentina*.

¹¹ Omar Acha, *Cambiar de ideas*, p. 181.

¹² *Ibid.*, p. 12. Véase también Oscar Terán, *De utopías, catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

¹³ Omar Acha, “Clase y multitud en la obra tardía de René Zavaleta Mercado: interferencias thompsonianas”, en Diego Giller y Hernán Ouviaña (comps.), *René Zavaleta Mercado. Pensamiento crítico y marxismo abigarrado*, Santiago de Chile, Quimantú, 2016, pp. 157-170.

la hasta ahora nulamente indagada interferencia de Althusser en Terán para mostrarnos que nociones como *problemática, práctica teórica y objetos teóricos* no dejarán de acompañarlo nunca. Para hacerlo también vuelve sobre los escritos del joven Terán –otro de los hallazgos del libro está ahí: recuperar con detalle el menos conocido período juvenil de Terán– y del Terán maduro –según Acha, el que proyectó fundar una historiografía socialista de las ideas en la Argentina–. Sin esa compulsión, nos dice, es imposible entender los marxismos con los que discutió Terán a lo largo de su vida. Pero sobre todo, nos impediría comprender los sentimientos de “nostalgia” y “vergüenza” que, de acuerdo con Acha, se apoderaron de Terán cuando quiso saber qué había pasado en aquellos años ’60. Nostálgica por “sublime”; vergonzosa por haber producido esquemas de ideas “mentirosos”. De la conjunción de esas sensaciones nace la hipótesis de *Cambiar de ideas*: “mientras el Terán maduro se comprendió en ‘ajuste de cuentas’ con su biografía anterior al Gran Miedo de 1976, su obra posterior a 1980 estuvo hasta el final toda ella atenazada por el desacuerdo con el joven Terán, esto es, con el marxismo como verdad y con el fantasma de la

revolución”.¹⁴ En el encuentro de esos sentimientos se jugó una vida que quiso reflexionar sobre las pasiones del pasado, la fuerza de las ideas y la fuerza de los cambios de ideas.

El libro no busca juzgar a un intelectual que ha reclamado “el derecho al posmarxismo”,¹⁵ a pesar de que la tentación de acusar de traición a quien cambia de ideas es siempre una posibilidad. Y todavía más cuando lo que está involucrado es el marxismo. Por el contrario, Acha indaga las razones por las cuales alguien que se siente “un marxista en crisis” deviene en un posmarxista por pluralización, esto es, alguien que “cuestiona al marxismo como saber total, pero no necesariamente como pensamiento particularizado”.¹⁶ No hay traición sino valentía. He ahí otro de los aciertos narrativos de la obra.

Cambiar de ideas es mucho más que una interrogación personal. El yo deviene nosotros cuando lo que interesa es un “diálogo entre horizontes generacionales”.¹⁷ No otra cosa constituye la serie Arlt, Masotta, Terán, Acha. *Cambiar de ideas* es una invitación a continuar la conversación con la “generación

Controversia” que en años recientes se inició con los libros de Martín Cortés y Guillermo Ricca sobre José Aricó y el de Ricardo Forster sobre Nicolás Casullo. Es una tarea necesaria, urgente. Todavía más si concebimos a una generación como lo hace Diego Tatián, esto es, no solo como una contemporaneidad de personas, sino también como un conjunto de subjetividades que *genera* y transmite un saber, “una inspiración y una memoria que será compartida por los que lleguen después”.¹⁸ ¿Qué pasó con ese género de ideas que generó esa generación? *Cambiar de ideas* es una inteligente e informada incitación a pensar en esos problemas.

Cerrar la serie por el comienzo. Roberto Arlt muere un 26 de julio. Acaso la relación entre la muerte y todos los símbolos que se condensan en esa fecha haya sido lo que intentó procesar Oscar Terán en los días y los años de su exilio en México. Y en los posteriores, también.

Diego Giller
Universidad Nacional
de General Sarmiento

¹⁴ Omar Acha, *Cambiar de ideas*, p. 10.

¹⁵ Oscar Terán, “¿Adios a la última instancia?”, *Punto de Vista*, Año VI, n° 17, 1983, pp. 46-47.

¹⁶ Omar Acha, *Cambiar de ideas*, p. 54.

¹⁷ *Ibid.*, p. 10.

¹⁸ Diego Tatián, “Prólogo. Modos del don”, en María Pía López, *Yo ya no. Horacio González: el don de la amistad*, Buenos Aires, Cuarenta Ríos, 2016, p. 10.

Martina Garategaray,
Unidos. La revista peronista de los ochenta,
Bernal, Universidad de Quilmes, 2018, 152 páginas

Los años ochenta no han tenido buena prensa. La frase, algo provocativa, podría relativizarse si se tiene en cuenta el amplio espacio abierto por las revistas publicadas en aquellos años y hasta mediados de los noventa. Y no tanto si se considera la escasa producción analítica sobre ese material. Una excepción es *Punto de Vista*: la atención es merecida y la visibilidad no es ajena a su larga historia. Pero muchísimas otras quedaron al margen. El libro de Martina Garategaray hace justicia con una de ellas: la revista *Unidos*. Revista libro, de irregular periodicidad y tamaño. Se editó entre los meses previos a las elecciones de 1983 y agosto de 1991. Aunque habían salido dos números antes de las elecciones, su historia quedó anclada junto a la del peronismo renovador. La síntesis condensa el periplo que abarca la apuesta a los candidatos justicialistas en la elección de 1983, la derrota a manos del alfonsinismo, el proceso de renovación y de disputa en el interior del justicialismo, el distanciamiento de sus integrantes de las filas de ese partido y la construcción de otro espacio político.

Unidos tuvo, a lo largo de su historia, dos directores: Carlos “Chacho” Álvarez, hasta el N° 20, y Mario Wainfeld, en los últimos tres. Con variaciones, ingresos y deserciones, del consejo editor participaron

Norberto Ivancich, Arturo Armada, Salvador Ferla, Roberto Marafioti, Horacio González, Vicente Palermo, Felipe Solá, Hugo Chumbita y Pablo Bergel, entre otros. Decíamos que el ascenso del peronismo renovador fue su plataforma, aunque la revista no fue su tribuna oficial. En todo caso, fue una de las tribunas desde donde se debatió la interna peronista, con una favorable postura sobre la necesidad de la renovación partidaria. También albergó la discusión y ambientó el distanciamiento de muchos de sus activos participantes de la estructura del partido.

La autora relee con la revista –y desde ella– el contexto político e intelectual de los ’80. *Unidos* se presentaba como “el resultado del encuentro de un conjunto de militantes peronistas”. En su manifiesto fundacional apelaba a las ideas (“contribuir al proceso de institucionalizar la lucha por las ideas”) y a la organización como freno “al oportunismo o a la desviación”. En ese llamado confluyeron compañeros de militancia de Álvarez, ex militantes de la Juventud Peronista (JP Lealtad mayormente), integrantes de las cátedras nacionales de la UBA, otros que habitaron las aulas de la Universidad del Salvador o habían hecho sus experiencias en revistas como *Vísperas*, *Controversia* y *Testimonio Latinoamericano*. Allí el germen.

De esos pasados al escenario que se abría con “la vuelta de la democracia”. El sesgo de esos años fue el imperio del consenso, la no violencia y la pluralidad. Por fuera, parecía haber poco más. En el primer número *Unidos* explicitó el apoyo a la fórmula justicialista. En algunos de los siguientes, el foco estuvo puesto en revisar la experiencia del gobierno peronista entre 1973 y 1976 y el lugar de Montoneros. Una partida compleja y de varias manos: como experiencia de la que sus integrantes formaron parte (en el caso de Montoneros, hasta cierto momento), como distinción en el modo de interpretar los años ’70 y el vínculo con Perón. Y como posicionamiento crítico al uso de la violencia insurreccional, que mostraba matices respecto de la visión dominante en los ’80 que –en nombre de la crítica a la violencia– eludía toda exigencia para la transformación social. Los trabajos de Wainfeld y Norberto Ivancich sobre esos dos temas delineaban el marco en el que se inscribe la publicación de los documentos internos de Rodolfo Walsh a la organización armada. La revista contraponía la idea de la violencia no deseada –a veces “necesaria y justa”– con el hecho de no deponer las armas con el peronismo en el gobierno. Ese primer paso daba lugar a uno más: disputar la herencia del último Perón. El

rescate de su figura enfatizaba el carácter dialoguista, plural y la condición del líder “que buscaba trascender los particularismos en aras de la unidad del espacio político social”.

Garategaray periodiza esa caracterización y encuentra que, tras la derrota electoral de 1983, empiezan a ganar espacio las reflexiones críticas, las preguntas incómodas y las autocríticas. Explicitar esa lectura y asumir su identidad más claramente habilitó no solo el balance sobre la derrota electoral, sino también la ruptura por parte de un nutrido grupo de intelectuales, varios partícipes de la revista, en agosto de 1985, que consideró que la renuncia colectiva a la afiliación partidaria –sin abandonar “nuestra identidad peronista”– era una cuestión de “dignidad con la propia memoria, con la historia y los valores que la alentaron”.

El noveno número de *Unidos*, de abril de 1986, puede leerse como delimitación de una segunda etapa de la revista. Los ejes pasan por la discusión sobre el alfonsinismo tras el discurso presidencial en Parque Norte, una lectura sobre Latinoamérica y distintas variables respecto de la encrucijada argentina. Tras las legislativas de 1985, la cercanía de *Unidos* con Antonio Cafiero era más visible y explícita: la entrevista al diputado electo lo confirmaba. Después llegará el apoyo a su candidatura para la gobernación de la provincia de Buenos Aires y más adelante la interna frente a Carlos Menem por la presidencia de la Nación.

En el análisis de Garategaray se enfatiza el carácter político de la revista: esa fue su carta de

presentación y su proyecto. Eso se traduce no solo en cuanto a sus definiciones y análisis de coyuntura, sino también en las relaciones y los debates que *Unidos* sostuvo con otras publicaciones del campo intelectual. Uno de los anexos del libro presenta un mapa de revistas con las que *Unidos* se relacionaba. En la introducción se promete dar cuenta de aquello que significa una revista en tanto “bisagra cultural” y “laboratorio de ideas”. La reconstrucción de esas discusiones es uno de los logros del trabajo de Garategaray. Comprender la relevancia de *Unidos* y la dinámica de la época exige entender qué temas se debaten, cómo y con qué interlocutores. La autora se dedica a analizar más detenidamente las discusiones (sea a través de las páginas de la revista, sea a través de algunas mesas redondas) con revistas como *Crisis*, *Punto de Vista* y *La Ciudad Futura*, que a marcar diferencias con publicaciones como *El Despertador*, *Crear o Línea*, con las que *Unidos* compartía un sesgo ideológico. Esta convivencia entre espacio público y revistas se visibiliza, por ejemplo, en un dato revelador del libro: cuando se alude en una nota al pie a un breve texto escrito por la defensa del orden democrático ante la amenaza carapintada. Ese escrito salió publicado en varias revistas: *La Ciudad Futura*, *Punto de Vista*, *Diario de Poesía*, *Gaceta Psicológica*, *Revista Argentina de Psicología*, *Psyché* y *Unidos*. Podría decirse: ante la posibilidad del *estado de excepción*, la excepcionalidad. Y aun a riesgo de equivocarme,

agrego un enunciado: *Unidos* buscó abrirse más a la interlocución con las demás revistas que lo que ocurrió a la inversa.

La revista peronista de los ochenta, tal como aparece caracterizada, terminó dando apoyo a la conformación del “grupo de los ocho”, disidencia parlamentaria encabezada por Carlos “Chacho” Álvarez. La separación se produjo bajo el menemismo en el poder, por temas como el de la Ley de Emergencia Económica y la reforma del Estado. Garategaray piensa a *Unidos* como una revista “de la transición y en transición”. Tal definición va mucho más allá del juego de palabras. Por la idea que *Unidos* planteó sobre la revisión identitaria del peronismo, hasta llegar a la “idea de la construcción de una nueva identidad política capaz de crear un frente, coalición o alianza”.

Para el cierre, una observación sobre tres cuestiones no abordadas en el libro. La lograda síntesis del libro hubiese permitido, sospecho, introducirlas. Nos referimos, en primer término, al modo en que la propia revista se presenta y sus cambios. Al comienzo sin entidad que los nuclea, luego como publicación del Instituto para la Cultura Política (ICP) y desde el número 7/8 como perteneciente a la Fundación Unidos. ¿Qué significan esas modificaciones? ¿Qué son y quiénes componen esas entidades? Otra cuestión es cuál fue la relación entre el libro titulado *La fe de los conversos. 14 miradas sobre el Plan de Convertibilidad*, publicado por Ediciones Unidos, y la revista. La tercera es la coexistencia de esta

publicación respecto de otra, que tuvo un lazo de consanguinidad notoria (¿filial, fraternal o compañera?). Nos referimos a *Unidas*, publicada desde 1986. En su corta existencia *Unidas* nucleó a un grupo de militantes mujeres integrado por Liliana Chiernajowsky, Tati Ginés, Lila Pastoriza y Marta Vasallo, entre otras. El trabajo de Martina

Garategaray está concentrado en *Unidos*, pero por la importancia que establece entre *Unidos* y otras publicaciones del período no hubiera sido impropio añadir algún párrafo sobre esta experiencia que aportó al debate sobre género y militancia nacional. Ninguna de las cuestiones señaladas va en desmedro de esta sólida investigación, ni a los méritos

de su lectura sobre la revista *Unidos*, pero es probable que su consideración hubiera aportado a una visión más definitiva de aquella experiencia política intelectual.

Guillermo Korn
Universidad de Buenos
Aires

Sandra Gayol y Gabriel Kessler,
*Muertes que importan. Una mirada sociohistórica sobre los casos
que marcaron la historia reciente*,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2018, 260 páginas

Escrito a cuatro manos por una historiadora, Sandra Gayol, y un sociólogo, Gabriel Kessler, este libro pone en el centro de la escena la muerte como problema público. No se trata de cualquier muerte: son casos que marcaron la historia reciente. Este proyecto, que comenzó a gestarse en el 2009 y retoma reflexiones previas de los dos autores sobre las violencias, las policías, los delitos, la justicia y su relación con la sociabilidad, se inscribe en un relanzamiento de los estudios sobre la muerte en las ciencias humanas y sociales desde una perspectiva que revisita a los clásicos con una mirada crítica, y se nutre de nuevas perspectivas y preguntas.

Si bien la muerte en las sociedades modernas suele hacerse pública cuando se trata de personajes famosos cuyo peso simbólico los vuelve figuras aglutinantes de proyectos políticos, sociales o mediáticos, este libro aborda otras muertes, casi anónimas. Se trata de muertes violentas de jóvenes provenientes de los sectores populares ocurridas en la Argentina entre 1985 y 2002 en manos de agentes del Estado. Son muertes que podrían no haber salido del duelo íntimo, que podrían no haber trascendido a la esfera pública: podrían no haberse tornado casos famosos, y sin embargo trascendieron.

Una de las primeras cuestiones que aborda la investigación es la pregunta sobre la disparidad de estas muertes. ¿Qué características tienen? ¿Qué vectores condensan las muertes retratadas para que no quedaran en el olvido? ¿Qué límites y configuraciones las cruzan para que despertaran reacciones, interpelaran a los poderes públicos y propiciaran cambios? En este sentido, la propuesta interroga a las reacciones sociales. ¿Por qué participa la población en un reclamo? ¿Cuándo se involucran distintos sectores y cómo se articula una demanda? Y aquí el objeto de indagación es justamente las discontinuidades que estas muertes producen, son casos que “se vuelven” visibles, que se rescatan del olvido y al hacerlo visibilizan asesinatos previos, ponen en escena otras muertes violentas que nunca antes habían logrado articularse como reclamos de la sociedad civil. El eslabón que une a toda la serie es el Estado, sus agentes, su violencia. Lo que el libro explora es el pasaje de la indiferencia a la reacción social, el entramado que convierte los reclamos por estas muertes violentas en actos políticos con una fuerte impronta colectiva.

Los casos abordados son analíticos: observan el modo en que la violencia estatal escala

hasta volverse un problema público. El libro analiza una serie de muertes violentas investigando su impacto, deteniéndose en las múltiples agitaciones que hacen de un caso un asunto político. Indaga a los actores que se movilizan y las variables específicas que hacen que estos casos se vuelvan escandalosos y mediáticos, pero también intolerables. Así, los casos abordados se mueven en un doble registro que enlaza la operación realizada por los medios masivos de comunicación, tanto locales como nacionales, con la arena en la que la sociedad civil reacciona y reclama justicia. Los casos específicos seleccionados se ubican en un período de concentración de muertes violentas (1985-2002) que iniciaron un proceso social de interpelación de poderes.

Todos los casos son muertes de personas indefensas en manos de grupos de poder y de agentes estatales, pero se mueven en dos series que configuran dos escalas. La primera serie se trata de casos que toman una escala nacional, que parten de diversas regiones del país y alcanzan cobertura en toda la nación. Entre ellos se aborda el asesinato de Osvaldo Sivak en la ciudad de Buenos Aires, el 28 de julio de 1985; le siguen los asesinatos de tres jóvenes en Ingeniero Budge, Provincia de Buenos Aires, en 1987; el

ultraje y muerte de María Soledad Morales en la ciudad de San Fernando del Valle de Catamarca, Provincia de Catamarca, en 1990; la muerte del colimba Carrasco en Zapala, Neuquén, en 1994; y los casos de los crímenes de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki, militantes del Movimiento de Desocupados en Avellaneda, Provincia de Buenos Aires, el 26 de junio de 2002.

En cada caso de esta serie se retrata la novedad de demandas y protestas en la esfera pública que nunca habían tenido reacciones equivalentes, como las multitudinarias marchas del silencio producidas en Catamarca de la mano de la religiosa Marta Peloni, directora de la escuela de María Soledad, que se enfrentaron a los hijos del poder de una sociedad de castas, patriarcal y machista. Otro caso paradigmático fue el del soldado Carrasco, que suscitó protestas en todo el país hasta llevar a la eliminación del servicio militar obligatorio por parte del gobierno de Menem, que quedará como un hito. En el caso de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki, cuyos nombres hoy designan una estación de la línea del ferrocarril Roca Buenos Aires-La Plata, la utilización de nuevas tecnologías como los celulares mostraron imágenes concretas de la represión policial sobre los cuerpos indefensos, demostrando a partir del poder de las imágenes de gente común la impunidad policial.

La segunda serie opera en otra escala. Se trata de muertes que no se nacionalizaron, que quedaron en el ámbito local. Estos casos tienen el

descentramiento como propuesta metodológica. Interrogan e indagan su relevancia y cobertura local. Se concentra en muertes de tamaño medio que alcanzaron solo una relevancia regional limitada. Estas muertes cuentan con un análisis múltiple donde categorías como la clase, el género y el capital social permiten comprender mejor el impacto social y político local de estos hechos.

El corpus de la investigación se centró en un análisis de diarios de tirada nacional como *La Nación*, *Clarín* y *Página 12*; periódicos locales como *Río Negro*, *La Mañana* de Neuquén, *El Ancasti* y *La Unión* de Catamarca, *Democracia* de Chacabuco, *Los Andes* y *el Sol* de Mendoza, *El Popular* y *Hoy* de Olavarría, *La Capital* de Mar del Plata, *La Nueva* de Coronel Suárez y *La Voz del Pueblo* de Tres Arroyos; revistas nacionales tales como *Somos*, *Noticias*, *Gente* y *Siete Días* y en algunos programas televisivos y radiales. Además, se realizaron sesenta entrevistas entre 2012 y 2015 a familiares de personadas asesinadas, a participantes de diversas organizaciones que se movilizaron, a funcionarios y a habitantes de las localidades donde tuvieron lugar los acontecimientos, hayan o no participado de movilizaciones o pedidos de justicia.

El libro se organiza en cinco capítulos y una conclusión general. El primero realiza un mapa de muertes visibles en democracia (1983-2015) durante los cuatro subperíodos comúnmente denominados “alfonsinismo”, “menemismo”, “alianza” y “kirchnerismo”. Pero esta periodización política

es desarmada para ponderar diferentes fases y elaborar tipologías de las muertes más resonantes para la sociedad y su capacidad para definir responsabilidades tanto de los ciudadanos como del poder estatal. El segundo capítulo pone el foco en los medios de comunicación, en especial en los diarios de gran tirada, registrando las operaciones realizadas para fijar agenda, buscando comprender cómo se narra la muerte y en qué medida la cobertura periodística acompañó el planteo de nuevos temas. El tercer capítulo se centra en el cuerpo, antes y después de muerto, en las prácticas violentas del hacer morir. La violencia sobre los cuerpos antes y después de las muertes analizadas tuvo un rol central en los procesos políticos y sociales retratados. El cuarto capítulo examina los cambios que estas tragedias producen tanto a nivel analítico como discursivo. En este capítulo se presta especial atención a poner en contexto la especificidad de cada una de estas muertes, poniendo de relieve el modo en que los propios actores involucrados las definen, las narran, las nombran con términos y conceptos específicos. Este capítulo indaga las muertes en sí pero también se centra en sus significados, en el modo en que los agentes las señalan como un punto de inflexión, de ruptura. El quinto capítulo se centra en muertes y asesinados con impacto local, de alcance geográfico más acotado.

Así, la investigación presentada en este libro permite pensar el problema de la violencia en la Argentina de los últimos cuarenta años, en sus

cambios y permanencias. Se trata de llamar la atención sobre ciertas muertes violentas producidas en democracia para reflexionar sobre el peso que el terrorismo de Estado de la última dictadura militar ha tenido en el pasado reciente, relegando otras muertes violentas de las preocupaciones ciudadanas y políticas. La denominada “restauración democrática” es el horizonte de observación, y allí se analiza la enunciación de nuevos problemas, la emergencia de debates antes ausentes, como el caso de la violencia de género contra las mujeres. El conocimiento público sobre las prácticas dictatoriales y las

políticas activas de memoria propició además una sensibilidad que consolidó una forma nueva de tratar otros temas y de poner en debate nuevas agendas. La salida a la luz de los crímenes sistemáticos de la dictadura alimenta la reacción social y la resistencia pública sobre otro tipo de muertes violentas ocurridas en democracia.

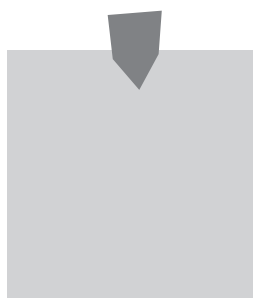
La protesta social, la denuncia pública y penal de familiares, vecinos y organizaciones politizan estas pérdidas anónimas en la medida en que impugnan y desafían al poder del Estado, elaborando un trabajo simbólico que restituye humanidad a los

muertos al transformar al cuerpo que fue “muerto como un perro” en una persona portadora de derechos y justicia. La historia de las muertes analizadas en este libro es inconcebible sin la movilización y el reclamo social, es un modo diferente de transitar la historia reciente interrogándose por los límites sociales de la violencia tolerada en cada contexto.

Ana Cecchi

Universidad Nacional de
Quilmes / Universidad de
Buenos Aires / Universidad
Nacional Arturo Jauretche

Fichas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 23 / 2019

La sección Fichas se propone relevar del modo más exhaustivo posible la producción bibliográfica en el campo de la historia intelectual. Guía de novedades editoriales del último año, se intentará abrir crecientemente a la producción editorial de los diversos países latinoamericanos, por lo general de tan difícil acceso. Así, esta sección se suma como complemento y, al mismo tiempo, como base de alimentación de la sección Reseñas, ya que de las fichas sale una parte de los libros a ser reseñados en los próximos números.

La sección es organizada por Gabriel Entin, Ximena Espeche y Ricardo Martínez Mazzola.

Alejandra J. Josiowicz,
La cruzada de los niños. Intelectuales, infancia y modernidad literaria en América Latina,
Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2018, 243 páginas

El libro de Alejandra Josiowicz, reconstruye y analiza las imágenes de la infancia en la producción de cuatro escritores latinoamericanos: José Martí, Horacio Quiroga, Mário de Andrade y Clarice Lispector. Josiowicz investiga las formas en que la infancia emerge como un objeto de reflexión en los textos de estos escritores. La obra estudiada se realiza en distintos momentos históricos y abarca casi un siglo (desde 1880 hasta 1970). En ese período se producen en América Latina importantes transformaciones en la vida social que afectaron tanto a las concepciones sobre la infancia como a los modelos aceptados de crianza, familia, y a los roles de género. Al mismo tiempo la figura del escritor y el campo literario también experimentaron importantes mudanzas entre las que se destaca el auge de la prensa periódica como espacio de trabajo, divulgación y experimentación para los escritores. El libro hilvana todas esas mutaciones con detallados análisis sobre los modos en que la infancia es representada en la escritura de esos intelectuales.

La investigación se detiene en una amplia selección de textos: artículos, cuentos y crónicas publicadas en diarios y revistas; textos de literatura infantil; libros de poemas y textos escolares. Se asienta

sobre un cuidadoso análisis de las obras pero también en los contextos particulares de cada escritor y se teje sobre la visión que la infancia constituyó para estos autores: un modo de hablar sobre el orden social. La autora sostiene que la producción de las figuras analizadas da cuenta respectivamente de cuatro “ejes problemáticos o articulaciones simbólicas” sobre la niñez que coinciden con cuatro “formaciones de la historia cultural y de la infancia” en la sociedad moderna y urbana de América Latina. Estas son: el niño rey del hogar en Martí; el niño como sujeto cívico en Quiroga; el niño como un portador y receptor de cultura para Andrade y el niño como un interrogante de la psicología en Lispector.

El trabajo, aunque puede enmarcarse dentro de los estudios de la infancia que han crecido en forma marcada en las últimas décadas, recorta un objeto original dentro de estos. Un abordaje que permite a la autora acercar hipótesis nuevas sobre el tema específico del libro pero también sobre tópicos diversos, como, por ejemplo, el modernismo y los procesos de democratización cultural en América Latina o los distintos discursos sobre el amor filial.

Flavia Fiorucci
CONICET / Universidad
Nacional de Quilmes

Rafael Rojas,
La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría,
México, Taurus, 277 páginas

La guerra fría jugó un papel rector en la política de América Latina pero también en la definición de su identidad cultural. Durante ese tiempo, como afirma una profusa literatura, los intelectuales y en especial los escritores de ficción ingresaron de lleno en esa lucha identitaria gracias a la repercusión que generó la Revolución Cubana y el reconocimiento internacional (el *boom*) que obtuvo un sector ilustre de esta constelación: Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa y Carlos Fuentes. Esa historia es bien conocida pero, como demuestra Rojas en su reciente libro, todavía posible de ser contada desde otros ángulos.

El historiador cubano propone recorrer de nuevo ese espacio y tiempo a partir de reponer y estudiar las tomas de posición sostenidas por estos intelectuales frente al disruptivo y central proceso cubano, al cual suma otras experiencias similares, como el gobierno de la Unidad Popular en Chile, e incluso opuestas: las dictaduras de los años setenta. La hipótesis del libro busca demostrar la dependencia que experimentó la literatura respecto no solo de Cuba o del “mercado”, sino del reordenamiento que la guerra fría dispuso de los marcos de preferencias políticas, estéticas y poéticas bajo el trasfondo de temas como democracia, socialismo y el rol del intelectual en América Latina.

En esta historia, Rojas busca, además de incorporar a “figuras menores” que han quedado relegadas en los estudios del *boom*, como los cubanos Guillermo Cabrera Infante y Severo Sarduy, o los chilenos Jorge Edwards y José Donoso, analizar de qué manera se entretejió el paso desde una común defensa de la revolución a una toma de distancia, crítica y oposición férrea según el caso, o, respecto de las dictaduras de los setenta, en torno al poder figurativo que gozó la novelística en autores como Augusto Roa Bastos, Alejo Carpentier o García Márquez.

Uno de los puntos más interesantes y nodales del libro radica en la reconstrucción de esos posicionamientos y producciones culturales a la luz del estudio de la correspondencia. El acceso y análisis de este importante material para la recreación de los escenarios de la vida intelectual, en su mayoría en sede de universidades norteamericanas, revela las dudas, las distancias, los silencios y los pareceres asumidos por los escritores en el convulsionado mundo político y cultural de la época. Asimismo, Rojas identifica con nitidez los intersticios desde los cuales se creaban, diseñaban y proponían a veces de manera conjunta diversos proyectos ligados a la publicación de artículos y libros, o se establecían relaciones con revistas (*Casa de las Américas*, *Mundo Nuevo*, *Marcha*) y editoriales: el *boom* también hacía política, a su manera.

Martín Ribadero
Universidad Nacional de San
Martín / Universidad Nacional
de Buenos Aires

Diego Galeano y Marcos Bretas (coords.),
Policías escritores, delitos impresos: revistas policiales en América del Sur
Buenos Aires, Teseo, 2016,
504 páginas

Este volumen, coordinado por Diego Galeano y Marcos Bretas, reúne en diecinueve capítulos a veinte historiadores que abordan un compendio de revistas policiales surgidas en América del Sur entre los siglos XIX y XX. El recorte se enfoca en los casos de Argentina, Uruguay, Brasil y Chile, que conforman un archipiélago de publicaciones periódicas con características comunes. Si bien las revistas acompañaron la vida de todas las policías modernas, cuando comenzaron a profesionalizarse y a enfocarse en la seguridad interior, las revistas policiales latinoamericanas ocuparon un lugar privilegiado por sobre las memorias y se consolidaron cuando la sed de lectura que las rodeaba formaba parte de un fenómeno más amplio: el interés por las noticias y la literatura policial. Así, esta compilación centrada en policías escritores y delitos impresos analiza en profundidad la producción de los agentes de América del Sur en un contexto de crecimiento de las tasas de alfabetización y en íntima conexión con el despliegue de géneros periodísticos y literarios que produjeron nuevos públicos lectores.

El libro funciona como una suerte de estado de la cuestión sobre los estudios policiales en perspectiva histórica. Da cuenta del avance y la consolidación

de un campo que ha crecido en los últimos diez años y se ha ocupado no solo de la historia social de las policías, los delitos y la justicia penal de las ciudades capitales de América del Sur (Buenos Aires, Río de Janeiro, Santiago y Montevideo), sino también de las policías regionales, algunas veces del interior, como son los casos de la Provincia de Buenos Aires, La Pampa o San Pablo, y otras veces de ciudades portuarias como Valparaíso. Los artículos aquí reunidos permiten reconstruir vectores de circulación de lenguajes, saberes y prácticas de las distintas corporaciones policiales de la región. Estas publicaciones eran el principal canal por el cual los policías manifestaban las demandas de su oficio, ensayaban textos plasmando su experiencia y puntos de vista, discutían la manera en que la prensa narraba los hechos delictivos y seguían de cerca las novedades mundiales de la ficción policial, en la que muchos policías escritores incursionaban.

Ana Cecchi
Universidad Nacional de
Quilmes-CONICET / Universidad
de Buenos Aires / Universidad
Nacional Arturo Jauretche

Marcela Gené y Sandra Szir (comps.), *A vuelta de página. Usos del impreso ilustrado en Buenos Aires siglos (XIX-XX)*, Buenos Aires, Edhasa, 2018, 298 páginas

El libro compilado por Gené y Szir analiza diversos conjuntos de imágenes impresas producidas entre las primeras décadas del siglo XIX y las últimas del XX. Se trata de un episodio más dentro de un trabajo desarrollado desde hace más de una década por un grupo de reflexión que ha producido *Impresiones porteñas. Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires* (2009) y *Atrapados por la imagen. Arte y política en la cultura impresa argentina* (2013), ambos editados por Laura Malosetti Costa y Marcela Gené. Como en los casos anteriores, la obra estudia impresos ilustrados, es decir, productos en los cuales las imágenes entran en una relación compleja con los textos que las acompañan. Siguiendo la Introducción, puede afirmarse que las imágenes operan paralelamente a los textos a través de sus propias capacidades, generando sentidos a veces convergentes con los textuales pero en otros casos diferentes de ellos. Los impresos ilustrados remiten, además, a la conformación de la moderna cultura de masas y al impacto de las tecnologías de reproducción visual. Demandaron la acción de diversos actores –escritores, editores, impresores, ilustradores, grabadores– quienes, nuevamente siguiendo la Introducción, implementaron estrategias para producir conjuntamente textos e imágenes.

La compilación reúne artículos de diez autores, en su mayor parte expertos en historia del arte y la cultura visual, aunque también historiadores políticos, del diseño y de la comunicación social. Se estructura en tres secciones temáticas que producen también un desplazamiento temporal. La primera, “Imprenta y géneros gráficos en impresos populares y de lujo”, desarrolla tres casos de objetos particulares (distinto tipo de almanaques y libros ilustrados). La segunda, “Gráfica y consumo”, se ocupa de imágenes de la publicidad y las revistas femeninas. Finalmente, la sección “Ilustración política y humor gráfico” se centra en la construcción de imágenes políticas en la prensa.

Las perspectivas de análisis revelan una cantidad de preocupaciones comunes que marcan un sentido de indagación sobre estas imágenes-texto. Por ejemplo, un cuidadoso estudio de las técnicas de producción de los objetos analizados a la vez que una fuerte consideración de su materialidad. Lo mismo puede afirmarse de la preocupación por los públicos y las formas de consumo. Si bien todos los trabajos se refieren a productos gráficos de consumo local, ponen particular atención en la circulación internacional de imágenes, productos, autores o editores, haciendo evidente la compleja trama de actores que los sustenta. Finalmente, los análisis muestran una apertura del estudio de las imágenes a distintas preocupaciones de la historia cultural.

Anahi Ballent
CONICET / Universidad
Nacional de Quilmes

Matthew Karush, *Musicians in Transit: Argentina and the Globalization of Popular Music*, Durham (North Carolina), Duke University Press, 2017, 280 páginas

Continuando una veta transnacional presente en su libro sobre los orígenes de la industria cultural argentina, Matthew Karush publicó una excelente historia *transnacional* de la música popular argentina, que pronto también publicará la editorial Siglo XXI en castellano. El libro se centra en un puñado de artistas cuyas trayectorias y decisiones estéticas revelan una música popular “argentina”, moldeada material e ideológicamente por la globalización musical del siglo XX, a través de repertorios y retóricas asociadas a la negritud y lo latinoamericano vía mercados y categorías culturales estadounidenses y europeas.

Las peripatéticas biografías son reconstruidas en sus dimensiones profesional, estética e ideológica. El *tránsito* entre países y mercados de artistas muy diferentes entre sí ilumina aspectos estructurales de la historia musical argentina y conecta géneros habitualmente abordados por separado. El primer capítulo estudia al guitarrista chaqueño Oscar Alemán (1909-1980) desde sus actuaciones circenses en Buenos Aires pasando por Brasil, Francia, *tours* europeos y el regreso a Buenos Aires. El segundo capítulo ilumina las trayectorias del pianista porteño Lalo Schiffrin (1932-) y del saxofonista rosarino Gato Barbieri (1932-2016), sus

estudios en Europa y los Estados Unidos, la identificación de ambos con el *Latin Jazz* en los años '60 y sus respectivos procesos de "latinoamericanización". El tercer capítulo reconstruye el cosmopolitismo del marplatense Astor Piazzolla (1921-1992) y sus exploraciones genéricas e instrumentales, explicadas por su afección musical y también por las exigencias de públicos generacional y geográficamente diversos. El cuarto, sobre el cantante "gitano" del sur del Gran Buenos Aires Sandro (1945-2010), analiza sus baladas *cursi* entre el rock estadounidense, el pop europeo y el bolero latinoamericano. El quinto, sobre la cantante tucumana Mercedes Sosa (1935-2009), muestra los cruces entre el nacionalismo folklórico, la retórica latinoamericanista e indigenista y la industria discográfica entre la Argentina y Europa. El capítulo final, sobre el guitarrista del oeste del gran Buenos Aires Gustavo Santaolalla (1951-), reconstruye su carrera de músico y productor entre el hipismo y el rock porteños, el punk chicano de Los Ángeles, el rock "latino" –mexicano y argentino– y su premiada música de películas en los Estados Unidos. La dimensión transnacional se revela así no externa, sino intrínseca a la música popular argentina.

Pablo Palomino
Oxford College of Emory
University, Atlanta

Jimena Caravaca, Claudia Daniel y Mariano Plotkin (eds.), *Saberes desbordados. Historias de diálogos entre conocimientos científicos y sentido común* (Argentina, siglos XIX y XX), Buenos Aires, IDES, 2018, 267 páginas

Los estudios sobre la producción, circulación y apropiación de saberes suelen centrar su atención en los espacios y los agentes socialmente constituidos de la producción experta, sea para examinar las reglas y los procesos internos de constitución y legitimación de los conocimientos sea para reconstruir las disputas que han enfrentado "escuelas" rivales, sea, en fin, para analizar las formas de circulación transnacional de los conceptos producidos por esas comunidades expertas. *Saberes desbordados*, que reúne el trabajo colectivo de un grupo de investigadores formados en distintas disciplinas (sociología, historia, antropología, letras y economía), adopta un punto de vista alternativo, enfocando los cruces y los intercambios entre los saberes expertos y aquellos otros provenientes de disciplinas lindantes y dotados de menor jerarquía social, pero, sobre todo, analizando las distintas formas de asociación de esos saberes expertos con formas de saber caracterizadas como prácticas, contextuales, enraizadas en la experiencia local.

Los trabajos que integran el volumen examinan variadas experiencias de conocimiento social en la Argentina en un extenso arco temporal que va de fines del siglo XIX hasta el presente. El inventario de esas

experiencias incluye la apropiación del descubrimiento de los rayos X por grupos de espiritistas y ocultistas como una confirmación de sus intuiciones sobre la existencia de los fenómenos paranormales (Quereilhac), los ansiosos intentos de unificación de la medición del tiempo ensayados por diversos agentes sociales (Rieznick), los diferentes usos y apropiaciones del keynesianismo (Caravaca y Espeche), del psicoanálisis (Plotkin), de las neurociencias (Mantilla), o de publicaciones femeninas (Viotti) por parte de diferentes instituciones y agentes sociales, el papel de la prensa diaria en la producción de saberes vinculados al dólar (Luzzi y Wilkis), la reconversión de los coleccionistas *amateurs* en museólogos expertos y la emergencia correlativa del mercado para el consumo de los objetos arqueológicos y los restos fósiles (Pupio y Pianoni), las distintas estrategias ensayadas por Eduardo Holmberg en la institucionalización de la divulgación científica (Bruno), la incidencia de experiencias de conocimiento no experto en la producción de conocimiento experto (Grondona). Aunque heterogéneo, lo que unifica los diferentes trabajos es el hecho de explorar no ya el espacio de los productores del conocimiento experto sino el de los múltiples "intermediarios" y "usuarios" que transitan por "zonas grises" o regiones de frontera que promueven formas alternativas de conocimiento.

Alejandro Blanco
Universidad Nacional
de Quilmes

María Valeria Galván y María Florencia Osuna (comps.), *La “Revolución Libertadora” en el marco de la Guerra Fría. La Argentina y el mundo durante los gobiernos de Lonardi y Aramburu*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2018, 240 páginas

La “Revolución Libertadora” suele ser vista como el punto de partida de la historia argentina reciente. Ello obedece a una narrativa que, fundándose en la intensidad de su faz represiva, considera al régimen establecido por ella como el punto de partida en el camino que deriva en el Proceso de Reorganización Nacional. Esa mirada teleológica ha llevado a una escasez de indagaciones sobre el período 1955-1958 en su especificidad, o sobre los hilos que lo unen con los “años peronistas”. Pero la compilación reunida por Galván y Osuna no solo contribuye a llenar esos vacíos sino que también innova en dos puntos respecto de los abordajes habituales: no explica, como suele ser frecuente en la historiografía, la dinámica por la antinomia peronismo-antiperonismo y adopta una mirada transnacional que permite ligar las disputas argentinas del período con las rearticulaciones políticas e ideológicas de un mundo en guerra fría.

En la primera parte del libro la mirada transnacional se centra en la reconstrucción de los vínculos entre los actores globales de la guerra fría y los actores locales. Beatriz Figallo da cuenta de cómo el franquismo leído en clave anticomunista hizo posible que

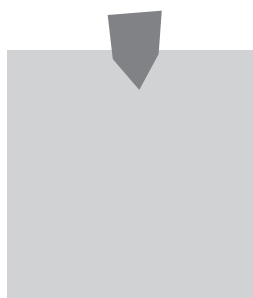
actores católicos locales asociaran la “Revolución Libertadora” con el alzamiento “nacionalista” de 1936; Michal Zourek analiza los vínculos entre la Argentina y Checoslovaquia subrayando los diferentes objetivos a que atendía la acción tanto de los agentes comerciales del “país del este” como de sus espías. Valeria Galván aborda la acción de grupos transnacionales de extrema derecha en el seno de las comunidades germanas y eslavas del país. Laura Rodríguez reconstruye los vínculos que los distintos actores del campo de la educación mantuvieron con diversas agencias panamericanas e iberoamericanas embarcadas en los combates de la guerra fría. Florencia Osuna subraya que las políticas sociales de la dictadura se enmarcaron en un conjunto de tópicos –“desarrollo”, “cooperación técnica”, “sindicalismo libre”–, que eran sostenidos desde distintos organismos internacionales.

La segunda parte del libro aborda a algunos actores del escenario político argentino para subrayar que sus alineamientos y sus conflictos no se explican solamente por la dinámica local sino también por las representaciones surgidas del escenario político intelectual de guerra fría en el que estaban insertos. Así, Martín Vicente da cuenta de cómo la frustración de las expectativas en la desperonización, unida a cambios en el escenario ideológico “occidental”, produjo una mutación del tópico antitotalitario desactivando sus componentes

movilizadores y fortaleciendo los elitistas. Esteban Pontoriero muestra el modo en que el viejo tema del “enemigo interno” fue reformulado a la luz de la “doctrina de la guerra revolucionaria” de origen francés. María Cristina Tortti vincula las tensiones y las rupturas que el ps experimenta en esos años con los debates de un movimiento socialista internacional en el que se consolidan sectores atlantistas y liberales, a los que se ligara el ghildismo, enfrentados a sectores de ese movimiento que no renunciarían a su herencia revolucionaria y adoptarían posiciones antiimperialistas, en los que se apoyarán los “renovadores” del Partido Socialista. María Celina Fares analiza las páginas del periódico nacionalista mendocino *El Tiempo de Cuyo* para subrayar las paradojas que la apelación a elementos tradicionales del nacionalismo, como el antimodernismo o la anglofobia, producían al abordar el complejo y cambiante mundo de la guerra fría y los procesos de descolonización.

Ricardo Martínez Mazzola
CONICET / Universidad
Nacional de San Martín /
Universidad Nacional de
Quilmes

Obituarios



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 23 / 2019

Juan Suriano (1948-2018)

Encontrar el tono para este escrito no fue una tarea sencilla. No solo por el cariño y la tristeza sino también por la cantidad de facetas que formaron parte de la trayectoria de Juan Suriano como historiador. Fue profesor en todos los niveles, investigador, editor de revistas y libros, organizador de espacios de trabajo, formador de investigadores y divulgador. Intervino en debates públicos y tuvo una enorme capacidad para tratar con las personas aun siendo considerado como un gruñón.

Lo conocimos siendo estudiantes de grado de la carrera de historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Más adelante en el tiempo fue nuestro director de becas, tesis de maestría y doctorado y de nuestros ingresos a la carrera de investigador en el CONICET. En ese tránsito retomamos y discutimos su investigación sobre el anarquismo en la Argentina. También lo vimos armar proyectos con mucha dedicación. Su transición de la Universidad de Buenos Aires al Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de San Martín fue una decisión que, como todas, no aseguraba un camino cómodo y certero. Estaba todo por construir y había que poner el cuerpo y nos tocó acompañarlo de distintas formas. Fuimos estudiantes en la maestría, docentes, colaboramos en la gestión y en la coordinación del posgrado, armamos grupos de trabajo, proyectos, escribimos, discutimos y nos cruzamos en un vínculo de confianza y cariño que hoy atesoramos.

* Una primera versión de este texto fue leída en el homenaje a Juan Suriano organizado por el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad de San Martín en el Centro Cultural de la Cooperación, que tuvo lugar el 1° de abril de 2019 y del cual participaron, además de nosotros, Diego Armus, Laura Malosetti Costa y Valeria Manzano.

De Juan Suriano nos atrajo siempre la forma en la que entrelazaba en un mismo relato su biografía intelectual con distintos momentos de su vida. La ironía, la desconfianza por los lugares comunes de los setenta y su disgusto por las evocaciones melancólicas del pasado se combinaban con una capacidad única para capturar la intensidad de distintos momentos históricos. Esa actitud poco condescendiente podía aparecer de otros modos. Como investigador demostraba indiferencia frente a las encarnaciones más solemnes del mundo académico. Lo ponían de un humor particularmente hosco los actos de presencia en algunos eventos académicos. Nunca tuvo una beca de doctorado y por esta razón, no pocas veces, le costaba entender nuestras ansiedades con los tiempos y las exigencias del CONICET. En ese mismo registro podía reírse de la obsesiva dedicación de algunos jóvenes por el mundo académico con comentarios del estilo “este sí que no va a bailar”. Sin embargo, con la misma intensidad, se involucraba hasta el más mínimo detalle con las actividades más vitales del mundo académico.

Para compartir sus vivencias de los años setenta, Juan nunca tuvo un estilo melodramático, ni heroico. Más bien lo contrario. Sabíamos que tenía una voz singular y por eso tuvimos la idea –que hoy lamentamos no haber concretado– de hacerle una entrevista para que quedara registro de su experiencia como militante maoísta, su paso por la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, su acercamiento y distanciamiento de Vanguardia Comunista y su breve paso por la cárcel de Devoto, entre otras cosas. Era oxigenante escucharlo hablar sobre su presencia en algunos hitos de esos años: el velorio de los fusilados de Trelew, la liberación de los presos políticos

de Devoto el 25 de mayo del '73 o la forma en la que se enteró del asesinato de José Ignacio Rucci. Estas historias narradas una y mil veces en diversos testimonios encontraban en Juan un tono diferente, no dramático, ácido y hasta con cierto humor.

Su ánimo tampoco era sombrío cuando ponía en palabras la dura experiencia del exilio interior durante la dictadura. Esa experiencia se compensaba con el valor que le otorgaba a la creación de espacios autónomos de reflexión intelectual, esos espacios a los que el ensayista Carlos Brocato dio el nombre de “recintos moleculares del pensamiento en libertad”. Fue ahí y no en las universidades donde participó activamente en los debates y las reflexiones históricas que años más tarde decantarían en la renovación de la agenda de la historia social y cultural en la Argentina. En un ensayo dedicado a iluminar los avatares de las primeras lecturas de Eric Hobsbawm en Buenos Aires, colocaba en la intersección de su deriva personal el peso que tuvieron en su formación y en la de otros historiadores de su generación los grupos de lectura organizados por Leandro Gutiérrez “fuera de los ámbitos académicos y de forma casi clandestina”. Esa estación ineludible de la recepción del grupo de historiadores marxistas británicos en el país fue crucial en la definición de su perspectiva historiográfica y en la construcción de sus objetos de estudio.

A partir de autores como E. P. Thompson, Gareth Stedman Jones, George Rudé y Rodney Hilton, sobre los que volvió una y otra vez, elaboró su propia relectura crítica y vital de la historia de los trabajadores en la Argentina. La marca principal de esa relectura puede resumirse en la distinción entre la historia de los trabajadores y la historia de sus instituciones. La distinción no es nada menor porque implica dejar descansar las comodidades de la historia clásica del movimiento obrero para adentrarse en una zona de análisis más difusa pero más cercana a la experiencia

histórica de los trabajadores y trabajadoras: sus prácticas cotidianas, sus ritos, sus formas de habitar la ciudad, sus expectativas, sus proyecciones simbólicas y su participación en asociaciones de diverso tipo, aspectos todos que difícilmente pudieran aprehenderse si las energías del historiador y de la historiadora estuvieran simplemente concentradas en la reconstrucción gremial.

Toda una serie de escritos anteriores y posteriores a su fundamental investigación sobre los anarquistas de Buenos Aires muestran esa preocupación amplia por las condiciones y las formas de vida de los trabajadores y de los sectores populares. El trabajo infantil, la huelga de los inquilinos de 1907, las formas de represión, pero también de integración, que ensayó el Estado argentino frente a la emergencia de la cuestión social en las primeras décadas del siglo xx. Leída en conjunto, su obra permite ver el interés por considerar la historia como un prisma complejo en el que tenían cabida múltiples puntos de vista. No es casual que, en un primerísimo trabajo suyo, hasta el momento inédito, sobre el rol de la prensa durante la Semana Trágica de 1919, eligiera enmarcar su lectura con tres citas completamente distintas sobre un mismo fenómeno.

Como historiador resaltamos su capacidad para generar un distanciamiento escéptico, para capturar la complejidad y las distintas facetas de un mismo fenómeno, elecciones que lo convertían en un duro polemista cuando detectaba distorsiones que entendía como excesos de empatía con el objeto estudiado. Era un investigador meticuloso que supo con imaginación y una notable profundidad conceptual sortear las dificultades de todo tipo que un historiador de la transición democrática en la Argentina debía afrontar: el estado de los archivos y las restricciones a su acceso, la falta de políticas científicas que permitieran dedicarse plenamente a la investigación. Disciplinado y detallista, Juan tomaba notas de fuentes y materiales que se conservan hasta

hoy en día en cientos de fichas y en las que perduran las huellas de su paso por archivos a los que de forma muy excepcional un historiador argentino podía acceder. Por ejemplo: el Instituto de Historia Social de Ámsterdam o las bibliotecas de Barcelona o Madrid. En nuestro contexto actual, en el que muchas de esas fuentes antes inhallables se encuentran disponibles en acervos digitales o microfilmadas en archivos locales, y cuando el problema, por momentos, parece surgir del agobio de la superabundancia de fuentes, ese ascetismo resulta conmovedor.

La publicación en 2001 de *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910* –versión de su tesis doctoral dirigida por Luis Alberto Romero– sintetizó buena parte de su recorrido como historiador hasta el momento. Cuando el libro apareció estábamos cursando con él un seminario de grado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA cuyo título era justamente “Las miradas del anarquismo argentino: una aproximación historiográfica”. El estado en el que se encuentran nuestros ejemplares de *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires* muestra hasta qué punto la lectura del libro fue determinante para nosotros. Leído y releído en diferentes momentos de nuestras vidas, subrayado y vuelto a subrayar en diversos colores, produjo un impacto duradero. En una reunión de los tantos proyectos UBACYT, dirigidos por él y por Mirta Lobato, de los que participamos, Patricio Geli, refiriéndose al libro, reflexionaba sobre las pocas veces en las que se podía asistir a la aparición de un clásico. Y eso es lo que sentimos: un antes y un después. Hasta el momento, el anarquismo argentino había sido muchas cosas. No era un tema necesariamente desconocido, pero aparecía desenfocado. Exacerbado por las miradas militantes, naturalizado por aquellos que lo vieron en relación directa con el movimiento obrero, despreciado por el marxismo, romantizado por el ensayismo y por cierta crí-

tica literaria, pensado solamente en su dimensión contracultural o relegado a mero arcaísmo político de los tiempos anteriores al peronismo, el anarquismo no había merecido hasta el momento la atención serena y lúcida que solo la investigación académica puede darle.

El resultado no pretendía alimentar lo que ya se conocía sino provocar una serie de reacomodamientos. El anarquismo analizado por Suriano emergía tensionado, atravesado por innumerables tendencias internas, caótico doctrinariamente y con un empuje cultural asombroso, pero también lleno de limitaciones para adaptarse a los cambios de una Argentina en plena y acelerada transformación. A su vez, el movimiento libertario era despegado de su tradicional asociación con el movimiento obrero y reinterpretado a la luz de sus potentes y rizomáticas prácticas culturales: la febril actividad editorial y periodística, la capacidad organizativa de espacios de sociabilidad, sus maneras de ocupar la calle, sus experimentos pedagógicos, sus diferentes perfiles militantes y sus formas rituales. Esa poderosa empresa de construcción mostró cierta capacidad de interpelar a los trabajadores y trabajadoras en la medida en que podía interpretar y vehiculizar sus anhelos y demandas. Sin embargo, esa relación entrañaba un sino trágico: no era una relación ni natural, ni perpetua y con el tiempo los anarquistas quedaron a la zaga de una sociedad inestable y aquello que explicaba su peso explicaba también los límites de su proyecto. Ese desencuentro, además, permitía pensar en clave histórica las enormes dificultades de las izquierdas de la Argentina para configurar alternativas duraderas y colectivas a lo largo del siglo xx.

En su trabajo, todo era presentado de forma tan compleja y paradójica que desde el propio título el libro invitaba a la discusión. La atribución a los anarquistas de “una política” era polémica y contraintuitiva porque en realidad los anarquistas habían cifrado todo su horizonte de expectativas en contra de la política,

a la que entendían como forma de gestión estatal y mediada de los intereses de la burguesía. No hay en la prensa anarquista una sola reivindicación del término y si ocasionalmente se permitía el uso de la palabra era en un sentido diferente. Siguiendo a Bakunin, en todo caso hacían una “política negativa”, es decir una política destructiva de la política. Y sin embargo “los anarquistas de Juan Suriano” hacían política, lo que demuestra que tenía una concepción amplia de la participación política que se correspondía bien con el arsenal de prácticas libertarias y que iban más allá del aparato estatal. De este modo, al tomar distancia de lo que los propios actores decían sobre sí mismos, introducía una variante analítica que tenía la virtud de volver más relevante la existencia histórica de los anarquistas al ponerlos en diálogo con otras zonas del pasado.

Se sabe, los anarquistas no hicieron la revolución que tanto anhelaron. Sin embargo, eso no los condenó a la larga lista de los sueños incumplidos de la modernidad. Gracias a la investigación de Suriano pueden ser situados en la conflictiva y sincopada serie del reformismo social en la Argentina. Los anarquistas fueron enunciadores clave del malestar social y cultural de los sectores populares y de esta forma contribuyeron a moldear la cuestión social impulsando desde abajo el reconocimiento de derechos políticos, económicos e individuales por parte de un Estado no siempre atento a esas necesidades. En este punto, siguiendo a E. P. Thompson y su propuesta de “una historia desde abajo”, Juan Suriano discutía la idea según la cual el reformismo social en la Argentina fue el resultado de élites intelectuales o gubernamentales particularmente clarividentes.

Quizá por el eventual pesimismo que subyace a esta relectura del anarquismo como movimiento social y cultural complejo y tensionado, el libro generó cierto disgusto en los circuitos de la historiografía tradicional y militante local valiéndole el calificativo peyorativo

de *culturalista*. Mientras que, por su enfoque renovador, sus aportes fueron valorados por otras historiografías más interesadas en comprender la sociedad y la cultura argentina de fines del siglo XIX y principios del XX. En ese sentido la historia social y cultural que practicó Suriano nunca intentó pensarse únicamente como historia de la izquierda y de sus dinámicas interiores.

Más allá del interés que pueda despertar el tema del anarquismo en sí, la investigación de Juan Suriano es un modelo de investigación histórica para ver la forma en las que las categorías analíticas juegan un papel primordial. Nos referimos a la puesta en funcionamiento de términos clave para las ciencias sociales como sociabilidad, cuestión social, clase, ritualidades y culturas políticas, entre otros, que vuelven relevante su aproximación para otras disciplinas con las cuales estuvo siempre interesado en dialogar, como la sociología, las ciencias políticas y la antropología.

Nos parece importante destacar otra arista de su rol como intelectual e historiador: fue un dedicado editor de revistas y libros. Esta actividad no fue accesoria o paralela a su actividad como investigador y con ella mostró una enorme capacidad de lectura porque hay que ser un lector competente para traducir y editar la obra de otra persona. Es el editor el que a menudo descubre mejor que cualquier otro y que el mismo autor la esencia de su escritura y la lleva a la luz. Poner en circulación los textos de otros y de otras fue una parte fundamental de su trabajo.

Una encarnación de este interés fue la aparición de la revista *Entrepasados* en 1991, de la cual fue director durante los veinte años de existencia. Si bien fue un proyecto colectivo que incluyó a una nueva generación de historiadores e historiadoras como Fernando Rocchi, Leticia Prislei, Gustavo Paz, Patricio Geli, Ema Cibotti, Silvia Finocchio, Mirta Zaida Lobato y Lucas Luchilo, es imposible no asociar la revista con el horizonte de preocupa-

ciones de Suriano como historiador. En una publicación que no tuvo una inscripción académica, su compromiso con ese proyecto fue tal que incluso aparece en el rol de traductor. Leer hoy el índice de *Entrepasados* permite hacer una cartografía de los principales debates disciplinarios de las últimas dos décadas.

La edición de la colección *Nueva Historia Argentina* por Sudamericana retomó a muchos autores, temas e intervenciones que tenían lugar en *Entrepasados*. En esa colección, que al igual que la revista es una foto del campo historiográfico en un momento determinado, se ven los temas, los enfoques y los procesos que le interesaba destacar para pensar la historia argentina como de forma procesual y compleja. La selección y armado de la composición es el dato clave de esa colección. No solo fue renovadora en cuanto al contenido, la materialidad y los autores, sino que intentó renovar las formas de transmitir y narrar. Por la dimensión, el alcance y el efecto que tuvo fue una colección a la que podríamos pensar dentro de la voluntad de divulgación y formación histórica.

Ese trabajo continuó como editor de la colección “Temas de Historia Argentina”, de Edhasa, que publicó títulos diversos en un formato que pretendía alcanzar a públicos más amplios por fuera del mundo académico. En esta colección se ve otro recorrido y una propuesta de temas y problemas en la que hay un predominio de la historia reciente. Una historia del folclore en la Argentina, la historia del ejército, historias de los setenta en clave de género, cultural, social y político, pero también la vuelta a un tema tan clásico en la historia y la sociología argentinas como la inmigración o el rol de la escuela pública. En esta colección no es tan clara su marca personal. Es difícil encontrar la mano de Juan en los catorce libros publicados en “Temas de Historia Argentina” y esa es otra habilidad que desplegó como editor: la de escabullirse y volverse invisible.

La edición de esta colección supuso una combinación flexible de elementos, desde identificar temas, debates, libros interesantes, convencer a la editorial del valor intrínseco de ese trabajo y de sus potencialidades de público. Elementos que iban desde el valor de un trabajo hasta contemplar cierta lógica comercial. El pasaje de textos a libros fue una tarea que lo vimos hacer y comentar con dedicación y sensibilidad. Ahí también se desplegaba su habilidad para mirar desde diferentes puntos de vista y la humildad y autoironía para ponerse en el lugar de otro, de lo que quiere decir el otro, que no necesariamente coincidía con sus opiniones ni sus preferencias.

La colección “Biografías Argentinas”, de Edhasa, también puso en circulación el trabajo de historiadoras e historiadores en torno a un género tan complejo y delicado. Esta colección, concebida junto con Gustavo Paz y, como la anterior, en diálogo con el editor de Edhasa, Fernando Fagnani, proponía trascender el recorrido intelectual y político de las figuras seleccionadas para centrarse en lo que en inglés se llama *life and times*. La particular insistencia en que escribieran historiadores profesionales con un estilo de divulgación que pudiera llegar a un público más amplio que el académico le dio a la colección un atractivo particular. “Biografías Argentinas” incluye desde recorridos de vida del período revolucionario, como José de San Martín o Mariquita Sánchez de Thompson hasta monseñor de Andrea o Marcelo T. de Alvear. En esta colección, que es uno de los legados de Juan Suriano como editor consumado de libros de historia y de la que estaba orgulloso, iba a aparecer su biografía sobre Alfredo Palacios.

Hemos intentado transmitir algunas de las experiencias de lo que a nosotros nos gustaba de Juan como historiador y que incluía su sensibilidad literaria, su sentido del humor y su gusto por la vida. En estos años nos encontramos muchas veces y de diversas maneras. Leyéndolo, charlando con él, acompañándolo de

distintos modos en momentos malos y buenos, riéndonos y comiendo cosas ricas –era un eximio cocinero– recordando anécdotas repetidas muchas veces, discutiendo y a veces soportando su tenacidad y parquedad para situarnos. En muchos sentidos ese vínculo se pareció al que se puede construir con un director de tesis, pero en muchos otros aspectos fue excepcional e irrepetible. Una experiencia profunda

que nos transformó a nosotros y a él. En esta dimensión, lo que nos queda es una enorme sensación de serenidad construida con afectos, lealtades y complicidades compartidas

Luciana Anapios

CONICET-IDAES/UNSAM

Martín Albornoz

CONICET-IDAES/UNSAM

Michel Vovelle (1933-2018)

Treinta minutos. Tan solo ese lapso bastó para que el sortilegio de Ernest Labrousse –el gran promotor junto a Fernand Braudel de la renovación historiográfica francesa de la segunda posguerra– se apoderase de un joven *normalien* de Saint-Cloud y lo persuadiese de que la Comuna de París ya no podía ser su objeto de investigación: otro estudiante, Jacques Rougerie, se le había adelantado. Concluida esa breve reunión en una vieja e intimidante Sorbona, allá por junio de 1954, este afable provinciano de 21 años, oriundo de la comuna de Gallardon en Eure-et-Loir (Centre-Val de Loire), partió munido con un plan completamente nuevo para su *diplôme d'études supérieures*: las estructuras sociales de Chartres a fines del siglo XVIII, es decir, un objeto cuyo epicentro no sería sino la capital de su propia región, donde vivía con sus padres desde 1938. “Con el bello tema que le propongo, participará del gran fresco de historia social que estamos preparando”: tal era la invitación del discreto mentor *gauchiste* al que todos los jóvenes historiadores marxistas de aquel entonces acudían en busca de consejo. Así, en aquella ínfima media hora de conversación, Michel Vovelle sentó un jalón inaugural que, con el tiempo, lo convertiría en uno de los historiadores *dix-huitiémistes* más importantes del próximo medio siglo. En efecto, pese a que sus primeros trabajos portaban una traza de historia socio-económica y cuantitativa “más labrousiana que braudeliana”, no tardará en valerse de esos métodos para indagar otro tipo de problemáticas: una historia regional de las sensibilidades colectivas, las creencias religiosas o las representaciones de la muerte, cuestiones que, por entonces, parecían reñidas con el famoso credo cuantitativo de “contar, medir y pesar” y mucho más con-

tiguas de la psicología histórica de un Robert Mandrou. Aquel no sería sino un primitivo gesto de ruptura de los tantos que, paulatinamente, lo irían perfilando como un historiador innovador. Empero, tras una audaz hibridación de objetos sociales y antropológicos, estadísticos y microhistóricos, políticos e iconográficos, sometidos a las variables de una *longue durée* no inmóvil o del tiempo corto, o bien leídos a la luz de un marxismo muy particular o de la historia de las mentalidades, Vovelle seguirá cultivando un perfil tradicional y “positivista” del oficio, tal como él mismo se ha definido. Este juego de contrastes no solo regirá y dará legitimidad a sus investigaciones y a las infatigables batallas historiográficas que mantuvo con muchos de sus colegas, sino también a una perdurable cultura política –se afilió al Partido Comunista Francés (PCF) en 1956 en pleno éxodo de camaradas– que intentó mantener a buen resguardo de la ortodoxia y todo lo lejos que pudo de cualquier filtración en sus investigaciones científicas. Y, en este sentido, el legado familiar no había sido menor: sus padres, Gaëtan y Lucienne Vovelle, ambos *normaliens*, directores de escuela pública y militantes sindicalistas de izquierda, habían sido pioneros del movimiento Freinet, basado en el fomento de una pedagogía libre y popular según la cual los niños (incluido, desde luego, el pequeño Michel Luc) debían convertirse en los únicos “autores” de su aprendizaje. De allí, por cierto, que el ámbito educativo siempre haya sido para nuestro historiador una auténtica usina donde y a partir de la cual atizar una carrera y un cometido emancipador: fue en la universidad donde investigó, construyó una visibilidad académica a nivel local, nacional e internacional, practicó una vida sindical

activa, promovió la creación o la renovación de publicaciones e institutos de investigación, organizó reuniones científicas de vanguardia, formó nuevos historiadores y, sobre todo, intervino públicamente en defensa de una interpretación social y “jacobina” de la Revolución Francesa con la cual su nombre ha quedado definitivamente asociado. Y todo ello respaldado por un asombroso compás de producción que no ha cesado desde que, en junio de 1955, un año después de aquella primera entrevista con Labrousse, le presentase en dos gruesos volúmenes su *mémoire* sobre la región de Beauce en el siglo XVIII. Tras su fallecimiento a los 85 años, ocurrido el 6 de octubre de 2018 en Aix-en-Provence, Michel Vovelle nos ha dejado una obra cuyo mero recuento es ya, por sí mismo, todo un reto: sin enumerar las reediciones y las múltiples traducciones a varias lenguas (entre las cuales, cabe recordar, ni el castellano ni el inglés se destacan por su profusión), se cuentan más de treinta títulos de su autoría y alrededor de cuarenta en colaboración, más de veinte obras como editor científico, cientos de prefacios, artículos académicos y de prensa junto a un sinnúmero de intervenciones en diferentes medios audiovisuales. Ante semejante derrotero y salvo que algún historiador temerario ose desterrar las reglas de la buena erudición, no cabe duda de que una seria y exhaustiva biografía de Michel Vovelle debería verse necesariamente demorada.

Por lo pronto y atendiendo a la geografía de su trayectoria profesional, se podría arriesgar un primer intento de periodización mediante tres grandes etapas. La primera respondería a las dos décadas de trabajo en la Facultad de Letras de la Universidad de Aix-en-Provence (hoy Aix-Marseille) donde comenzó como asistente en 1961 y, tras defender en 1971 su tesis de doctorado en la *Université Lumière-Lyon-II* ante un jurado compuesto, entre otros, por Pierre Chaunu y Maurice Agulhon, irá ascendiendo en el esca-

lafón académico hasta convertirse en profesor titular de Historia moderna entre 1976 y 1983. La segunda etapa comienza con su partida de una sosegada Provenza con rumbo a París, donde, tras la muerte de Albert Soboul, asume en 1983 la dirección del *Institut d'histoire de la Révolution française* y la célebre cátedra “Historia de la Revolución Francesa”, aquella que había comenzado un siglo antes como curso municipal y que en 1891 pasó a formar parte de la Sorbona. Se trata de un período especialmente agitado a raíz de su designación, ya desde principios de los años 1980, como supervisor científico de la *Commission de recherche historique* en torno de las polémicas celebraciones que tendrían lugar durante el Bicentenario de la Revolución Francesa. Esta elección, realizada directamente por el ministro de Investigación del flamante gobierno de François Mitterrand —con las suspicacias que suele despertar este tipo de nombramiento oficial en la comunidad académica, sobre todo en aquellos que no son convocados—, lo tendrá en el ojo de la tormenta pública a lo largo de todos estos años. En esta coyuntura, el momento político no podía ser más adverso. El advenimiento del “fin de la historia”, la inminente crisis de la Unión Soviética y los cambios internos del gobierno francés cuya “cohabitación” supuso una turbulenta convivencia de la izquierda con la derecha, todo contribuía a demonizar la imagen de Vovelle quien, en definitiva, asumió en soledad varios costos, entre los cuales no ha sido el menor tener como adversario a François Furet, quien, desde hacía largo tiempo, se había convertido en el brillante portavoz “revisionista” de la Revolución Francesa y había sido ungido por buena parte de los medios de comunicación (sobre todo por *Le Nouvel Observateur*) como la contraparte científica y académica de un evento sospechoso como el Bicentenario (y no menos fastuoso) que, a su entender, solo buscaba propagar el idílico mito de una revolución que, en realidad, “había terminado”.

Más allá de este verdadero *Historikerstreit* francés, como lo ha calificado Steven Kaplan, lo cierto es que tan solo recordar a la soprano afroamericana Jessye Norman envuelta en la bandera tricolor junto al obelisco de la Concorde entonando *La Marsellesa* para 600 millones de espectadores a la manera de un *Lied* de Richard Strauss (y no de un canto popular) nos da la medida del emblema que, a fin de cuentas, definía la celebración: estilizar al máximo la “imagen” de la Revolución en el mundo. En todo caso, que un historiador ateo y no parisino como Vovelle, orgulloso de su afiliación al PCF, que se asumía heredero de Jean Jaurès y “revolucionario de larga duración” a quien se le imputaba ser uno de los adalides de una vulgata leninista y jacobina, se convirtiese en *Monsieur le Bicentenaire*, generó polémicas realmente exasperadas. Para el historiador François Crouzet, por ejemplo, Vovelle no era más que “el hijo de un maestro de pueblo, el desvergonzado apolo-gista de la violencia revolucionaria y un tartu-fiano manipulador, el ayatollah del Bicentenario”, cuyo único objetivo era denigrar a valiosos historiadores como Pierre Chaunu (junto a un amplio grupo de tradición maurrasiana y excomunistas) quien, cabe recordar, aprovechó el contexto abierto por el “revisio-nismo” liberal para exhumar el episodio de la brutal represión de católicos en La Vendée y defender el credo contrarrevolucionario mediante una posición tan extrema que, ante ella, hasta el mismo Furet se vio obligado a diferenciarse públicamente. Tales fueron las tres posibilidades discursivas que circularon sobre la Revolución en aquel momento: revivirla, soterrarla, o asumirla. En todo caso, al cometido gubernamental Vovelle debió sumar no solo una larga peregrinación previa que lo condujo, literalmente, por todo el mundo (incluida la Argentina) como “misionero patriota” en aras de universalizar el acontecimiento, sino también la organización de un congreso internacional en julio de 1989 cuyas

300 comunicaciones se publicaron en cuatro volúmenes bajo su dirección con el título *L'Image de la Révolution française*. Tras jubilarse en 1993, asistimos al período del último Vovelle en que regresa, sin mayor dilación y ciertamente exhausto, a la tranquilidad de su casa en Aix-en-Provence junto a su esposa desde 1971, la geógrafa Monique Rebotier, y recibe varios reconocimientos académicos, nacionales e internacionales.

Ahora bien, si a esta compleja cartografía superponemos un segundo criterio, basado en una franja de su producción, advertiremos que será durante aquella primera etapa cuando publique sus trabajos medulares, es decir, los que ostentan una sólida base documental junto a un nuevo tipo de hermenéutica. En este sentido, conviene tener presente que la obra de Michel Vovelle se ha caracterizado por una profunda cadencia. Cubiertas bajo el velo de la historia social, tres han sido las grandes zonas históricas que ha privilegiado: las representaciones de la muerte, las mentalidades colectivas y, desde luego, la Revolución Francesa. Sin embargo, ninguna de ellas constituyó una zona epistemológica plenamente definida sin la presencia de las demás. En realidad, deberíamos imaginarlas como presas de un piélago en flujo constante que solo se aquietaba cuando el autor decidía singlar una intersección muy concreta de sus variables técnicas y para las cuales la estadística, la cartografía y las imágenes han representado un herramental decisivo. Tres zonas, en suma, que coinciden con las disputas historiográficas más relevantes que Vovelle mantuvo con sus colegas, es decir, respectivamente, con Philippe Ariès, Roger Chartier y François Furet: si su objetivo consistía en darle identidad a esos mares sacudidos y apartados de la costa, nada resultaba más natural que construir soberanía teórica en el núcleo mismo de aquella tierra distante. Y allí se dirigirá. Recordemos que el Vovelle discípulo de Labrousse era ya un historiador social de la Pro-

venza que indagaba las divergencias entre los mundos urbano y rural en el siglo XVIII a partir de un distingo entre duración y momento revolucionario, entre las condiciones objetivas de la estructura económica y la dinámica de las actitudes sociales, a través de fuentes demográficas, notariales y fiscales. Un tipo de investigación que permaneció dispersa en actas de congresos y remotos boletines regionales hasta que, en 1980, decidió publicarla como *Ville et campagne au XVIII^e siècle. Chartres et la Beauce* en las Éditions sociales, el principal órgano editorial del PCF. De aquel primer esbozo serial y cartográfico, aislará los comportamientos colectivos para reconstruir las actitudes ante la muerte, pero sumándole ahora el recurso iconográfico. Se trata de una década en que la investigación histórica y la tragedia personal pactarían una cruel simetría: en 1970 publica los resultados en un pequeño trabajo precursor, escrito en colaboración con su primera esposa, Gaby Vovelle, quien, tras una ingrata enfermedad, moriría antes de ver la obra publicada: *Vision de la mort et de l'au-delà en Provence du XV^e au XX^e siècle d'après les autels des âmes du purgatoire*. Allí, ambos bosquejaron una evolución de las visiones sobre la muerte en los altares que, partiendo de imágenes bajomedievales compuestas por ánimas empantanadas en lagos llameantes o deambulando por mazmorras sin techo, lentamente, son reemplazadas, a partir de la Contrarreforma, por una representación del purgatorio que se extendería hasta la Gran Guerra cuando “las pobres almas sufrientes sean destronadas por el impacto de la hecatombe colectiva”. La muerte también ocupará un lugar central en su tesis doctoral y temprana obra maestra de 1973, *Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIII^e siècle*, la cual fue recibida como una pieza ejemplar de “historia religiosa serial”, pero con parco beneplácito por parte de Soboul, quien le había dicho que “jamás me hubiera permitido someter al análisis cuantitativo un

fenómeno del orden de la fe”. Tras analizar más de 20.000 testamentos (un tipo de fuente por entonces habitual entre los juristas, pero no entre los historiadores), Vovelle demuestra que en el siglo de las Luces comienza a desmoronarse la sociedad estamental a juzgar por la nueva visión de la muerte observable en la mengua que sufre la pompa barroca de los funerales: los difuntos prescriben sus últimas voluntades en cláusulas más individuales y sencillas cuya variación se observa no solo de una región a otra, sino también, por ejemplo, en el peso de las velas que debían ser encendidas en el entierro o en la cantidad de veces que se invocaba a la Virgen. Tal es así que la descristianización en la Provenza no sería un producto de la Revolución Francesa, sino un largo proceso que había comenzado a principios del siglo XVIII. Por otro lado, también durante esta etapa, Vovelle explorará una suerte de microhistoria con *L'Irrésistible ascension de Joseph Sec, bourgeois d'Aix* (1975) celebrada por Maurice Agulhon como una “obra maestra de la erudición”, profundizará el análisis de la descristianización en 1976 con *Religion et Révolution. La déchristianisation de l'an II*, indagará ese mismo año *Les Métamorphoses de la fête en Provence de 1750 à 1820* —que coincidirá con la publicación del gran clásico de Mona Ozouf, *La Fête révolutionnaire, 1789-1799*. A principios de los años 1980, Vovelle asentará una reflexividad metodológica de conjunto rehabilitando el valor cualitativo de las fuentes literarias e iconográficas y desmitificando la “embriaguez” que las estadísticas habían suscitado en otra época, algo que se percibe claramente en *De la cave au grenier. De l'histoire sociale à l'histoire des mentalités*, lanzado en 1980 por una editorial canadiense y en *Ideologías y mentalidades*, publicado en 1982. Un año después aparece *La Mort et l'Occident de 1300 à nos jours*, su segunda gran obra que, inserta en la larga duración multisecular en tanto síntesis de casi todos sus sondeos ante-

riores, funciona también como respuesta a los métodos “impresionistas” de Philippe Ariès quien, con el tiempo, terminó imponiéndose como el exponente clásico de los estudios sobre la muerte. Allí, la discusión que subyace es, esencialmente, metodológica: mientras Ariès cernía lo cultural a la autonomía del inconsciente colectivo, para Vovelle este tipo de dinamismo era como “caminar sobre colchones de aire” por cuanto no era posible separar el estudio de las mentalidades de las condiciones impuestas por las estructuras socio-económicas y demográficas. Un debate que, no obstante, siempre fue *amical* y nunca puso en peligro una admiración recíproca, tal como quedó reflejada en 1984 con la nota necrológica que Vovelle publicó en el diario *Le Monde* al fallecer Ariès. En cuanto a la idea de “mentalidades”, Vovelle la inscribe en el ámbito mayor de la ideología y como resultado y punto final de una historia social: “el estudio de las meditaciones y de la relación dialéctica entre las condiciones objetivas de la vida de los hombres y la manera en que la cuentan y aun en que la viven”. Tras recuperar lo pionero de su trabajo, lo que ha criticado Roger Chartier de este uso del concepto es, por un lado, la presencia de arriesgadas totalidades sociales que no hacen más que enmascarar las diferentes capas de sentido y las representaciones que cada una construye de sí y, por otro, en aplicar el método cuantitativo a correlaciones sociales y culturales que reducen los grados de complejidad de las mentalidades de las que intenta dar cuenta.

Durante su convulsa época parisina, Vovelle buscará expandir las innovaciones metodológicas ya realizadas a escala regional, mediante grandes historias de carácter general: tal el caso de la monumental obra en cinco volúmenes de 1986, *La Révolution française. Images et récit, 1789-1799* que, de algún modo, retoma un registro de análisis iconográfico ya indagado desde fines de los años 1960. Por otro lado, durante esta etapa tam-

bién se sumerge con *La mentalidad revolucionaria* (1985) en una línea interpretativa cuyos primeros esbozos ya estaban presentes en su trabajo de 1972, *La caída de la monarquía, 1787-1792* y en *Introducción a la historia de la Revolución Francesa* (cuya primera edición se publicó en italiano en 1979). En este sentido, recordemos que, para Michel Vovelle (en continuidad con la tradición historiográfica de Georges Lefebvre), la Revolución Francesa tuvo un claro carácter burgués y ha supuesto una ruptura radical con el pasado feudal del Antiguo Régimen, cuyo enfrentamiento de clase entre la nobleza y la burguesía junto al campesinado establece un esquema que remite a la transición del feudalismo al capitalismo. Frente a las tres revoluciones autónomas del verano de 1789 que describen Furet y Denis Richet en su obra de 1965 (y que, a decir verdad, retoman en este aspecto, paradójicamente, como ha recordado Le Roy Ladurie, una vieja tesis de Lefebvre), Vovelle adscribe a la hipótesis de Soboul, quien asume que el proceso revolucionario conforma una unidad que, sin ser monolítica, se articuló a varios niveles sociales y territoriales. Por otro lado, allí donde Furet ha visto una nueva cultura política, encarnada en una comunidad unificada de intereses por la élite ilustrada, Vovelle, por el contrario, no encuentra en ella ni un programa político común ni un carácter verdaderamente revolucionario. En suma, allí donde Furet detecta una continuidad tocquevilliana y una revolución política, Vovelle defiende un tipo de ruptura anclada en la más clásica tradición lefebvrina y una revolución social burguesa. Y, desde luego, no considera que el Terror bajo la República jacobina haya sido el incipiente estallido totalitario de una dictadura que, más tarde, habría originado los *gulags*: su artículo de 2009 en *L'Humanité*, “Pourquoi je suis robespierriste?”, resume su vocación de polemista y una perspectiva sobre la Revolución que seguía vigente tras años de conflictos.

En el último periodo, a partir de 1995, Vovelle seguirá escribiendo sin ningún sobresalto, pero a través de un sincretismo con el cual regresa a viejos objetos, por ejemplo, con *Les Âmes du purgatoire ou le travail du deuil* (1996), actualiza otros con *La Découverte de la politique. Géopolitique de la Révolution française* (1992) o *Les Sans-culottes marseillais* (2009), pero, sobre todo, efectúa un balance historiográfico con un título muy lefebvriano, *Combats pour la Révolution française* (1993), o bien evoca sus épocas más álgidas de disputa intelectual dando respuesta a sus principales críticos en *La Bataille du bicentenaire de la Révolution française* (2017). Su derrotero culmina, después de seis décadas de publicaciones ininterrumpidas (y de las que hemos excluido varios trabajos junto a prácticamente todas sus intervenciones como cola-

borador o director de ingentes obras colectivas) con *Mémoires vives ou perdues. Essai sur l'Histoire et le souvenir*, publicado ocho meses antes de su muerte. Como si se tratase de un espectro que no dejaba de perseguirlo, allí se hace eco, una vez más, de la celeberrima frase que pronunció Furet y que convierte en pregunta: “¿Ha terminado la revolución?”. Frente a ella, se responde: “es un slogan banal, un simple atajo para abolir definitivamente la idea de revolución y llevarla al rango de las ilusiones maléficas”. Queda en manos del lector detectar en el gran historiador que fue Michel Vovelle si es posible vulnerar esa interferencia entre memoria e historia.

Andrés G. Freijomil
Universidad Nacional
de General Sarmiento

António Manuel Hespanha (1945-2019)*

In memoriam

La trayectoria personal y profesional de António Manuel Hespanha se caracterizó por la facultad de desmentir los estereotipos y los ámbitos convencionales. Durante mucho tiempo miembro del Partido Comunista Portugués, uno de los más ortodoxos de Europa occidental, nunca cesó de discutir con interlocutores liberales, socialdemócratas, conservadores o católicos, buscando señalar de este modo que el compromiso comunista conservaba una deuda histórica con el liberalismo. Jurista e historiador fruto de la facultad de Coímbra, acogido o, mejor dicho, tolerado en el mundo de los historiadores, en los años 1980-2000 terminó por formar y atraer en torno suyo al más denso y coherente grupo de jóvenes investigadores: desde Pedro Cardim, Mafalda Soares da Cunha, Ângela Barreto Xavier y Catarina Madeira Santos, hasta Ana Cristina Nogueira da Silva, Carla Pereira, Rui Tavares y André Belo, pasando por Nuno Camarinhas y José Subtil, y el autor de estas líneas, así como Fernando Bouza, que tradujo su gran libro *As vésperas do Leviathan* al castellano, y Tamar Herzog. Bajo su dirección, muchos de estos entonces jóvenes historiadores contribuyeron a hacer del volumen IV de la gran *História de Portugal* editada por José Mattoso el libro mayor sobre la historia del Portugal barroco. La obra de António Manuel Hespanha ejerció, en aquellas y aquellos que la han leído y conocido, una muy profunda influencia. Así y todo, no fue objeto de traducciones al inglés, algo que le habría conferido una proyección a la altura de su trascendencia. La arbitrariedad de las –malas– decisiones de

las editoriales, tanto académicas como comerciales, explica esta anomalía. Por contraste, esta situación pone más en evidencia hasta qué punto una gran cantidad de libros mediocres deben su notoriedad únicamente a su existencia en el mercado anglosajón. No obstante, algunos artículos de Hespanha han sido traducidos al alemán, italiano, castellano, francés, sueco y chino. Su admirable ejercicio de síntesis *Cultura Jurídica Europeia. Síntese de um milénio* (1996) solo ha sido traducido al castellano y al italiano, prueba incontestable de la ceguera que caracteriza al mundo editorial.

La obra de António Manuel Hespanha se ubica entre las más fértiles de Europa en el campo de la historia del derecho y de las sociedades del Antiguo Régimen y del período del liberalismo. *As vésperas do Leviathan* (1988), su primera obra maestra, demuestra que la historia es una ciencia social cuyos resultados son susceptibles de alimentar una dinámica acumulativa. Su empresa era guiada por la convicción de que la ciencia jurídica y las ciencias sociales, cuando uno sabe cómo integrarlas, son capaces de construir instrumentos analíticos extrapolables a la vez que potentes interpretaciones. Esta confianza en la eficacia y la racionalidad del trabajo de investigación estaba puesta al servicio de una tesis que rompía con todo aquello que la había precedido en el campo de la historia institucional y política del Portugal (y de la España) del Antiguo Régimen. El libro propone una lectura absolutamente novedosa del sistema político del Antiguo Régimen europeo, en el contexto de una historiografía que seguía estando poco desarrollada. La innovación intelectual había sido anunciada por la publicación, algunos años antes, de su *História das instituições*

* Traducción de Enrique Schmukler.

(1982), que daba cuenta del enfrentamiento entre una perspectiva sociológica de las jurisdicciones y la exégesis dogmática del *ius commune* católico. La enseñanza central de este trabajo consistía en dejar de postular que los oficiales y magistrados encargados de administrar la justicia del rey eran agentes neutros y pasivos de la voluntad real. Hespanha mostraba la autonomía y el espesor de estos agentes. Resultaba de esto un razonamiento histórico que se encuentra en las antípodas exactas de la manera en que Pierre Chaunu o Charles Tilly, al igual que la inmensa mayoría de los historiadores modernistas, medían el control estatal de la sociedad a partir de la cantidad de magistrados. Hespanha daba cuenta de esta autonomía de tres maneras: a través de un análisis cuantitativo y cualitativo de las fuentes de remuneración y de honorarios de los magistrados, un conocimiento de la jurisprudencia de la época de acuerdo a cómo aparece en las recopilaciones de los jurisconsultos y un conocimiento impecable de las doctrinas en las que se basaban los magistrados bajo régimen de *ius commune*. La investigación sobre las prácticas sociales de campo, lejos de desmentir los textos de la doctrina jurídica, presentaba conclusiones que coincidían con el tipo de decisiones que encontramos en las recopilaciones de los jurisconsultos. La propuesta era lo suficientemente firme y la demostración convincente como para que Hespanha no sintiera la necesidad de afirmar una suerte de primacía antropológica del derecho para toda investigación sobre el Antiguo Régimen. Fiel a sus intuiciones iniciales, Hespanha quiso recientemente producir una verdadera suma de lo que los jurisconsultos del Antiguo Régimen le habían permitido comprender del sistema social de la Europa antigua bajo el título de *A ordem do mundo e o saber dos juristas. Imaginário do antigo direito europeu* (2017).

Es notable que la obra y la personalidad de Hespanha hayan establecido una red de

juristas, historiadores y filósofos del derecho como Paolo Grossi, Pietro Costa y Paolo Capellini en Florencia, Bartolomé Clavero y Jesús Vallejo en Sevilla, Francisco Tomás y Valiente, Clara Álvarez y Marta Lorente en Madrid, Carlos Petit y Antonio Serrano en Barcelona. Su continua participación en la gran aventura de los *Quaderni fiorentini per la storia del pensiero giuridico moderno* otorgó a sus trabajos una poderosa recepción a escala mundial dentro del conjunto de la comunidad de los historiadores del derecho. Esta solidaridad académica carga con la eterna herida del asesinato de Francisco Tomás y Valiente en su despacho de la Universidad Autónoma de Madrid, el 14 de febrero de 1996 a manos de un sicario de la ETA. Su impronta en el campo de la historia del derecho se tradujo también en la exploración sistemática que llevó a cabo sobre las diferentes etapas del proceso constitucional portugués posterior a las revoluciones liberales, en un trabajo considerable de establecimiento de los textos constitucionales y de interpretación de sus variaciones bajo el sugestivo título de *Guiando a mão invisível. Direito, Estado e lei no liberalismo monárquico português* (2004).

Al convertirse en comisario general de la *Comissão Nacional para a Comemoração dos Descobrimentos Portugueses* entre 1996 y 1998, Hespanha comenzó a editar tesis, a poner a disposición del público fuentes en formato de cd-roms y a organizar exposiciones. El rol de comisario le daba la posibilidad de encarar discusiones cada vez más duras entre, por un lado, el resurgimiento de cierto nacionalismo portugués y, por el otro, la agresividad de las reivindicaciones poscoloniales que provenían de la India, del Brasil, pero mucho más aun de los Estados Unidos. Un momento emblemático fue sin duda la polémica que se dio en la prensa portuguesa contra la traducción del libro de Sanjay Subrahmanyam sobre Vasco da Gama. Los in-

sultos lanzados en contra del autor y el ambiente de intimidación patriótica dieron a Hespanha la oportunidad de alzar la bandera de la defensa de la libertad intelectual. La defensa a Subrahmanyam venía a confirmar que la historiografía antiestatal de la que Hespanha era promotor tenía por consecuencia socavar casi todas las creencias retrospectivas a partir de las cuales se había construido el sentimiento nacional en Portugal. El interés de la polémica residía en que ella revelaba hasta qué punto el apego a una historiografía de tipo nacionalista, lejos de competirle únicamente a los medios conservadores o nostálgicos del salazarismo, era extremadamente fuerte incluso en las corrientes intelectuales que se mostraban hostiles al Portugal reaccionario. Más allá de esta controversia periodística, el trabajo científico de fondo consistía en testear la eficacia del modelo de interpretación de la historia del reino del Portugal bajo el imperio colonial. Esta operación produjo fecundas confrontaciones con las teorías poscoloniales en proceso de institucionalización en los campus americanos y con las historiografías de países mayores como la India y el Brasil. La recopilación *Imbecillitas. As bem-aventuranças da inferioridade nas sociedades de Antigo Regime* (2010) abrió la posibilidad de abarcar, en una sola mirada, las cuestiones de los subalternos en situación colonial y en contexto doméstico.

En el territorio de las metrópolis como en las antiguas colonias, la visión plástica del Antiguo Régimen promovida por Hespanha había demostrado, artículo tras artículo, libro tras libro, su coherencia y su fuerza interpretativa. Desde este punto de vista, son emblemáticas las tensiones que engendró la recepción de la obra de Hespanha en el Brasil, donde reveló las contradicciones lógicas en las cuales se hallaban atrapados los sistemas de explicación de la situación colonial basados en la transposición a los territorios de ultramar del modelo de modernización estatal

que, precisamente gracias a Hespanha, perdía fuerza para describir la metrópoli misma.

Ahora bien: Hespanha, por su parte, ponía el acento en la existencia de proximidades entre las sociedades de las metrópolis y las de ultramar –sin negar las distancias–, considerando al mismo tiempo que las capacidades de acción política y comercial de los magistrados y los comerciantes de la metrópoli sobre las sociedades coloniales eran relativamente débiles. Esta reflexión desembocó muy recientemente en la publicación de un libro que obtuvo de inmediato un gran éxito de público, *Filhos da Terra: identidades mestiças nos confins da expansão portuguesa* (2019). Esta obra puede ser leída como el resultado de una muy larga reflexión sobre la informalidad jurídico-institucional en general y sobre la ausencia de estrategia imperial del Portugal excepto bajo la forma de una ilusión retrospectiva producida por los románticos y los positivistas, y de una muy minuciosa atención puesta en las condiciones sociales en que se establecieron diversas comunidades en los territorios comunes. *Filhos da terra* presenta todas las características de un libro-testamento en el cual se entrecruzan los cuestionamientos que han preocupado a Hespanha durante toda su vida intelectual y académica.

En la última parte de su carrera, António Hespanha se unió a la Facultad de Derecho de la Universidad Nueva de Lisboa. De la Facultad de Derecho de Coímbra en la cual se formó a la de la Universidade Nova de Lisboa en donde culminaría una carrera universitaria extraordinariamente fecunda, pasando por el Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas y por el Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad de Lisboa, Hespanha fue el punto de confluencia de diferentes universos académicos que habitualmente se ignoraban unos a otros. No solo sensibilizó a los jóvenes historiadores sobre la importancia y la especifici-

dad de las realidades jurídicas, no solo les enseñó a los estudiantes de derecho que la historia, la antropología y la retórica eran herramientas de inteligencia crítica para analizar los órdenes normativos, sino que también consiguió la manera, a través del diseño de su propia carrera, de que ambos universos intelectuales se cruzaran. Adquirió esta pasión por la enseñanza durante los varios años que pasó en Macao, de donde regresaba año tras año portador de una experiencia enriquecida por la confrontación de distintos órdenes normativos. Todas las universidades y los centros de investigación que lo han invitado –en Alemania (Max-Planck, *Institut für europäische Rechtsgeschichte*, de Frankfurt), en los Estados Unidos (Yale), en Francia (Montpellier, *École des Hautes Études en Sciences Sociales* [EHESS]), en Suiza (Lucerna), en España (Universidad Autónoma de Madrid), en Brasil (Universidade Federal do Paraná) y una larga lista de otros establecimientos– tuvieron la posibilidad, cada vez, de verificar hasta qué punto su curiosidad intelectual ejercía una atracción en sus colegas y en sus estudiantes.

Una de las mayores satisfacciones que he tenido durante mi entonces joven carrera fue en el año 1997 cuando en el gran anfiteatro Marc Bloch de la Sorbona lo escuché pronunciar la Conferencia Marc Bloch, evento por medio del cual la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* rinde tributo a las más grandes figuras mundiales de la investigación en ciencias sociales. Invitado por Jacques Revel, presentó su visión del “Derecho cotidiano”, sucediendo en esta tribuna a Marshall Sahlins, Albert O. Hirschman, Claude Levi-Strauss, Fernando Henrique Cardoso, Jean Starobinski, Bronislaw Gerek, Reinhart Kosellek, Natalie Zemon Davies y, previamente, a Paul Ricœur, Quentin Skinner, Manuela Carneira da Cunha, Saul Friedländer, Carlo Ginzburg y Frederick Cooper. Los lazos entre Hespanha y la *École*

des Hautes Études en Sciences Sociales de París no se relajaron jamás. Bernard Vincent, Jacques Revel, Robert Descimon y Roger Chartier, junto a otros profesores de la Escuela, tuvieron en Hespanha a un interlocutor, un cómplice y un amigo.

No es posible fijar las propuestas de Hespanha en fórmulas simples y tranquilizadoras. Y es por esa razón que fue siempre un incansable crítico de la pretensión que tienen las normas –jurídicas y político-morales– europeas y estadounidenses de imponerse en nombre de una presunta historia de la racionalidad, de las libertades de los modernos y de la democracia. Por esa misma razón, y de manera absolutamente consciente, Hespanha facilitó argumentos a los investigadores, intelectuales y militantes que, hilvanando diversos paradigmas llamados poscoloniales, denegaban al modelo euroamericano cualquier legitimidad para instaurarse como norma universal. Sin embargo, y al mismo tiempo, al profundizar su crítica al marco nacional-liberal no solo logró desarmar los discursos históricos sobre la capacidad de influencia de las metrópolis europeas sobre los territorios coloniales, sino que también evitó adherir a los discursos políticos nacionalistas de las potencias emergentes. En este sentido, su denuncia de la ilusión universalista occidental no puede ser aprovechada para reforzar las ilusiones particularistas de los nacionalismos contemporáneos.

De esta manera, seguir la trayectoria de Hespanha y, como él siempre lo pedía, discutirlo e incluso a veces contradecirlo, significaba atar cabos con las profundidades antropológicas de los órdenes normativos que son nuestras matrices comunes, pero también participar de los debates más actuales sobre el devenir de las ciencias sociales, y, tal vez, de las sociedades contemporáneas. El conjunto de esta obra sigue estando enteramente construida, en cada una de sus etapas, por todo aquello que la une a la inven-

ción y a la enseñanza del derecho. Hespanha continúa siendo la demostración de que la cultura jurídica es una puerta de entrada indispensable en la inteligencia de las sociedades. Su fallecimiento, como el de todo hombre bueno, deja a todos aquellos que lo han

querido desamparados pero portadores del tesoro que ha sembrado en cada uno de ellos.

Jean-Frederic Schaub
École des Hautes Études en Sciences
Sociales (EHESS), París

Objetivos de la revista

La revista *Prismas* se publica en forma ininterrumpida desde 1997 con el propósito de contribuir a la conformación de un foco de elaboración disciplinar en historia intelectual. En función de ello, la revista difunde la producción de investigadores cuyo objeto de estudio lo constituyen ideas y lenguajes ideológicos, obras de pensamiento y producciones simbólicas, o bien que utilizan metodologías que atienden a los procedimientos analíticos de la historia intelectual. Asimismo, en diferentes secciones se busca difundir debates teóricos sobre la disciplina o textos clásicos de la misma, y dar cuenta de la producción más reciente.

La edición en papel de *Prismas* es de frecuencia anual; la edición on line es de frecuencia semestral (cada número en papel de *Prismas* se desdobra en dos on line).

Presentación de trabajos para la sección “Artículos”

La sección “Artículos” se compone con trabajos inéditos enviados a la revista para su publicación. La evaluación de los mismos sigue los siguientes pasos: en primera instancia deben ser aprobados por el Comité de Dirección de Prismas en términos de su pertinencia; en segunda instancia, son considerados de modo anónimo por pares expertos designados ad hoc por la Secretaría de Redacción. Cada artículo es evaluado por dos pares; puede ser aprobado, aprobado con recomendaciones de cambios, o rechazado. En caso de que haya un desacuerdo radical entre las dos evaluaciones de pares, se procederá a la selección de una tercera evaluación. Cuando el proceso de evaluación ha concluido, se procede a informar a los autores del resultado del mismo.

Los artículos deben observar las siguientes instrucciones:

- No exceder los 70.000 caracteres con espacios (incluyendo notas al pie y bibliografía).
- Deben ir acompañados de un resumen en castellano y en inglés de no más de 200 palabras; de entre tres y cinco palabras clave; y de las referencias institucionales del autor, con la dirección postal, teléfono y dirección de correo electrónico.
- Las normas para las notas al pie y la bibliografía pueden verse en detalle en www.scielo.org (buscar revista *Prismas*, “Instrucciones a los autores”).

Presentación de trabajos para la sección “Lecturas”

La sección “Lecturas” se compone de trabajos que abordan el análisis de un conjunto de dos o más textos capaces de iluminar una problemática pertinente a la historia intelectual. No deben exceder los 35.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en el punto anterior. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por el Consejo de Dirección.

Presentación de trabajos para la sección “Reseñas”

La sección “Reseñas” se compone de análisis bibliográficos de libros recientemente aparecidos, vinculados con temas de historia intelectual en una acepción amplia del término (historia cultural, de las ideas, de las mentalidades, historiografía, historia de la ciencia, sociología de la cultura, etc., etc.). Los trabajos deben estar encabezados con los datos completos del libro analizado, en el siguiente orden: Autor, Título, Ciudad de edición, Editorial, año, cantidad de páginas. No deben exceder los 15.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en los puntos anteriores. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por los editores.

Envío de manuscritos

La revista *Prismas* recibe propuestas de artículos en su dirección de correo electrónico revistaprimas@gmail.com, o alternativamente en su dirección postal: Roque Sáenz Peña 352 (B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires.